

# EL TOUR DE FRANCIA DIARIO (1843-1844)

Estado actual de la clase obrera  
en los aspectos moral, intelectual y material

**FLORA TRISTÁN**



ANARQUISMOS

# **EL TOUR DE FRANCIA**

**Diario (1843-1844)**

**Estado actual de la clase obrera en los  
aspectos moral, intelectual y material**

**§ Flora Tristán §**



ANARQUISMOS

**Fuente:** TRISTÁN, Flora. *El tour de Francia (1843-1844): Estado actual de la clase obrera en los aspectos moral, intelectual y material*. Nueva edición [en línea]. Lima: Institut français d'études andines, 2006 (generado el 21 marzo 2018).

Disponible en Internet:

<<http://books.openedition.org/ifea/5551>>

ISBN: 9782821844216.

DOI: 10.4000/books.ifea.5551.

**Edición:** *Semilla Negra* |Anarquismos| 2018.

**Portada:** Reybum



Nihil est sine anarchism

# ÍNDICE

|   |    |
|---|----|
| PRESENTACIÓN.....                             | 5  |
| PREFACIO. Gaby Cevasco.....                   | 9  |
| PRÓLOGO. Maurice Nahory .....                 | 13 |
| INTRODUCCIÓN. Yolanda Westphalen .....        | 17 |
| Biografía .....                               | 18 |
| El <i>Tour</i> de Francia.....                | 24 |
| Feminismo y socialismo .....                  | 35 |
| SOBRE LA TRADUCCIÓN. Yolanda Westphalen ..... | 49 |

## EL TOUR DE FRANCIA

|  |     |
|--|-----|
| I. PARÍS (4 de febrero-16 de abril de 1843) .....          | 51  |
| II. BURDEOS (septiembre de 1843) .....                     | 84  |
| III. AUXERRE (12-16 de abril de 1844) .....                | 90  |
| IV. AVALLON Y SEMUR (16-17 de abril).....                  | 97  |
| V. DIJON (18-24 de abril de 1844) .....                    | 99  |
| VI. CHALON-SUR SAÔNE (17-25 de abril de 1844) .....        | 115 |
| VII. MÂCON (18 de abril-2 de mayo de 1844) .....           | 122 |
| VIII. LYON (2 de mayo-14 de junio de 1844) .....           | 128 |
| IX. ROANNE (15-20 de junio de 1844) .....                  | 207 |
| X. SAINT-ETIENNE (20-27 de junio de 1844) .....            | 218 |
| XII. REGRESO A LYON (28 de junio-7 de julio de 1844) ..... | 241 |
| XII. AVIÑÓN (8-18 de julio de 1844) .....                  | 274 |

|   |     |
|---|-----|
| XIII. MARSELLA (19-28 de julio de 1844) .....                 | 294 |
| XIV. TOLÓN (29 de julio-5 de agosto de 1844) .....            | 311 |
| XV. NUEVA ESTADÍA EN MARSELLA (6-12 de agosto de 1844) .....  | 325 |
| XVI. NÎMES (14-16 de agosto de 1844) .....                    | 335 |
| XVII. MONTPELLIER (17-27 de agosto de 1844).....              | 362 |
| XVIII. BÉZIERS (29-30 de agosto de 1844) .....                | 376 |
| XIX. CARCASSONNE (31 de agosto-7 de septiembre de 1844) ..... | 380 |
| XX. TOULOUSE (8-19 de septiembre de 1844) .....               | 401 |
| XXI. AGEN (20-25 de septiembre de 1844) .....                 | 411 |
| NOTAS DE FLORA TRISTÁN A <i>EL TOUR DE FRANCIA</i> .....      | 444 |

## PRESENTACIÓN

FLORA TRISTÁN fue probablemente la primera mujer que postuló los principios de la solidaridad entre los trabajadores. Realizó una gira por varias ciudades de Francia para propagar su idea de la unión obrera y dejó plasmadas sus experiencias y sus pensamientos en un diario. Al leerlo, nos encontramos con párrafos gloriosos cercanos a reflexiones filosóficas, pero con frecuencia también encontramos en sus palabras y en su personalidad un buen número de aspectos incómodos e incoherentes. En ocasiones sus palabras irritan, su orgullo desmesurado nos exaspera.

Ningún movimiento del pensamiento —tampoco la ilustración— puede librarse de los posos del pasado. Tenemos a Montesquieu condenando la esclavitud, pero justificándola al mismo tiempo cuando dice que algunos climas cálidos hacen a las personas indolentes e incapaces de trabajar voluntariamente, por lo que hay que obligarlas. Voltaire decía que hay diferentes especies de hombre y que algunos son inferiores a otros. Kant sostenía que los negros de África no tienen por naturaleza sentimiento de lo bello y sublime que vaya más allá de lo trivial. En lo que se refiere a las mujeres, enciclopedistas y demás filósofos explican que no hay justificación para la exclusión política a causa del sexo, pero ahí tenemos a Diderot diciendo que las mujeres carecen de principios y de capacidad de reflexión, que su comprensión de las nociones de virtud, vicio, bondad y justicia son tan superficiales como su alma. Rousseau creía que el poder de las mujeres debía ser ejercitado solamente en la unión conyugal. Y qué decir del anarquista Proudhon, que negaba los derechos de la mujer, la consideraba inferior física,

moral e intelectualmente, y decía que su papel era el de mera gestadora de hijos, su lugar estaba en el matrimonio, los trabajos domésticos, la fidelidad al esposo, la castidad y el retiro. Y de no ser por el inmenso trabajo de Mujeres Libres, la Revolución Española de 1936 habría sido machista.

Pero estas ambigüedades halladas en los escritos de filósofos y pensadores no los inhabilita desde un punto de vista global. Tampoco a Flora Tristán.

Basten estos ejemplos para comprender que Flora Tristán no está libre de esta dualidad cuando, por ejemplo, condena el terrible estado de los trabajadores al tiempo que los desprecia por su inmovilismo o su falta de inteligencia. Al fin y al cabo, como dice la teórica feminista y crítica literaria Leslie Rabine, los aspectos problemáticos e incómodos de los escritos de Flora Tristán hay que abordarlos desde una perspectiva socio-simbólica, es decir, cultural. «Sus contradicciones podrían entonces aparecer surgiendo desde un dilema que todas las feministas confrontan, ese de tener que luchar por modificar [estando] adentro y a través de, estructuras socio-simbólicas reales que ellas están tratando de cambiar».

Bloch-Dano dice de Flora: «Mentira y verdad están en ella tan estrechamente ligadas, los eclipses suceden con tanta rapidez a los destellos, las reanudaciones a las rupturas, los delirios a la más fulgurante lucidez, que a mi juicio no es posible comprenderla sino bajo el signo de la contradicción».

Y Philips Zukerman señala que «a pesar de su desafío al capitalismo y al patriarcado, la escritura de Flora perpetúa los valores del padre, Dios, y la identidad».

Tras una vida marcada por la desgracia, Flora decide ser sujeto activo en la toma de decisiones tanto en su vida privada como en la esfera pública, pero como todas las mujeres de su tiempo, carece de referentes, se halla condicionada culturalmente por el tradicionalismo que ella misma condena. Aun así, hizo frente a una sociedad hostil a la participación de las mujeres en todos los aspectos relacionados con la esfera pública y la igualdad jurídica con los hombres, una sociedad en donde las mujeres estaban sometidas a los deseos del patriarcado.

Entonces, ¿cuál era el pensamiento de Flora Tristán? Sus ideas son una amalgama de todas las ideas de su tiempo: racionalismo, romanticismo, socialismo, anarquismo, iluminismo...; las zonas de sombra son abundantes. Se inventa cada día a sí misma. Pero fue ante todo una mujer con un compromiso moral inquebrantable: la justicia y la evolución social. Por eso Flora brilla como una estrella solitaria, intentando construirse, como dijo Virginia Woolf de ella, «una habitación propia».

*Semilla Negra*





## PREFACIO

**Gaby Cevalco**

EL CENTRO DE LA MUJER PERUANA FLORA TRISTÁN y el Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos nos hemos planteado como objetivo publicar las obras más importantes de Flora Tristán para presentar al público del Perú de hoy las ideas transformadoras de esta mujer, precursora del feminismo y del socialismo. El primer libro publicado fue *Peregrinaciones de una paria* (2003). En esta ocasión presentamos *El Tour de Francia*, primera edición en español, tarea en la que hemos contado con la colaboración del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y de la Embajada de Francia en el Perú. En el futuro, esperamos continuar con la publicación de nuevos títulos.

Flora Tristán se adelantó a su tiempo al asumir la empresa de luchar por un futuro diferente para los desposeídos, especialmente las mujeres y la clase trabajadora. Anticipándose a Marx y Engels, planteó en su obra *La Unión Obrera* la necesidad de una organización partidaria de los trabajadores y el reclamo por los derechos de las mujeres. A partir de denunciar la situación de postergación e injusticia que compartían los miembros de ambos grupos, hizo ver la necesidad de su alianza: las mujeres solas no podrían cambiar la sociedad y ningún movimiento obrero sería exitoso sin la participación de las mujeres.

Flora Tristán unió sus ideas socialistas y feministas, pero han sido especialmente estas últimas las que le han dado un lugar permanente en la historia del pensamiento por un cam-

bio social. Ideas y utopías que nacieron de su propia experiencia de vida, y que continúan inspirando al movimiento internacional por la igualdad de las mujeres, y dentro de él al movimiento feminista peruano.

A lo largo de su vida, y a partir de sus propias vivencias, Flora Tristán comprendió que la mujer no tendría una vida digna sin libertad e independencia. Y fue este deseo de libertad el que la condujo a cuestionar y enfrentar a una sociedad regida por el Código napoleónico, en el que la mujer era considerada una permanente menor de edad que requería la protección del padre, del hermano o del esposo; no existía el divorcio y procedía la separación sólo si era consentida por el cónyuge. Su oposición a esta sociedad significó para Flora vivir fuera de la ley, huyendo de un esposo que la persiguió, que la denunció, la llevó a la cárcel y le disparó, hiriéndola con una bala que se alojó en su pecho para siempre, y que fue devorando lentamente su vida. Desde entonces, gracias a la lucha de mujeres como Flora, mucho se ha avanzado en el acceso a la libertad y a los demás derechos para las mujeres, pero aún persisten obstáculos que impiden que disfruten de ellos plenamente y tengan un mayor protagonismo en la historia de los países; asimismo, que haya una equidad entre su aporte al país y su presencia en los espacios de decisión política. Y en este proceso, la voz de Flora Tristán continúa vigente.

Flora Tristán hizo de su condición de vida la fuente a partir de la cual abordar las distintas expresiones de marginalidad que vivían las mujeres en su tiempo: su situación de hija ilegítima, de pobreza, de haber llegado a un matrimonio que fue infeliz y violento empujada por la miseria y por una madre que no veía perspectivas para ella en esa sociedad. Es decir, Flora Tristán, allá en el siglo XIX, transformó lo personal en político al convertir cada episodio de su existencia en una demanda y en la inspiración para construir su propuesta utópica, expresada en *La Unión Obrera*. Con este pequeño libro —como ella lo

llamaba—, Flora viajó por diversas ciudades de Francia, buscando la integración de los trabajadores en esta Unión. Dicha experiencia, que Flora esperaba llevar a otros países de Europa, es la que presentamos en este libro. Como todo personaje que trasciende su propia existencia, la propuesta de Flora Tristán es universal: busca la unión de todas/os las/os excluidas/os: las mujeres, los obreros, artesanos, campesinos... como hoy lo propone el feminismo de la democracia radical.

La obra escrita de Flora Tristán es, a la vez, desafío y utopía. El acto mismo de escribir se realiza como expresión de rebeldía y al mismo tiempo de revelación. Flora se dirige a sus lectoras/es como cómplices y aliados en un triple acto: el de confesar la verdad descarnada; el de desmontar la imagen que ha construido de sí misma a través de esta verdad, pues ha actuado obligada por la sociedad para poder sobrevivir; y, finalmente, convencer a ese/a lector/a de la urgencia de transformar esta sociedad cruel, injusta y deshumanizada.

Flora Tristán asoció la emancipación de las mujeres a la tarea de construir un entorno capaz de garantizar los derechos civiles y políticos. Tal como lo afirma el movimiento feminista, lo que no es bueno para la democracia no es bueno para las mujeres, pues sólo en el marco del estado de derecho es posible la construcción de la igualdad y la equidad para las/os ciudadanas/os. Por ello, Flora planteó como aspecto fundamental, para una convivencia justa, la participación efectiva de la ciudadanía y la exigencia de rendición de cuentas por parte de aquellos que administran el poder.

La actualidad de Flora Tristán también se revela en sus planteamientos relacionados con la pena de muerte y su oposición a ella. En la insistencia sobre la educación como la herramienta hacia el progreso y a la real ciudadanía de mujeres y hombres. Al avizorar la importancia del periodismo para un pueblo informado. Flora Tristán fue de las primeras en resaltar como un aspecto enriquecedor la diversidad cultural de las poblacio-

nes americanas, y de la peruana en concreto, así como la necesidad de respetar los derechos de cada una de estas identidades.

Todos estos aspectos expresan la vigencia de la obra de Flora Tristán y la importancia de llevar a las jóvenes generaciones una literatura que estamos seguras/os será fuente de inspiración y de fortaleza, como lo fue para las mujeres que construyeron el feminismo, la revolución más importante del siglo XX, y que hoy continúa en su lucha por hacer realidad la igualdad y la justicia para todas/os.

# PRÓLOGO

## Maurice Nahory

EL 7 DE ABRIL DE 1833, Flora Tristán y Moscoso se embarca para el Perú. ¿Deseo de renacimiento y de reconocimiento? Tiene 30 años, una vida de infortunio económico, social, conyugal y es el día de su cumpleaños.

¿Es una viajera francesa inscrita en la larga tradición que une a Francia y al Perú desde el siglo XVI?<sup>1</sup> No, ella no figura en la historiografía de los viajeros franceses al Perú y esto es una injusticia. Sin embargo, es el Perú en donde Flora se descubre «mujer de letras» y es sobre el Perú recientemente independiente que ella aporta su testimonio. En ese entonces, su país, Francia, ocupaba la mayor parte de sus pensamientos que todo el resto del mundo: «[...] a partir de las opiniones y usos de mi patria juzgaba las opiniones y usos de otros países». La viajera se vuelve entonces escritora después de varios meses de viaje a Lima y Arequipa en contacto con los medios más diversos y los pueblos indios. Su primera obra, *Peregrinaciones de una paria*<sup>2</sup>, le trae el éxito literario y, además, una ética de la escritura y del compromiso: valor de lo vivido, deber de atestiguar y compañerismo póstumo de los escritores-viajeros.

---

<sup>1</sup> Macera, Pablo, George Pratlong y Marie-Claude Pratlong (comps). *Viajeros franceses: siglos XVI-XIX*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú-Embajada de Francia en el Perú.

<sup>2</sup> TRISTÁN, Flora. *Peregrinaciones de una paria*; traducción de Emilia Romero; prólogo de Mario Vargas Llosa; estudio introductorio de Francesca Denegri. Lima: Fondo Editorial UNMSM-Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, 2003 [1838].

Si sólo se tratara de presentar los hechos, los ojos bastarían para verlos; pero para apreciar la inteligencia y las pasiones del hombre, la instrucción no es lo único necesario, es preciso haber sufrido y sufrido mucho; porque sólo el infortunio puede enseñarnos a conocer en lo justo lo que valemos y lo que valen los demás.

Después de las *Peregrinaciones...* vendrán los *Paseos en Londres* (1840) y *Le Tour de France* que felizmente es objeto aquí de una primera publicación en castellano, con el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), la Embajada de Francia en el Perú, el Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán y el Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Un cierto sentido de la profecía, propio de los internacionistas y de los romanticismos, para quienes el mundo siempre es demasiado viejo, la prepara a las anticipaciones revolucionarias. ¿No escribe ella en sus *Peregrinaciones...* que «El porvenir es de América, los prejuicios no pueden adherirse en ella como en nuestra vieja Europa»?

Ella se denominaba a sí misma ¡«la Mesías de las mujeres»!

Agobiada por exclusiones, bastante cercana al pueblo y a los inmigrantes como para sentir sus miserias, bastante introducida en lo que se llamaría hoy la sociedad civil de las décadas de 1830 y 1840, bastante ilustrada como para frecuentar a artistas y teóricos, Flora Tristán ha sido una de las más auténticas y de las más completas figuras del socialismo llamado utópico (la suerte de las mujeres y de los trabajadores explotados está ligada), precursor de la Revolución de 1848.

Con los escritos de Flora Tristán estamos obviamente alejados de la totalidad del pensamiento de Spinoza: «No lamentar, no reír, no detestar, sino comprender». Lo que queda es la comprensión. Después de su única novela, *Méphis* (1838); una autobiografía, *Peregrinaciones de una paria*, una severa investigación en el país faro del capitalismo industrial, *Paseos en Londres*, y finalmente un ensayo de programa y de llamado a

la constitución de una asociación obrera reformadora (*La Unión Obrera*, 1843), ella se lanza en un *tour* por Francia de varios meses, el mismo que no tendrá tiempo de completar y, agotada, morirá en Burdeos. Flora Tristán y su inesperado éxito póstumo nos ayuda a enriquecer la historia de un «movimiento obrero» vivido y real, que no solamente debería referirse a los nombres altamente simbólicos de Karl Marx o de Auguste Blanqui.





# INTRODUCCIÓN

## Yolanda Westphalen

*EL TOUR DE FRANCIA*, diario redactado por Flora Tristán entre 1843 y 1844 durante su gira para la formación de la Unión Obrera, es publicado por primera vez en castellano.

Texto de sumo interés, opacado quizá por la enorme importancia en el Perú de *Peregrinaciones de una paria*, es un manuscrito de sus notas de viaje que permaneció inédito hasta que, en 1973, las ediciones «Tête des Feuilles» lo publicara con un prefacio de Michel Collinet y las notas de Jules Puech que figuran en él.

El texto estaba en poder de los descendientes de Éléonore Blanc, seguidora de Flora Tristán, a quien ella conoció durante su *tour* por Francia. La semana previa a la muerte de la autora, Éléonore acudió a su cabecera para atenderla y ahí recogió las notas que Flora había hecho de su viaje, con la intención de publicar posteriormente un libro.

Pétrus Blanc, el hijo de Éléonore, envió el manuscrito a Jules L. Puech, autor de *La vida y la obra de Flora Tristán*, pero él no llegó a publicarlo. El manuscrito, anotado por él, fue re-  
encontrado en 1970, y es el que Collinet publicó en 1973 y ahora lo traducimos y publicamos en castellano.

La publicación de la versión en castellano del diario de Flora Tristán es un hito importante en el campo de los estudios culturales. Es un texto crucial porque actualiza la figura biográfica de Flora y la naturaleza de su lucha en la última etapa de su vida. También plantea interrogantes sobre la naturaleza dis-

cursiva del texto mismo y obliga, por último, a regresar al debate fundador sobre el feminismo y el socialismo, para redescubrir la intrínseca interconexión entre ambos. Estos tres ejes guiarán nuestro *tour* de redescubrimiento de Flora Tristán.

## Biografía

Flora Tristán nació en París el 7 de abril de 1803 y murió de tifoidea, en Burdeos, el 14 de noviembre de 1844, a los 41 años<sup>1</sup>. A lo largo de su vida hubo varios hitos en su proceso de individuación como sujeto social que al parecer marcaron su experiencia vital y determinaron su opción de reivindicación social y de género y su lucha contra el sistema.

La primera experiencia social fue la de desclasamiento. Ella fue hija de Mariano Tristán Moscoso, coronel peruano arequipeño de la armada española en el ejército de Carlos IV, miembro de una vieja familia española afincada en el Perú, y de Teresa Laisney (o Lainè), una francesa que vivía en España, en la ciudad de Bilbao. Sin embargo, como ambos fueron casados por un sacerdote emigrado, su matrimonio no tuvo valor legal y Flora fue siempre considerada hija natural. Su condición de bastardía la convirtió en una paria social, situación que luego ella reivindica como parte de su denuncia y lucha contra un sistema que condena a la situación de parias a los obreros y mujeres de su época.

---

<sup>1</sup> Los datos biográficos y las citas textuales de esta sección han sido tomados de la introducción de Michel Collinet a la edición francesa de *Le Tour de France*, publicada por las Ediciones *Tête des Feuilles* en 1973, y de *Le socialismo avant 1848. La vie et l'œuvre de Flora Tristán*, libro de Jules Puech que contiene fragmentos significativos de las notas del diario de Flora Tristán y fuera publicado por la Editorial Marcel Rivière en 1925.

El desclasamiento fue abrupto y traumático. Su primera infancia la pasó en una casa en Vaugirard, París, en donde vivía lujosamente y en donde su familia era visitada por personajes famosos como el célebre libertador del Perú, Simón Bolívar. Pero cuando el padre de Flora murió, en 1807, la situación familiar pasó del lujo a la absoluta pobreza. No se tiene grandes datos ni de su madre ni de ella hasta 1818, fecha en la que se sabe vivían en un tugurio de mala reputación en París. La experiencia traumática del desclasamiento se cierra con la imposibilidad de contraer matrimonio con el joven del que se enamora, al revelarse su situación de hija bastarda.

La segunda experiencia social fue el enfrentar, en el terreno de su vida privada, la absoluta marginación de la mujer. Las mujeres no eran ciudadanas ni tenían derechos. Las consignas de igualdad, libertad y fraternidad de la Revolución Francesa se habían transformado en la prohibición de los derechos de la mujer del Código napoleónico. Las opciones que les quedaban eran: un matrimonio de conveniencia, la vida monástica o la prostitución. A los diecisiete años, Flora entró como obrera en el taller del grabador-litógrafo André Chazal, con quien se casó en un típico matrimonio de interés, el 3 de febrero de 1821.

Este matrimonio sacó a Teresa y su hija Flora de la extrema miseria en la que habían vivido luego de la muerte de su padre, pero la vida marital con Chazal fue siempre conflictiva. Tuvo tres hijos con él: dos hijos hombres, el primero, fallecido de corta edad; luego Ernesto, nacido en 1824; y una hija, Aline, nacida en 1825, que fue la madre del renombrado pintor Paul Gauguin.

Ya no se trataba de la experiencia individual de su condición de bastardía, sino el descubrir que en su condición de mujer no tenía derecho a abandonar al marido ni a divorciarse de él, así éste jugara todo su dinero o la tratara mal. Consciente de la necesidad de lograr su independencia económica, Flora comenzó a trabajar como ama de llaves de una familia inglesa, a

la que siguió a Suiza, Italia e Inglaterra. Sin embargo, el sistema social y judicial favorecía al marido. Recién en 1828 pudo obtener la separación de bienes, y luego, tuvo que aceptar entregar la custodia de su hijo Ernesto a André Chazal, a cambio de su aceptación de un divorcio tan pronto éste fuera legalmente establecido.

La tercera experiencia crucial en la forja de su destino de luchadora social fue su viaje al Perú. Acorralada en su situación de paria, por su desclasamiento social y por su condición de mujer, decide ir al Perú a reclamar su herencia al hermano de su padre, Pío Tristán y Moscoso. Se embarcó el 7 de abril de 1833 en Burdeos, y ciento treinta y tres días después llegó a Valparaíso, luego de una travesía penosa y difícil.

En el Perú, se enfrentó a la realidad social de un país premoderno, gobernado por una oligarquía aristocrática. Fue testigo del funcionamiento de los dos pilares de dicha sociedad: el ejército y la Iglesia, y así lo documentó en su libro *Peregrinaciones de una paria*. En él narra la guerra civil en Arequipa, ilustrando con ella según el historiador Jorge Basadre, los difíciles tiempos de la lucha entre caudillos. Su obra retrata, asimismo, la imagen de una Iglesia que hipnotiza y embrutece al pueblo con procesiones y fetiches. Su relato nos hace ingresar en el terreno de los principales paradigmas con los que dicha sociedad esclaviza a sus miembros y nos permite comprender la visión particular y crítica de su adopción del cristianismo.

Su tío, Pío Tristán, se negó a reconocer sus derechos a la herencia de su padre, si bien le prometió una pensión regular. Su familia podía estimarla o no en el ámbito personal, pero en una sociedad premoderna basada en lazos de sangre y de parentesco, sólo le correspondía una pensión, como a las queridas y a las hijas bastardas, nada más. El viaje al Perú devino, así, en un viaje de autoconciencia de su propia identidad. De esta época data su primer reconocimiento de la naturaleza social de la solución al problema de los parias, incluida la situación de la

mujer. Luego de haber pasado un tiempo en Lima, regresó a Francia a fines del año 1834 y desde ahí inició su labor de predicadora social.

A inicios de 1838, Flora Tristán publicó *Peregrinaciones de una paria*, confesión personal y crónica del relato de su viaje al Perú. Con dicha publicación concluye el proceso de reconocimiento de la naturaleza social de sus problemas personales. Sus disputas con Chazal y el trato de su aristocrática familia arequipeña devienen a partir de ese momento en denuncia pública y social. Más o menos por la misma época plantea una petición para el restablecimiento del divorcio.

Chazal no siguió el mismo camino. Cada vez más furioso por la práctica de una mujer a la que no podía dominar, se apoya en todos los mecanismos del sistema para tratar de acallarla. Cuenta con el apoyo de la propia madre de Flora para quien el abandono del hogar, y la posterior desaparición de la hija por cerca de dos años, implicaba un estigma social contra el que no se podía ni debía luchar. Chazal gana algunas demandas judiciales, obtiene la custodia de sus hijos, pero su hija Aline se escapa para irse a vivir con su madre y lo acusa de incesto. La vía judicial ya no era suficiente. El 10 de septiembre de 1838 Chazal compra dos pistolas y dispara sobre Flora, hiriéndola gravemente. La bala le queda en el cuerpo y la acompaña a lo largo de toda su gira por Francia.

Flora se recupera y, una vez más, transforma su lucha personal en social. Dirige al Parlamento una petición para la abolición de la pena de muerte, gracias a la cual Jules Favre, abogado de Chazal, logra salvar a su acusado de la aplicación de dicha pena. El 1 de febrero de 1839 Chazal fue condenado a veinte años de trabajos forzados, conmutados luego por prisión. Fue indultado en 1856, y finalmente murió en Evreux en 1860.

La cuarta etapa del proceso de formación autodidacta de Flora fue su relación con algunos intelectuales de la época. Su amigo, el pintor Jules Laure, la introdujo en el mundo literario

y artístico de París. En 1838, Flora publicó *Méphis*, su única novela, obra en la que ya dominan sus inquietudes sociales. *Méphis* es el «proletario», quien tiene con su amante Mariquita una hija, que será la «Mujer guía» de la humanidad, suerte de «alter ego» en quien la autora se proyecta. Flora siempre conservará, como lo deja traslucir en su diario, una visión sumamente crítica de la actitud de los poetas y artistas hacia la clase obrera y a su lucha por la transformación social.

En 1839, Flora hizo su cuarto viaje a Londres, donde frecuentó a los jefes del cartismo y vivió la agitación política del proletariado. Según Collinet: «Ahí descubrió la “lucha de clases”, la miseria de los obreros y la opresión de los irlandeses»<sup>2</sup>. Con este viaje se inicia la fase final de su experiencia vital y de su forja como dirigente socialista, experiencia que quedó consignada en un libro extraordinario por su valor documental: *Paseos en Londres* (1840). Anticipándose a lo planteado por Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista* (1848), predice la revolución social y plantea que para lograrla es necesario, en primer lugar, la unión de los obreros. Desde esa fecha, como bien señala Collinet, «[...] la conquista de la libertad queda para ella indisolublemente ligada a la emancipación del proletariado»<sup>3</sup>.

Flora Tristán plantea constituir y organizar a la clase obrera fundando una Unión Obrera internacional. La organización que propone no es por oficio, como los viejos gremios del *compagnonnage*, ni por fábrica o rama industrial, como las organizaciones sindicales posteriores. Su propuesta apunta, más bien, a construir una especie de partido obrero que cumpla la función de un gobierno dentro del gobierno, lo que ahora algunos llaman *empoderar* a la «sociedad civil». Pero ella era

---

<sup>2</sup> Collinet, Michel. «Prefacio». En Tristán, Flora. *Le tour de France*. Journal inédit 1843-1844. París: Édition Tête de Feuilles, 1973, p. 9. (Traducción de YW.)

<sup>3</sup> *Ibíd.*

clara, la fuerza principal de esta «sociedad civil» eran los obreros, los otros sectores debían sumarse a ellos y apoyar su lucha por una sociedad organizada en función de los intereses de «la clase más numerosa y más útil». Parafrasea a Saint-Simon, quien afirma que la clase obrera es la más numerosa y la más pobre, pero la define no por su pobreza, sino por su carácter productivo.

La clase obrera así constituida, con sus propios Palacios Obreros, encargados de la educación y asistencia social, estaría en capacidad de forzar su participación en el Parlamento, tal como ya lo había hecho el diputado irlandés O'Connor en los Comunes. El Defensor del Pueblo elegido por los obreros podría dialogar así con los burgueses y exigir sus demandas desde una situación de fuerza.

Convertida ya a la causa de la clase obrera y del socialismo, publica en París dos ediciones de *La Unión Obrera*, la primera en 1843 y la segunda en 1844, pagadas en suscripciones en su mayoría individuales. La tercera edición, fechada en Lyon en junio de 1844, no tuvo más que suscripciones colectivas y anónimas, que provenían casi exclusivamente de grupos de obreros, testimonio de la penetración progresiva de las ideas de Flora en el proletariado lionés.

Su *tour* por Francia para hacer propaganda a *La Unión Obrera* comenzó el 12 de abril de 1844, si bien su diario se inicia con las notas sobre su trabajo de propaganda y organización en París (febrero-abril de 1843) y consigna un primer viaje a Burdeos en septiembre del mismo año. El diario que ahora se publica, por primera vez en castellano, cuenta dichas peripecias.

Partió de París, se dirigió a Lyon y Saint-Etienne, y luego a Marsella; pasó por Nimes, Montpellier, Toulouse, para detenerse en Burdeos. Agotada, murió allí el 14 de noviembre, de una fiebre tifoidea. El 22 de octubre de 1848, una gran manifestación obrera inauguró el monumento que le fue construido en el cementerio de los Celestinos.



## El *Tour* de Francia

El complejo proceso de individuación y desarrollo de una conciencia social de Flora se manifestó también en el nivel discursivo. *El Tour de Francia*, texto a caballo entre diario, diario íntimo, crónica, testimonio, relato de viaje y borrador de estudio sociológico, nos traslada al período de afirmación de las *escrituras de sí* en el siglo XIX y al del surgimiento de la sociología y las ciencias sociales como discurso diferenciado.

El texto de Flora Tristán fue publicado con el título propuesto por ella misma, *El Tour de Francia*, y con el subtítulo, *Diario inédito 1843-1844*. Se lo coloca así, desde el punto de vista del género literario, entre las obras de la denominada dicción biográfica. La propia Flora cataloga su texto como un diario: «No tengo tiempo para solamente escribir este diario, tengo tantos asuntos. Mi trabajo, estas cartas y respuestas a los obreros, las compras, etc. ¡Qué vida!».

El diario es una forma periódica y cronológica de escritura de vida. El diario registra la cotidianidad en relatos y observaciones en su mayoría emocionales. Si bien los diarios pueden parecer incoherentes o escritos al azar, la adición siempre cronológica de experiencias le hace ganar fuerza y es a través de ella que la voz del diarista adquiere una narrativa personal reconocible. La autoconstrucción del yo es fragmentada y queda fijada en el espacio y el tiempo, aunque las anotaciones puedan ser releídas, revisadas y corregidas posteriormente.

El diario es un texto que se pretende tactual y no ficcional e implica un contrato de lectura entre el autor y el lector. La diferencia entre ambas categorías es fundamentalmente modal y alude a la naturaleza de la relación pragmática entre autor real y la voz enunciativa textual. Así, los textos de dicción biográfica se juzgan pertenecientes al reino de la verdad y no simplemente al de la verosimilitud. Por eso, al calificar Flora a su

texto como diario, enfatiza el carácter de «sinceridad» y de «verdad» del mismo.

Algunos críticos distinguen el diario personal del diario, señalando que este último tiende más a ser un documento público y es menos íntimo que el primero. Otros señalan que las mujeres escriben diarios personales y los hombres diarios ¿Cuál de los dos escribió Flora? Su texto borra la diferencia entre ambos, es emocional y documental, hace comentarios personales, confiesa secretos y registra eventos y acontecimientos que lo aproximan a la crónica. Cumple una gran variedad de funciones e incorpora otros documentos e incluso cartas.

El diario personal es un texto que el autor del mismo escribe para sí mismo. Puede saber o suponer que alguien más lo puede leer, pero el destinatario primero y fundamental es uno mismo. El diarista se retira a un espacio privado, se aísla en un sentimiento de *tête-à-tête* consigo mismo para tomar contacto con su yo profundo y replegarse en su interioridad. Al igual que la correspondencia, se trata de pequeños fragmentos de vida, escritura anclada en una cronología discursiva, pero sin las características dialógicas de tener a otro como destinatario. Existe una extrema concentración en el *yo* y el diarista no se comunica con nadie. No necesita, por tanto, firmar para suscribir el texto.

En el teatro de la vida las personas juegan uno o varios roles, participan de la obra, entran en relación con los otros actores. En el espacio privado del diario íntimo, las personas no representan un rol porque se encuentran «fuera del teatro social», el diario es la caja de secretos en la que se puede registrar lo íntimo, lo privado y lo confesional y está, por ello, investido de un sentimiento de autenticidad y veracidad del ser. Al escribir su vida, el diarista se convierte en un demiurgo de la misma, la recrea, la representa simbólicamente, la «externaliza», y a través de su escritura se apodera de los conflictos y problemas de los que se nutre el diario: las minucias de la vida

cotidiana, la lucha por la identidad social e ideológica o la historia familiar y personal.

Pero Flora no se retira a la intimidad de su espacio privado para escribir sus más íntimos secretos y confesiones personales. Escribe en las habitaciones de hoteles apartamento, espacios semipúblicos, constantemente asediada por los obreros que la van a buscar para la organización de sus reuniones, e incluso por la policía que confisca sus papeles. Su diario combina confesiones íntimas, como la agonía que sufre cuando decide robar un reloj, con la consignación de datos sobre la situación obrera; la reproducción de las conversaciones que sostiene con intelectuales, obispos u obreros con sus comentarios personales sobre los mismos. Consigna datos objetivos sobre su estado de salud y los intercala con alusiones frecuentes sobre la inmensidad de su tarea y de su abnegación para llevarla a cabo, construyendo así la imagen textual de la Mujer-Mesías.

*El Tour de Francia* es un tipo de texto que presenta una especificidad; es un acto de comunicación consigo misma y con otros, fechado y anclado en una cronología discursiva. Es, asimismo, una escritura, que a su manera y con sus códigos, recrea la realidad y un «documento expresivo», que constituye siempre y en diversos grados, una metáfora del «yo», una performance, una puesta en escena de sí misma por sí misma.

Con el «yo» construido textualmente penetra en el mensaje una franja imaginaria surgida de la representación que Flora se forja de la relación mantenida con sus destinatarios (los obreros), así como la imagen que el «yo» da de sí misma. ¿Cuál es esta imagen? La imagen sansimoniana de la Madre transformada en la imagen mística de la Mujer-Mesías, de la mártir. El misticismo es la forma que adquiere el proceso de individuación en Flora y de autoconciencia teleológica de la tarea que ella se asigna a «sí misma».

En una sociedad que niega a la mujer su ingreso al sistema, la sola posibilidad de asumir una tarea como la que ella se pro-

puso es la de colocarse por encima de dicho sistema, en unión mística con Dios. El misticismo es, para Flora, una manera de abrirse un espacio y la forma que adquiere su autoconciencia. Necesita construir la imagen de sí misma como única y proyectarla así hacia los demás. Obviamente, es también desde esta posición que ella desarrolla su discurso y focaliza a sus interlocutores: obreros, intelectuales o dirigentes políticos y sociales.

El análisis de la imagen del «yo» que construye el sujeto de la enunciación, así como del punto de vista o focalización desde el que enuncia el discurso, nos va ir develando la naturaleza de la concepción del «otro» cultural que subyace a la mirada de Flora y los presupuestos ideológicos y culturales sobre los que se construye.

¿Cuál es esa concepción del «otro», el mundo de los obreros, que ella va construyendo discursivamente? La visión de un no-sujeto, un sujeto instintivo, no individuado, agente y paciente de su estado de ignorancia y explotación al que ella tiene que iluminar con su idea para poder constituirlo como clase. Visión que nos remite no sólo a esquemas culturales y de valor propios de su época, sino a las contradicciones internas del surgimiento de la teoría social.

El texto de Flora es un epítome de las contradicciones que desgarran la autoconciencia de la modernidad: la relación entre el individuo y la sociedad, entre la subjetividad y la objetividad.

Escrito para ser publicado, el diario de Flora es motivado por la necesidad de registrar sus experiencias personales, pero también de escribir una crónica y un testimonio de su lucha por construir la Unión Obrera. La crónica es una forma usada desde la época clásica hasta la moderna, un relato en primera persona de la historia de su tiempo que incorpora historias anteriores. Generalmente describe descubrimientos y proeza o hazañas. El testimonio connota un acto de atestiguar, dar fe de algo desde el punto de vista legal o religioso. Desde el punto de vista literario, el testimonio es una narración en primera per-

sona, cuyo protagonista real es testigo de los eventos que él o ella narra, y cuya unidad de narración es usualmente una vida, o una experiencia de vida significativa.

Ahora bien, *El Tour de Francia* es una crónica de la época de Flora Tristán, un relato en primera persona de lo que constituye una proeza: la lucha de una mujer por organizar a la clase obrera para constituirla como clase. Atestigua y da fe de los eventos de una etapa significativa de su vida, experiencias que para ella tienen un carácter no sólo legal y social, sino también moral y religioso. Es también un testimonio porque la narradora intenta comunicar la situación de un grupo oprimido, reivindica algún tipo de empoderamiento en el acto de escribir y llama a los lectores para responder activamente al juzgar el relato. El *quid* ideológico de este tipo de escritura es la afirmación del individuo en un modo colectivo.

Empero, *El Tour de Francia* es también un relato de viaje. Si bien tradicionalmente se ha considerado que estos textos narran el descubrimiento de los otros, entendido como el otro cultural, el del mundo no-occidental, y por ende un viaje alrededor de Francia no calificaría como tal, en realidad, los otros son aquí los obreros. No se trata de salvajes de comarcas lejanas, ni de extranjeros de un mundo no-occidental desconocido, sino del descubrimiento del otro social y el mundo desconocido de los oprimidos, el otro al interior del conocido mundo occidental del capitalismo del siglo XIX. En realidad,

[...] el relato de viaje es un relato de forma y contexto variable, que tiene por base, tema y marco, un viaje real o supuestamente real (desplazamiento en el espacio y en el tiempo), asumido por un narrador que es también el viajero y que se expresa, en su relato, en primera persona, y en el cual habla sobre las etapas y acontecimientos reales de su viaje, incluso si la narración es subjetiva, y contiene siempre partes que oscilan entre lo que pasó

realmente y el recuerdo y la versión que da del mismo el escritor-viajero<sup>4</sup>.

El autor típico de un relato de viajes no es un escritor profesional; es alguien que toma la pluma a pesar de él, porque se siente portador de un mensaje excepcional. Una vez entregado, se apresura a retornar a su existencia normal.

*El Tour de Francia* es un texto en el cual la autora cuenta un viaje y es éste el que le da su sentido y razón de ser. Existen, además, dos tiempos en su elaboración: en primer lugar, el viaje mismo, en el que la autora entra en contacto con la nueva realidad, la descubre y vive; y luego, el relato, en el que Flora cuenta los acontecimientos que tuvieron lugar durante su periplo, hace una reseña de lo que descubrió y busca hacer ver lo que ella vio. De ahí la falta de secuencia y orden cronológico en algunas fechas del diario<sup>5</sup>.

En el relato de viajes la preocupación de verdad, de fidelidad, es crucial. Si la verdad tiene importancia es porque el relato debe ser útil y cumplir una función didáctica. El texto de Flora mezcla datos tautuales y objetivos con opiniones que buscaban, más bien, guiar la observación de sus lectores de la realidad, pero su objetivo era claramente didáctico: que los obreros se constituyan como clase.

Para lograr su objetivo de verdad y utilidad, Flora recurre a diversos procedimientos. El más frecuente y más eficaz es la descripción: incluye largas descripciones de paisajes, de cos-

---

<sup>4</sup> Demeulenaere, Alex. *Le récit de voyage colonial francophone en Afrique Centrale* (traducción YWR) [en línea]. Disponible en: <[http://www.arts.kulcuven.be/literary\\_studies/documents/doctorandidag2005/Alex\\_Demeulenaere\\_tekst.pdf](http://www.arts.kulcuven.be/literary_studies/documents/doctorandidag2005/Alex_Demeulenaere_tekst.pdf)>. consulta hecha el 29-1-2007.

<sup>5</sup> Por ejemplo: en el capítulo 2 en el que Flora reseña su estancia en Burdeos, empieza el diario el 29 de septiembre, pero luego viene el 22 y después el 27 de septiembre. En el capítulo 16, cuando se encuentra en Nimes, coloca como fechas de su estancia (14-16 de agosto), pero comienza su diario con fecha 19 de agosto.

tumbres, de condiciones de vida y de trabajo. La descripción juega un rol esencial, pues le permite a la viajera rendir cuenta de sus observaciones y transmitir así su saber al lector. Ve el referente nuevo a través del prisma de su cultura, de sus conocimientos y, por lo tanto, de su propia subjetividad. En el caso de Flora, este factor es decisivo.

En el texto de Flora la narración está al servicio de la descripción, el relato es vivo, colorido. En el ámbito del estilo se caracteriza por la recreación de la oralidad, tratando de reproducir los diálogos sostenidos por ella con sus interlocutores. Hay, sin embargo, un conflicto entre la descripción y el relato, la primera interrumpe la narración constantemente y el paso de una a otro es abrupto. El objetivo didáctico se impone y la información descriptiva que se inserta es decisiva.

El género de *El Tour de Francia* es, en realidad, polimorfo. Adquiere, como ya señalamos, las características del diario y del diario personal, de la crónica y el testimonio, de relato de viaje y, por último, de ensayo y borrador de estudio sociológico. Mezcla todo tipo de discursos: geográfico, político, social, etc. Es una suerte de *collage* de géneros y se caracteriza por su carácter fragmentario.

No se trata sólo del carácter inacabado y de borrador del texto. Las obras propias de los géneros de dicción biográfica son un espacio privilegiado para la forma breve y el fragmento. Los *impromptus* de lo cotidiano de los diarios o los testimonios intentan reflejar el día a día, los hechos, pensamientos y presentar dichos momentos tal cual, sin un desarrollo. El deseo de fijar un instante preciso, memorable, aproxima este género al del esbozo o la instantánea fotográfica. La escritura de lo cotidiano, los fragmentos anecdóticos y autobiográficos están caracterizados por la falta de reglas, la ausencia de organización o de tema privilegiado. La inmediatez de la impresión y de la expresión es incompatible con una amplificación coherente de lo expuesto. De esta manera, lo arbitrario, lo único, lo

concreto y lo singular adquieren el valor de testimonio, de experiencia, de revelación del yo íntimo.

Esta superposición de escrituras de sí es expresión de la forma contradictoria del proceso de individuación y de desarrollo de la subjetividad que la modernidad va forjando. La imagen de la modernidad, tal como se la representaron los clásicos de la teoría de la sociedad, establece una conexión interna y necesaria entre las nuevas estructuras sociales que surgieron en la Europa moderna y lo que Weber llamó la racionalidad occidental. El surgimiento de la empresa capitalista y del aparato burocrático implicó la institucionalización de la acción económica y administrativa de la sociedad con arreglo a determinados fines. Se adoptó una actitud reflexiva y crítica frente a la tradición y patrones de socialización que tendían al desarrollo de identidades abstractas y obligaron a los sujetos a individuarse.

Los acontecimientos históricos claves para la implantación del principio de la subjetividad son la Reforma, la Ilustración y la Revolución Francesa. El surgimiento de nuevos conceptos, tales como: progreso, emancipación, revolución, desarrollo, nos hablan del espíritu de una nueva época que vive orientada hacia el futuro.

La otra característica de la modernidad es la autorreferencialidad: la modernidad ya no puede ni quiere tomar sus criterios de orientación de modelos de otras épocas, tiene que extraer su normatividad de sí misma. Esa mirada hacia sí misma adviene por primera vez a la conciencia en el ámbito de la crítica estética. Los «modernos» ponen en cuestión la imitación de los modelos antiguos y la concepción de perfección aristotélica de una belleza eterna sustraída al tiempo asumida por los neoclásicos. Le oponen los criterios histórico-críticos de una belleza sujeta al tiempo o relativa y articulan así la autocomprensión de una nueva época.



Desde Kant, e incluso desde la escolástica tardía, la filosofía moderna es ya una expresión de la autocomprensión de la modernidad; pero sólo a fines del siglo XVIII se agudiza el problema del autocercioramiento de la modernidad, permitiendo que Hegel pueda percibir este problema como el problema fundamental de su filosofía. Él descubre como principio de esta era un nuevo modo de relación del sujeto consigo mismo que denomina subjetividad, principio que explica con relación a la libertad y a la reflexión.

Según Hegel, hay cuatro aspectos vinculados a la noción de subjetividad: a) el individualismo, b) el derecho de crítica, c) la autonomía de acción y, finalmente, d) la propia filosofía idealista.

Kant y sus predecesores expresan el mundo moderno en un edificio de ideas, pero no alcanzan a entender la modernidad como tal. Sólo mirando retrospectivamente puede Hegel entender la filosofía de Kant como la autoexplicitación decisiva de la modernidad y a ella como una época histórica que rompe con el carácter ejemplar del pasado y necesita extraer toda su normatividad de sí misma. Por eso, Hegel plantea el inicio de «nuestro tiempo» durante el período de la Ilustración y de la Revolución Francesa, cuando se entiende retrospectivamente el cambio de época que se había producido desde aproximadamente el año 1500.

Marx actualiza este paradigma al concebirlo como un proceso de autogeneración material, el de la autoproducción de la humanidad de sus propias condiciones de vida mediante el trabajo y las formas de autoconciencia que esta práctica genera.

El desarrollo de los géneros de dicción biográfica y la conciencia de su especificidad como tal se corresponde más o menos con la progresiva autoconciencia de la modernidad. El espíritu crítico, la individualidad, la expresión de la actualidad de lo «nuevo» va a confluir en la búsqueda de estos géneros de una normatividad propia y ajena a la de los modelos clásicos, así como en los debates sobre su misma existencia, definición y

ubicación en el conjunto de sistemas de géneros y discursos sobre la literatura.

En el siglo XVIII o Siglo de las Luces, los géneros de dicción biográfica se convierten en el terreno favorito de un pensamiento en progreso, de un saber vivo, deviniendo en instrumento de un pensamiento dialógico abierto hacia el mundo, de un discurso dirigido hacia la sociedad. En sus páginas se realizan los grandes debates que marcan el siglo: de la reflexión moral y metodológica a la crítica literaria, pasando por la introspección autobiográfica<sup>6</sup>.

Las *escrituras de sí* se presentan como medio de autoaprehensión y autorreconocimiento. Centrada en la singularidad de un «yo» que se desnuda, las *escrituras de sí* se abren a todo tipo de escritores (amantes o profesionales de la escritura) como un espacio de comunicación e invención que escapa a las prescripciones poéticas de los géneros constituidos, un espacio de prácticas heterogéneas que cada vez es más difícil de definir como género literario. Deviene, más bien, en un cuestionamiento de la literatura, una alternativa crítica a la escritura literaria, el otro de la literatura que la acepción tradicional no incluye.

Los diversos géneros de las escrituras de sí construyen un espacio limítrofe, a la vez dentro y fuera del sistema literario, que permite a sus locutores desarrollar el deseo de habitar los márgenes, de disentir de las normas y los cánones habituales.

*El Tour de Francia* es una muestra de esta palabra construida desde los márgenes de la literatura. La conciencia crítica presente en dicho texto está asociada a la capacidad del individuo, en el sentido moderno, de autoproducirse, de reflexionar sobre su propia práctica y de observar su propia observación.

---

<sup>6</sup> En el siglo XVIII, las escrituras de sí se afirman como género literario laico y moderno y se recurre a sus diversas formas para el debate, la reflexión ideológica o la introspección. Las *Memorias* de Saint-Simon y las *Confesiones* de Rousseau son algunos de los ejemplos más conocidos.

La autorreferencialidad moderna implica un proceso de autoconciencia, autodeterminación y autorrealización.

La apropiación simbólica del título de la obra alude a dicho proceso de autoconciencia, autodeterminación y autorrealización. El «*tour de Francia*» era una práctica realizada por los miembros del *compagnonnage*, institución de formación profesional que tenía como particularidad la obligación de los jóvenes aprendices de viajar durante varios años, a fin de enriquecer sus conocimientos profesionales y humanos, al fin de los cuales debía producir una obra de arte, requisito indispensable para poder integrarse a su gremio.

La asociación de *compagnons* era la corporación de artesanos y posteriormente de proletarios y semiproletarios, que existieron inicialmente de forma clandestina porque eran ilícitas y estaban prohibidas. En ellas se establecía un vínculo entre artesanos de diferentes oficios que se reunían en federaciones ocultas, diferentes a las oficiales y generalmente enemigas de la corporación pública.

Durante cinco a siete años, el itinerante aspirante a *compagnon* viajaba alrededor de Francia siguiendo el curso de las manecillas del reloj, en lo que constituía un viaje de aprendizaje del oficio y de iniciación. La ruta que normalmente seguía era: Sens, Auxerre, Dijon, Chalonsur-Saône, Lyon, Vienne, Saint-Etienne, Valence, Aviñón, Marsella, Nîmes, Montpellier, Béziers, Carcassonne, Toulouse, Agen, Burdeos, Saintes, Rochefort, el valle de Loira y París. Flora Tristán se apropia del término para referirse a su gira de formación de la Unión Obrera y sigue exactamente la misma ruta. Si no llega a terminar su itinerario es porque fallece antes de concluirlo.

Para Flora, la formación de la Unión Obrera constituía el proceso de autoproducción de la clase obrera como tal, el proceso de constituirse como clase. La autoconciencia y autodeterminación de la clase obrera en el proceso de forjar una organización obrera internacional es la obra de arte que permitiría su

propia autorrealización como dirigente socialista. Su diario es el instrumento a través del cual ella reflexiona sobre su propia práctica y observa su propia observación. La mejor obra de arte, su propia vida.

## **Feminismo y socialismo**

El *tour* de Francia que Flora realiza no es sólo un viaje simbólico de perfeccionamiento profesional y de reapropiación de una tradición, es también una praxis real para la organización de la clase obrera y el desarrollo de una teoría social. En su texto, Flora dialoga con las distintas doctrinas sociales de su época y hace explícito el método de conocimiento en el que ella se basa: el empirismo espiritualista.

Flora desarrolla una teoría social porque concibe a la sociedad como una entidad diferenciada de las instituciones políticas, porque busca comprender la mecánica interna del funcionamiento de dicha sociedad y hace generalizaciones al respecto, y, por último, porque su mayor preocupación es la sociedad industrial moderna del mundo occidental del siglo XIX.

Su discurso es un producto de la época del desarrollo de la modernidad porque, tal como señala Jürgen Habermas, sus criterios de análisis no toman en cuenta modelos prestados de otra época, sino que crean su propia normatividad a partir de los debates filosóficos y sociales de la modernidad misma. Además, la obra de Flora y su concepto de sociedad miran hacia el futuro y están indisolublemente ligados a la idea del progreso social.

Ahora bien, como Flora no es una académica y su formación es autodidacta, ella desarrolla su visión del mundo y su propio discurso social de autoaprehensión de la clase obrera como objeto de estudio, a partir de las fuentes a las que accede: los libros de los socialistas utópicos, los libros sobre el *compagno-*

*nnage* y la francmasonería, las revistas y periódicos de republicanos, demócratas y socialistas de la época, los periódicos obreros, las conferencias a las que asiste y las actividades culturales y políticas del grupo de intelectuales a los que frecuenta, y, naturalmente, su propia experiencia vital.

La primera mitad del siglo XIX fue un período crucial en el desarrollo del pensamiento político y social de la época: Babeuf, Owen, Saint-Simon, Fourier, O'Connell, el movimiento cartista, Cabet, Lamennais, Comte, sansimonianos como Prosper Enfantin, fourieristas como Victor Considerant. Sus ideas, teorías y doctrinas son parte del debate intelectual de la época y Flora se sumerge en él. Asiste a las conferencias de Owen en París, envía cartas a Fourier, escucha al dirigente nacionalista irlandés O'Connell en el Parlamento inglés, se entrevista con los cartistas, fourieristas, sansimonianos y con líderes como Perdiguier, Moreau y Bossuet que buscan reformar las viejas asociaciones gremiales del *compagnonnage*. Flora dialoga así con la naciente sociología y con los discursos socialistas de su época.

*El Tour de Francia*, como señala el subtítulo, se interroga sobre el estado de la clase obrera desde el punto de vista moral, intelectual y material. Desde el punto de vista material, Flora hace un interesantísimo estudio sociológico y un fresco social de su época. Antes de 1848, Francia se encuentra todavía en los albores de la revolución industrial y el mundo obrero es todavía el de las profesiones tradicionales. Las primeras máquinas de vapor y los telares mecánicos se introducirán tan sólo tiempo después. Es entre dichos obreros tradicionales, artesanos, *compagnons* y *canudos*, (obreros de la seda) que se va forjando una élite obrera cada vez más consciente de su propia identidad social.

La influencia de los periódicos obreros y las ideas socialistas van a contribuir enormemente a la formación de la clase obrera como clase y de la propia Flora Tristán: «A partir de 1830 se

multiplican los periódicos obreros como *L'Artisan*, “diario de la clase obrera”, *L'Atelier*, donde escribe Agricol Perdiguier, *La Phalange* de los fourieristas, *La Ruche ouvrière* de Jules Vinçard, el *Journal du peuple* de Michel Dupoty o *L'Écho de la fabrique* en Lyon. Estos periódicos son escritos y leídos por obreros y gozan de muchísimo crédito entre ellos. Constituyen una auténtica red de comunicación a través de Francia. Flora Tristán se dirige a ellos cuando publica un libro y los lee con atención»<sup>7</sup>.

Flora documenta con profusión de datos las condiciones de vida de los obreros: sus alojamientos miserables, las jornadas de trabajo inhumano que a veces sobrepasan las dieciséis horas, los salarios de hambre, la ausencia total de protección social, así como el trabajo infantil y el de la mujer. Testimonia también sobre las características de la organización de obreros y artesanos en sus viejas sociedades y sus luchas por crear nuevas, y comenta la importancia de huelgas como las de la década de 1830 que hicieron tambalear el orden público. Su libro es un llamado a transformar en organización ese nuevo sentimiento de solidaridad que se ha ido forjando en el proceso.

La importancia de la siguiente década, la de 1840, como un período de agitación obrera y de difusión de las ideas socialistas queda también claramente consignada en sus páginas. Como Evelyn Bloch-Dano señala, 1840 fue un hito en la publicación de textos fundadores del socialismo utópico. Dicho año aparecieron, entre otros: *De la organización del trabajo* de Louis Blanc, *¿Qué es la propiedad?* de Proudhon, *Viaje por Icaria*, el famoso libro de Cabet en el que expone su utopía comunista y *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers* de Louis-René Villermé, primera investigación de carácter sociológico sobre la situación de los obreros textiles<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Bloch-Dano, Evelyn. *Flora Tristán. Pionera, revolucionaria y aventurera del siglo XIX*. Madrid: Maeva Ediciones, 2002, p. 257.

<sup>8</sup> Bloch-Dano, *op. cit.*, p. 258.

Los intelectuales románticos también viran hacia el pueblo, fundan revistas y periódicos, financian proyectos de imprenta y publican las obras de poetas y escritores obreros. En 1841, aparece la primera antología poética del pueblo titulada *Poésies sociales des ouvriers*. La galería de los más destacados entre ellos aparece en las hojas del diario de Flora: El zapatero Savinien Lapointe, el herrero y poeta cantante Jules Vinçard, el albañil Charles Poncy, además de Béranger quien ya era famoso desde antes.

Flora dialoga con todos estos sectores y elabora en este intercambio ideológico su propio ideario social. Ella propone, en la Francia del período de la Restauración, la defensa material de la clase obrera como una continuación de la lucha de la Revolución Francesa, pero lo hace influenciada por la crítica espiritualista del empirismo del siglo XVIII, desarrollada por algunos pensadores de su época. Desde este punto de vista, el conocimiento viene no sólo por el efecto de cuerpos externos, sino de los sentidos internos del ser humano. Se identifica así, dos mecanismos de cambio histórico, el social y el moral, y se adopta una metodología que combina el dato sociológico con el amor por la causa como indispensables para el desarrollo de una práctica social liberadora.

Se inscribe así Flora en la tradición filosófica de los moralistas, inaugurada por Montaigne, cuyo objetivo consiste en el estudio de la interacción entre las pasiones humanas y las instituciones sociales, o como Hume planteara en su *Tratado de la naturaleza humana*, un intento de aplicar el método científico a la ciencia del ser humano.

El lado activo del sujeto en el proceso del conocimiento y en la práctica social está dominado por esta visión espiritualista. Si bien cualquiera puede acceder a los datos sociológicos objetivos, sólo una apóstol puede transformar dichos datos en una lucha por penetrar en la clase obrera y dotarla de una organización que asuma dicha tarea liberadora. La gran obra de amor

de la Mujer-Mesías es la organización de los obreros y su constitución como clase.

¿Cuál es la propuesta de Flora Tristán? ¿Cuáles son sus aportes y cuáles los límites de la misma? En *La sagrada familia*, Marx la ubica entre los socialistas franceses, aquellos que señalan que: «El obrero hace todo, produce todo y sin embargo no tiene derecho, ni propiedad, ni nada»<sup>9</sup>. Agrega que ella plantea por primera vez la organización del trabajo, adelantándose así a la crítica-crítica.

La propia Flora se define como socialista pacífica. El 31 de marzo de 1843 anota en su diario lo siguiente:

Hablemos de la *Phalange*. ¡He aquí un acontecimiento inesperado! Envío un capítulo «Los medios de constituir la clase obrera». Considerant me escribe una carta espléndida. Encuentra mi idea grande, poderosa, capaz de lanzar una nueva luz en la marcha de las cosas sociales y me pide permiso para consultar con sus colaboradores la inserción que solicito. Luego, cuatro días después, el 29 de marzo la inserta con un muy buen encabezado. El 31 de marzo lo que resta, casi un capítulo. Lo hace seguir de un artículo en el que me ubica entre los socialistas pacíficos. En una palabra, muy bien.

Ella considera que el rasgo distintivo de la sociedad moderna occidental es la presencia de la clase obrera, parafraseando a Saint-Simon la clase social más numerosa y más útil. El progreso de la sociedad implica constituir a dicha clase como tal, para lo cual no sólo debe reivindicarse el derecho al trabajo, el derecho a la instrucción y el derecho al pan, sino organizarla.

La constitución de la clase obrera se producirá en el proceso de creación de la Unión Obrera, organismo híbrido entre partido político y asociación civil independiente, suerte de sociedad de ayuda mutua que asume funciones gubernamentales.

---

<sup>9</sup> Marx, Karl y Friedrich Engels. *La sagrada familia*. Madrid: Akal Editor, 1981, p. 32.



Es importante destacar, sin embargo, que Flora concibe dicho proceso de constitución de la clase obrera como una tarea internacional que debe ser llevada adelante por una organización internacional. Su llamado a «LA UNIÓN UNIVERSAL DE LOS OBREROS Y OBRERAS»<sup>10</sup> anticipa la famosa consigna «proletarios del mundo uníos», lanzada por Marx en el *Manifiesto Comunista* cinco años después, y adquiere especial relevancia en el mundo globalizado de hoy.

Sus propios contemporáneos interpretan su llamado a la creación de la Unión Obrera como un llamado a formar un partido obrero. Así, Víctor Considerant afirma: «Crear esa Unión sería crear el partido de los proletarios»<sup>11</sup>, tarea a la que él opone la construcción de un partido democrático apoyado por la burguesía liberal.

Se puede considerar a la Unión Obrera como un partido obrero, porque plantea un programa en defensa de los intereses de dicho sector social, y tareas políticas como la de elegir un Defensor que los represente en el Parlamento, defienda sus intereses y negocie con la burguesía en dicho organismo. Es también un partido por la estructura organizativa que propone: un comité central de cincuenta miembros, comités regionales y locales de siete miembros, cotizaciones, un órgano de prensa, etc.

Pero las tareas que Flora asigna a su organización no son prioritariamente tareas políticas en la lucha por el poder, ni banderas de reforma política como la lucha por el sufragio universal. Para ella la organización independiente de la clase obrera es la tarea prioritaria. Flora no quiere nada con la limosna católica y rechaza toda forma de asistencialismo. Así, cada miembro debe pagar una cotización mínima de dos francos, a fin de que la Unión Obrera pueda construir Palacios

---

<sup>10</sup> Tristán, Flora. *La Unión Obrera*. Barcelona: Ediciones Fontamara, 1977, p. 73.

<sup>11</sup> Citado por Evelyn Bloch-Dano, *op. cit.*, p. 270.

Obreros y realizar acciones sociales como la educación y formación profesional de sus miembros, la protección y el cuidado de los jubilados y enfermos y la recaudación de fondos para financiar la labor del defensor obrero en el Parlamento.

La construcción de la Unión Obrera es, sin embargo, una tarea sumamente compleja. En primer lugar, Flora no procede del pueblo y tiene que hacer su *tour* de Francia para poder insertarse en la clase obrera. A fin de lograr su objetivo establece una red de corresponsales que la ayudan en cada ciudad a la que arriba. Perdiguier, Gosset y Considerant, entre otros, le escriben cartas de presentación para que los dirigentes locales le brinden su apoyo. Los societarios unionistas de Pierre Moreau y algunos grupos francmasones también lo hacen. Empero, su condición de mujer hace su *tour* de Francia aún más difícil. De hecho, ni las sociedades del *compagnonnage* ni las logias masónicas admiten mujeres. Muchos obreros acudían a sus charlas sólo para comprobar si la mujer que hablaba era realmente quien había escrito el pequeño libro.

Por lo demás, Flora es profundamente subjetiva. Este subjetivismo es una manifestación contradictoria de su proceso de individuación que la lleva a concebirse como una mujer «aparte», y de las limitaciones de su época y de las teorías románticas y místicas en las que ella se inspira. La contraposición que ve entre su rol como Mujer-Mesías y la masa de obreros sin conciencia de sí la desespera, la frustra y la hace ser intolerante y arrogante. Si bien insiste en que no se debe rendir culto a individualidades, sino a «la Idea», la concepción romántica de los grandes individuos que hacen la historia impregna su pensamiento. En su diario afirma: «Heme aquí, sin haberlo premeditado, la Mujer-Guía, tal como yo también, con mi sentido común, lo había soñado».

La situación de Flora Tristán es particular. Ella no es miembro de ningún grupo constituido, de ninguna camarilla y antes de iniciar su *tour* de Francia no posee ningún apoyo so-

cial. Luce Irigaray plantea en su libro *Speculum*: «Todas las teorías sobre el sujeto han sido siempre válidas para lo “masculino”»<sup>12</sup>. De dicha afirmación se concluye que la mujer no sólo no tiene derechos sociales, tampoco tiene derecho a la representación. Si no puede hacerlo ¿cómo puede estar segura de su posición de sujeto? En su libro *Teoría literaria feminista*, Toril Moi señala:

Sí, como Irigaray expone, la experiencia mística es precisamente una experiencia de pérdida del sujeto, de desaparición de la oposición sujeto/objeto, ello supondría un llamamiento especial a las mujeres, cuya posibilidad de ser sujeto niega y reprime el discurso machista. [...] Para Irigaray el discurso místico constituye «el único lugar de la historia occidental en el que la mujer habla y actúa de forma pública»<sup>13</sup>.

La visión mística del éxtasis parece escapar a la lógica especular sujeto/objeto y Flora la necesita para erigirse en una figura pública. En realidad, a las preguntas: ¿Cuál es la relación entre dirigentes, partido y clase? ¿Cómo se da el proceso de autoconciencia de la clase obrera?, Flora responde implícitamente, con la labor de revelación de profetas y apóstoles como ella.

Su propuesta adopta distintos aspectos de las doctrinas de los socialistas utópicos y los dirigentes políticos de su época, y los adapta a la suya propia. Del dirigente nacionalista irlandés O'Connell, adopta la forma organizativa de su asociación; de Fourier y Saint-Simon la búsqueda de una nueva forma de organización social y su pedagogía moderna. A diferencia de ambos, no propone, sin embargo, construir pequeñas islas de comunidades modelos inspiradas en un ideal utópico, sino organizar a la clase obrera para tareas inmediatas y en el seno del propio sistema capitalista. De la tradición del *compagnon*-

---

<sup>12</sup> Irigaray, Luce. *Speculum. Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Editorial Saltes. 1978.

<sup>13</sup> Moi, Toril. *Teoría literaria feminista*. Madrid: Cátedra 1988, p. 145.

nage, adopta el carácter casi místico que se le otorga al Trabajo y la alianza entre éste y el Deber, y de los sansimonianos, la importancia asignada a la mujer y la idea de la Mujer-Mesías.

En suma, su propuesta, claramente influida por los planteamientos de Rousseau, Fourier, Owen y por la práctica política del movimiento nacionalista irlandés liderado por O'Connell y del cartismo, plantea la reivindicación del trabajo manual y la lucha por la igualdad social y de género gracias a la educación.

En su famoso libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Max Weber plantea que el capitalismo es un producto específico del occidente moderno europeo y que dicho sistema presupone una racionalidad cultural. La lógica del sistema capitalista no estaría basada en un egoísmo utilitarista o en el mero afán de lucro y en la acumulación del dinero, características ambas premodernas, sino en una ética que concibe a la riqueza como producto de la virtud del trabajo. Se concibe al trabajo como un fin en sí mismo, como una profesión, en el sentido religioso del término:

En todo caso, lo absolutamente nuevo era considerar que el más noble contenido de la propia conducta moral consistía justamente en sentir como un deber el cumplimiento de la tarea profesional en el mundo. Tal era la consecuencia inevitable del sentido, por así decirlo, sagrado del trabajo, y lo que engendró el concepto ético de profesión<sup>14</sup>.

El ideal religioso protestante de la realización del ser humano reside en su concepción de productividad en el trabajo. El desarrollo del capitalismo es producto de una lógica cultural y de una ética que plantea que uno debe ser productivo y vivir para trabajar y no trabajar para vivir.

Al endiosamiento de la productividad del trabajo y el fetichismo del dinero y la mercancía en la sociedad capitalista,

---

<sup>14</sup> Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Buenos Aires: Ediciones Orbis S. A. 1985, pp. 88-90.

Flora opone la consigna del derecho al trabajo, según ella la única manera legal y justa de extender el derecho de propiedad a la clase obrera. Lo que ella plantea en *La Unión Obrera*, es que la única propiedad que los obreros tienen es la de sus brazos. «Sus brazos son *los únicos instrumentos de trabajo que posee*. [...] Mas, para que la clase obrera pueda gozar *con seguridad y con garantías* de su propiedad (como dice el artículo 8°), se le tiene que reconocer *en principio* (y también en la realidad) el *libre disfrute* y garantía de su propiedad. Ahora bien, el ejercicio de este libre disfrute y garantía de su propiedad consistiría para la clase obrera, en poder *utilizar sus brazos* cuando y como gustase, y para ello debe tener *derecho al trabajo*. En cuanto a la garantía de su propiedad, consiste en una sabia y equitativa ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO»<sup>15</sup>.

Debate con aquellos que plantean la consigna de la organización del trabajo sin plantear el derecho al mismo, señalando enfáticamente que no se puede organizar lo que no se tiene. No obstante, a diferencia de Saint-Simon, que oculta las diferencias entre la burguesía y el proletariado tras su consigna «las clases productivas», Flora señala que la única clase realmente productiva es la clase obrera. Se apropia así de la lógica cultural que la burguesía asigna al trabajo, y su contenido místico, para orientarla en la lucha contra la propiedad.

Flora no analizó las contradicciones inherentes a la estructura del sistema capitalista, como hizo Marx en *El Capital*, ni construyó un sistema teórico que incluyera los fundamentos filosóficos e históricos de la lucha por el socialismo, pero fue capaz de comprender el papel de la clase obrera y proponer una práctica social dirigida hacia la lucha por organizarla.

*El Tour de Francia* ilustra la lucha diaria de Flora Tristán por difundir su pequeño libro, *La Unión Obrera*, y en este proceso lograr la emancipación del proletariado y la creación de un mundo nuevo; pero quizá el más grande aporte de Flora

---

<sup>15</sup> Tristán, Flora. *La Unión Obrera...*, op. cit, p. 91.

Tristán en la forja del pensamiento socialista es el desarrollo de un discurso que une indisolublemente el destino y la lucha de la mujer como género con el de la clase obrera y su lucha por el socialismo.

Flora fue capaz de comprender la importancia histórica de la clase obrera en la lucha por la liberación social de la humanidad, pero también de percibir que, tras la categoría de humanidad, los teóricos y políticos de su tiempo aludían al hombre, convertido así en el universal. Flora amplía el horizonte histórico de dicha categoría, haciéndoles ver que la mujer es también parte de este universal.

En el tercer capítulo de *La Unión Obrera*, se plantea la siguiente pregunta «[...] ¿cómo se puede amar a Dios y servirle bajo la perspectiva universal de todos y todas en la humanidad?». Para Flora queda claro que la categoría universal *humanidad* debe incluir en el mundo teórico de las categorías, y en el práctico de la historia, a todos y todas.

El carácter precursor de dicha lucha y su vigencia histórica se puede ver incluso un siglo más tarde en la consigna feminista de los años 70, «el 49% de las mujeres son hombres». Con ella se buscaba hacer lo que Flora planteaba en la primera mitad del siglo XIX, revertir el enunciado implícito que constituye su referente interno y que plantea una simple constatación demográfica, el que el 51% de los hombres —es decir, representantes de la especie humana— son mujeres. Se cuestiona con dicha consigna el intercambio de la categoría universal *especie/humanidad* por la de *hombre*, y se busca un efecto de choque al sacar a la categoría *mujer* de su posición de particular y asignarle la del universal.

Pero no se trata sólo de una lucha filosófica. Flora plantea abiertamente uno de los grandes problemas teóricos y prácticos de su tiempo, la superposición de tareas de diferentes temporalidades históricas: la tarea de la lucha del proletariado por la revolución social y la lucha de género por la liberación de la

mujer. Flora afirma que la mujer se ha convertido en la proletaria del proletario. Si la clase obrera necesita constituirse como clase para poder luchar por el derecho al trabajo contra aquellos que se apropian de su producto, la mujer necesita organizarse porque para ella no había llegado ni siquiera la revolución burguesa de los derechos del hombre y del ciudadano.

Las mujeres han sido convertidas en obreras todas, en parias, porque «[l]a mujer (la mitad de la humanidad) ha sido *echada de la Iglesia, de la ley, de la sociedad*»<sup>16</sup>. Flora llama a la lucha por la igualdad absoluta del hombre y de la mujer y la extensión de las conquistas de la Revolución Francesa a dicho sector:

Antes del 89 ¿qué era el proletario en la sociedad francesa? Un *villano*, un *patán*, una *bestia de carga*, *pechero* y sujeto a *prestación personal*. Después llegó la revolución del 89, y, de golpe, hete aquí a los sabios entre los sabios que proclaman que la *plebe* se llama *pueblo*, que los *villanos* y los *patanes* se llaman *ciudadanos*. En fin, proclaman en plena asamblea nacional los *derechos del hombre*.<sup>17</sup>

Ahora bien, según ella, hay que completar aquello que quedó inconcluso. «Lo que ha ocurrido con los proletarios, hay que convenir en ello, es un buen augurio para las mujeres cuando les llegue su 89»<sup>18</sup>.

En su trayectoria política, las demandas públicas como el derecho al divorcio están indisolublemente ligadas a la defensa general de los derechos humanos, tal como quedó demostrado en su lucha contra la pena de muerte.

A la falta de derechos en el ámbito público, se suma la falta de libertad en el espacio privado. Flora logra reconocer no sólo la diferencia entre el hombre y la mujer y la injusticia de la

---

<sup>16</sup> Tristán, Flora. Unión Obrera..., *op. cit.*, p. 110.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, pp. 112-113.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 114.

vida de las mujeres, sino la condición de subordinación, discriminación y opresión en la que ella se encuentra en el seno de la propia clase obrera. Sus observaciones sobre la prostitución y las condiciones de inferioridad salarial y educativa a la que se condena a la mujer proletaria son claves en sus planteamientos.

Su llamado al proletariado a incluir bajo sus banderas la de la liberación de la mujer combina las tareas burguesas inconclusas con las de la liberación social, pero va acompañada, sin embargo, de una arenga específica a las mujeres de la clase obrera y del pueblo, diferenciando así las tareas de género y las de clase. La mujer obrera tiene la tarea específica de luchar junto con sus hermanos de clase por la creación de la Unión Obrera y la constitución del proletariado como tal. La categoría mujer es también histórica y signada por las contradicciones sociales, nacionales y de clase.

Casi dos siglos después, la publicación del diario de Flora Tristán en castellano tiene como objetivo recordarnos que ambas tareas, la de la revolución social y la de la liberación de la mujer, continúan vigentes. No obstante, la realización material de las viejas utopías se ha revelado mucho más compleja de lo que previeron los socialistas utópicos y los creadores del socialismo científico. Espero por esto que la publicación del diario de Flora se convierta en un paso indispensable en la tarea de repensar los debates fundadores de la lucha por el socialismo, y en la actualización de una teoría social que pueda conducirnos a la construcción de la sociedad socialista con la que aún soñamos.





# SOBRE LA TRADUCCIÓN

**Yolanda Westphalen**

LA TRADUCCIÓN DEL DIARIO de Flora Tristán, *El Tour de Francia*, ha significado un gran reto, pues se trata de dar una versión en castellano de un diario inacabado, en el que Flora consignó notas, apuntes y comentarios de su gira por Francia.

El afán de preservar el carácter documental e histórico del texto es el que ha guiado los criterios de traducción. Se ha tratado de respetar, al máximo, las opciones léxicas y sintácticas, así como en la medida de lo posible la puntuación del original. A riesgo de parecer literal, la versión en castellano intenta conservar el carácter de borrador del mismo, y no busca darle una fluidez sintáctica donde no la había. Se conserva, asimismo, las palabras elegidas por Flora. Si la autora tenía las mismas opciones en francés que en castellano y eligió una opción léxica, se ha mantenido dicha elección, así a veces el texto pueda volverse repetitivo. El uso de guiones, al que la autora recurre mucho, ha sido conservado sólo para aclaraciones o incisos dentro del discurso; en los demás casos han sido sustituidos por el signo de puntuación más apropiado según el párrafo. Finalmente, los parlamentos dentro de la narración a veces estaban indicados con comillas y otras con guiones; para evitar confusiones, todos ellos están encerrados entre comillas. Si bien toda traducción implica hacer una nueva versión del original, se ha intentado, en lo posible, conservar el estilo de Flora Tristán.

Las notas de traducción buscan contextualizar el momento histórico en el que Flora redacta su diario, informar sobre los principales interlocutores políticos o sociales con los que ella dialoga y algunos de los personajes que aparecen en sus pági-

nas. Explican, también, algunos términos en francés que aluden a instituciones típicamente francesas, y que no son, por lo tanto, necesariamente conocidas por un público de habla hispana. Hay, además, algunos términos que se conservan en francés en la traducción. Para evitar confusiones, dichos términos se han puesto en cursivas.

Finalmente, quiero agradecer a Enrique Sato, quien me ayudó en el trabajo de revisión y corrección de estilo, y sin cuya ayuda la presente versión sería imposible, y a Carlos García-Bedoya por su trabajo de revisión final del texto. Agradezco, también a Catherine Lafaurie y Sébastien Paz por su apoyo. Cathy fue una fuente inagotable de información sobre diccionarios actuales y de la época; y ambos, Sébastien y ella, me ayudaron a encontrar respuestas frente a algunas dudas sobre el texto.

# EL TOUR DE FRANCIA

## I. PARÍS (4 DE FEBRERO-16 DE ABRIL DE 1843)

SOBRECARGADA DE TRABAJO como estoy en este momento, no puedo más que lanzar algunas notas —que más tarde me servirán para hacer la obra de la que ahora pongo el título. En primer lugar, todas las cartas de obreros que están en orden en el mismo paquete, luego gradualmente los acontecimientos.

Mi primera salida fue el 4 de febrero de 1843 a la casa del señor Gosset, padre de los herreros<sup>1</sup>. Yo debía encontrar allí una asamblea de herreros, pero ésta no se llevó a cabo, y encontré tan sólo un grupo de herreros que me parecieron hombres bastante razonables. Conversé con dos o tres que son muy buenos. El señor Gosset es bastante inteligente y espero mucho de él. La mujer no entiende nada que no sean sus intereses pecuniarios.

---

<sup>1</sup> Jules Puech, como se explica en la introducción a esta edición, elaboró notas aclaratorias al manuscrito de Flora Tristán. La primera de ellas nos da luces sobre las motivaciones de la autora: «J. Gosset era el autor del *Projet de régénération du compagnonnage* (París, 1842). Flora Tristán cita este trabajo en su *Union ouvrière* (p. 11) y declara que la lectura que ella hizo de él, juntamente con la del *Livre du Compagnonage* de Perdiguier y del folleto de Pierre Moreau *Un mot sur le Compagnonage*, fue la causa de su apostolado. Estableció correspondencia con Gosset en enero de 1843. Sobre Moreau y Gosset, ver E. Martin Saint-Léon: *Le Compagnonnage* (París: Colin editores, 1901). Sobre estas relaciones de Flora Tristán con los militantes obreros, cf. nuestro estudio: *La vie et l'œuvre de Flora Tristán*, 2.a parte, capítulo ii y 3.a parte, capítulo iii». (N. del E).

Agricol Perdiguier<sup>2</sup> vino para leer mi discurso a los obreros. No comprendió nada —la palabra «actuar» y «unión universal de los obreros y obreras» no le impresionaron. La única cosa que le emocionó fue mi *tour* por Francia:<sup>3</sup> «¡Ah!, exclamó, ¿us-

---

<sup>2</sup> Agricol Perdiguier (1805-1875) fue uno de los principales dirigentes del *compagnonnage* (ver nota 10) y aparece mencionado varias veces a lo largo del diario. Flora Tristán entró en contacto con él antes de iniciar su gira por Francia y él le dio una carta para que contara con el apoyo de los *compagnons* a la ciudad a la que llegara. Pese a este apoyo, Flora fue siempre crítica de sus posiciones. Perdiguier era carpintero y luego de su *Tour por Francia* se recibió como *Compagnon* del Deber de la Libertad bajo el nombre de Aviñonés el virtuoso. En 1839, publicó el *Libro del Compagnonnage*; publicación que trataba sobre el asunto de los principios de la asociación de los artesanos y obreros y que sumada a otras le valieron a su autor la persecución. En 1848, fue elegido representante del pueblo por París y fue reelecto para el Legislativo. Ocupó un escaño como diputado obrero y votó consistentemente por la izquierda radical. Luego del golpe de estado del 2 de diciembre de 1851 se exilió en Bélgica, pero casi inmediatamente pasó a Suiza donde escribió el libro *Memorias de un Compagnon*. Regresó a Francia en 1855 y se sumó a favor del Imperio. Continuó escribiendo y publicando sobre el *compagnonnage* hasta su muerte en 1875. George Sand escribió en honor suyo una novela titulada *El Compagnon del Tour de Francia*. Agricol Perdiguier fue conocido también como *Avignonnaise-la-Vertu*, pues era costumbre entre los *compagnons* ponerse seudónimos cuya primera parte señalaba su lugar de origen, y la segunda, una virtud con la que se lo identificaba (nota de la traductora, en adelante: N. de la T.).

<sup>3</sup> El Tour de Francia era una práctica realizada por los miembros del *compagnonnage*. Durante cinco a siete años el itinerante viajaba alrededor de Francia siguiendo el curso de las manecillas del reloj, en lo que constituía un viaje de aprendizaje del oficio y de iniciación. La ruta que normalmente seguían era: Sens, Auxerre, Dijon, Chalon-sur-Saône, Lyon, Vienne, Saint-Etienne, Valence, Aviñón, Marsella, Nîmes, Montpellier, Béziers, Carcassonne, Toulouse, Agen, Burdeos, Saintes, Rochefort, el valle de Loira y París. Flora Tristán se apropia del término para referirse a su gira de formación de la Unión Obrera y sigue exactamente la misma ruta. Si no llega a terminar su itinerario es porque fallece antes de concluirla. Agricol Perdiguier se emociona por la propuesta de Flora Tristán de hacer una gira como la de los miembros del *compagnonnage*. (N. de la T.).

ted también va a hacer un *tour* por Francia?», y parecía celoso. Luego de esta conferencia ya no me parecía tan bueno. Creo que es porque no comprendió nada.

Hablemos del comité de *La Ruche*<sup>4</sup>. El manifiesto fue aceptado por 14 balotas blancas sobre 15, y, sin embargo, no comprendieron mucho más que Perdiguier, ni la palabra «actuar», ni la palabra «unión».

Las cartas de Rosenfeld están ahí para probarlo. Hay que poner aquí las cartas y hablar de la que yo le escribí. Hablar de Vinçard, el águila de la tropa, que no se muestra más inteligente que los demás, y de toda la extrañeza de su conducta. Primero delicado, cálido; luego frío, silencioso, en retirada, dejando de venir a mi casa cuando lo invito a informarse sobre mi trabajo —¿quién ha podido operar en él un cambio tan súbito? Investigo para saberlo.

*Ayer 13 de febrero.* A las 8 de la noche, llego con Evrat y el señor Rosenfeld al comité convocado extraordinariamente para la lectura de mis dos capítulos<sup>5</sup>. El comité se encuentra en

---

<sup>4</sup> Se alude aquí a *La Ruche populaire* (La colmena popular), comunidad de ayuda mutua que agrupa a obreros de diferentes perspectivas y edita un periódico obrero redactado y publicado por ellos mismos bajo la dirección de Vinçard (1839-1849). Vinçard y Vanostal lo fundaron y Cécile Dufour fue subdirectora del mismo. Flora Tristán se reúne con ellos en enero o febrero de 1843 para presentarles sus propuestas. (N. de la T.)

<sup>5</sup> En una de sus notas al Manuscrito en francés, Jules Puech dice: «El doctor Evrat fue uno de los amigos más fieles de Flora Tristán. Médico alienista en el asilo de Saint Robert, deseaba ardientemente socorrer a la humanidad. Sus cartas inéditas revelan un alma altamente idealista. Dejó algunos trabajos técnicos sobre el tratamiento de las enfermedades mentales. Cuando Owen vino a París en 1838, el doctor Évrat fue uno de los numerosos intérpretes que le permitieron discutir con los franceses las cuestiones de filosofía y de economía social (cf. Louis Reybaud, *Études sur le réformateurs*, París, 1841, p. 27 del tomo I, 5.ª edición, 1848). Se puede presumir que fue a través de Évrat que Flora Tristán conoció a Owen» (De aquí en adelante, la

la calle Jean Aubert, una callejuela sucia y enlodada en la calle Saint-Martin, en una vieja casucha en ruinas con un acceso largo, negro y una escalera peligrosa al cuarto piso. Entramos en una habitación bastante limpia, en la que ya había una veintena de personas. Reina un gran silencio. Nadie se me acerca, ni siquiera Vinçard que me conoce y que por consiguiente debería haber venido a mí para disculparse de no haber acudido a mi invitación para hablar de mi trabajo. Nada. Me hacen esperar, a mí que he anunciado que traería la salvación de la clase obrera. Todos no vienen. Solamente doce y una decena de mujeres. Durante esta media hora de espera, examino todos los rostros: son fríos, secos, desprovistos de elevación, de inteligencia; en cambio, leo en ellos los caracteres de la vanidad, de la arrogancia, de la terquedad, aunque aunada a una muy grande movilidad de ideas. Estudio a Vinçard cuya fisonomía usualmente tiene fineza, espíritu —estaba serio, preocupado, y

---

traducción de las citas de J. Puech es también de Y. W.). [Flora Tristán se refiere a él con frecuencia en su libro *Promenades dans Londres*, pero casi no lo menciona en este texto. Robert Owen (1771-1851) fue un industrial, filósofo y sociólogo, fundador del socialismo y del cooperativismo inglés, y un notable director e inspirador del movimiento sindical obrero. Fue un interlocutor importante en el movimiento de ideas socialistas con las que ella debate. Uno de sus principales postulados fue que el «carácter» del hombre (es decir, su forma de conducta y escala de valores) depende de las condiciones que le rodean. Partiendo de esta opinión, Owen acusó al sistema industrial de formar malos caracteres, dada su lucha por la competencia individual y la ambición. La importancia que le daba al medio lo llevó a trabajar por la educación popular y por la reforma de las fábricas y la organización social del trabajo. Presentó inicialmente una propuesta para la creación de «aldeas de cooperación», como forma de que los desempleados pudieran ganarse la vida, pero luego vio dicho plan como manera de organizar tanto la producción agrícola como la industrial y como un llamamiento para el cambio completo del orden social y económico existente. En la segunda mitad de la década de 1820 la doctrina de Owen fue reinterpretada por los dirigentes de los sindicatos obreros, buscando reorientar dicho movimiento por el camino del socialismo cooperativista. (N. de la T.)]

a pesar de que se encontraba situado lejos de mí, yo sentía que había algo irritante entre él y yo. Finalmente, comenzó la sesión; Evrat no leyó tan bien como tiene costumbre de hacerlo, lo que me contrarió mucho. Durante toda la lectura del primer capítulo reinó un absoluto silencio y una atención muy constante. No hubo una sola interrupción. Fue cuando se leyó el pasaje de la *Gazette des Tribunaux*, en que el abogado del Rey dice: que un albañil, un zapatero, un labrador no son hombres. Se elevó un murmullo de sorpresa y de indignación. He aquí el efecto de la declaración de los derechos del hombre de 1791<sup>6</sup>.

Cuando se terminó la lectura del capítulo, todos dijeron sin entusiasmo que era muy bello. Vinçard pidió la palabra. «Señora Flora, dijo, isu trabajo es muy bello! Contiene ideas geniales, pero no se encuentran más que en el estado de la utopía, porque usted no indica cómo podremos unirnos. Y todo radica ahí». Mi sorpresa fue grande al escuchar hablar así al águila de la tropa. Yo estuve durante toda la noche muy contenta conmigo misma, lo que no me sucede a menudo, estuve franca, ardiente, firme y no obstante llena de calma y moderación. No había creído que sería capaz de hablar así en una asamblea pública, lo que me dio esperanzas. «Vinçard, le repliqué, usted se equivoca. No ha comprendido usted, entonces, lo que es esencial en el capítulo que se acaba de leer: la Ley». «Pero qué importa la ley si uno no la puede realizar». Y nos hizo al respecto uno de los largos discursos más estúpidos. Fui mala, justo lo que se necesitaba, no más. Cuando vi que el auditorio estaba bien convencido de que Vinçard decía absurdidades, lo interrumpí: «¡La ley!, pero observe, entonces, Vinçard, que todo radica ahí, en la ley. Antes de pasar a la realización, es necesario formular la ley. El catolicismo no se estableció definitivamente más que en el siglo VI y desde hace 600 años Cris-

---

<sup>6</sup> Se refiere a la primera Constitución de la revolución francesa, aprobada ese año. Ésta se erige sobre la base de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, de 1789. (N. del E.)



to había formulado la ley. La constitución de la clase burguesa no se estableció más que en 1789 y la ley había sido formulada desde los primeros Estados Generales. Yo les traigo la ley, en cuanto a su realización Dioses proclamará su hora»<sup>7</sup>.

Todo el mundo estuvo de acuerdo conmigo. Detrás de mí estaban tres hombres que no peroraban, pero que captaron de inmediato mi idea. Todos estaban tan sorprendidos como yo de la controversia estúpida de Vinçard. Esto me confirma lo que yo había sentido anteriormente, que él estaba contra mí. Por lo demás esta discusión sirvió, porque les hizo comprender la ley que yo venía a traer. Fuimos al voto. De 12 balotas: 11 blancas, 1 negra, probablemente de Vinçard. Luego de esta discusión observé que el sobrino de Vinçard también estaba contra mí: me lanzaba unas miradas terribles.

Leímos el capítulo de las mujeres. Fue escuchado con menos atención que el otro, tal como se esperaba. El auditorio estaba fatigado, además, ese capítulo decía poco comparándolo con el otro. Cuando se acabó, Vinçard pidió nuevamente la palabra. En esta oportunidad divagó completamente. Dijo que se oponía a la inserción de este capítulo porque en él se afirmaba que la clase obrera iba a las tabernas, lo que iba a renovar los ataques que la clase burguesa hacía contra la clase obrera. Por más que le hice notar que yo sólo hablaba de los maridos, que la cuestión de las tabernas no estaba en discusión, que surgía del asunto tratado. Imposible, no quería comprender nada. Nuevamente, todos estuvieron de mi parte y desaprobaron lo que dijo. Tan sólo uno, el carpintero Roly pidió la palabra y dijo, con la emoción de la cólera, que él se

---

<sup>7</sup> Eléonore Blanc explicó la simbología divina utilizada por Flora Tristán en una carta dirigida a Cantagrel: «[...] el triángulo es la imagen de Dios [para Flora] y ella tenía un sello que lo representaba. Su papel membretado llevaba también ese signo religioso. Pero en su sello y en su papel el triángulo estaba trazado simplemente y sólo tenía estas inscripciones: “padre, madre, embrión” (una palabra sobre cada lado del triángulo), Dioses al centro». (N. del E.)

oponía fuertemente a su inserción porque en él se insultaba a los obreros y a las obreras. Discutí con él y confesó que los obreros iban a las tabernas, pero señaló: «Entre nosotros podemos confesar nuestros defectos, pero no debemos permitir que vengan extraños a amonestarnos; por el contrario, debemos ocultar dichos defectos a los ojos de los burgueses y no debemos imprimir en un periódico de obreros y redactado por obreros las duras y aterradoras verdades que la señora Flora ha venido a enrostrarnos». «Así, señor, usted desea que yo les cure sin ver las llagas». «Sí, señora». Las opiniones se dividieron, muchos opinaron a favor de él, otros, la mayoría, se oponían a lo que planteaba fuertemente. Vincard, otros dos más y la señorita Cécile Dufour<sup>8</sup> dijeron que yo había maltratado a las mujeres del pueblo, que ellas no eran tan brutales, que eran tiernas con sus niños y otros sentimentalismos. Una dama muy gansa tomó la palabra para decir que yo humillaba a las mujeres, pidiendo para ellas derechos cuando ellas gozaban de derechos divinos. Esta pobre dama era tan inepta que no pudo continuar. Toda la discusión fue muy acalorada. El resultado de la votación fue de nueve balotas blancas contra tres negras. No es a los derechos de las mujeres que hay que atribuir estos tres votos negros, sino únicamente a las tabernas, etc., etc. Cuando ya me iba, una dama vino a decirme que a ella le parecía que yo no había pedido lo suficiente para la mujer. Intercambié algunas palabras con ella, que prueban que era muy avanzada.

---

<sup>8</sup> Jules Puech aclara que: «Cécile Dufour era vicesecretaria de *La Ruche populaire*, donde la presencia de una mujer en ese puesto había sido juzgada singular, incluso por un periódico tan de avanzada como *Le Globe*. A eso Vincard replicaba: «Qué hay entonces de singular en los obreros que aprecian lo suficiente los sentimientos de dignidad y de respeto que ellos deben a las mujeres, sus madres, sus esposas o sus hermanas, para manifestarlo y dar un ejemplo moral honrándose con el patrocinio de una de ellas...». (*La Ruche populaire*, octubre de 1841, p. 5)».

Un cajista, con ropa muy sucia, me hizo dos o tres valiosas observaciones que demostraban que había seguido la lectura de mi trabajo con atención. Los tres hombres que estaban sentados detrás de mí poseían un gran sentido común.

Salí de allí a las 11:30 con los pies muertos de frío, con bastante sed, porque había hablado mucho, y apenada por la conducta de Vinçard, que era con quien más contaba y me había fallado. ¡Oh! Sin el amor que tengo en mí me sería imposible proseguir esta tarea. Cuántos dolores y decepciones me depa- ran; sin embargo, no estoy ilusionada con ellos, los veo tal y como son y es eso justamente lo que me arranca las lágrimas. No importa que yo sienta que dentro de tres meses no sufriré más, es a los principios a lo que yo me debo y no a los individuos. Los individuos no son inteligentes, son vanidosos, estúpidos, ignorantes, arrogantes, en fin... tienen todos los defectos y vicios de la ignorancia, pero qué importa la repugnancia que provocan, es necesario considerarlos como el abono que servirá para fertilizar a la joven generación obrera. Solamente si quisiéramos encontrar un hombre para defender a esas personas, sería necesario darle al menos 500.000 francos ¡y desde luego no les robaré! El señor Rosenfeld me es muy valioso, no es obrero y vive entre ellos, de manera que yo me dirijo a él como burgués y él me informa de todo lo que hacen los obreros. Dioses es tan bueno conmigo, me envía siempre fieles servidores<sup>9</sup>.

*Este 15 de febrero* recibí en la noche una carta de Jules [Laure] sobre el libro, que es realmente curiosa. Es imposible llevar más lejos la arrogancia. Me indica lo que yo debería haber hecho. Es inconcebible, no lo creía tan idiota, tan mediocre, ¡no ha comprendido una palabra, una sola palabra de las treinta páginas que ha copiado! Piensa que yo quiero reunir

---

<sup>9</sup> Para Dioses ver nota 7. (N. del E.)

todas las sociedades de *compagnonnage*<sup>10</sup> en una sola. Hay instantes en el que estaría tentada de creer que este muchacho no tiene uso de razón. ¡Qué desgracia ser así!

28 de febrero. Jules [Laure] me escribió dos cartas más que superan todo lo que uno puede imaginar. Esas cartas de obreros ¡colección preciosa! Es más idiota que cualquier obrero ¡y no es poco decir!

Vinçard me escribió tres cartas que me serán muy valiosas. Ahora conozco al hombre —ni la menor inteligencia, un verdadero cordero sansimoniano. Le hace falta un jefe que lo patee y a quien él adore. Le es necesario también ser adorado por los estúpidos que están debajo de él, ¡es lamentable! El señor Rosenfeld comienza a comprender mi idea de la constitución de

---

<sup>10</sup> A lo largo de todo el libro se alude al *compagnonnage* y a los *compagnons*. La traducción literal de *compagnons*, debería ser compañeros, pero dado que se trata de una institución de artesanos y obreros franceses, que en dicha época no existió fuera de Francia, se conserva el término en el idioma original. Se denomina *Compagnonnage* a una institución de formación profesional que tenía como particularidad la obligación de los jóvenes aprendices de viajar durante varios años, a fin de enriquecer sus conocimientos profesionales y humanos, viaje de iniciación que debía culminar en una obra de arte. Es lo que los miembros del *compagnonnage* llaman el *Tour de Francia*. No se conoce su origen histórico, pero todas las leyendas sitúan el origen simbólico de la asociación a partir de la construcción del Templo de Jerusalén. Probablemente surgieron a partir de las cofradías de los siglos XII y XIII de los obreros de construcción que realizaban una obra común, viajando como grupo de una construcción a otra. Hauser menciona las *gildas* y otro tipo de vínculos a partir de la construcción de las catedrales góticas como el origen de dichos gremios. Se trata de corporaciones diferentes a las oficiales cuya primera regla era establecer una alianza entre el Trabajo y el Deber. Las asociaciones de *compagnons* eran corporaciones de artesanos y posteriormente de proletarios y semiproletarios, que existieron inicialmente de forma clandestina porque eran ilícitas y estaban prohibidas. En ellas se establecía un vínculo entre artesanos de diferentes oficios que se reunían en federaciones ocultas, generalmente enemigas de la corporación pública. (N. de la T.)

la clase obrera. Pero le será necesario todavía dos meses para captarla bien. No sé si era para estafarme, pero vino a decirme que no tenía dinero y no sabía cómo hacer para imprimirlo. Yo sólo le dije simplemente que, si no podía hacerlo imprimir, como su formato no me convenía, yo iría a hacerlo a otro lugar. Entonces dijo que encontraría el dinero. Le prometí que le daría 30 FF [*francos franceses*] por los 200 que me entregará. ¡Qué tal fastidio hacer la menor cosa con esta gente! Es la primera, pero será la última vez que me saque dinero.

Recibí una carta de Poncy de Tolón. Es una obra de arte de la diplomacia. ¡Curiosa!

No tengo tiempo para solamente escribir este diario, tengo tantos asuntos. Mi trabajo, estas cartas y respuestas a los obreros, las compras, etc. ¡Qué vida!

*2 de marzo.* Regresé ayer al comité para leer mi plan. ¡Esto es el colmo! Se leyó la primera parte, la organización material de la Unión, luego nos detuvimos para discutirla. La misma estupidez que la primera vez, ¡peor todavía! Vinçard pretende que mi plan es malo. Esa gente nunca dice por qué. Afirmaciones engañosas son todo lo que se puede obtener. «Nunca, dijo, los obreros darán 2 FF al año. Prometerán, inscribirán sus nombres, pero cuando se trate de pagar, no pagarán». He aquí que el hombre que se molestó el otro día porque dije que los obreros van a la taberna, se pone a decir horrores de la clase obrera. «Es necesario, dice, que se obligue a los patrones a retener los 2 FF». Me mato por hacerle comprender que un patrón no tiene el derecho de retener ni siquiera un medio<sup>11</sup> a

---

<sup>11</sup> Un *sous*, por su forma coloquial y por el monto que expresa equivale a una perra, moneda española de cobre o aluminio que puede valer cinco céntimos de peseta (una perra chica) o diez céntimos de peseta (perra grande). La moneda equivalente en el Perú y otros países latinoamericanos es el medio o moneda de cinco céntimos. Se opta por la alternativa de medio porque es la que coincide en el monto de las

su obrero, que para ello sería necesaria una ley. Habla largamente hasta acá con la paciencia de un santo y no comprende nada. Unos hablan del derecho al trabajo sin comprender lo que es, y los otros de la organización con la misma ignorancia. Nadie comprende, nadie está en el asunto, ¡es lamentable! ¡Exasperante hasta la estupefacción! Sólo uno, el cajista Van-nostal, comprende y dice buenas cosas. Le hago cumplidos, entonces los otros caen sobre él. Durante dos horas y media que dura la discusión, reina la misma falta de inteligencia, es indescriptible la tontería, la fatuidad, la sequedad, la mala voluntad, la vanidad, si no lo hubiera visto dos veces seguidas no hubiera creído jamás que se pudiera llegar a ese punto. ¡Oh! Comprendo ahora por qué la clase obrera no tiene defensores, hombres que le sean abnegados. Es realmente la estupidez de los obreros la que es capaz de provocar el rechazo, de enfriar, de disgustar al alma más ardiente. Para encontrarse en compañía de esta gente es necesario armarse de una coraza por todas partes. Unos son tontos, los otros groseros, insolentes, los otros bobos, había un buen orador que me hacía cumplidos sobre mi talento. A pesar de mi idea preconcebida de soportar todo en silencio, estuve obligada a interrumpirlo bastante bruscamente. Entonces, un enemigo. Decididamente no es soportable. No deseo regresar más. Mi posición allí es demasiado penosa para mi carácter —franco y arrebatado. Estoy obligada a callarme, a parecer frecuentemente que no sé responder a las objeciones a fin de no tener que ponerme en el caso de probar a esas pobres gentes que son unos imbéciles, de hacerles ver que después de cuatro semanas que discuten sobre mi idea, no la han comprendido todavía. No puedo disimulármelo más, para ellos no ha llegado todavía el tiempo de actuar, dado que no comprenden incluso su posición. A fuerza de repetir que yo quería constituir la clase obrera, Vinçard termi-

---

sumas del texto y por la difusión de dicha moneda en el ámbito latinoamericano. (N. de la T.)

nó por comprender un poco, creo que está en el camino. Imposible constituir nada con esas personas. Veré a los otros [*propuestos por*] Agricol, Gosset, etc. —si son también tontos, renunciaré y no me ocuparé más que de sembrar las ideas. Puede ser que sea necesario que permanezcan todavía una veintena de años en el estado apostólico.

Salí de allí a medianoche porque si bien hablan mal, además hablan mucho. Estaba embotada. Nadie en el mundo tendrá el coraje de vivir con seres tan poco inteligentes. Lo que es penoso de observar es que esos infelices se creen superiores y se engañan completamente sobre su estado [...*ilegible*...] es lo que los hace débiles y los pierde. Antes de 1789 el pueblo era menos tonto porque el catolicismo reinaba y esta religión, por más mala que fuera, rendía grandes servicios, por la confesión, los actos de contrición, los sermones y el tono que predominaba, entonces los individuos sabían conocerse, darse fuetazos, humillarse y resultaba, de esta manera de vivir, que el pueblo era menos ignorante y menos arrogante.

Además [...*ilegible*...] que yo acabo de tener con los obreros, me ha enseñado mucho. Veo que es una locura querer discutir sus intereses con ellos, se debe presentarles la ley que deberá salvarlos completamente hecha ¡buena lección!

El señor Rosenfeld sale de aquí. Venía para leer el libro del señor Enfantin<sup>12</sup>. Ese muchacho tiene una cabeza y una inteli-

---

<sup>12</sup> A la muerte de Saint-Simon, el movimiento sansimoniano pasó a la dirección de sus seguidores. Dentro del movimiento sansimoniano, las ideas de Barthélemy Prosper Enfantin (1796-1864) tienen un carácter moralizante y religioso. Él fue el principal responsable de la transformación de un movimiento de reforma social en una nueva religión destinada a realizar la misión que la Iglesia católica habría desempeñado en la Edad Media. Así, los sansimonianos procedieron a organizarse en una Iglesia, con una jerarquía: el Padre, los Apóstoles, los sacerdotes y los fieles, y de establecer una liturgia, con himnos y ceremonial nuevos. De acuerdo con su principio de la igualdad de los sexos esperaban la llegada de una «Madre», suerte de Mujer-Mesías, que se uniría con el «Padre». Enfantin fundó la revista *Pro-*

gencia tan débiles que al cabo de una hora estaba cansado y ya no podía continuar. Me dijo que tenía que hacer unas compras. Estoy segura de que es un pretexto. Me dijo también una sarta de tonterías sobre la necesidad de regimentar a los obreros. Finalmente, terminó por confesarme que no estaba muy seguro de lo que quería ¡Es desesperante! Así, en ese comité de *La Ruche*, vi a una veintena de individuos, hombres y mujeres, y en esa cantidad no hay uno que comprenda lo que digo; ni uno sobre veinte. ¡Eh... bueno! Se puede todavía caminar con eso.

Pasemos ahora a otros hombres. Escribí hace 15 días al señor Leneveux, director de *L'Atelier*<sup>13</sup>, para decirle que iba a leer en su comité un trabajo que interesaba vivamente a la clase obrera y que le rogaba que pidiera a esos señores si querían recibirme para escuchar esta conferencia, a fin de colocar un fragmento de dicha presentación en su hoja. Si los obreros tuvieran realmente amor por su causa habrían debido estar curiosos por conocer el trabajo que les anunciaba. ¡Vaya uno a creerlo! Ni siquiera respondieron a mi carta, como lo prescribía la simple regla de cortesía. Y éstos pasan por ser más inteligentes que los de *La Ruche*. Si yo debo juzgarlos por la muestra, ellos deberían ser sociables.

Y bien, lector, después de tanto descontento, ¿debe uno desesperar? No, porque los principios son buenos y es a los principios a los que hay que servir. La clase más numerosa es la más útil.

Ya no me asombra si el señor Constant, con su egoísmo, estaba molesto por haber quedado atrapado en tal nido de avispas. Además, como él los ha abandonado bien rápido, es nece-

---

*ducteur* que se convirtió en la tribuna del movimiento sansimoniano. Basados en sus escritos los sansimonianos fueron acusados de atacar la propiedad (por su oposición a la herencia), de defender el amor libre (por su rechazo al matrimonio cristiano) y de ser conspiradores políticos inclinados a derrocar al gobierno. (N. de la T.)

<sup>13</sup> *L'Atelier* (El Taller), periódico sansimoniano, publicado entre la década de 1840-1850. (N. de la T.)



sario que yo haga conocer la verdad de todo esto; sólo quedo yo para escribir este libro.

Me olvido. (Ayer en el comité) encontraron tan loco e irrealizable mi plan que no quisieron ponerlo a voto. Les he propuesto volver a hacerlo y han aceptado. Vamos a verlos en la obra.

*Este 15 de marzo.* He aprendido tantas cosas después de vivir quince días con estos obreros. ¡Son horrorosos vistos de cerca! Procedamos en orden, respecto de Vinçard, no lo he vuelto a ver, y no respondió a mi carta en la que le pedía su opinión sobre el libro del padre Enfantin y él, la autoridad, le dijo a Rosenfeld «que esas cosas no se escribían». El carácter general de los obreros es de una diplomacia que deja a los Tailleurand (*sic*) cien pasos atrás. Le propuse rehacer mi plan, plan que debe organizar a la clase obrera, es decir que se trata de su interés personal. No importa, sobre esto como sobre cualquier otra cosa permanecen inertes. Ahora Rosenfeld. Adquirí hoy la convicción de que quería estafarme. ¡Pero qué falta de delicadeza! Pretende que no es más que una ligereza y yo pongo cara de creerle... porque quiero ir hasta el final. ¡Qué penoso estudio! Tenemos entonces a Rosenfeld que no tenía dinero, que sabía muy bien que no lo tendría y que, no obstante, hace que se imprima publicaciones por 130 FF, que toma mi trabajo, mis 30 FF de papel y me deja ahí esperándolo, cuando sabe que tengo los brazos atados, que no puedo nada sin la impresión de esta primera parte, que la espero para iniciar mi *tour* por Francia, que este atraso puede comprometer la realización de la idea. ¡Qué le importa! Perezca la clase obrera de la que él es parte, siempre y cuando pueda robarme los 130 FF. Uno no lo creería si no lo viera, y estos gallardos no quieren pagar un salario a un defensor. ¡Oh! Entonces que se hagan hacer uno expresamente, porque yo les respondo que no encontrarán uno sobre el globo que quiera y pueda servirles. Fui esta mañana a

la casa del señor Rosenfeld y le hablé un poco duro. En su caso, bajo la apariencia afectada de una gran franqueza, de una extrema ligereza, encontré el mismo carácter de diplomacia. Es curioso de observar. Habla mucho de honor, de probidad, me ha dado su palabra para el lunes —veremos si la mantiene. Si no da el dinero el lunes y ese impresor no quiere tirar las hojas, no sé qué va a pasar. En fin, Dioses es grande y si él permite este retraso, probablemente tiene sus designios. Pero qué advertencia. Quiero que me cuelguen si alguna vez confío en estos obreros antes de tener el dinero en el bolsillo.

Sin embargo, todo esto no me hace perder el valor. Una vez organizados me darán su cotización como ahora pagan sus impuestos, sus cotizaciones a la sociedad, etc., etc., lo difícil es organizarlos. Para remecerlos se necesita una mano de hierro. El señor Lamartine se rompería como un vidrio.

Todo esto me provoca tal impaciencia que estoy enferma, sin embargo, reconozco que gano mucho, porque aprendo tantas cosas que no sabría si no fuera por todos estos atrasos y contrariedades. Pero he ahí, soy muy ambiciosa, quiero todo de golpe y eso no se puede.

Vi el domingo a otros dos obreros nuevos de la sociedad de la Unión. Uno me parece muy bueno, el señor Achille François, soldador. Hay que seguir a este joven. Tiene firmeza, buena voluntad y no es presuntuoso, lo que es bastante raro.

Ayer en la noche vino a verme Vannostal; es ciertamente el más avanzado del comité en lo que respecta a la igualdad absoluta del hombre y de la mujer, pero fuera de esto, uno encuentra en él ideas sansimonianas que son absurdas. Me había llevado un artículo titulado: «Medios de terminar la crisis social». Ese título caracteriza la presunción natural de esa clase. He ahí, lanzan desde lo alto de sus desvanes, cataclismos sobre la sociedad, absolutamente como Dioses podría lanzarlos sobre el planeta. El medio que proponen para terminar la crisis social es el mismo que el Padre. Proponen regimentar a los

obrereros, pero la forma de la que se sirve para efectuar su sistema es realmente graciosa (hay que ver el susodicho número —voy a ponerlo con las cartas como pieza curiosa). Percibo en la realidad que los sansimonianos son mucho más imposibles que los fourieristas —comunistas y otros—; la manía de ellos es la autoridad; es una especie de grande y sublime abstracción que no tiene ni cuerpo ni alma. Nunca dan la menor definición de ella, de la misma manera que no se sabe de dónde parte ni adónde va ese fantasma gigante. Luego, para hacer incluso más cómico el asunto, esta gran autoridad no tiene nunca, cerca de ella y a su disposición, ningún medio coercitivo. Este gran fantasma se erige como jefe, ordena obediencia, moviliza a cada individuo según sus capacidades (y juzga dichas capacidades) y todo eso se hace en virtud de no se sabe qué principio, y lo que es más bonito es que la autoridad no supone ni por un instante que se podrá no obedecerle... no aceptar su clasificación. De verdad, ¡si no fuera estúpido, sería cómico! Cuando veo idioteces parecidas encarnadas en el espíritu de una masa de individuos, no puedo expresar el terror del que me siento presa. ¡Cómo! ¿Para hacer una secta es suficiente, entonces, que un hombre loco o hipócrita se presente frente a la multitud con una cierta seguridad, profiera palabras bonitas, diga bromas para hacer reír a las buenas señoras, para que esta masa imbecil acepte sus absurdidades sin examen? ¡Qué cosa sorprendente! Y decir que hechos parecidos se han repetido todo el tiempo. Es Moisés rodeado de sus leprosos diciendo con seguridad y énfasis que Dioses había creado el mundo para ellos, pequeño pueblo de leprosos. Y ellos, creerse el pueblo elegido de Dioses. Son los sacerdotes de Jesús diciendo a los esclavos: «paguen el diezmo al César, dejen sus cuerpos cargados de cadenas de la esclavitud, liberen sus almas y dejen perecer el resto». Si uno no creyera en Dioses no querría vivir frente a absurdidades parecidas.

*Sábado 18 de marzo.* Decididamente, el impresor declaró que él no hará el tiraje, que no se le ha dado 100 FF. El señor Rosenfeld me ha dado su palabra de honor que él los entregará el lunes —siento curiosidad de saber si mantendrá la palabra dada. Lo dudo. Le he escrito hoy una carta sobre su ligereza, pero me propongo escribirle una de verdad, tan pronto el incidente quede terminado. Mi misión hela ahí: es la de decir la verdad a los obreros sobre sus defectos, sus vicios y decirles esto desde el punto de vista de una idea religiosa alta y humanitaria. Es lo que no se ha hecho hasta la fecha, y es, sin embargo, el asunto esencial. De un lado uno los rebaja, los injuria, los calumnia; de otro, los adula, los alaba, los exalta. Lo uno y lo otro es malo. Es necesario decirles la verdad. Pero para eso se debe conocerlos bien y los que hablan de ellos no los conocen. Para conocerlos es necesario establecer un contacto de intereses con ellos —cuando digo interés, entiendo dinero, relación de negocios, discusiones de opiniones religiosas, políticas, etc., etc. En fin, choque de orgullo, amor propio, vanidad. Es necesario hablar con ellos, comunicarse sobre diversos asuntos, verlos en distintas situaciones, calmados, coléricos, contentos, apenados, infelices, miserables y teniendo dinero en el bolsillo —qué digo, es necesario estudiarlos en todas las posiciones de la vida. Es un gran estudio el que emprendo, pero el resultado me compensará las penas.

Lo que hay de horrible en el retraso que me causa la ligereza, la falta de preocupación del señor Rosenfeld, es que el retraso quizá me impedirá hacer mi *tour* por Francia este año. ¡Oh! Qué pena sentiría. ¡Y Dioses permite esto! Permite que tanta buena voluntad, dedicación, actividad, queden ahí, en el estado de inercia. ¡Es inconcebible!

Me impaciento tanto con esta falta de actividad, sufro de tal manera que desde hace 10 días estoy enferma, hasta el punto de tener fiebre todas las noches. Mis esfuerzos por calmarme son vanos. Busco distraerme por todos los medios posibles,

trabajar en otras ideas, pero no lo puedo hacer. Tal es mi naturaleza cuando estoy bajo el impacto de una idea, ella se apodera de mí con tanta violencia que reviste el carácter de idea fija, de la que nada me puede desviar. Si estuviera ubicaba en otro medio y tuviera grandes preocupaciones, tales como aquellas de las que siento necesidad, estoy segura de que escaparía a esta tiranía. Pero en este medio incoherente y parcelado en el que vivimos, las naturalezas apasionadas, al no poder dar rienda suelta a sus pasiones, caen indudablemente bajo el impacto de una idea. Felizmente que en mi caso éstas se suceden y que la una me refresca de la otra. Así, he estado todo el verano bajo el impacto de la idea de mi diseño. Durante seis meses no he pensado más que en eso. Me quemaba el cerebro. Luego, desde el instante en que la idea de la unión universal de los obreros me vino, la otra me dejó descansar. ¿Qué voy a hacer para esta impresión si estos individuos no la imprimen? No sé nada, por Dios. En fin, Dioses está ahí. Este pensamiento me calma un poco, sin embargo, siento la fiebre que me continúa todavía esta noche. ¡Es horrible usar sus fuerzas hasta sufrir sin poder impedirlo! Pero el tiempo que uno pasa sufriendo no está perdido.

Ayer, Jules [*Laure*] leyó una prueba de ese trabajo, y al leerla así, todo de corrido, estuvo tan emocionado que lloró. Eso me agradó.

En cuanto a Evrat, me parece que él se despreocupa mucho. No vino a leer el plan, decididamente el pobre Evrat no puede elevarse a la altura de las ideas humanitarias —no ve más allá de los individuos. Para rendir servicio a un individuo acaba de viajar a Londres, arriesgar su salud, su clientela, contrariar a su mujer, ¡no importa! Él se sentía obligado a servir a este individuo. Pero si le digo que me ayude a rendir un servicio inmenso —de dar la vida moral, intelectual y material a millones de individuos, a la humanidad—, permanece frío porque no entiende.

En cuanto a Kirwan, no le he dicho una sola palabra del trabajo, en primer lugar, porque no siento la necesidad de hablarle, y luego, porque sé que él no comprenderá. Y porque en el estado de agotamiento y de embrutecimiento a la que lo han reducido su posición miserable y el trabajo forzado que acaba de hacer para el Ministerio de Comercio, el pobre hombre no es incluso capaz de leer mi libro. He ahí las cosas de este mundo. Es ese mismo hombre el que pasa por haber hecho mis libros. Una cosa muy remarcable, es producto del simple azar, lo que hice de mayor importancia Kirwan nunca lo leyó siquiera impreso. Cuando pienso en la falsedad de todo lo que se dice y lo que se cree, no me tomo la molestia de escuchar lo que me cuentan. Se debe creer lo que uno ve, y visto con los ojos de la inteligencia, porque los de la carne pueden engañar frecuentemente.

Estoy muy contenta con Aline, ella comprende muy bien el alcance de la idea, se ocupa de ella, al menos en pensamiento y en palabras<sup>14</sup>. Es todo lo que puede hacer por el instante. De todos los que conocen la idea hasta el presente, ciertamente es ella la que la comprende mejor. Sin embargo, ella está lejos de satisfacerme, lo que le falta es la fe, el amor, el entusiasmo, la dedicación, la actividad. Comprende la grandeza del plan, la belleza del pensamiento, pero ella no se sacrificará, ni ella misma ni sus intereses, por hacerla triunfar. La falta de fe, de amor, pone entre mi pobre hija y yo un muro de hierro. Mientras más crece, más grueso se hace el muro. Creo que ella lo siente, que sufre, pero que no puede cambiar. Confiense entonces en los hijos para hacerse de amigos, de discípulos, de sucesores. ¡Qué locura! En la abarrotería y la panadería sí, pero en el orden intelectual, ¡absurdo!

---

<sup>14</sup> Flora se refiere aquí a su hija, Aline Chazal, madre del pintor Paul Gauguin. En 1843 ella era «obrero en modas». [N. del E.]

22 de marzo. Esta jornada ha sido una de las más penosas, de las más irritantes que he tenido desde que me ocupo activamente de los obreros. Esta mañana, al levantarme, recibí una carta de Vinçard en respuesta al pedido de 25 FF que le había hecho ayer a *La Ruche* como donativo (ver la carta). Toda la carta y la negativa a darme los 25 FF prueban que no ha comprendido bien la idea, o si la ha comprendido, es un miserable, de un egoísmo y una estupidez monstruosa. El final de la carta llevó mi irritación al colmo. Yo querría que el sentimentalismo estuviera en lo más recóndito del cabo de Hornos<sup>15</sup>. Esta falta de inteligencia de Vinçard es dolorosa para mí y terrible para el éxito de la causa que yo sirvo. Si estos obreros son estúpidos hasta el punto de no comprender lo que quiere decir constituir a la clase obrera. ¿Qué hacer? Esta carta me ha causado un dolor tan grande que he estado aterrada todo el día. No obstante, es necesario soportar todas estas desilusiones con calma y, al menos, permanecer firme.

Envío a Marie donde el impresor, contando cada día, a partir de la palabra empeñada desde hace tres meses (*sic*), que el tiraje sería hecho. Marie me informa que no se ha hecho nada. Aunque estaba enferma, sin soportar más, parto hacia la calle Saint-Jacques. El señor Schiller balbucea que había visto al señor Rosenfeld, que el tiraje se había suspendido, etc., etc. Veo que él miente y me veo obligada a contenerme para no tratarlo como se merece, porque qué es un hombre que tiene la cobardía de faltar a la palabra empeñada tres veces seguidas, no puede ser más que un canalla malvado. El esfuerzo que hice para no dejarme llevar me había irritado los nervios de tal ma-

---

<sup>15</sup> Flora Tristán tuvo una muy mala experiencia en el cabo de Hornos. Para ello ver su libro *Peregrinaciones de una paria* (p. 140). De aquí en adelante, las referencias a *Peregrinaciones...* corresponderán a la siguiente edición: *Peregrinaciones de una paria*, traducción de Emilia Romero; prólogo de Mario Vargas Llosa; estudio introductorio de Francesca Denegri. Lima: Fondo Editorial UNMSM-Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, 2003. (N. del E.).

nera que sufría horriblemente. Me hubiera gustado poder dar una vuelta de inmediato y correr no importa a dónde, pero la falta de dinero me prohíbe ese alivio. Entonces, elijo otro camino; quiero cansar a mi cuerpo más allá del límite a fin de calmar mi espíritu. Al salir del impresor voy a la casa de la señora Legrand queriendo hablar del abad Constant, pero al llegar al Jardín de las Plantas me dicen que ya no saben dónde se encuentra. Extenuada de cansancio y de sed, entro a la casa de la señora Roland, esperando también encontrar un calmante a la vista de sufrimientos que me parecen peores a los míos. La pobre mujer me habla de todos sus pesares, y frente al cuadro de sus sufrimientos causados por algunos individuos y soportados por otros, me siento aliviada. ¡Al menos si yo sufro es por algo grande! Yo [...*ilegible*...] con la humanidad. ¡Y bien! He aquí quién es digno de la potencia que siento en mi ser.

Salgo de la casa de esta mujer bendiciendo a Dioses por la suerte que me ha deparado.

Como ahora ya no tiene palabra para nada, yo esperaba al señor Rosenfeld a las 6 y llegó a las 5. Lamento mucho no haber podido verlo porque quería presionarlo para que hablara con el comité esta noche. Luego de la cena respondí a Vinçard una carta de cuatro grandes páginas y de buena tinta. Es de esta manera que es necesario hablarle. Vamos a ver qué responde. En fin, ya es medianoche y me acuesto con fiebre, triste y adolorida por todas partes, en el corazón, en el alma, en el cuerpo. Mi Dioses, mi Dioses, ¿no quieres entonces que un ser lleno de amor y de poderío haga el bien? ¡Qué cruel pensamiento! ¡La idea me quema!

No importa, no me doblegaré, no, permaneceré firme. Y ni la estupidez, ni el egoísmo, ni la maldad me harán retroceder. ¡Veremos!

*Jueves 23 de marzo*, las 2. Esta mañana me levanté con la idea de ir a la casa de Béranger para pedirle si quería compo-



ner una canción para ponerla al inicio de mi obra. El canto sería titulado «La Unión». Aunque muy débil, porque no pude dormir toda la noche, subo al ómnibus y llego a Passy.

Por la celebridad que ha adquirido este hombre, bien vale la pena que una haga la descripción de su casa y de su persona. Es la calle... n.º 15. Toco la puerta. Me abre una sirvienta, una joven campesina de 150 FF de remuneración. «¿El señor Béranger se encuentra en casa?». «Sí señora». Y sin decirme nada más, ella avanza delante de mí y me hace subir una pequeña escalera. Llegada al segundo piso se presenta en el descanso una dama de edad, ataviada con un gorro enorme y muy rococó, con un borde rojo que hace juego con el resto de la tela. «¿Es para el señor Béranger?». Le pregunta a la sirvienta. Ésta asiente con la cabeza, y la dama de edad, sin siquiera preguntarme mi nombre, pasa delante de mí y me hace entrar a una pequeña habitación completamente saturada con una cama, una cómoda y una mesa en el medio, en la cual almuerzan tres hombres (eran las 11 de la mañana). Un señor mayor, de unos 60 a 65 años, en ropa de cama y gorro griego, en una palabra, con la ropa de un pequeño burgués retirado en el campo, se levantó y me saludó con cortesía, dirigiendo unos pasos hacia mí. Le dije: «¿Es el señor Béranger con quién tengo el honor de hablar? (Nunca antes lo había visto)». «Sí señora». «Señor, yo soy la señora Flora Tristán, tendría...». Me interrumpió: «Estoy muy halagado de recibirla», y se molestaron para hacerme sentar cerca al fuego. El señor Savinien Lapointe que almorzaba ahí me saludó icon ese aire de triunfo del idiota vanidoso que está orgulloso de hacer notar que él almuerza con un gran poeta!

Me parece que hubiera sido conveniente que el señor Béranger me preguntara: «Señora, ¿cuál es el motivo que me procura el privilegio de su visita?», porque, viéndome por primera vez, era claro que no podía creer que mi visita fuera de simple cortesía. No me lo preguntó. Además, me parece que la

manera cómo una entra a la casa del poeta prueba que él y su casa están encantados de tener así a los visitantes. Debe haber un por qué al respecto. Lo buscaré.

Por sus rasgos, el señor Béranger es bastante feo. Todo su aspecto es común. Sin embargo, cuando habla dice finuras, pero sus ojos son completamente desagradables, tiene lo que se llama una mirada descubierta. Su nariz y su mejilla llenas de granos le dan la apariencia de un borracho. Es necesario reconocerlo, la envoltura es poco poética. El otro señor que estaba en la mesa era un hombre alto y con barba, un rostro ni bueno ni malo, pero cuya expresión anunciaba un hombre que había sufrido el tipo de sufrimientos que abaten, debilitan, agotan y endurecen a los que los soportan. La fisonomía de este hombre tiene algo de incierto que me desagrada mucho. Béranger nombró a este hombre, era Hippolyte Reynal, quien me había interesado mucho cuando leí sus memorias. Llegó otro individuo de apariencia bastante ordinaria, no sé quién es, y luego el librero Pérotin. Ninguno de los llegados molestaba a Béranger ni en su almuerzo ni en su conversación. Conversaba con expresiones ingeniosas, juegos de palabras, no obstante, todo de muy buen gusto. Pero debo decirlo, durante cerca de la media hora que permanecí allí, pude verificar que los rumores que corren sobre él son exactos. Se nota que le gusta posar, que le gusta tener a su alrededor una pequeña corte. No salió mal librado, sólo que hoy ese tipo ya no está de moda, yo lo sé y eso no me da una alta opinión de su inteligencia y puede prestarse a risa. Es una manía de viejo. Encuentro que es una falta de tacto. Fuera de ello nos encontrábamos todos a gusto y muy cómodos. Pero quien me chocó fue Savinien Lapointe. Ese joven tiene un mal corazón y una inteligencia pobre, y nunca hará más que mediocridades, porque él no siente la dignidad que existe en ser obrero. Me produce el efecto de la rana. Está tan insuflado de vanidad que le sale por los ojos. He aquí un joven a quien adiviné a primera vista. Me disgustó más allá de

toda expresión. Su dicha se colmaba comiendo en la mesa de Béranger con seis personas y esta dicha no partía del corazón, sino únicamente de su vanidad. Vi con placer que Béranger le recordaba su condición: «¿Se dice, Savinien, que usted ya no hace más zapatos?». Fue ahí que reconocí que la raza de cortesanos no podía perderse. Desde que Béranger lanzó esas palabras, todos, a cuál mejor, atacaron al antiguo zapatero. Él, que es un mozo muy astuto y que sabe muy bien que en los tiempos que corren ser obrero es un título, se defendía con astucia y una habilidad propia de esta clase. El muchacho me causaba horror. Así, en nuestro falso medio los obreros que se vuelven literatos se convierten en monstruos de vanidad. Me dijo una palabra que pintaba al hombre: «¿Qué he aprendido? ¿Parece que usted descende a *La Ruche populaire*?». Y no puedo formular la expresión. Lo que quería decir era: ¡Y yo, obrero, que partí de *La Ruche* he ascendido a la *Revue indépendante*<sup>16</sup> y ahora desdeño a ese pequeño y miserable periódico! Puse cara de no haber escuchado y le dije: «¿Qué balbucea?» Béranger, que probablemente había comprendido su expresión, se apresuró a decir: «¡Cómo balbucea! No se entiende jamás lo que quiere decir». Él no replicó. Béranger se levantó y dijo: «Señores les pido disculpas, pero ahora voy a rogar a la señora que se sirva pasar a mi habitación». Me hizo subir al segundo piso, a una pequeña habitación artesonada. «Señor, le dije, le agradezco haber adivinado que yo tenía necesidad de hablarle, porque yo vengo a pedirle un servicio y no quería hacerlo delante de testigos».

Saqué mi prueba de *La Ruche* de mi bolsillo y le expliqué en dos palabras el objetivo de mi trabajo, y le dije que el servicio que venía a pedirle era que compusiera un canto que se titulara «La Unión» y como estribillo «Hermanos, unámonos». Que

---

<sup>16</sup> Publicación dirigida por Georges Sand y Pierre Leroux de la que Flora es muy crítica. En su diario señala que no se puede esperar nada de ella. (N. de la T.)

esa canción firmada por él, encabezando mi pequeño libro haría que éste vendiera unos doscientos mil ejemplares. Agregué que era en nombre de ocho millones de obreros que le pedía ese favor. Tomó la prueba, miró el título y dijo: «El título es bello, pero lo que usted me pide posee un carácter de grandeza, de energía y de entusiasmo que supera mis fuerzas». Yo quise protestar. «Querida dama, usted es joven y olvida que cuando uno ya no es joven uno no hace lo que uno quiere. Un hombre de 63 años no puede hacer un canto popular que tenga por título “La Unión” y como estribillo “Hermanos, unámonos” en el momento y la situación dados». Quise insistir. Era incluso estúpido de mi parte, lo sentí posteriormente. «Escuche, me dijo, con mucha bonhomía, si me viene alguna inspiración al respecto, lo haré con mucho gusto, pero no le prometo nada. Debo decirle, que desde hace mucho tiempo no tengo ya muchas inspiraciones felices». Y al decir estas palabras con una ingenuidad realmente enternecedora, un tinte de tristeza pasó por la fisonomía del poeta y yo me emocioné hasta las lágrimas. ¡Es un gran sufrimiento el llegar a viejo!

Salí de ahí muy satisfecha con el hombre, pero insatisfecha con el deseo que tenía. No esperaba lo del canto.

*31 de marzo.* Heme aquí desbordada por las compras, las cartas, las conversaciones, las citas. Me caigo de cansancio y, al fin, desde el 24, la primera hora que tengo libre para escribir este diario.

Procedamos en orden. En cuanto al impresor, el señor Schiller, ha faltado completamente a su palabra. Este hombre es duro, seco y de mala fe. Rehúsa imprimir y creo que ahora no querrá hacerlo por los 50 FF que pedía primero. Lo que surge de este hecho es que la idea más bella puede ser detenida por 50 francos.

En cuanto al señor Rosenfeld, estoy medianamente contenta; sin embargo, en comparación con otros de *La Ruche*, él está llenó de dedicación.

Hablemos de la *Phalange*<sup>17</sup>. ¡He aquí un acontecimiento inesperado! Envío un capítulo «Los medios de constituir la clase obrera». Considerant<sup>18</sup> me escribe una carta espléndida. Encuentra mi idea grande, poderosa, capaz de lanzar una nueva luz en la marcha de las cosas sociales y me pide permiso para consultar con sus colaboradores la inserción que solicito. Luego, cuatro días después, el 29 de marzo la inserta con un muy buen encabezado. El 31 de marzo lo que resta, casi un capítulo. Lo hace seguir de un artículo en el que me ubica entre los socialistas pacíficos. En una palabra, muy bien. En la tarde misma me escribe una carta muy buena, muy afectuosa, poniendo la *Phalange* a mi servicio. ¡Quién podría haber esperado esto! Todo el mundo está tan sorprendido que no sabe qué decir... Yo me lo explico muy bien: Considerant se da cuenta por fin que no puede hacer nada con los ricos, que marcha

---

<sup>17</sup> *Phalange*, periódico fundado en 1836 por Victor Considérant. (N. de la T.)

<sup>18</sup> Victor Considerant (1808-1893), importante discípulo de Charles Fourier, a quien Flora Tristán critica constantemente, pero en quien tiene expectativas por considerarlo el mejor de dicho movimiento. Escribió en la revista fourierista *Le Phalanstère, ou la Réforme industrielle* y participó en la creación de un falansterio en la comuna de Condé-sur-Vesgre. En 1836, fundó un nuevo periódico *Le Phalanstère*, de la que él fue el redactor principal. El mismo año publicó un opúsculo titulado *Nécessité d'une dernière débâcle politique en France*, en el que defendió la revuelta de los *canudos* y sus reivindicaciones. Fue uno de los principales opositores a la Monarquía de Julio y en agosto de 1843 fundó el periódico *La Démocratie pacifique* en el que propagó la noción nueva del «derecho al trabajo». En 1848 fue elegido a la Asamblea Constituyente, alineándose con los Montagnards contra los representantes del partido del Orden. El 13 de junio de 1849 organizó una insurrección que fracasó por lo que debió exilarse. Vivió en EE.UU desde 1852 y regresó a Francia en 1869, donde siguió atentamente los acontecimientos de la Comuna de París, en 1870. (N. de la T.)

desde hace once años sin avanzar un solo paso; finalmente se impacienta, y según la predicción que le hice hace siete años, comienza al fin a querer apoyarse sobre la sola y única fuerza real que existe en la sociedad, la fuerza más numerosa. Era necesario mi artículo para determinar esto. Él aprueba in *petto*<sup>19</sup> mi manera de hablar, pero él no habría osado hablar así nunca. Considero que la inserción de mi capítulo en la *Phalange* va a ser un acontecimiento para ese periódico cuyas consecuencias pueden ser bien graves, porque por eso ese periódico se encontrará comprometido y forzado a seguir el mismo camino. Lo que me divierte es la sorpresa de los suscriptores, burgueses, propietarios que están habituados a leer artículos a favor de los ricos, ¡qué ojos habrán abierto al ver como trato yo a los propietarios! Otro hecho: lo que esta inserción prueba es que, en el fondo, Considerant es más inteligente y de más buena fe que cualquiera de los otros hombres de prensa. Todo eso me produjo un gran placer porque tengo una gran esperanza con ese hombre. Ahora no estoy inquieta, cuando llegue el momento abandonará la causa de los ricos por la causa del pueblo. La desgracia es que no le creen. ¡Qué peligroso es caminar por una ruta equivocada! Uno puede tener buenas intenciones, pero si el público cree por las apariencias que uno tiene malas intenciones, se acabó. Es necesario un tiempo inmenso para aclarar el error. Deben ver la sorpresa de todo el mundo. Y cómo, ¿Considerant ha incluido algo de usted en su periódico? ¿Ha dado, entonces, un viraje? ¿Ya no es más fourrierista? Y la sorpresa va siempre en aumento. He aquí el precioso efecto que mi trabajo produce, es realmente un gran acontecimiento.

Aparte de la acogida que recibí en el periódico aristocrático, veamos el que me hizo la *Revue Indépendante* redactada por Pierre Leroux, el hombre a quien yo considero el más demócra-

---

<sup>19</sup> Locución italiana en el original. Quiere decir «interiormente», «secretamente». (N. de la T.)

ta de Francia, el hombre pueblo, el hombre obrero que se ha hecho de un título.

Encontré ahí al director-gerente, el hombre que firma el periódico, corrige como un tipógrafo, recibe los artículos, las visitas y cumple una cantidad de funciones también literarias. En verdad, para cumplir esas elevadas e importantes funciones, es necesario que esas personas aporten dinero a la dirección; indudablemente ellos siempre pierden su dinero, se llenan de deudas, se arruinan y terminan por ir a prisión, porque todo les cae encima; un hombre dotado de sentido común no comprende cómo puede haber personas que abracen voluntariamente tal oficio, porque aparte de que es un oficio de crédulos, sí, sin lugar a dudas uno pierde ahí su dinero, pero uno juega un papel, ¡se es un hombre importante! Es graciosa la vanidad, es idiota, pero yo concibo que uno se divierte con eso. Regresemos a los directores-gerentes, el de la *Revue Indépendante* es un buen y honesto burgués pura sangre, que se llama señor Pernet. Creo que tiene un asociado, un tal señor Prancois.

Llevé al señor Pernet una prueba y le dije en dos palabras el objetivo de mi trabajo, preguntándole si convendría imprimirlo todo en su revista. Si yo tuviera tiempo escribiría dos páginas bien graciosas para describir la manera en la que el señor Pernet pronuncia las palabras «Nuestra Revista...»; «Además, no seríamos independientes...»; «pero al ser la Revista algo muy grave y muy serio no podemos admitir...». Este señor tiene cuatro o cinco frases de este valor que dice de una manera que puede hacer reír al más serio de los españoles. Tenía mi prueba en la mano, miraba el título, me escuchaba con un aire de gran atención, y cuando yo creía que había comprendido lo que yo le decía, cuál no sería mi sorpresa al oírle decirme: «Pero, señora, no comprendo mucho ¿cuál es el objetivo de su trabajo?». «Pero el título, señor, se lo indica suficientemente». «En fin, señora, lo leeré». «Y le rogaría, señor, que se lo hiciera leer al señor Pierre Leroux.» Salí de ahí estallando de risa. ¡Qué

genio! ¡Un título como el mío no le decía nada! Qué diferencia con el buen Béranger que veía mi título, alejando de sí la prueba como un pintor que aleja su cuadro para observarlo mejor. Qué bello título «“La Unión”, ¡oh! ¡Podríamos componer una bella canción sobre él!». ¡El señor Pernet, él, no veía nada!

Se había acordado que me escribiría enviándome la prueba, 3-4 días sin respuesta. Le escribí. Y ese mismo día me lo encontré en la calle, con una *Revue Indépendante* en la mano. Para él es su bastón de Mariscal. «Le he escrito», le dije. Me dijo que no había recibido la carta. Y debía tenerla «¡Y bien! ¿Toma usted mi trabajo?». He aquí lo curioso. «No creo, me dijo con sus aires de importancia, que eso pueda convenir a la Revista, porque no he comprendido ¿cuál sería el objetivo de su trabajo, qué es lo que usted quiere? ¿A qué serviría? Eso me parece una utopía y usted lo siente, nuestra revista es muy seria para que uno pueda permitirse...», (no acabó siquiera la frase). Yo tenía tantas ganas de reír que, sin responderle, lo saludé diciendo: «Yo le he escrito, tenga usted la bondad de responderme». ¡Delicioso! La revista de Leroux acaba de decir que mi trabajo no tiene objetivo, que no se sabe lo que yo quiero, que es una utopía. (A desarrollar aquí todo lo que hay de ridículo en esas personas al hablar así, y en Leroux el no haber reconocido el objetivo de mi idea, etc., etc. Me falta el tiempo).

Pasan cuatro días. No hay respuesta a la segunda carta. He aquí a los hombres de esta época, en la *Revue Indépendante*, no son siquiera lo suficientemente independientes para responder a una carta, es la segunda vez que Pierre Leroux me hace una farsa así.

No he visto todavía otros periódicos.

Ahora pasemos a los editores. He visto a tres, Delavigne, Paul Renouard, Pagnerre. Los tres me han rechazado. Cómo explicar esto de Pagnerre. ¡He aquí al demócrata, el editor que no quiere ser un librero porque debería prestar juramento al rey, el editor del pueblo! Uno le trae un libro hecho para el



pueblo y en los intereses del pueblo, y él dice que no aprueba los medios que yo propongo y que no puede editar mi libro. (Ver las tres cartas de los editores<sup>20</sup>).

Tuve una larga conversación con el señor Paul Renouard, a quien yo ya conocía. Resultó de ella que haré al final del libro mi alocución a los burgueses con mano maestra. Yo lo titulo «A los sordos y a los ciegos». Hablé dos horas con el señor Renouard para hacerle comprender que si no se le permitía a los obreros reclamar en nombre de sus derechos, ellos reclamarían en nombre de sus fuerzas, que correspondía a los intereses bien entendidos de los burgueses que el pueblo se instruya, que tenga el derecho de vivir, para que pueda [...ilegible...] y de vuelo. Imposible hacerle comprender nada. «He llegado a creer, me dijo, que es necesario para el pueblo el sistema chino: los latigazos. Más derechos uno le concede, más derechos pide y es más difícil de conducir». Y al respecto, una larga perorata de lugares comunes y absurdos. «Pero, le dije, al envilecer al pueblo, los chinos han envilecido y arruinado a la nación, ha sido conquistada por quien ha querido, y sería igual en Francia»... (etc., etc., me falta tiempo). Finalmente, me dijo estas terribles palabras: «Qué quiere usted que le diga, si no hemos llegado a detestarnos mutuamente (los obreros y los burgueses), hemos llegado al menos a una completa indiferencia el uno por el otro». Sus palabras son características, pintan perfectamente el espíritu de los burgueses. Se dicen: la suerte de los obreros no me concierne, se dicen: qué me puede importar que vivan o mueran de hambre, eso no me concierne. ¡No podemos llevar más lejos la falta de inteligencia, la estupidez!

*2 de abril.* Hoy a las 2 de la tarde me dirigí a la casa de Gosset. Es mi primera reunión de obreros. Eran siete. Ciertamente, no he estado satisfecha, pero teniendo en cuenta el estado

---

<sup>20</sup> Flora Tristán hace estos apuntes para un desarrollo futuro en la redacción final de su Diario inconcluso. (N. del E.)

en que se encuentran, no ha habido cabida para estar descontenta. Han comprendido muy bien la cuestión. No les falta ni inteligencia, ni sentido común, pero hay en ellos una ausencia total de fe. No obstante, varios son dedicados, de buena voluntad, mas, sin entusiasmo ni confianza, ni en ellos, ni en la humanidad, ni en las cosas. Son tibios. ¡Oh! Es muy inquietante. Debo creer que mi fe es bien profunda, porque ninguna de las decepciones me desalienta, por el contrario. Llevé la carta de Perdiguier. Todo eso se hizo con calma, está bien. Sin embargo, mi presencia ahí ya implicó un pequeño resultado. Logré formar un comité de siete miembros, unidos por correspondencia. Yo les escribiré cartas colectivas y ellos me responderán de la misma manera. Los gastos de correo serán pagados en común. Es un primer paso. Salí de ahí a las 6 y regresé a mi casa a las 7. No había comido nada desde las 11 de la mañana. Me caía de cansancio y de hambre. Estaba tan agotada que no pude escribir y me vi obligada a acostarme a las 9 de la noche. Sin embargo, estoy contenta. ¡Qué bello es el amor!

Decididamente no puedo contar más con La Ruche... No aparecerá. Rosenfeld está en la miseria, en un despacho equipado a bajo costo, etc., etc. Eso me hizo tomar una determinación, hacer una suscripción para imprimir toda la obra. Dejé la lista en el comité de Gosset a fin de que recoja ahí las suscripciones. De mi lado esto marcha un poco, voy a proseguir enérgicamente. Anotaré los nombres de todos aquellos que se hayan rehusado, pero qué cansancio todo esto para que vaya a la derecha, a la izquierda. Es horrible. Al fin, heme en circulación. No tengo ahora más que seguir, si tengo el tiempo.

*5 de abril.* ¡La fe me hace hacer cosas maravillosas! Desde que hice mi lista de suscripciones, estoy radiante. Pido por mi libro con una fe, con una calma que me sorprende a mí misma. Fui a la casa del señor Gustave de Beaumont en medio de una lluvia fuerte, lo esperé una hora en la conserjería, luego le dije

el partido que había tomado, y lo dije bien. Lo comprendió, aprobó y alabó perfectamente. Me dio 30 francos. De ahí al alcalde de Strasbourg. También hablé bien, él también comprendió muy bien, me alabó mucho y me dio 20 francos. Pero no quiso firmar su nombre en la lista. Me pareció un poco temeroso, lo que me disgustó. De ahí a la casa del señor de Lamartine, él no estaba. Regresé a mi casa a la una, mojada, fatigada a más no poder. A las 4 de la tarde me vestí y fui a la casa de los señores Considerant y Ledru-Rollin para suscribirlos. No se encontraban. Para encontrar tres personas estoy obligada a hacer veinte carreras, y a pie, eso es rudo. Pero el amor es tan grande en mí que ninguna de esas fatigas me repugna, lo que me cansa es encontrar la indiferencia, sobre todo entre aquellos a quienes sirvo. Sin embargo, a pesar de todos los dolores, me siento calmada, contenta, sé que he hecho ahí una buena cosa que debe traer buenos resultados, y este pensamiento lanza un bálsamo consolador sobre todas mis llagas.

*16 de abril en la noche.* No digo nada de todo lo que pasó ni del lado de *La Ruche*, ni del lado de Gosset, porque he leído las cartas que hablan lo suficientemente alto. No obstante, es necesario que compruebe lo que acaba de pasar en la casa de Gosset, salgo de aquí.

La antepenúltima vez la señora Gosset ya me había puesto muy mala cara, pero desde hace quince días su cólera se estaba acumulando y cuando la vi, reconocí en sus ojos el estado violento en el que estaba interiormente. Yo me puse a hablar con su marido, ella entraba a cada rato, se quedaba haciéndose la que leía el periódico, pero estaba pálida y temblando de cólera. Sin embargo, lo que yo decía debía de haberla calmado, porque yo venía a anunciar a Gosset que quería cesar toda relación con él y con el comité. Pero las personas estúpidas son esencialmente malas, y la maldad tiene necesidad de expandirse.

Ella estaba irritada desde hace un mes porque su marido perdía tiempo con mi idea. Ahora bien, ella debía encontrar los medios de vengarse de mí. No pudiendo aguantar más, tomó la palabra y de reproches pasó a decirme injurias. Estuve muy contenta de mí, eso me conmovió muy poco. Permanecí calmada y le dije que no tenía por costumbre responder a personas que estaban con cólera. Nada aumenta más la cólera que la calma que uno puede oponerle. Se puso furiosa y sin la intervención de su marido no sé hasta qué punto habría llevado sus insultos. Vi en esta circunstancia cómo el abuso de autoridad es fatal. Es claro que el pobre Gosset es maltratado por su mujer, pero sucederá que un día, una hora, cansado de esta tiranía, se rebelará bruscamente y podrá resultar un gran desastre para el bienestar de la asociación común. Si esta cólera hubiera reaccionado sobre mí, juzguen lo que podría haberse producido. Pero Dioses es grande y me da fuerza, calma y todo lo que es necesario para mi misión. Al salir de ahí yo me decía: ¡Quién, pero quién podrá servir a este pobre pueblo, tan bruto, tan ignorante, tan vanidoso, tan desagradable de relacionársele, tan repulsivo a ver de cerca! Muchas personas comparan el pueblo a los animales, pero los animales incluso salvajes serían de trato mil veces menos desagradable. He aquí el punto más grave de la cuestión. Es el estado moral de la clase obrera. Ya he tenido algunas pequeñas crucifixiones, pero la de la noche por la señora Gosset presentaba realmente una fisonomía judaica, no pierdo la esperanza de que uno de estos días el cuadro se complete, que me arrojen barro, piedras y que me lapiden. Y esos imbéciles de los ricos viven tranquilos en medio de un pueblo en este estado de embrutecimiento. Ahí hay demencia.

Ahora qué debilidad y qué ligereza de Gosset: soportar que su mujer se conduzca así con él y con los otros, y, sabiendo de su carácter, invitarme a su casa, hacerse cargo del comité, etc., etc. ¿Qué confianza se puede tener de hombres de tal carácter? ¡Todo esto es para hacer temblar! El único remedio es comen-

zar a instruir al pueblo, y entonces ahí veremos los cascabeles. No importa, no debemos descorazonarnos; es necesario unir, eso es lo que hago y lo que será necesario hacer todavía largo tiempo.

\*\*\*

## II. BURDEOS (SEPTIEMBRE DE 1843)

MIÉRCOLES 29 DE SEPTIEMBRE. Hoy hace ocho días que llegué a Burdeos, fecha desde la cual no ha cesado de llover. Ésta es también una enseñanza muy útil para mí, veo que para mi *tour* de Francia necesito precaverme del triple de zapatos, el triple de ropa; en una palabra, que tenga conmigo para cambiarme dos o tres veces por día si es necesario. Porque aquí no se trata de economizar, yo no puedo faltar a una cita importante por falta de un par de zapatos. Desde hace ocho días que estoy aquí con dos malos pares de zapatos, tengo los pies continuamente mojados y estoy enferma; ahora bien, en mi posición de apóstol no tengo tiempo de estar enferma. Es cierto que el viaje del tour de Francia me costará caro. Pero no puedo retroceder ante este gasto porque el resultado es evidente.

No puedo estar más satisfecha de todos los obreros de Burdeos. Estos hombres son mucho más firmes, más prudentes que los de París. Son menos avanzados con relación a las ideas sociales, pero veo que me será fácil instruirlos. Es necesario que cueste lo que cueste los saque de este orden político, idea hueca que no engendra más que re-vueltas, arrestos, persecuciones para los obreros; lo que hace que los hombres de poder estén muy contentos y des-alienta a los hombres de corazón y

de acción. Mi misión es sublime; es la de poner a los hombres en la vía de la legalidad, del derecho. Es necesario que yo llegue a hacerles comprender que la fuerza bruta no puede organizar nada, que sólo puede destruir, y que nosotros hemos llegado a una época en la que debemos soñar en organizar. Lo que me encanta de todo esto es ver la influencia saludable que adquiero sobre ellos. Me han bastado dos sesiones para cambiar enteramente el espíritu del grupo de Ch... Hombres eminentemente revolucionarios que sólo hablan de acuchillar y de matar, hombres a quienes dos horas de conversación con el imbécil de Kersansi ¡habrían hecho descender a la calle para tomar el fusil! Y bien, estoy convencida que hoy Kersansi y todos los matadores del *National* con sus grandes palabras políticas tendrían mucha dificultad en lanzar a los mismos hombres a una revuelta. ¡Oh! Qué fácil sería gobernar a los hombres si uno quisiera gobernarlos con vistas al bien. Pero con vistas al mal son difíciles, y eso prueba mucho a su favor.

Todo lo que me sucede aquí me da una gran enseñanza. Supe ayer, por una voz amiga —porque tengo también a mi lado personas del pueblo que sienten instintivamente que yo les sirvo y que, por interés o por reconocimiento, me sirven ellos a su vez también— supe que el comisario había venido a informarse al hotel qué tipo de vida llevaba yo, a quién recibía y si tenía reuniones con obreros. Esto me prueba claramente que he sido denunciada a la policía de Burdeos, como habiendo venido aquí para hacer propaganda. ¿Pero por quién? He aquí lo que no puede saberse. Sospecho de un obrero jesuita que asistió a una de las reuniones. No obstante, puedo equivocarme, lo que me hace tomar una gran decisión. He aquí el camino que seguiré en el *tour* de Francia: al llegar a una ciudad iré en primer lugar a hacer una visita al prefecto, o subprefecto, al director de la policía, al arzobispo u obispo, a los sacerdotes principales, en una palabra, a todas las autoridades civiles, religiosas e incluso militares. Les diré: «Señor, vengo a preve-

nirle que vengo a su ciudad, no para predicar a los obreros la revolución, sino todo lo contrario a predicarles el orden, ahora bien, vengo a pedirle que no me confundan con los insurgentes, los políticos revolucionarios y otros mercaderes de palabras y arengas con las cuales yo no tengo nada en común. Vengo aquí a predicar a los obreros abiertamente. Les digo a ellos lo que diría delante del prefecto de policía: ¡reclamen sus derechos, en nombre del derecho! He aquí el camino que seguiré, es el único que conviene realmente a la lealtad de mi carácter y la grandeza y la santidad de la misión que cumplo». Además, tal había sido mi primer pensamiento desde que concebí la idea del tour de Francia, pero en las condiciones en que estoy aquí no podía hacerlo; lo que he hecho en esta ciudad lo he considerado como un ensayo. Pero me confirma en mi primera resolución.

*Este 22 [de septiembre].* Vamos, heme aquí sondeando el espíritu de la ciudad de Burdeos como sondeo el espíritu de la ciudad de París. En verdad, se debe creer que mis obras tienen una virtud sobrenatural, pues conmocionan incluso a los librerillos los seres más mentirosos! Esta mañana voy donde el señor Remy, librería y biblioteca, Fossés de L'Intendance<sup>21</sup>. Desde que pronuncio mi nombre, veo a este buen librero tornarse todo pálido, ¡absolutamente como si Belcebú mismo se le apareciese en persona! «Usted no ha exhibido mi libro», le digo. «¡Oh no, señora, yo no lo exhibiré!» «¿Y por qué es eso?». «Porque yo no quiero que un libro parecido se venda en mi tienda». «¿Usted lo ha leído, señor?». «Sí señora, lo he ojeado y encuentro que no es el lenguaje que uno debe tener con los obreros». Iba a continuar, pero lo interrumpí: «Usted no tiene ninguna explicación que darme, señor; tengo por mí misma una completa tolerancia, por eso respeto todas las opiniones,

---

<sup>21</sup> Se trata del nombre de la calle donde quedaba la librería. Paseo de la Intendencia (N. de la T.)

por más opuestas que puedan ser a las mías». El buen hombre, que me da la impresión de un hipócrita total, me miró con ojos fulminantes. Yo lo saludé con una extrema cortesía.

Al salir de ahí fui donde el lib[rero] Chauma, calle del Chapeau Rouge. Éste es un hombre joven todavía, común, vulgar, tu agente viajero; y habla con la falta de pudor propia de los cínicos en este país<sup>22</sup>. Yo le pregunté si había encontrado libros. «No, todos se han vendido, hay entonces aquí furor por sus pequeños libros; desde hace cuatro o cinco días no hacen más que pedírmelos». «Y bien, tanto mejor, ¿por qué no escribe usted a París para tener más?». «No quiero, no quiero venderlos». «¿Y por qué es eso?». «Porque no quiero vender ese tipo de obras. Me he negado a vender más de 30». «¿Se debe a que no le reportan suficientes beneficios?». «No, pero me parece que usted debe comprender muy bien el motivo». «No comprendo en absoluto». «Cómo señora, sus libros no se venden más que a obreros, ¡a cada instante entrarían aquí hombres en overoles y gorras pidiendo la *Unión Obrera*!». «Y bien señor, ¿qué inconveniente encuentra usted en eso?». «Señora, le he dicho que no me gusta ver a todos esos hombres... No estoy habituado a recibir en mi tienda este tipo de gente... esos pequeños folletos no son buenos más que para París, el nido de insurgentes».

A pesar de su rara falta de pudor, este hombre grosero estaba muy emocionado hablándome de tal manera. Yo lo miraba con una calma perfecta, así como a otros tres individuos que se encontraban ahí, con la apariencia de reírse de mí en mis narices. Es necesario haber vivido aquí para tener una idea del mal tono de los machos locales.

Yo le respondí con un tono insolente que superaba al suyo: «Claro, mi querido señor, todo lo que usted me dice me asombra, porque yo creía que Burdeos era como París, que los librerías vendían libros por la carátula, sin inquietarse de lo que

---

<sup>22</sup> Cuando Flora Tristán usa el término *país*, alude a una parte más o menos extensa de una nación: provincia, región, cantón. (N. de la T.)



podía estar escrito al interior». Y sin darle el tiempo de responderme, agregué: «Usted me calculará la factura, señor Chau-mas, y yo vendré a recogerla el lunes en la mañana. Le deseo buenos días».

He ahí. Es igual en Burdeos que en París y que en todas partes. Es necesario que ahora los que trabajan para el pueblo estén fuera de la prensa, fuera de las librerías, o de otra manera son asfixiados.

*27 de septiembre.* Comienzo a aburrirme mortalmente aquí. Daría todo en el mundo por poder partir esta noche; itanto me mata esta vida de quince días sin ocupación! Los ocho primeros días pasó porque tenía cosas que hacer, fuese viendo a los obreros, a los librereros, a los pocos burgueses de la ciudad, veo que para las ciudades más grandes como Lyon, Marsella, tendré necesidad de 15 días, para las segundas ocho, para las pequeñas cuatro —con una actividad como la mía uno hace muchas cosas en ocho días. Podría muy fácilmente hacer el *tour* de Francia, el sur y el este, en mi verano, el norte y el oeste será para el verano próximo de 1845. Será necesario partir en el mes de marzo, y terminar a fines de agosto. El mes de septiembre es ya malo: las personas están en el campo y las lluvias vienen. No se debe soñar más en viajar.

La ciudad de Burdeos es muy mala como [*imagen de*] progreso. Todas estas personas no piensan más que en ganar plata; para ellos todo se reduce a cifras. Los obreros tienen, sin embargo, buena voluntad; si algunos de los capaces estuviesen a la cabeza se haría muy fácilmente de ellos unionistas. Pero aquí, quizá más que en París, ellos tienen necesidad de ser estimulados. En cuanto a los burgueses, ilos de París son ángeles comparados a los de aquí! Los de aquí son idiotas y como es lógico, malos en proporción a su idiotez. ¡Es desesperante ver la ceguera de los pobres burgueses! ¡Qué raza!...

Fui esta mañana a la casa del señor de Goyeneche, él no quiso recibirme. Era un ensayo que yo quería hacer. Miren a los devotos. Un hombre que va todos los días a misa, comulga todos los meses y que no observa los mandamientos de Jesús. Olviden las ofensas<sup>23</sup>.

Le he escrito para pedir una suscripción para mi pequeño libro —es probable que no me envíe nada. Mi Dioses dime entonces para qué sirven los ricos de la tierra.

*29 de septiembre.* ¡Mi aburrimiento va hasta la impaciencia! No había sentido un aburrimiento tal desde mi estadía en el «Hotel de France» en Anvers hace ocho años. ¡Desde hace cuatro días no tengo nada que hacer! ¡Qué suplicio! —y esos negociantes bribones que se ponen de acuerdo para alargar las cosas sin la menor utilidad. En la vida hay días muy tristes. No tengo coraje para soportar el dolor. Sin embargo, hay que resignarse. ¡Oh! Si estuviera forzada a vivir aquí, moriría. Nunca me he lamentado de lo que hago desde hace 13 años: el haber abandonado la vida calmada, segura, tranquila, por la vida agitada, precaria, atormentada. Pero hoy menos que nunca lamento el partido que he tomado. Si hubiera querido ahora sería rica, tendría casas, tierra, rentas, pero no tendría felicidad ni vida, mi existencia sería monótona. ¡Dioses sea alabado! Soy pobre, pero tengo felicidad en la vida, una existencia realizada; en una palabra, una posición que yo no cambiaría por ninguna otra.

\*\*\*

---

<sup>23</sup> Ver las impresiones de Flora Tristán sobre Goyeneche (primo de don Mariano de Tristán, padre de Flora) en *Peregrinaciones...* op. cit., p. 86,90. (N. del E.)

### III. AUXERRE (12-16 DE ABRIL DE 1844)

*AUXERRE, PRIMERA CIUDAD. DOMINGO 14.* No he tenido todavía tiempo para escribir una sola palabra. El 12 de abril, a las 4 de la mañana, me levanté para emprender la bella y noble misión para la que Dioses en toda su bondad me ha elegido. Sentía en mí como una gracia divina que me envolvía, me magnetizaba y me transportaba a otra vida. No encuentro una expresión que pinte exactamente lo que pasaba en mí. Era algo grande, sublime, religioso, era, por así decir, un entusiasmo llevado a su apogeo, y por esto mismo arribé a un estado sobrehumano: la calma. Sólo mi alma estaba emocionada, pero ninguna emoción en mi carne: ni latidos del corazón, ni lágrimas, ni espasmos como siempre me sucede cuando me pongo a viajar. Dejo a las personas que quiero, París, al que quiero mucho<sup>24</sup>, con un desprendimiento total. Cuando el barco a vapor se alejaba y perdí a París de vista, una voz interior me decía: ten confianza en tu misión, y después de haber sembrado tu pensamiento en París, la cabeza de Francia, parte para sembrar en sus miembros, las ciudades alejadas, este gran pensamiento regenerador, el derecho al trabajo<sup>25</sup>. Anda a aclarar y dar vida a las po-

---

<sup>24</sup> «París [...], la única ciudad del mundo en que me gustado vivir» (Flora Tristán, *Peregrinaciones... op. cit.*, p. 86). (N. del E.)

<sup>25</sup> En el Manuscrito en francés, Jules Puech apunta: «El derecho al trabajo fue inscrito en la declaración del gobierno del 25 de febrero de 1848; bajo la insistencia de Victor Considerant, jefe de la escuela fourierista, se lo inscribió en la Constitución del 23 de mayo de 1848, pero en términos menos enérgicos. La idea no era nueva dado que uno la encuentra en Montesquieu, Rousseau e incluso Turgot. La Constituyente de 1789 rechazó un artículo según el cual “el cuerpo político debe a cada hombre medios de subsistencia, sea por la propiedad, sea por el trabajo, sea por el socorro de sus semejantes”. La

blaciones ignorantes como los primeros cristianos iban a aclarar y dar vida a las poblaciones idólatras, y me sentía plena de alegría, fuerza y felicidad.

*Observaciones hechas a bordo del barco.* Había allí pocos burgueses, pero una multitud de marineros de Joigny y de Auxerre. Estos marineros desembarcan los barcos cargados de mercaderías y para regresar toman el vapor. Pasé ahí 12 horas, de 7 de la mañana a las 7 de la noche. Tuve tiempo, por lo tanto, para estudiar a esos hombres. Qué sobriedad. En la mañana, a las 9, se pusieron a desayunar. En las relaciones entre ellos reina una gran igualdad y fraternidad. El maestre come con sus marineros —todos sentados en círculo, en el medio había un pan, un manojo de rábanos y huevos duros—; es el maestre el que los alimenta. Cada uno toma pan a discreción, dos huevos, un poco de sal y siete u ocho rábanos. El maestre vertía vino de casa para beber en una botija de cerámica y todos bebían a su turno en un cubilete de estaño. Luego de ese frugal desayuno, esos pobres marineros estropeados por la fatiga buscaban acurrucarse en las esquinas del barco para no molestar a los viajeros y, acostados allí, se dormían como perros. Me puse a conversar con uno de los maestros-marineros<sup>26</sup> para tener algunos datos sobre esos hombres. He aquí cuál es su salario: Los maestros-marineros los toman por año, los alimentan y les dan 28, 30, 36 y 38 francos por viaje de Joigny y de Auxerre a París. Ordinariamente, los viajes se hacen en tres, cuatro y cinco días, pero si sucede que el tiempo es malo y que les toma 10, 12, 15 ó 20 días, peor para ellos, porque no reciben ni un centavo más. En invierno hay largos períodos de desempleo, no reciben nada, solamente se los alimenta. Resulta que

---

Convención declaró que la sociedad debe dar subsistencia a los ciudadanos infelices sea procurándoles trabajo, sea asegurando los medios de existir a aquellos que están inutilizados para trabajar». (N. del E.)

<sup>26</sup> El término «marinier» en francés alude a marinero de río, de canal. (N. de la T.)

de una manera u otra esos hombres no ganan más que 1,50 FF (incluso ni eso). Es bien poco. No obstante, están muy presentables, buenos zapatos, medias tejidas en el país, todos tenían camisas de buena tela, igual que los pantalones, overoles<sup>27</sup> azules y todo por el estilo. Su fisonomía, aparte de dos o tres que eran borrachos y estaban suciamente vestidos, estaba llena de orgullo y de dulzura. Qué diferencia con los marinos ingleses, que no osaban incluso mirar a sus maestros; éstos [*los maestros franceses*] los tuteaban [*a sus marineros*], bebían del mismo vaso y los trataban absolutamente de igual a igual. Además, ellos tenían en todas sus maneras la apariencia de hombres libres. Pasaban de la delantera a la parte posterior del barco, estorbaban sin grosería, pero sin temor a los burgueses con sus botellas, etc. etc., lo que hacía decir en voz baja a los burgueses que el barco estaba muy mal organizado, que los maestros no deberían dejar que las primeras clases fueran invadidas por esos marineros y gente del pueblo. Sin embargo, ni uno solo osaba hacer dichas observaciones en voz alta. Esta igualdad, en el aspecto de la gente del pueblo, es un signo evidente del próximo advenimiento de la democracia. A las tres, ellos almorzaban con un pedazo de jamón, a las seis comían un poco de pan y queso, y ésta era su alimentación habitual; no obstante, esos hombres soportan una fatiga inaudita, sufren todas las intemperies, la lluvia del cielo, los pies en el agua, pasan cuatro y seis noches sin acostarse, sin incluso tener un instante para dormir un poco. Su oficio es el más duro del tiempo, y para obtener como todo salario 1,50 FF por día y una alimentación frugal. He aquí la parte que se le da a los más útiles productores. Veamos al lado de ellos la parte de los trabajadores de comercio. En el mismo barco había tres conduc-

---

<sup>27</sup> *Overol*. Prenda de vestir de una sola pieza, de tela fuerte, que consta de cuerpo y pantalón, especialmente la utilizada en diversos oficios como traje de faena. También se le traduce como mono o buzo. Se prefiere el término *overol*, que proviene del inglés, por su uso extendido en América Latina. (N. de la T.)

tores de diligencia —hombres bastante gordos y colorados— perfectamente bien vestidos, almorzando con tenedores, haciéndose servir con los mejores vinos y los mejores manjares. Luego del almuerzo se ponían a jugar *croquet* y a las damas, bebiendo un vino excelente, a las cinco cenaban como banqueros, dos servicios de café, licor, etc., etc. Y, sin embargo, falta mucho para que la utilidad de los conductores pueda compararse a la de los marineros que aportan a París los productos agrícolas; pero vean la agricultura, en el estado de abandono en que se encuentra no da prácticamente ningún beneficio, mientras que el comercio da muchos.

No he logrado hacer un solo prosélito en el barco. Sin embargo, hablé e hice hablar a muchos obreros. Al llegar aquí el 13, a las 5 de la mañana, encontré en la sala del albergue un individuo que me conocía a través de Gosset, y que, por un hecho totalmente providencial, me trajo la única cosa que había olvidado en París: el pequeño libro de los francmasones.

Ya vi a los obreros que tenía que ver aquí, son poco numerosos. He visto a algunos obreros bien, los espíritus más hábiles de la ciudad. Son sumamente vanidosos, egoístas y aristócratas. Vi a dos burgueses regulares, me dijeron que la ciudad encerraba en ella quince o veinte pasables (12.000 habitantes). Aquí la población no es devota, el clero no dice tampoco ni una palabra. La ciudad no tenía periódico, acaba de crearse uno hace un mes. Las personas de esta ciudad son temerosas, egoístas, amigas de la inmovilización, la ciudad es horrible, pero no se quiere hacer nada para embellecerla. Salgo para ir a hablar a mis *compagnons*.

Verdaderamente es un oficio rudo el de estar al servicio de la humanidad. Son las 11 de la noche, no he tenido tiempo para respirar ni un instante desde las 7 de la mañana, y esto en una ciudad muerta, ¿cómo será, entonces cuando me encuentre en Lyon? En fin, pienso que Dioses me dará fuerza física, pero preveo que tendré necesidad de ella. Además, si estoy agotada

físicamente, me siento tan feliz. Estoy contenta de mí, al punto que me hace olvidar todas mis fatigas. No sé verdaderamente cómo me las arreglo para hablar con esos hombres ignorantes, groseros, insolentes, inabordables para cualquiera, isoy admirable! Hay ahí un misterio que yo misma no comprendo. Sin buscarlo, sin pensar por adelantado, encuentro como sin saberlo, justo lo que es necesario decirles, y ellos me escuchan y yo los persuado sin darme la menor molestia. Lo que prueba evidentemente que yo estaba destinada para esta obra.

Fui donde los *compagnons* del V. D. de L.<sup>28</sup> Encontré ahí una treintena de hombres reunidos —dos o tres estaban prepa-

---

<sup>28</sup> Las iniciales aluden a los *compagnons* del Deber de la Libertad. El *compagnonnage* está formado por diversos *devoirs* (deberes), los que se dividen en numerosas sociedades. Los diferentes gremios del *compagnonnage* reconocen tres fundadores: Salomón, Maestro Jacques y el padre Soubise, de donde surgen las tres grandes categorías de afiliación: Los Hijos de Salomón, Los Hijos del maestro Jacques y los Hijos del padre Soubise.

1.- **Hijos de Salomón:** Divididos en dos: a) *compagnons* extranjeros o «lobos» que eran tallistas de piedra; b) *compagnons* del Deber de Libertad, llamados *Gavots*: carpinteros, cerrajeros y herreros; carpinteros de obra, llamados «zorros de libertad» o «indios» y después *compagnons* de libertad. Incluían también a los zapateros, panaderos, toneleros y techadores.

2.- **Hijos del maestro Jacques.** Se dividían en: a) tallistas en piedra denominados «*compagnons* caminantes» u «hombres-lobos» y b) carpinteros, cerrajeros y herreros llamados «*compagnons* del deber», «*devoirants*» (por contracción «*dévorants*») o perros. A diferencia de los Hijos de Salomón que no lo hacían, ellos fueron incorporando a maestros de diversos oficios (cuchilleros, herreros, curtidores, caldereros, fundidores, hojalateros, talabarteros, canasteros, sombrereros, panaderos, tejedores, zapateros).

3.- **Hijos del Maestro Soubise.** Se componían originalmente de un solo gremio: carpinteros de obra, *compagnons* caminantes, «viejos libertinos» o *Drilles*. Los techadores y los yeseros se incorporaron a partir de 1703. En el siglo XIII los *devoirants* y los libertinos se unieron bajo el título de «*compagnons* del deber» y en el siglo XVIII continuaban unidos en la misma asociación o deber. En diferentes épocas hubo luchas encarnizadas entre alguno de los tres.

rados para hacerme la oposición. En menos de diez minutos cesó toda oposición y todos adhirieron a mi demanda. Cuando uno habla a esos hombres con benevolencia y firmeza, cuando uno les hace un llamado en nombre de la justicia, de la fraternidad y del interés de la clase obrera, uno está seguro de encontrar en ellos una dulzura, una educación, una bondad llena de conveniencia y dignidad. ¡Ah!, si el gobierno conociera a estos hombres no se conduciría con ellos como lo hace. Nada más fácil de conducir que los obreros cuando uno sabe cómo proceder. Son realmente de un carácter encantador.

*15 de abril.* Perdí ayer mi noche conversando con un burgués de aquí, que es el enemigo encarnizado de los obreros. Es curioso oírlo hablar de los tontos de los burgueses. Bien, he ahí el comienzo del fin si esta gente comienza a comerse entre ellos.

Recibí esta mañana la adhesión de los zapateros societarios. Los carpinteros de obra no vinieron. Los miembros de los cien hermanos tampoco, es deplorable. Tuve esta mañana dos horas de cálida conversación con el cura de la catedral, hombre nulo y con la pretensión de ser un sabio, me rehusó su coope-

---

**Jerarquía de los *compagnons*.** En cada deber hubo diferentes clases:

A. *Compagnons* extranjeros o lobos tenían adherentes: *compagnons* y muchachos.

B. Carpinteros de la libertad o *Gavots* se dividen en: *compagnons* recibidos, *compagnons* realizados o perfectos y *compagnons* iniciados.

C. *Compagnons* caminantes y *compagnons dévoirants* se dividen en: aspirantes, *compagnons*.

Cuando ascienden a maestros abandonan la sociedad, reciben un certificado y se mantienen unidos por vínculos de reconocimiento. En el siglo XVIII, la asociación permitió las huelgas, presiones por mejores salarios, pero también obligó a los Maestros a tomar obreros solamente de la corporación. La Ley del 2-17 de marzo de 1791 durante la revolución, suprimió la corporación en Francia y prohibió reestablecerlas. (N. de la T.)



ración moral porque él no me la puede dar sin la autorización de su obispo, pero no me ha ofrecido su cooperación particular, lo que podía hacer. He ahí entonces a ese cura actuando como el señor Dupanloup; que no puede nada por él. Lo que resulta de esta obediencia pasiva es que, si el obispo es un anticristiano, como se encuentran tantos, todos los curas de la diócesis están obligados a conducirse como anticristianos. No se ha pensado jamás en las consecuencias monstruosas, funestas, de esta obediencia pasiva. Si un general es un cobarde, es necesario que todo el ejército sea de cobardes. He ahí el bello principio que los sansimonianos querían reestablecer, la autoridad y la obediencia. Ese cura (el señor Fortin) vive en una casa magnífica; independientemente de sus honorarios, él es rico, de manera que vive con todas las comodidades del lujo y él predica el desprendimiento de las cosas de este mundo... Eso da lástima. Querría la persecución de parte del gobierno, pretende que estaría dispuesto a sufrir todo por la causa de la democracia, y cuando yo vengo a ofrecerle que sirva a esta causa de una manera real, eficaz, él me rechaza. El Robert-Macairisme de esas personas es escandaloso. Estoy decidida a verlos a todos, es necesario que sepa a qué atenerme sobre lo que ellos piensan y lo que valen. [Ver nota 55].

Me voy para ir a ver a los societarios de la Unión, los mejores de todos los *compagnons*.

Salgo de la casa de los societarios de la Unión<sup>29</sup>. He estado perfectamente contenta, lo que me produjo gran placer fue ver a los cuatro maestros. Todos se han suscrito. Es realmente un buen éxito. Esperemos. Esta noche los pocos hombres bien

---

<sup>29</sup> Flora alude a los miembros de la Unión, una organización nueva dirigida por Pierre Moreau que trataba de reagrupar a los obreros. Moreau criticaba las divisiones en el viejo *compagnonnage* y la explotación que los maestros hacían de los aprendices y se convierte, por lo tanto, en rival de Agricol Perdiguier y los *compagnons*. Se considera a los societarios unionistas una transición histórica entre los antiguos *Devoirs* y los modernos sindicatos. (N. de la T.)

pensantes de la ciudad han venido a verme —todo esto camina—, incluso en los huecos de la ciudad hay todavía hombres de corazón. ¡Es imposible que Francia perezca! Estoy contenta. ¡Qué bello es ser buena! Parto mañana a las 7 de la mañana. En Auxerre hay un pequeño periódico tan sólo desde hace un mes. Ha prometido reseñar el libro.

\*\*\*

#### **IV. AVALLON Y SEMUR (16-17 DE ABRIL)**

*Martes en la mañana del 16 de abril.* Estuve condenada por falta de comunicación a permanecer en Avallon desde las 2 hasta la mañana siguiente. Quise emplear mi tiempo y me puse a buscar obreros en la ciudad. Llegué a encontrar algunos, pero pude convencerme, en esta ocasión, de que me sería imposible obtener algún resultado dirigiéndome a los obreros aisladamente. El carácter distintivo del obrero es la desconfianza y eso se entiende. Como es ignorante, no comprende nada, teme siempre comprometerse, y como es constantemente explotado, cree siempre que uno quiere hacerlo víctima de una estafa. Así, vi que incluso con la mejor intención de servir, no podría hacerlo. Fui en la noche a tres tabernas a hablar con esos hombres. Y bien, vi que yo era para ellos un objeto de desconfianza, no osaron decirme nada, pero me era fácil penetrar sus pensamientos. Los desdichados, al no saber —en su incompreensión de los hombres y de las cosas— distinguir entre lo verdadero y lo falso, me tomaban por una intrigante que quería obtener de ellos firmas para explotarlos. Si yo les hubiera hablado con bondad y dulzura como a veces hago, estaba perdi-

da, quizá me habrían insultado o habrían tomado incluso una mala actitud. Pero al sentir, con el tacto que poseo en grado máximo, lo que pasaba en ellos, les hablé con la severidad y la dureza de lenguaje que hace comprender a los más obtusos que no es así como se habla cuando uno trama explotarlos. Tampoco se alejaron un instante de la cortesía que me debían. Pero se mantuvieron en un tono de reserva que no ceso de admirar. Estas personas son los más grandes diplomáticos que conozco. Regresé a acostarme, me caía de cansancio y no pude dormir. Sentía un dolor profundo al pensar en la imposibilidad de hacer el bien. Servir a la humanidad es en mí una pasión devoradora. ¡Daría mi vida, vendería mi alma para poder servirla! ¿Pero cómo? ¡Ella es ciega y sorda! ¡Qué pensamiento! ¡Y qué sufrimiento mi Dioses, qué sufrimiento siento con la idea de que ella no pueda oírme!

He aquí mi epitafio:

«Habló a los sordos».

Eso dice todo lo que he sufrido. Esta pequeña ciudad de Avallon tiene seis mil almas, está muerta como todas las pequeñas ciudades de provincia. Preferiría morir en el fondo de una celda que vegetar así en la tranquilidad de una ciudad en la que no hay ninguna actividad. Coloqué algunos libros en dos librerías. Son granos sembrados sobre piedras.

Al día siguiente llegué a Semur a las 3. Otra pequeña ciudad de tres mil almas, del mismo tipo que Avallon, muy pintoresca, pero igualmente muerta. Las famosas torres del duque de Borgoña se mantienen todavía en pie y en buen estado, no sirven ya para nada. Estoy asombrada de que la industria no se apodere de ellas. Ahí me quedé tres horas, pero no busqué hablar con los obreros. Lo que había visto la víspera me había hecho mucho mal. Cuando uno quiere ir lejos debe medir sus fuerzas. Dejé pequeños libros, afiches, siempre sembrando sobre piedras.

Una palabra sobre los horribles adornos de las iglesias de Semur y Avallon: Al entrar a esas iglesias, me creí en el Perú:

Jesús en yeso coloreado; la Virgen, los santos... ídem, ¡y todo eso abominablemente! ¡Cómo pueden los curas en 1844 soportar que se dejen tales monigotes en sus iglesias! Son horrores de yeso, cuadros causantes del mal gusto de los provincianos y los campesinos. Cuando uno está habituado a ver figuras parecidas, adornos dorados y coloreados parecidos, uno debe convertirse necesariamente en tan grotesco como los santos de la Iglesia. Tengo altas consideraciones que hacer al respecto.

\*\*\*

## V. DIJON (18-24 DE ABRIL DE 1844)

*Jueves 18 [de abril].* Heme aquí en Dijon. Tuve esta noche emociones sublimes tales que nunca antes había sentido. La santidad de la misión que realizo me conmueve a mí misma. Esta noche estaba sola, en medio de la noche, subiendo la cuesta de no sé qué ¡y me encontré el alma llena de dicha! ¡Qué bueno es hacer el bien! Estoy tan absorbida por la sublimidad de la misión que apenas la siento y la veo, todo el resto desaparece. Estoy muy mal de la vejiga y de la matriz, ¡y bien! No me doy cuenta, por un instante siento mis dolores y al mismo instante me distraigo por mis pensamientos hasta el punto de que ya no me acuerdo de que sufro. Así, he ahí un hecho que siento que me pasa cada día y que prueba evidentemente que los mártires no sentían sus dolores físicos. Esta irritación de vejiga me produce una sed devoradora, ya van dos días que salgo con la intención de comprar azúcar para poner en mi agua, paso delante de diez abarroterías sin ver el azúcar, y es solamente cuando bebo el agua que me acuerdo de que tengo necesidad

del azúcar. Así, ustedes ven, una pasión más fuerte que el Yo (la unidad tiene la capacidad de absorber enteramente al Yo). El hombre es entonces egoísta únicamente porque no tiene amor.

*19 de abril.* Desde mi llegada ayer a las 3 de la mañana, no he tenido tiempo todavía de escribir ni una sola palabra. ¡Qué tal servicio el de la humanidad! La ciudad es bastante grande, lo que hace las idas y venidas más difíciles. 25.000 a 30.000 almas. Es una bonita y limpia ciudad, bien aireada. No la visitaré, no tengo ni el tiempo, ni la voluntad. ¡Y qué me importan las piedras cuando tengo hombres que estudiar! Daré la más bella iglesia de la cristiandad por un obrero inteligente. Aquí no hay obreros *compagnons*. Estoy condenada a hablar a los obreros aisladamente. ¡Qué tarea! No podría continuar así solamente durante tres ciudades. El obrero es siempre ergotista<sup>30</sup> y malo, mientras que en sociedad es bueno. Aquí, como en todas partes, encuentro un gran número de republicanos, pero veo que también a ellos podemos hacerles entender razones. Aparte de algunos completamente cómicos, que quieren la revolución a pesar de todo, es en ellos una idea fija. Aparte de los monomaniáticos, los otros terminan por entender razones. Encontré aquí muchos falansterianos quienes, como en todas partes, no son buenos más que para hablar. No actúan ni en un sentido ni en el otro. Hay también dos o tres sansimonianos que han permanecido partidarios declarados de la emancipación de la mujer. Con ellos puedo entenderme, a pesar de que no se mueven dan un notable impulso a la rueda. En fin, encontré también obreros socialistas, gente de un gran sentido común, que tienen buena voluntad y todos me han prometido ayudarme eficazmente en mi misión.

---

<sup>30</sup> *Ergotista*. Viene de ergo (latín). Adjetivo que se refiere a alguien que abusa de la argumentación silogística. (N. de la T.)

Aquí como en Avallon veo que allí donde los obreros no están reunidos por el *compagnonnage* sería imposible hacer nada. Sería necesario enfatizar este punto. Hay tres periódicos en Dijon, fui esta mañana a ver los tres. En el primero (*Journal de la Côte d'or*) fui recibida por la señorita Antoinette Quarré, costurera y poeta. A partir de los versos que el señor Larmatine le había dirigido, esperaba ver una gran y bella hija del pueblo, plena de fuerza física y de energía moral. No obstante, su ingreso al periódico (sucursal de la *Gazette*) no fue de buen augurio y lo que me habían dicho de ella a este respecto no hablaba a su favor; pero antes de condenarla quería verla. Toco a la puerta y una voz de mujer, voz seca, agria y dura me dice: «¡Entre!». Abro y entro en una habitación amoblada bastante adecuadamente, y al fondo cerca de la ventana percibo en medio de un gran sofá una cara pálida, compuesta de rasgos toscos, de forma y expresión vulgares encuadrada en unos cabellos rojos. En un primer instante no distinguía bien sobre quién debía estar puesta esta cabeza, porque el cuerpo al que debía pertenecer no se distinguía. Cuando yo me acerqué, esta masa informe se levantó y vi entonces una pequeña mujer de tres pies más o menos, con una joroba por delante, por atrás, en una palabra, la señorita Antoinette Quarré era un pobre ser deforme y en consecuencia grotesco.

Por instinto tengo una antipatía profunda por todo lo que es feo, y debo decirlo, la experiencia y el estudio han venido a confirmar lo que mi instinto me había revelado. Es que, salvo algunas excepciones muy raras, una bella alma no se encuentra nunca bajo una envoltura vil. Tuve algunos instantes de conversación con la señorita Antoinette Quarré y todo lo que dijo me probó que su interior respondía perfectamente a su exterior. Le rogué a la señorita Antoinette Quarré que me ayudara con la propagación de mis ideas, y agregué: «Como miembro de la clase obrera usted debe estar doblemente interesada en ellas». Ella me respondió con un tono muy seco y bastante

chocante, que ella no podía serme de ninguna utilidad porque no frecuentaba a la gente del pueblo. «Es deplorable, retomé yo, y usted se equivoca, porque lo mejor que una hija del pueblo debe hacer cuando ha sabido liberarse por su inteligencia, es ayudar con sus esfuerzos a la liberación de sus hermanos frecuentándolos, es incluso un deber». Estas últimas palabras fueron pronunciadas por mí con una inflexión de voz acompañada de una mirada que tuvo el poder de hacer que la lívida gruesa faz de la poetisa borgoñona adquiriera un color rojo púrpura. Debo decirlo en este instante, la figura de la señorita Antoinette Quarré tenía una expresión innoble. Ese rubor estaba provocado por la cólera, cólera sorda, concentrada, que ni siquiera tuvo el coraje de hacer estallar. No me respondió ni una sola palabra, se levantó, fue a la habitación del costado con el pretexto de escribirme la dirección de los jefes de redacción y me la dio aparentando un aire gracioso y confundiéndose en reverencias y saludos. Este último rasgo acabó el retrato: vanidad y bajeza.

Juzguen entonces a los poetas por sus escritos y por las epístolas que los otros poetas les dirigen. He aquí los versos del señor Lamartine a la susodicha hija del pueblo pelirroja, jorobada y que «no frecuenta a la gente del pueblo». ¡Ah!, poetas, bienaventurados aquellos que no os ven. El redactor de *la Côte d'Or* es un hombre de la *Gazette de France*, pero es educado y vestido bastante aceptablemente. Al salir de allí fui al *Courrier de la Côte d'Or*. Me habían hablado bastante bien de este último. No pude verlo, partía para París, ¿es una pérdida? Pero al salir de ahí fui al *Spectateur*. ¡Oh! ¡Ahora sí que mi instinto de repulsión por lo feo se rebeló! ¡Este hombre es un gusano! ¡Qué sucio y desagradable gusano! La fealdad inmensa de este hombre, su camisa sucia, desagradable, su vieja levita sucia y andrajosa y el aspecto miserable de su despacho, todo me representaba perfectamente al periodismo en todo lo que tiene de más desagradable. La señorita Antoinette me había dejado

ya bastante irritados los nervios, pero a la vista de este jefe de redacción me sentí [*agitada*] por un espasmo tan violento que casi caigo sofocada. Este ser inmundo me dijo «que los periódicos de París habían hablado de mi viaje y se habían burlado de él». Tuve con este individuo un cuarto de hora de conversación extraña. Tomando un tono irónico y hablando en nombre de los periodistas, lo traté como un miserable. Más lo trataba mal, más se volvía educado, humilde y gentil. Este hombre es realmente un tipo de la época —haré su retrato.

*Domingo 21.* Estoy desbordada por las ocupaciones. No tengo tiempo de escribir, de dormir, caigo muerta de cansancio —pero estoy contenta, tengo buenos resultados. No hay aquí obreros del *compagnonnage*, pero he encontrado más de diez obreros muy capaces y llenos de buena voluntad. Todos me sirven con ardor, las listas se forman y la realización marcha, pero yo no sé más donde estoy, vivo mucho, por centésima vez he aquí que constato un hecho de la más alta importancia —es que el exceso de vida mata a la vida. Siento en este momento por qué los reyes y los gobernantes no hacen nada: es que les falta el tiempo —cuando uno quiere ver todo no ve nada—, cuando uno quiere hacer todo no hace nada. Mi posición me asusta, porque yo quiero ver, oír y hacer, y para que sea así, en lugar de cinco meses para mi viaje necesitaría un año —y no tengo suficiente dinero ni fuerzas físicas, al tren que llevo, para poder viajar de tal manera durante un año. Cuántas cosas instructivas tengo que decir al respecto. Renuncio desde ahora a hacer mi obra en ruta, es imposible —me contentaré con tomar notas.

Encontré aquí una mujer de pueblo realmente inteligente, es la primera que conozco; esta mujer me ha hecho revelaciones sobre los sufrimientos de las mujeres del pueblo de las que yo no sospechaba todavía: ¡es horrible! Cuánto lamento no haber podido conversar con esta mujer más a fondo —es una



inteligencia superior y a pesar de eso asfixiada por el marido y la miseria. Citando las palabras del republicano J. de M.: «Quieren la revolución, a pesar de todo». ¡Encantador! Fui a ver a cuatro grandes damas de la ciudad —para rogarles que se hicieran mujeres de caridad. «Pero lo somos», me dijeron. «No, señoras, ustedes no son más que señoras de limosnas». El egoísmo de todas esas mujeres, todas son tan ricas (la marquesa de Saintsince, 200.000 FF de renta) no tiene hijos, nada que les ocupe —y sin embargo no se puede hacerlas salir de su egoísmo. La limosna para ellas satisface su vanidad. Tengo que hacer un fragmento al respecto. Esas damas son extremadamente educadas, muy amables, más que las de París, pero el fondo no es mejor. La palabra de la señora Lacordaire, hablando de su cuñado el abad: es un hombre de una actividad extraordinaria, ise esfuerza tanto desde hace diez años, pero su objetivo es tan noble! ¡Y el objetivo es reestablecer conventos de benedictinos!

Aquí hay muy buenos burgueses, verdaderos visionarios; despotrican también contra los sordos con una virulencia, un encarnizamiento que es evidentemente el comienzo del fin. Los hago conversar, es para mí un gran placer oírlos.

Fui a ver el Museo que no merece su renombre, sin embargo, hay dos bellos cuadros. La tumba del duque de Borgoña no es nada magnífica. Además de eso no he visto nada que no sea corriendo —estoy demasiado absorbida por mi misión para ocuparme de las artes. Y qué me importan las piedras talladas y las telas cubiertas cuando tengo delante de mí la obra de Dioses —¡la humanidad!—. Decididamente los burgueses aquí son menos idiotas que en otros lugares. Pretenden que el alcalde y los tres consejeros municipales son capaces de comprender mi libro. Desgraciadamente todos están en París. Voy a escribirles, dejándoles mi libro.

El periódico conservador, la *Gazette*, habló de mi libro y de mi viaje, y por primera vez hay un periódico beato que habla

de mí y de mis escritos en términos convenientes. Pienso que el redactor tenía fiebre, es probablemente un error que van a rectificar el próximo número. Vi ayer la petición de los obreros de Lyon al Ministerio de Comercio pidiendo la organización del trabajo. Por qué entonces no pedir de inmediato el «derecho». Esta petición es vaga, es inconcebible que personas así estén tan mal aconsejadas. Por qué entonces no hablar nítida y francamente. Pero para qué sirve esta petición, incluso mejor hecha, antes hay que estar unidos. Estoy impaciente por estar en Lyon para hacer comprender a estos hombres la verdad sobre la marcha que tienen que seguir. Decididamente los hombres tienen una inclinación a actuar a contracorriente de la verdad, el camino recto y el simple sentido común. En todas partes y en todas las circunstancias uno encuentra esta desgraciada tendencia. No la comprendo en absoluto. Lo que impide a los obreros actuar en vista a su mejoramiento, es principalmente la falta de tiempo. Veo aquí una docena de personas que tienen el más grande deseo de servir a la causa, pero ¿cómo encontrar una hora libre? Todas son absorbidas por sus ocupaciones cotidianas de trabajo. ¡Es necesario trabajar doce a quince horas sobre veinticuatro para poder comer! ¡Qué gale-  
ra! Ni un instante para pensar, para leer, para descansar, para conversar con un amigo. Una vida tal embrutecería a Dioses mismo. Un trabajo penoso, forzado y repugnante, penas amargas, enfermedades frecuentes, contrariedades incesantes, una inquietud permanente por la suerte del día siguiente, una fatiga física constante —he aquí la triste existencia del obrero. Descendamos ahora a su corazón. No hay más que amargura; en su inteligencia sólo vacío; en su ser físico sólo el malestar y la irritación. Y frente a una condición tal uno se asombra de la brutalidad del obrero. Yo me asombro y no puedo explicarme su dulzura y su bondad.

Salgo para ir a tres reuniones de obreros. Con gran esfuerzo hemos llegado a reunir los pocos obreros que se encuentran en

Dijon. ¡Con la fe se hace milagros! Recibí ayer una carta que me produjo gran placer. Es la primera carta que he recibido desde mi partida de París, me la dirige un hombre que me felicita por mi misión, y este hombre es un comerciante de calicó<sup>31</sup>, pero es un antiguo sansimoniano. Todos los hombres de mis amigos en París me habían dicho: «No parta, sus esfuerzos serán inútiles, su gran amor, su gran coraje se golpearán contra la indiferencia y la mala voluntad de las clases obreras que usted quiere aclarar y salvar. Y usted acabará destruida». Todos los hombres que encuentro en mi camino me repiten: no continúe, la obra que usted ha concebido es imposible, no malgaste así su vida que puede servir más útilmente. Y he aquí finalmente una voz de hombre que me dice: «Mujer, tienes razón de confiar en tu fe —Marchas, marchas». Así esta voz parte del corazón de un hombre que primero llamó a la mujer a la libertad. La carta de este hombre me prueba que era sincero en su convicción. Hace quince años tuvo fe en la mujer y él sigue creyendo en esta fe. ¡Y este hombre es un oscuro comerciante de calicó en Dijon! Pero en esta humilde condición es grande porque Dioses ha depositado en su alma una verdad de primer orden.

Olvidé hablar de este horrible fetiche de Notre-Dame: Una pequeña Virgen negra (en el altar de la Virgen) que parece un sapo disecado como uno a veces encuentra en las pilas de piedras<sup>32</sup>. Una cabeza informe, eso no pertenece a la escultura de ninguna época, es probablemente un fetiche indio que los duques de Borgoña habrán recogido en algún país salvaje de donde habrá sido llevado de la India o del África. No comprendo en verdad cómo el obispo de Dijon tiene la falta de pudor de soportar que una caricatura innoble de esta especie sea coloca-

---

<sup>31</sup> Tela delgada de algodón. (N. de la T.)

<sup>32</sup> Presuntamente esculpida por San Amadeur (siglo XII), la Virgen Negra (Nuestra Señora de la Buena Esperanza) tiene un cuerpo recubierto de plata. La leyenda de su creación fue difundida por los benedictinos. (N. del E.)

da en el altar de la Virgen. Y lo que comprendo aún menos es que la población de Dijon y de los departamentos lo soporta. Es una vergüenza para todos. Si yo permaneciera aquí solamente durante tres meses esta Virgen sería arrojada fuera de la iglesia. Y hay aquí tres periódicos que cada día se divierten haciendo discursos sobre los señores Guizot, Thiers y Cía., y ninguno tiene el ánimo de emprenderla contra el obispo con determinación para forzarlo a hacer desaparecer este innoble y horrible fetiche de la más bella iglesia de la ciudad. Sobre la torre de esta misma iglesia hay figuras grotescas y un niño desnudo del tipo de figuras grotescas de las iglesias de Semur. Se llaman «Jacquemart» y fueron llevadas ahí por no sé qué duque de Borgoña. ¿Se comprende a un clérigo ilustrado (tiene la pretensión de serlo) que soporta que la bella arquitectura gótica se ensucie por la presencia de tales gusanos? Me dirán: «Pero las viejas damas creen en la pequeña virgen negra, se ha incluso probado que ella ha hecho y hace aún muchos milagros». Yo respondería que el gusto de las viejas damas debe ser sacrificado sin vacilación cuando se trata de arte y de conveniencia.

Mientras yo estaba indignada delante de ese horrible fetiche, dos muchachas de la Confraternidad de la Virgen estaban ocupadas en vestir al susodicho fetiche. Le pusieron una blusa adornada de encaje, un vestido igual, luego collares, brazaletes, etc. Me creía absolutamente en el Perú. Es para producirles una crispación de nervios. ¡Y los sacerdotes, ellos, cuyo deber es el de instruir al pueblo, participan en su embrutecimiento! ¡Y el gobierno soporta eso! ¿Pero quién gobierna la sociedad? —nadie. Ni los sacerdotes, ni el gobierno. En fin, dado que Dioses lo permite, es necesario que yo lo soporte. Pero en la presencia de tales hechos tengo necesidad de acordarme que Dioses es grande.

*Domingo en la noche.* ¡La jornada ha sido calurosa!

Al mediodía, con los carpinteros y los [...ilegible...]. Estuvo bastante bien. A las dos los zapateros del *compagnonnage*: no tan bien. Había ahí un individuo decidido a hacer la oposición. Pero yo, ahora que conozco a mis hombres, veo eso antes de que hayan hablado. Actué con una gran habilidad. La oposición fue también débil. En suma, esos zapateros eran brutos y estaban muy mal dispuestos para recibirme. Es el primer movimiento del obrero, no quiere que se lo vea en su miseria, en su bajeza. Desgraciado, yo te serviré a pesar tuyo. Por lo demás no tengo nada de qué quejarme: para una pequeña ciudad en la que hay tan pocos obreros, el resultado es bastante bueno.

Sola no puedo darme abasto para todo. Durante mi ausencia han venido varias personas. Sería necesario dos para poder responder a todo el mundo, hacer el trabajo de fuera y el de adentro. Queriendo hablar con el sansimoniano al pie de la letra, fui a ver la ciudad y los paseos que son muy bellos. Es verdaderamente una bonita ciudad, muy agradable para habitar en ella. He hecho mucho, he hablado «Dioses» y no «libre arbitrio» con este hombre y le he explicado mi creencia de que él estaba listo para recibir. Considero que esas tres horas estuvieron bien empleadas. Él comete el error de los sansimonianos —espera. Espera la llegada de la mujer, él sabe que es ella la que debe salvar al mundo, y él, hombre, ya no se mueve. He aquí el defecto de los sansimonianos, ¿pero este defecto es el resultado de su fe en la mujer? Luego ¿es ese un defecto? Creo en verdad que para lo que ellos hacen sería mejor que no se movieran más.

Son las 11, estoy levantada desde la 6 y no he tenido ni un minuto de reposo. Lo que me cansa más es hablar y repetir siempre la misma cosa. En verdad, yo no digo mucho —pero para mí que tengo antipatía de la forma ¡es un verdadero suplicio! En fin, es necesario.

*Lunes 22.* He aquí que es la tercera vez que voy a ver al obispo sin poder ser recibida por Su Excelencia. Es necesario pedirle una audiencia. ¡Y éstos son los servidores de Dioses! He aquí un sacerdote a quien los contribuyentes pagan (el clero cuesta 37 millones al año), quien además goza del monopolio de la limosna (que le reporta tanto o más que su paga), ese sacerdote vive en un palacio, exige que se le ponga en la puerta un centinela. Qué pensar de esta pretensión: la fuerza bruta para guardar el poder espiritual, ¡es fuerte! Y ese sacerdote no puede recibir a una extranjera que pasa por su ciudad sin que se le haya concedido una audiencia. No sé si un obispo podía hacer algo más desvergonzado que esto en la Edad Media. Volveré sobre esto mañana.

Como la sesión de ayer con los zapateros me había afectado, a tal punto los hallé groseros, brutos e ignorantes, miserables y sucios (son los peores que he visto hasta ahora), fui esa mañana a obtener datos sobre ellos. Esta clase es de los más desdichados. Ganan de 1,50 FF a 1,75 FF, los más hábiles 2 FF. Además, están sometidos al desempleo continuo, lo que reduce su día a 1 FF. Que se juzgue su miseria. He aquí la explicación de por qué ellos estaban tan desaseados. A las justas tienen con qué cubrirse y a eso se debe la causa de sus malas disposiciones. Los pobres infelices están avergonzados de aparecer delante de mí. Yo había adivinado eso. Cuando pienso en las frases propagadas y escritas por nuestros economistas asalariados, dando promedios, cuando pienso en esta indecencia, ¡me estremezco de rabia! Un maestro-cortador-botinero hace 6 FF, un primer aprendiz 3 FF, un buen obrero 2 FF. Si de acuerdo con el señor Dupin y Blanqui yo quiero establecer un promedio sobre esas tres cifras, doy con la suma 3,65 FF —lo que es un jornal muy aceptable. Pero por los tres obreros aquí citados, hay 40 ó 60 de ellos que ganan 1 FF. Verdaderamente ya es tiempo de decir la verdad al respecto.

No recogeré muchas firmas aquí, pero vendrán más tarde. Dejo aquí a personas muy capaces y muy dedicadas que actuarán. En suma, estoy contenta de lo que se ha hecho aquí, sólo que me quedé cuatro días más de lo que yo quería. Eso me asusta en el futuro, para hacer muy bien esta propaganda me haría falta un año, y yo no tengo ni el tiempo ni el dinero. En fin, haré lo que pueda.

Aquí, como en Auxerre, los jornales son de un franco, menos pagados que los obreros de París, la alimentación es casi tan cara, el pan más, el vino menos. El obrero, en general está más a gusto porque tiene menos ocasiones de gasto, pues es más ordenado y más sobrio. Los obreros también gozan de una mejor salud que los de París.

*23 de abril.* ¡Por fin vi al obispo! ¡Decididamente hago milagros! Desde ayer a las 2 yo había entregado el pequeño libro, Su excelencia lo había leído. Me recibió con una deferencia muy notable, y me habló francamente. Es necesario anotar esta conversación, porque necesariamente debería hablar sobre ella. Reconoce la excelencia de mi idea, la pureza de mis intenciones; tiene por mi carácter la más alta estima, pero sin embargo me niega su cooperación, únicamente porque yo no soy católica. Él cree que nada bueno, grande, útil, moral, puede hacerse fuera del catolicismo (y para él el catolicismo es el dogma, los sacerdotes, la creencia en la divinidad de Jesús, en los misterios, en los milagros, etc., etc., etc.). No solamente me negó su cooperación, sino que agregó: «Si su gran Unión se formara, lo que podría suceder, porque con una fe como la suya se pueden hacer milagros en el mal, ¡y bien! Yo emplearía toda mi credibilidad, todo mi poder para impedir que tuviera éxito —y al actuar así yo creería firmemente hacer una acción buena y útil porque estoy convencido de que, al no practicar el catolicismo, no podría usted, a pesar de sus buenas intenciones, hacer más que una asociación inmoral, mala, dañina». Me

habló así con una vehemencia inconcebible durante más de una hora, adulándome, pero con una gran habilidad (es un hombre agudo que habla con elocuencia); y finalmente terminó por decirme que era lamentable que yo, de una rara inteligencia, marche por un camino tan malo, que si anduviera por el buen camino el clero se apresuraría a secundar mis esfuerzos, que el dinero, las recomendaciones, el poder, nada me habría faltado y que entonces estaba seguro que mi gran Unión se habría hecho en seis meses.

(He aquí el espíritu de la conversación).

Salí de ahí no conmovida porque ya no lo estoy de nada, sino asombrada por el efecto que yo había producido sobre este hombre que me parece un compadre descarado. Así una convicción profunda tiene poder entonces, incluso sobre las naturalezas más secas, más duras —nunca antes había recibido testimonio de distinción mejor sentidas, marcas de respeto, de admiración tan profundas. Puso en todo este asunto un tacto notable. En los ataques que hizo a mi fe hubo grandeza, caballerosidad. De su lado yo no estuve tan mal. Mostré una dulzura, una calma y una firmeza que debió asustarlo. Este sacerdote es muy superior a todos los que he visto en París.

Una moza del hotel acaba de subir para pedirme comprar un pequeño libro. «¿Y quién le aconseja eso?», le dije. «Oh, señora, es que todo el mundo dice que hay tantas bellas cosas en ese pequeño libro concernientes a los obreros, y como yo tengo toda mi familia de obreros en el campo, voy a enviárselos». Eso me agradó.

El señor de M.... no regresó a verme. Decididamente por todas partes los republicanos me ponen mala cara. Si yo hubiera tenido tiempo hubiera intentado ganar a éste, porque dicen que tiene influencia, pero cuando uno está al servicio de la humanidad no puede ocuparse de un hombre. Apuesto que Lagrange también va a ponerme mala cara, más aún cuando él



tiene un viejo rencor contra mí<sup>33</sup>. Es que esos muchachos son entonces estúpidos, no son ni siquiera educados, es intolerable.

Mañana voy al campo para intentar seducir a un anciano que podría dar dinero para el periódico. Esto me molesta y me cansa, pero es necesario. En la noche mi gran reunión con los fourieristas, y a las 6 de la mañana en camino a Chalon[-sur-Saône]. Esta actividad me va. Me siento bien en medio del cansancio.

*Miércoles 24.* Medianoche. Me muero de cansancio, pero como no puedo dormir cuando estoy muy cansada, escribo. ¡He hecho siete leguas en un cabriolé<sup>34</sup> pequeño y malo, con un rocín como caballo y mal conducido! La visita al anciano fue infructuosa. Es como todos los viejos ricos, egoísta, y no piensa más que en él, en su bienestar. Es el señor Gabety quien ha hecho una obra supuestamente magnífica sobre el hombre.

Este hombre me pareció más que ordinario: tiene 80 años, es supuestamente socialista, etc., y me decía en toda su bonhomía de rico que le parecía que los obreros de su pueblo ganaban buenos jornales —14 y 15 medios; las mujeres 10 y 12— en el verano los hombres 1 FF, 1,25 FF a lo más —el pan cuesta 4 medios. Todo en este hombre rico corresponde a lo que es. Para su jardín, que es su última pasión, gasta mucho. La totalidad es de pésimo gusto. Las estatuas son tan lamentables que uno les quita la vista para no herir su sentido artístico. Este hombre gasta mil o dos mil francos en juguetes de niños (es decir, una ermita y una religiosa ubicadas en una pequeña casita delante de la puerta. Es por medio de un resorte que hace saludar al mismo tiempo a los susodichos personajes). ¡Todo el pueblo y los habitantes de los alrededores vienen a ver esta maravilla!

---

<sup>33</sup> Ver infra capítulo sobre Chalon. (N. del E.)

<sup>34</sup> Coche descapotable. (N. de la T.)

Me hacía falta ver a las personas de los departamentos para tener una idea justa de su estupidez —nunca hubiera podido creer que fueran tan atrasados. (Debo decir sobre este hombre que si Fourier<sup>35</sup> hubiera estado en esa posición no habría hecho lo que él ha hecho. El hombre rico está absorbido por el amor que le tiene a su riqueza).

Por lo demás, como quedaban seis horas en carro con la señora Mallet y su marido, aprendí cosas que son para mí de gran enseñanza —desde todos los puntos de vista esta mujer y su marido son de una inteligencia muy alta. Y bien, a pesar de eso no pueden imponerse a ese viejo burgués rico que es estúpido en comparación suya, más aún soportan su yugo y están forzados a asfixiarse, a empequeñecerse, a humillarse delante de él y de su familia y de su doméstica, por el único hecho de que ellos son obreros (a mencionar lo que ellos me contaron a este respecto). Cuando uno examina las causas del mal, uno queda convencido de que no hay más que una sola y única causa, la propiedad.

---

<sup>35</sup> A lo largo de su diario, Flora Tristán alude a los fourieristas y dialoga constantemente con ellos. Charles Fourier (1772-1837) fue un representante de los llamados socialistas libertarios, propuso la creación de comunidades pequeñas de asociación voluntaria que buscaban crear una nueva forma de organización social. Los falansterios se establecerían y financiarían no por el Estado o por algún organismo público, sino por la acción individual de algunos capitalistas. Consideraba que era necesario inventar maneras de producir y consumir que fueran útiles, sencillas y agradables para los productores. En las comunidades concebidas por Fourier, el cultivo intensivo de la tierra desempeñaba todavía el papel principal. Era parte esencial de la doctrina de Fourier que ningún trabajador tuviese una sola ocupación y los miembros de los falansterios debían incorporarse voluntariamente, según les placiera, a los grupos de trabajo que él llamaba «series». Su perspectiva lo convirtió en un precursor de la pedagogía moderna, particularmente en lo que se refiere a la enseñanza profesional y un pionero de la rama actual de la psicología social que se ocupa de las relaciones y condiciones industriales y de trabajo. (N. de la T.)

Apenas llegué debí vestirme e ir a la reunión de los falansterianos. Encontré ahí a 20 ó 25 burgueses socialistas —tienen realmente una fisonomía singular, uno ya no sabe a qué especie pertenecen, esos hombres están forzosamente en una falsa posición—; como burgueses, son civilizados de la civilización, es decir, con todos los defectos de la civilización —y como espíritus de avanzada, ¿están fuera de la civilización y tienen tendencias generosas?— estos dos lados tan opuestos el uno del otro, y reunidos en una envoltura de burgués tan débil, producen un efecto completamente singular que tiene no obstante su lado grotesco. Eso es lo que nos explica por qué el mundo, que no es tonto y no comprende jamás nada fuera de sus hábitos prosaicos, ríe de los socialistas. Se sabe que la risa es la réplica de los tontos.

Les expliqué a estos señores lo que yo quería de ellos, su cooperación moral y material para la fundación de mi periódico la *Union Ouvrière*. Acogieron mi demanda y me prometieron. Veremos si mantienen su palabra. Muy seguramente, son esos pequeño burgueses singulares y casi grotescos quienes trabajando así dulcemente y en la sombra durante 25 años cambiarán el orden social. Pero para comprender su acción y descubrir sus resultados es necesario tener una visión un poco más amplia que la que tiene *Le Monde*, e incluso el *Journal des Débats* y el *Globe*. Me voy de Dijon después de siete días de estadía, y muy satisfecha de todo lo que he hecho. Espero mucho de esta ciudad.

\*\*\*

## VI. CHALON-SUR SAÔNE (17-25 DE ABRIL DE 1844)

*CHALON, SÁBADO 27 DE ABRIL.* Llegué aquí el jueves a las 3; había partido a las 7 de la mañana, acompañada de los hermanos de los falansterios. Al llegar aquí encontré también, en las oficinas del coche a hermanos de los falansterios que venían a recibirme. Eso me produjo gran placer porque me prueba que esas personas son numerosas, bastante unidas, muy fraternales para hacer Iglesia (Asamblea).

Encontré en ellos un grupo de jóvenes de 25 a 30 años, si no muy fuertes desde el punto de vista de la ciencia y de la inteligencia, al menos fuertes desde el punto de vista de la fe y sobre todo llenos de calor y fraternidad. Tienen una cualidad que su edad misma debería excluir: son razonables, tienen fe y calor sin la menor exaltación. De Fourier tan sólo quieren las ideas, e incluso únicamente aquellas que pueden realizarse actualmente. No he encontrado en ellos esa exaltación, esa violencia, ese exclusivismo que reina en muchos de los de Dijon. No he encontrado aquí a un buen señor Oud... que me diga con esa emoción en la voz que revela la exaltación: «¡Este hombre se dice inteligente y no es fal[ansteriano]!».

Estos señores se han puesto a mi disposición y me han servido mucho, solamente su inexperiencia causó que ayer en la noche tuviera una sesión pública que no fuera de mi gusto, pero que, en resultado, me fue muy útil.

Habiendo sido anunciada mi llegada desde hacía cinco o seis días, los curiosos de Chalon se habían emocionado, lo que puede ser considerado como un triunfo para mí, porque emocionar a negociantes no es poca cosa. Es necesario decir, en primer lugar, que la ciudad de Chalon tiene el honor de poseer

desde hace dos años al señor Lagrange<sup>36</sup>, el revolucionario de Lyon a ojos de los inocentes, y el no-revolucionario a ojos de aquellos que están de acuerdo con la verdadera revolución. Desde mi llegada Lagrange vino a verme, lo que me contrarió mucho porque al quedarse a comer con nosotros, nos impidió conversar sobre mi asunto. Lagrange es un buen muchacho, pero no es bueno verlo más que en las columnas de los periódicos republicanos, pero al verlo en persona es un individuo fastidioso, y la palabra fastidioso es aquí exacta. Cuando uno ha permanecido tres días en la iglesia de los Celestinos para impedir que los obreros lioneses peleen, cuando uno ha hecho un discurso de cinco horas a las ilustres pelucas bien ubicadas en los bancos de la *Chambre des Pairs*<sup>37</sup>, cuando uno ha resistido a la brutalidad de los carceleros de Doullens, y otros, y en fin, cuando uno ha sido el héroe de todos los periódicos radicales desde hace diez años, le es permitido hasta cierto punto creerse con el derecho de fastidiar a las personas, poniendo su individualidad delante de ellos, en todos los tonos y en todas las ciudades, y esto hasta la consumación de los siglos. No conozco a nadie más, salvo a Lagrange, que hable de sí mismo con este aplomo y esta complacencia. Vi a Lagrange en 1835, lo volví a ver en 1837, luego en 1841 y ahora en 1844. Yo lo he

---

<sup>36</sup> Charles Lagrange (1804-1857) tuvo un papel activo en la revuelta de Lyon (1834). En 1848 leyó el acta de abdicación de Louis Philippe. Fue entonces, alternativamente, gobernador de la alcaldía y diputado, y naturalmente proscrito en 1851. (N. del E.)

<sup>37</sup> Francia ha vivido siempre bajo el principio de la bicameralidad. La restauración borbónica (1814-1815) guarda dicho principio. La *Chambre des Pairs* (Cámara de los Pares) estaba formada por pares hereditarios o de por vida, nombrados por el rey en número ilimitado. Representaban a la aristocracia. Compartía el poder legislativo con la *Chambre des Députés* (Cámara de Diputados). La monarquía de julio (1830) otorga a ambas cámaras la iniciativa de dar leyes. La *Chambre des Pairs* en este período es similar a la de la Restauración, pero se elimina su carácter hereditario y las sesiones secretas se hacen públicas. En 1844 sigue vigente dicho orden. (N. de la T.)

visto siempre el mismo —es un hito que deja atrás por cien codos a los hitos Guizot. Éstas no se mueven rápido, pero, sin embargo ¡se mueven, las desdichadas! Mientras que Lagrange no se mueve una línea —¡y se vanagloria de eso! Ese buen Lagrange está plantado allí, con su espada en el cinto; no quiere dejarla, pero no se sirve de ella. (Es absolutamente como la espada del pequeño conde de París. «Ojalá no tenga jamás que servirse de ella»). Está plantado en una inmovilidad extraordinaria, casi como una estatua de bronce, hasta la consumación de su individuo. Lagrange es un muchacho estimable porque es leal, honesto y tiene mucha dignidad de carácter; pero, es necesario decirlo, como político está en el campo de los ingenuos.

Luego de habernos hablado durante cuatro horas de él, de su espada y de sus sentimientos pacíficos, y todo esto con un calor, con una vehemencia y una pasión que obliga a que uno cierre las ventanas para que el ruido que hace no haga que se aglomeren los peatones, Lagrange os deja abrumados, asfixiados y descontentos de haberos hecho perder así cuatro horas. Le di un pequeño libro y le dije: lea eso y, luego, ayúdenos a formar nuestra Unión.

Retornó al día siguiente y me dijo: «Leí su libro». «¿Y bien?». «Y bien, no estoy de acuerdo». «¿Verdaderamente, y por qué?». No sé dónde tenía la cabeza cuando pronuncié esa palabra, porque por experiencia sé que Lagrange no es capaz de dar un porqué sobre sea lo que fuere. Fue necesario soportar de nuevo tres horas de un parloteo de los más vehementes e incluso de lo más elocuentes, siempre sobre el mismo tema: Yo, mi espada, mis sentimientos pacíficos. ¡Dioses de Dioses! Hubiera preferido leer cinco discursos del señor Thiers sin parar. Lagrange es verdaderamente un parlamentario. Este muchacho habría hecho maravillas en la Cámara. Su pecho le permite hablar durante cinco, seis, siete horas, y hablar muy bien, en tanto que charla, sin emitir un solo pensamiento, sin decir nada, pero absolutamente nada.

He aquí los hombres que quieren hacer una revolución. ¡Me gustaría mantener a Louis Philippe hasta la tercera generación!

Regresando a la sesión. Sin haber sido invitado, Lagrange se mezcló en todos los preparativos que se hicieron en la logia masónica, la «*Parfaite Egalité*»<sup>38</sup>. Sentí (porque a veces tengo el don de adivinar lo que va a ocurrir) que todomiría mal —que sería una reunión caótica, sin la menor unidad y que me sería imposible hablar allí porque en mi posición yo no puedo hablar sin saber delante de quién hablo. En la noche, me vinieron a buscar a las 8 y me dijeron que había al menos 200 personas. Ahora bien, tuve la experiencia en Burdeos de que, si uno quiere hacerse comprender y entrar en relación íntima con sus oyentes, se debe estar en una habitación mediana y no tener alrededor de sí más de 40 hombres.

Llego y veo, efectivamente, cerca de 200 hombres —los 2/3 patrones, es decir pequeñoburgueses, la raza que me es más antipática. Uno no encuentra ninguna generosidad de corazón en esos patrones, ninguna instrucción, por el contrario, un espíritu estrecho, mezquino, temeroso, limitado, malo, que es el resultado de sus costumbres mercantiles (albarda de plata, chocolate). Nada más que de ver a esa gente me enfermo de los nervios. Vi de inmediato la situación crítica en la que me encontraba y tomé valerosamente partido. Cuando uno posee un talismán como el mío (el no-libre arbitrio), uno es realmente invulnerable desde todos los puntos. Como no le doy la menor importancia, pero la menor importancia a la opinión pública, no puedo dejarme dominar jamás por una posición, por más peligrosas que ésta sea. Tomé la resolución de no decir nada. Aparenté estar bastante intimidada (no lo estaba en absoluto) a fin de que cualquier abogado salido de la multitud viniera a apoderarse del sillón clásico que yo no había querido ocupar. ¡Oh! No esperé mucho. Olvidé decir que encontré allí a Lagrange sentado delante de una mesita cubierta de un tapete,

---

<sup>38</sup> Igualdad Perfecta. (N. de la T.)

etc., etc. Y ubicado como secretario. Juzguen el efecto que debió producir en mí, un hombre que me había dicho en la mañana «que no estaba de acuerdo con mi libro». Su presencia ahí me disgustó porque vi en él un acto que llamaría casi de deslealtad. ¿Si él no aprobaba mi idea por qué venía para escucharme? Me invitó insistentemente a hablar, yo le dije que no, que había mucha gente, y cometí la idiotez de decirle, además, que la composición de la sala no era la que yo hubiera deseado. Durante ese tiempo, el señor Perruson, el abogado, asumió la presidencia uniéndose a Lagrange para insistir. Dije con demasiada franqueza, pero es mi lamentable defecto, que no podía decir las mismas cosas a los dueños y a los obreros a la vez, y al ver la sala compuesta de dueños y de obreros yo no podía hablar. Lagrange me hizo ahí una maldad, y eso me sorprende de parte de un hombre que manifiesta la alta pretensión de ser en todas las circunstancias de una bondad a toda prueba. Tomó la palabra, hizo un pequeño discurso en el que dijo: Señores, si la señora Flora Tristán tiene realmente cosas buenas que decirnos, como yo pienso, y repitió dos veces esta frase, enfatizando lo anterior. Reconocí ahí los celos del hombre contra la mujer y, olvidando que yo había venido para hablar, me dejé llevar por mi pasión dominante, el estudio del hombre. Estudié a Lagrange y debo decir que fue malintencionado, más en actitud todavía que en palabras. En cuanto a Perruson, me hizo todo tipo de maldades, pero como en esas circunstancias esto me parece completamente normal y habitual de parte de un abogado, no me tomo la molestia de relatarlo. La Asamblea que esperaba sin duda escuchar a una charlatana, lo que picaba su curiosidad porque hasta el momento sólo habían escuchado charlatanes, se desilusionó completamente y su descontento fue extremo. Hubo pequeños murmullos, yo no escuché nada, pero comprendí todo. Vi bien que los hombres reunidos allí no eran mis hermanos, si hubieran sido mis hermanos, alguna voz se hubiera elevado entre la multitud que me hubiera dicho con



emoción: «Señora Flora, díganos francamente lo que le molesta, lo que le intimida, nosotros estamos prestos a hacer lo que usted quiera. Sabemos que usted quiere nuestro bien y en virtud de este pensamiento nos someteremos con placer a todo lo que usted nos pida. Si usted considera que hay mucha gente, una parte de nosotros se irá». Ninguna voz fraterna se elevó. No obstante, el instinto de conveniencia les hizo sentir que sería indecente elevar algún murmullo contra una mujer que no era ni una actriz en escena ni una oradora pagada. El abogado nos fue útil, en el sentido que hizo un resumen, lo leyó y discutió cada pregunta a su manera (casi siempre absurda, pero no importa, él hablaba y el público escuchaba). Se presentó la ocasión de decir dos palabras a propósito de los palacios<sup>39</sup> y lo dije para hacer ver a esas personas que sabía hablar y hablar enérgicamente. A pesar de la mala disposición producida por el inicio, entusiasmé a mi auditorio, pero quedé allí. Como no había estado desatenta ni un instante, aparte de las distracciones que el estudio de Lagrange y el efecto producido en el auditorio me causaron, retomé la palabra cuando se trataba de mi objetivo: las suscripciones o adhesiones. No me respondían nada, dudaban. Aquí Lagrange me lanzó una mirada de reproche que decía: Es su culpa si estos hombres no responden. ¿Por qué no ha sabido conquistarlos? El viento soplaba —como dirían los marineros, era necesario actuar prontamente. A mi turno le dije a Lagrange con la mirada: Mi querido amigo, me ahogo, ayúdeme, me puede amonestar después —siempre apoyo donde hay un buen fondo. Lagrange había podido en un momento de celos de hombre contra mujer ceder, sin saberlo, al placer de hacerme una pequeña maldad (como dice el pro-

---

<sup>39</sup> Flora Tristán planteaba constituir a la clase obrera como clase, mediante la formación de la Unión Obrera. Un elemento importante en este proceso era la propuesta de construir en cada departamento de Francia palacios de la Unión Obrera. Ahí se educarían intelectual y profesionalmente los hijos de la clase obrera. También admitirían en ellos a los viejos, enfermos y a los heridos en el trabajo. (N. de la T.)

verbio, quién está libre de las malicias del diablo), pero cuando este muchacho vio que yo estaba realmente en peligro, porque hubiera sido para mí una gran cachetada si no hubiera obtenido la adhesión de esos hombres, no dudó en venir en mi auxilio. Cambió de comportamiento, tomó la palabra y dijo muy adecuadamente: —Señores, si bien la señora Tristán no ha juzgado su deber explicarles su idea como todos hubiéramos querido, no podemos dudar que esta idea de unir a las clases obreras en una sola y misma Unión es una gran y buena idea. Tampoco dudo que ustedes se apresurarán a responder a su llamado adhiriendo al pedido que acaba de hacer. No queda más que firmar— y aparentó firmar de muy buena gana.

No tengo tiempo de escribir todo este pedazo, pero lo he grabado en la memoria. Lagrange fue malo al comienzo y como siempre sentimental e ingenuo al final. El semblante de esos patrones, la aprobación del gordo Rougeon, más gordo él solo que 20 obreros, que venían a decirme: «Pero si los patrones donan dos francos tendrán derecho de entrar en el palacio». «No». «¿Cómo? Oh, entonces, no donaremos nada». ¡He ahí las personas que poseen todo y que no tienen siquiera la generosidad de donar dos francos a la clase obrera! Qué miserables son estos bribones burgueses.

El señor Gautier de Saint-Aubin es...

*[Aquí se interrumpe el diario de Flora Tristán; hay doce páginas en blanco].*

\*\*\*

## VII. MÂCON (18 DE ABRIL-2 DE MAYO DE 1844)

*MÂCON, MARTES 30 DE ABRIL.* Estoy aquí desde hace dos días, pero tan enferma a causa de la fatiga que tengo desde que partí de París, el 12, sin haber tomado un día de descanso, que no puedo ni escribir ni hablar con mi fuego ordinario. A pesar de estar muy mal, me queda todo mi fuego para estudiar. Es éste, evidentemente, mi lado más fuerte. Puedo estar enferma, cansada, nada se me escapa como estudio. He recibido materiales muy importantes sobre la ciudad de Mâcon, pero como me faltaba el tiempo sólo pude tomar notas —población 10.000—, *compagnons*, no más de 8 ó 10 y la misma cantidad de aspirantes. Fui a la casa de todos dejándoles mi dirección en un pequeño prospecto y diciéndoles que tenía algo importante que comunicarles. ¡Y bien!, a pesar de estas gestiones nadie vino, solamente los toneleros societarios. En todas partes encuentro a los societarios bastante mejores que los otros desde todo punto de vista, y la razón es que ellos ya forman parte de la Unión de todos los gremios. Todo el mundo aquí, obreros y burgueses, son de una tibieza y de una indiferencia como no he encontrado en ninguna parte. Hay incluso más que simple indiferencia —hasta ahora en todas partes han admirado francamente mi dedicación y me han ayudado un poco. Aquí no me ayudan en nada —ningún obrero ha venido a verme, nadie se ha ofrecido para ayudarme a colocar el pequeño libro, ni ha hecho propaganda, en fin, no admiran mi devoción más que de boca para afuera y como forzados. He descubierto incluso que muchos no creían en mi devoción y pensaban que yo hacía algún tipo de negocio. Ningún burgués ha venido a verme tampoco. El señor de Champvans es el único que me ha hecho

una recepción tan francamente fraternal. He aquí el espíritu de la ciudad fecundado por la brillante palabra del poeta diputado.

Hay que hablar de esta falange de jóvenes burgueses gentil-hombres, denominados demócratas, que se reunían alrededor del señor de Lamartine y de su órgano, *Le Bien Public* —hacer ver qué tanto están estos hombres en lo falso, la nulidad de sus acciones, su falta de inteligencia y de energía. Estos hombres se dedican a la política democrática tal como sus padres iban de caza, sólo para ocupar su tiempo. Hay aquí un buen cuadro que hacer.

Hay aquí tres periódicos. Los redactores de *Le Bien Public* son mucho menos avanzados personalmente que su hoja. *Le ministeriel* es hecho por un hombre muy inteligente y muy avanzado personalmente. *La Marche* es hecha por un hombre de ingenio que tiene la pretensión de ser inteligente en cosas serias —el conjunto es un verdadero lío, suficiente para los burgueses porque son tan fríos, tan idiotas, tan inconsecuentes, que uno no puede decir nada interesante al hablar de ellos. Aprendí mucho hablando con las Madres<sup>40</sup> de los *compagnons*. Parece que desde hace 4 ó 5 años el *comp[agnonnage]* desaparece por falta de obraje. En todas las ciudades encuentro la misma ausencia de *comp[agnons]* y todo el mundo es unánime sobre la causa. Hablé ayer con un *comp[agnon]* herrero que me dio la clave de este hecho. Al haber provocado la competencia una guerra tan encarnizada en todas partes, los patrones

---

<sup>40</sup> Las Madres de los *compagnons* son mujeres que acogen a los *compagnons* itinerantes, los alojan en su casa hasta que consigan trabajo. Por extensión, se denomina así también a la *Cayenne* o local que existe en diferentes ciudades para hospedar a los *compagnons*. Un *compagnon* recién llegado a una ciudad, al cabo de una etapa del Tour de Francia, debía presentarse en primer lugar a la Madre, oficial femenino responsable junto a su esposo —el Padre— de lo que era a la vez albergue de los Compañeros y sede de la Orden en la que se celebraban las asambleas. Se comenzaba siendo primero Dama-ecónoma, luego Dama-anfitriona para llegar finalmente a «recibirse» como Madre. (N. de la T.)

han disminuido día a día el precio del obraje, esperando así quitar la clientela al vecino. Pero al trabajar a un precio tan bajo les ha sido imposible emplear a los buenos obreros de 3 FF y 3,50 FF por día, que era lo que ganaba ordinariamente un buen *compagnon*. ¿Qué han hecho? Han tomado obreros del campo a los que les han dado, 8, 10 12 y 15 FF al mes y alimentos —es decir, reduciendo así el jornal a poco menos de 1 FF ó 1,20 FF al día (es claro que el *compagnon*, conociendo perfectamente su estado, no ha querido descender a trabajar a un precio parecido y ha desertado las pequeñas ciudades para replegarse a las grandes. Esos pequeños obreros del campo recibieron el nombre de «*carmagnoles*»<sup>41</sup> en señal de desprecio. ¡Y bien! En todas las ciudades pequeñas una encuentra «*carmagnoles*» en todos los gremios, trabajan como ayudantes bajo órdenes del maestro, haciendo, por supuesto obras lamentables y de pacotilla.

(Tengo un bello artículo que escribir sobre este asunto, haciendo ver que esta competencia y esos «*carmagnoles*» nos llevan derecho a la barbarie, al salvajismo, etc., etc.).

Hablando con la mujer de un herrero encontré allí en su tienda un pobre *comp[agnon]* herrero digno de la mayor compasión. El infeliz venía de Sens y desde Sens no había podido encontrar un solo día de jornada de obra. Había vendido sucesivamente todos sus efectos —y llegado a Mâcon se quedaba en la casa de la Madre, comiendo en su casa sin poder pagarle. Pleno de honor y no queriendo vivir más a expensas de esta

---

<sup>41</sup> La palabra «*carmagnole*» alude a la ropa llevada por los campesinos piamonteses. Carmagnola es una ciudad de la región de Turín de donde son originarios los condottieri italianos o jefes de ejércitos de mercenarios. Se llama también así a los revolucionarios fanáticos que llevaban un saco del mismo nombre y que fueron movilizados por Danton en la época del Terror, en el París de la primera Revolución Francesa, así como a una canción y danza popular anónima, surgida en las calles, durante dicho período. En el contexto del diario de Flora Tristán, el énfasis está puesto en el reciente origen campesino de dichos obreros y en su falta de organización. (N. de la T.)

mujer, salía ofreciéndose en todas las tiendas tan solo por la comida. En la tienda en la que lo encontré lo habían aceptado por compasión, porque la mujer me dijo: «Es por piedad que lo mantenemos porque no tenemos obra ni siquiera para mi esposo ni mis dos hijos». Este obrero, cubierto de harapos y sin zapatos, me contó su viaje. Estuve enternecida hasta las lágrimas. Estaba lleno de dignidad. Es un hombre de 34 años, muy fuerte y que tiene una bella figura (tengo algo que decir al respecto). Hay aquí obreros, pero no están reunidos en gremios. Los marinos Saint-Nicolas y Saint-Francois, pero todas esas sociedades están bajo influencia religiosa y no quieren mezclarse más que con los de la sociedad. Claro, yo los dejo y haré que otros los trabajen.

Encuentro aquí como en las tres otras ciudades a los «*car-magnoles*» en todos los estados, lo que explica la total ausencia de *comp[agnons]*.

*El primero de mayo, miércoles en la noche.* No teniendo obreros que ver aquí y estando enferma y sin poder caminar desde hace tres días, fui a visitar en coche, con los señores de *Le Bien Public*, los campos del señor de Champvans y el castillo del señor de Lamartine «Monceau». Vi a los tres redactores de *Le Bien Public* y los conozco ahora a fondo. Eso valía la pena dado que el señor Lamartine se presenta como el jefe democrático. Ahora que he visto esto de cerca, predigo con toda seguridad que no serán jefes de nada. Les falta línea, vigor, porque las ideas las podrían tomar de mí o de otra persona, pero la idea no es suficiente, es necesario saber ejecutarla. (Hacer un fragmento al respecto). El castillo del señor Lamartine es bastante feo. Ninguna grandeza, ni pensamiento, ni originalidad. Es una casa burguesa, muy burguesa y mal mantenida. Chimeneas de mármol y modernas en su gabinete y su salón, y techo de vigas. Todo es disparatado. Si juzgásemos al maestro por la habitación tendríamos una muy mala opinión

del sentido armónico del señor de Lamartine. Toda esa confusión dice también que el propietario está en apuros, a no ser que se trate de un avaro. Esa casa me disgusta soberanamente. La señora de Pierreclos, sobrina del señor de Lamartine, tuvo la bondad de venir (ella vive cerca) para hacerme los honores. Esta joven mujer que interesa a todo el mundo me inspiró un sentimiento que no sabría definir. La señora de Pierreclos [*o Pierreclau*] perdió a su marido hace tres años, el hijo natural del señor Lamartine, que ella amaba como un amante (son sus palabras), y esta pérdida le fue tan dolorosa que quedó aplastada por el golpe<sup>42</sup>. Ella cultiva esta muerte. ¡Todo lo que esta mujer me decía de su dolor, lo que es objeto de la admiración general, me desagradaba! ¡Qué tal egoísmo, qué tal monstruoso egoísmo! He aquí una mujer joven, rica, espiritual, que se consagra a la muerte porque ella perdió el objeto de su amor egoísta, de su vida, de su personalidad. Al haber su «yo» quedado destrozado, ella blasfema de Dioses, Dioses que sólo ha dado la vida a su criatura con la condición de que acepte la muerte. Ella se retira de la vida y ya no es útil para nada. Este hecho tiene una irreligiosidad desagradable. Viendo a esta persona por una hora no podía intentar hacerla entender cómo su conducta era culpable. No obstante, le dije algunas palabras de manera que se lo hiciera sentir. (Hacer un artículo al respecto).

Esta mujer me enfermó más aún, moriría si estuviese obligada a vivir con gente de este tipo. ¡Qué suplicio! No puedo estar más descontenta con los obreros de este país, no recibo de ellos la mínima señal de reconocimiento por el menor servicio. ¡Qué egoísmo, qué muerte de corazón y de espíritu, es espantoso! El librero Charpentier me decía que en Mâcon se lee mucho, pero novelas. Vemos qué resultado produce esta lectura, una sequedad completa.

---

<sup>42</sup> León de Pierreclau fue hijo natural de Alphonse de Lamartine y Nina de Pierreclau. Murió tísico (1841) a la edad de 28 años. (N. de la T.)

Es tiempo de que llegue a Lyon, porque el tono de estas pequeñas ciudades comienza a cansarme más allá de toda medida. Aquí el obrero es como en otras partes, gana salarios muy pequeños, pero vive poco y se contenta con su suerte, desafío a cualquiera a que logre mover a esa gente por cualquier movimiento. Y en todas estas ciudades los víveres son casi tan caros como en París.

Hablar de estas mujeres del campo con su pequeño sombrero negro, su talle bajo el brazo, son horribles. La población en general es fea. Prefiero la de Chalon.

Vi esta noche a todos los obreros de la escuela de la casa del señor Jean. Nada más frío y menos fraterno que esos tipos. Es necesario tener una fe ruda (a toda prueba) para mantenerse firme delante de indiferentes parecidos. Ustedes lo ven, el contacto del señor Lamartine no ha producido nada, absolutamente nada sobre esta población eminentemente egoísta —porque el señor Lamartine y los jóvenes señores que lo rodean no son suficientemente del pueblo. También dice el pueblo: Son carlistas<sup>43</sup>; el hecho es que son pequeños marqueses de provincia disfrazados de burgueses. Es cómico, pero no impresionan a nadie.

*Jueves en la mañana [2 de mayo].* Ningún obrero acudió a decirme adiós. Sólo el señor de Champvans y Bufier vinieron a acompañarme al barco. Es indignante y entristecedor ver a esos obreros para los cuales yo trabajo, muertos en la inteligencia como en el corazón.

\*\*\*

---

<sup>43</sup> Partidarios del rey francés Carlos X, coronado el año 1825; abdicó tras la revolución de 1830. Estuvo identificado con las ideologías más reaccionarias de la Restauración. (N. del E.)



## VIII. LYON (2 DE MAYO-14 DE JUNIO DE 1844)

*JUEVES 1 [se debe leer 2 de mayo]*<sup>44</sup>. El barco a vapor «L'Hirondelle» hace el trayecto de Chalon a Lyon, es el más grande, el más bello, el mejor caminante. Ahí, como en todas partes, todo está dado para la comodidad de los burgueses y a ella se sacrifica al pueblo completamente. El alcázar<sup>45</sup>, la parte más vasta, está consagrada a la comodidad de los burgueses —en la parte baja un comedor muy bello, un salón magnífico con grandes sofás en terciopelo rojo, al extremo un pequeño camarín para las damas, todo con un lujo de dorados y de delicadezas inauditas. Sobre el castillo, la habitación es muy estrecha y sobre la eslora<sup>46</sup> está la cabina en la que se lava la vajilla, etc., etc. El pueblo está ahí arrumado en medio de todas las suciedades. Y observen que el pueblo es siempre más numeroso que los burgueses —de manera que por todos lados está apiñado: en las rotondas<sup>47</sup> de las diligencias, barcos, trenes—, en todas partes preside el mismo espíritu y le otorga los peores lugares. ¡Qué hacer, dado que este pueblo miserable es lo suficientemente idiota y cobarde para no reclamar su justa parte!

*Jueves 2 de mayo [debe leerse viernes 3 de mayo]*. Una voz secreta me dice que no iré más lejos de esta ciudad, no puedo decir lo que me lo impedirá, pero al entrar aquí este pensa-

---

<sup>44</sup> En este apartado, como en otros lugares, las fechas no son correlativas (N. del E.)

<sup>45</sup> Término marítimo que alude al espacio que media, en la cubierta superior de los buques, desde el palo mayor hasta la popa o hasta la toldilla, si la hay. (N. de la T.)

<sup>46</sup> *Castillo*: Término marítimo que se refiere a la parte de la cubierta alta o principal del buque, comprendida entre el palo trinquete y la proa. Eslora: Longitud que tiene la nave sobre la primera o principal cubierta desde el codaste a la roda, por la parte de adentro. (N. de la T.)

<sup>47</sup> Último departamento, de los tres que tenían algunas diligencias. (N. de la T.)

miento me ha asaltado con fuerza. Puede que no sea más que un falso presentimiento —como me ha venido lo constato.

La primera impresión ha sido penosa, muy desagradable y ha arrojado en mi alma un sentimiento de tristeza y de rabia indefinible. El aspecto de esas casas-cuartel, todas uniformemente sombrías, negras y sin la menor elegancia ni la más pequeña riqueza, presentó a mi espíritu de inmediato la miseria, el sufrimiento y la dura labor de la clase obrera encerrada en esta ciudad. Lyon se parece mucho a las ciudades inglesas; pero menos veredas, menos limpieza, las calles menos largas y menos confort<sup>48</sup>. El pavimento es horrible, son pequeños guijarros que presentan la parte más puntiaguda. La dureza de ese adoquinado completamente bárbaro es el emblema de la vida dura y amarga de la vida del proletariado.

*Sábado 4.* El aspecto de la gran ciudad del proletariado me produce espasmos que todas mis fuerzas no pueden combatir. La atmósfera de esas callecitas frías, húmedas, enlodadas, sombrías, arroja frío en mi alma. Aquí, cuando uno quiere mirar el cielo, es necesario pararse en la calle, levantar la cabeza para percibir un pedazo de cielo azul entre dos altas murallas. Uno se cree encerrado en una prisión. Todos los monumentos públicos tienen también el aspecto de una prisión. El ayuntamiento se parece a un castillo. Está fortificado por altas rejas de hierro —todas las ventanas están cubiertas por barras de hierro—, las grandes escaleras defienden el acceso y podrían en caso de necesidad servir de bastiones. Todo eso tiene el aspecto más duro, más sombrío, más amenazante. La prefectura igual. Uno creería, a juzgar por el carácter de su residencia, que el alcalde y el prefecto son enemigos atrincherados en sus fuertes esperando ser atacados y siempre listos para rechazar al enemigo. Me sucedió ayer algo extraordinario. Tengo una

---

<sup>48</sup> Lyon contaba con aproximadamente 180.000 habitantes en aquella época. (N. del E.)

carta para M. H..., el antiguo sansimoniano [*Holstein*]. Es ahora secretario particular del prefecto. Entro a la prefectura, pregunto por él y el portero me responde: «Al fondo del patio en el segundo piso». Entro en el vestíbulo, y el aspecto de esta escalera (verdadera escalera de prisión) produce tal efecto en mí que me detengo inmediatamente. Una voz secreta me dice que un antiguo sansimoniano que consiente en vivir en una prisión así debe de haber renegado necesariamente de su pasado, y al llegar al primer piso, cedo, a pesar mío, a una impresión desagradable que me acaba de sobrecoger y me alejo de ese lugar a grandes pasos. Sólo entregaré esta carta la víspera de mi partida.

En fin, hasta ahora me han dicho en todas las ciudades a las que he llegado, aquí usted no hará nada, los obreros son muy indiferentes. En Lyon me dicen lo contrario. Estoy impaciente por ver los resultados.

*Martes 7 de mayo.* ¡Estoy agotada, muerta de fatiga! Estoy desbordada por las ocupaciones. Apenas si tengo tiempo de tomar notas.

Los obreros me llegan de todos lados, de manera que estoy obligada a hablar toda la jornada. Eso me agota, pero aprendo mucho. Los obreros lioneses tienen una fisonomía diferente a la de los de París. Aquí no hay overoles, gorras, sombreros y levitas. Decididamente sólo en París el obrero impone su overol y su gorra. Todos visten bastante adecuadamente, pero tan pobremente, tan raídos que me recuerdan a los infelices obreros ingleses. Generalmente todos son feos, pequeños, flacos, enclenques. Todo en ellos ofrece la marca característica de la degeneración de la especie: cabellos finos y muertos ojos apagados, una tez blanquecina, dientes dañados, dedos anudados, y sobre toda la fisonomía un matiz de tristeza que proviene de un sufrimiento habitual y concentrado. Todos esos infelices tejedores tienen la espalda encorvada y el pecho metido como

consecuencia de la posición que tienen sobre su rodillo [*léase rollos de tela*], lo que les da muy pronto un aire de vejez. ¡Provoca piedad verlos! En cuanto a su espíritu, no lo conozco todavía lo suficiente. Tuve ayer mi primera sesión entre los jefes de taller más avanzados —y de todos los partidos.

Esta sesión fue agitada, pero he estado contenta de mí, aunque me dejé llevar por la discusión, lo que condeno. Vi desde que entré, que los 25 ó 30 hombres reunidos allí querían hacerme hablar. Creen generalmente que yo no soy la autora del pequeño libro. Lo encuentran muy bien escrito, muy bien pensado para ser la obra de una mujer —piensan, por lo tanto, que un hombre superior lo ha hecho y que, al no osar ponerse al frente, me han pagado a mí para colocarme en dicho lugar. Imbuidos de esta idea me quieren hacer hablar para ver si mis palabras responden al fondo y al estilo de mi libro. Nueve de cada diez veces yo no digo nada, porque sé que con mi ardor y a veces mi impetuosidad es muy peligroso para mí hablar en público —solamente lanzo algunas palabras que hacen sentir que yo soy la autora de ese libro que admiran. Pero ayer fui forzada a hablar y dije cosas dignas de una asamblea inteligente. Vi que me elevaba por encima de la capacidad de mi auditorio, y más que de costumbre experimenté un vivo dolor por quedar reducida a hablar delante de sordos. Decididamente no se puede hablar al pueblo de altas cuestiones sociales, porque el pueblo no comprende. Es lo que nos explica por qué los poetas y los políticos que hacen bonitas frases sin decir nada gustan tanto al pueblo. Tuve buenos arranques respecto del defensor, les dije: «El que no sea bastante fuerte para soportar las calumnias, las calumnias más atroces, ino será digno de defenderlos!». ¡No comprendieron! El pueblo, en el estado de ignorancia y de estrechez de ideas en el que se encuentra, sólo necesita como orador a un poeta o a un abogado, no puede comprender al apóstol. Tengo la certeza ahora de que las Epístolas de San Pablo, San Juan, etc., no han sido proferidas de-

lante del pueblo. El pueblo en ese entonces era todavía más idiota que ahora y no habría comprendido ni una palabra. ¡Oh!, me doy cuenta ahora de que estoy en el terreno; que O'Connell<sup>49</sup> es un hombre muy hábil. Él no dice más que pamplinas al pueblo, bromas para hacer reír e insultos contra los sajones y los ministros ingleses. Con esto tenemos alrededor de él a quinientos mil cuerpos del pueblo —y ustedes saben que el viejo abogado sólo aprecia al número de cuerpos reunidos alrededor de su tonel. Poco le importa que haya una inteligencia dentro de esos cuerpos. Yo lo confieso, no puedo contentarme con tener un cuerpo delante de mí, prefiero una inteligencia a un millón de cuerpos. Así, renuncio a hacerles comprender esta primera cuestión, constituir la clase obrera. No comprenden siquiera lo que es el «derecho al trabajo». Será necesario, quizá, machacárselo en todos los tonos, en todas las formas durante diez años. Lo confieso, no me siento con esa paciencia. En cuanto a los burgueses, los tres cuartos no entienden mejor que los obreros y el otro cuarto no quiere comprender.

*El aspecto de las tabernas de la Croix-Rousse*<sup>50</sup>: el domingo los obreros se reúnen allí para beber cerveza, pero están tran-

---

<sup>49</sup> Daniel O'Connell (1775-1847) conocido como El Liberador o El Emancipador, fue el dirigente irlandés más importante de la primera mitad del siglo XIX. Es uno de los fundadores de las formas no-violentas del Nacionalismo irlandés y defensor de la explotada población católica. Hizo campaña por la Emancipación Católica y por la revocación del Acta de Unión que en 1801 unió el Reino de Irlanda al del Reino Unido. Flora toma su Asociación Católica y su labor en el Parlamento como modelo de Organización independiente financiada por sus propios miembros, y como modelo del tipo de acción política que ella propugna para la Asociación Obrera. (N. de la T.)

<sup>50</sup> *Croix-Rousse*. Barrio de la ciudad de Lyon caracterizado por la arquitectura particular de sus pendientes. Si bien es una zona habitada desde la época galo-romana, fue concebida a inicios del siglo XVIII para que se convierta en una fábrica de seda, y se urbanizó y amplió considerablemente entre 1815 y 1850. En ella trabajaban los canudos cuyos bastidores para tejer eran muy altos, lo que explica la

quilos, sin gritos ni ruido ni movimientos como en París. Uno se pregunta al verlos tan calmados cómo ha podido esta gente hacer dos revoluciones [1831 y 1834] y ¿cómo inspiran un temor tan grande al poder? Es que, bajo la apariencia de calma, una excitación sorda y terrible agita a estos infelices cuya exaltación aumenta en proporción a la contención que ellos se imponen.

Ya he visto aquí a los principales negociantes, para pedirles si quieren tomar la iniciativa suscribiéndose cada uno por una suma para la construcción del Palacio. Ninguno ha osado todavía rechazar directamente mi proposición, pero ninguno la ha acogido.

Estoy terriblemente enferma —primero de cansancio (subir de 30 a 40 escaleras diarias) y la fatiga de mi papel está por encima de las fuerzas humanas. Veo que esos infelices obreros ponen toda la buena voluntad del mundo para comprenderme, pero no pueden hacerlo. ¡Este pensamiento me desgarrar, me asesina! Lo que duplica mi dolor, es que pienso que estoy equivocada, que debería someterme a lo que es. Es rebelarme contra Dioses mismo, es un acto irreligioso, siento todo esto y, sin embargo, no puedo evitar sufrir terriblemente. Lo veo, me será imposible continuar. Me enfermaré y moriré. Soy injusta con esos desdichados, exijo de ellos más de lo que ellos pueden. Actúo completamente como esas madres que, haciendo caso tan sólo a su amor apasionado por sus niños, los atosigan de comida con la esperanza de hacerlos crecer más rápido, y a fuerza de darles demasiado, los asfixian y los enferman. Es claro que se necesita al menos 7 u 8 años para que todas las ideas de mi pequeño libro se divulguen y penetren en el pueblo, y yo, cegada por el inmenso amor que me abrasa, quiero que en 6 meses los obreros sepan lo que a mí me tomó 20 años

---

altura de los techos (unos cuatro metros). En este barrio se crearon las primeras mutualistas y organizaciones obreras. De sus pendientes descendieron los primeros delegados afiliados a la primera Internacional y, durante la comuna de Lyon, Bakunin anunció la abolición del Estado. (N. de la T.)

comprender! ¡Oh! Mi Dioses, retira de mí este amor, que me repartes demasiado generosamente. Así, entonces, el exceso del sentimiento más sublime se convierte incluso en un defecto. Lo veo, lo comprendo, estoy dotada de razón y de inteligencia; pero ¡el amor es tan fuerte en mí!... que no puedo dominar su violencia. Vivo en la unidad, y quiero, tengo necesidad de hacerla vivir a todos mis hermanos —olvidando completamente mi ser, sin sentirlo más por decir así. Pierdo de vista que soy del primer grado, que los seres del 2º y del 3º me son del todo inferiores, que no pueden seguirme; y sin tener en cuenta su número quiero que marchen en la misma vía que yo. Hay una falta de inteligencia y de fe, no obstante, tengo lo uno y lo otro porque me doy cuenta de mis errores. No, creo que esto se debe únicamente a la impresionabilidad de la que estoy dotada. De lejos, acepto la ignorancia, la veo y la discuto con calma y sin sufrir. Pero de cerca no puedo dominar la irritación que todo ello me causa. Sin embargo, me gustaría continuar este *tour* de Francia.

*Este 10 de mayo.* A las 11 de la mañana el comisario central de la policía (el señor Bardoz) se presentó en mi domicilio acompañado de cuatro agentes portadores de un mandato de registro. El comisario es tal cual nos lo representan en los melodramas —figura ociosa, llana, baja y fea— haciéndose el importante. Cogió los papeles sin cometer ninguna brutalidad; me hubiera sido fácil sustraerlos (lo que hice). Me rogó que le diera todos los papeles que yo poseía, pero no registró en mi maleta. Todo se ha hecho fríamente, secamente, como cosa habitual. Es mil veces peor que si uno lo hiciera brutalmente. Mientras el agente estuvo allí me dijo una frase de la mejor comedia, lo que me recordó al comisario en Michel Perrin. Le preguntaba a su agente si sabía algo sobre la catástrofe del barco a vapor. El otro le respondió que no. «Es inconcebible, res-

pondió Bardez con importancia, ¡usted nunca sabe nada! ¡La ciudad de Lyon puede caerse a pedazos y usted no lo vería!».

Sólo tuve tiempo de precipitarme hacia la ventana para reír. Es verdaderamente digno del buen actor bufón Lepeintre, el joven.

Los tres hombres eran tan ridículos con todas sus palabras, gestos, que en lugar de entristecerme como debería estarlo por su visita, apenas se fueron me eché a reír como loca.

Mi gestión en *Le Censeur*, mi conversación con el señor Rittiez, hombre tímido, miedoso, hombre de su camarilla, que al no saber cómo batirse en retirada, me dijo que le escribiera. Le escribí ¡y tuvo la deslealtad de no insertar más que dos párrafos de mi carta! ¡He aquí a los republicanos! Una bella página sobre ellos se puede hacer todavía a este respecto. Mi conversación con el Procurador del rey, el señor de Gilardin: Es un hombre en buen estado físico, todavía joven, de buenas maneras, que habla perfectamente su lengua, pronunciando con calma, dignidad, importancia, todas las frases muy correctas, pero completamente incoloras. Imagínense ustedes una estatua de piedra repitiendo de una manera mecánica una seguidilla de frases aprendidas, de verdaderos lugares comunes sobre el orden, el desorden, la revolución, la anarquía, la seguridad del Estado, etc., etc. Sería igual poner allí a un ciego y a un sordo porque el mencionado Procurador del rey no ve ni oye a las personas que él interroga. Habla porque su función lo obliga a hablar, pero estudiar y comprender a aquellos a quienes habla, ni lo sueña siquiera.

Yo que hablo poco, pero que llevo la pasión del estudio hasta estudiar a un Procurador del rey, descubrí que él no tenía más que un solo deseo, el de hacerme partir de la ciudad de Lyon.

Esta persecución produjo un buen efecto en los obreros, logró hacerles comprender que lo que yo predico tiene valor, dado que el Procurador del rey se opone. Es la primera vez que



me encuentro perseguida, jamás había hablado a esa gente del *Parquet*<sup>51</sup>, etc., etc.

11 de mayo. Acabo de visitar el hospital de Lyon, l'Hôtel-Dieu. En el exterior, está, sin lugar a dudas, el más bello monumento de la ciudad. En el interior, el más grande. Así, el edificio más destacado de la ciudad de Lyon ¡es el hospital! Esto es lógico. Allí donde la miseria monstruosa y devorante se extiende a una gran escala ¡es necesario, para recibir a los infelices, que dicha miseria siegue cada día un inmenso hospital! Este hospital contiene de 1.200 a 1.500 enfermos. A pesar de que el mencionado hospital haya sido construido en... bajo el reinado muy cristiano de... tiempos de caridad y caballería, no es menos cierto que el arquitecto, dominado por el espíritu seco, frío y duro de los comerciantes honestos de esa época, no soñó más que en satisfacer el deseo del Concejo Municipal de entonces —es decir, de apiñar en inmensas salas la mayor cantidad posible de camas, ordenadas en tres filas como bultos en una tienda<sup>52</sup>. ¡Infeliz proletariado! ¡Usa entonces tu juventud, tu fuerza, tu salud, tu vida!... al servicio de tus señores y amos: ¡los dueños de la industria! Y, por toda recompensa, tus generosos amos te dan ¡seis pies cuadrados en una sala en la que respiras el aire pestilente de 80 afiebrados! En realidad, ¡caridades semejantes son un insulto! ¡Qué digo, son una vergüen-

---

<sup>51</sup> El *Parquet* es un cuerpo único de magistrados que tienen por misión vigilar el orden público, buscar y perseguir los crímenes y delitos; asimismo, están encargados de asegurar la ejecución de las leyes y decisiones de justicia. A la cabeza del *Parquet* general se encuentra el Procurador general. (N. de la T.)

<sup>52</sup> El Hôtel Dieu de Lyon fue fundado en el siglo VI (542 d. C.) y servía como casa de caridad y era regentado por grupos laicos. Realizaban trabajos caritativos aparte de los propios de la enfermería y estaba diseñado para acoger a huérfanos, pobres, débiles y enfermos. Sus primeras enfermeras fueron mujeres pecadoras y viudas. Fue transformado y reconstruido en varias épocas, por lo que algunos dicen que su origen data del siglo XII. (N. del E.)

za! ¡Y no sé cómo una ciudad que se respeta osa ofrecérselas a hombres que producen toda la riqueza del país y que son iguales al príncipe real ante la ley, así como frente a Dioses! Ya que el orden legal es que aquellos que no producen nada posean todo y los que trabajan 16 horas al día para producir todo, no posean nada, que sea así —que los ricos lancen con desdén una limosna a los pobres, que sea así también. Pero al menos si se le presta una cama al proletario para que pueda morir en paz en el hospital, que esta cama esté ubicada en una habitación en la que el aire sea puro, que haya máximo 6, 8, 10 camas en una sala, y no 80 y 120.

El señor Robert, el médico director del Hôtel-Dieu, quien tuvo la bondad de acompañarme en esta visita, se quejaba conmigo sobre este estado de cosas. «Es lamentable, bien lamentable para nosotros —repetía en cada sala— ver así a nuestros enfermos confundidos en esas grandes barracas. Combatiríamos mucho más exitosamente la enfermedad si todas estas grandes salas estuvieran divididas en pequeñas piezas; eso nos permitiría separar a nuestros enfermos en categorías, según la naturaleza de su enfermedad».

La cosa sería muy fácil haciendo algunos gastos, y el hospital es extremadamente rico (él posee...), pero las personas que están a la cabeza de la administración están limitadas por su naturaleza y por el sistema. La limosna se hace así desde...<sup>53</sup>, se dicen ellos, nosotros podemos entonces continuar.

Según la opinión del señor Robert, opinión que yo comparto completamente, se podría hacer incluso algo mejor que dividir el gran hospital, es decir, establecer cinco o seis en los diferentes barrios de la ciudad. A pesar de las divisiones que se pudieran hacer, es claro que 1 500 enfermos juntos en el mismo punto constituyen siempre un foco pestilente muy dañino para la salud del pobre enfermo, para quien el aire puro es la prime-

---

<sup>53</sup> Flora Tristán dejó inconclusos (señalado con puntos suspensivos) algunos datos que pensaba completar luego. (N. de la T.)

ra condición de vida. Con los inmensos ingresos que posee el hospital de Lyon, le sería fácil establecer sucesivamente cinco o seis pequeños hospitales que los médicos del Hôtel-Dieu desean de todo corazón.

Ahora entremos en ese gran hospital y vean cómo son tratados los pobres. Para un enfermo las tres cosas importantes son: 1° el aire, 2° la limpieza, 3° los buenos cuidados. ¡Y bien! En el Hôtel-Dieu no hay ni limpieza ni cuidado ni aire puro. El hospital, al interior como al exterior, es de una suciedad desagradable. Debo decir que, cuando visitaba el hospital, los enlucidores estaban blanqueando sus muros. Pero no es necesario esperar que la camisa caiga podrida. En una sola rampa de la escalera había más polvo negro y ahumado que la que se podría encontrar en toda Holanda... ¡Las escaleras, los patios, los vitrales provocaban horror al mirarlos!, es decir, que si hubiera actualmente en Francia una prisión que estuviera en ese estado de suciedad, los filántropos no tendrían suficiente voz para gritar sobre el escándalo, la inhumanidad! ¡Y bien! Que los enlucidores pasen por allí, el que enjabonen no va a cambiar en nada el estado de las rampas, de las escaleras, de los pisos, de los corredores, pasillos, galerías, etcétera... la limpieza de los vidrios de sus ventanas, etcétera... Es evidente que las personas encargadas de vigilar el mantenimiento del edificio, la limpieza de todo el conjunto, no tienen ojos para ver. Esta horrible suciedad no hiere para nada su vista, ni su olfato, ni su tacto, no harán, por lo tanto, luego del blanqueamiento, nada que no hayan hecho antes.

El interior de las salas está en armonía con el resto: los pisos son un poco más limpios (algunos están encerados), pero el aspecto general es sucio. Las camas son sucias, la ropa de cama de los enfermos está sucia. Esta suciedad, aunada a la enfermedad, redobla el horror de este triste lugar de sufrimiento y miseria. He visitado en mi vida y en diversos países quizá 40 ó 60 hospitales, nunca, ni siquiera en las ciudades de tercer or-

den, he encontrado un hospital sucio. En todos encontré, al contrario, una limpieza extrema. En cuanto a los cuidados, al no tener la suficiente cantidad de personas que sirvan para la cantidad de enfermos, resulta que aquellos que no pueden atenderse ellos mismos, no son atendidos de ningún modo. El hospital está atendido por religiosas de la orden de... Estas damas tienen sirvientas y son ellas las que hacen las tareas pesadas. Diré, de pasada, que estas damas tienen un tipo de peinado que no he visto más que a ellas, es un conjunto de picos y puntas que les da un aire grotesco, que provoca risa, lo que ellas deberían de evitar; por qué no tener buenamente un gorro simple, me parece que el objetivo de una religiosa es el de no llamar la atención.

Observé en la sala de los hombres (todos obreros) figuras mucho más alteradas, cuerpos mucho más agotados que en el de las mujeres. ¿A qué se debe esto? Porque las mujeres del pueblo tienen más trabajo material y más penas morales que los hombres. Pero he aquí que ellas son más fuertes moralmente. He visto allí muchas jovencitas que mueren del pecho, también jóvenes, pobres niños a quienes se ha hecho trabajar desde muy jóvenes, agotados por el exceso de trabajo, por la falta de alimentación y de ejercicio, ellos se marchitan y mueren antes de los veinte años. ¡Es horrible de ver! ¡Pero incluso más horrible de pensar! Salí de este hospital, pozo horrible en donde el infeliz trabaja para terminar su existencia miserable, la cabeza en fuego, el pecho recubierto de miasmas y el corazón afligido. ¡No me quedé allí más que dos horas! ¡Oh! ¿Cómo pueden entonces vivir los que van allí para curarse? Por desgracia sé por qué los infelices viven allí, mientras que yo moriría si me condenaran a vivir allí tan sólo ocho días. Es que el pobre está habituado a vivir, desde su infancia, en los graneros sucios y polvorientos en los que les falta aire puro, ropa limpia, a veces incluso agua para lavarse! Es que el pobre, habituado desde su infancia a estar encerrado en los grandes talleres en

los que la atmósfera es también pestilente ¡incluso más que la de una sala de hospital!; puede soportar la influencia de los olores y de los miasmas que a mí me golpean la cabeza, el estómago, feliz de este mundo que disfruta de aire puro, espacio y un cierto confort de limpieza, tan útil al hombre para mantener en salud y dar fuerza y vigor a su vida.

Regresaré sobre este artículo. Tengo un excelente fragmento a escribir y lo haré. Voy a pedirle notas al señor Robert.

Vi ayer a los obreros en seda. ¡Qué tales hombres! He ahí obreros sólidos, razonables y audaces. Se necesitarían diez mil obreros de este temple en la ciudad de Lyon. Pasé allí tres horas muy felices. He ahí lo que yo llamo hablar con obreros, es decir, conversar con ellos. Dejarlos exponer a ellos mismos sus necesidades, uno de ellos debe darme notas sobre los *prud'hommes*<sup>54</sup>. ¡Pero es un verdadero engaño esta institución para los obreros! Y en París ninguno de los políticos que habla de los *prud'hommes* sabe lo que sucede en Lyon. Es realmente un espectáculo conmovedor ver a todos esos jefes de talleres, casados, padres de familia, hombres inteligentes e instruidos, de treinta a cuarenta años, venir a escuchar la voz de una mujer, agradecerle por su simpatía, contarle cada uno sus miserias, sus tribulaciones, las injusticias, los robos que los dueños hacen sufrir a los pobres obreros ignorantes e incapaces de defender sus intereses. ¡Oh! Sí, lo que pasa aquí es un tema y un espectáculo digno de atraer la atención. Hay allí en germen un orden nuevo de cosas —he aquí hombres que no tienen más confianza en los hombres, ni diputados, ni sabios, ni sacerdo-

---

<sup>54</sup> *Prud'hommes*. Miembros de la Magistratura del Trabajo. Institución laboral típicamente francesa. Fue creada por Napoleón I el 18 de marzo de 1806; buscó regular las relaciones entre empleadores y asalariados. La ley fue completada por el decreto del 3 de julio que preveía la creación de un consejo de «*prud'hommes*» en las ciudades y fábricas en las que el gobierno considerara convenientes. El primer consejo nació en Lyon a pedido de los industriales de la seda. (N. de la T.)

tes, ni reyes, ellos saben que todos esos hombres denominados superiores son Robert-Macaire<sup>55</sup>, egoístas sin entrañas, sin fraternidad para la clase obrera. Estos trabajadores saben que todos los hombres ricos son sus enemigos, y que los sabios no se ocupan de ellos. Entonces, estos hombres guiados por su sentido común se dicen: he aquí una mujer que viene a nosotros para servirnos, es Dioses quien la envía, vayamos a escucharla, y todos vienen no importa de qué partido sean, Heme aquí, sin haberlo premeditado, la Mujer-Guía<sup>56</sup>, tal como yo también, con mi sentido común, lo había soñado. Lo que yo hago en este momento, los resultados que obtengo hablan más a favor de la superioridad de la mujer que todo lo que se podría escribir y decir sobre la cuestión. Se resuelve en los hechos, la prueba matemática, así ila primera persona en la humanidad que habla realmente al pueblo grosero e ignorante es una mujer! Considero que el asunto de Chalon es un hecho completamente de Dioses, es él quien me hizo decir: «Señores, yo recorro Francia para hablar a los obreros y no a los burgueses. Sí, íes una mujer la primera que habrá tenido la idea completamente religiosa de hablar a los obreros!». Y vean lo que sucede: el hombre representado por el Procurador del rey me prohibió hablar a los obreros. «Señor, le dije, dado que esta unión obrera os inquieta tanto, puedo dispensarme de su adhesión por escrito, me contentaré con hablarles». «Señora, no puedo permitírsele, hablar con los obreros es una cosa muy peligrosa». El hombre piensa que la palabra de vida es peligro-

---

<sup>55</sup> Robert Macaire es, originalmente, un personaje de melodrama, una figura de bandido creada e interpretada por Frédérik Lemaitre en *L'Auberge des Adrets* (1823) y luego en la comedia *Robert-Macaire* (1834). Honoré Daumier (1808-1879), pintor, escultor y caricaturista político y social, se apoderó del personaje y lo convirtió en el héroe de una serie litográfica publicada en el diario *Charivari* de 1836 a 1838. Es la encarnación de todos los vicios. Representa al burgués especulador, estafador, corrupto y obsesionado por el dinero. (N. de la T.)

<sup>56</sup> Para mayor detalle de esta idea de «Mujer-Guía» en Flora Tristán revisar su novela *Méphis*. (N. del E.)

sa, y vean qué tal diferencia: la mujer está impulsada a difundir esta palabra de vida. La mujer es la vida y el hombre la barrera. He aquí por qué la mujer es superior al hombre. Estos obreros, jefes de taller en seda, son lo mejor que he visto aquí, son respetuosos de las reglas, se asocian para hacer una sociedad «coalición organizada», son hombres muy capaces y de acá a un año van a contar en su asociación a todos los jefes inteligentes de la ciudad. Cuando esos hombres comprendan mi pequeño libro, veremos.

Al día siguiente vi a los secretarios de la Unión. Otros hombres; éstos no tienen tanta inteligencia, ni instrucción, pero tienen más fervor de corazón y devoción, hay allí el ardor de la juventud. Había dos o tres soldados que habían retomado el martillo y la garlopa<sup>57</sup>, hombres firmes y determinados «que prefieren morir combatiendo que morir de hambre trabajando»<sup>58</sup>. Tuve el placer de conversar con ellos, en todos los lugares que los encuentro, esos societarios tienen el mismo carácter: son completamente amables, tienen la apariencia franca, liberados de todo prejuicio, son, en general, inteligentes, se expresan con facilidad y tienen formas elocuentes; todos se visten bien y no se parecen en nada en su aspecto a lo que se llama vulgarmente un obrero. Así, por ejemplo, dos de estos señores vinieron a recogerme en coche, me llevaron a la casa de una de las Madres que tenía un pequeño salón; a fin de que fuera recibida en una habitación adecuadamente amueblada, me trajeron un vaso con agua azucarada sobre un bonito azafate con una cucharita de plata, lo que es bastante raro en la casa de las Madres, y me regresaron igualmente en coche. No sé decir exactamente de dónde proviene esto, pero las maneras de

---

<sup>57</sup> *Garlopa*. Cepillo largo y con puño, que sirve para igualar las superficies de la madera ya cepillada, especialmente en las juntas de las tablas. (N. de la T.)

<sup>58</sup> Jules Puech aclara en nota al Manuscrito en francés que ésta era la «Consigna de los canudos lioneses durante la insurrección de 1831». (N. del E.)

los societarios son completamente diferentes a la de los otros *compagnons*. Creo que sólo su título ha logrado esta feliz transformación, la palabra «Unión» les recuerda sin cesar que ellos viven en el todo —el amor de la unidad y, por eso, al menos entre ellos, en estado de aspiración.

Al día siguiente vi a los *comp[agnon]* carpinteros «Gavots»<sup>59</sup>. ¡Oh! Estoy obligada a decirlo, encontré a esa gente sumamente atrasada. De 50 hombres allí presentes, sólo dos habían leído mi pequeño libro —sin comprenderlo. No obstante, intenté hacerlos conversar, ninguno comprendía lo que quería decir «derecho al trabajo». Se lo expliqué y terminaron por comprenderlo, entonces parecieron extremadamente sorprendidos de que no hubieran soñado siquiera en ese derecho mucho antes. La conversación [*se refirió*] a cuestiones importantes y desde el momento en que esos hombres se sintieron a gusto conmigo vi que había unos cuatro o cinco muy inteligentes. Uno me dijo: «Lo que nos pierde, señora, es que nos impiden hablar de política en nuestras reuniones, podríamos hablar como lo estamos haciendo ahora con usted». La observación de ese joven era muy sensata; y bien, dos ancianos tomaron la palabra y se irguieron contra el pensamiento que acababan de emitir los jóvenes *comp[agnons]*. Los obreros no deben hablar de política; la policía lo prohíbe, y si hablamos de política disolverá nuestra sociedad. Yo quedé en una posición muy crítica porque no podía dejar pasar las doctrinas oscurantistas de dos viejos *comp[agnons]* y, sin embargo, me daba cuenta de que corría el peligro de hacerme detener en delito flagrante si había allí algún espía de la policía. No importa, yo no retrocedo en los principios y les hice una ardorosa alocución para hacerles comprender que era su deber de ciudadanos, de hermanos y hombres de progreso, ocuparse de cuestiones de economía social llamadas «políticas», que eso entraba hasta en la olla, que las cuestiones particulares dependían de las cuestiones

---

<sup>59</sup> *Compagnons* del Deber de Libertad. Ver nota 28. (N. del E.)



generales. Todos los jóvenes eran de mi opinión y los viejos *comp[agnons]* apegados a sus viejas ideas no osaron contradecirme. Así, ustedes pueden verlo, los hombres más ignorantes, más brutos son susceptibles de instruirse y muy rápidamente. Sólo hay una cosa que hacer y es hablarles. Se acordó que vendrían a recoger quince pequeños libros, que los estudiarían en común y que antes de mi partida tendríamos otra sesión para poder razonar con conocimiento de causa.

Cuando llegué entre esos hombres se me cerró el corazón al ver el estado de ignorancia en el que se encontraban, alirme me decía: vamos, no debo desesperarme por ninguno, todos son susceptibles de ver y oír.

*Domingo 12.* Visité esta mañana todas las iglesias durante los oficios. Es un espectáculo doloroso, atemorizador, indignante. Todas están llenas de pueblo, hombres, mujeres, niños. Aquí los sacerdotes imponen su yugo a la burguesía y la burguesía la soporta con paciencia porque ella se sirve de los sacerdotes para mantener al pueblo en la ignorancia, el embrutecimiento, la resignación a la miseria, al sufrimiento, al rebajamiento. ¡Hay un pacto infame entre los sacerdotes y los burgueses! El burgués, que posee, dice cínicamente a los sacerdotes: Quiero consentir en darte una limosna, en ir a tu capilla a escuchar las pamplinas que dices con la condición de que mantengas a este pueblo que es mi bestia de carga, mi vaca lechera, en la ignorancia, en el embrutecimiento, en la resignación a la suerte que yo le he hecho. Y el sacerdote, que no es más que un tendero, consiente en vender su mercancía al público, ¡veneno horrible en condiciones similares! Aquí los jesuitas, los hermanos (los caínes) de la Escuela Cristiana<sup>60</sup> están en todas partes, dirigen todo, conducen hombres, mujeres, niños.

---

<sup>60</sup> San Juan Bautista La Salle (1651 -1719) fue el fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, congregación de maestros laicos. Concibió la idea de establecer escuelas gratuitas en las que los

Tenía necesidad de ver lo que pasa en Lyon para hacerme una idea justa de la fuerza del enemigo. El primer enemigo, el que conduce a la sociedad, la enerva, la mata: es la camarilla sacerdote-Iglesia; el segundo, burguesía-gobierno —es decir, el rey y la administración no son más que los esclavos de los sacerdotes y de los burgueses. Ya van dos domingos y una fiesta que he pasado en Lyon. Recorrí todas las iglesias, tuve la paciencia de quedarme allí a ver el fastidioso y monótono espectáculo de las misas, procesiones, vísperas, saludos, etc., que se representa en las iglesias. Quería ver qué tipo de gente poblaba esas capillas; ¡es atemorizante el verlo! Burgueses que bostezan, obreros que bostezan, viejas que murmuran en una esquina sin saber lo que dicen; pobres niños que se impacientan, duermen o juegan; chicas que miran a derecha e izquierda; todas esas personas están allí por obligación, por costumbre, por estar desocupados, pero es claro que nadie cree en la misa y estarían encantados de estar dispensados de asistir.

Esta posición del pueblo, fingiendo ser católico cuando en el fondo no lo es, me parece absurda, vergonzosa y envilecedora. A fin de tener la prueba de esto me aseguro de hacer un escándalo. Cuando veo un hombre de rodillas absorto en sus rezos, me acerco a él, lo molesto con un tono arrogante y brusco para preguntarle el nombre de la iglesia o cualquier otra cosa insignificante. Esto lo he hecho con siete u ocho y ninguno me ha respondido como debieran haberlo hecho: «Señora, usted ve que estoy rezando, siga su camino y no me moleste». Pero todos parecían encantados con la interrupción. Nuestro hombre en oración trata de ligar conmigo una conversación, él se levanta para responderme y a pesar de que mi tono y mis palabras deben hacerle ver que soy una hereje, no parece escanda-

---

hijos de los artesanos y los pobres aprendieran a leer, escribir y contar, y donde al mismo tiempo recibirían una educación cristiana por medio del Catecismo y otras formas de enseñanza cristianas, formación de la que Flora Tristán era sumamente crítica. (N. de la T.)

lizado. Al contrario, tres o cuatro se pusieron a hablarme mal de los sacerdotes; luego, después de haberme dejado, se pusieron de nuevo de rodillas y se hundieron de nuevo en sus rezos. Aquí los amos obligan a los domésticos a ir a la iglesia, a dar un medio por semana para la «Obra de la Propagación de la Fe»<sup>61</sup>. Casi todos los fabricantes obligan a los obreros a ir a la iglesia, de manera que todos —mujeres, hombres, niños— son forzados a ir por la ley de la necesidad. Los jesuitas se han apoderado aquí de la educación, de la dirección de los niños del pueblo, de la juventud. Todos pasan por sus manos. Esto nos explica la resignación de los obreros en seda que trabajan 16, 18 y 20 horas al día para ganar ¡2 FF y 1,50 FF! Es que, desde la edad de tres años, todos han sido educados por los Hermanos de las Escuelas Cristianas y los han formado en la resignación, el sufrimiento, en la miseria, el rebajamiento frente al amo. Mientras haya sacerdotes y tengan algún poder sobre el pueblo, es imposible soñar en la liberación de los obreros. Sería luchar contra lo imposible. Tengo cosas magníficas que decir al respecto.

Continúo poniendo a la prefectura y el *Parquet* [ver nota 76] en gran agitación. Recibí un mandato de comparecencia y comparecí. Estuve formidable delante del juez de instrucción, el señor Francis Denis. Tenía en mí una calma, una firmeza, una dignidad que se transmitieron a él y a su secretario. La primera pregunta que planteó era de un juez de instrucción, pero después de mis observaciones cambió de tono, de estilo y el resto de la sesión estuvo muy bien. De tiempo en tiempo decía algunas palabras para hacerme conversar, pero yo le respondía con tanta dignidad y laconismo que renunció a hacerlo. El viejo secretario parecía muy sorprendido y lleno de simpatía

---

<sup>61</sup> La «Obra de la Propagación de la Fe» es una de las cuatro Obras Misionales Pontificias. Fue fundada en Francia, en 1822, por María Paulina Jaricot con la finalidad de propagar la religión católica en todos los ámbitos. (N. del E.)

por mí. Me miraba con ojos en los que se pintaba la emoción y la admiración. Esta escena era completamente extraña. Los dos hombres que estaban ahí con la orden de encontrarme culpable tenían la apariencia de estar profundamente penetrados de mi no-culpabilidad. Pensaba en el pobre Jesús cuando era interrogado por Pilatos. «He interrogado a este hombre, decía, y en verdad no he encontrado nada de culpable en él». El señor François ha debido responder lo mismo: «Pero no he encontrado nada de culpable en esta mujer». No sé en verdad cómo va a terminar todo esto. Estarán obligados a dar golpes arbitrarios conmigo, lo que será una gran falta de su parte. Espero con una calma admirable. No me ocupo para nada de los peligros que corro, me digo Dioses es grande y duermo tranquila.

Hay que hablar de la conducta de esos miserables periódicos llamados de la oposición: *El Censeur*, *La Démocratie* y *Le Bien Public*. Ninguno ha osado defenderme, porque al hablar de mí era necesario hablar del principio que yo propago y ningún periódico de Francia aprueba ese principio.

Estar obligada a recurrir a los carlistas para hacer incluir mi carta completa, es el colmo. Y ese señor Champvaux... ¡Cómo voy a barrer a todos esos bribones!

Esta persecución me hace bien, me siento mejor. Por consiguiente, los obreros comprenden mejor. ¡Gracias, Procurador del rey! Lo que hay de encantador es que yo continúo teniendo reuniones todas las noches, con 40, 50, 60 hombres; decididamente el gobierno es un imbécil.

Mis reuniones con los obreros de seda tienen un carácter particular, es algo que no se parece a nada que haya tenido lugar hasta el presente. Nos reunimos después de la jornada a fin de no hacerles perder tiempo. Un obrero o dos vienen a recogerme a las 8, nos subimos a esa maldita Croix-Rousse —verdadera cruz!— en la que el pobre proletario es crucificado veinte horas de veinticuatro. Llego a la cumbre de ese pico extenuada y ba-

ñada de sudor, luego debo subir al quinto, sexto, séptimo piso (una vez) en casas horribles que tienen accesos largos negros y sucios, y escaleras degradadas, sucias y apestosas. El obrero va delante y vuelve a descender con una pequeña lámpara de bastidor, me ilumina, me conduce con mucha solicitud. Entro en el taller, a veces han podido arreglar los bastidores de manera de hacerme un espacio de 6 a 8 pies, pero de ordinario no se los ha podido mover, de manera que no hay tanto sitio. Me ubican en el mejor sitio del pequeño espacio, sobre la silla mejor mantenida del departamento. Luego, se colocan a mi alrededor, como pueden treinta o cuarenta hombres, unos sentados sobre los bastidores, los otros debajo, los otros parados en las esquinas. Da lástima ver eso iesen pobres infelices no tienen siquiera un espacio cuadrado en donde puedan sentarse y moverse! La escena se ilumina con dos lamparitas de bastidor que arrojan una luz pálida sobre algunas figuras y dejan el resto completamente en la sombra. A fin de no ahogar de calor a toda esa gente encerrada en un espacio tan pequeño, se deja casi siempre las ventanas abiertas y yo, completamente bañada de sudor, me quedo una hora o dos entre dos aires, con el riesgo de atrapar una pleuresía, pero Dioses tiene necesidad de mí y me preserva de las enfermedades que afligen a los que no tienen nada que hacer. Queda siempre abajo un hombre o dos y uno en la escalera a fin de hacer la ronda para prevenirnos de la llegada de agentes de la policía.

Los obreros que encuentro allí están siempre correctamente vestidos, no obstante, observo en muchos —la mayoría— las marcas de una gran pobreza (teniendo en cuenta que se han puesto sus mejores ropas para recibirme). Todos los obreros en una primera apariencia son bastante feos, flacos, pálidos, raquíticos, todo deformes, y con un aire de sufrimiento y debilidad. Pero la bondad de esos hombres es una bondad real porque está en la expresión de su fisonomía. Cuando hablan sus ojos se animan, no de un fuego vivo, sino de una expresión

dulce y firme a la vez que traduce perfectamente su carácter. Me tomo algunos instantes para descansar y aprovecho para hacerlos conversar de unas cosas y de otras, a fin de poder captar por algunas palabras y al vuelo, el espíritu del auditorio al que me dirijo (porque nunca sé a quién voy a hablar antes de haberlos visto). Estoy dotada de un tacto realmente extraordinario, una palabra me basta para hacerme comprender si tengo que ver con republicanos, comunistas u otros —entonces entro en materia— expongo en primer lugar el objetivo de mi gran asociación, pero variando según mi auditorio, luego trato de hacer conversar a los hombres para ver si han comprendido, qué opinión tienen, su grado de inteligencia y con quiénes puedo contar. ¡Y bien! Siempre y sin excepción encontré en la mayoría un sentido común extraordinario y en muchos una inteligencia a veces remarcable. En todos, también, un gran espíritu de justicia. Si esos hombres fueran instruidos, desarrollados intelectualmente, serían muy superiores a lo que se encuentra comúnmente entre los burgueses. Ahora, ellos también tienen grandes defectos; el más grande, el más temible y general, es la apatía, atontados por un trabajo embrutecedor, encadenados a la esclavitud por una miseria horrible, han terminado por creer que estaban fatalmente destinados a una suerte parecida (lo que los sacerdotes y los burgueses les repiten sin cesar) entonces todos (salvo algunas excepciones) repiten ¡con una especie de resignación que me mata!: «¡Reunirnos!, pero ¿cómo hacer? ¡Oh señora!, nos gustaría mucho, pero es imposible, no podremos jamás». La palabra «imposible», lanzada por esos hombres siempre por adelantado, me mata. Me hace un daño que no podría describir. El gran error es preocuparse de los hombres, el uno está por Cabet<sup>62</sup>, el otro

---

<sup>62</sup> A lo largo de su diario, Flora Tristán alude a los «cabetistas icarianos» y a los «comunistas». Etienne Cabet (1788-1856), publica *Viaje a Icaria* (1842), donde describe una utopía comunista en el futuro opuesta al presente capitalista. Será un libro muy influyente en toda

está contra Fourier, pasan su tiempo discutiendo sobre los hombres y las palabras, en lugar de ocuparse de «la Idea». Sobre el tema los introduzco en una vía muy ancha. Los conduzco siempre a la Idea y a pesar de encontrar un poco de oposición en algunos de ellos, termino siempre por lograrlo y hacerles comprender que tan sólo deben ocuparse de «la Idea». Hay también entre ellos mucho egoísmo, pero eso se debe a su ignorancia y su miseria. A pesar de lo que sufro viendo y oyendo a esos hombres, salgo de allí feliz. Siento que hago penetrar la luz en algunas almas y que todos han percibido más o menos destellos. ¡Qué felicidad suprema la de poder esparcir un poco del amor que Dioses vierte tan generosamente en nosotros, en el alma de un hermano ignorante y desdichado! Me encuentro demasiado feliz, demasiado privilegiada, siento que absorbo en mí sólo una gran parte de la vida y, atormentada de ese excedente de vida, me digo con frecuencia: ¿Tengo el derecho de ser tan rica? ¡Pero por momentos también sufro mucho!

Observo que los obreros que me escuchan y me comprenden mejor son los más pobres, porque ellos sufren más que los otros. Para que el obrero francés trabaje por su liberación, creo

---

Europa. Cabet hizo su aprendizaje a favor de la causa popular como miembro de la famosa liga secreta de los «carbonarios», movimiento que se caracterizó por la organización de conspiraciones y movimientos clandestinos de resistencia en Italia y Francia, desde su fundación en el Franco-Condado, antes de 1789, y su renacimiento en el reino de Nápoles en 1806. Influido por los elementos comunistas de la Utopía de Tomás Moro, empezó a elaborar una nueva doctrina en un amplio sistema, dándole la forma de una novela utópica, la Icaria. Propone la socialización completa de los medios de producción y una forma de vida completamente «comunista». Sin embargo, su importancia como movimiento no radica tanto en su programa o teorías sociales, sino en el entrenamiento de sus miembros como revolucionarios y su modelo de sociedades secretas de organización. En Francia, durante los años 1830 y 1840, cuando alguien aludía a los comunistas, se refería a los cabetistas icarianos. Flora diferencia a los cabetistas de los comunistas. (N. de la T.)

que es necesario que sea menos ignorante y más pobre. Es una cuestión de diez años.

El obrero de Lyon tiene una ventaja sobre el de París y el de otras ciudades de Francia, lee buenos libros de economía social, política y filosófica, e incluso si no comprende todas las ideas útiles contenidas en esos libros, retiene siempre una parte de ellas. Eso prueba la alta superioridad del obrero lionés. Muchos leen tejiendo; luego, aquí el jefe de taller es obrero, hace causa común con los simples obreros, y para ser jefe de taller es indispensable tener conocimientos matemáticos, dibujos... (me hace falta una nota al respecto por [Joseph] Reynier). Para adquirir los conocimientos necesarios para su estado, el obrero ha debido desarrollar su inteligencia y como todo lo que aprecia de una lectura se llegó a otra. Todos esos jefes de taller, salvo algunas raras excepciones, son hombres muy inteligentes; encuentro realmente un gran placer en conversar con ellos. De allí resulta que los obreros y obreras de la seda son gente más inteligente que los obreros de otras partes, porque viven todos en familia, reunidos en el mismo taller, comiendo juntos en la misma mesa y la misma alimentación. Se acuestan, de manera que quedan siempre bajo el ojo del maestro conversando con él, escuchándole hablar de todas las cosas, y son tratados en condiciones de perfecta igualdad, lo que no ocurre en ningún otro estado. (Me hace falta una nota sobre el tema dada por Reynier, sobre la ganancia exacta de las tres categorías de salario y de gastos que constituyen las mencionadas categorías).

Me hace falta notas precisas sobre la diferencia que existe entre la inteligencia de los obreros y obreras.

*13 de mayo.* Tuve hoy la visita del abad T[ranchant]. Cuál no sería mi sorpresa y mi felicidad al encontrar en ese joven sacerdote un verdadero socialista, un hombre de lo más avanzado en todas las cuestiones. Me lancé sobre esta alma magní-



fica al infinito y eso me refrescó un poco. ¡Pero qué desgracia! Ese pobre joven sacerdote, perseguido también, teme ser expulsado del cuerpo y desea quedarse porque espera poder hacer un poco de bien, y en la posición en la que estoy, aquí, con dos policías plantados en la puerta de mi hotel para tomar nota de todos los que vienen a verme, no puedo recibir a este sacerdote sin comprometerlo, no puedo tampoco ir a la casa de él (porque me siguen) por lo que nos vemos obligados a darnos citas en las casas de terceros. Es verdaderamente curioso. Él me asegura que si yo me quedara seis meses, él podría hacerme conocer ocho o diez jóvenes sacerdotes tan avanzados como él. Pero los pobres jóvenes temen la persecución y no osan hacerse conocer por lo que ellos son realmente. Este descubrimiento de sacerdotes avanzados me ha gustado.

Aquí vienen a mí mujeres del pueblo, el día en que Bardez vino a recoger los papeles, él no quiso creer que yo tenía una reunión de mujeres. Está bien, me dijo, con un aire profundamente hábil, usted sabe señora que no soy un novicio y que sé a qué atenerme con esos modales delicados. ¡Una reunión de mujeres! ¿Y usted piensa que yo caigo en eso? No obstante, a las 5 yo tuve mi reunión de mujeres. Ellas eran nuevas, todas muy dispuestas a escucharme y muy dispuestas a seguir mis consejos: ellas debían ocuparse de los asuntos políticos, sociales y humanitarios. Les demostré que la política entraba hasta en la olla y ellas lo comprendieron muy bien. Había tres mujeres notables por su inteligencia y el deseo ardiente de servir a la causa. Hay una, sobre todo, con la cual cuento mucho: una dama Bernard, la única comunista que se encuentra allí, nos da un ejemplo contundente de la estupidez a la que uno puede llegar cuando está encerrado en una idea. Esta mujer habla muy bien sobre la cuestión religiosa y social; luego, cuando se trató de adherir a la Unión Obrera, todas esas mujeres lo hicieron con gran alegría, sólo ella se pronunció en contra diciéndome: «Señora, yo encuentro su pequeño libro muy bueno,

pero nosotros los comunistas tenemos algo más bello porque tenemos un plan completo, nosotros queremos ése y no el suyo, que no es más que un medio de transición como usted lo dice». Le dije todo lo que era necesario decir para demostrarle que para llegar a su Edén era necesario en primer lugar pasar por una transición, que la humanidad sólo marchaba paso a paso. Ella no entendía nada. Quiero a mi Ícaro y vivir en Icaria y no salgo de allí. Muchos icarios son de esta categoría, pero los comunistas los acusan e incluso los ridiculizan. En este aspecto el señor Cabet ha hecho mucho daño a los obreros, ha paralizado en ellos toda acción, hoy los obreros no ven más que el reino de Icaria, quedan fascinados con esta visión. Esperan, en lugar de trabajar activamente para preparar este reino feliz. Este estado alcanza a los otros en toda su energía; yo considero esto como una gran desgracia, pero no podrán quedar mucho tiempo en esta etapa de inmovilismo.

*16 de mayo.* Fui ayer al baile de los tallistas de piedra en la gran sala de la Rotonda en donde se hacen los bailes aquí. Había dos mil personas, obreros y obreras. La fisonomía de este mundo no se parece en nada al mundo del mismo tipo en París. Aquí una tranquilidad perfecta, orden, incluso frialdad hasta en el placer. Me gusta mucho el aspecto de este pueblo: la razón, la virtud en persona. Si una circunstancia puede lograr inflamar a estas personas, ellas se harán terribles. Sé bien que un pueblo tal no dará jamás el impulso, pero el de París se encargará; es necesario que vea de abordar a esos tallistas de piedra que todavía no he podido ver. Actualmente, mi posición es completamente singular, soy conocida por todos los obreros y no puedo dar un paso sin encontrar un obrero que me salude; yo no lo conozco, porque al ver masas de hombres no me puedo acordar de sus caras, mientras que ellos se acuerdan muy bien de la mía. Solamente que los obreros no podrán decir al hablar de mí lo que los soldados decían de Napoleón: «¡No

lo he visto jamás!». Él aportaba la muerte, debía esconderse; yo apporto la vida, debo mostrarme.

Acabo de ver a un obrero que me repitió (es al menos el cuarto) la palabra del duque de Orleáns cuando vino aquí en 1831: Me preguntaban cómo daríamos trabajo a los obreros: «¡Oh!, en cuanto a eso, no es mi asunto; no me tengo que ocupar de dar trabajo a los obreros, vengo para hacerlos entrar en orden, eso es todo». Vi con placer que esas palabras de la boca del príncipe destinado a ser rey habían quedado profundamente grabadas en la memoria de los obreros lioneses. Además, cuando el duque de Nemours vino aquí hace dos años, todos los obreros repetían con un tono de ironía: Ese benjamín piensa como su ilustre hermano mayor, su asunto no consiste en dar trabajo a los obreros. He aquí palabras que hunden a los reyes para siempre.

Vi por fin ayer a los tres obreros falansterianos, son los primeros, me parecieron completamente nulos. Muchas mujeres falansterianas han venido y son también nulas. No sé para qué sirve el fourierismo realmente. Este artículo de Victor [*Considerant*] es lamentable. En lugar de abordar francamente la cuestión, la elude siempre. Aquí los burgueses falansterianos son nulos, no osan tomar la iniciativa en nada, se muestran muy tímidos. Incluso la misma señorita B que es de una naturaleza buena, educada, muy generosa. ¡Y bien! Se deja influir por la opinión de los otros. A todos les faltan nervios. Sólo los de Dijon me parecieron buenos, son casi todos obreros. Esta escuela puede tener valor en el futuro, pero no tiene ningún poder para el presente.

*18 de mayo.* Desde hace dos días estoy enferma, debido a una corriente de aire que atrapé en el baile de los tallistas de piedra, y a pesar de eso, es necesario que hable, que salga. ¡Qué cansancio! No sé en verdad si podré continuar, sin embargo, lo deseo mucho. El trabajo será mucho más completo,

yo regresaré dañada. Aquí en casi todos los gremios los obreros ganan 1 y 1,50 FF menos que los de París —y trabajan más. Carpinteros, cerrajeros, etc. Desde las 5 de la mañana a las 8 de la noche, dos horas de descanso. Los obreros de la seda de 5 a 8 (tengo una nota para ver sobre el tema), gastan por día de 15 a 20 medios (ídem), la vida es más cara aquí que en París; solamente hay menos ocasiones de gastos. (Me hace falta notas sobre todo esto).

Cosa notable, todavía no he encontrado aquí un solo burgués lúcido. Incluso los burgueses fourieristas son apenas lúcidos, y esta ciudad tiene 240.000 habitantes, incluidos los suburbios. No he recibido ninguna carta, ninguna visita de algún burgués que viniera a felicitarme o a ofrecerme sus servicios, mientras que en todas las otras ciudades he recibido al menos dos o tres. Es realmente lamentable. Esta ciudad bajo el dominio de los burgueses es lo más atrasada que se puede encontrar, ¡y las personas de esta especie son los amos! Les voy a hacer mi pedido para el primer Palacio [*de la Unión Obrera*]; apuesto que ni uno responderá, pero será una buena lección para el pueblo, es absolutamente necesario que el pueblo no cuente con ellos, si confía sus intereses a los burgueses, está perdido.

Y bien, los pobres obreros tienen tan poca confianza en ellos que hace un instante uno me decía que se debería hacer un pacto con los carlistas a fin de tener dinero. Es aterrador cuando uno oye hablar de tal manera. Se debe sembrar, no hay nada más que hacer por el momento. Las ideas germinarán, luego veremos dentro de cinco años. Es absolutamente necesario que ponga un pequeño apéndice en mi libro para hablar de los hoteles de apartamentos y los mozos; los cargadores de maletas, etc. De Chalon a Mâcon 4 FF —el barco a vapor y los cargadores de maletas de Chalon piden 2 FF, de manera que la carga de sus efectos cuesta tan cara como el viaje. El hotel de Auxerre igualmente malo, pero no muy caro. En Avallon malo

y bastante caro. En Semur, bueno. En Dijon, bueno y no muy caro; es el mejor que he encontrado, pero el alojamiento detestable, el servicio mal hecho, en fin, todo bastante desagradable y es el mejor. En Chalon, mal, muy mal. La sirvienta muy bien, le doy 10 al partir por dos días, muy mal. Hacer sentir cómo esta costumbre de dar a las domésticas es mala: las vuelve interesadas y en hostilidad constante con los burgueses. Ídem los dos mozos al acompañarme. En Mâcon, el robo de un franco por los cargadores de maletas. La desvergüenza del gran moreno —mi impresión de que era el precio regulado por el comisario; el esfuerzo que se daba para persuadirme de que no me robaba. El malestar del pequeño rubio mientras su camarada hablaba y la turbación que experimentaron cuando me encontraron en el muelle —reflexiones profundas a hacer al respecto. El pequeño rubio regresó dos días después a entregarme un paquete; yo le reprochaba su estafa, y él me confesó ingenuamente que su camarada había pedido un franco de más, se escapó rápido sin reclamar su comisión, dejándomela en compensación de lo que el otro me había robado. Pudor encantador. ¿Qué negociante habría hecho lo mismo? El «Hotel du Sauvage» en Mâcon, ¡horrible! y caro —ninguna regla, la lavandera pidiendo el doble, etc. Lyon: la aduana, al igual que en todas partes, no cumple su deber. Los cargadores de maletas menos caros, igualmente ladrones que en Mâcon. El cochero de plaza, ladrón también; nada está reglamentado como en París. En todas esas ciudades el desorden reina por todas partes. El «Hotel de Milan», muy grande y de primer orden, por así decir —todo está sucio: el alojamiento, la cocina, los domésticos, es horrible y sin embargo tiene 60 habitaciones, lo que representa más de cien viajeros. Dos comidas al día, la una a las 3 la otra a las 5. Hay más de cien personas en la mesa por vez. ¿Por qué no hacer como en Estados Unidos un gran hotel de dos mil personas? Igual uno en Ginebra. Se podría unificar, establecer tres tarifas de acuerdo con los ingresos. Desarrollaré

esta idea y haré resaltar todas las consecuencias. Ciertamente hay muy buenas cosas a decir al respecto. Y están muy mal todos esos muchachotes que uno retira de la agricultura para hacerlos servir la mesa o barrer cuartos. Los puertos están poblados de esos ociosos, hombres desenfrenados que gastan en juergas todo lo que ganan, horrorizando al pueblo de tan codiciosos, fríos, egoístas y desagradables que son. Tendré muy buenas cosas que decir sobre todo esto. Las virtudes en los hoteles son vicios. Si son sobrios, el dueño los odia; si son limpios, los empleados domésticos los detestan. Ahora bien, como yo poseo esas dos virtudes en sumo grado, juzguen la cara que me ponen en todos los hoteles, dueños y empleados domésticos me detestan. Qué inmoralidad esta propiedad, en todas partes el vicio se deja sentir. En ningún hotel hay suficientes domésticos para atender, porque es de su interés personal estar lo menos posible, así como del dueño que los alimenta, de manera que uno está mal servido, lo que no impide que ellos pidan mucho y no estén nunca satisfechos con lo que les dan.

Todos estos inconvenientes hacen a los viajes excesivamente pesados, cansados y desagradables. No sé verdaderamente quiénes pueden viajar por placer. Además, uno escucha en todas partes en coche, en barco, hoteles, etc., que los viajeros se lamentan de la desgracia de estar forzados a viajar. Los hombres parecen más fastidiados incluso que las mujeres. He encontrado algunos que estaban de un humor asesino. El hecho es que para un hombre habituado como lo están los hombres ricos a una comodidad refinada, debe ser irritante esta vida de hotel en la que uno come mal y en la que está peor servido. Sé que de mi lado, y yo no soy difícil, encuentro esto fatigante en extremo, pero agobiada por mis grandes ocupaciones, casi no me doy cuenta, o lo soporto con paciencia.

*18 de mayo.* Acabo de recibir una carta del vizconde de Bouchage. Este querido señor se dedica a servirme, pero veo

que no podrá nada; lo empujo hacia la vía en la que lo he hecho entrar a pesar suyo, pero no comprende o no osa reclamar el «derecho al trabajo», el único reclamo al que debería prestar atención. No son hombres como éste los que podrán salvar al país. Le falta: 1º inteligencia y 2º la energía necesaria. Y ese señor Champvaux, ¡Qué blando y burgués es!

*20 de mayo.* Ayer tuve una velada magnífica, habíamos reunido en un taller de Saint-Clair a unos cuarenta hombres, de los cuales casi todos eran republicanos. Esos señores querían hacerme la oposición. Yo muy contenta porque estaba segura de confundirlos; me dirigí ahí como siempre, sin ninguna preparación. Llego, encuentro un taller bien arreglado, hombres con grandes barbas (es el signo republicano) con la apariencia muy dura, muy virtuosa, muy terrible. Por lo demás, bastante bien vestidos, parecen más bien militares vestidos de burgueses que obreros. Al ver esas fachas guerreras esperaba sostener un asalto formidable. Me puse a hablar y ninguno de los terribles tomó la palabra para responderme; dos o tres de los no terribles me hicieron algunas objeciones sin importancia, sin valor, y reconociendo eso ellos mismos, abandonaron la discusión (era sobre los derechos políticos). Habíamos conversado, o mejor dicho, me habían dejado hablar durante una hora. Todos parecían convertidos de corazón a la lógica de mis razones, cuando un individuo, ubicado en el extremo, en una esquina en la que yo todavía no lo había visto, pidió permiso para hablar. Se lo di y comenzó un discurso con un tono enfático, su voz estaba emocionada y se veía que estaba en un estado de exaltación. Apenas había pronunciado algunas frases cuando reconocí en él inmediatamente a un san-simoniano. A pesar de ser un obrero de la seda, este hombre ha recibido educación, conoce su lengua, se expresa con facilidad, pero su raciocinio es desordenado, este infeliz está casi loco. Aunque habló con emoción, fuego y exaltación, yo permanecí

fría, pero cuando le tocó hablar de la mujer, comprendí enseguida lo que lo había vuelto loco. Este hombre del pueblo, esta naturaleza ardiente y exaltada, había sido atraído al sansimonismo por ese instinto divino que guía a las grandes naturalezas hacia las grandes cosas. Este hombre no ha visto en el sansimonismo más que una idea, la de la mujer. Pero esta idea fecunda, gigantesca, se presentó a su espíritu con tal fuerza y poderío; esta idea abrió en él un mundo tan grande, tan inmenso, tan magnífico, que su cerebro deslumbrado no pudo soportar el resplandor y sus facultades intelectuales recibieron un choque terrible. Así, este hombre no ha retenido de todo ese mundo sansimoniano más que una idea, la de la mujer. Niega el progreso, olvida que la escuela sansimoniana lo ha constatado; olvida las rehabilitaciones del trabajo manual, aunque es obrero (se llama Pérelle), sólo le ha quedado una cosa, la rehabilitación de la mujer, la superioridad de la mujer, el advenimiento de la mujer. Mi presencia, la presencia de una mujer viniendo a hablar a los proletarios es para ellos el advenimiento de la Mujer, este advenimiento que espera el sansimoniano.

Y observen: este hombre está loco para todos los otros. Así han sido considerados en todos los tiempos aquellos que se adelantaron a su época viviendo en el futuro. Jesús pasaba por un loco para los ojos de sus contemporáneos, y los que han venido luego han hecho de él un Dioses.

Pérelle, el obrero sansimoniano de Lyon, conoce a Lalle-mant, el comerciante de tela de Dijon; son dos locos a los ojos de sus contemporáneos, y en el futuro serán considerados como hombres superiores que han comprendido el advenimiento de la mujer. ¡Honor a los locos!

Sintiendo lo que pasaba en este hombre, me sentí profundamente emocionada. ¡Oh! ¡Qué felicidad vivir así en sus hermanos y esto por el amor más grande, más ardiente, más divino que criatura humana pueda experimentar! Todavía hoy estoy inundada de emoción.



Respondí a este hombre con las lágrimas en la voz. Entre los cuarenta hombres reunidos allí sólo el loco me comprendía, y lo había dicho en un movimiento de imaginación sublime: «¡Sólo yo Señora, comprendo por qué está usted aquí!»... ¡Plazca a Dioses, exclamé en un momento de entusiasmo, que todos ustedes comprendan de la misma manera por qué estoy aquí!, pero aunque ninguno de ustedes lo comprenda, su instinto les hace sentir y la prueba es que ustedes, hombres de pueblo, vienen aquí para escuchar mi voz y la buena nueva que les traigo. Mi emoción se comunica a todos y a pesar de que estos hombres no aprueban la emancipación de la mujer, todos estuvieron profundamente emocionados y dijeron: «¡Ah! señora, apreciamos su abnegación y le estamos profundamente reconocidos». Pasado el momento de emoción, regresé enseguida a mi estado de calma, razonando fríamente, calmadamente, cualidad que me asegura la estima y la alta consideración de esos hombres eminentemente fríos y positivos. Les propuse firmar, todos aceptaron con celeridad, se encargaron de hacer firmar, pidiendo formar un comité Director de Unionistas. En fin, hubo más ánimo del que nunca había visto todavía. El señor Pérelle me esperaba ubicado cerca de la puerta por la que iba a salir, quería saludarme. Le tendí la mano dirigiéndole algunas palabras de agradecimiento, de manera que los otros comprendieran que yo apreciaba al hombre que comprendía a la mujer, y a él le dirigí algunas miradas que llevaron a su alma la más grande satisfacción.

Salí de ahí sudando, porque toda esa gente en un espacio tan pequeño y el calor de la discusión me habían hecho nadar. Yo estaba feliz, iacababa de iluminar a numerosas almas! La señora Blanc que yo traigo conmigo a estas sesiones a fin de acostumbrarla a la vida a la que yo quisiera hacerla entrar estaba en un estado de emoción y entusiasmo del que ya no se puede decir nada más. ¡Ah!, ¡si tuviera un auditorio de doscientas mujeres parecidas a ésta! Qué entusiasmo produciría

yo. Regresamos, se quedó en mi casa hasta medianoche, esta mujercita es muy buena, vale más que la señora Mallet. Hay más vigor, fuerza, quizá menos inteligencia. He aquí dos buenas adquisiciones. Me dormí en un estado de beatitud verdaderamente indescriptible.

*19 de mayo, domingo.* Acabo de recibir una carta de M. G... que me ha gustado. Éste es un ser realmente convencido y dedicado de alma entera a la santa causa que yo sirvo; esta carta está verdaderamente llena de fuego, de convicción, de ánimo. Si hubiera un movimiento, hombres como éste se mostrarían más admirables incluso que nuestros padres de la revolución, y sin embargo éste es un hombre esclavo del hambre, obligado a contenerla porque el propietario de su diario no quiere que él se manifieste según la grandeza de su corazón y de su inteligencia. ¡Qué pensamiento atroz! Un ser tan magnífico asesinado porque no tiene pan. No oso detenerme en este pensamiento, me volvería loca y sanguinaria, esta es la causa de las revoluciones terribles. Pobre joven, cómo debe sufrir; tener tanto amor en el corazón, tanta energía, un ardor tan grande por el bien y no poder hablar porque debe soñar en alimentar a sus cuatro hijos —su vida debe ser un suplicio a cada instante. Hace 17 días que estoy en Lyon, ino he visto todavía a ningún burgués lúcido! Es duro. ¿Decididamente, sólo hay, entonces, sordos y ciegos en este país? No se presentará ninguno, será vergonzoso para la ciudad de Lyon, el señor Arquillère sólo viene a verme para hacerme hablar. El señor Tiaffait, que tiene adoración por mí, que me admira y encuentra mi pequeño libro lleno de pensamientos inmensos, cuyo único defecto es el de ser demasiado bello. El señor Tiaffait no osa venir a verme desde el asunto del Procurador del rey. El señor Bervien, hombre probo, honesto, virtuoso, me hace la oposición y ya no quiere ayudarme en nada porque desaprueba la marcha revolucionaria en la que estoy (¡es encantador!). El señor Edant no

ha venido, el señor de Laperrière no ha venido. El señor Meniquet no ha venido, voy a regresar a la casa de todas esas personas a fin de mostrarles su error en pleno. ¡Qué lástima! Contar con la burguesía es una locura que se debe dejar a los fourrieristas. No sé, en realidad, en qué piensan las autoridades de Lyon; ponen vigías en mi puerta, dos policías que no se van nunca, me hacen espiar en mi hotel, hasta en una habitación vecina de la mía. Todavía hay ahí un vigía para escuchar todo lo que se dice en mi habitación, y a pesar de todo ese lujo de agentes, tengo reuniones cada noche y recibo obreros durante toda la jornada, ¿para qué sirve, entonces, que me espíen? No entiendo nada. Estoy impaciente por ver el final de todo esto.

Más robos del dueño del hotel, todas las cartas cuestan un centavo más porque el cartero las sube al segundo piso, y observen que en el primer piso tiene un café suyo en que podría recibirlas. Observen, asimismo, que la administración postal no debería sufrir infracciones parecidas de parte de sus empleados. Es claro que los carteros no deben subir las cartas porque pierden mucho tiempo y el servicio en general es el que sufre, pero todo se hace así, es un desorden organizado.

Otros robos. El café del primer piso vende su chocolate a 10 centavos, el hotelero cobra por él 12. Es incomprensible que uno persiga al ladrón que roba en la calle y que uno autorice al ladrón que roba en su tienda. ¡Oh! Cómo voy a revelar todo eso.

*20 de mayo.* Hoy me tomé finalmente el tiempo de ir a ver el Museo. No hay nada bello y destacable para una ciudad de primer orden como ésta, el de Dijon es muy superior. La única cosa bella que he vuelto a ver allí con placer es «Raisins au Christ» (porque es necesario que la cosa más bella sea el nominativo de Saint-Jean). Esas frutas son tan bellas que son religiosas, el cuadro el «Vengeur» está ubicado al extremo en la sombra, no sé por qué no lo ponen a buena luz. Como es revolucionario, sin duda temen exhibirlo a los ojos del pueblo lio-

nés. En la sala de los maestros llamados originales hay una «Ascension» de Pérugin, muy bella, la cabeza de San Pablo es una obra de arte, es probable que sea de Rafael; por el contrario, en los otros cuadros no hay más que mediocridad y maestros de segundo orden. Nada bello en escultura. Ese Museo, como toda la ciudad de Lyon, es sucio: escaleras, patios, piso, techo, todo es negro, desagradablemente polvoriento, decididamente los lioneses son sucios, no obstante que no les falta agua.

El museo está abierto dos veces por semana, jueves y domingo, y en la semana reciben extranjeros con su pasaporte, pero es necesario dar una moneda a los guardias, lo que no se hace en París y no debería permitirse en ninguna ciudad de Francia. Esas costumbres de limosna deben desaparecer completamente en un pueblo libre, independiente y amigo de la igualdad. Todos los extranjeros que visitan Italia, Inglaterra y España critican con razón esa costumbre envilecedora de dar limosna en todos los lugares en donde uno entra; no se debe poner a Francia en esa situación. Mostraré ese vicio muy firmemente, a fin de que la ciudad de Lyon ponga orden. Además, los empleados del Museo son pagados, no veo por qué ellos exigen un impuesto a los visitantes que tienen derecho a visitar el Museo todos los días. Costumbres parecidas envilecen el arte convirtiéndola en una mercancía: lo que ya ha sucedido en Inglaterra.

*21 de mayo.* Los obreros llegan de todas partes; sería necesario poder quedarse aquí tres meses. La gente de *Le Censeur* sostuvo ayer que en Lyon, a lo más mil obreros se interesan en las ideas. Esos llamados políticos no tienen ninguna idea de lo que pasa en el pueblo. Más de dos tercios de los obreros se interesan en las ideas sociales y políticas de una manera más o menos profunda, pero finalmente todos se interesan.

Acabo de pasar cuatro horas en la Croix-Rousse visitando los talleres. Estoy maravillada de todos los hombres que encontré,

e incluso de las mujeres. Son gente sensata, razonable, que hablan acertadamente sobre todas las cosas. Es para mí un agradable placer conversar con todos esos hombres. Más los conozco, más motivos tengo para estar contenta, quiero su mejoría y también la mejoría de todos. Evidentemente, no esperaba encontrarlos tan bien. Estoy agradablemente sorprendida, vimos a un antiguo sansimoniano —mejor hombre no se puede—, es muy pobre, no tiene más que un oficio y como está enfermo está obligado a hacer trabajar a una obrera en la parte de encima. De manera que eso le reporta a él quizá 1,50 FF por día. ¡Vivir dos (él y su mujer) con eso! Vive en el quinto piso, su pequeña vivienda tiene todavía una cierta apariencia, los yesos de Saint-Simon<sup>63</sup>, del padre Enfantin y otros Padres están ahí cerca de su cama; sobre la cómoda de libros que anuncia que este hombre ha hecho estudios y vive en el dominio del pensamiento. Sería muy capaz de ocupar un empleo, pero él prefiere la pobreza y vivir más independiente. Este hombre está lleno de dignidad, me place verlo. Vi también a una joven mujer que me gustó; su fisonomía anuncia en ella una bella alma, tengo que trabajarla para darle un poco de fuerza, de la que

---

<sup>63</sup> A lo largo de su diario, Flora Tristán alude constantemente a los sansimonianos. Saint-Simon. Claude-Henry de Rouvroy, Conde de Saint-Simon (1760-1825), fue un teórico francés posterior a la Revolución Francesa, propuso unir a las clases productoras en contra de las clases ociosas, especialmente contra las «dos noblezas» de Francia: la antigua nobleza y la napoleónica. Dicha comunidad se debía basar en la organización y la planificación de la producción en gran escala, en el mayor uso posible del conocimiento científico y tecnológico y en una administración centralizada por medio de una autoridad directora y planificadora constituida sobre la base del mérito. Según G D. H. Cole «[...] la gran contribución de Saint-Simon consiste en afirmar que la sociedad, a través del estado transformado y controlado por los productores debe planificar y organizar el uso de los medios de producción a fin de marchar a la par con los descubrimientos científicos» (COLE, G D. H. *Historia del pensamiento socialista. I: Los precursores 1789-1950*. México: FCE, 1980, p. 56). [N. de la T.]

carece. Todas estas visitas me interesan, me placen, las hago con felicidad, con amor. ¡Oh! Si el poder no fuera ciego, si quisieran que me ocupe del pueblo, ¡cuánto bien podría hacer! ¡Qué fatalidad que los que gobiernan vean todo al revés! ¡Mi Dioses, dame entonces un medio para hacerles entender razones!

En cada taller en el que entro se quejan de los salarios: la jornada de las mujeres es de 15, 20, 25 centavos, la de los hombres 1,50 FF, 2 FF, 2,50 FF, y un desempleo considerable. ¿Cómo vivir con eso y criar dos o tres hijos? Pero lo que me place es que no encuentro en ninguna parte un solo obrero resignado, todos sufren con impaciencia y apelan con todos sus ruegos a un cambio. Ello es lo que prueba el avance de estos hombres. En las pequeñas ciudades encontré algunos resignados, aunque bastante pocos.

Voy a ver esta noche a Icarios pura sangre —ieso debe ser gracioso!

¡Oh! ¡Icarios encantadores! Llegamos a las 8:30, se habían ido. Las dos mujeres nos dijeron que acababan de irse, habiéndonos esperado media hora (y la cita era a las 8). ¡Es verdaderamente encantador! Éstas son personas que para asistir a una procesión, un espectáculo, fuegos artificiales o cualquier cosa del mismo tipo, esperarían tres o cuatro horas, plantados en una plaza o en la puerta de un teatro, y cuando se trata de esperar a una persona que viene expreso de 200 leguas para hablarles de sus propios intereses, no pueden esperar media hora (porque eran ellos quienes estaban adelantados). Para el caso, esta es la primera vez que me sucede algo parecido, ¡pero es sorprendente! Esto me da la medida del orden de ideas que hay en las cabezas icarias, con hombres de este temple juzguen la felicidad de la que una disfrutaría en Icaria. Hay una falta de maneras, de corrección, de cortesía que es verdaderamente lamentable (eran ellos quienes habían acudido en la mañana para rogarnos que fuéramos). Es necesario que vea a estos hombres, deben ser curiosos.

Pobre bonachón el padre Cabet —de tal maestro, tales discípulos. Tal hombre, es decir, una monstruosidad de personalidad vanidosa y vacía, no podía engendrar sino cosas ridículas e inconvenientes. Todos los Icarios pura sangre son también así. Sin embargo, es necesario rendirle justicia a este hombre, ha hecho bien. Así, con su novela de Icaria, cuyo fondo y forma hace rechinar los dientes a los obreros así sea poco nervioso, se ha apoderado de este sector de obreros esencialmente ignorantes e inertes sobre el cual ninguna doctrina había podido morder. El problema del señor Cabet es el egoísmo estrecho y la vanidad organizada; orden de ideas en la que se encuentra este grupo de obreros. Mostrándole un lugar suyo limpio y confortable para cada uno, un jardincito para él solo, que conservara la autoridad del padre y del marido, y les diera una patria para sí y superior a las demás, un jefe (un Ícaro) nombrado por ellos que se convirtiera, por consiguiente, en su objeto, era seguro que agradaría y se apoderaría de esta porción de la clase obrera que es todavía ciega o al menos miope y que no ve más lejos que su pequeño bienestar personal. Esto es tan cierto que la parte fuerte, inteligente, generosa de la clase obrera ha rechazado su Icaria con desdén, con la más profunda lástima. Tengo la felicidad de escuchar todos los días a obreros que me dicen con cierta piedad: Qué viene a cantarnos, entonces, ese viejo individuo Ícaro, si cada uno quiere un jardincito, ¡sería bonito! Queremos que la tierra forme tan sólo un gran y magnífico jardín para todos, que la humanidad devenga una gran y misma familia en la que cada miembro viva según sus gustos y reciba según sus necesidades. Toda la porción inteligente de los comunistas (es la gran mayoría) piensa y habla así. No se la debería confundir con los Ícaros del padre Cabet.

El buen Ícaro ha hecho el bien, entonces, en el sentido de que ha pulido a hombres que sin su novela no hubieran consentido jamás a leer una sola línea de no importa qué libro. Hoy día esos hombres, aunque permanecen en un egoísmo

estrecho de la personalidad, tienen ideas, sin embargo, que no habrían tenido jamás. No se debe dudar que saldrán de este orden estrecho para entrar en uno más vasto. Son estos mismos obreros, quienes, convirtiéndose en jueces (siguiendo lo que Cabet les pide en Icaria) leen todas las obras socialistas, filosóficas que aparecen y deciden si la obra es buena, si es buena la hacen circular y la toman bajo su patrocinio; si deciden que es mala, la ponen en el índice. Esto es exacto, absolutamente, como la Corte de Roma. He aquí lo que la personalidad produce: cosas cómicas, ridículas, grotescas! Saco buen partido de todo eso.

Me acordé ayer que había olvidado dos cosas importantes para contar de la visita al hospital. Las escudillas de tierra de colores, en las cuales beben los pobres enfermos, son para vomitar de tan groseras y repugnantes que son. Luego, las salas de pago (1 FF por día), están más limpias (aquí las escudillas son en loza), pero les falta aire por no tener ventanas más que de un lado.

Me acuerdo todo tipo de puntos que he olvidado, por escribir siempre tan apurada. Por ejemplo, la impresión que me produjo el palacio del arzobispo de Dijon: su gran patio, la bella escalera, las dos grandes antecámaras, su estupendo gabinete y todo lo que yo suponía de los otros departamentos sin ocupar, salón, oratorio, etc. Al salir del taller de un sastrecillo en donde había encontrado cinco hombres apiñados sobre una mesa en una pequeña habitación de ocho a diez en el cuarto piso abuhardillado. Dos estaban obligados a postrarse enteramente sobre sus rodillas para ver el claro a través de una pequeña ventana que traía la luz del día de costado. Los tres otros recibían la luz del día por un tragaluz en lo alto. El aire que respirábamos en ese hueco era infecto. Yo estaba sofocada. «Mi Dioses, les dije, ¿cómo pueden vivir así?» En invierno, cuando su pequeña estufa está prendida, deben ahogarse. Uno de esos obreros, de tono lívido, de ojos hundidos y brillantes,



de cuerpo flaco y huesudo me respondió con una sonrisa que tenía de ángel y de diablo: «¡Oh! Señora, he aquí el secreto, en verano, como en invierno, no vivimos, morimos cada día y cada hora. Es la suerte de nosotros los obreros, estamos aquí abajo para hacer vivir agradablemente a los ricos y para morir de hambre produciendo. ¿Qué quiere usted? Siempre ha sido así y es necesario tomar su partido, porque es probable que así sea siempre».

Salí de ese taller con el pecho oprimido, el corazón profundamente entristecido. La desesperanza seca y concentrada de ese obrero, la culpable apatía de los otros cuatro hacía nacer en mí las reflexiones más desoladoras. Cuando llegué donde el obispo que juzguen lo que pasó en mí cuando vi en la casa de ese prelado todos esos vestíbulos, antecámaras, salones tan vastos, en los que el sol y el aire circulaban abundantemente; una pérdida total porque nadie vivía ahí (tendría lindas cosas que decir al respecto).

*22 de mayo.* Nuestra Señora de Fourvière, reinando con todo su poderío en Lyon, como en la Edad Media<sup>64</sup>.

Fui ayer a ver esta maravilla, fetiche innoble venerado en dos o tres departamentos a la redonda. Esta pequeña capilla de Nuestra Señora de la Fourvière está situada sobre el punto más elevado de los picos que rodean la ciudad. Es una ruda fatiga subirla. Los caminos que conducen a ellos, al menos los dos que yo seguí, tienen un aspecto sombrío, triste; son estrechos, sinuosos, polvorientos y aprisionados entre dos altas murallas sucias y negras. Una se siente oprimida, asfixiada. Una encuentra primero la casa de los Hermanos de la Escuela Cristiana, primera prisión en la que el espíritu y el cuerpo del niño soportan el suplicio y la asfixia (por el peso de la ignorancia).

---

<sup>64</sup> La Virgen llamada Nuestra Señora de Fourvière es venerada desde el siglo XII como patrona de la ciudad de Lyon. El 8 de septiembre y el 8 de diciembre son fechas centrales en su culto. (N. del E.)

Enseguida el asilo, otra prisión en la que la vejez aguanta todos los suplicios, privación de libertad, de afecto de alegría, y maceraciones del espíritu y del cuerpo. Y eso en recompensa a toda una larga carrera de trabajo y de sufrimientos. ¿Por qué, quiénes son los huéspedes de esta prisión? Obreros y obreras que han pasado toda su vida produciendo de todo, y privándose de todo. Pero llegados a la edad en la que el hombre a fuerza de trabajar ya no tiene fuerzas, y por consiguiente no puede servir de máquina productiva, se ha juzgado que esos mendigos podrían ser peligrosos y desagradables a los burgueses; en consecuencia los burgueses que dirigen a la policía de las ciudades (concejo municipal) han borrado sin ceremonia de la sociedad a esos viejos mendigos miserables y los han condenado a terminar sus días en una prisión que ellos denominan asilo —lo que quiere decir en buen francés, obreros incapaces de trabajar por su vejez, o máquinas usadas a ser desechadas. En la puerta de esta innoble prisión, las armas de la ciudad de Lyon se pavonean con una gran muestra de colores. Eso me pareció de un cinismo completamente característico. En todas las otras ciudades se contentan con poner encima de la puerta: «Asilo». Al lado está el cuerpo de guardia, siempre la fuerza armada para mantener la compresión y la opresión.

Viene enseguida la capilla nueva de Santa Filomena, la nueva santa enviada hace tres años por el Papa y destinada a establecer una temible competencia a la antigua santa, Nuestra Señora de Fourvière. La capilla es chiquita, pero amoblada con una cantidad de cuadros pequeños que testimonian los milagros operados. Esos pequeños grabados coloreados, etc., ison innobles desde el punto de vista del arte! En ninguna iglesia, incluso de pueblo, he visto algo tan espantoso. Esto testimonia un hecho que los sacerdotes debían ocultar con cuidado; marcas de creencia parecidas prueban evidentemente que los que creen pertenecen a la clase más ínfima de la sociedad. La Santa, objeto de la veneración de esta sección ínfima, es una mu-

ñeca de cera de tamaño natural. Los sacerdotes, como uno se lo recuerda, han querido hacer creer que era el esqueleto de la Santa cubierto de cera; muchos pobres campesinos lo creen. Esta muñeca está vestida como una bailarina de un mal teatro de provincia. Tiene una enorme corona sobre la cabeza en latón dorado, un traje en terciopelo rojo dorado, su traje es sólo de oro, de oro y dorado. Todo está encerrado en una vitrina de vidrio —nada más grotesco, más de feria de campo que la disposición de esta capilla y de los ornamentos que la decoran. Pero el milagro o su atractivo rinde grandes beneficios a la tienda. Muletas de paralíticos curados milagrosamente por Santa Filomena están desplegadas en gran exhibición; al salir de esta tienda de milagros uno sube, sube siempre, y al llegar a una pequeña meseta encuentra el hospital de los locos y las prostitutas enfermas de enfermedades vergonzosas que tiene por nombre «L'Antiquaille»<sup>65</sup>. ¡Es un edificio inmenso! ¡Ah!, en un lugar de miseria y de dolor como la ciudad de Lyon los locos y las prostitutas deben abundar. Al pasar escuchamos gritos salvajes, eran los pobres locos que aullaban; luego, cantos de los que algunas voces eran bastante suaves, eran las infelices chicas prostituidas que cantaban.

Había proyectado visitar este asilo de dolores, pero no tuve el valor. Para qué usar mis fuerzas en cosas inútiles. La vista de esos infelices no me hubiera enseñado nada. Mi misión no es la de registrar los hechos, sino, más bien, investigar las causas que los producen. ¡Y bien! Las causas de la locura y la prostitución son la miseria y la ignorancia en las cuales se deja al pueblo. Una pobre obrera que gana 50 centavos por día no puede vivir: para tener pan, y con frecuencia trabajo, se prostituye a un fabricante, a un empleado de tienda que no le da trabajo más que con esta condición. La prostitución empeora su situación: se enferma, luego se vuelve loca. Sucede lo mismo con los

---

<sup>65</sup> La Antigualla, por las numerosas antigüedades que había en el lugar. (N. de la T.)

hombres, la miseria y la desesperación los vuelven locos. Hay en esta casa locos de ambos sexos. Hay, además, otra casa de locos en Lyon. San Juan de Dios, conducida por los Hermanos (es necesario que tenga la cifra de locos de esas dos casas y tantas chicas prostitutas). He aquí el bello resultado del orden social. Uno hace todo para provocar el mal, y cuando el mal está hecho, gasta mucho dinero, emplea sabios para curar el mal. En verdad, una manera tal de proceder es tan idiota como cruel.

En la plaza de «L'Antiquaille» comienza otro espectáculo. Las pequeñas tiendas, puestos y escaparates en donde se venden oropeles sagrados y milagrosos de la gran tienda llamada Iglesia católica; este comercio consiste en despachar a muy bajo precio todos los artículos religiosos. Parece que la partida es buena, porque cerca de cien tiendas que tienen los mismos artículos tapizan los dos o tres caminos que conducen al monte de Nuestra Señora de Fourvière. La mercancía santa y sagrada consiste en rosarios de todas las calidades, vírgenes, jesucristos, santos y santas de todas formas: cruces, corazones, palmas y reliquias de todos tipos de virtud, medallas de diversos modelos que representan una cantidad innumerable de santos, en fin, imágenes y cuadros coloreados, desde el punto de vista del arte, todos más feos e innobles los unos que los otros. Viendo la cantidad de tiendas y la mercancía que se vende ahí me sobrecogí de espanto. Para que todos esos comerciantes puedan vivir del producto de su comercio es necesario que haya diariamente un número de imbéciles incalculable que hagan uso de estos artículos llamados religiosos. Lo confieso, la vista de estas tiendas me hace comprender la fuerza de los jesuitas y su arrogancia. Antes de escribir sobre los jesuitas, el señor Quinet debería haber subido a Notre-Dame de Fourvière. Habría comprendido por qué los jesuitas de Lyon eran tan arrogantes. Todo comerciante que hace buenos negocios es por eso mismo bastante arrogante. Finalmente, después de una subida de las más penosas —los devotos lo hacen en los días solemnes, lo

hacen caminando hacia atrás y descalzos— llegamos a la susodicha capilla. Al entrar en el patio de los alumnos del gran seminario, los jesuitas salían de la Iglesia; fue necesario colocarnos en una esquina para dejar pasar más de doscientos jóvenes, empleados de comercios, que aprendían en el seminario el oficio de sacerdote. Todos esos jóvenes tienen ya el repugnante rostro de la estupidez y la hipocresía o del descaro. Debo decir que son de una suciedad notable, exhalaban una hediondez tal que mi estómago se revolvía. ¿Por azar, la suciedad es considerada una virtud entre los jesuitas? Comprendo que uno tenga necesidad de cretinos, hipócritas, descarados, para hacer uso de ellos según el caso, pero hombres hediondos y repugnantes, confieso que no comprendo la utilidad que se puede sacar de esta cualidad.

(Hablar de los jefes y de la manera en la que hacían caminar a los alumnos).

Henos aquí en la capilla, es pequeña y muy fea, no pertenece a ningún estilo. En el altar mayor está la Santa. Esta Santa es de lo más grotesco que he visto hasta ahora (y he visto suficientes en Dijon). Represéntense un muñecón informe, sin brazos, con una cabecita en latón dorado, pero todo ennegrecido, algo espantoso. Del cuello y por el hueco del mentón sale otra cabecita: es el Niño Jesús —ambos están coronados. El abrigo está puesto de tal manera que oculta la falta de brazos, penden de la ropa y del manto todo tipo de dones, absolutamente como en el Perú. Nada más grotesco, nada más feo. Más aún, una repetición de Notre-Dame en pequeño y todavía más feo. Al lado, las velas que arden, y colgadas de la pared cientos de pies, brazos, cabezas, etc., en cera. Tantas marcas de reconocimiento que los fieles aportan para constatar los milagros operados por la Santa. Pero la cosa más notable en esta capilla es que está completamente tapizada de cuadros pequeños del mismo tipo que aquellos descritos en la capilla de Santa Filomena, y que están ahí también para atestiguar los milagros.

No tengo tiempo; esto será suficiente para hacerme acordar.

Más lejos, una pensión que también parece una prisión. Olvido decir que a lo largo del camino una encuentra tres especies de personas, que parecen los parroquianos de estos lugares. Personas de pueblo (casi todos del campo) enfermos o llevando niños enfermos. Esos rostros pálidos, enflaquecidos por el dolor, estos infelices cubiertos de harapos, todo me recuerda esa gran parábola (*sic*) de Job muriendo de enfermedad y miseria sobre el estiércol (Job es el pueblo). Luego marchan burgueses al lado de este pobre pueblo (más mujeres que hombres), bien cubiertos, de apariencia beata e hipócrita lanzando de tiempo en tiempo un ochavo al pobre Job. Estos burgueses representan a los fariseos de huesos blanqueados, como los llamaba Jesús, para quienes toda la devoción consiste en vanas prácticas exteriores pero cuya alma está endurecida por el pecado<sup>66</sup>. Luego, finalmente, uno encuentra a hombres todos vestidos de negro; el corte de sus largas túnicas es igual, salvo algunas excepciones, el gran sombrero levantado, se nota que pertenecen al mismo cuerpo. Esos hombres son notables por su fuerza muscular, son cuadrados, la mayoría gordos, sebosos y lozanos, como la gente bien alimentada y que vive sin preocupaciones. La fisonomía de estos hombres es estúpida (los gordos) o astuta. No busquen en sus rasgos ni amor ni bondad ni ingenio ni inteligencia, ni siquiera pasiones vivas, es decir nobles y bellas, porque no encontrarán ni una sola huella de todo eso; por el contrario, encontrarán escritas en grandes caracteres la estupidez, la vanidad, la codicia y esta sensuali-

---

<sup>66</sup> Jules Puech aclara en el Manuscrito en francés que: «Jesús Cristo no habla de osamentas blanqueadas, sino dice a los fariseos hipócritas: “Ustedes se asemejan a sepulcros blanqueados que parecen bellos por fuera, y que, por dentro, están llenos de huesos de muertos y de toda especie de impurezas. De la misma manera, por fuera, ustedes parecen justos a los hombres, pero, por dentro, están llenos de hipocresía y de iniquidad” (Mateo, XXXIII, 27-28).» (N. del E.)

dad grosera que afirma los sentidos atrofiados y la costumbre de vicios vergonzosos. Estos hombres vestidos con largas túnicas negras y de cara estúpida o astuta son jesuitas y osan engalanarse con el título de sacerdotes. Ellos representan a los vendedores en el templo de los que habla Jesús. Así, al subir a Notre-Dame de Fourvière, encontramos a Job (el pueblo cubierto de llagas yendo piadosamente a implorar a Dioses que lo libre de sus males); el Fariseo que va a llevar al mismo fetiche, a Dioses legal, su ofrenda oficial a fin de ser dispensado de ayudar y socorrer a la humanidad; y, finalmente, los Robert-Macaire que bajo la túnica de sacerdote van al templo a vender su mercancía.

*24 de mayo.* Mis visitas a los tejedores pobres. Desde mi visita al barrio de los irlandeses en 1839 no había experimentado una jornada tan dolorosamente cruel como la de hoy día. Salí esta mañana a las 9 acompañada de un jefe de taller para ir a la Croix-Rousse, para visitar los más pobres y los más ricos talleres a fin de que el contraste me pueda hacer juzgar mejor el estado actual de la clase de los tejedores.

El primer taller era muy pobre, situado en una callejuela sucia y en ruinas. Al llegar al sexto entramos a una pieza que servía de cocina, dormitorio, etc., contigua y separada tan sólo por un pellejo de otra pequeña habitación en la que se encontraban dos artesanos. El hombre hacía chales<sup>67</sup> de luto de 6/4, pagado 2,75 FF, la mujer del tipo *gros de Naples* liso<sup>68</sup>, 30 centavos el metro, el hombre ganaba de 28 a 30 medios y la mujer de 18 a 20 trabajando 18 horas al día. Tres pobres niñitos estaban allí para devanar, haciendo otras pequeñas tareas para ayudar a los padres. Estas cinco personas estaban cubiertas de harapos,

---

<sup>67</sup> Flora escribe «*chawles*», término en inglés que no existe. Parece tratarse de un error ortográfico o de imprenta. La palabra *shawles* significa chales. (N. de la T.)

<sup>68</sup> *Gros de Naples* es un tipo de tela. (N. de la T.)

itan sucias!, tan sucias que era repugnante. Tenían el aire muy avergonzado de que yo los viese en ese estado. «Mi Dioses, me dijo la mujer, somos tan pobres, con una ganancia tan pequeña que a las justas nos alcanza para el pan. Desde hace un año no hemos podido comprar ropa, ni siquiera hacerla lavar». El hombre parecía completamente abatido —estaba enfermo, el oficio lo agotaba mucho y no comía más que pan, el infeliz caía exhausto y no se quejaba. La mujer, por el contrario, se exasperaba; cuando se convenció de que yo tomaba partido por su infeliz posición me presentó un cuadro desgarrador! Había tenido ocho hijos, cinco habían muerto de miseria y exceso de trabajo —por momentos ella se indignaba maldiciendo a los fabricantes, al rey, a los ricos e imploraba la muerte, prefiriéndola a tantos males. El marido no decía nada, parecía anonadado.

Al salir de allí fuimos a la casa de un viejo que había trabajado en las buenas épocas. La puerta de su taller estaba abierta y observé al pobre viejo sentado con la cabeza apoyada en sus manos en la actitud de un hombre sumido en la más profunda desesperación. Nos dijo que estaba enfermo y agregó: «¡Y más triste aún que la enfermedad porque esto va mal, muy mal!». Este obrero es instruido en su rama, ha criado a una familia numerosa cuando la labor era bien pagada, y ahora que es viejo se ve cada día reducido a la miseria. Sus hijos, obreros tejedores como él, son incluso más infelices, por lo que su corazón está desgarrado por él y sus hijos. Éste no está aniquilado, todas sus palabras están impregnadas de un sarcasmo que denota todavía un gran vigor en ese viejo.

De allí fuimos a la casa de otro que nos esperaba. El taller estaba limpio, los obreros con su ropa de domingo. No pude, por lo tanto, juzgar el estado de real miseria de éste. Como el marido había salido, rogué a la mujer que me hiciera ver algún bastidor en su casa. «¡Oh! Señora, me dijo, son todos muy pobres y será un espectáculo triste para usted». Le hice com-



prender que era útil que yo constataste el estado real de los obreros de Lyon. Lo comprendió y entramos a la casa de unos de sus vecinos.

Si los denominados filántropos hicieran como yo, sabrían a qué atenerse sobre la miseria de la clase obrera, pero en lugar de penetrar de improviso a la casa de un obrero, se hacen anunciar, de tal manera que no ven nada.

Entramos en una habitación que servía a la vez de dormitorio, de cocina y de taller, iluminado solamente por un lado. La mujer estaba en un bastidor y el hombre en otro. Al verme el hombre se puso todo rojo, pasmado, la mujer también parecía en un gran estado de emoción. Como no entendían nada al principio por su agitación, me apresuré a asegurarles en términos completamente tranquilizadores sobre el motivo de mi visita. El hombre se aproxima y me doy cuenta de que está casi desnudo —el pobre hombre hace todo lo posible para tratar de cubrir sus hombros, su cuello con una pequeña chaqueta que tiene como única vestimenta—, balbucea algunas excusas y finalmente, después de un momento de duda durante el cual la mujer tenía todo el rostro contraído, me dijo como en un esfuerzo desesperado: «Mi Dioses, señora, cómo nos ha sorprendido usted... mi marido acaba de regresar de la tienda de entregar su labor, su camisa estaba completamente mojada en sudor (estaba secándose en la ventana) y... ¡Y bien, señora! No puede ponerse otra para recibirla porque... porque no tiene otra». Al acabar de decir esas palabras su voz se alteró, las lágrimas le estrangulaban la garganta, se retorció las manos en señal de absoluta desesperación. ¡Hubo ahí un momento sublime de un dolor mudo y sobrecogedor! Para no dejarme ver que lloraba el marido se escondió en la esquina que ocultaba su cama (especie de biombo de planchas) y todos los asistentes (porque dos o tres vecinos habían entrado con nosotros) quedaron atrapados por una emoción imposible de describir. Yo misma, que he llegado a ese estado de calma que todo cirujano

aguerrido debe poseer, me sentí conmovida hasta el fondo de las entrañas. Mis ojos se llenaron de lágrimas, a pesar de que hice esfuerzos inauditos para dominar la dolorosa emoción que nos embargaba a todos. Hubo más de cinco minutos de un silencio aterrador y ninguno de nosotros podía hablar. ¡Qué puedo decir frente a una miseria semejante! ¡Una tal aflicción! De repente la mujer se lanzó a la pequeña alcoba y regresó teniendo en la mano veinte o treinta hojas amarillas y blancas, eran reconocimientos del Monte-de-Piedad<sup>69</sup>. «Tenga, señora, me dijo, con una voz ahogada y temblorosa, vea». El marido le dijo por qué mostrar a la señora las pruebas de nuestra miseria, con un tono que quería decir: qué puede hacer esta dama. «Yo quiero probarle a esta dama, exclamó la mujer, que nosotros no hemos sido siempre tan miserables, que no es nuestra culpa, que en la época en la que los buenos obreros podían ganarse la vida trabajando teníamos camisas, ropa blanca, pero desde que es ya no es posible para los buenos obreros trabajadores ganar más que para el pan trabajando 18 horas diarias, hemos empeñado las camisas para el alquiler, el carbón, etc., etc.» Entonces esta mujer reencontró toda su energía, ya no lloró más sino exclamó de una forma amenazadora y terrible: «Señora, las cosas no pueden durar más así. Preferimos morir combatiendo que morir de hambre». El marido, entonces, retomó su energía y dijo, manteniendo el mismo lenguaje: «No tengo temor de la muerte, quiero librar a mis hermanos de la

---

<sup>69</sup> En francés *Mont-de Piété*. Casa de empeño. Institución creada en Italia por un monje recoleto llamado Bernabé de Terni para combatir la usura (*Mont de Pietà*). Inspirándose en la mencionada experiencia italiana, el médico y periodista Théophraste Renaudot, abrió en París el primer *Mont de Piété* en 1637. Luego de la muerte de Richelieu, un decreto del Parlamento acabó con esta institución y se tuvo que esperar hasta 1777 para que se reestableciera. Su principio de funcionamiento descansa en el empeño de una prenda, sobre esta base se otorga un préstamo de interés muy bajo, a veces incluso gratuito. (N. de la T.)

miseria horrorosa que los mata, ¡incluso a riesgo de mi propia vida! Estoy dispuesto a dirigirme a la plaza pública y pelear».

No tengo tiempo de esbozar el cuadro, pero no lo olvidaré. La palabra que la mujer me dijo al salir del cuarto me desgarró el alma. Calmé a esos dos desafortunados y les hice entender que no había otro recurso que la Unión. Lo comprendieron, porque son bastante inteligentes. La mujer me dijo al retirarse: «Pero, señora, tomará mucho tiempo formar la Unión». «No, quizá seis meses, un año a lo más». «¡Un año!» Y lanzó un suspiro que quería decir: «En un año estaré muerta de hambre».

Esta familia me recordaba a Inglaterra.

Mientras estuvimos allí, el obrero a cuya casa habíamos ido fue a preguntar al Sr. [*espacio para llenar*], dueño de uno de los «*ateliers princiers*»<sup>70</sup> (aquellos que visitan los príncipes, los extranjeros de alto rango, los filántropos, etc., etc., cuando vienen a Lyon, por eso se llaman así). El señor M... estaba en París, pero su representante dijo que no osaba recibirme porque, dado que estaba mal con las autoridades de Lyon, no quería recibir en su taller a una persona que era mal vista por las autoridades y los fabricantes (hacer reflexiones al respecto). Yo tenía todavía otros dos «*ateliers princiers*» [*por visitar*]; a partir de la respuesta del primero pensaba que si me hacía anunciar tampoco me recibirían. Opté por forzar el ingreso a los mencionados talleres. Fuimos, entonces, a la casa del señor Martinot (Reynier tomó notas sobre el tema, es necesario que las tenga para acordarme).

Forcé la entrada. El marido estaba también en París, en la Exposición, esos jefes de talleres son grandes señores que van a pasearse a la Exposición. Acabamos de cenar, todo el mundo estaba en el jardín y o en el taller. La mujer vino, yo le hice un magnífico elogio sobre el renombre de su taller y me recibió bastante bien. Disculpándose solamente por el desorden. (Cuando los príncipes vienen a visitarlos barren, limpian y

---

<sup>70</sup> Talleres príncipe. (N. de la T.)

tapizan hasta la entrada, los obreros están con su ropa especial y los príncipes dicen: he visto esos talleres, ¡todo es magnífico! Muy rico). Esta dama principesca se quejaba un poco de los precios, pero menos que todos los otros. Hacen bellos tejidos y el obrero puede ganar 2 FF y 2,50 FF. No se molestó en hacerme subir, pero yo subí sin pedirle permiso. Durante ese tiempo le dijo al señor Reynier: «¿Esta dama, no era Flora Tristán de la que se habla tanto?». «Sí». «¿Y ella viene a visitar los talleres sin hacerse anunciar o acompañar por uno de los señores del concejo de *prud'hommes* u otro personaje?». «Sí, la señora Tristán quiere ver todo por sus propios ojos y las cosas tal cual son en realidad». Parecía muy contrariada. «Pero como no me habían prevenido mi casa no está en orden y si ella dice que la encontró sucia sería muy desagradable para mí». Estos talleres son bien grandes, aireados, dan sobre un jardín (la casa tiene dos), las malas lenguas dicen que la han hecho construir con el dinero donado al señor Martinot en 1831 cuando los disturbios. Después de haber visitado todo le agradecí y salí sin dejar dinero para los obreros. Porque es necesario que se sepa que los personajes importantes sólo visitan esos tres talleres en Lyon, son conducidos allí por las autoridades o los fabricantes que se preocupan de prevenir a los patrones de esas tres casas a fin de que los príncipes o los extranjeros encuentren el lugar en orden y a los obreros con ropa de recepción principesca. Y los mencionados príncipes de sangre o de las finanzas dejan siempre dinero para los obreros. Esta costumbre es estúpida y degradante —estúpida porque los obreros de esos talleres ganan su vida y no tienen necesidad de recibir limosna; degradante, porque siendo el príncipe igual al obrero, el príncipe no debe darse aires de superioridad humillando a un obrero libre con una limosna lanzada sobre el bastidor como si la lanzara en la caja de un hospital para los pobres. Si los jefes de esos talleres sintieran la dignidad del obrero, la primera vez que Monseñor, el duque de Orleáns lanzó una limosna sobre un

bastidor, deberían haberla devuelto al príncipe diciéndole: «Príncipe, los obreros lioneses reclaman trabajo para poder vivir honorablemente, pero no reciben limosna, de quien sea». Pero los príncipes que saben muy bien que es necesario envilecer al pueblo porque así es más fácil de someter que si es digno y orgulloso, dan limosna con ostentación. ¡Vergüenza para los príncipes que dan limosna!, ¡y triple vergüenza para el obrero libre! —el obrero, su igual, que recibe esta limosna.

De allí fuimos a la casa del señor Dufour, estaba cenando con sus alumnos. Esta vez entré a pesar suyo, él me conocía porque se precipitó a la puerta diciéndome: «Mi Dioses, señora, estoy comiendo con mis alumnos. Además, en este momento no tengo ningún bastidor montado, no hay nada que ver». Entré sin prestar atención a su cara de espanto. «No se moleste, le dije, voy a dar un vistazo en el taller y eso es todo». Mientras hablaba le hice un pequeño saludo y me escapé rápidamente a la habitación del fondo. Es igual que la casa del señor Martinot. Tendré detalles.

Regresé a mi alojamiento, muerta de cansancio y entristecida hasta el fondo del alma. Tres minutos después entró el señor Arquillère. No puedo decir qué mal me cayó la presencia de ese hombre que es el estereotipo del burgués, la personificación del fabricante, en fin, el representante de esta burguesía cruel y estúpida. De esta monstruosa burguesía que vive actualmente fuera de la humanidad, y ya no es parte de ella porque no tiene entrañas para los males de sus hermanos, qué digo ¡si ella se nutre de la carne de sus hermanos! La visión de este hombre gordo, seboso, lozano, alegre, sano, feliz, de este hombre de mirada dura y seca, de sonrisa falsa, de boca sensual y lasciva, de ojos muy estúpidos y materiales, la visión de este hombre vestido de las telas más bellas, de la ropa interior más fina, que resume en él y aplica para su uso diario las maravillas de la industria, la visión de este hombre y el contraste chocante que existe entre él, el burgués y ese otro hombre sin

camisas, el productor, me da vértigos. En ese instante la humanidad me pareció loca, ícompletamente loca! Presa de un vértigo horrible, por un segundo dudé de Dioses... El señor Arquillère se dio cuenta de que estaba en uno de esos momentos de irritación que el burgués se preocupa de evitar, no se quedó más que unos minutos e hizo bien porque no sé qué hubiera pasado si hubiera tenido que soportar el horrible suplicio de su vista por más rato. ¡Oh! ¡Cómo sufrí esos instantes!

Esa noche tuve una sesión con los *ferrandiniers*<sup>71</sup> que me produjo un gran placer porque esos hombres eran inteligentes. Eso me levantó un poco el ánimo, pero esa noche a las 11, cuando me acosté, estaba aplastada, exhausta. Nunca tuve una jornada tan dolorosa en Inglaterra.

*Domingo 27 de mayo.* Una gran sesión de damas en la Croix-Rousse, 120. —Anoté en otro lugar el resultado.

En la noche, gran sesión de hombres y de mujeres en Vaise; más de cien, de buenos hombres. Obligada a decir por qué no había respondido a *L'Echo de la Fabrique*<sup>72</sup> (anotar todo esto).

La visita del abad ST V.... con dos artículos, las ideas avanzadas de este hombre, parece que aquí hay un clero joven muy avanzado. Mi visita al abad T.... Nuestra larga conversación, ese sacerdote es muy bueno.

Mi visita al hospicio de la Caridad, cada año se abandonan ahí dos mil niños de Lyon y de los departamentos vecinos —es muy poco. La enorme sala de viejos. (En el Hôtel-Dieu hay salas de cuatrocientas camas).

---

<sup>71</sup> Los *ferrandiniers* o tejedores (1834) se volvieron Hijos del Maestro Jacques, uno de los cuerpos del *compagnonnage*. Su admisión oficial a este cuerpo data de 1842. (N. de la T.)

<sup>72</sup> *L'Écho de la fabrique* fue un periódico obrero de los canudos, cuyo primer número salió a circulación tres semanas antes de la gran insurrección de noviembre de 1831. Era una publicación quincenal de ocho páginas que apareció sin interrupción en Lyon desde octubre de 1831 a mayo de 1834. (N. de la T.)

Se paga en alimentos nueve francos por mes para los niños, antes se pagaba hasta los nueve años; desde el nuevo reglamento sólo se pagará hasta los cinco años. ¡Como si un niño de cinco años pudiera ganarse la vida! Este hospital es más limpio, mejor mantenido que los otros, pero todo esto es poca cosa comparado con lo que se necesitaría.

Las hermanas allí son mejores que las de l'Hôtel-Dieu; son libres, pueden salir cuando quieren, sin dar explicaciones, casi todas son jóvenes campesinas de las ciudades circundantes y también de Lyon. Es hermoso ver a jóvenes que se encierran voluntariamente en un hospital tan infecto para curar a los enfermos. No reciben más que dos francos por mes y su ropa. Es muy poco para aquellas que no reciben nada de sus padres. La cocina es bella, siete mujeres cocinan para mil personas y toda la gente está bien servida. Las siete Hermanas no tienen más que dos domésticas, pero también está allí el gran horno unitario. Tendría muy buenas cosas que decir al respecto.

Estoy extenuada de trabajo y no tengo tiempo de escribir.

Vi ayer a los zapateros, gremio bastante numeroso. Vinieron a recogerme en coche y me regresarán de igual manera. Encontré en ellos, como en todos, muy buena voluntad, pero muy poca inteligencia; sin embargo, había dos o tres buenos. Ningún gremio equivale en inteligencia a los tejedores en seda, terciopelo, etc. Son verdaderamente notables.

El asunto del pequeño libro. El señor Menier ha tenido una muy buena idea, al proponerles a los obreros de la ciudad de Lyon hacer una tercera edición de la *Union Ouvrière*<sup>73</sup>. Él y los suyos ofrecieron mil francos. Encuentro eso muy bien, aunque

---

<sup>73</sup> Jules Puech apunta en el Manuscrito: «Como se verá, esa 3.ª edición no se hizo sin esfuerzo, pero fue realizada. Es casi la exacta reproducción de la 2.ª edición aparecida en 1843 y tuvo un tiraje de 10.000 ejemplares. Flora Tristán le aumentó un prefacio de una página fechado el 7 de junio de 1844, en Lyon». (N. del E.)

no sea más que un avance de fondos. Todavía falta que lo haga. Lo he propuesto a varios y eso prende. Espero con impaciencia el resultado. La iniciativa de los obreros lioneses que quieren difundir esta obra, este *Evangelio* a miles es un bello gesto que debo señalar en mi *Tour de Francia*. Estoy contenta con estos obreros, ¡pero qué vida la que les doy! Es necesario que tenga bastante para gastar con tanta profusión.

En este asunto del pequeño libro no estoy contenta con el señor Reynier. Ya van tres días que reflexiona qué suma adelantará (porque no hay ningún sacrificio a hacer). Lo encuentro muy largo.

Observación importante. Doy el libro a los obreros a precio de costo, 25 centavos, pero al menos lo pagan; sólo uno en Lyon lo aceptó gratis (era ese infeliz sin camisa y me costó mucho trabajo hacer que lo acepte). Mientras que en todas partes los burgueses lo aceptan sin ofrecerme el precio, lo que es realmente inconveniente cuando uno sabe la manera en la que ha sido hecho. En Lyon, los hábitos comerciales han vuelto a la población de una avaricia sórdida. Ese defecto les impedirá hacer nada grande o generoso. En ningún otro país he visto una burguesía tan mezquina, tan avara, tan desagradable. Por lo demás, los voy a someter a prueba.

Los trabajadores del terciopelo (aquí hay unos ocho o diez mil) ganan de 18 centavos a 1 FF por día —y continuamente hay desempleo. Los tejedores unidos —la cifra [*espacio en blanco*] ganan de 16 centavos a 1 FF por día —el terciopelo trabajado, etc., de 1,50 a 2,50 FF. En fin, aquellos que producen lo novedoso, 2, 2,50, 3 FF. Es un pequeño número. El señor Dupin y los otros economistas no dejarán de sumar rápidamente estas cifras para sacar el promedio. Pero yo, que sé que la gran ciencia, el promedio es el más fuerte truco de Robert-Macaire que se haya hecho hasta ahora, dejaré a cada uno su jornal, como se deja a cada uno su estómago. Así, los 3/4 no pueden vivir con lo que ganan, esto está probado; el otro 1/4 puede



vivir (bastante mal). En nuestras reuniones que congregan a 40 ó 50, cuando tengo tres hombres que comprenden estoy satisfecha, y es bastante raro que no los encuentre. Muchos no dicen nada y no comprenden nada. No son estos los peores.

Estoy furiosa. Si no tengo el cuidado de guardar todos mis papeles, me los roban. La policía ha alquilado una habitación al costado de la mía para espiarme, tengo allí constantemente a alguien que me escucha de cerca, si me olvido y dejo un papel tirado o una nota, pierdo tres. ¡Qué canallada la del espionaje! ¡Ah! Los policías se acordarán de mi paso por Lyon.

He aquí que ahora quieren hacer mi retrato, ¡me van a desfigurar por la treintava vez! Pero qué importa la personalidad, veo allí un medio de propaganda y es necesario aceptar. Se pondrá en la parte baja:

Señora Flora Tristán  
Para todos y para todas  
Derecho al trabajo  
Derecho a la instrucción  
(Unión Obrera)

*en la parte alta: Lyon, mayo de 1844.*

Este retrato se venderá a 25 centavos, todos querrán tenerlo y lo pegarán en su taller de manera que mi Idea estará allí, en persona, en todos los talleres. ¡Bravo! De un pensamiento de vanidad (porque el que me lo ofreció tenía la intención de hacer de esto una ovación personal), yo he hecho un pensamiento general. Lo que prueba que cuando uno está en la unidad, se busca relacionar todo. Dejo, entonces, aparecer el retrato<sup>74</sup>, aunque me disguste inmensamente no ser yo, pero qué importa el *yo* cuando se trata de la Idea.

---

<sup>74</sup> Según el biógrafo Jules Puech, este retrato no ha sido hallado. (N. del E.)

¡Los fourieristas son encantadores! Me divierten, son tan burgueses como los mejores burgueses, esos valientes no osan venir a verme. Tienen temor de comprometerse. ¡Ah! mis valientes fourieristas, ustedes pueden hacer, decir o ver a quien gusten, la autoridad no les teme ¡y tiene razón! Pero esa gente es peor que nada, porque «nada» tiene al menos la pretensión de ser algo. Y observen que es por la señorita B., fanática fourierista, que yo sé lo que pasa entre ellos. ¡Juzguen si lo supiera por una persona imparcial! Así, ni uno de esos señores me ha venido a ver. Los de Saint-Etienne me han mandado decir que no vaya a verlos. ¡Es curioso! La pobre señorita B... siente mucha simpatía por mí, pero estoy segura de que se muere de miedo. Sin embargo, se ruboriza un poco por esos señores. Me dice frecuentemente: «Si el Procurador del rey le devolviera sus papeles... ¡Oh!, entonces ellos vendrían a verla, pero actualmente no pueden hacerlo debido a que usted está en oposición al poder, y ellos dependen mucho de quedar bien con el poder, marchan con él». Es completamente cómico. ¡Ah!, ¡cómo voy a retratarlos mis valientes! Además, lo que me sucede aquí es característico, ni un burgués ha venido a verme, ni un republicano, ni un fourierista, ni un cabetista, ni un carlista, ni una sola mujer. Fuera de la clase obrera, sólo dos personas vinieron a ofrecirme su viva simpatía y sus servicios, y estas dos personas son dos sacerdotes, jóvenes, inteligentes, pero llevan sotana y tonsura. Esto es extraño. Uno de ellos llevóna dos artistas. Esas cuatro personas y la señorita B... son las únicas que han venido a mí. ¿Qué pensar de una ciudad de 300.000 almas en donde no hay ni un burgués que sienta un impulso de emoción hacia una mujer que lleva a cabo la misión que yo he emprendido? Esta misión sublime ha tenido eco sólo en dos corazones, ¡pero esos dos corazones baten bajo una sotana! ¡Y el sacerdote está consagrado a la muerte! ¡Y yo predico la vida!

*1 de junio.* Un obrero acaba de hacerme una reflexión que es muy profunda. Me hablaba del cansancio que me esperaba el día de mañana domingo en el que tengo tres sesiones —una a las 11, una a las 2, una a las 8. Me decía, «cuando la señorita Raquel viene aquí ¡le damos mil francos por sesión! ¿Por qué, entonces, no le damos nada a usted?». «Adivine, le dije yo». «¡Oh! Es fácil, ella divierte a los burgueses y ellos tienen dinero para pagar a los que los divierten mientras que usted instruye al pueblo, y el pueblo ignorante y bruto no tiene sed de instruirse y por consiguiente no quiere pagar a quienes se dedican a instruirlo». Luego agregó: «es justamente por eso que no se encuentra a nadie que asuma la misión de instruirlo».

¡Qué tristes reflexiones nos obliga a hacer! Uno paga enormemente a aquellos que divierten, y uno llena de calumnias, persecuciones y disgustos a quienes le instruyen. En verdad, la humanidad muestra hasta qué punto actúa insensatamente. ¿Está simplemente desprovista de sentido común? Es horrible ver tal caos.

Pero veamos qué es más bonito. Yo, por mi propia iniciativa, he querido emprender la gran misión que llevo a cabo, por consiguiente, no dependo más que de mí y soy libre de actuar según mi voluntad. ¡Y bien! De ninguna manera. Los obreros han hecho de mí su objeto. Les parece que yo soy de ellos, que he sido hecha y puesta en el mundo expresamente para servirlos. Sus actitudes hacia mí son un gran tema de estudio. Es necesario escucharlos decir con un aplomo que prueba su sinceridad: «¿Entonces, señora Flora Tristán, no viene a nuestro barrio? (los de Brotteaux, Guillotière, Vaise, etc.). Pero en verdad, ¡es sorprendente! Ella está siempre metida en la Croix-Rousse, debe venir de todas maneras donde nosotros, qué diablos si no se queda aquí más que un mes, es necesario que divida su tiempo para todos». Hay algunos que se molestan, que encuentran muy mal e injusto que dedique todo mi tiempo a la Croix-Rousse en lugar de dárselo a la Guillotière. Si me paga-

ran, ¿hasta dónde irían sus exigencias, entonces? Me estremezo por el infeliz defensor asalariado. ¡Ah!, ¡la tarea será ruda!

Es horrible estar al servicio del público, no le está permitido a una enfermarse, estar indispuesta para hablar, estar cansada, es necesario que siempre estés allí, a sus órdenes, presta a servir a pesar de uno. Para resistir el peso de esta terrible carga se debe tener mucho amor o sin él nos volveríamos muy malos. Comprendo ahora por qué los hombres públicos son tan duros, tan secos, tan malos; es que el público mismo es duro, seco, malo. No querría llevar la vida que llevo desde hace seis semanas por más de un año, tendría temor de que se me seque el corazón.

*2 de junio.* ¡Al fin vi fourieristas! Vi hasta dos. El señor Reyrier reunió en su casa a unos fourieristas y a otros hombres. Encontré allí a los mismos hombres que en Chalon, patrones, burgueses que defienden el capital: ¡la propiedad es el cofre santo que uno no debe tocar! Gente sin amplitud, sin profundidad, que no distingue el derecho del hecho, la causa del resultado. Estaba ahí el señor M. Favier, bello joven, seduciendo con sus modales, bien ondulado, bien engominado, bien almizclado, bien enguantado, bien calzado. Representa perfectamente al dependiente de tienda de París. El joven elegante que aspira a convertirse en jefe de casa se cree en el deber de proferir bellas palabras, muy banales, porque tiene una corbata elegantemente anudada, un chaleco de buen gusto y un pantalón perfectamente bien hecho, el tipo se encuentra en todas partes. El señor Favier tomó la palabra para probarme que el derecho al trabajo no significaba absolutamente nada (era encantador al decirlo). Repitió allí en nombre de Fourier lo que los Icarios repiten en nombre del buen Ícaro: «Señora, nosotros tenemos una doctrina perfecta, un sistema completo, poseemos la verdad, la Verdadera verdad, además, usted lo comprende, no

tenemos necesidad de su “derecho al trabajo”. Es una necesidad». Creí que estaría bien darle una pequeña lección al empleado capitalista de guantes amarillos y lo hice bastante rudamente. Percibí que eso producía un muy buen efecto en la asamblea porque en general ese tipo capitalista es detestado, y a pesar de que nadie osa ofender al capitalista, al pontífice del dios del día, el oro, cuando se encuentra a una persona lo suficientemente decidida para hacerlo, todo el mundo aplaude y está encantada.

A pesar de que comencé por decirles a esos hombres que los creía suficientemente instruidos para prescindir de mi instrucción, no dejé de darles una muy buena y útil. Los comprometí a seguir mi ejemplo, a instruir a los obreros. ¡Oh! Es allí que reconocí al patrón burgués: «Pero, señora, ¡la tarea es muy difícil!». «Y yo la llevo a cabo muy bien». «Sí, pero no nos escucharán. Además, la policía nos inquietará, será necesario perder tiempo, los obreros no nos respetarán más, los maestros...», etc., etc. He aquí hasta dónde va la abnegación de estos hombres que quieren la mejoría de la clase obrera; uno los pone en condiciones de dar prueba de su abnegación, pide que lo prueben, y se niegan. Además, hice esta proposición a muchos burgueses, ninguno aceptó.

Parece que mi misión es muy bella dado que es tan difícil. Puse en este camino a los dos sacerdotes que vinieron a verme. Ellos quieren seguirlo, pero no saben cómo hacer y sin embargo son hombres habituados a predicar al pueblo.

En suma, estuve muy descontenta con esos patrones burgueses fourieristas. Les pedí su cooperación para la impresión del pequeño libro, no la dieron a pesar de que dijeron que lo harían. Con ellos nada se hace franca y directamente, no hay actividad ni vida, esa gente vive en la muerte.

(Hay en Lyon 140 sociedades de beneficencia y de socorro mutuo).

*3 de junio.* Ayer la sesión estuvo acalorada. En la mañana a las 8, cita con el impresor, a las 11, reunión en Saint Clair, treinta personas en una pequeña habitación de doce pies, uno se ahogaba. Encontré allí dos hombres inteligentes, dos Saint Paul que me confesaron que primero estaban en mi contra, pero actualmente me sirven con un celo sin par. De allí la temible subida a lo alto de la Croix-Rousse, y a las 2 donde la señora G.... Me llevaron comida, lo que me agradó mucho porque me moría de hambre. Nada más extraño que mi existencia: es una verdadera vida de apóstol, comiendo donde uno y otro; festejada por los unos, criticada por los otros, amada, detestada, alabada, calumniada. Soy el blanco de todas las pasiones humanas. Esta existencia está llena de encanto y poesía. A las 3, numerosa reunión: hombres, mujeres, niños, era un gentío. En parte ya había visto a todo el mundo, además ellos me conocen. Conversamos, vinieron dos hombres a decirnos estupideces, el uno sobre la organización del trabajo, el otro sobre la emancipación de la mujer. Estuve obligada a llamarlo al orden, quería hacerse el payaso. Dejo muchas veces hablar a esos hombres para ver el efecto que sus palabras producen en el auditorio, siempre castiga las tonterías.

A las 8 de la noche, donde los comunistas. Esta es la primera vez que encuentro hombres que no son completamente enemigos. A pesar de todo, desde que entré sentí que había personas que habían venido para hacerme la oposición. Eran cerca de ochenta. Es bastante. Había una gran mayoría de cabetistas. Vi de inmediato con qué tipo de gente tenía que tratar. Pienso incluso que había agentes de policía; provocaban bastante mal. Como quería estudiar la situación, dejé ir un poco las cosas, pero pronto el desorden llegó al colmo. Me vi obligada a detenerlo. En esas circunstancias soy admirable, poseo una calma perfecta. Poco a poco los rabiosos comunistas se suavizaron y al final terminaron por compartir mi opinión. Cuando uno ve a estos hombres de cerca, dan lástima con sus

ideas estúpidas y su falta de firmeza en esas estupideces. Además, esos tipos de conversación siempre causan muy buen efecto en el auditorio. Salí de allí agotada ¡Qué tal misión! Pero por milagro no veo toda la enormidad en cuanto se refiere al esfuerzo, si no, no podría continuar.

*Este 6 de junio.* Hace tres días que me duele el pecho, la laringe; es el resultado de mis sesiones: hablar continuamente, tener frío, calor..., es como matarse, qué lástima, iré hasta que caiga. Quiero también estudiarme: todo esto se debe constatar. Hace tres sesiones que casi no puedo hablar, pero hago hablar a esos hombres y los dirijo. Pero lo que me aflige es que por todas partes busco obreros, burgueses, mujeres, capaces de continuar mi misión cuando yo parta. No encuentro en ninguna parte. ¡Todos hallan la tarea muy difícil! Es espantoso pensar en eso. Sin embargo, yo sola no puedo hablar a toda Francia a la vez. ¿Cómo hacer? ¡Oh!, es aquí cuando uno debe acordarse de que Dioses es grande. Que él conduce todo y, por consiguiente, enviará monitores en razón de la necesidad que habrá. Desde este punto de vista he hecho progresos, comienzo a hacerme la idea de que no estoy obligada a hacer todo, idea que hasta ahora me había perseguido de una manera atroz.

*Este 6 de junio [continúa].* Ayer tuve un desayuno encantador y ¡donde un sacerdote! Ese joven sacerdote es muy bueno, tiene un alma bella, pero la lectura de Fourier le ha hecho un daño irreparable. Se ha vuelto «científico». El abad Guillemín de Burdeos está en la pensión de Aulin en donde se encuentran todos los sacerdotes rebeldes, ése es el refugio. La pensión está bien conducida, pero no pienso que enseñen a los alumnos algo distinto a lo que se enseña en los colegios ordinarios. Interrumpí e hice esta pequeña digresión luego de la visita del abad T[ranchant] y del señor M. Largurria, pintor que desearía hacer mi retrato.

Decía, entonces, que el abad T[ranchant] se ha convertido en un científico. Habla de Dioses con método, del alma, del amor, etc., desde el punto de vista científico. Es una lástima que esta alma se haya echado a perder por la ciencia. Tiene necesariamente muchas ideas falsas, dudo que se pueda librar de ellas. En otro tiempo me hubiera ensañado con él para volverlo mejor, ahora ya no tengo la manía de cambiar a la gente, intentaré aclararlo, después lo dejaré ir. Darme un testimonio claro de su simpatía es dar prueba de valor. El abad Guillemín me parece más libre e independiente. Pero tiene quizá un espíritu menos elevado. Lo que es desesperante, por otro lado, es que incluso con la mejor voluntad esos hombres no pueden hacer nada para mejorar la sociedad porque están obligados a permanecer en el dogma, ahora bien, el dogma es estúpido y el enemigo de todo progreso.

Esa noche fui a Saint-Georges, a un pequeño taller atestado en el cuarto piso, encontré allí 40 ó 50 hombres y mujeres ahogándose. Al entrar me sofoqué por el olor a sudor. ¡Qué valor me hizo falta para quedarme allí dos horas para responder!

*Domingo 9 de junio.* Sufro desde ayer todo lo que es posible sufrir; a pesar de todos mis esfuerzos estoy enferma y todo debido a una picardía del impresor. ¡Oh! Juro que es la última vez que soy complaciente con quien quiera que sea. Worms no quiere devolverme mis clichés, mi propiedad. Me maldigo por no haberlos hecho devolver como hubiera debido: en primer lugar, por medida de orden (yo que tengo tantas y olvidé esa divisa: orden). ¡Oh! He sido cruelmente castigada. Luego, ayer, ese otro bribón del impresor de aquí me compró un mal papel, muy pequeño, y me roba 25 centavos por resma y tres resmas, y me doy cuenta se molesta y como sabe que tengo necesidad de él me propone un arreglo! Qué fuerza me hizo falta para no decirle lo que se debe. Infelices obreros, no sabrán jamás el esfuerzo, el trabajo, la salud, la pena y la cólera que me cues-



tan. ¡Es inaudito! ¡Y bien! Cosa extraña, más sufro por su causa y más los quiero. ¡Qué misterio! ¿Cómo puede uno amar a quien le hace sufrir? No comprendo esta ley, pero la sufro.

No dormí toda la noche, tengo un espasmo espantoso desde ayer a las 10 de la mañana cuando recibí la carta de París; sufro en mi espíritu, en mi carne. Me tortura mi temor de que no pueda hacerse aquí esta tercera edición, porque si se hace espero de ella buenos resultados y para esto he sacrificado todo. También observen el prodigio que el amor puede operar, yo, tan difícil de conducir por mí misma, supero toda impaciencia, toda cólera y estoy decidida a ir mañana en la mañana donde el impresor de aquí, hombre al que desprecio, que se ha equivocado dos veces, a decirle que soy yo la que se equivocó, que le ruego me excuse un momento de violencia, en una palabra, estoy dispuesta a dejar pasar todo para tener mi tiraje lo más pronto posible. ¡Oh! Nunca empujó Santa Teresa tan lejos su abnegación. Sin embargo, miren lo que puede hacer el amor verdadero, grande, devoto de una santa causa. ¡Es sublime! ¡Me admiro a mí misma! ¡Oh! ¡Mi Dioses, por qué no envías solamente diez como yo a la Tierra!

Ayer íbamos a hacer una muy buena cena en un muy bello jardín, todo estaba dispuesto para hacerme pasar tres horas de bienestar; yo, que estoy tan bien organizada para sentir la felicidad, lo estoy más aún para sentir el dolor. Por eso, ayer no vi el jardín, no sé lo que comí, estaba tan absorta por el dolor y las inquietudes interiores que me minaban.

Esta mañana estoy muy descontenta conmigo misma; me sorprendo de no estar más calmada, lo soy para las grandes cosas, cómo puede ser que no lo sea para las pequeñas. Sin embargo, no sé si este sufrimiento mismo no es una felicidad, eso prueba que todavía hay en mí muchas pasiones, ahora bien, la pasión es lo que hace actuar. El amor llevado a su apogeo, la calma completa no actúa más, es necesario, entonces que al lado del amor haya también pasión. Es la pasión la que

produce el sufrimiento y el sufrimiento el que hace actuar, y actuar es vivir. No sólo siento, sino comprendo que la pasión es útil, y sin embargo ¡la pasión es el dolor! Oh mi Dioses, ¡es necesario por lo tanto sufrir para vivir! Por eso mi vida es grande, es porque sufro mucho.

Reconozco también una cosa, que yo no estoy hecha para las cosas materiales, no aporto con la misma grandeza y la misma confianza que en las cosas morales e intelectuales. Es un error que debo corregir. Si no hubiera retrocedido ante el gasto riesgoso, si en París hubiera hecho clisar<sup>75</sup> toda mi edición, todo esto no hubiera sucedido. Es necesario que en el futuro proceda más generosamente en el orden material. Vienen a recogerme para ir a mi trabajo, tanto mejor, eso va a distraerme de mi espasmo.

Dos horas. Acabo de tener una sesión de mujeres que pasan cuentas de hilo. Estuvo muy bien. Había allí una veintena de damas de lo más razonables, fue un placer instruir a esas damas. ¡Eran muy buenas, muy buenas! Si me dejaran hablar a esa gente durante [...ilegible...], la metamorfosearía. Todo está allí, se debe hablar al pueblo, hacerlo hablar delante de sus camaradas —éste es el dogma de la nueva religión.

Cosa notable, mientras hablaba con esas damas, mi dolor se suspendió; apenas regresé se reinició. Es un efecto curioso, es necesario padecerlo durante 3 ó 4 días. Lo que hay de bueno, es que muestra a qué punto de perfección he llegado; no he hecho ni un movimiento de venganza contra esos dos miserables impresores, el de París y el de aquí, a pesar de que es su mala fe la que me ocasiona este terrible sufrimiento. Sé que esos hombres actúan deshonestamente porque sufren la influencia desastrosa del falso medio en el que nos encontramos.

---

<sup>75</sup> *Clisar* quiere decir reproducir con planchas de metal la composición de imprenta, o grabados en relieve, de los que previamente se ha sacado un molde. (N. de la T.)

No me las tomo más con ellos, sino únicamente con este falso medio donde por naturaleza los más honestos funcionan mal. Es para mí un gran alivio sentirme tan grande.

Es necesario salir para ir a ver la procesión. En la puerta del Ayuntamiento se lee en letras de oro «Viva Jesús». Ya es mucho que hayan suprimido el Cristo. El señor Baldydier debe estar escandalizado.

Atraídos por el interés que tienen en mí, hay tres jóvenes obreros que vinieron a avisarme sobre los peligros que corro en Nîmes. Me aseguran que al pasar por las calles habitadas por los católicos corro el peligro de ser insultada y golpeada. Me comprometen a no dar sesiones, a no distribuir los pequeños libros; a quedarme sólo dos días y partir. [*Palabra ilegible...*] ya me han dicho lo mismo. En Aviñón el pueblo no podía ser más parecido. Veremos si esto es cierto. Además, si veo que corro algún peligro estoy dispuesta a no exponerme, pero queda por constatar.

*Hoy día 9 de junio, la Fête-Dieu.* Lyon está para verse. Desde la mañana todas las calles están tapizadas con sábanas, cortinas de todos los colores y tapicerías. Pero lo más bonito de todo es que los mencionados tapiceros representan en general ítemas paganos! Figúrense el efecto. Los dioses del paganismo en las ventanas para ver pasar a los Dioses cristianos. Pero estos señores no ven de tan cerca: lo que quieren es que se haga acto de sumisión, eso es todo. Nada más, nada ¡aparte de todos los adornos de iglesia! ¡Y esa gente predica la pobreza! Al lado de esas riquezas un [...*ilegible...*] dios de oro, etc., etc., lo grotesco en abundancia. Son procesiones de niños de las pensiones y escuelas cristianas. Las chicas tienen coronas en flor, en oro o de otro tipo sobre las cabezas. Los jóvenes ídem. Otros, palmas en la mano, crucecitas, luego siguen los hombres de todas las cofradías con un cirio en la mano, las mujeres ídem. Todo el mundo salmodia esos cánticos en algo que ni yo

ni ellos sabemos (en latín). Luego la tropa de la guarnición siguiente, luego los bomberos, luego la guardia nacional, en fin, sigue toda la ciudad. Pero lo que da más pena es ver a toda la ciudad que mira pasar la mascarada. En verdad, casi todo el mundo encuentra eso idiota, no obstante, obedecen todos al sargento de la ciudad. ¡Sáquense los sombreros! El grito que se deja oír constantemente prueba que nadie estaría dispuesto a sacarse el sombrero si no estuvieran forzados. Los que no lo hacen son arrestados, conducidos a la fuerza como si fueran malhechores! ¿Qué esperar de una ciudad que soporta farsas parecidas y abusos parecidos de la autoridad? Porque yo, judío o protestante o filósofo, no debo ser forzado a quitarme el sombrero por su Dios, dado que yo tengo el mío. Toda esta farsa de la procesión se parece mucho a lo que hacen en el Perú (tengo muy buenas cosas a decir al respecto).

De allí subimos a la Guillotière para ver el barrio de las mujeres públicas. Es espantoso. Están allí por barrio, absolutamente como en Londres. En París hay una mejoría, ellas ya no tienen un barrio para ellas, sería reconocer la legalidad de este infame oficio, es degradante para un gobierno. Las casas son en madera y todas no tienen más que un piso, la menor inundación se llevaría todo como ya ha ocurrido, pero han reconstruido con la misma facilidad. Hay enseñas sobre las casas. «A la novia», «A los buenos brazos», etc., etc. Sirven también de taberna. No entré porque está fuera de mi misión, me evité ese trabajo que es para mí el más atroz. Parece que lo que sucede en esos burdeles supera incluso en brutalidad lo que yo sé sobre la prostitución inglesa. Los obreros que van a esos lugares están borrachos o son viciosos. En medio de todo, prostitutas endomingadas, administradoras de burdeles en sus puertas, soldados y truhanes que se pasean y cantan. Había allí niños, chiquillas con vestidos de comunión, dos viejos sentados tranquilamente, y para todos, tales costumbres parecían muy comunes. ¡Yo temblaba! Observé a tres jóvenes prostitutas que

podían tener 12 y 14 años, parecían enfermas y extenuadas, pero no obstante jugaban con otros pequeños de 7 a 8 años, compraban pasteles, cerezas... ¡Pobres criaturas! No sentían su degradación. ¿Qué haría con un mundo parecido si yo fuera gobierno? Haría desaparecer la sociedad de una manera u otra, pero ciertamente no la dejaría subsistir.

Salí de allí con el corazón destrozado. La procesión embrutece al pueblo y el pueblo una vez embrutecido se lanza a la prostitución y a la orgía. La una es consecuencia de la otra.

*10 de junio.* Jornada acalorada. Esta mañana donde el negociante de papel que adopta el título de banquero, ratero como el impresor. Reniega de su palabra por 20 centavos por resma. ¡Ah!, eso supera a los valientes comerciantes de París. ¡Qué bribones estos lioneses! Es necesario tener un asunto de negocios con ellos para darse una idea. Superan incluso a los de Burdeos. Es desagradable. De allí al impresor. Había puesto agua en su vino, me recibe bien y no me habla más de romper el trato. Si este hombre tuviera un poco de dignidad no debería haber continuado —frente a hechos similares una no sabe dónde está ni con quién trata, pero ciertamente no es con hombres de buena fe. En fin, es necesario pasar por eso. Terminó el negocio, por lo tanto, bastante bien, pero sin decir nada salvo para ir donde Mons. el arzobispo de Bonald. Acceder a él es bastante fácil. Recibe de las 8 al mediodía, en verdad está enfermo frecuentemente y tiene largas ausencias. Había regresado a su habitación creyendo que no tenía a nadie para recibir. La doméstica le fue a decir mi nombre y regresó al instante al salón de recepción que está bastante ricamente amueblado.

A partir de lo que me habían dicho de ese alto personaje, yo creía que iba a ver a un hombre orgulloso, altanero, dándose aires de dureza conmigo, hablándome en voz alta e imponiendo su supremacía. Pensé también encontrar en ese prelado un señor de la antigua corte, espiritual, fino, cáustico, en fin, un

jesuita hábil. Tal es la reputación que sus criaturas le hacen en el público, pero debo decir que esta reputación es inversa a la realidad.

El señor de Bonald, arzobispo de Lyon, es un hombre de unos cincuenta años. Su rostro no está ni bien ni mal. Los rasgos, el emblema de la fisonomía, son del tipo ordinario y burgués que uno encuentra en todas partes. Habla mal. No tiene facilidad de elocución, ni calor, ni originalidad. Tiene algo de indeciso y arrastra cuando pronuncia, lo que hace su dicción pálida, monótona. Es fácil de percibir que busca ser un hombre simple, lleno de buenos sentimientos, en fin, se hace el bonachón. Es el tono a la moda entre esos señores. No sé, en verdad, a dónde puede conducirlo. Le presenté mi pequeño libro y vi claramente que lo conocía. «¡ Ah!, señora, ¡usted es la autora de este pequeño libro! He escuchado hablar de él. ¡Debo decirle que suscita muchas críticas!». Me puse a hablar con el monseñor. Nunca había encontrado un sacerdote tan atrasado en todas las cuestiones. ¡Oh! Si los obreros lo hubieran oído hablar, hubieran sido capaces de estrangularlo. Les hablé de los obreros, de su suerte, etc. Me respondió que los obreros ganaban buenos jornales, que si eran infelices era su culpa, que ellos juergueaban el domingo, el lunes, que no tenían religión, que trabajaban el domingo. Toda la conversación fue en ese tono. Queriendo estudiar a ese hombre lo dejé hablar y lo hice hablar, es aterradora la idiotez beata, la falta de inteligencia en todas las cosas, y sobre todo, la falta de corazón, incluso de caridad, de compasión para con los obreros que sufren. Acusa a los comunistas, a los falansterianos, que él confunde, etc. (no osó decirme que él lanzaba el anatema también para mí). Quiere que los obreros no se ocupen de nada, ni de política, ni de asuntos sociales, ni de ciencias —la misa y el catecismo, la instrucción religiosa, el domingo, eso es todo. Sobre todo, la propagación de la fe (que me dijo rinde tres millones al año). Cuando supe todo lo que este hombre pensaba, hablé a su vez

un poco, pero con formas dulces, respetuosas e incluso católicas; no lo juzgaba lo suficientemente superior para hablarle francamente, tal como lo había hecho con el obispo de Dijon. Le di consejos, le dije que el deber del clero francés era colocarse al lado del pueblo, reclamar por él sus derechos. Me dijo que eso no era posible dado que la ley prohibía a los sacerdotes mezclarse en política. Peor, le dije, se mezclan ¡al intervenir en la ley de la enseñanza! ¡Oh! ¡Eso es diferente! Reclamamos nuestra libertad, aunque seamos sacerdotes, debemos gozar también de ellas como los otros ciudadanos.

En resumen, nada más limitado, más banal, más ignorante que este hombre al que se quiso hacer algo de bien.

Hay mucho parecido con el arzobispo de París. Es un hombre que hace su oficio y eso es todo, además, no sabe hacerlo.

Le pedí su cooperación para mi obra, no me dio; dice que no comprende la obra —su obra es la limosna, cincuenta obras de limosna se establecen en Lyon bajo su dirección. Me dio los detalles con complacencia, se nota que cree hacer grandes cosas y está a gusto haciéndomelo saber. Decididamente la vida se ha retirado de esa gente.

Al retirarme me rogó usar la influencia que tengo en los obreros para recordarles que el primero de sus deberes es el de ser un buen y verdadero católico; como me divertía que eso fuera solicitado por el señor Bonald, arzobispo de Lyon, le dije que era bien difícil, que todos eran volterianos, que detestaban a los sacerdotes, etc., etc., etc. Y el buen prelado me repetía desolado: «Señora, así pintamos a nuestros enemigos a los ojos del pueblo», y redoblaba sus rezos para mí. ¡Era muy cómico!

Salí de allí bastante satisfecha. Mientras el clero tenga hombres parecidos a la cabeza no corremos ningún riesgo: no convencerán más que a las mujeres viejas.

Acabo de recibir una carta de M. G... parece que la mía lo ha golpeado un poco; es bueno, espero que ahora no me fastidiará

con sus ideas supuestamente religiosas. No conozco gente más pesada, más inmoral que los llamados religiosos. Estoy impaciente por volver a ver a este hombre de cerca, tengo una mala idea de él.

Al salir de la tienda fui al Palacio. Sobre mi asunto supe que habían entregado un fallo para desestimarlos. ¡Perfecto! Volví a ser no culpable. Esta gente del *Parquet*<sup>76</sup> es sorprendente, durante un mes te declaran culpable; después te declaran no culpable, es cómico. Heme aquí rehabilitada a los ojos de los fourrieristas. La señorita Benque va a hacer una asamblea. Juzguen cómo, en el momento de mi partida, voy a ser adulada en esta recepción. Esto también es cómico.

Y ese señor Reynier que no dice nada por la suscripción, ese sí que es encantador. ¡Cuenta usted entonces con los abnegados! ¡Pero como cada uno tendrá su paquete en el *Tour de Francia*! Es ahí donde los espero. Felizmente tengo buenas cosas que decir, verdadera dedicación que mostrar. Me produce una alegría muy viva. No nombraré a la gente con todas sus letras, solamente la inicial, eso lo hará picante y me evitará procesos. Porque informando  $\frac{1}{4}$  de la verdad dirán que los calumnio.

*11 de junio.* La impresión de esta tercera edición me produce más esfuerzo y sobre todo contrariedad que la que hago para mover a la clase obrera. El querido pequeño libro va a costar más caro y estará mal hecho. Eso me contraría hasta afectarme. En fin, hay que tomar partido. Pero es singular que yo esté sin fuerza para las pequeñas contrariedades, cuando tengo una fuerza invencible para los grandes dolores. ¡Qué rareza hay en la organización humana! Encárguenme de mover al mundo,

---

<sup>76</sup> Magistrados del Ministerio Público. Con relación a los tribunales de gran instancia designa al procurador de la República y a sus sustitutos, y con relación a las cortes de apelación, al procurador general, a los abogados generales y a los sustitutos del procurador general. (N. de la T.)



eso me va. Si me encargan de mover a un impresor y negociante de papel, eso me irrita, me deja desolada, me enferma. ¡Estoy desesperada de ser así! ¿Pero, qué hacer? Es necesario aceptarse como es una. Me encolerizo, aunque me resigno.

Para conocer a la gente es necesario tener relaciones de interés con ellos. Este llamado que hago aquí para la tercera edición me da el número de cada uno. Los burgueses se niegan diciendo: «Sería dar varas para que nos azoten». Los obreros por miseria, pequeñez, por desafío. Los jefes de partido por el deseo que todos tienen de trabar a la persona que quiere hacer algo. Este espíritu de rivalidad es propio de todos: comunistas, falansterianos, republicanos, etc., etc. Toda esa gente no hace nada y no quiere permitir que otros hagan. ¡Diablos! Los burgueses de París valen todavía más, tienen al menos una cierta grandeza en sus maneras que los burgueses de provincia ni siquiera sospechan. Hay aquí una pequeñez en todas las cosas que es verdaderamente desesperante. Pobre Francia, ¡no es bella verla en los departamentos! Y una va más y los burgueses se vuelven más pequeños, más avaros, más mezquinos. Sería necesario, sin embargo, remediar ese vicio, puede tener las consecuencias más graves. Un hombre que se arrodilla delante de una pieza de cinco francos es necesariamente un mal ciudadano, un hermano malo, un ser sin grandeza, sin generosidad, y el burgués aquí es verdaderamente innoble.

Vengo de ver al abad T... no ha osado pedirme una suscripción del pequeño libro. ¡Y éste es el sacerdote más avanzado de Lyon! Es horroroso, es un hombre que ha sido reprendido por el arzobispo porque osó hacerme una visita, es un fourierista, si uno no viera estas cosas uno no lo creería. Yo hallo eso muy mezquino. Ha perdido todo en mi espíritu, ¡de qué sirve tener una bella alma si uno no la manifiesta en actos! Cree en el progreso, pero una fe que no actúa no es una fe sincera. Todo sa-

cerdote que ve lo justo y que permanece siendo sacerdote es un ser despreciable.

*12 de junio.* Hoy día, hace dos meses que partí de París, ¡cuántas cosas hechas!

La noche de ayer fue notable, tenía mi dolor de cabeza y debido a un calor de 30° llegué nadando en sudor a una habitación en la que estaban apiñadas cien personas: hombres, mujeres, niños. Los unos montados sobre los muebles, colgados de las ventanas, etc. Pero ¿cuál es el sentimiento de curiosidad o de instinto que lleva al pueblo a precipitarse para verme? Porque oye, pero no comprende casi nada de lo que digo. Sabe solamente que hablo del pueblo y todos repiten: ¡Oh! Me gustaría ver a esta señora que viene acá a hablar a los obreros. No creo que nunca haya sufrido tanto, estaba bañada en sudor. Luego tres Icaros (porque los encuentro por todas partes) que habían venido expresamente para decir estupideces como de ordinario. Hace mucho bien para los que escuchan, pero yo que pierdo el tiempo respondiéndoles, me impaciento enormemente. La crucifixión fue completa, después del calor, el olor a rosas, los tres icarios vinieron con dos niños a felicitarme y ofrecerme una corona enorme de grandeza hecha de mirto y de laurel. Todo había sido preparado gracias a los cuidados de un viejo de la guardia imperial. Este valiente creía en la gloria, en las coronas, en las cintas, etc., había pensado hacer una obra maestra trenzándome la corona. Su sorpresa fue maravillosa cuando vio que la rehusé. Parece que tuve allí un momento extraordinario. Dije que no era necesario coronar ni a hombres ni a mujeres, que era necesario salir de la individualidad y no coronar más que a la Idea, y tomando un pequeño libro le coloqué la bella corona encima haciendo comprender a estos hombres que yo coronaba la idea de la Unión Obrera. Muchos comprendieron, dos exclamaron con emoción: «¡Oh! Está muy bien lo que usted hace, señora..., sí, sí, ¡ya no más

hombres sino solamente la Idea!» Hubo en esta multitud un impulso muy sentido. Qué energía posee esta gente de pueblo y agobiados por el cansancio del día, el calor y la tensión, me escuchaban llenos de animación y de vida. Su ardor me sorprende. Rogué a la señora de la casa que colgara el pequeño libro y la corona en la pared. Me lo prometió. Era la calle de la Liberté n° 5 en el 3° en la parte posterior. En dos años haré que me informen para saber si el libro está allí todavía.

Salí de aquel lugar mojada como si saliera del agua. Podría haber agarrado una pleuresía; esta mañana estoy mejor. Verdaderamente Dioses opera milagros para mí.

Esta reunión pintaba bien al pueblo, tal cual es, dejándose llevar por un individuo sin saber por qué. Festejándolo, coronándolo sin saber por qué. Había tres chiquillos encaramados sobre un armario que me hacían feliz, no podían comprender una palabra de lo que decía, pero no importa, estaban allí asistiendo a un espectáculo, me miraban con una tensión en el cuello y el ojo verdaderamente sorprendente, y uno leía en su fisonomía que estaban alegres y contentos. ¿Qué hace actuar así al pueblo? Es necesario que encuentre ese porqué.

Otro asunto. Bertholon, Tittier de Le Censeur, Jacquet, Reynier.

Parece que en mi reunión en Saint-Georges, el señor Murat, gerente de *Le Censeur*, estaba allí escondido con otro redactor de *Le Censeur*, Bertholon, su hombre declarado; éste me hizo una fuerte oposición, a tal punto que lo tomé por un agente provocador. Después de nuestra partida, Jacquet se quedó y la conversación se reanudó. Bertholon propaló horrores sobre mí, calumnias más o menos negras dado que él no me conoce, lo que es peor siempre es haber sido asesinada por mi marido (es literal). Jacquet terminó por decirle: «Todos estos son hechos particulares que no tienen nada que ver con la idea que ella aporta». Entonces Bertholon le dice: «Sí, pero hay más, es cierto que ella es una agente del gobierno». Frente a esas pala-

bras todos reclamaron. Vayan a *El Censeur* y verán. Al día siguiente Jacquet fue a *Le Censeur* a hablar con el señor Rittier y el señor Rittier comenzó a despotricar contra mi sistema, luego lanzó la gran frase: «No conviene que una mujer se mezcle en política, Francia no puede marchar bajo las órdenes de un cotillón». Ésta es para mí la causa del odio que todos estos hombres me profesan, celos de hombre a mujer, los que quisieran mover a las masas no mueven a nadie, están furiosos de verme mover a los obreros de Lyon, sin periódico. Una vez lanzado no se detuvo más y terminó por decir: «Tenemos la certeza de que la señora Flora Tristán es una agente secreta del gobierno. La prueba es que la dejan hacer sus sesiones, reuniones de cien personas, mientras que a nosotros no nos lo permitirían. Además, hemos visto un pasaje que ella le escribía al Procurador del rey (en informe) en el que decía que los obreros eran unos vulgares y que la divertían mucho».

Como en la posición en la que yo estoy es necesario tener una mano de hierro para todo, le dije a Jacquet: «Si realmente Rittier le ha dicho eso es un calumniador a quien se debe conocer». «¿Quiere usted ir a su casa con otras seis personas y hacerlo repetir lo que dijo delante de los seis?». «Sí. Y bien, es necesario ir, porque ustedes no deben soportar que me calumnie, y si Rittier dice la verdad, que dé las pruebas. Si puede proporcionarlas, ustedes no deben recibirme ni escucharme más». Enseguida dije lo mismo a todos los otros y la propuesta corrió por todo Lyon. No sé lo que va a ocurrir, ¡pero ciertamente va a haber un conflicto espantoso! ¡Dioses es grande!

¡Oh! Comprendo ahora esta gran figura de los Titanes queriendo escalar el cielo. ¡Es el emblema de esas naturalezas gigantescas que tienen necesidad de enfrentar lo imposible! Esta misma naturaleza se encuentra en el cristianismo en la figura de los mártires y de los caballeros errantes. Hoy se representa bajo la figura de los regeneradores del mundo. ¡Esa soy yo! Esta sociedad es mala, quiero cambiarla, regenerarla. Quiero

salvar al mundo de que perezca. ¡La tarea es imposible! ¡No! Con mi amor siento que todo es posible. Los obstáculos son grandes inmensos! Qué importa. Siento en mí al caballero errante. No escucho más que mi fe, mi amor y mi voluntad. Mientras más anchos son los ríos y las montañas más altas, yo siento más ardor y fuerzas para lograrlo, es una fiebre que es extrema en mí, ¡es bello, es grande, es Dioses! ¡Ah! Jesús tenía razón. En este estado uno puede transportar las montañas y hacer escuchar a los sordos y a los ciegos.

¡Qué tal suplicio! Heme aquí bien dispuesta, luego es necesario irse para hablar a los sordos. Mi jornada comienza a las 8 cada noche y ¡qué labor! Este señor Reynier me sirve un poco, pero, mi Dioses, qué pesado es de soportar. Qué ser grosero, vanidoso, difícil de llevar, absolutamente un segundo Pagnerre —y estoy segura de que este hombre está enamorado de mí, lo que contribuye a hacerlo aún peor, porque eso lo irrita. ¿A qué se debe que Dioses no me envíe seres mejores? Pero la pequeña Eléonore está bien, cómo me hará falta en todas partes. Ese Reynier me dijo ayer una palabra encantadora. Yo le reprochaba: «Usted no hace nada». «Sí, es así. Como usted no me paga dice que yo no hago nada». Esa gente del Midi<sup>77</sup>, por más inculta que sea tiene muy buenas respuestas.

Estoy en el aprieto de los aprestos de viaje. Si no tomo al menos la decisión de partir no saldré de esta ciudad, y sin embargo tengo todavía mucho que hacer. Dejo aquí mi pequeño libro, Dioses sabe si él se las arreglará sin mí. ¡Oh! Esta tercera edición me cuesta caro en dinero, tiempo y sobre todo dificultades, pero me enseña a conocer a la gente de Lyon, ¡y eso es mucho!

---

<sup>77</sup> *El Midi*. Se denomina así a toda la región sureste de Francia. (N. de la T.)

*Este 13 de junio.* Nada más preocupante que el momento de partida y el de llegada. El primero es desagradable, el otro agradable.

Me aflige extremadamente cuando parto, ilamento dejar tantas cosas por hacer! Siento también pena de dejar a las personas buenas que me sirvieron, luego me acuerdo de aquellos que me perjudicaron, todo eso me entristece. Mientras que cuando llego soy toda actividad, me impaciento por conocer la ciudad, la gente, etc. Eso va con mi actividad y mi imaginación. Me gustaría siempre llegar, pero en eso como en cualquier otra cosa es necesario siempre ambos modos: para llegar es necesario partir.

Cuántas penas me da esta tercera edición; no sé en realidad cuándo podré partir, heme aquí todavía retenida, estoy casi fastidiada de haberla hecho. Por otro lado, eso me fuerza a quedarme aquí más tiempo y salgo ganando porque cada día aprendo mucho. Me haría falta un año para hacer este viaje. Lo volveré a hacer más tarde y en mejores condiciones.

Esta edición es también muy útil para hacerme conocer las disposiciones de los obreros; los pobres dependen mucho de sus pequeños ingresos, el temor de aventurar cinco francos hace que no cooperen en nada para la obra. Es realmente lamentable.

Las calumnias aumentan. La primera dice que soy bien pagada por el gobierno; es que hago gastos enormes y todos saben perfectamente que no soy rica, acabo de arreglar mis cuentas con el dueño del hotel y mi gasto asciende a 3 FF por día, incluida una habitación de 1,50 FF. ¡Juzguen el gasto! Y esto parte nuevamente de Rittier. ¡Ah eso! ¡Pero estos hombres están furiosos contra mí! No concibo nada al respecto. ¡Qué mezquindad! Se trata de los celos de hombre contra una mujer: se enfurecen de ver que tengo acción sobre los obreros. Es un hecho magnífico y que prueba por la acción la superioridad de la mujer! Recibí ayer pequeñas donaciones de Dijon, de

Semur, de París, 87,50 en total; es poca cosa, no obstante, eso hace ver que la unidad comienza a formarse, dado que al escribir a esos diversos grupos respondieron a mi llamado. Veo por eso que la idea marcha.

Acabo de ver al señor Jung. Iba a pedirle la suscripción para la tercera edición, me dio quince francos, de muy buena gracia y estas tres piezas de cinco francos me prueban evidentemente que este hombre está molesto, porque para que un inglés no tenga oro es necesario que esté muy molesto. Tiene la fisonomía de un hombre completamente limitado. Pobre Fourier, qué error el suyo el de esperar a un hombre en lugar de llamar a las masas.

Esta es la tercera vez que voy donde el señor Tiaffait sin encontrarlo y él no viene a verme; se debe anotar, y ese es un hombre que encuentra mi libro más grande que el Evangelio. Estos burgueses son realmente una farsa. Voy a escribirle para pedirle una suscripción, estoy segura de que se rehusará. Vi ayer al señor Meniquet, el director de las escuelas de canto. Pareció muy sorprendido y asustado de verme. Fui a encontrarlo a su escuela en la noche, me reencontré con él en medio de sus alumnos. Sus primeras palabras fueron estas. «Pero creo, señora, que el gobierno la ha inquietado durante su estadía en Lyon. ¿El Procurador del rey no la ha perseguido?». Yo lo tranquilicé. Entonces me ofreció una silla, vino a conversar conmigo, me hizo ejecutar un coro de canto popular, me dio su método, me prometió hacerme escuchar, cuando regresara, la «Marsellesa del taller». Estuvo muy bien.

Le pregunté por qué él no hacía cantar a sus alumnos en un gran concierto como el señor Hubert lo hace en París dos veces al año. Había comenzado, me dijo, pero la autoridad no quiso que continúe, diciendo que no convenía que esas grandes reuniones artísticas hechas por obreros podrían darles una opinión demasiado buena de ellos mismos. Y el concejo municipal rehusó positivamente. La misma idea domina en todas

partes. El burgués no quiere que el obrero se eleve incluso por las artes. Quiere que permanezca idiota, bruto, que no desarrolle su inteligencia para nada. ¡La crueldad y la idiotez son atroces! Porque si a uno lo dejan idiota, bruto, es claro que matará, quemará, robará. ¡Ah!, burgueses. ¿Quién podrá hacerles entender?

Esta pequeña Eléonore es abnegada. Con aquel celo que me sirve en vista de la «Causa». Mi Dioses, te agradezco de haberme enviado esta niña.

\*\*\*

## **IX. ROANNE (15-20 DE JUNIO DE 1844)**

*15 DE JUNIO.* Al fin, ayer a las 8 partí de Lyon y llegué esta mañana a las 5 a Roanne. Pasé una bella noche, el cielo estaba estrellado, el aire fresco, no dormí un instante, saboreé el encanto de esta bella noche. Me gusta mucho la noche; además estaba feliz, feliz en todos los aspectos. La misión que cumplo es tan bella que me emociona a mí misma. Irse así, sola, a través de los pueblos y las ciudades para ir a predicar a los pobres obreros la ley nueva de Dioses en la humanidad, la igualdad en la humanidad, la felicidad sobre la Tierra. Mi Dioses, ¡pues qué bello es! Voy completamente como Jesús sin molestarme por nada, parto con el corazón lleno de amor, sin saber a dónde voy, cómo me recibirán. ¡Qué me importa! Obedezco a la voz de Dioses que habla en mí y sirvo a mis hermanos en nombre de la fe y del amor que me anima. Con este pensamiento una no tiene necesidad de inquietarse por nada y yo tampoco me inquieto por nada en el mundo.



Además, llevaba también en mi corazón un pensamiento bien dulce, la certeza de que esta querida niña Eléonore [*Blanc*] me ama en la causa. Durante todo el día de ayer habían sido sublime su dedicación, su ternura buena y firme y sus emociones verdaderas. Dos veces durante el día llegué donde ella de improviso y la sorprendí llorando. «¿Por qué llora usted así?». «¡No sé! La grandeza de su misión me conmueve a pesar mío, ¡cuando la veo actuar con ese amor tan grande!, ¡tan calmado, tan imponente! Esa potencia tan fuerte y tan segura, admiro a Dioses en usted, creo por primera vez en la existencia de seres superiores, busco comprender lo que pasa en usted. Tengo en mí un deseo violento de vivir su vida. Siento en mí algo que me dice: “Un día la vivirás”. Entonces, aspiro a esta vida grandiosa que entreveo apenas. Deseo, temo, sufro y lloro». Esta chica es magnífica, no comprende todavía pero ya siente en ella la vida humanitaria. La desea, la llama a grandes gritos. No sé, pero tengo la impresión de que esta joven mujer está destinada a grandes cosas. Quizá un día se elevará de esta pequeña calle sucia y sombría (calle Luizerne), de este negocio estrecho y bajo, ¡una mujer del pueblo poderosa por su amor y su fe! Rechazando los lazos de familia, de la sociedad, para consagrarse enteramente al servicio de la humanidad. Vino a acompañarme al coche, su emoción la ahogaba. Cada vez que me miraba se escapaban de sus bellos ojos negros, de expresión amorosa y orgullosa, miradas inefables de amor, era el amor sobrehumano, algo puro, elevado, verdadero, miradas, en fin, tales como las que deben tener los ángeles que yo no he encontrado jamás en la Tierra. El magnetismo de esa mirada me impresionaba de una manera muy particular. En el momento sólo pude sufrir el encanto y por otro lado experimenté un arrebato tal que me contenté con disfrutarlo con felicidad sin buscar comprenderlo. El magnetismo de esas miradas fue tan poderoso que la separación que se operó entre nuestros cuerpos no podrá destruirlo. El coche partió rápidamente. Eléonore desapa-

reció, pero llevé conmigo su mirada. La mirada es evidentemente la manifestación del alma y esta manifestación es tan poderosa que toma a nuestros ojos una forma, un cuerpo que se hace palpable para nosotros.

El fluido que se escapa de las miradas es una cosa real.

Esta noche busqué comprender lo que esta niña había sentido con respecto a mí y lo que yo misma había experimentado, y tuve la revelación de que un nuevo amor más grande y más sublime que todos los amores conocidos iba a eclosionar en la humanidad. ¿Qué nombre se dará a este amor? No sé todavía. Yo [*discierno*] el amor de Dioses en la humanidad. ¡Oh! ¡Qué amor sublime! Éste no tendrá sexo. Nada imprevisto vendrá a ensuciarlo. Nos amaremos en la humanidad, en nuestros hermanos, en el amor mismo que hace actuar. Y los abrazos divinos de este amor se harán de alma a alma, de corazón a corazón, de pensamiento a pensamiento. Hace más de diez años que tuve el presentimiento de un amor semejante, y hoy Dioses en toda su bondad me ha hecho conocer la realidad de tal amor! ¡Eh! Cosa notable, es una mujer del pueblo, una niña todavía —porque ella no ha amado— quien es elegida. ¡Como el ángel enviado a María para hacerme comprender esta nueva generosidad de mi creador!

Pasa entre Eléonore y yo lo que sucedía entre Jesús y San Juan. Vivía en su maestro porque su maestro tenía el poder de vivir en él. De la misma manera Eléonore vive en mí porque yo tengo el poder de encarnarme en ella. ¡Qué hecho! Mi alma tomando posesión de otra alma sin tener en cuenta la envoltura. Si este hecho ocurriera con respecto a un hombre se podría decir: esta posesión espiritual se operó en virtud del principio de atracción que atrae los sexos el uno hacia el otro sin saberlo. ¡Pero aquí se trata de una mujer! He aquí un hecho que prueba más la existencia del alma que todas las teorías.

Me acuerdo ahora de la cara que ponía su marido viéndola llorar. ¡La miraba con una sorpresa inaudita! No comprendía y

sin embargo estaba celoso, sentía y comprendía que su mujer en sus demostraciones más afectuosas no lo había amado jamás de la manera en la que me amaba, ie instintivamente comprendía también que no la amaría nunca con un amor tal! Y este pensamiento lo torturaba porque se sentía humillado.

Tengo bellas cosas que decir sobre la eclosión de este nuevo amor en la humanidad, pero no tengo tiempo ahora.

*21 de junio.* Desde ayer estoy en Saint-Etienne y no he tenido tiempo todavía de escribir todo lo que me ha pasado en Roanne. Estoy con un atraso de seis días, ¡Qué trabajo! Ya he explorado toda la ciudad, he preparado, esperemos (sic). Y disfrutemos de esto para revisar rápidamente lo atrasado.

Roanne es una pequeña ciudad de quince mil almas. La principal industria es la fabricación de telas de algodón llamadas «Roannaises». De tres a cuatro mil obreros se emplean en esta fabricación. Estos obreros, de los cuales en Lyon, donde deben saberlo positivamente, me habían dicho que eran muy infelices al no ganar más que 1 ó 1,25 FF por día, son por el contrario más felices que los tejedores en seda de Lyon —hiladores, tintoreros, tejedores que ganan generalmente 2 FF, y muchos 2,50; las mujeres, de 80 centavos a 1 y 1,25 FF; los niños (de 12 a 15 años), de 50 a 60 a 80 centavos. Todos los obreros de otros estados ganan ídem de 2 a 2,50 FF y las mujeres de 80 a 1,25 (muchos están ocupados en la confección). Sin embargo, los víveres son menos caros que en Lyon y, sobre todo, el alojamiento; luego no hay ninguna ocasión de gasto que no sea la taberna. Esta clase obrera está, por lo tanto, en una mejor condición que la de Lyon, materialmente, pero intelectualmente es a la inversa. Casi todos los tejedores son campesinos que dejaron el campo para venir a trabajar a la ciudad a fin de ganar más. La mayor parte no sabe leer ni escribir, apenas si hablan el francés. De tal manera que no tienen ninguna lectura, ni una idea, ni en el orden político ni en el social, ni en el orden filosó-

fico. No son religiosos, pero son muy supersticiosos, creen en los diablos, pero no en Dioses. Tienen toda la astucia y la idiotez de los campesinos. Son crápulas desenfrenados, ociosos y principalmente ignorantes y, por consiguiente, egoístas y malos. Esos hombres tienen todos los vicios de los obreros de las grandes ciudades, mas no las cualidades. Al verlos de cerca son deplorables. Y lo que debe asustar es que cada día la industria invade el campo: el calicó, las pequeñas telas de algodón, es confeccionado por los campesinos en sus casas en las montañas. Todo eso quita brazos a la agricultura. (Hacer sentir este vicio). Sin embargo, reuní donde el señor Guyard a los obreros más inteligentes de Roanne: 25 ó 30 acudieron al llamado. Les expuse sucintamente las ideas contenidas en el pequeño libro, solamente 3 ó 4 comprendieron, los otros entrevistaron. Una segunda vez vinieron una veintena, 3 ó 4 también comprendieron, uno de apariencia lo más grosera e incluso repugnante hizo una respuesta a otro que denotaba que había comprendido el derecho al trabajo en su más alto alcance. Le dije: «el Estado, al ser él mismo productor, estará forzado a encontrar salidas, lo que los fabricantes no pueden hacer». Estuve sorprendida, estupefacta. Estaba tan contenta con este hombre que si hubiera osado lo habría abrazado. Ante esa señal de luces brotada de su inteligencia, su fealdad desapareció, y al examinar ahora sus rasgos, su expresión, reconocí a través de esta masa de grasa, esta piel desfigurada por las marcas de la viruela, las pecas, las arrugas, cortaduras, etc., que a través de esta masa espesa brillaba en su pequeño ojo gris un fuego, una juventud que descubría inteligencia y verdor de espíritu.

Había también allí dos entusiastas de esos hombres de tez pálida, biliosa, que cuando son golpeados por una idea se quedan fascinados por su encanto. Aquéllos, al no escuchar más que el prisma de su imaginación, alardeaban de que volverían unionistas a todos los obreros de Roanne en un mes. Cierto, todos los hombres son bien ignorantes, bien brutos, y bien,

estoy convencida de que, si uno les hablara solamente durante tres meses comprenderían tan bien como los obreros de Lyon. Se vendieron 150 libros, pienso que se venderán más los pequeños lioneses, a 25 centavos, que los obreros leerán, discutirán y que en dos años estos hombres serán otros.

Encontré al señor G... pleno de buena voluntad, pero falto de inteligencia y de talento sea para escribir, sea para hablar; este hombre es bueno para vulgarizar las ideas de los maestros, así tomó mi pequeño libro y va a vivir con él por largo tiempo, sólo que como le falta grandeza de espíritu empequeñece las ideas que roba, lo que es muy penoso para mí. Que me roben para engrandecerme, muy bien, pero que me roben para rebajarme, me da rabia. Ese pobre muchacho tampoco hace nada, no tiene fortuna y tiene una familia numerosa. No comprendo que en esta posición uno tenga hijos todos los años, eso me parece el más espantoso de todos los crímenes.

Me han ofrecido hospitalidad, acepté ir a comer a su casa: es la primera y la última vez que acepto. Una cena dada así me cuesta 2 ó 3 horas de tiempo; ídem para el almuerzo y pasaré así mi jornada perdiendo el tiempo. Vi que la hospitalidad es muy fastidiosa, ¡le quita a una su libertad! ¿Y qué hospitalidad por más buena y afectuosa que sea puede reemplazar la libertad? Durante estos cuatro días pasados en Roanne estaba completamente idiotizada. Nada que hacer. ¡Qué suplicio! Además, vivir forzosamente en la intimidad con gente idiota, me sería imposible pasar ocho días de ese modo.

En esos cuatro días pasé dos iguales en las aguas de Saint-Alban, en la casa del propietario de las aguas, el doctor Goin. Hombre singular. El sofisma en persona, materialista y sin embargo creyendo en un Dioses providencial. Egoísta, desilusionado de todo y, no obstante, poseedor de un corazón excelente, haciendo el bien a todos, pretendiendo que el hombre que piensa es vicioso y sobre todo desdichado, que es preferible ser piedra o mejor aún no ser, y sin embargo viviendo a

través del pensamiento, las ilusiones más grandes<sup>78</sup>. Se puede decir que es un compuesto extraño de bien y de mal. Lo que me sorprende es que este hombre, lejos de rechazarme, me haya atraído a él. Me sentía muy atraída a él y yo producía el mismo efecto de su lado. Ordinariamente esos tipos de naturaleza me repelen a primera vista y yo produzco el mismo efecto sobre ellos. ¿Por qué esta vez (por excepción) se ha producido el efecto contrario? He aquí esos misterios impenetrables que me desesperan. Es un gran tormento intentar comprender todos los porqués.

Al ver el cuadro de familia del señor Goin y su mujer que él ama mucho y de la que es amado, pensaba en la felicidad que hubiera podido gozar si hubiera querido unirme con un hombre, como he encontrado muchos en mi vida. ¡Y bien! Si hoy mismo todavía pudiera hacerlo, por nada del mundo consentiría a eso. ¡Oh!, ¡prefiero esta gran y magnífica existencia humanitaria de la que gozo con tanta dicha! ¡Estar sola a fin de querer vivir la vida de todos, qué hay de más grande, de más feliz en el mundo! Mi amante es Dioses, es la humanidad, es el amor de mis hermanos. ¡Este es un amor digno de mí!

Esta vida de familia me parece atroz y ¡qué inmoralidad! Olvidar a la humanidad para ocuparse de su hija, de su hijo. Ver el confort que la señora Goin se place en darle a sus hijos me hacía mal. No habría podido vivir allí ocho días, me irritaba los nervios. Esos tres pequeños hijos consumen ellos solos más que treinta hijos de obreros. Con todo lo que desperdician, tiran, pierden, diez hijos de obreros vivirían largamente. Ese lujo para los unos a expensas de lo necesario que se les priva a las masas es una inmoralidad monstruosa. Se castiga a un hombre que roba un caballo a su vecino, a uno que mata a un extraño en la carretera para tomar su bolsa, y al rico, que roba

---

<sup>78</sup> Emile Goin fue especialista en aguas minerales. Publicó varios tratados sobre el tema. Durante su vida trató de conservar las fuentes de agua y de democratizar el abastecimiento de ésta. (N. del E.)

cotidianamente la vida de su hermano trabajador, que asesina cotidianamente a su hermano trabajador haciéndolo morir de hambre y de miseria, de pena y desesperación ino se lo castiga! ¡Qué digo! Se lo encuentra un hombre respetable, honesto, se le otorga honores, título y respeto. En verdad, ila humanidad está loca! ¡Sólo un loco puede hacer atrocidades parecidas!

Esa estadía en Saint-Alban me ha sido muy útil: 1° para tener todavía más horror por los buenos padres de familia; 2° para hacerme comprender que el descanso me fatigaría hasta volverme loca; 3° para comprometerme conmigo misma que no tomaré un día libre hasta que mi *tour* de Francia haya terminado y el pequeño libro, escrito. Luego también me comprometí a descansar durante tres meses. Trataré de unirme a un individuo que me plazca e iré con él a buscar a mi hija para llevarla a Italia o a España.

Fui a visitar tres fábricas de *roannerie* en Roanne —la primera, la del señor Cherpin. Este hombre es un antiguo obrero, tiene el tono y el corazón de un obrero nuevo rico. Es duro, seco, frío, inhumano. Además, su cabeza es notable: uno se figura una naturaleza de tigre: una cabeza enorme, bella de proporciones, colosal, pero de una expresión dura y terrible. Descansa sobre un cuello monstruo[so] de tan fuerte y el cuerpo está constituido en proporción. ¡Este hombre debe ser atemorizante encolerizado! Nos habló del obrero con el más grande desdén, diciéndonos que serían felices si lo quisieran, que ganaban los considerables jornales de 2 a 2,50, pero que se bebían todo. Este hombre inspira una repugnancia y un horror que no podría describir. No quise decirle mi nombre ni pedirle nada, nos dejó visitar los talleres de tejido sin ofrecer acompañarnos. Entramos en un taller-sótano en donde 60 a 80 infelices estaban allí trabajando en dos filas de bastidores que reciben la luz de cada lado por medio de pequeñas ventanas cerradas. ¡Cómo dar la idea de la atmósfera calurosa, húmeda y pestilente que reinaba en esa prisión! Me faltó poco para caer

de espaldas y el señor G... que me acompañaba se retiró rápidamente hacia la puerta para salir: ¡Una pestilencia infecta que se sube a los ojos! Un calor tan fuerte que un minuto después de haber entrado en este antro infernal, una se siente penetrada y mojada como si estuviera en un baño de vapor. La atmósfera estaba tan cargada, tan espesa que una no ve —es una bruma. El piso está sucio, húmedo. En cuanto al ruido, es tan ensordecedor que una no se oye hablar. Todos los infelices tejedores que están allí son, en general, jóvenes del campo vigorosamente constituidos. No obstante, su rostro pálido, flaco, testimonia un sufrimiento lento que los mina. Nada más triste, más doloroso, que la vista de esos tejedores —trabajan casi completamente desnudos, solamente con un pantalón. Cerca de ellos hay un pañuelo que les sirve para secar el sudor que les corre de la frente, la nariz, del mentón, como si saliera agua. Quise hablarle a uno, imposible escucharse. Tuve que renunciar a hacerlo. Después de diez minutos de estadía en esa prisión salí de allí empapada en sudor, asfixiada, envenenada y ensordecida. ¡En toda mi vida no había visitado talleres tan homicidas! ¡Y estos hombres vienen a trabajar en junio, julio y agosto! Lo repito: el alcalde de Roanne —al soportar eso— tolera, autoriza el asesinato, ¡y eso sobre tres mil tejedores!

Encontré al señor Cherpin en el patio. Al verme sudada y violeta se puso a reír a la manera de un chacal o de un tigre. «¡Oh, oh! Hela aquí bien empapada, le había dicho que no era bueno entrar ahí; entre en éste —me dijo, mostrándome su gran sótano—, encontrará allí diez grados más». «¡Mi Dioses! —exclamé. ¿Cómo pueden esos hombres trabajar en esos sótanos tan calientes?». «¡Ah, bah! —me respondió con un cinismo espantoso—, el hombre es una buena bestia que tiene la propiedad de hacerse a todo; aguanta el hielo como el fuego». Este patrón es hasta ahora la personificación más monstruosa que he encontrado.



De allí nos fuimos a la casa del señor Rafin padre (el gordo). Es un hombre de unos cincuenta años, bien gordo, bien lozano, que tiene maneras joviales y bonitas. Éste no se parece en nada a un tigre. Pero bajo esta apariencia de redondez y de buen niño, creo que en el fondo es tan indiferente a la suerte de esos pobres obreros que trabajan en sus sótanos como el señor Cherpín. Sólo que mantiene las formas. Vino a acompañarme, me hizo ver toda su fábrica que está mal cuidada. Por el contrario, se hizo construir para él una muy bonita casa, se puede decir con toda seguridad que cada piedra es un miembro del cuerpo de sus hermanos, cimentada con la sangre y el sudor de sus hermanos esclavos que trabajan en sus sótanos-prisión, llamados talleres. A éste le di un pequeño libro, rogándole que lo lea con atención y, enseguida, que tomara un cierto número para dárselo a sus obreros. Me prometió que lo haría.

Al día siguiente fui a visitar la fábrica del señor Teissier, hilador (tintura y tejido). Hay allí un sótano que alberga a 120 obreros; no tuve el coraje de quedarme más de tres minutos. Allí como en los otros sitios los obreros ganan aproximadamente dos francos y las mujeres de ochenta centavos a un franco por dieciséis horas de trabajo (en un infierno parecido! Esta fábrica está bien cuidada. Un hombre a caballo sobre una gran caldera de tintura hirviendo (está sobre el horno), está ocupado en remojar y retirar madejas de algodón. Esto quiere decir que con la posición que ocupa, sus gruesos zuecos todos mojados y resbaladizos, corre el riesgo veinte veces al día de caerse en esta caldera, y por esta fatiga y este riesgo: ¡2,50 FF por día! Es lo mismo que en los otros tres. Un empleado nos acompañó, lo que es mejor porque los patrones en general no nos dan cifras exactas. Pedí hablar al señor Teissier. Le ofrecí mi pequeño libro y le dije lo mismo que al señor Rafin. Luego, viendo que él quería conversar conmigo, inicié la conversación. Encontré en esos fabricantes sentimientos más humanos que en los otros. Los hiladores, por falta de agua para hacer girar

las máquinas, están desempleados una gran parte del año (a veces cuatro meses); luego, con mucha frecuencia, la mitad del día. Le hablé de eso y pareció apenado. Siente también que todo el mal se debe a la competencia. Querría mucho que se dé un remedio a eso. No sabe encontrar otro que regresar a los sistemas de maestrazgo. La ignorancia de esos burgueses es realmente sorprendente. Me prometió también que tomaría pequeños libros. No le creo.

Un obrero me había dicho: Vaya a ver al hilador, el señor Masson, ocupa a más de sesenta obreros y es un hombre animado, de buenos sentimientos. Fui sin encontrarlo. Le hice decir por el señor Farine, el impresor, que vive en su casa y también me dijo que era muy avanzado, que vendría a las 5. A las 5 envié para ver si había regresado y le dijeron a la doméstica que había partido de viaje. Pero la doméstica vio, por el tiempo que tomaron para darle esta respuesta y por las conversaciones que tuvieron lugar, que era un cuento. He allí al fabricante avanzado, yo le haré hablar por medio del señor G...

La estadía en estas pequeñas ciudades me agobia, no se encuentra obreros «suficientes» que quieran instruirse. Estoy decidida a pasarme ahora todas las pequeñas ciudades que encuentre en mi camino.

Dejé Roanne con un inmenso placer.

Dos palabras sobre el ferrocarril de Roanne a Saint-Etienne. Muy pintoresco, pero muy mal hecho, se marcha con caballos y menos rápido que la peor diligencia. Una no va rápido más que cuando no hay caballos, cuando se deja ir los vagones sobre el camino en pendiente inclinada, pero entonces es muy peligroso. La rapidez es de una legua y media en cinco minutos. Como allí donde yo estoy no puede haber accidentes, llegamos muy bien, pero con mucha frecuencia suceden desgracias en esta ruta.

\*\*\*

## X. SAINT-ETIENNE (20-27 DE JUNIO DE 1844)

*SAINT-ETIENNE.* Es la hermana de Lyon, pero más negra y más sucia todavía. Aquí, como en Lyon, se usa a todos los monumentos públicos como prisión. El ayuntamiento es espantoso, un gran montículo de piedras. El efecto que produjo en mí fue tan lamentable como el producido por Lyon.

Llegué ayer a las 5 y a las 8 ya había visto a seis personas principales. Encontré a toda esa gente fría, tímida, descontenta de los obreros. Sólo el doctor Bordet me pareció bastante cálido, bien dispuesto a servirme y que tiene bastante en cuenta a los obreros. Esa mañana a mediodía ya había visto toda la ciudad, visitado 4 ó 5 obreros. Dejado el pequeño libro donde tres librerías. Almorcé en la casa de la señorita Reynauld, conversé con ella. También vi a todos los oficiales sentados en la mesa, ya para jugar, beber, fumar. ¡Qué raza la de esta clase de destructores absolutamente parásitos! Se puede mover un mundo con la actividad. Todos los obreros que he visto me han parecido fríos, tímidos y poco inteligentes; uno está bien, no espero mucho. ¡Oh! Nada de esto vale los obreros de Lyon. Adoro a los obreros de Lyon. ¡Qué buenos momentos me procuraron! Durante los cuarenta y cuatro días que viví entre ellos puedo decir que viví cuarenta siglos. Los primeros días de mi llegada a una ciudad me impacientan. No tengo suficiente labor que hacer. La necesidad de actuar en mí es tremenda, tengo temor de que degenera en enfermedad crónica.

Acabo de ser interrumpida por la llegada de dos obreros que venían para ofrecirme sus [...*ilegible*...] es propio de mí hacer mover así a los obreros de una ciudad de sesenta mil almas en

24 horas<sup>79</sup>. Ya se encargan de hacer dos reuniones para pasado mañana domingo. Eso es ir eficazmente para una ciudad en la que nada está organizado.

*22 de junio.* Me dicen aquí lo que me dicen en todas las ciudades a las que llego: «Aquí usted no hará nada, los obreros son tan fríos, tan indiferentes, tan desafiantes»; es muy notable que Lyon sea la única ciudad en la que me dijeron lo contrario. Vi ayer a un obrero que me hizo un triste cuadro de los obreros. ¡Qué fe me hace falta para marchar a pesar de todo!

Me hago agente-librera, corrí esta mañana por toda la ciudad para colocar mi libro donde los librereros. Vi al hermano de J... J. Todavía es más común que su hermano. Encontré en esta pequeña gira un pequeño librero que podrá serme útil. Realizo al pie de la letra el mandamiento de Jesús: «Vayan de frente, sin preocuparse de nada, toquen a todas las puertas que encuentren en su camino y se les abrirán». Esta marcha es excelente y la sigo al pie de la letra. Todas las personas que me sirven vinieron de esta manera, dado que yo partí sin ninguna carta de recomendación. Eso prueba que no es necesario perder tiempo en prepararse; es necesario ponerse en camino y eso es todo.

Recibí esta mañana una carta de Lyon que me agradó, era de mi querida niña Eléonore, prueba que durante mi ausencia se trabaja activamente. Esta mujer es la llamada a reemplazarme en Lyon; ella puede, y tengo la convicción de que rendirá a la causa inmensos servicios.

Verdaderamente es indignante ver lo timoratos y egoístas que son esos falansterianos. El señor Soubière que es maestro-curtidor, que emplea y conoce a los obreros, no ha podido todavía traerme uno. Estoy segura de que tiene temor de com-

---

<sup>79</sup> En las notas documentales al Manuscrito Jules Puech escribe: «En 1844 no era Saint-Etienne la capital del departamento de Loira, sino Montbrison con siete mil habitantes». (N. del E.)

prometerse. El señor Dupuis, joven de veinte años, no osa hablar de mi asunto a un solo obrero, no osa vender mi pequeño libro por temor a comprometerse. Su patrón, dice, podría encontrarlo malo. ¡Ah!, si alguna vez aquellos cambian la faz de las cosas les tomará hacerlo unos cuarenta mil siglos. El doctor Bordet es el único que ha osado traerme dos obreros. El señor Reynaud, del Café de París, y su hija, bien dispuestos a servir a la causa, no osan tampoco encargarse de la venta del pequeño libro ni hacer nada abiertamente, por temor de comprometerse. Los otros falansterianos, el señor Tiblié, Carrier y todos los que forman el grupo no han venido siquiera a verme por temor a comprometerse. El señor Gautier, capitán de artillería, ha venido, a pesar suyo, estoy segura de que está en ascuas. Debe acompañarme para ir a visitar la manufactura de armas. ¡Juzguen su temor!

*Domingo 23.* Debíamos tener esta mañana una reunión en la casa del señor Berthéa y el mencionado armador. El señor Berthéa, sin avisar a nadie, fue al campo esta mañana a las 5. ¡He aquí la fraternidad y la cortesía! ¡Pobres obreros! Estoy impaciente por tener una sesión para hacer hablar a esos hombres, querría saber lo que son. No tengo una buena idea de ellos.

Vengo de la misa en la catedral. Estaba llena, colmada, y principalmente de pueblo. ¡Qué fisonomías! ¡Idiotas! ¡Estúpidas! Todas y todos, mentalidad campesina. En efecto, toda la población obrera de acá viene de las montañas que rodean a la ciudad, es absolutamente como en Roanne. Todas estas pobres personas son raquíticas, cretinas, igual los niños. Estaban como en Lyon en las capillas conducidas por los *Frères Ignorantins*<sup>80</sup>. La vestimenta de esta gente es la del campo «*envilli-*

---

<sup>80</sup> El diccionario de la Academia Francesa designa bajo el calificativo de «*Frères ignorantins*», a los miembros de la congregación de Saint Yon o hermanos de las Escuelas Cristianas (ver nota 60), la fraterni-

sée»<sup>81</sup>. Los hombres tienen sacos de faldón, pero no levita, las mujeres tienen gorro, pero ninguna tiene un sombrero. ¡Oh! Entre este pueblo y el de Lyon hay 40 años de distancia. Todos hablan una especie de dialecto<sup>82</sup> abominable. ¡Pero es la expresión de esos rostros! ¡Nunca he visto unos tan idiotas, tan feos! Al ver esos rostros he estado sobrecogida de un sentimiento de dolor indescriptible; me decía al ver a esos obreros tomar el agua bendita, hacer la señal de la cruz girando hacia el altar y haciendo la reverencia, me decía: «el pequeño libro de la *Union Ouvrière* no puede penetrar allí». Cuando veo al pueblo en este exceso de embrutecimiento ¡me dan accesos de rabia! Sin embargo, Dioses lo permite.

La catedral de Saint-Etienne es innoble. El interior responde al exterior. Es desagradable de ver. Había cerca de la capilla de la Virgen un Jesús-Cristo bajo vidrio que los campesinos besaban respetuosamente dejando una limosna al lado. Otros besaban reliquias. Vaya entonces a hablar a gente de este tipo de sus «derechos» y de sus «deberes». ¡Qué coraje, mi Dioses, qué coraje me hace falta para ver todas las plagas de la humanidad, así, al desnudo! A veces siento que me debilito.

Al salir de esta innoble iglesia vagué por las calles y plazas para examinar a ese pueblo. Lo encontré tan feo, pero de tan [*fea*] expresión: de aspecto, de atavío, de lenguaje, que estuve espantada. Decididamente, el hombre en estado bruto es peor

---

dad religiosa fundada en Reims por el sacerdote Jean Baptiste de La Salle, a fin de tener los medios de una educación libre, particularmente en la religión, para los niños de los pobres. (N. de la T.)

<sup>81</sup> La autora escribió el término entre comillas porque es una palabra que no existe en francés. Alude al proceso de transformación de la ropa de la gente del campo en «ropa de ciudad». (N. de la T.)

<sup>82</sup> El término alude al *patois*, dialecto, esencialmente oral, hablado en una localidad o grupo de localidades principalmente rurales. En la Francia de la época había más de ciento cincuenta *patois* regionales diferentes. La mayoría de los obreros en las regiones hablaban en *patois* y se expresaban mal o no sabían hablar francés. (N. de la T.)

que los animales, nunca los animales se han deformado de tal manera. Eso se explica, al tener el hombre un alma, debe vivir por la parte bella que hay en él, el alma, el corazón, la inteligencia, el espíritu, la imaginación. Si esta parte superior está atrofiada por falta de vida, su cuerpo deviene innoble. Pero ¡qué barbarie la de atrofiar así lo que hay de bueno, de superior en la criatura humana! ¡Qué crimen! Y, sin embargo, Dioses permite que la minoría lo cometa en perjuicio de la gran mayoría. Si no creyera en un Dioses bueno, justo, poderoso, providencial, ¡al instante mismo me haría bandolera a fin de quemar y destruir esta humanidad que me causa horror! Pero como creo en un Dioses bueno yo le sirvo en la humanidad, me hago apóstol y profeta y amo a esta pobre humanidad en proporción a la fealdad, la desdicha y sufrimiento que veo en ella.

Tengo aquí una novedad que no he visto todavía en ninguna ciudad. Conociendo al señor y a la señorita Reynaud, del Café de París, voy a almorzar allí cada mañana. Allí se reúnen todos los oficiales de la guarnición y también los oficiales de la artillería. Estoy entonces en una nube de humo (aquí como en todas las ciudades de provincia se fuma en todos los cafés) y una multitud de oficiales. Los oficiales de línea<sup>83</sup>, al saberse dispensados de tener una opinión cualquiera, sólo me consideran como una mujer bonita y a ese título me hacen ojitos. Entre esa gente brava es tan habitual hacer ojitos a una mujer que encuentran sola en un café que ceden a eso maquinalmente. Estoy segura de que a ninguno se le ha ocurrido soñar que en mi posición yo debía estar muy sensible a la actitud de los oficiales. Ninguno sospecha lo que hago o pienso. ¡Ah!, no ven tan lejos. He aquí nuevamente un tipo de cretinos curiosos de estudiar. Estos no son raquíuticos, casi todos son de una fuerza física notable. Son limpios, bien cuidados, tienen buen aspecto, pero todos, salvo excepción, tienen la misma fisonomía, es decir un rostro desgastado, fatigado por el desenfreno y el abu-

---

<sup>83</sup> Los oficiales de línea aluden a los oficiales de infantería. (N. de la T.)

rrimiento, de expresión ignorante, jovial y descarada, notable en el sentido de que no expresa nada, absolutamente nada en ningún orden de pensamiento. Esa gente no me inspira ninguna cólera, ni siquiera desprecio, los considero como verdaderos maniqués que no hacen ni bien ni mal, destruyendo por oficio, pero dispuestos como están a obedecer, construirían si uno les ordenara construir. Su vida es curiosa: a las 9 de la mañana ya están allí para beber, jugar, fumar y decirse estupideces el uno al otro. No tienen nada que hacer: es necesario que pasen el tiempo. Por lo demás, no parecen malos. Son aquellos que llaman buenos diablos, amables con las chicas bonitas, juegan con los niños, muy buenos con los perros y no muy duros con los pobres.

En cuanto a los oficiales de artillería es otra cosa. Al pertenecer a un cuerpo científico se creen obligados a tener una opinión cualquiera, a fin de distinguirse de los primeros (oficiales de línea) llamados máquinas.

Los oficiales de artillería son en general gente de buena familia que ha recibido una brillante educación (de colegio) y gozan de las ventajas de la fortuna. Son entonces los grandes barones del ejército. La tenida de estos es mucho más elegante, los veo venir tan pronto en vestimenta militar con fusta y espuela (el que asume caballo y botones), como en vestimenta burguesa y entonces son *fashionables*<sup>84</sup>, los guantes más amarillos de la ciudad. La expresión de la fisonomía de esos oficiales no es la misma que la de los otros. Se ve que las matemáticas pasaron por allí; como los primeros, su rostro está fatigado por el desenfreno y además por el trabajo. Todos (esta vez sin excepción), todos tienen una expresión dura, fría y seca. Entre ellos la impertinencia de los primeros es reemplazada por el desdén, la altivez, la prepotencia, la inconciencia, por la irritabilidad [...*ilegible*...], la irritación nerviosa y la impaciencia, la

---

<sup>84</sup> En inglés en el original. Son «*fashionables*» quiere decir están «a la moda». (N. de la T.)



desazón por la tristeza; es muy fácil leer la fisonomía de aquellos a quienes se llama malgeniados. Éstos son corteses justo lo necesario con las mujeres, pero nunca son amables, galantes; creerían comprometer su dignidad de oficiales científicos actuando así hacia el sexo débil por el cual profesan en el fondo el más absoluto desdén. Son muy déspotas con el perro, no aman a los niños y son duros y sin piedad con los pobres. Experimento por este tipo de cretinos-sabios una repulsión instintiva. Los considero como hombres peligrosos, porque todo ser cuyo corazón, sensibilidad y entrañas están atrofiados y endurecidos, es un ser peligroso para la sociedad. ¡Y bien! La ciencia de las matemáticas opera sobre el corazón, la sensibilidad y las entrañas del hombre como el fuego opera sobre un campo de trigo, lo quema hasta la raíz.

Es claro que entre hombres tan endurecidos debe haber una cortina de hierro. Además, esos señores oficiales de artillería, al verme allí y conocer el motivo de mi viaje a través de Francia, me miraron con ojos que estaban lejos de ser dulces. La sequedad de corazón es la falta de toda vida, sume a los hombres más elevados en el estado brutal. Así, a esos oficiales les falta incluso cortesía hacia mí, la primera de las leyes sociales. Esos oficiales científicos me detestan por tres motivos: 1º porque no permiten que las mujeres sean inteligentes y sobre todo que lo manifiesten con actos (aunque no deberían reconocer mi inteligencia dado que a sus ojos sólo las matemáticas son la inteligencia suprema); 2º porque yo tengo amor, y al no tenerlo ellos tachan al amor de locura; 3º porque predico la libertad para todos y todas, y ellos no reconocen más que una ley: la obediencia y la disciplina.

Veo que hablan de mí entre ellos con desdén, con ironía. Estoy segura de que dicen muy seriamente: «Qué es lo que esta mujer pretende operar con su fe y su amor». «¡Sí! Pues claro. ¡He aquí armas famosas! Si realmente ella se siente con la fuerza que quiere para actuar sobre las masas, ¡y bien! Que

comience primero aprendiendo matemáticas». Me gustaría escuchar lo que dicen respecto de mí: debe ser adorable.

Observé a uno esta mañana, el más bello joven y el que se acicala mejor. ¡Y bien! Esta indumentaria olía a matemáticas; todo era preciso, rígido, compuesto, formaba un conjunto frío, anguloso, como una escuadra. Sus mismas ropas llevadas por una artista hubieran sido encantadoras en armonía, elegancia, gusto, desenvoltura, pero el matemático tiene horror de la desenvoltura. La inspiración, el capricho, la gracia, la dejadez, el imprevisto, el impulso, la pasión, el amor, ¡uf!, ¡qué horror! Para él allí no existe sino desorden.

Estoy bastante contenta de estudiar estos tipos de cretinos mientras almuerzo, probablemente Dioses [*ha querido*] que vea también ese mundo. Los oficiales científicos beben, juegan, desde la mañana como los otros, sólo que ellos no lo hacen con la misma animación, de tal manera que todo eso parezca divertido, una está tentada de preguntarles: pero si ustedes no encuentran ningún placer, ¿por qué lo hacen, entonces? Verdaderamente esos pobres *civilizados* de la civilización son sorprendentes! Si no dieran lástima podrían hacer reír.

Por el otro lado, la vista de esos oficiales bebiendo, jugando, fumando, no me hace daño como la de los burgueses, ellos al menos no beben con el sudor de los trabajadores. Tienen su paga, gastan su fortuna, pero no explotan directamente a sus infelices hermanos. Mientras que los fabricantes, beben, juegan y fuman con la vida de los obreros.

*24 de junio.* Pasé ayer una noche agobiante: cena en la casa de los burgueses es para mí un martirio! Ésta es la gente que se dice falansteriana, decididamente todos estos pobres falansterianos son idiotas, insulsos, egoístas, fríos, secos infraternos y todo lo que hay en el mundo de más fastidioso. El doctor B... y ese pequeño Dupuis, así como todos los otros de Saint-Etienne son de una nulidad completa. Juzguen la felicidad que

una disfrutará en Citeaux con la reunión de gente parecida. Será para no osar pasar por el camino para ir a Lyon. Qué egoísta ese doctor B..., avaro, personal, pretencioso, ¡Dioses de Dioses! ¡Y su mujer curiosa! El capitán C... me pareció igual. El señor Reyneaud enviando a su hija a la misa (aquí es una obligación e incluso un falansteriano no logra sustraerse a ella); la pequeña está bien, es una lástima que no esté mejor dirigida.

Me aburro a morir por no tener ningún obrero inteligente cerca de mí. Aprendo más con uno de esos hombres en dos días que lo que no podré aprender con los burgueses en diez años. Nada más idiota y nulo que esos bribones. Aparte de los fraudes en sus comercios no son buenos para nada, absolutamente nada.

Esta mañana fui a visitar la Manufactura de armas con el capitán Gautier, el doctor se sumó, no osando acompañarme solo. ¡Qué coraje! Y estoy segura de que estaba bien contrariado, tenía la apariencia de estarlo. Este establecimiento del Estado tiene el aspecto más lamentable: es pequeño, mezquino, sucio y mal mantenido. Parece que está muy mal administrado como todo lo que hace el gobierno. Pocos obreros trabajan allí, casi todos trabajan en sus casas. 800 a 900 obreros están empleados allí. Ganarían buenos jornales si hubiera siempre trabajo, pero como siempre falta, ocurre que no trabajan más que 20, 15, 10 y 6 días por mes. ¿Se comprende una organización parecida? Dejar a los hombres caer en el desempleo la mitad del tiempo. Pueden trabajar con los particulares, pero éstos sólo tienen labor que darles en la manufactura. Este desempleo en la fabricación de instrumentos [*de guerra*] denota que los pueblos renuncian a destruirse. Es tiempo.

He hecho hablar a varios de estos obreros y veo que no podré tener una sola firma de ellos para mi petición. Así, he aquí hombres que deberían sentir más que uno la necesidad de obtener el «derecho al trabajo» dado que están continuamente desempleados. ¡Y bien! Amarrados, clavados como esclavos a

su miserable condición de dieciséis días de trabajo sobre treinta, estos infelices esclavos no osan siquiera reclamar para tratar de salir de allí. Es necesario constatar esta cobardía del obrero, porque es realmente espantosa.

Tenía ganas de ir a ver al comandante para pedirle permiso para hacer firmar a los obreros empleados en la Manufactura, pero él va a negármelo, quizá escribirá a París y, denunciada encima de ese lado, sería exponerse a nuevas persecuciones en las ciudades en las que debo permanecer. Evitemos esto dado que, en definitiva, yo quiero mostrar principalmente el estado del obrero.

Acabo de recibir una carta de mi hija espiritual. ¡Cómo las creaciones del espíritu son superiores a los de la carne!

Siento por esta niña [*Eléonore Blanc*] un amor completamente particular, es muy superior al que siento por mi hija de carne<sup>85</sup>. Estoy feliz de vivir en su espíritu, en su corazón, en su pensamiento. Soy yo la que le he dado esta vida bella y grande, ¡y ahora gozo de ella con delicias! Estoy feliz de saber que mientras estoy aquí, allá en Lyon ellos trabajan también. ¡Qué enorme felicidad para mí si los viera a todos trabajar como deseo! Entonces y solamente entonces podría descansar sin remordimientos de conciencia.

---

<sup>85</sup> Mario Vargas Llosa comenta: «Pienso que Flora no tuvo un gran cariño por su hija [Aline]. La niña se crió fuera de ella. Cuando se encariña mucho con una obrerita que fue una gran seguidora de ella —se llamaba Eléonore Blanc— le dice en una de sus cartas que la quiere más que a sus hijos. Unos hijos a los que no quiere, creo yo, también muy comprensiblemente, porque le recordaban el horror de su matrimonio. Para ella el matrimonio con André Chazal fue un horror. Flora quedó espantada, no sólo de la institución sino incluso, por buena parte de su vida, del sexo en razón de ese matrimonio». (*Caretas*, 1702, 28 de diciembre de 2001, entrevista de Teresina Muñoz Nájjar.) [N. del E.]

Al salir de allí, fui a visitar el barrio de los obreros de cintas (Saint-Benoît). Es también una especie de Croix-Rousse; es necesario subir para volver a bajar. Los obreros van allí a fin de tener luz, aire y librarse del polvo, tres cosas indispensables para fabricar cintas caras. El encargado de barra que me acompañaba me decía que los fabricantes son tan inhumanos con esos infelices esclavos que en el invierno les exigen que no hagan fuego en la habitación en la que trabajan. El fuego quitaría el lustre a las cintas. Exigen también que estos infelices se iluminen con velas, porque el humo del aceite o del fuego quitaría el lustre. A fin de estar bien seguros de que el obrero consuma la vela se la venden a 32 y 34 centavos la libra. Por lo tanto, sacan incluso un beneficio con el aprovisionamiento. Como la labor es más fuerte en invierno que en verano, el obrero gasta una suma bastante fuerte en velas y, además, soporta un frío horrible en una ciudad en la que el frío es excesivo. Le falta quedar clavado en la barra 15, 17 y 18 horas con las manos entumecidas hasta el punto en el que con frecuencia ya no puede arreglar la seda. Ahora hablemos de la ganancia: 1; 1,25; 1,50; 2 FF. (Igual que con los canudos, se comparte). Estos son los jornales considerables. Al igual que los *ferrandiniers*<sup>86</sup>, quedan desempleados con frecuencia al final de las piezas, 8,10 y 15 días. El fabricante traficando con todo, explota al infeliz obrero de todas las maneras: le mete más seda de la que debe por pieza de modo que tenga 5, 6 y 8 anas<sup>87</sup> de más que no le paga al obrero. El obrero tiene el derecho de ir a quejarse ante el consejo de *prud'hommes*. ¡Sí! Pero aquí como en Lyon saben a qué atenerse sobre la justicia de los *prud'hommes*: 1º es necesario perder su tiempo; 2º uno atrae el odio de los fabricantes que no perdonan a un obrero haberlos denunciado públi-

---

<sup>86</sup> *Ferrandiniers*. Son los obreros de seda que se organizaron en 1842 como miembros del *compagnonnage*. Ver nota 71. (N. de la T.)

<sup>87</sup> *Anas*, traducción al español de «aunes», antigua medida de longitud para las telas en Francia equivalente a 1,19 m. (N. de la T.)

camente de que roban al obrero ordinario 6 u 8 anos por pieza de hechura. Un pobre obrero que hace medir las piezas a dos fabricantes es fichado, y los encargados de barra reciben la orden de nunca dar trabajo a este obrero, lo suficientemente impertinente como para protestar contra el robo de su fabricante —señor y dueño de su vida— porque si no hay trabajo no hay pan y si no hay pan no hay vida.

Los bastidores de cintas son mucho más complicados que los bastidores de tela de seda y también cuestan más caro. Es cuestión de 1.500 a 1.800 FF. Los obreros son tan infelices que no tienen los medios para comprar esos bastidores. Desde hace 4 ó 5 años ya no se hacen, se reacomodan los viejos. Tanto mejor, esta miseria disminuirá el número de obreros.

Se les denominan «bastidores de barra» porque es necesario hacer girar una barra que pone en funcionamiento todo el mecanismo del bastidor. El obrero debe permanecer parado e inclinado, lo que, durante una jornada de 16 horas, produce un cansancio superior a las fuerzas humanas. Esos obreros y obreras, la mayoría en un estado de embrutecimiento completo, no pueden compararse en nada a los de Lyon. Todos hablan *patois*, llevan zuecos y el resto por el estilo. Son completamente campesinos de la montaña. Se lee en su rostro la idiotez más completa. En todas sus casas hay a la fuerza cruces, cristos vírgenes, santos relicarios y todos los oropeles del catolicismo. Todos se sumergen en la devoción y la superstición.

Son horriblemente feos, gordos, hinchados (sólo comen mala sopa); se ve que es carne fofa, sin nervios, son repugnantes a la vista. Por otro lado, la conformación de su cabeza dice bien lo que ella encierra; presenta todas las características del idiotismo. ¡Oh! Los sacerdotes católicos deben encontrarse muy honrados de tener cristianos parecidos como fervientes. Es necesario que el clero haya descendido muy bajo para contentarse con adhesiones similares. Es tan degradante para los sacerdotes como para los sectarios.

*El aspecto de la ciudad de Saint-Etienne.* Es, en pequeño y fealdad, lo que es Lyon. No obstante, sin los dos grandes ríos. Las casas son menos altas que en Lyon, pero son más negras, aún más tristes, más sucias. Todas las habitadas por obreros son innobles, algunas nuevas son bastante buenas. Todas ellas pertenecen a los fabricantes de cintas, de armas y de ferretería. Aquí y allá sobre las colinas que rodean la ciudad hay bonitas casas de campo de los fabricantes. Cuando percibo esas casas, me producen un movimiento de pavor que no controlo, soñando enseguida en la manera en que han sido ganadas, veo en cada piedra un miembro humano. ¡Y esa masa de piedras de lejos me representa una masa de hombres, de mujeres, de niños, gimiendo y pereciendo bajo el peso de la carga! A veces este pensamiento y la imagen que hace nacer se ofrecen tan vívidamente a mi espíritu que al pasar cerca de las casas ¡escucho estertores, sollozos, imprecaciones! ¡Oh! ¡Qué daño me hace eso! Paso rápido, me alejo a grandes pasos de esos *reparts* [?]<sup>88</sup> en donde la carne de mis hermanos ha sido transformada en piedras, en bellos muebles, en cristales, en bronce, en oro, en seda, en fina batista, en bellas flores. Todo ese lujo, que son las lágrimas, la sangre, la vida de mis infelices hermanos, ¡todo ese lujo me es odioso! No podría vivir entre él. ¡Oh! No, me volvería loca.

La ciudad es horribilmente sucia, mal empedrada, sin veredas, algunas en los barrios buenos, un riachuelo sucio que denominan río [*espacio en blanco*], que pasa por la ciudad. Este riachuelo sucio riega, lava y proporciona las necesidades de agua de sesenta mil cuerpos, sin contar los animales.

El clima es espantoso, hay continuamente un viento que levanta una nube de polvo negro (de carbón), muy frío en invierno, muy caluroso en verano.

---

<sup>88</sup> Signo de interrogación en el original. Podría ser un error y haber escrito «reparts» por «remparts» que quiere decir murallas. (N. de la T.)

Cuando una recorre Francia, tan fértil, tan bella como paisaje, una se asombra de ver que el hombre no sabe disfrutar de un país tan bello. Todas las ciudades en general, pequeñas o grandes están mal situadas, mal construidas, mal aireadas. Lo que muy impropriamente llamamos habitaciones (porque realmente no son habitables) no son más que grandes o pequeños montículos de piedra apiñados los unos sobre los otros, todo tirado allí sin orden, sin gusto, sin pensamiento, sin la menor armonía. Ciertamente, en Francia no falta terreno. Qué fácil sería construir ciudades, pueblos y aldeas desde el punto de vista de la higiene y el atractivo. ¿Por qué no tomar situaciones bonitas? ¡Hay tantas! En los valles, cerca de los ríos, rodeados de colinas no muy elevadas... por qué no hacer calles grandes y largas, bien aireadas, con amplias plazas plantadas con árboles y bellos paseos, bellas alamedas, grandes rutas para llegar a la ciudad. Todo eso sería bonito, y sin embargo nunca es hecho. El hombre es de una falta de inteligencia verdaderamente inconcebible para su propio bienestar. Es para mí un tema de sorpresa permanente. El hombre es rutinario, lo que prueba que le falta esencialmente imaginación, alcance en su visión. Basta que tres individuos planten tres barracas en un lugar malsano y rápidamente todos los demás vendrán a amontonar otras barracas en el lugar malsano. Luego grita, se lamenta, se desespera de permanecer allí —como si no pudiera salir de allí! Es una lástima ver al hombre en todas sus manifestaciones. Concluyo que la humanidad es todavía muy niña. Representa un crío de 4 ó 5 años solamente, y yo, que soy superior a la época en la que vivo, que veo la faz que tendrá la humanidad en cincuenta años, estoy obligada a vivir en medio de esos miserables pequeños críos. ¡Qué suplicio! Pero he aquí como explico mi presencia en este pequeño planeta. Es claro que los críos necesitan maestras de escuela que los guíen: sin esas guías harían más idioteces de las que ya hacen. Aceptemos



entonces la tarea y quedémonos para guiarlos. Pero debo decirlo: ¡No es divertido!

*26 de junio.* Hace cinco días que estoy aquí. Nunca me había aburrido e impacientado tanto como lo he hecho durante estos cinco días, ahora sí que caí en el país de los sordos. Qué miserables sordos y ciegos. Sobrepasa todo lo que he visto hasta el presente... Comparativamente, Roanne es un país de luces, no se entiende cómo puede haber una ciudad en Francia, una ciudad de sesenta mil personas que vivan en este estado de cretinismo. ¡Oh! El Poder puede estar bien tranquilo, éstos no se moverán. Hace cinco días que exploro toda la ciudad para reunir una decena de obreros inteligentes. Imposible. Ayer hubo una reunión de obreros de todo tipo, les hablé, nadie comprendió. Se ve que no están habituados a esas cuestiones sociales. Un poco de crítica política, de voto universal, no se elevan más alto. Y el señor Duché con el doctor Blanc Lubey que posan como comunistas avanzados, defensores del pueblo, etc. etc., no han sabido poner en la cabeza de esos obreros ni una sola idea. Creo que ellos mismos no tienen ninguna. Son hombres desgastados. El señor Duché se casó y, desde allí en adelante, se sumió en el egoísmo estrecho de la familia. Todo individuo que se casa está perdido para la causa: es seguro que no dará un paso más para servirla. El doctor Blanc Lubey se ocupa de hacer firmar y reunir los 50 centavos de los obreros para «L'Épée», es el corresponsal de la *Réforme*, en fin, es el representante del *Progrès* en Saint-Etienne. Es necesario ver a este hombre y conversar con él para hacerse una idea justa de la estrechez de ese pequeño espíritu; cuando uno ve eso dice: «¡pobres obreros!»; luego cuando uno piensa en lo que son los obreros de este país uno comprende que sólo tengan defensores parecidos, e incluso esos defensores, con todo lo lamentable que son, han abandonado la partida porque están colmados de

calumnias, de disgusto, pasan por estar vendidos al Poder, espías de la policía (yo ya paso por eso). ¡Es espantosa la idiotez!

Me han dicho que antiguamente los obreros tenían algunos verdaderos amigos. El señor Grangeasse, redactor del periódico *Ami de l'ouvrier* fue, con Laurent, uno de los grandes motores de la asociación de obreros de cinta. Y bien, el señor Grangeasse fue primero calumniado por el Poder y enseguida por los mismos obreros que cayeron en la trampa. En lugar de apoyar su trabajo que era el suyo, lo calumniaron, lo dejaron caer y el pobre *Ami de l'ouvrier*, después de 5 ó 6 años de lucha, de trabajo, de pena, de ruina, de tiempo, de dinero, se vio obligado a partir de Saint-Etienne e irse cerca de Lyon para establecerse como obrero pasamanero. Le sucedió lo mismo a Laurent, un obrero de los más devotos a la causa: arruinado, cansado, desgastado, aceptó un pequeño puesto en el ferrocarril de Rive-de-Gier y entonces encontraron la prueba de que estaba vendido. ¡Pues claro!, dado que ellos mismos los matan material y moralmente, forzarán a todos sus amigos a venderse. La ignorancia vuelve a los hombres insensatos y malos.

Ayer tuve una sesión absolutamente como las de Lyon: sesenta personas en una pequeña habitación, un baño de vapor. No pude permanecer ahí. En Lyon soportaba el calor por el celo y el amor que había en el auditorio. Pero aquí no encuentro ni inteligencia, ni celo, ni amor; me sentí con poco coraje. Es la primera vez que paso en una ciudad sin excitar el entusiasmo, al menos de algunos. Aquí ni uno. Ni obrero, ni burgués, ni siquiera mujer. La señorita Reynaud, del Café de París, me parece buena, pero ella no ha venido siquiera a verme, ni me ha ofrecido sus servicios. En cuanto al doctor B..., me da la impresión de un intrigante y de un hombre muy falso. Ayer hablaba mal en el auditorio de mi idea: esta mañana, dos obreros me lo informaron.

En cambio, si no he provocado el entusiasmo, provoqué los recelos más absurdos. Soy una agente secreta de todo, una in-

trigante que quiere engañar al obrero. Es tan idiota, absurdo y malo que no se puede creer. Eso me ha dado un poco de humor, confieso que si tuviera que ver 4 ó 5 ciudades de ese tipo podría cansarme mucho. ¡Qué seres egoístas y desagradables! Sin embargo, esta mañana tomé la determinación de encontrar al menos diez obreros para formar un Comité. ¡Qué potencia la de una voluntad fuerte! Llovía a baldazos, no importa. Salgo y voy donde uno u otro, llego a encontrar tres hombres que me prometen buscar otros siete. Les he hecho dar su palabra. Corren por la lluvia, y mañana en la noche tengo la certeza de que tendré mis diez hombres. Será mucho para Saint-Etienne en el estado de división y de aislamiento en el que están los obreros: formar un Comité con diez hombres es hacer un milagro. Y el Poder tiene temor de esa gente. Para mí, que veo los hilos, es absolutamente grotesco.

Será necesario hacer un artículo sobre los encargados de barra, al igual que los de Lyon. Es una clase infame. Aquí se los llama los «piratas»: explotan a los obreros y sobre todo a las pobres obreras, exigen de ellas que sean sus amantes o no les dan trabajo. Hacen miles de infamias de ese género, y se soporta eso como cosa común.

Cuanto más veo de cerca a esos fourieristas, más me repugnan. Tienen todos los vicios. Qué gente villana. Acabaré por no ver a ninguno en las ciudades por las que pase, porque me hacen daño y son desagradables desde todos los puntos de vista. Además, ison idiotas! ¡Que gente enrevesada!

Muero de ganas deirme de esta ciudad para regresar a Lyon. ¡Con qué placer y cómo quiero volver a ver a todos mis hijos de Lyon!

Esta mañana fui a ver al cura de la catedral; es un palo [*palabra dudosa*] y completamente desagradable. Tiene ojos pequeños, escondidos bajo lunas violetas. Para hablar a esa especie de criaturas civilizadas asumo siempre un aire altivo,

despreciativo, a fin de hacerles sentir la distancia que existe entre ellos y yo. Se vuelven sumamente amables al ver que se los adivina de esa manera. Le expuse el motivo de mi visita. A medida que hablaba, este hombre manifestó, a pesar suyo, una sorpresa mezclada con temor. Cuando terminé me preguntó con una especie de pavor: «Pero señora, no entiendo su demanda, porque ¿qué exige usted de mí?». Entonces, queriendo redoblar su pavor le expliqué largamente lo que quería de él. Le ofrecí mi libro, no quiso aceptarlo, me lo volvió a poner sobre las rodillas con un movimiento brusco como si tuviera temor. No me desanimé por esa acogida no fraterna y continué la conversación.

Cuando vio que estaba decidida a hacerlo hablar me respondió y, para mi gran sorpresa, cambió súbitamente de tono y se volvió bastante simpático. Compartió mi opinión, me colmó de elogios, me dijo que iba a avisar inmediatamente a la librería para hacer que le envíen 4 ó 5 pequeños [*libros*]. No puedo comprender mucho el efecto que produce sobre este hombre, pero ciertamente pasó algo extraño con respecto a mí. Al volver a conducirme se deshizo en excusas, me acompañó hasta la calle. ¿Qué diablos puede una pensar? Pienso que en el primer momento habrá querido hacerme la oposición; luego, pensando que eso podría dañarlo, parece haber decidido virar de borda bruscamente.

Por lo demás, al igual que todos los otros, nulo hasta los talones.

El señor Gautier me informó que el abad Tranchant acaba de ser destituido. Piensa que se debe a mí. Yo también lo creo y estoy encantada por ello. Lo va a forzar a pronunciarse. ¡Sorprendente! ¡Curioso! El arzobispo me recibe muy bien y al día siguiente convoca al abad T... y lo destituye porque fui a almorzar dos veces a su casa. No comprendo nada, pero encuentro todo esto encantador. Y ese señor Gautier que encuentra

malo al catolicismo y, sin embargo, piensa que no se le debe atacar, ¡esto también es encantador! Pero si ustedes reconocen que esta doctrina es mala, es necesario destruirla. ¡En absoluto! Por el contrario, es necesario dejarla caminar tranquila sin tocarla. Pero es necesario saludarla. Sólo un oficial de este cuerpo de sabios puede ver así. Un hombre normal, de lo más normal que puede haber, diría. Es claro, como 2 y 2 son 4, que si la religión le hace daño al pueblo es necesario apurarse a destruirla a fin de impedir que el daño sea consumado. Pero un sabio matemático juzga absolutamente a la inversa del hombre normal.

Son las 8, es necesario partir para el trabajo. En Lyon yo hablaba siempre con placer, aquí no me siento atraída. Si siguiera mi atracción, plantaría la sesión y no iría. ¡Esos gallardos son demasiado sordos!

Siento aquí lo que sentí en Mâcon, un aburrimiento, un sin-sabor completo. Aquí es peor, allá tenía por lo menos a la gente de la camarilla de *Le Bien Public* que me entretenían con ridículas pretensiones. Aquí no hay nada interesante ni divertido. ¡Es de una palidez desesperante!

*25 de junio.* La farsa de Romier y Balanssard con respecto al taller de dibujo plaza Marengo. Estos señores han ofrecido su taller al señor Reynaud, del Café de París. Luego, ayer a las 8, habiendo quedado en una cita, todos acudimos; nadie: la puerta cerrada. Supe esta mañana que los señores que trabajan para los fabricantes habían estado asustados cuando supieron que únicamente obreros debían venir para escuchar una prédica revolucionaria. He aquí todavía un hecho con otros dos. Cada vez que un obrero se vuelve burgués por su posición de fortuna y sus relaciones de interés con los burgueses, estén seguros que los encontrarán más canallas que el más miserable de los burgueses. Fui esta mañana a hablar con esos señores;

hablé con el señor Balanssard que no tuvo el coraje de confesarme francamente que me tenía miedo. Se excusó diciendo que había esperado hasta las 8:15, etc. Entonces, tomando al pie de la letra sus buenas intenciones, le dije: «Y bien señor, cuento con su local para esta noche». El infeliz se volvió pálido, pero no osó rehusar. ¡Es una lástima ver hasta qué punto llega la bajeza de esos hombres!

*27 de junio.* Ayer tuvo lugar la sesión en la casa del mencionado Romier: mucha gente, ninguna mujer, pero 2 ó 3 burgueses. Decididamente, los obreros de Saint-Etienne son más idiotas de los que jamás he visto. ¡Es espantoso! Y estaban allí los más capaces como jefes de taller y otros, ninguno comprendía lo que significa el «derecho al trabajo». Imposible hacerlos hablar, no saben. ¡Qué brutos! Al ver que no sería comprendida por los obreros y que había perdido ocho días en Saint-Etienne, quise al menos resarcirme un poco asustando a los burgueses allí presentes. Es una pequeña felicidad que me permito de tiempo en tiempo cuando estoy muy fastidiada. Digo, ¡y Dioses sabe si uno estuvo asustado! ¡Los infelices Romier y Balanssard estaban más muertos que vivos! Los tres burgueses rabiaban, pero no osaban decir nada delante de los obreros y yo, mala, que sabía bien que no osarían decir ni pío, golpeaba encima para producirles una fiebre cerebral. ¡Oh! Burgueses bribones, ustedes me hacen bastante daño, ¡yo bien puedo darles un poco de miedo!

Pero esos obreros, ¡qué pobres miserables! Hice allí un llamado para que se forme un Comité con diez personas, ninguno osó aceptar: unos no tienen tiempo, los otros no están libres, etc. El hecho es que todos tenían miedo de comprometerse. Barriere, sobre quien yo contaba, porque hasta el momento se había mostrado como el más dedicado, ni siquiera vino. Me hizo devolver los pequeños libros y el dinero, y dejó dicho que había partido para Viena. Los dos hermanos Birny o Riny, sas-

tres, vinieron en la mañana para decirme que querían formar parte del Comité; pero allí, delante de los burgueses, retrocedieron y me pidieron permiso para reflexionar. Un joven dibujante Mégre o Maigre, que también se había ofrecido, no osó decir ni una palabra: el temor de ser mal visto por los fabricantes los paraliza. Para el movimiento progresista, esta ciudad es inexistente. Los fabricantes tienen a toda esta población de trabajadores bajo su poder, son ellos quienes dan de comer, y los patronos dicen a los pobres esclavos: «tú serás bruto, vil soplo» [?]<sup>89</sup>, icesarás de ser hombre!, ¡y no comerás! Y los infelices campesinos, embrutecidos por la miseria, degradados hasta el punto de no sentir en sí más que el estómago, ¡prefieren el envilecimiento a la muerte! Aquí, debo confesarlo, compadezco a esos infelices esclavos, ¡pero me inspiran un desprecio tal! ¡Un disgusto tan profundo que me alejo de ellos con horror! Aquí todos son viles, tanto los ricos como los pobres: hacen bajezas por un medio. Ayer tuve la prueba. Remití al señor Blanc Lubey pequeños libros a 25 centavos, a fin de que los venda a los obreros y poder despachar una cantidad mayor. ¡Y bien! Ayer supe que los vendía a 50 centavos, es decir ganando cinco medios de franco por libro, cuando él sabe que yo pierdo un medio. En Lyon hubo una mujer que quiso venderlo a 50 centavos, se supo y se alzó contra ella un grito tal de clamor<sup>90</sup> que creí que irían a injuriarla a su casa. Ella desmintió el hecho, dio pruebas de lo contrario diciendo que el ejemplar que había vendido había sido a un burgués, pero que jamás había pensado venderlo a ese precio a un obrero; y aquí esto se hace como una cosa natural. Agregaré, además, que me han robado de todos los lados. En Lyon nadie me robó. ¡Qué horrible país!

Visité ayer tres o cuatro talleres de urdimbre. Allí también, como en todas partes, el obrero está sacrificado a la cosa. El

---

<sup>89</sup> El signo de interrogación corresponde a la edición francesa. (N. de la T.)

<sup>90</sup> Hemos traducido «haro» como *grito de clamor*. (N. de la T.)

bastidor y nada más que el bastidor, éste es el principio económico del buen fabricante. En los talleres de urdimbre todo está cerrado. Falta aire, el poco que hay está viciado. La pobre obrera se ahoga, su pecho se consume, se enferma. Qué le importa al fabricante, él no ve más que la seda, isu querida seda! Para ella está lleno de solicitud, la seda no quiere aire porque podría maltratarla, por lo tanto, no debe haber aire en el taller. Que las máquinas humanas que trabajan perezcan por falta de aire, ¡qué le importa! Está seguro de encontrar las mencionadas máquinas por nada en todas partes. El país se las proporciona. Pero que su seda se rompa..., ¡oh!, entonces, este hombre prende fuego, se entenece, no escucha nada más; solamente si toda esta [...*ilegible*...] de carne humana para el buen fabricante no fuera iatroz de ver! e innoble de estudiar sería divertido (*sic*). Es impulsar el amor al lucro hasta la demencia. En las casas de la señora Ve Balay: la hija, muñeca inglesa bonita, muy bien vestida, su tono, etc., etc.

En la casa de los señores Journaud, padre e hijo. La dama en su salón viene a verme a la puerta al escuchar mi nombre y me acompaña por curiosidad al taller. Su aire de desdén al responderme cuando le hacía preguntas sobre el trabajo: «no sé», «no sé», diciendo con un aire ofendido: «Acaso yo, una dama, sé lo que pasa en el taller de los obreros, ¡por favor, entonces!». Hay que hacer un artículo sobre esos bribones. Salí de su casa enferma. Todas esas pobres chicas tienen una expresión idiota. En todos los talleres hay un pequeño altar de la virgen más o menos bien adornado. Los gastos son a expensas de los obreros, todos son muy devotos. Al salir del trabajo rezan sus oraciones. Está decidido, en todos los lugares en el que el pueblo es muy devoto, es completamente estúpido, vil, degradado, miserable. Es la mejor prueba que uno puede dar contra el catolicismo.



La avaricia de todos esos fabricantes enriquecidos. Aquí todos son bastante ricos, hay más de diez millonarios (hablar sobre ellos).

Hablar sobre el Café de París, sobre la hija, sobre el padre, que realmente no están hechos para esta esclavitud, y qué tan vergonzoso es para ellos someterse. Así es, desde que el hombre quiere disfrutar de la fortuna está forzado a envilecerse mintiendo. La señorita sonrío graciosamente a todos los oficiales que ella desprecia y detesta por considerarlos tan inferiores a ella. Aunque esta chica sea inteligente y se sienta con buena disposición a ser la mujer fuerte, como ella dice, no lo será nunca porque depende mucho de los goces materiales. Sólo tiene un medio de hacerse independiente y, por consiguiente, libre y fuerte, es el de saber prescindir de su fortuna. Esto es lo que me hace invencible.

Parto de esta ciudad con un placer que prueba qué tan malos días pasé aquí. Mas llevo conmigo el disgusto de tener que hacer un capítulo fulminante sobre ella. Por el interés de la causa, no diré toda la verdad; no obstante, me veré obligada a decir una parte.

Por lo demás, soporto este dolor con bastante calma. Comienzo a hacerme la idea de que el pueblo actual está quizá destinado a morir en la sumisión. Pero de allí renacerá otro pueblo. El pueblo judío murió en la sumisión, y Jesús lo rehabilitó. El pueblo cristiano ha muerto hoy en la sumisión y Flora Tristán, la primera mujer fuerte, lo rehabilitará. ¡Oh! Siento en mí un mundo nuevo, ¡y daré este nuevo mundo al mundo antiguo que se derrumba y perece!

Traje quinientos pequeños libros aquí esperando que la clase obrera sienta la importancia de difundir a estos pequeños entre los obreros. En absoluto, no ha sentido nada. Entonces regalo los pequeños libros o hago ventas forzadas. Es necesario que sea yo la que hable en nombre de una causa tan santa para

osar hacer que contribuyan los burgueses de Saint-Etienne, después de un *tour* parecido, puedo hacer de todo.

*27 de junio, noche.* Desde hace ocho días que estoy aquí y he sufrido tanto que no puedo dormir. ¡Qué suplicio el mío!, llevar libros para instruir al pueblo ¡a un pueblo que no sabe ni leer! Hay aquí setenta y cinco mil almas —quince mil de propietarios y sesenta mil obreros— entre los quince mil, trece millonarios y todos inmensamente ricos. Luego, los pobres obreros absolutamente como en Inglaterra. Éste es el estado floreciente al que el gobierno de los burgueses querría reducir a la clase obrera: que no sepa leer, incluso hablar francés, que viva con 50 centavos por día, ¡oh! Entonces los propietarios vivirán en paz. Parto de esta ciudad realmente enferma.

\*\*\*

## **XII. REGRESO A LYON**

### **(28 DE JUNIO-7 DE JULIO DE 1844)**

*28 de junio.* La ruta de Saint-Etienne a Lyon, por el ferrocarril, es lo que se podría decir una continuidad de pueblos-fábricas. La explotación de Rive-de Gier es inmensa, hay chimeneas de pozos en cantidad. Examinaba cuidadosamente la fisonomía de los obreros que encontraba a bordo del camino, todos me parecieron estúpidos, ignorantes como los peores de Saint-Etienne. No sé cómo esa gente ha podido inspirar serios temores al Poder, es absurdo. Había una mujer de Rive-de Gier que estaba exasperada contra los obreros de las minas. La hice

conversar, si no me pareció inteligente, al menos, muy decidida: «¡Ah sí! Son graciosos los obreros de Rive-de Gier, quieren hacer una revolución y esos idiotas ni siquiera tienen el coraje de hacerla».

¡Mi alegría cuando percibí Notre-Dame de Fourvière! Al regresar de Saint-Etienne volví a ver a Lyon con el mismo placer que veré a París al regresar de provincia. Sentí un bienestar indecible al encontrarme nuevamente en esta gran ciudad ide 200.000 obreros! Allí tengo la certeza, al menos, de que algún grano de mi semilla germinará. Dioses y el tiempo harán el resto.

Encontré en la oficina de los coches a la querida pequeña Eléonore y a la señora Grimaud; la vista de estas dos mujeres me hizo bien, espero de ellas. Pero ahora el lado doloroso; está dicho que no puedo tener ni siquiera cuatro horas de alegría, de reposo, de tranquilidad. Esa noche regreso de comer de la casa de la señorita Benque y encuentro en la casa de la señora Blanc a Reynier, Meynier, Blanc, y nos ponemos a hablar sobre el asunto de *Le Censeur*. El señor Blanc, a quien le falta inteligencia, dice que si no conmino a Rittier a decirme quién le ha dicho que yo era un agente secreto del gobierno, eso me pierde en el espíritu de los obreros. Reynier, que es una pequeña serpiente venenosa, es de la misma opinión, a pesar de que no piensa nada. Meynier, que ve las cosas a lo grande, pero que no sabe expresar el menor pensamiento, se encoleriza, insulta a su adversario, habla con cólera, con desprecio y lanza entre los otros una irritación inaudita. Yo estudiaba a esos hombres con mi ordinaria calma, tratando de hacerlos comprender la verdadera cuestión, pero cuando escuché a la pequeña una opinión parecida a la de su marido, es decir cayendo en las ideas estrechas, mezquinas y todas de personalidad absurda, tal como piensa, en fin, la multitud falta de inteligencia, no puedo decir ¡qué efecto tan cruelmente poderoso se produjo en mí! Esta niña, que me servía de descanso desde hace quince días, a quien yo veía grande, bella en la Idea, sobre la cual contaba

para proseguir mi obra en Lyon, cuando la vi así venirse abajo en la Idea, sentí el mismo dolor del de alguien que ve a su hijo único, su hijo esperanza, caerse de encima de un techo ¡para romperse el cráneo sobre el pavimento! Esta caída fue absolutamente parecida, hasta el punto de que sentí un dolor físico en la frente, como cuando veo caer algo. Levanté súbitamente la mano, ¡ese instante de dolor fue atroz! Gran Dioses, ¡bajo cuántas formas quieres que sea sacrificada, entonces! Esta noche todavía no puedo dormir, tengo los nervios agitados, los miembros rotos. Después de lo que acaba de pasar en la casa de la señora Blanc, es claro que no basta que el pueblo sepa leer materialmente, porque, si no comprende lo que lee, ¿para qué le sirve leer?

Pasa algo espantoso a propósito de esta calumnia de Rittier con la ineptitud del pueblo. Se concibe que Rittier, que está furioso por el éxito que obtengo, me calumnie. Se concibe también que no vea que al decir que soy una agente secreta del gobierno, haga acto de imbecilidad. Las pequeñas pasiones vanidosas y malas privan al hombre de su sentido común, lo vuelven imbécil e insensato. Pero que los obreros, que no tienen ninguno de los motivos que ciegan a Rittier, den fe de sus calumnias; que ellos después de haberme leído ¡y sobre todo escuchado!, puedan pensar por un segundo que soy una agente secreta, eso, vean ustedes, isobrepasa en ineptitud, en imbecilidad, en ceguera todo lo que pudo haber sido imaginado hasta el presente. ¡Ah, es gente parecida la que tengo la misión de esclarecer! ¡Oh! ¡Jesús, mi pobre hermano!, ¡tus grandes dolores deben parecerte pequeños comparándolos con los míos!

Esa noche, al escuchar a los obreros hablar tan torpemente, comprendí por qué la humanidad ha sido engañada hasta el presente. Es que los grandes genios, capaces de servir a la humanidad, al verla tan idiota, tan envilecida, tan ciega y tan sorda, le han agarrado desprecio, odio, y en lugar de servirla, se han burlado de ella y han jugado con ella un juego infernal. Yo

misma. ¿Quién sabe si no terminaré en eso? ¡Si a fuerza de estupidez, de maldad, mi amor se desgasta! ¡Si ese gran amor que me abraza se desgasta en contacto con los sordos!... ¡Oh! ¡Este pensamiento me estremece!, porque si estos miserables, ciegos por su idiotez, me impiden servirles, ¡oh! Entonces, creo que los dañaré, porque naturalezas como la mía tienen una absoluta necesidad de actuar. Mi Dioses, ¡cómo sufro!

Hemos decidido que iré el lunes con los obreros a casa de Rittier, no para complacer a los ciegos que quieren que me defienda de esta absurda acusación, sino solamente para dar a la calumnia de Rittier una cierta consistencia a fin de poder probar su idiotez, su ceguera en el pequeño libro.

Acaba de decir a Castel que está furioso contra mí porque vengo a impedir la revolución, que con las prédicas pacíficas vengo a castrar a los obreros de Lyon y otras estupideces de ese tipo, expresadas en términos groseros, porque este hombre que posa como barón de los aristócratas demócratas no puede ser más grosero en sus términos. Castel pretende que él es de buena fe. «Pero entonces —le digo— es falto de inteligencia». «Sí, pero qué hacer, no hay otro mejor», y Castel, un obrero muy inteligente, tiene bastante poca confianza en los obreros para decirme: «Yo soy indulgente con Rittier, aunque reconozco que sea un ciego y un sordo en política». No obstante, si mañana estallara una revolución, él podría rendir servicios a la clase obrera. ¿Pero en qué puede servir un ciego? Dirigiendo el movimiento, eso para lo cual los obreros son completamente incapaces. Juzguen, si un obrero inteligente habla de tal manera ¿cómo juzgarán los otros? ¡Pobres obreros!, ¡pobre humanidad!

Saint-Etienne me trota por la cabeza como una pesadilla horrible. Pensaba todo el tiempo en esos infelices obreros que no tienen los medios de hacer los bastidores nuevos. ¡Y bien! Estoy segura de que en diez años cuando tengan que renovar al fin los bastidores, los fabricantes al comprar los bastidores

para hacer trabajar a los obreros se los alquilarán a tanto por mes a ciento por ciento de beneficio. ¡Y esos innobles encargados de barra! En ningún país de esclavitud hay algún atormentador (el que se encarga de hacer trabajar a los negros) que pueda asemejarse a ellos. Los atormentadores dan, de tiempo en tiempo, algunos latigazos al negro, pero jamás le privan de la comida, del sueño, mientras que los encargados de barra privan al obrero, de acuerdo con su capricho, de trabajo y por consiguiente de alimentación, o le pagan tan poco por su trabajo que el infeliz está obligado a trabajar de 18 a 20 horas. Toma a la mujer, la hija del obrero, y corrompe, viola a todas esas infelices. Lo repito, a partir de lo que se hace, de fabricante a obrero no veo más que un grado: la antropofagia. Se podría hacer un ensayo al respecto. Si, como medio seguro de conservar hasta los 80 años la frescura de la juventud, un médico célebre quisiera recetar que cada noche se frotaran con la grasa de una chiquilla de 12 a 18 años y que esta grasa maravillosa se vendiera a cien francos la onza, apuesto a que se encontraría de inmediato, entre los industriales de primer orden, fabricantes hábiles que monten una fábrica de grasa de jovencitas. Estarían seguros de que construirían una hermosa casa vendiendo a los ricos ese precioso ungüento.

Efectivamente, cuando una ha llegado a cierta altura por encima de las vanidades e idioteces humanas y considera con calma lo que pasa en la humanidad, en verdad si una no creyera en un Dioses providencial que guía y prevé todas las cosas, ¡una estaría aterrada! Una se creería viviendo en medio de un inmenso establecimiento de locos, un temor espantoso nos atraparía. Comprendo que haya gente que se vuelve loca de temor a la vista de esta masa de locos que se agrupa en desorden en esta vasta confusión. He aquí por qué en Inglaterra hay todavía más locos que en Francia, es que la confusión es incluso más aterradora.

Cuando una piensa en eso, se dice: «¡Felices el día que abandonaremos el planeta!». Pero en el que nos recibirá habrá otras confusiones; sí, porque el principio de «sufrimiento», al ser uno de los dos términos de la vida, existe en todas partes en el universo. La noche, el día, el dolor, la alegría es necesario aceptar la vida que Dioses ha puesto en nosotros dado que no podemos rechazarla.

La gente con su libre arbitrio me da lástima. ¿Pero dónde está entonces el libre arbitrio? Desde hace quince días me celebro el estar feliz, dichosa, durante los diez últimos días que debía pasar en Lyon. Tenía mucha voluntad. Sí, pero como nosotros no tenemos ni siquiera la simple libertad de tener hambre, de tener sueño, de estar felices y contentos, resulta que, a pesar de la firme voluntad de estar feliz, proyecto que había formado desde hace quince días, a las siete horas de mi llegada a Lyon estaba profundamente triste, apenada e infeliz. Siento que lo que dijo ayer la pequeña con respecto al asunto de Rittier me será doloroso para siempre. Una ilusión destruida, es un bello vaso roto en mil pedazos. Está roto, se acabó, nada lo puede reacomodar.

Hablé con Eléonore esta mañana de esta ineptitud; ella lo ha sentido mucho, vi que sintió pena, vino a decirme que había hablado así por exceso de amor, que lo que la había hecho emitir esa idea de que debía justificarme, eran las ganas de atraer a esta multitud imbécil que no busca más que un pretexto para eximirse de actuar. Esto es todavía ineptitud, por qué desgastarse y chocarse contra un límite. Ustedes chocan, pero el límite no se mueve.

Sí, yo siento que ese golpe ha roto en mí el hilo misterioso de los fluidos del amor que me ataban a esa niña. Sin duda, Dioses no quiere que me ate a ninguna criatura. ¡Es duro!, ¡muy duro! Pero obedeceré.

¡Qué feliz soy de tener trabajo cuando tengo pena! Eso lo salva a una. Es necesario que parta para ir a tener una sesión en la Croix-Rousse. Estoy segura de que frente al auditorio mi espasmo va a desaparecer. El poder de la necesidad. Sé desde hace mucho tiempo que tendré necesidad de llorar. ¡Y bien! Mi vida es tal desde el 12 de abril que no he tenido ni siquiera un día de libertad para poder llorar! Si yo llorara de noche, el único instante que tengo libre, en la mañana se darían cuenta de mis ojos, y estaría perdida. Porque tal es el vulgo: toman las lágrimas por debilidad. Dioses, ¡cómo querría estar enferma en la cama durante cuatro días! ¡Y es mi gran amor quien me ha precipitado en esta vida!

*1 de julio.* Salgo de la casa de Rittier, jefe de redacción de *Le Censeur*, iel potentado de la democracia! Me hice acompañar solamente por Castel: en primer lugar, porque Castel lo conoce; en segundo lugar, porque si hubiera traído a otros no habríamos salido de ahí sin disputarnos, quizá pelearnos. Cosa que yo quería evitar a toda costa. Los hombres del *National* de la calle Lepeltier son unos amores, ángeles de la cortesía, de las formas y las maneras comparando con los hombres del subnacional de Lyon. Ese Rittier es curioso. Imagínense un campesino gordo, nacido campesino, teniendo toda la grosería, la brutalidad de las formas. Luego, ese campesino gordo, criado por los jesuitas, adquiere en grado superlativo los rasgos característicos de la noble Compañía. Tiene, por lo tanto, los ojos bajos, que no se fijan en nada, y jamás en el interlocutor. De tiempo en tiempo, algunas miradas oblicuas y el resto de la fisonomía de acuerdo con dichas características. Agreguen a eso que es de un temperamento sanguíneo, que tiene un cuello grueso completamente corto, labios pequeños apretados que anuncian que la cólera, la violencia, el arrebató más exagerado, son en él su estado normal. Ese cuerpo gordo está vestido con ropa mal hecha y peor presentada, a fin de dar el aire de un



pensador. He aquí al jefe del subnacional de Lyon. Ahora escuchemos hablar al campesino jesuita. El estado de cólera en el que él se encuentra continuamente hace que balbucee, habla con una volubilidad extrema y siempre, siempre, produce el efecto del gluglú de una jarra. Ni qué decir, no escucha lo que se le dice. Luego se repite al escucharse, y se repite absolutamente como los campesinos, pero a la manera chismosa de las porteras («me han dicho», «escuché decir», «repito lo que me han dicho», etc., etc.). No responde jamás a la pregunta. ¡Oh! En cuanto a ese talento, ¡lo posee de una manera notable!

Cuando llegué a *El Censeur*, no estaba. Castel lo fue a buscar en un café. Vino ya lleno de cólera. Imagínense ustedes, no hay en este hombre la menor idea de lo que se debe a la primera de las leyes sociales: la cortesía. Ni un saludo, ni unos buenos días, ni un gesto para ofrecer una silla. Es necesario verlo para creerlo, tan fuera de las costumbres adquiridas son las maneras groseras de este hombre. Tomé una silla, me senté y le pregunté si podía hablar delante de esos señores Co..., Rivière y otros redactores de la mencionada camarilla. Me dijo: «Ciertamente», queriendo decir: «mi estado mayor no es demasiado de habladorías». Le dije en términos muy lacónicos que venía a saber si realmente él le había dicho a Jacquet Bonverran y a otros que yo era una «agente secreta del gobierno» y si era verdad que él había dicho que había visto una parte del informe que yo dirigía al Procurador general. ¡Oh!, ¡entonces las respuestas jesuíticas brillaron con un destello digno del gran Ignacio de Loyola! Repetí, sin exageración, más de siete veces la misma pregunta, presionándolo siempre más. Imposible de obtener una respuesta. Como la gente que parece eludir la pregunta, él hablaba de todo, pero no de la pregunta. Al dejarlo hablar así, pude apreciar, mejor todavía, ¡la imbecilidad, la ceguera completa de esta pobre pequeña inteligencia y la negra maldad de ese pobre corazoncito corrompido por la vanidad más monstruosa! Hice allí un estudio del corazón de los

políticos, ¡estudio muy lamentable! Tenía la intención de hablar poco a fin de estudiar al hombre, y el señor Rittier en ese aspecto favoreció completamente mi deseo porque habló continuamente. Me dijo que combatía mi libro y la idea que predico porque según él era contraria a los intereses democráticos, que yo venía a impedir que el pueblo haga una revolución y que ninguna mejoría era posible sin, en primer lugar, derribar lo que existía, etc., etc.

«¿Ha leído usted mi pequeño libro?». «Sí, y muy bien, y es después que me convencí de que usted actuaba contra los intereses democráticos». Repetía esto sin cesar: que además de mi conducta enigmática, yo estaba protegida por las autoridades, por los periódicos del justo medio, que el *Ródano*, que normalmente injuria a todos los demócratas, no me había dicho ni una sola injuria, que fui a la casa del arzobispo, y que, en fin, hablaba a los obreros, los reunía en gran número y no me arrestaban. «¡Y bien! —le repetía yo—, yo también, ¿todo le hace pensar que soy una agente secreta del gobierno?». «No puedo pronunciarme». «¿Por qué no?». «Porque es vago en mi mente». «¡Apelo a su conciencia!». «Pero mi conciencia no puede decir nada si no está esclarecida». «¡Y bien!, a su sentimiento, su sentido común, su inteligencia». Imposible obtener una respuesta. Me levanté y le dije: «Veo, señor, que debo renunciar a tener una respuesta suya, es en usted, según veo, una idea preconcebida, no puedo forzarlo». «Pero me parece, señora, que le he hablado francamente». Respondí a esas palabras con una sonrisa que terminó de llevar al colmo su cólera. «¡Oh! Usted llama a eso francamente, yo le confieso señor, ese tipo de franqueza no me satisface en absoluto». No me arrebaté, pero le hablé un poco alto y al desnudo. «Su duro deber como jefe de un diario demócrata es hacer conocer su opinión franca sobre mi libro, porque si usted lo encuentra malo, peligroso para el pueblo, actuando contra los intereses del partido demócrata, su deber es decirlo muy alto en su periódico». Aquí

sigan al jesuita y vean la falsedad, al periodista y vean la falta de lógica. «No quería atraer la persecución del *Parquet* sobre usted». «¡Oh! Si yo soy una agente secreta del gobierno, ¡no hay peligro!». «Sí, pero quizá al ser denunciada y perseguida por *Le Censeur*, el poder se habría creído comprometido a perseguirla». «¡Y bien!, ¡qué importa! Si realmente usted piensa que mi pequeño libro causa el desorden en el partido demócrata, si mis prédicas son contra la causa democrática, ¡es necesario perderme!: es incluso su deber. Es necesario apurarse a quemar todo lo que es malo, es mi sistema».

Puedo decir que durante toda esa entrevista Rittier estuvo más que imbécil, más que malo, estuvo innoble. Mintió, fue falso, hipócrita, sinuoso, malo. ¡Creo que nunca todavía había visto descender tan bajo a un hombre!, y eso por celos políticos, por celos de la superioridad de la mujer sobre el hombre. Esta visita fue para mí plena de instrucción. Así, al escuchar a este hombre me transportaba a la Convención y a la Asamblea Nacional que tendremos (*sic*) en nuestra primera revolución. Sentía, por el poder de segunda visión que me hace penetrar en el interior de cada individuo, que este hombre, si hubiera podido, me habría matado con sus propias manos, persuadido de que hacía una buena acción librando a la patria (esta vez dirá la causa) de un enemigo. Tengo la convicción de que él es más imbécil que malo, porque se debe ser perfectamente ciego y sordo para osar decir delante de Castel, que es un hombre inteligente, y 4 ó 5 de sus redactores de *Le Censeur*, que el libro de la *Union Ouvrière* está contra la causa democrática. ¡Si no lo hubiera escuchado con mis propios oídos no lo hubiera creído! (Que llegue mañana una revolución y estos hombres se matarán entre ellos como hicieron en el 93, y el pueblo también será olvidado esta vez)<sup>91</sup>.

---

<sup>91</sup> Flora Tristán se refiere al período llamado «Reino del terror» que, entre 1793 y 1794 produjo alrededor de 1.200 víctimas. (N. del E.)

Me olvido, me acusó también de estar afiliada a los falansterianos, de estar apoyada por ellos, e hizo una invectiva espantosa contra ellos y la democracia pacífica. ¡Y Victor [*Considerant*] que diariamente se deja injuriar por estos hombres sin pulverizarlos! Sí, pero para eso, sería necesario ser más avanzado de lo que es. Me acusó, también, de provocar la división en el partido (predicando la Unión); también de querer crear en Francia un O'Connell<sup>92</sup>, e hizo una violenta invectiva contra él. Ese hombre era horroroso de ver, itan hinchado de cólera y vanidad que daba vergüenza a la especie humana!

Además de Rittier, lo que había allí de innoble eran sus subordinados, porque donde esos redactores llamados democráticos, los colaboradores, los empleados, los gerentes son verdaderos subordinados, ninguno habría osado decir una palabra, pero aprobaban al dueño con signos. Nunca jamás había sido testigo de adulaciones parecidas. El gerente, el señor Murat, dijo algunas palabras que eran una mentira. Yo me contenté con decirle: Se equivocan, yo no dije eso. Toda la asamblea de redactores había manifestado una viva aprobación a la mentira del gerente, aprobada por el dueño. ¡Salí de allí estupefacta! Confieso que no creía que podían pasar cosas parecidas en el mundo, había visto en el grupo de los periodistas de París un tono bastante común, costumbres bastante poco delicadas y muy poco de inteligencia, pero nunca nada que pueda compararse a lo que pasa con respecto a mí en la camarilla de *Le Censeur*. Yo, que lo he visto y escuchado ¡apenas si puedo creerlo! ¡Qué dueño! ¡Y qué subordinados! ¡Oh! Yo le digo a quien quiera escuchar, si tuviéramos que hacer una revolución por y para hombres parecidos, ¡yo preferiría quedar hasta el fin de los siglos con el Papa y Louis Philippe! ¿Pero qué gobierno podrían, entonces, establecer? ¡Nada más que de pensar en eso una se estremece!

---

<sup>92</sup> Ver nota 49. (N. del E.)

Castel, a quien yo había traído conmigo, cumplió perfectamente su rol de testigo; no había manifestado el menor signo de aprobación ni de desaprobación durante todo el curso de esta llamada explicación. Cuando estuvimos en la calle, le dije: ¡Y bien! Castel, ¿qué piensa usted de Rittier ahora que lo ha escuchado delante de mí? Confieso que estuvo peor de lo que yo temía. Estoy desesperado con esta entrevista. ¿Por qué? Porque Rittier debe estar actualmente en un estado de furor para romper las sillas y las mesas de su escritorio, porque va a acabar de exasperarse contra usted, porque puede dañar a su idea por su periódico, porque, en fin, ¡él la detesta!, porque usted, usted lo desprecia ¡y va a resultar entre ustedes un odio implacable! ¡La gran desdicha! ¿Y después? «Después, después...», retomó Castel y, empalideciendo como la muerte: «Estoy sorprendido señora Tristán, que usted tratara eso tan ligeramente». Después «¡y bien! ¿Quiere usted que le haga ver la desdicha que existe al establecer odios así entre los políticos, que en lugar de emplear todo su amor, toda su inteligencia y su actividad a servir la causa del pueblo, al no escuchar más que la pasión y los odios de partido, harán como hicieron los políticos del 93, se matarán entre ellos? ¡Esto es lo que me desespera! Y he aquí por qué yo, al conocer el arrebató y la brutalidad de Rittier, he aquí por qué hice de todo para impedir que usted fuera a pedirle esta explicación. ¡Oh! Yo sabía el mal que resultaría de esto». El dolor de Castel era tan profundamente sentido que me emocionó. Comprendí que sentía, en ese instante, lo que yo acababa de experimentar al escuchar a Rittier en furor, es decir, todo el odio que habían sentido los políticos del 93. No había tenido todavía el tiempo de hablar a Castel y sin esta circunstancia, es probable que hubiera partido de Lyon sin hacerlo. Quise saber lo que era este hombre y en qué podría servir. Entramos en un pequeño café aislado y nos quedamos dos horas allí para conversar.

Castel es un verdadero demócrata, un comunista esclarecido, inteligente, pero respecto de medios revolucionarios es todavía un bobo. Conoce el número de hombres del *National* y del «*Sous-National*», y de Rittier en particular. No se hace la menor ilusión a este respecto (sin embargo, me ha confesado, que lo que escuchó de Rittier le había hecho mucho mal porque él creía que tenía, al menos, suficiente tacto para hablar con un cierto [*palabra omitida*] cuando la necesidad lo forzaba a eso (lo que no había hecho conmigo). Pero, entonces, Castel: «¿por quién guarda usted algún miramiento? ¿Por esos hombres? ¿Por qué no los desenmascara usted, hombre de pueblo? ¿Usted, franco y verdadero demócrata? ¿Por qué?». «¡Y bien! Ya que es necesario decírselo, lo haré: tengo consideraciones con esos hombres porque veo en ellos soldados y los soldados son necesarios para descender a la plaza pública, al ser hoy muy escasos los soldados, los acepto a éstos a falta de mejores. ¿Y luego? ¡Y luego! Una vez dado el asalto, despejado el terreno, nos corresponderá a nosotros, hombres de pensamiento e inteligencia apoderarnos de la plaza». ¡Pobre Castel! ¡He aquí una necedad primordial! Miraba a Castel sin responderle. Lo confieso, las ineptitudes de ese calibre me petrifican. «Ah, eso —le dije— ¿está usted bien despierto?». «Perfectamente, ¿usted no lo aprueba?». Esta pregunta fue hecha con tanta verdad que si me hubiera quedado alguna duda sobre su buena fe habría desaparecido. «Usted no ha reflexionado entonces nunca, Castel, sobre lo que pasó en el 18 Brumario y en 1830, pero piense usted que el día de una revolución el soldado es el dueño, y que al día siguiente se hace rey». «¡Ah eso!» «Seria-mente ¿se imagina usted que la camarilla del *National* y del *Sous-National*, que usted considera como soldados y de quienes considera se tiene necesidad para que les den una mano, descenderá a la plaza pública para exponer sus vidas, y luego, cuando ellos sean los dueños, se retirarán humildemente para cederles la plaza ¡a ustedes!, hombres de pensamiento e inteli-

gencia? Castel, le dije, estallando de risa, ¡permítame decirle que esta bobería es excesiva! Que los llamados democráticos de las camarillas de los periódicos sean necios en política, se lo concedo, pero que sean necios cuando se trata de sus intereses personales, su conducta nos prueba lo contrario».

Hice todo lo posible por hacer comprender a Castel el error en el que estaba, persistió en él. Decididamente, en todos los tiempos hay ciegos y sordos.

Castel que pretende haber comprendido la importancia y la finalidad de mi pequeño libro ni siquiera lo duda. No comprende que los soldados que deben formar el gran ejército de la revolución del futuro deben llamarse todos y todas. Que este ejército formidable derribará todas las camarillas existentes desde la de Saint-James hasta la de *Le Censeur* y Cía, y no comprende que para llegar a poner a este formidable ejército bajo las armas es necesario comenzar por formar la Unión de todos y todas. Esta larga conversación con Castel a quien ahora conozco a fondo me prueba que tengo un ojo de lince. En la primera reunión que tuve en su casa apenas lo oí, así como a los otros de su entorno, y al regresar de allí la tristeza se apoderó de mí y escribí esta frase que debía ser comprendida cuatro días después: «La mayoría de estos hombres son bobos, les hace falta todavía abogados, diputados y periodistas, durante cinco años». Resumamos. De todo este lamentable asunto de Rittier, resultan todo tipo de cosas buenas para mí. 1º Que conozco ahora el grado de maldad, de idiotez, y de odio de mis enemigos los denominados demócratas. 2º Que es necesario, sí, que golpee sobre ellos hasta que los haya matado. El interés de la causa que yo defiendo lo exige, de otra manera nos harán todo el daño posible. 3º Es necesario que los señale como los enemigos más escarnecidos de la causa socialista, porque nunca ningún Procurador del rey en su furor ha estado tan en contra de los socialistas como ese miserable. 4º Que haga conocer la ceguera de esos políticos, son de un completo cretinismo. 5º Hablando

de Castel, que haga comprender a los obreros otro tipo de ceguera no menos peligrosa.

Tengo un magnífico capítulo que escribir al respecto. Parece que Dioses conduce todo de la mano. ¡Es que hago una obra inmensa! ¡Tomo el pulso a la humanidad! ¡Es muy bello!

Ese Reynier no osó venir ayer. Es él quien provocó todo esto por maldad; actuó pensando que me causaría un mal, pero me causó un bien. ¡Qué grande es Dioses en todo lo que hace! Este pequeño Jacquet que no es nada y que posiblemente ha sido empujado por el miserable Berthochon, o quizá por el mismo Rittier, resultó siendo un instrumento del bien. Todo lo que sucede en esta vida es un misterio, una no comprende nada.

Entre todas las cosas innobles que ese pobre Rittier me dijo en esta entrevista, no fue la menor aquella en la pensaba que yo o los míos le habíamos enviado a Jacquet. Yo le respondí: «No sé, señor, quién pudo enviarle a Jacquet, pero lo que me sorprende es que usted haya podido recibir, no digo responder, a un hombre a quien usted no conocía, y que de buenas a primeras viniera a preguntarle información sobre mí. Sólo en la Prefectura de policía se responde a la gente que viene a preguntar información similar y todavía hace falta que pruebe, antes de ser escuchado, que tiene la calidad para obtener esos datos». El pobre Rittier, debió enfermarse a partir de esta conversación, porque lo magneticé de manera que continúe su furor, sus labios temblaban, pero cuando partí, él debe de haber gritado, blasfemado, requintado hasta derrumbar la casa. ¡Carácter amable para un jefe de partido!

En fin, se acabó. Ha habido para mí una pérdida de tiempo, pero es probable que esto entre en mi misión de demoler a los denominados demócratas. Nosotros lo haremos.

Regresé a Lyon con alegría y ahora estoy impaciente por irme. Me siento realmente muy cansada, luego comienzo a irritarme. Además, siento que he hecho todo lo que podía ha-



cer por el momento, ellos mismos están cansados. Me viene una idea para mi dedicatoria, hela aquí:

«A los obreros y obreras inteligentes, este libro se dirige especialmente a aquellos que saben ver, oír y comprender. Es sólo para ellos que lo he hecho, se los dedico como una muestra de mi profunda gratitud y afectuosa fraternidad. F. T.»<sup>93</sup>

¡Oh! Sí, tengo un reconocimiento por los obreros inteligentes que han acogido mi palabra con amor, tengo por ellos una gratitud profunda, ¡cuántas alegrías les debo!, ¡cuánta felicidad me han hecho experimentar!, ¡con qué ardor, con qué amor los he amado, desde el instante en que vi brillar la luz en sus ojos! ¡Con qué delirante pasión de espíritu mi alma estrechó su alma cuando sentía que la palabra de vida que Dioses les enviaba por mi boca se encarnaba en ellos y vivificaba su espíritu y ennoblecía su ser! ¡Oh! ¡Cuánto los he amado! ¡Con qué amor de madre he vertido sobre ellos cuidados y solicitudes! Cuando veía uno dispuesto a recibir la vida, mis fuerzas se centuplicaban para dársela grande, bella y magnífica. ¡Oh! ¡Tan laborioso como este parto pudo ser, lo era para un corazón pleno de alegrías! ¡Dar la vida espiritual a un hermano! ¡Es ser Dioses creando el universo! ¡Oh!, ¡pero es la dicha suprema! ¡Gracias, entonces, hermanos, hermanas, ustedes que han comprendido!, ¡gracias y sean bendecidos! ¡Por toda la felicidad que han vertido en mi alma!

*3 de julio.* Dioses quiere decididamente que pase por todas las fases de la crucifixión. ¡Y bien!, estoy contenta por esto; es

---

<sup>93</sup> Cabe anotar que es de aquí de donde hemos tomado el epígrafe que abre este libro. Creemos con ello respetar la intencionalidad de Flora Tristán. No obstante, en la parte final (pp. 409-410) se incluyen anotaciones con otros epígrafes redactados por la misma autora; dichas anotaciones fueron guardadas también por Eléonore Blanc. (N. del E.)

que él me juzga lo suficientemente fuerte para cargar lo que ningún otro podría cargar.

Esta mañana subo a la casa del señor Boitel para pedirle la suscripción que me había prometido. Ya había ido allí dos veces, es único. Al entrar comprendí, por su mirada y la palidez súbita que cubría sus rasgos, que iba a pasar algo importante. Hablamos un instante de Saint-Etienne, luego le dije: «Usted sabe o no sabe que fui acusada por Rittier de ser una agente secreta del gobierno y que estuve obligada a ir a su casa con un testigo i para escuchar con mis propios oídos esta extraña acusación!». «Lo sé», me dijo. Cuando le pedí a Rittier una suscripción para su tercera edición, me dijo que ciertamente no daría dinero para tirar entre el pueblo un libro que hace el peor daño a la causa democrática, lanzando entre los demócratas la división y la desavenencia. Entonces Boitel me repitió todos los «*on-dit*»<sup>94</sup> que Rittier y su banda propalan. «*Se dice* que el Procurador real *ha dicho* que había encontrado una carta entre sus papeles en la que usted se burlaba de los demócratas, i en la que usted los trataba de una manera abominable! Proponiendo matarlos si usted pudiera, además que usted decía que no había encontrado en Lyon más que imbéciles y cretinos. *Se dice* que el Procurador del rey *ha dicho* que si quisiera hacerla partir en 24 horas no tendría más que publicar esta carta, pero que prefiere dejarla aquí porque usted demuele entre el pueblo a los republicanos». Dejé hablar a Boilet quien, mucho más franco que Rittier, y sin interés en el asunto, me dio la clave de los verdaderos chismes que el Procurador del rey habrá podido hacer correr a fin de lanzar la desavenencia y la división entre los socialistas y los republicanos, los dos únicos enemigos que

---

<sup>94</sup> Entre comillas en el original. El uso de la expresión «on-dit» en francés es sumamente interesante. El pronombre «on» puede ser entendido como el impersonal «se dice», que no alude a un sujeto específico o por el equivalente de la primera persona del plural, «decimos», en cuyo caso el hablante se está incluyendo entre «los que dicen» algo. (N. de la T.)

el gobierno tiene que temer. Al escuchar a Boitel comprendí el porqué del odio de Rittier contra mí. Cuando Boitel, más por espíritu de pequeña habladuría de sociedad (porque en el fondo no es malo), me hubo dicho todo lo que quería saber, le dije: «Y usted señor Boitel, ¿le ha dado usted crédito a las calumnias de Rittier?». Mi franqueza, mi rudeza, mi firmeza, asustan a todos los que se me acercan. El pobre señor Boitel, que es un pequeño ser dulce, espiritual, gentil, que quiere divertirse con los chismes, pero no los toma en serio, se puso todavía más pálido que cuando llegué frente a esta pregunta brusca y balbuceó: «Señora, yo no soy más que el eco de lo que he escuchado decir». «¿Pero, ha leído usted mi libro?». «Sí. ¡Y bien!, ¿cree usted que el gobierno pueda hacer difundir un escrito parecido entre el pueblo?». «Mi Dioses, no sé». «Pero delimitemos esto. Rittier es mi amigo, lo creo un perfecto hombre de honor». Frente a esa palabra me arrebaté un poco interrumpiéndolo: «Un calumniador no puede ser un hombre honesto». «Pero, señora, Rittier no ha hecho más que repetir lo que ha dicho el Procurador del rey». «¿Y por qué Rittier da crédito a las palabras del Procurador del rey, suponiendo que las haya dicho?». Entonces la conversación adquirió un tono seco. La terminé preguntándole a Boitel si podía contar todavía con su suscripción. Como mi suscripción es mínima no se la rehusaré, pero si tuviera que dar más quizá la rehusaría porque no estoy muy convencido de que su libro no esté contra el partido al cual yo pertenezco. Diciendo eso me ofreció una pieza de dos francos. ¡Oh! Si usted piensa realmente que mi libro puede estar contra los intereses de la causa democrática, a la cual usted dice pertenecer, se equivoca usted al darme sus dos francos, porque con dos francos puedo distribuir ocho pequeños libros que podrán ser leídos por cincuenta obreros; ahora bien, si usted cree que hago daño, usted por su parte no debe contribuir a procurarme los medios de hacer daño a una escala mayor. ¡Oh! Ahora sí que el pobre señor Boitel se puso pálido, creí

que iba a desvanecerse; puso la pieza de dos francos sobre su escritorio y no encontró ni una palabra para responderme. Yo me levanté y salí. ¿Qué pensar de todo esto? Yo que lo veo y lo oigo, ¡apenas si puedo creerlo! Sin embargo, en todo eso creo ya entrever los designios de Dioses. El proverbio dice: «Cuando Dioses quiere perder, un hombre lo ciega»<sup>95</sup>. Él quiere, no yo, librar a la humanidad de esos hombres llamados demócratas que no tienen ideas, ni amor y, por consiguiente, tampoco inteligencia. Vean cómo esos hombres se precipitan ellos mismos a su pérdida. Acusándome de ser una agente secreta del gobierno van a probar a la faz del mundo que no son más que imbéciles, imás ciegos, mil veces más sordos que los burgueses más sordos!

Ahora se acabó, en todas las ciudades en las que voy a pasar iré a ver a los republicanos para constatar su ceguera, a fin de que quede bien probado a los ojos de todos. Iré, entonces, a verlos a pedirles su ayuda, su apoyo para mí misma, pero desde hoy hago el compromiso conmigo misma de no emocionarme por nada, pero por nada, por las calumnias e imbecilidades que podrán hacerme y probablemente me harán.

Así, hoy comprendo, dos meses después de comenzada mi misión, esta gran y magnífica elocución que les dije en la casa de Castel en mi primera reunión, cuando el pobre Vincent, que no ve muy lejos me dijo: «Es necesario, señora, que el defensor del pueblo se presente para que ninguna sospecha pueda caer sobre él...» y otras bellas frases muy sentimentales. Fue al salir de allí que escribí que eran «necios». La idiotez de Vincent me indignó y fue a ese respecto que tuve ese movimiento sublime que electrizó a aquellos que tenían corazón y se grabó profundamente en la memoria de todos (porque muchos me lo han

---

<sup>95</sup> Jules Puech aclara en el Manuscrito: «*Quos vult perdere Júpiter dementa*. Es la forma latina convertida en proverbio, aunque debida al belenista francés Boissonade (1774-1857), de un pensamiento que se encuentra en Eurípides». (N. del E.)

recordado después): ¡Aquel que no sea suficientemente fuerte, que no sienta en el corazón suficiente amor por sus hermanos, para soportar las calumnias más atroces!, escúchenlo bien, señores, ¡las calumnias más atroces!, ¡éste no será digno de ser el defensor del pueblo!

De la manera como acabo de soportar las calumnias de Rittier y Cía, veo con alegría inefable que ¡yo soy digna de ser la defensora del pueblo! ¡Y esta alegría que en este instante me hace Dioses!, ¡ah! ¡Rittier y compañía no me la pueden arrebatarme! ¡Estoy contenta de mí, estoy feliz! ¡Mi Dioses, te agradezco todas las bendiciones que tú viertes sobre mi cabeza!

Acabo de rendir un gran servicio a la señora Blanc reconciliándola con su padre y obteniendo del viejo que le venda sus fincas. Es necesario ver si ella se acordará de esto. Lo creo. Desde hace ocho días ella se veía expulsada y, por consiguiente, en la miseria; me parece que tenía mucho menos devoción a la causa. No la creo capaz de soportar la miseria. ¡Es necesario ser tan grande!, ¡o tan bruto para poder soportar la miseria! ¡He aquí en qué es admirable el pueblo de Lyon! ¡En que él, que no es bruto, al contrario, él que es esclarecido, muy esclarecido, soporta una miseria espantosa! ¡Y sin estar degradado! ¡Oh!, ¡he aquí un signo de grandeza indudable!

Es tan verdadero que una encuentra el carácter (de esta grandeza) hasta en la manera en la que se le da limosna. Supe aquí, por los muchachos panaderos, muchachos carniceros<sup>96</sup> y por otras personas que dan limosnas y, en fin, por las que las reciben, que en la ciudad de Lyon cada día más de la mitad de la clase obrera recibe limosnas en pan, carne, carbón, medicamentos, etc. Y ninguno de esos obreros está inscrito en la Oficina de caridad. Preferirían morir que decir a todo el mundo: «¡Estoy a merced de la limosna!». Por otro lado, el concejo

---

<sup>96</sup> Muchachos o aprendices, primer nivel al interior de los gremios del *compagnonnage*. Ver nota 28. (N. de la T.)

municipal apoya este orgullo de los obreros, no es el mismo sentimiento que los hace actuar, ni mucho menos. Pero, en fin, los fabricantes, los burgueses, las autoridades no quieren que se sepa que la mitad de los obreros de la ciudad están a merced de la limosna, a falta de un salario suficiente. Temerán que se haga esta reflexión: Pero dado que todos los obreros trabajan, ¿cómo así no pueden alimentarse? ¿Su salario es, entonces, insuficiente? Aquí, cuando se da cuarenta mil francos para los pobres, se dice haber recibido veinte mil. Cuando se dice que se han recibido treinta mil francos en socorro, una puede estar segura de que se ha dado sesenta mil. La limosna oficial aquí es secreta como la policía en París. Esto prueba una gran dignidad de parte de los obreros. ¡Oh! Haré conocer lo que ustedes valen, obreros de Lyon, sus defectos y sus cualidades.

Hay alrededor de Lyon dieciocho fuertes, se espera que haya veintiuno. He aquí un adorno muy bonito.

*4 de julio.* Fui ayer a ver la sala del gran teatro. Compramos una contraseña<sup>97</sup> y entramos a las 9. Esta sala, como todo lo que la gente de provincia hace, está mal hecha por tacañería. En todos los pisos los techos son muy bajos, a cada uno les faltarían cuatro pies de más; en el vestíbulo faltarían ocho; las escaleras son muy pequeñas. Olvidé ver el saloncillo del teatro. Por lo demás, los asientos están bastante bien distribuidos, la platea es grande, todo ha sido dejado como nuevo, pinturas blancas y oro, terciopelo rojo: tres colores que hacen mucho efecto. Durante los 20 minutos que permanecí en la sala viví una vida grande y magnífica. Interpretaban «La Juive»<sup>98</sup>, representación extraordinaria, buena música y bien ejecutada. No se me vino siquiera la idea de mirar un segundo, ni de es-

---

<sup>97</sup> Reservación y compra previa de billetes de espectáculos. (N. de la T.)

<sup>98</sup> Ópera compuesta por Halévy Jacques Fromental (1799-1862) en 1835. (N. de la T.)

cuchar un minuto. ¡Qué cosa es el arte, gran Dioses, al costado de la humanidad! ¡Nada, absolutamente nada! ¡Subí a la cazuela, había allí un calor asfixiante! Los primeros bancos estaban adornados por obreros que eran todo oídos. Al examinarlos me decía: he allí seres en estado de sensación: sudan, sufren del calor de la araña de luz, etc., pero soportan todo por la alegría que les procura el arte; esos obreros han llegado a un grado muy superior, uno más y llegarán a la comprensión. No pude permanecer tres minutos allí, el calor me sofocaba. Y, sin embargo, en los talleres en donde voy a predicar a mis obreros ¡hace un calor muy distinto!, y lo soporto sin enfermarme. Pero en esos talleres vivo en la humanidad, mientras que en el teatro no vivo en absolutamente nada. ¿Cómo haré cuando no pueda actuar en la humanidad?, pero por una vía o la otra yo actuaré siempre.

*Este 5 de julio.* Estoy bien enferma. Sufro como una infeliz de la cabeza, de cólicos, de fiebres. A pesar de todo eso tuve que ir ayer en la noche, con una lluvia batiente, los pies mojados (con un lodo semejante los zapatos se llenan de agua), ir hasta el extremo de la ciudad para hablar a sastres, de los cuales la mayoría era de una estupidez completa. ¡Carios!, cuando se dice esa palabra todo se ha dicho. No sé en verdad cómo se hace. ¿Es el sistema del señor Cabet el que tiene la virtud de volver estúpidos a los hombres o sólo hombres estúpidos han ido al sistema del señor Cabet?, es una cuestión que no puedo decidir; hay dos opiniones al respecto, pero la mayoría piensa que los hombres estúpidos fueron solos al sistema del señor Cabet, poco importa que sea uno el que haya creado al otro, pero el hecho es que, cuando veo tres en una sociedad decididos al menos a hacer observaciones, me levanto diciendo: «Señores, como no vengo aquí para discutir y no los veo dispuestos a escuchar mis enseñanzas, los dejo porque no quiero cansarme inútilmente». ¡Qué suplicio tener que hablarles a

sordos semejantes! Y Castel le da la mano a esa gente y no aprende nada. Los obreros que posan como hombres de progreso, de opinión, etc., deberían antes que nada tener dedicación y fraternidad, deberían dar prueba de ello instruyendo a sus hermanos. En absoluto, esos obreros son hombres desgastados, fríos, secos, no fraternales en extremo. Yo le pregunto, no sería mejor que en lugar de ocuparse de hacer política absurda con la gente de *Le Censeur*, Castel consagrara su tiempo a instruir a los sastres de Lyon. He aquí una bella tarea. Digna de un obrero de corazón e inteligencia. Es necesario que les diga en mi libro que esta es la misión del obrero y que todos aquellos que se aparten de ella no son más que estúpidos vanidosos, instrumentos de los que los cuasiburgueses se sirven para sacar las castañas del fuego. ¡Basta! C [...*ilegible*]. ¡Ah! Es necesario conocer a estos hombres, estigmatizarlos a fin de impedirles que sirvan a los cuasiburgueses. Ese Castel es muy culpable y es de buena fe.

Cuando veo al pueblo de cerca, mido la profundidad de su ignorancia, de su ineptitud, de su desafío y de su injusticia, tengo un gran temor porque no encuentra nunca un defensor sincero, devoto, ardiente, ¡incluso si le ofreciera quinientos millones! Es la ingratitud la que hace a los ingratos. Si el pueblo supiera apreciar a los que lo sirven, encontraría numerosos defensores, pero como no sabe sino colmarlos de disgustos, de calumnias, de penas, de ingratitud, sólo encuentra intrigantes ambiciosos que apoyan todos esos sinsabores porque, sin amor por el pueblo, se sirven de él para llegar a sus fines. ¡Oh! Todos aquellos que lo han servido ¡eran seres muy buenos! ¡Qué grandeza de alma! ¡Qué dedicación les ha hecho falta para perseverar en esta tarea! Es decir, que por momentos, yo, que soy abnegada y abrazada de amor, tengo el estómago revuelto, de tanto asco que da la ingratitud, la pequeñez. Para aguantar eso es necesario tener en sí un lado mártir, felizmente yo lo poseo en grado sumo.



La carta de la señora Mallet me ha producido placer, he aquí un alma que he llevado a Dioses. Di a esta mujer una vida nueva, grande, bella fuerte. Ahora no puede flaquear. Sentí una gran felicidad al saber eso. ¡Qué bueno es entonces crear! Mi Dioses ite agradezco de haber puesto en mí tanto poder! En Dijon hay dos seres que he creado; en Lyon uno, la señora Blanc y quizá el abad Tranchant. En Roanne he iniciado la creación del señor Guyard. En Saint-Alban, la de la señorita Goin; así, luego de mi paso voy a ir creando la idea de Dioses en todas las almas bellas que encontraré, y en fraternidad con la humanidad ¡cuántas he creado! ¡Oh! ¡Esta misión me hace muy feliz!

Cuánta dificultad tengo para hacer algo a esa pobre gente del pueblo. No entienden nada, además, no tienen la costumbre de pensar, de comprender los pensamientos grandes, pensamientos bellos. ¡Hago poco comparativamente con mis deseos! ¡Y bien!, ¡ese poco es enorme! En necesario que sea yo con el magnetismo extraordinario que ejerzo sobre ellos para obtener ese poco.

Habían hablado de darme antes de mi partida, de darme un pequeño banquete. Como antes de partir de París yo había adquirido el compromiso de nunca aceptar un banquete, y de nunca dejar que se haga un brindis en mi honor, no podía aceptar. Pero me vino la feliz idea de hacer un banquete en honor de «la Idea»: la Unión Obrera, les dije. Los unos comprendieron, los otros no comprendieron. En fin, yo hice y marcharon siguiéndome, sin saber mucho lo que se hacía. Este domingo 7 de julio tendrá lugar el banquete, nuevo en su género. Personas agrupadas en torno a una Idea. Cada uno debe pronunciar un pequeño discurso en honor de la fracción que representa. Qué tormento se da esa pobre gente para preparar sus discursos. Esas cosas me sorprenden a mí que no me preparo nunca, sabiendo por experiencia que una es mucho mejor

cuando no está preparada. En fin, veremos el domingo cómo va todo esto, muy mal probablemente y, sin embargo, ¡qué bella idea! Una sola cabeza representando toda una fracción, ¡esta es la unidad!

Si por un lado es una desgracia que sea pobre porque no puedo hacer tanto como si fuera rica, por otro lado, eso me hace conocer mucho mejor a la clase obrera y burguesa que vengo a estudiar. Estoy obligada a poner a esa gente en condiciones de pronunciarse sobre su acto de abnegación. Los obligo a trabajar para ellos mismos y es mucho. Desde el momento en que el pobre trabaje para él y por él estará salvado. Si hubiese sido rica habría tenido conmigo un doméstico o secretaria de correo y no hubiese recurrido a nadie porque eso es muy fastidioso, o yo sola habría trabajado y los obreros nada. Hubiera sido una desgracia para ellos. Lo que les falta es el hábito de la acción. Eso los vuelve completamente incapaces y los hace completamente subalternos del burgués. Los que saben actuar. Es necesario que me aboque esencialmente a hacerles sentir este punto.

Quiero mucho a esta señora Grimaud, ella se me ha consagrado y eso porque sirvo a la idea. Estoy enferma, hace un tiempo terrible, había dicho que no podría ir esta noche al Mont Sauvage; ella descendió rápido con este horrible tiempo para magnetizarme. El hecho es que estoy mejor y he prometido que iré a Mont Sauvage. Tengo allí fanáticos que me esperan.

Se acabó, una vez enrolada en el servicio de la humanidad no le está a una permitido enfermarse.

*6 de julio.* Oh, Mont Sauvage, me acordaré.

Dan las 8. La señora Grimaud, el pequeño zapatero y 4 ó 5 personas vienen a recogerme. Partimos. La cita era con el señor Roux, obrero de la seda. Llegados al pie de la torre Pitrat, escuchamos un barullo espantoso, gritos, palabras, etc., etc., y al dar la vuelta a la esquina de la casa donde está la pequeña

escalera que sube por la plaza, percibimos una multitud inmensa de populacho. Pensando que allí había una disputa, fuego o cualquier otro acontecimiento, envié a dos individuos para informarse, pero cuál fue mi descontento cuando vinieron a decirme: «Es a usted a quien todo el mundo espera con impaciencia desde hace una hora. La plaza está llena de hombres, de mujeres, de niños, más de 500 ó 600 personas están allí. El departamento al que usted debía ir está lleno, los otros quieren forzar la entrada, es un jaleo espantoso». Se regresa con información más amplia y nos enteramos de que el señor Roux, el exaltado, y 5 ó 6 parecidos son la causa del tumulto. Había puesto en la puerta un afiche en el que había escrito en grandes letras: «¡Gloria a Dioses y a los obreros! La señora Flora Tristán tendrá una reunión aquí en la que predicará la Unión Obrera». Y toda la población de Mont Sauvage estaba en la plaza esperando a la dama que venía a hablar a los obreros. Como esa concentración tenía todas las características de un motín, juzgué prudente no ir allí, entonces fui por las murallas. Pero cuando la gente de encima de la plaza se enteró por mis enviados que yo estaba abajo, el rumor se expandió y de pronto una nube de chiquillos se lanzó desde lo alto de la pendiente hacia abajo y corrió hacia nosotros para verme. Chiquillas también vinieron y entonces la escena se volvió curiosa. Heme aquí yendo por las calles y murallas, seguida de una multitud de niños corriendo con todas sus fuerzas delante de mí a fin de ganar algunos pasos con el fin de conseguir el espacio para verme. Si ese sentimiento de curiosidad de parte de esta clase de trabajadores me hiere a primera vista, reflexionando sobre eso comprendí que era natural, que había incluso un buen sentimiento, el pensamiento de ver a una mujer que venía a socorrerlos. No me irrité entonces con esos niños que me miraban con curiosidad repitiendo: «¡Ah!, ¡ah!, ¡mira a la señora Flora Tristán!».

(En la casa del señor Roux, plaza de Mont Sauvage, cerca de la torre Pitrat, cerca de allí está la gran casa en la que hay 60 bastidores de seda y chales: la fábrica del señor Carrier que ocupa a 15 ó 20 *compagnons*, cada uno de los cuales tiene un pequeño lanzador [?])<sup>99</sup>.

Proseguimos nuestro camino por las murallas, pero siempre seguidos por una nube de chiquillos que se lanzaban sobre mí para ver a la señora Flora Tristán. Venían en bandas de 30, 40, entre ellos había muchas jovencitas.

La señora Grimaud fue a decirle al señor Roux que yo no iría. Cuando llegó a la plaza icreyeron que era yo y hubo un rumor espantoso! Todos por querer verme se precipitaban, la rodeaban y casi la ahogan. Pero cuando supieron que no vendría, otro rumor. «Ustedes hicieron un verdadero motín, les dijo ella, y la señora Flora Tristán no quiere venir allí donde se hace motines». «No, no, gritaban, queremos verla, escucharla, eso es todo». Tuvimos mucha dificultad para calmar a toda esa gente. A las 10 todavía había perseverantes que aguardaban en la sala, esperando que yo viniera cuando todo el mundo se hubiere retirado. Vi allí qué fácil sería provocar el entusiasmo y la agitación del pueblo, hacerlo hacer ruido. ¡Oh! Sería mucho más rápido que hacerse comprender. Pero yo desprecio ese tipo de éxito, aspiro a un lugar más noble. (Desarrollar más esta escena).

*7 de julio de 1844.* Mi último día en Lyon. A las 11 de la mañana fui a la casa de la señora Lardoy en la Croix-Rousse. Allí estaban reunidos hombres, mujeres, más de 150. Esta reunión no fue buena, sentí que el auditorio estaba compuesto de curiosos, salvo algunas miradas amigas que encontré allí, todas las otras no eran inteligentes ni simpáticas. Algunos grupos de comunistas muy malintencionados. Es un misterio que no

---

<sup>99</sup> Signo de interrogación puesto por Jules Puech en el Manuscrito. (N. de la T.)

comprendo yo misma, ese tipo de segunda vista con la cual siento lo que pasa a mi alrededor en el auditorio. Hablé, entonces, bastante bien, pero sin apoderarme de mis espectadores. No quise tampoco tener discusión. Me despedí, estaba muy emocionada. No miraron esta emoción. Lo sentí y experimenté una viva pena, no obstante, la superé. Los cantores de la escuela del señor Meniquet me cantaron la *Marseillaise de l'atelier*, esta sorpresa me dio un gran placer. Me despedí de todas las damas y fuimos a esperar la hora del banquete en la casa de la señora Grimaud. Esta querida dama fue buena, consagrada a mí hasta el final. En fin, partimos para ir al gran jardín de la montaña en la Croix-Rousse. Yendo allí me decía que era probable que todo fuera mal: será frío y seco, no habrá entre esos obreros que no se conocen ni fraternidad ni amor, voy nuevamente a hacer esfuerzos inútiles y saldré de allí con el corazón roto. Me preparaba por adelantado a este dolor.

Presidí el banquete, como en todas partes en las que estoy, reina el orden, cada uno fue ubicado por mí donde debía estar para que existiese la armonía. A mi izquierda, mi hija Eléonore; a mi derecha, el señor Augier. La cena pasó bastante bien, aunque silenciosa y fría. Después del postre paso la lista de todas las personas presentes para que hablen en nombre de las fracciones que representan. Hablé primero y les dije en pocas palabras cosas muy buenas sobre lo que se debe esperar de las mujeres, de su amor, abnegación, inteligencia, actividad, si uno quiere llamarlas al movimiento social. Les demostré que habíamos llegado al reino de las mujeres, que el reino de la guerra, de la fuerza bruta, había sido el de los hombres, y que ahora las mujeres podían hacer más que los hombres porque ellas tenían más amor, y que hoy sólo el amor debía gobernar. (Me acordaré más tarde todo lo que dije entonces, estaba bien.) Llamé sucesivamente a todo el mundo. Castel estaba ausente. Vincent debía reemplazarlo: no vino. ¡He aquí la escuela comunista bien representada! (Por ampliar).

Cognet protestó diciendo que ya no era icario. Lanzó un rollo muy personal de él [*sobre*] el señor Cabet, que fue completamente inconveniente (a decir: estuvo muy mal). Reynier, muy mal; el rollo de costumbre en los falansterianos: que quieren la felicidad de los burgueses tanto como la del pueblo, etc., etc. Eso sólo produjo un mal efecto. Todos los *comp[agnons]* estuvieron muy bien, consintieron francamente en ser parte de la gran Unión universal. El señor Lina leyó un discurso notable. Hasta allí todo estaba bien, pero permanecía frío. Jacob se levantó, nos rogó que lo excusáramos, que no había hablado en público nunca, que no sabía expresarse y con un tono brusco, entrecortado, enérgico, este obrero nos dijo en pocas palabras cosas extraordinarias desde el punto de vista de la fraternidad, de la unidad y de la necesidad de actuar. Luego, al terminar dijo con una voz emocionada: «Señores, antes de separarnos de nuestra hermana, que tanto ha hecho por nosotros en la ciudad de Lyon, pienso que sería nuestro deber asegurarle, jurarle, que ella deja en su gran y querida ciudad de Lyon Unionistas que celosos de su deber continuarán su obra con fe, amor y perseverancia. ¡Y bien señores!, digan, ¿todas las personas aquí presentes son realmente Unionistas de corazón? ¿Tienen la firme voluntad de continuar la obra de nuestra hermana? Es el momento de pronunciarse, es el momento de dar a la señora Tristán una señal de nuestro reconocimiento, de nuestra profunda gratitud». El acento con el que las palabras fueron pronunciadas, el gesto, la mirada que le acompañaron ¡me emocionaron profundamente! «¡Oh, señores...!», exclamé temblando de emoción, las lágrimas en los ojos, Jacob adivinó lo que pasaba en mi corazón, «¡sí!, ¡amo a todos mis hermanos! Vivo tan enteramente en la obra que realizo que tendría necesidad de escuchar de su boca que ustedes también aman a sus hermanos y que vivirán un poco en la gran obra que les dejo a realizar». Luego, cediendo a mi emoción, al amor que me ardía, tomé la mano de la pequeña Blanc, señalé

a Jacob diciendo: «¡Estoy muy segura de algunos de ustedes! Pero no estoy segura de todos. ¡Y este pensamiento me rompe el corazón!». Esta última palabra se apagó en lágrimas que no pude contener más. Fue la chispa eléctrica, mi emoción, mi amor, se comunicaron a todos según el grado de amor que había en ellos; y pasó, entonces, una de las escenas más bellas, más nuevas, más inesperadas, más religiosas que uno pueda figurarse. Eléonore, el pequeño de Nîmes Guillaume, Jacob, Lina, Meynier, Augier, *los comp[agnons]*, todos atrapados espontáneamente por el impulso de sensibilidad sublime que se había apoderado de mí, sucumbieron, sin poder defenderse de él, a ese mismo impulso, y todos emocionados, temblaron, lloraron ide alegría, de felicidad, de amor por la humanidad! —la pobre pequeña Eléonore fue presa de un paroxismo tal de amor que casi cae en una crisis nerviosa. Queríamos darle socorro. Estuvo sublime, gritó: «¡No sufro! No, no, al contrario, ¡soy feliz!, ¡feliz como nunca lo he sido jamás! ¡Los quiero!». Exclamó, viendo a todos con sus miradas de una belleza inefable: «yo lloro de alegría de sentir que tengo el poder de amarlos tanto». Luego, en su delirio, ¡me agradeció por haberle dado una vida tan bella! Me abrazaba con ternura, me besaba las manos con reconocimiento, me bendecía. ¡Oh! ¡Qué bella la volvía este delirio de amor! Esta escena magníficamente religiosa debió ser de una belleza extraña. No puedo describirla, porque al estar yo misma presa del delirio de amor, que sentía tan fuertemente, no poseía mi sangre fría y no podía observar; luego me acordé, recordé que atraída por la mirada del pequeño de Nîmes, ¡mirada celeste!, que no tenía nada de la tierra, que atraída por sus llantos de un amor inefable me lancé a sus brazos y besé sus ojos con una pasión extraña como un alma que abraza un alma. ¡Oh! Nuestras carnes se tocaron sin sentirse. ¡Sólo nuestras almas se estremecían!, ¡y qué estremecimiento, gran Dioses! Estábamos todos en tal estado que no sé qué habría sucedido si esta escena hubiera continuado dos minutos

más, porque el hombre tiene menos fuerza para aguantar la felicidad, la alegría llevada al paroxismo, que la que tiene para soportar el dolor más fuerte. ¡Pero regresé a la vida por un dolor atroz! Sin duda, Dioses lo habrá juzgado necesario para reestablecer el equilibrio. Una voz de hombre, no sé cuál y no quiero saberlo, una voz de hombre gritó: «¡Vamos, señora Blanc, coraje! ¡Ninguna debilidad!». ¡Lo sublime del amor tomado como debilidad! ¡Iba a caer al piso! Al escuchar estas palabras ¡sentí un dolor tan vivo!, ¡pero tan violento! Dejé mi silla para ir hacia la ventana, permanecí allí largo tiempo para reponerme un poco. La pobre Eléonore quedó herida como yo por estas terribles palabras. Yo la escuchaba repetir: «¡debilidad!, ¿qué?, ¡toman el amor por debilidad! ¡Oh!, señor, ¡comprenda entonces, que lloro por amor y no por debilidad!». Cada cual aprovechó el desorden que causé al retirarme de la mesa para reponerse de la emoción que se había apoderado tan vivamente de todos.

Cuando sentí que me había calmado, regresé y todos volvieron. Entonces nos encontramos en un estado dulce, llorábamos todavía, pero lágrimas buenas y dulces. El señor Augier [*hizo*] un pequeño discurso con un sentimiento muy conmovedor; la señora Blanc, totalmente en lágrimas, pero con la alegría del amor brillando de sus ojos, pronunció algunas bellas palabras de fraternidad, de fuerza y de energía. «¡Oh! —les dije—; ¡y bien!, mis hermanos. Ustedes ven que tenía razón al decirles al comenzar que había mujeres capaces de continuar la gran obra que yo sola emprendí; ustedes lo ven por la señora Blanc, le hice un llamado y ustedes pueden juzgar por lo que acaban de ver si ella ha respondido a mi llamado». Y todos esos hombres, normalmente tan brutales hacia las mujeres, vieron a esta joven con miradas llenas de reconocimiento. En fin, antes de separarme, les pedí que me juraran, como prueba de gratitud a mí personalmente, que no ofrecieran un brindis nunca a ninguna persona, quienquiera que esta fuera, que no se reunieran



jamás sino en nombre de la Idea. Varios me lo prometieron, pero no todos.

¡Y bien! Después de una sesión parecida que vengan a decirme que el pueblo no tiene corazón, o que está desgastado por la miseria y el desenfreno... ¡mentiras! Al contrario, el pueblo está lleno de corazón, de sensibilidad, de verdor, de juventud justamente porque no está desgastado. Esta escena del domingo —últimos adioses— me quedó grabada para siempre en la memoria; no puedo describirla ahora como quisiera —estoy todavía muy emocionada y, además, me falta el tiempo—, ¡pero no temo olvidarla! Meynier pronunció algunas palabras magníficas, pero no produjeron efecto porque les puso mucha pasión, violencia, arrebató; tenían la apariencia de partir de la cabeza, no obstante, estoy segura de que todo partía del corazón. Reynier y Cognet estuvieron muy mal.

Regresé a mi alojamiento, ¡destrozada! La felicidad cansa mucho más que el dolor. Todos estábamos como bajando del cielo, ya no sabíamos lo que pasaba en la tierra. Me acosté sin poder dormir, pero estaba tan feliz... ¡qué felicidad! ¡Qué alegría! Incluso físicamente sentía la alegría, eran emociones tan nuevas que no sabría describirlas ahora, quizá más tarde las comprenda.

A las 2 vino la pequeña a despertarme, no se había acostado a fin de velar para poder despertarme a tiempo. Me levanté. Hice mis maletas, y ella y la señora Grimaud y los dos maridos vinieron a acompañarme al barco que partía a las 3. Caía el agua en baldes. Zambullida en mi estado sobrehumano, atravesé la ciudad sin darme cuenta de nada. Sólo me acuerdo del apretón de manos convulsivo de esta querida niña que me dijo, con la voz llena de lágrimas: «¡Oh! Madre, parta usted tranquila, su espíritu queda en mí». Se retiraron los cuatro ¡y quedé sumergida en un dolor espantoso! Esta vez lloraba de dolor

¡por verme obligada a alejarme de mis hermanos de Lyon! ¡Mi Dioses, cuánto los amaba! Sentí que no encontraría una segunda ciudad como ésta. Y una tristeza profunda vino a oprimirme el corazón. Para combatir este dolor no encontré otro medio que volver a zambullirme en el amor mil veces feliz que había experimentado la víspera. Recostándome sobre el gran diván del barco, permanecí allí todo el día en una somnolencia llena de voluptuosidad.

No subí ni una sola vez al puente. Escuchaba a los viajeros extasiarse con la belleza de las altas montañas que bordean al Ródano, las nubes que lo coronan, todas estas aclamaciones no me dieron siquiera el deseo de abrir los ojos —yo, tan viva, tan activa, que no puedo quedarme en un solo sitio cuando estoy en el barco. ¡Y bien!, tal era la actividad de mi amor, de este gran amor humanitario que abraza a la vez mi corazón, mi alma, mi inteligencia, mi espíritu y hasta mis sentidos, que permanecí allí itendida doce horas sin moverme del sitio! ¡Oh! ¡Cuánto viví en esas doce horas! Sólo Dioses y yo podemos comprenderlo. Gracias, mil veces gracias, mis hermanos de Lyon, ¡por esos doce siglos de vida que me dieron en doce horas! Quedo en deuda con ustedes por toda la eternidad: por toda la alegría, la felicidad, la voluptuosidad que me han procurado. Este estado de amor fue tan grande, tan profundo, que durante los dos primeros días de mi estadía aquí no vi nada. Mi cuerpo estaba en Aviñón, pero mi espíritu vivía todavía en Lyon.

¡Oh, qué feliz jornada la del 7 de julio! Tengo allí un tesoro de donde me alimentaré en mis días de tristeza.

¡Gracias queridos hermanos!, ¡gracias!, ¡los amo! Vivo en ustedes, vivo para ustedes.

Adiós ciudad de Lyon, adiós<sup>100</sup>.

Es necesario que esta ciudad se vuelva sagrada para mí, me comprometo aquí conmigo misma que no regresaré a menos que sea para poner la primera piedra del palacio de la Unión Obrera o para organizar el gobierno provisional.

De otra manera, jamás volveré a poner el pie allí. Me lo prohíbo. Hago el compromiso.

\*\*\*

## XII. AVIÑÓN (8-18 DE JULIO DE 1844)

*EL 11 DE JULIO.* Hace cuatro días que estoy acá. No he tenido tiempo todavía de escribir ni una sola palabra. Aquí, como en todas partes encuentro lo contrario de casi todo lo que me habían dicho (los cargadores del puerto son bastante honestos y cobran menos caro que los de Chalon y Mâcon).

Si llegamos de Lyon, el aspecto de esta ciudad es espantoso, sin movimiento comercial ni tráfico en las calles, pero en lugar de ello [*vemos*] gallinas, patos, perros y otros animales domés-

---

<sup>100</sup> Jules Puech anotó en el Manuscrito francés una observación que consideramos importante citarla aquí: «No pasa inadvertido que Flora Tristán escribe “adieux” (adioses) con una ‘x’ final (que indica plural) en razón de uno de sus principios más caros: “Dioses, según ella, es padre, madre y embrión, es decir que en el primer principio reconoce la generación activa, la generación pasiva y el germen en progreso indefinido... Dios se manifiesta en la humanidad, el principio creador, el amor, la inteligencia se convierten en la mujer: la fuerza es representada por *et chambre*...” Así habla el abad Constant en las pocas páginas sobre Flora Tristán que forman el postfacio a *L’Emancipation de la femme* (pp. 118-119), libro póstumo de Flora Tristán, redactado probablemente por el abad Constant». (N. del E.)

ticos. Todo el mundo habla *patois*<sup>101</sup>; además, ¡una cree haber descendido en el país de los gigantes!: hombres, mujeres, niños, todos son de una fuerza colosal, grandes, gordos, sebosos, lozanos, robustos. Rostro sin preocupación, marchando pesadamente, lentamente, como personas que no tienen nada que hacer, y que no quieren cansarse dada su gordura. Buen Dioses, qué diferencia con el pueblo lionés, tan pequeño de talla, tan flaco, tan delicado, tan pálido, además tan ligero, corriendo por las calles en todas las estaciones, por el frío, el calor, la lluvia, cargado de un paquete, de un paraguas, de barro o polvo; pero qué importa, no da pena verlo, porque tal es su vivacidad, su ardor, que uno siente que nada lo para —¡y el cambio de fisonomía! Los aviñonenses tienen rasgos regulares, grandes ojos, cabello bonito, un buen color y, sin embargo, con esos elementos de belleza son feos porque una figura sin expresión sólo puede ser fea, y no tienen ninguna. Qué diferencia con los lioneses —flacos, pálidos, de rasgos irregulares, cabello dañado, dientes dañados, piel dañada (hablo de los obreros) ¡Y bien!, con tantos elementos de fealdad, son bellos: porque poseen la belleza suprema: la expresión.

Abordemos ahora la parte moral. Al llegar a Aviñón escuché decir de todas partes lo que me decían en todas las ciudades (excepto en Lyon): «Acá usted no podrá hacer nada con los obreros: son demasiado indiferentes, demasiado ignorantes». En Lyon encontré tanto ardor, actividad y audacia como aquí indiferencia y dejadez desde hace cuatro días.

En la noche vi a los *comp[agnons]* «*gavots*»<sup>102</sup>, ellos no son de ningún país, en todas partes los encuentro absolutamente iguales: siempre cercados, asfixiados en su pequeña sociedad; éstos me recibieron como me recibirán todos, bien, porque

---

<sup>101</sup> Se refiere a la «*langue d'occitan*» o «*langue d'Oc*», hablada en Aviñón. Ver también nota 82. (N. de la T.)

<sup>102</sup> Compañeros de libertad o *gavots*: carpinteros, cerrajeros y herreros. Ver nota 28. (N. de la T.)

traigo una carta del país y *comp[agnons]* «*Avignonais-la-Vertu*»<sup>103</sup>. ¡Es lamentable! Fui a ver a varios obreros libres, fríos, secos, ineptos y completamente ajenos a toda cuestión social. ¡Ah! En esta oportunidad son tal y como me los habían descrito, no se ocupan de absolutamente nada. No obstante, entendámonos, aquí uno no se ocupa ni de política, ni de socialismo, ni de ninguna cuestión útil y, sin embargo, dicen tener una opinión. Hay dos partidos ¿adivinan qué nombres toman? ¡Se los doy por miles!: «Realistas» y «Napoleónicos», los escucho decir, a ustedes los de 25, 30, 40 e incluso 50 años, pero no comprendo ¿qué quieren decir? Ya lo creo que no comprendan, es necesario haber vivido en 1814 y 1815 para comprender lo que quiere decir eso. ¡Y bien! Sépanlo, esos bravos aviñonenses están con 30 años de atraso, inada más que eso! Están todavía en 1814. ¡Desde esa época no han dado un paso! En París y en Lyon me van a preguntar: «¡Ah eso!, ¿es verdad lo que nos dice?». En verdad, esta historia se parece mucho a un cuento de las *Mil y una noches*. Verdad pura verdad. El aviñonés no se ha movido desde 1814. ¡Es curioso! (Individuos han firmado por la espada Dupetit-Thouars: un realista; otros: un bonapartista).

Aquí la nobleza, el clero, las mujeres, los viejos (del pueblo) son realistas. La gente del gobierno, el comercio: el justo medio. La parte viva del pueblo: napoleónica-republicana. La juventud: nadista. Aquí cada uno tiene una opinión a fin de alimentar sus odios de partido, de familia, incluso de personalidad. La opinión es únicamente el resultado de malas pasiones. Es horrible. Aquí se ignora completamente lo que ha pasado en el mundo desde que los hombres están en sociedad, ignoran que en el 89 nuestros padres murieron por esas tres palabras: ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad, o la muerte! Ignoran que nosotros, socialistas, continuadores de la gran obra de nuestros padres, morimos por la realización de esas tres pala-

---

<sup>103</sup> Aviñonés el virtuoso, se refiere a Agricol Perdiguier. (N. de la T)

bras. Aquí los términos «humanidad», «unidad» son completamente desconocidos ¡y esto sucede a 60 leguas de Lyon!<sup>104</sup>. En Lyon, donde nunca escuché siquiera pronunciar la palabra: Louis Philippe y Guizot. Los aviñonenses están con 30 años de atraso con respecto a los obreros de París, como los de Lyon están con 10 años de adelanto en relación con los de París.

Vi ayer 30 hombres estampadores de tela. Era mi primera reunión, todavía nunca había visto hombres tan lamentablemente nulos. ¡Los de Saint-Etienne son genios comparados con ellos! ¡Oh! ¡Mi Dioses, qué crucifixión me impones! Todos eran jóvenes; no pude decirles más que muy pocas cosas, y encima no comprendieron una sola palabra de lo que les dije. Quise hacerlos hablar, imposible. El presidente dijo algunas palabras que revelaban su ignorancia absoluta sobre todas las cuestiones. Los comprometí para firmar, no osaron ni me lo rehusaron, dijeron que no tenían tinta, con mucho esfuerzo los animé a comprar cuatro libros. ¡Oh lioneses!, ¿dónde están ustedes? Son del mismo grado de ignorancia y brutalidad que los de Saint-Etienne, y además, son pretenciosos, creen saber.

Esos obreros estampadores ganan poco: 1, 1,25, 1,50 FF. No se emplea para esta industria más que niños, sistema inglés. Aquí los obreros ganan poco, pero sin embargo no son miserables como los de Lyon. Los que trabajan en la *garanza*<sup>105</sup> ganan 2,50, 3 FF, pero están desempleados cinco meses; todos los otros obreros de diversos oficios, de 30 a 40 medios. El oficio de *florencins*<sup>106</sup> desapareció hace dos años. Más de tres o

---

<sup>104</sup> Algo más de 330 kilómetros. (N. del E.)

<sup>105</sup> Garanza (Botánica). Planta de la familia de las rubiáceas originarias de Oriente y cultivada en algunos departamentos de Francia, especialmente en la Vaucluse, con el objetivo de extraer de las raíces disecadas y pulverizadas un color rojo muy sólido, básico para los tintes. Se supone que Flora Tristán alude a los trabajadores que trabajan en el tinte. (N. de la T.)

<sup>106</sup> Alude a bordadores en seda que siguen la técnica del punto de Florence. (N. de la T.)

cuatro mil obreros y obreras en seda se quedaron sin trabajo, su miseria era horrible, luego todo ese mundo terminó por encontrar otra colocación. Muchos trabajan en el ferrocarril de Aviñón a Marsella: dos francos por día, las mujeres encontraron cualquier cosa. Finalmente, un gran número está en la miseria. ¿Cómo vive toda esa gente? Aquí, como en todas partes un poco de trabajo, un poco de robo, un poco de limosna y prostitución forzada. Esta es la receta de estas existencias que se componen de envilecimiento, degradación y sufrimientos inauditos. Aquí la vida no es muy cara: el pan y la carne son caros en todas partes, pero las legumbres las frutas y el vino son accesibles. La tierra es muy fértil, los pobres van a espigar, recogen frutos, madera y rapiñan todo lo que pueden. La vestimenta cuesta poco en los países cálidos, pues se va casi desnudo. El domingo están todavía bastante adecuadamente vestidos.

El pueblo aquí no es devoto. Los sacerdotes no tienen ninguna preponderancia sobre la parte viva de la población; los viejos y viejas y los niños, ésta es la parte que puebla las iglesias. De otra manera, nadie.

*12 de julio.* Con ésta, son cuatro veces que voy donde el arzobispo sin poder encontrarlo. Una vez está ocupado, la otra está paseándose, la otra en conferencia. Ha sido igual en todas partes. He aquí a los servidores de Dioses que no pueden nunca asignar al público una hora en la que se los pueda encontrar. Es indecente. Esta mañana permanecí diez minutos sola en su palacio recorriendo sus vastos departamentos. Está alojado como un príncipe, amoblado magníficamente y todo eso para un ministro del Evangelio que representa la pobreza de Jesús sobre la tierra, ¡qué burla!

Esta mañana hice un escándalo en Saint-Pierre. Entro para visitar la iglesia y como me caía de cansancio y de hambre saco de mi bolsillo un pedazo de pan que como frugalmente mien-

tras examino la mencionada iglesia. Parece que las mujeres viejas allí presentes me miraban comer, en lugar de ocuparse de la misa y estaban horriblemente escandalizadas. Un niño, que servía de pertiguero<sup>107</sup>, vino hacia mí y me dijo: «Señora, no se debe comer en la iglesia». «¿Por qué?», le dije. «Porque eso ofende al buen Dios». «No estoy de acuerdo, yo como porque tengo hambre y si no como algunos bocados me enfermaré». Entonces, insistió, «Vaya a comer fuera». «No, comeré aquí porque la iglesia es tanto mía como de las viejas mujeres que le envían». Me miró y dijo: «Voy a ir a buscar al señor cura que la hará salir a la fuerza, y si usted continúa el buen Dios la castigará». Me quedé, curiosa de ver la continuación de esta escena. Fue a hablar a un cura, hubo un cierto movimiento, no obstante, el cura regresó a la sacristía. Pero dos mujeres vinieron muy coléricas a decirme: «Señora, probablemente usted es extranjera... ¡Y bien! En Aviñón uno no come en las iglesias, eso ofende al buen Dios». Ésta hablaba bastante educadamente, la otra prosiguió: «¿La señora es judía acaso?». «No señora, soy cristiana y no creo en absoluto que ofendo al buen Dios por comer un poco de pan cuando muero de inanición». Las dos viejas damas, porque eran damas de sombrero, vieron que tenían que vérselas con una adversaria difícil: «Señora, me dijo una, nuestra intención no es decirle tonterías, solamente creemos nuestro deber de buenas cristianas recordarle las palabras del Evangelio “Desgracia a quien escandaliza”». «Yo soy extranjera, entro en esta iglesia que es mía y de ustedes porque yo contribuyo por mi parte con el presupuesto del clero, saco del bolsillo y como un bocado de pan, allí no hay escándalo. Mientras que el escándalo está de su lado. En lugar de escuchar la misa ustedes se preocupan de lo que yo hago. Lllaman a ese niño que sirve de pertiguero, lo envían para que me diga lo

---

<sup>107</sup> Asistente secular en las iglesias que apoya a los que offician en el altar, coro o púlpito, llevando en la mano una pértiga o vara larga guarnecida de plata. (N. de la T.)



que no tenía derecho de decirme. Van a hablar al cura, vienen a abordarme, me amenazan con el castigo del buen Dioses, esta conducta, señora, no es de una buena y verdadera cristiana. Usted ha faltado a lo que debe atención, al santo sacrificio de la Santa Misa, le ha faltado el respeto a la libertad individual, al primer deber y también al respeto debido a las diversas creencias que se profesan en nuestro país y, finalmente, a las consideraciones que se deben a los extranjeros». Todo eso lo dije en dos minutos y con un tono tan severo, tan seco, tan firme, que las dos viejas damas quedaron petrificadas. Agarré ese momento de estupor para hacerles un saludo muy frío y extremadamente cortés y salí de la iglesia (tengo reflexiones al respecto).

Mi escena con el señor Offray primero, librero que no osaba vender mi libro porque el Procurador del rey le había dicho que no debía hacerlo. El temor, el espanto de este hombre al escucharme hablar así. Los guardó y volvió a poner el afiche (decir algo sobre eso).

Mi visita a los tres fabricantes más ricos de la ciudad; el alcalde, el señor Poncet, al que *Charivari* había bautizado como «un bello fusil sin perro» [*entre ellos*]. Este hombre vive en una casa magnífica en la calle St-Catherine. Atravesé su departamento, su jardín para ir a su factoría, igualmente soberbia. ¡Alojados como príncipes, alimentados, vestidos como millores ingleses! Y todo esto con la vida del obrero. Encontré, entonces al señor Poncet, un hombre de carácter dulce, a primera vista ligero, fácil, y de una nulidad completa. Conversé largo tiempo con él, no había pensado jamás en lo que quería decir «derecho al trabajo», en las consecuencias de ese derecho, etc. Se ve que todas esas cuestiones le son totalmente extrañas y un hombre como él es alcalde de una ciudad de treinta mil almas —jurado, elector elegible, etc. ¡Es aterrador!

De su casa fui a la casa del señor Sixte Isnard. Encontré a este otro fabricante en un verdadero palacio construido a la

italiana, gran galería alrededor del patio, departamento soberbio, el aire circulaba por todas partes aunque el calor fuera intolerable (en esta casa como en la del señor Poncet no se sentía el calor). El señor Isnard me parece de un carácter menos dulce que el alcalde. Creo que no le falta ingenio, fineza, pero tengo la certeza de que no hay mucha profundidad en él. De allí a la casa del señor Thomas; éste habita en el antiguo palacio de la familia Crillon. Hoy, los retoños de los Crillon, encumbrados y poderosos señores bajo Luis XVI, vegetan probablemente en algún hueco del campo, mientras que el señor Thomas, antiguo obrero, habita el magnífico hotel de los Crillons. Este palacio es soberbio y está clasificado entre aquellos que el gobierno debe conservar. Bellas esculturas, gran patio, escalera magnífica, todo por el estilo. El señor Thomas ha adquirido una reputación célebre en Aviñón. Los encargados, los obreros, los cargadores le han dado el sobrenombre de «trabajos forzados». Donde él, se trabaja 20 horas sobre 24. La gente del país ha renunciado a trabajar allí, está obligado a tomar lioneses, suizos. En su propiedad los encargados, los obreros, la gente de trabajo están encerrados como en una prisión. Él los aloja, los alimenta a fin de que esos infelices estén siempre allí bajo el ojo del dueño y que no puedan tomar ni un minuto de descanso. El señor Thomas mismo se ha condenado a trabajos forzados. Su Dioses, su único Dioses es el dinero, y en su calidad de ferviente sectario itrabaja día y noche para adquirir todavía más, todavía más, todavía más! Tiene 4 ó 5 fábricas, 7 u 8 propiedades, corre día y noche de la una a la otra, hostigando a sus obreros a fin de sacar de ellos lo máximo posible. El señor Thomas estaba en camino. El encargado me propuso que hablara con su yerno, el señor Gondareau.

Subo la gran y magnífica escalera de los Crillon y, al llegar al primer piso, veo que al fondo del ancho descanso el fabricante había hecho un escritorio. ¡Oh! Es curioso ese escritorio. Uno se imagina una jaula completamente estrecha, completamente

baja. Esta pequeña jaula está llena de mostradores, cajas, mesas, balanzas y otros utensilios propios de la tienda, todo completamente sucio, viejo y polvoriento; solamente se encuentran dos sillas malas. Es preciso pasar dando rodeos por todos esos pequeños corredores. Al fondo debajo de una pequeña escalera está un banco de nogal y en la esquina, justo entre la pared y el escritorio se encuentra allí el dueño, acurrucado como una araña, escribiendo con ardor largas columnas de cifras pequeñas sobre un grueso registro verde. Esta imagen representa al tipo de buen negociante de provincia.

El encargado me había dicho al mostrarme esta jaula: «Vaya al fondo a la derecha». Me deslicé hasta el fondo en medio de los escritorios, de las balanzas, y percibí al buen negociante, pero él, absorto por la atracción de las cifras, no me escuchó. Me vi obligada a repetir dos veces: «Señor, desearía hablarle». El hombre de las cifras levantó la cabeza, puso sus lentes sobre la frente y sin dejar el sitio ni su querido registro me respondió con un tono seco y duro: «¿Qué quiere usted?». «Señor, le dije, no se trata de un asunto de comercio, desearía decirle dos palabras en vista de la ausencia de su suegro». Frente a estas palabras, una nube sombría cubrió todos sus rasgos. El buen negociante sólo conoce los negocios y se apena profundamente al verse molestado por otra cosa. Además, está siempre inquieto: «¿Puede ser que me pidan dinero?». Este terror lo persigue sin descanso. El señor Gondareau depositó la pluma cuidadosamente y se libró, no sin dificultad, del encajonamiento en el que estaba entre la pared y el escritorio. Yo le presenté mi pequeño libro y a medida que le exponía el motivo de mi visita a su suegro, se ponía más y más sombrío e inquieto. Tuve mucha dificultad para hacerlo hablar. Guardaba silencio, se notaba que sólo quería una cosa, mi partida. Mi presencia lo oprimía, al ver que yo no me levantaba, comprendió que quizá yo quería hacerlo hablar y cumplió la orden. Los señores Poncet e Isnard son de aquellos a quienes denomino hábiles. No donarán un

medio, no darán un paso para aliviar la suerte del obrero, pero al menos tienen la suficiente habilidad para compadecerse. Las tres cuartas partes de los ricos hablan así. La otra, en la cual se encuentran el señor Thomas y su suegro, hablan del obrero con un descaro, una indecencia, que provoca rabia en todo hombre de corazón que los oiga. El señor Gondareau comenzó a presentarse como un hombre religioso y moralizó a ese respecto. Luego, tuvo la impudicia de decirme que si el obrero era miserable, era por su culpa; que si quería tener economía, orden, religión, le sería siempre fácil separar algo con qué comprar una pequeña casa para sus últimos días.

Dejé hablar a este hombre, aunque sus palabras me torturaban, porque me hacía falta una fuerza inaudita para no interrumpirlo para decirle: «¡Canalla, eres un perfecto miserable! ¡Y cuando los obreros te cuelguen, tendrás lo que te mereces!». Nunca antes había visto un dueño, un devorador de hombres tan seco, tan duro, tan antropófago. ¡Oh! Gran e ilustre mariscal Crillon, ¡si hubieras sabido que un día tu palacio sería propiedad de un *chailoque*<sup>108</sup> así, qué dolor no habrías tenido! Salí de donde ese buen negociante espantado de la reacción que esos miserables burgueses preparan... ¡Oh!, ¡son ellos mismos los que lo habrán querido!

Al final quise asustarlo un poco con los obreros. Me dijo que en Aviñón no había nada que temer, que los obreros eran dulces, tranquilos, que se podía conducirlos como uno quería, que los únicos que eran de temer eran los parisinos y los lioneses, y el señor Gondareau al ver que no se puede hacer la revolución en Aviñón se dice: «Durmamos tranquilos, esquilmemos a los

---

<sup>108</sup> Jules Puech anota en el Manuscrito esta palabra como dudosa, proveniente del inglés «Shylock». Dice: «Flora Tristán conocía la pronunciación inglesa y le da una ortografía fonética “chailoque” olvidando la diéresis sobre la i». Flora Tristán parece referirse a la calidad de prestamista y usurero, rasgos muy bien representados por el personaje de Shylock en la tragedia de Shakespeare *El mercader de Venecia*. (N. del E.)

obreros hasta la médula, podemos hacerlo sin correr riesgos». ¡Oh! ¡Tres veces ciego! ¡Corre a tu perdición!

Le pedí a los tres fabricantes su cooperación moral, recomendando la Unión Obrera, y material, ayudándome con los gastos que tengo que hacer para la propagación de estas ideas entre el pueblo. Al mismo instante el señor Insard envió a dos de sus empleados a entregarme 25 FF, ofreciendo dar lo mismo cada año. Pidió 20 pequeños libros para distribuirlos entre los obreros más inteligentes.

Los otros dos no se han pronunciado. El arzobispo tampoco.

Estoy desbordada por las ocupaciones, además estoy enferma. ¡Qué calor! Sería para mí un suplicio vivir en el Midi. Tengo una colerina<sup>109</sup> muy fuerte que no se me cura. ¡Qué me importa! Sé bien que Dioses tiene necesidad de mí.

Mi banquete de adioses. ¡Oh! ¡Qué diferencia con el de Lyon! Aquí es una pequeña ciudad. Hay una cantidad de caballeros de industria que se mezclan con los obreros para tratar de explotar a los obreros y el poder, y también a sus acreedores, gritando bien alto que uno es republicano, demócrata, revolucionario, etc., etc., para ser bien mirado por los obreros. Uno es ensalzado, lisonjeado por ellos, y al mismo tiempo ellos les pagan la cerveza. Por el otro lado, uno se presenta frente al poder como un jefe de pueblo temible; y eso puede servir en una pequeña ciudad. Las dueñas de café dan gustosas crédito a los caballeros que se dicen estar en la víspera de ser dueños del poder. El oficio es bueno, da beneficios, no es agotador; es por eso que los señores se dedican a él. No sé en verdad para qué sirven esos hombres. Para hablar en los cafés, teatros, porque son buenos charlatanes. La gran y pomposa frase ¡adelante! Hay caballeros de ese tipo en todas partes, pero muchos más en las pequeñas que en las grandes ciudades. En Lyon casi no hay, en París menos, pero en todas las pequeñas ciudades muchos. Aquí, más, porque es un país de partidos. Esos caballeros

---

<sup>109</sup> *Colerina*: síntomas precursores del cólera. (N. de la T.)

están a la búsqueda de todo lo que pueda producir ruido. Por eso, al llegar aquí todos me cayeron sobre las espaldas: Le Petitbon, Ferrier, Demerier y toda la banda del café Francés. Me bastó tan sólo un vistazo para juzgar a mis gallardos. Ese Petitbon es el tipo de libertino, hijo de familia, inglés. Se parece al tipo inglés por el físico y la moral —bebe, come, juega, ríe con mujeres públicas, el tipo de la inmoralidad.

Lo notable es que los obreros conocen y aprecian perfectamente a esa gente por lo que valen; los desprecian profundamente, pero los conservan porque sienten que tienen necesidad de ellos. Esos caballeros tienen la palabra fácil, son audaces, hacen escándalo, ruido, todas las cosas que mantienen a los burgueses en temores continuos, el obrero lo siente y sabe juzgarlo, lo que es muy útil, sabe que no es capaz de hacer el ruido que esos honorables caballeros hacen todo el día, ellos que no hacen nada. (Desarrollar la utilidad de esa gente, pero no tengo tiempo de hacerlo).

En ese banquete Petitbon quiso también hablar, pero no fue más acertado que la primera vez. Lo interrumpí diciéndole que era de la Idea que había que ocuparse y no de mí. Yo lo traté de caballero de la industria, incluso en plena mesa, él lo tomó con la amabilidad que lo caracteriza. Esos hombres no obtendrán una firma, no querrán leerme. Carteron, hombre de acción, dijo: «Señores, el deber de todos nosotros es encargarnos de la propagación del libro de la señora Tristán, ¿cuántos quiere tomar cada uno?». Frente a esta proposición los caballeros se retiraron de la mesa, y en el pabellón hicieron una escena a Carteron por haber hecho una proposición tan inconveniente. Uno exclamó: «¡Nosotros no somos negociantes de libros!». Uno: «¿Querré recibir 25 centavos cada vez que doy un pequeño libro?». —He aquí los caballeros, soberbios en palabras e incapaces de servir a la obra en la más pequeña acción. Será necesario que pinte como se merecen a esos hombres vanidosos, libertinos y fanfarrones. Y yo, obligada a abrir camino con

esos miserables que me disgustan, tanto como odio la inmoralidad y la charlatanería. ¡Qué coraje me hace falta!

Vi finalmente a este arzobispo. Departamentos magníficos, grandes, bien amoblados. ¡Qué lujo! Su galería de Papas, los nueve que reinaron en Aviñón. El prelado es un hombre de 45 años, seboso, gordo, lozano, colorado y apariencia de monje. Me recibió con una cortesía extrema, habló con una gran dulzura y benevolencia, conversó largamente sobre los temas a los que yo quise llevarlo. ¡Qué inteligencia tan pobre! Es incluso menor que la del de Lyon. Asimismo, éste sólo ve la misa; atribuye una inmensa importancia a decir la misa a todas las corporaciones de obreros. Se nota, por la manera complaciente con la que habla de eso, que él cree haber hecho todo. Es tímido, temeroso, es de lo más nulo que puede haber. No me envió cotización, ¡y recibe treinta mil francos al año! (Ampliar sobre él [*monseñor Paul Nadot*]).

Acabo de descubrir un nuevo partido: los «Papistas», ¡delicioso! Son los viejos nobles burgueses y otros que se imaginan que sólo habrá felicidad para Aviñón cuando el Papa resida allí. ¡Es increíble!

Los chismes de la señora Pankin sobre el señor Isnard. Toda la ciudad no habla más que de los 25 FF que me envió. Es dejado de lado por los obreros, sin embargo, no tanto como Thomas.

Visité el Palacio de los Papas. La iglesia es pequeña y sin ninguna relación con la grandeza del palacio. Las pinturas de Devéria son muy malas<sup>110</sup>. Las dos tumbas de los Papas no tienen nada de curioso, y se quiere gastar para restaurar esta igle-

---

<sup>110</sup> Achille Devéria (París, 1800-1857), fue principalmente dibujante y litógrafo. Sin embargo, realizó algunos cuadros que tuvieron acogida, como «*La lettre ou les nouvelles de la reine de Navarre*». (N. del E.)

sia a la que nadie va, quinientos mil francos. La Virgen de Pradier no tiene carácter, este hombre no comprende lo que hace, una Virgen sin su niño y sin su serpiente... [?] Los artistas de esta época son entonces tontos.

El Palacio, hoy cuartel, es un verdadero castillo, plaza de guerra. Este palacio en sí mismo dice todos los pensamientos de los Papas y del catolicismo: el poder supremo único. Han trabajado mucho para tenerlo, ¡y sin embargo no lo han tenido! En esta fortaleza se ve al Pontífice general. Asimismo, todo lo que concierne al poder espiritual y temporal guerrero se encuentra allí en pleno. Se podía alojar allí a diez mil, todavía hoy si se quisiera. Ese palacio había sido construido para durar siglos. Fue muy dañado en la Revolución. Hoy no se ve más que los restos de los calabozos de la Santa Inquisición, la hoguera, etc. La pieza más curiosa del mencionado palacio es evidentemente la vieja conserje, la señora Gros-Jean. Es una vieja de setenta años que tuvo el honor de servir al último nuncio, porque de padres a hijos la familia Gros-Jean es conserje en el Palacio Papal. Esta mujer muestra el lugar —es su profesión—, lo hace por gusto y según su opinión, perfectamente. No he visto nada más grotescamente ridículo que esta vieja, inútil decir que es una realista rabiosa. Ella sirve a estas personas porque está sujeta a su profesión, pero en su corazón lleva una flor de lis (en Aviñón eso se hace). No tiene en la mano un pequeño bastón. Luego de esta insignia característica, muestra los restos del Palacio Papal tal como las saltarinas de feria dicen: «Señores, ésta es una serpiente de ocho metros, aquí una carpa de tres metros», etc. Debo prevenir a los viajeros que si, en su impaciencia, o por no haberla comprendido, ellos tienen la desdicha de interrumpir a la señora Gros-Jean (por falta de dientes, ella farfulla y su francés es incomprensible), ella pierde el hilo de su demostración y está obligada a comenzar de nuevo. «Escuchen: este palacio, señoras y señores, era el monumento más bello del mundo entero antes de la terrible revo-



lución del 89. Estaba habitado por el vice-nuncio, el santo y muy alto representante de Monseñor el Papa. (Ella hace allí una reverencia). Pero con la aparición de esta terrible y sangrienta revolución, la banda de Jourdan Corta-cabezas, acólito de Robespierre, enviado del carnicero Marat se tiró encima del santo palacio para demolerlo, destruirlo». A lo largo de su larga demostración la vieja Gros-Jean repetirá al menos treinta veces la banda de Jourdan Corta-cabezas (uno de los que más dejó huella en la revolución en Provence)<sup>111</sup>. Ella se preocupará mucho de mostrarles las cinco acequias de sangre congelada que provienen de la masacre de ochenta y seis víctimas de Jourdan Corta-cabezas. Cada vez que muestra restos, agrega: «Es la banda de J., quien demolió el magnífico palacio»..., la admiración del mundo entero. (Ver la descripción de este castillo en un pequeño libro sobre arquitectura).

Lo más curioso que vi es que, en el momento, los soldados no tenían colchones y que la paja sola era una mala cama. Los dormitorios son muy grandes y no muy aireados. Y he aquí lo que para mí es más interesante que unas piedras viejas. (Tendré algo que decir sobre este palacio).

No tuve tiempo de ver los Inválidos ni el Museo y otros monumentos que la ciudad contiene. Esta ciudad podría ser soberbia, pero no se ocupan de ella. El paseo sobre el peñón sería único por la vista y originalidad, pero no se hace nada: la falta de dinero y de acuerdo. Todo lo que los carlistas hacen, los bonapartistas lo deshacen y viceversa. ¡Es lamentable!

Aquí la miseria es grande, pero una no la percibe como en Lyon. Desde que la industria de seda desapareció, seis mil obreros se han ido de la ciudad. La garanza<sup>112</sup> va bastante bien,

---

<sup>111</sup> Mathieu Jouve (1749-1794). El Tribunal revolucionario ordenó decapitarlo en París, debido a la violencia que ejerció en las zonas donde fue destinado. (N. del E.)

<sup>112</sup> Ver nota 105. (N. de la T.)

se gana de 2 a 2,50, los [*chardeurs*] 1, 1,25. Los cargadores de equipaje, desde la nueva tarifa, 1,50 y no siempre, son muy miserables. Aquí es como en Italia, todos los pobres van al convento para buscar sopa, es desagradable de ver. (Decir algo al respecto).

*15 de julio.* Paseo a Vaucluses. El campo es magnífico: olivos, viñas, moreras, garanza, trigo, etc. Todo es vigoroso, rico. Todos esos campesinos son ricos, lo que no les impide llevar una vida de perros. Se acuestan sobre la paja, mal alojados, mal vestidos, sucios. Dicen que se alimentan bien. Es tonto al extremo [*el campesino*], ni habla francés.

Esta Fontaine es un inmenso peñón, el agua le sale de la base. Sobre el peñón, al frente, están todavía los restos del castillo de la bella Laure. El lugar es pintoresco, pero poco agradable para las citas de amor, porque aunque los dos amantes se amasen en puro espíritu, podrían verse a la sombra y sentarse sobre el césped. Por lo demás esta fuente está por encima de su reputación.

El banquete de los «Amis de la Gloire»<sup>113</sup> dado en memoria del 14 de julio. Me habían invitado a ir a hacer una visita a los denominados «Amis de la Gloire». Encontré allí 50 verdaderos obreros reunidos en una pequeña sala baja a la que le faltaba el aire y en donde uno se ahogaba. El obrero carga con su falta de inteligencia en todo lo que hace; no tiene siquiera el instinto de su conservación. Habitado al sufrimiento, parece consagrarse a él. Estos hombres estaban en un hueco, apiñados alrededor de mesas, bebiendo un mal vino, la sala estaba decorada a la fuerza con banderas tricolores, coronas, águilas, retrato del emperador, Marat, etc., mezclando así a la Revolución Francesa con el asesino de esta revolución grande y santa. Esta ignorancia me hizo mal. Como ya tengo amigos en todas partes,

---

<sup>113</sup> Amigos de la Gloria. (N. de la T.)

vinieron a decirme que sólo podía decir algunas palabras insignificantes porque no conocíamos a todo el mundo...

Propuse un brindis a la futura Unión de todas y de todos. Fue aceptado y tomado con entusiasmo. Cuando veo hombres en este estado de ignorancia, me digo qué tal tarea la mía; no obstante, ¡jamás me desaliento!

Me falta anotar aquí un montón de cosas, pero me faltó tiempo. Es terrible estar así sobrecargada, me acordaré de esto más tarde. No olvidar el afiche que está en mi puerta para anunciar que habrá una corrida de toros el domingo 14 de julio en (he olvidado el nombre del pueblo) y que el precio será de 20 FF. El pueblo está a una legua de Aviñón, pero está en el departamento de Bouches-du Rhône. El prefecto de Vaucluse ha prohibido las corridas en el suyo y, luego de costumbres tan bárbaras, una se sorprende de la brutalidad del pueblo de Languedoc. Es muy comprensible, pero yo me sorprendo de que no sea más malo.

Los fourieristas de aquí no han querido recibirme. Escribí al señor Rassié pidiéndole su ayuda, enviándole mi libro; ni siquiera me ha respondido. Hice dejar una carta donde el señor Capeau en la que escribí abajo: «De parte de V. Considerant», ninguna respuesta. Sin embargo, esos dos hombres pasan por ser «amigos del pueblo». Hablé de eso con un obrero que me respondió: «El señor Capeau ama demasiado a su persona para amar a quienquiera que sea». En cuanto al señor Rassié, habla muy bien a favor del pueblo, pero tiene trescientos mil francos de fortuna. Esta respuesta denota que dicho hombre conoce perfectamente el corazón humano. Un hombre egoísta y un rico no pueden ser amigos de aquellos a quienes esquilmán. Además, esos dos hombres, que son los representantes de la democracia, son los únicos dos que se encuentran en Aviñón. La democracia se encuentra en un café. Es el señor Capeau quien la imparte. Pero todos ignoran completamente que él tiene una escuela fal[ansteriana] en el mundo.

Aquí y en todo el departamento se lee el *National* y la *Gazette*. A partir de los escritos que lee el pueblo se puede juzgar su estado moral e intelectual. En París los obreros leen todos los periódicos y no adhieren a ninguno. Igual para los otros escritos, pero en general leen poco. Están por el «progreso», eso es todo. Para ellos la palabra «progreso» quiere decir que están por todo lo que es bello, bueno, grande, noble, generoso.

Pero ellos sienten eso en un estado de inspiración, de sentimiento, de deseo, de aspiración, sin poder precisar nada. Para precisar sería necesario estudiar, reflexionar, y ellos no quieren darse el trabajo de hacerlo. Los parisinos son, entonces, «progresistas». Eso llega hasta Dijon. En Chalon, en Mâcon, no son «nada». Luego uno llega a Lyon. Allí, los obreros no leen ningún periódico: para ellos la Prensa ya cumplió su tiempo. Lyon es quizá la única ciudad de Francia en la que los obreros leen obras serias. Los obreros lioneses han salido completamente del dominio político para entrar en el dominio social. Todos son, por lo tanto, «socialistas». Ahora se dividen en muchas ramas. Socialistas, comunistas, socialistas republicanos, socialistas falansterianos, etc., etc. No hay centro en el que haya tanta división en la forma y más unidad en el fondo. Lyon es un centro único, todas las pequeñas ciudades circundantes no se ocupan de nada, pero simpatizan con el centro, y son siempre de la opinión de los lioneses. Es lo mismo para París. Una deja Lyon y llega a Aviñón. Allí no se lee más que dos periódicos, cada partido tiene el suyo. Los Republicanos el *National*, los Realistas la *Gazette*. Los que leen la *Gazette* saben muy bien que ella [*manuscrito roto*], tiene un lenguaje que no corresponde al fondo de su pensamiento. Pero le perdonan esta apariencia hipócritamente franca, pensando que está forzada a actuar así. Aparte de estos dos órganos, el obrero no lee absolutamente nada, pero nada. Para ellos el falansterio, el comunismo, el socialismo son cosa desconocida. No he escuchado a ningún obrero pronunciar el nombre de Fourier,

de Cabet, de Proudhon, etc., etc., de igual manera, completamente ajeno a la literatura. Perdiguier es de Aviñón, nadie ha leído su libro; él trajo la novela de la señora Sand sobre el *compagnonnage*, nadie la ha leído. No conocen siquiera la historia de su ciudad. Absorbidos completamente por los odios de partido, sólo tienen pasión, afinidad para pelearse entre ellos ¡es horrible de ver! Así, para resumirnos, decimos entonces que: los parisinos son «progresistas», los «lioneses» son «socialistas», los languedocinos son «partidarios» (de partido). Seguiré así esta demarcación a todo lo largo del *tour* de Francia.

¡He provocado en Aviñón verdaderos milagros! Los realistas acaban de preguntarme si quiero ir a su barrio a hacer una sesión. Estoy muy mal con esta colerina, no podré ir. Piden firmar. Si me hubiera quedado quince días habría llamado a esta reunión de todos los obreros de los dos partidos. Hubiera sido magnífico, pero no tuve tiempo. Además, esa gente es muy apasionada, y mi pensamiento, mal comprendido, podría producir un conflicto grave. Mas esto me prueba que con fe y amor una puede todo.

Parto esta noche. No pude partir ayer, estaba demasiado mal, ¡Ah! ¡Qué dolorosa es mi tarea! Llego a una ciudad, me esfuerzo por descubrir a todos los hombres inteligentes y dedicados que existen, tomo posesión de ellos, luego, cuando he tenido éxito, cuando los conozco, cuando los amo y me he hecho amar, entonces ¡es necesario dejarlos! ¡No conozco nada más doloroso que eso! Había descubierto en esta ciudad algunos buenos hombres (es la expresión del país); vamos, es necesario dejarlos para ir a descubrir otros en otra ciudad. Felizmente que amo a mis hermanos igualmente y que en todas partes encuentro hermanos.

El señor Pierrot acaba de entregarme mi cuenta. Es una indignidad ver cómo nos despojan esos ladrones patentados de hoteleros. Desde que estoy aquí he estado siempre enferma y

no he comido en la cena más que una chuleta y frijoles en aceite: 2 FF... (decir algo sobre esos bribones).

Partí sin poder visitar el museo. Es un gran error creer que una puede hacer todo a la vez; no, no es posible. Si ustedes se ocupan de una cosa especialmente, les faltan todas las otras. En fin, yo hago lo posible por no lamentarme sobre lo que dejo.

En resumen, Aviñón vale mucho [más] que Saint-Etienne. Aquí hay al menos hombres de pasión, de acción, y ya es algo. Esos hombres podrían ayudar poderosamente a los lioneses. (Formé un Comité antes de partir que va a mantener correspondencia con Lyon, al menos he aquí un lazo). ¡En qué aislamiento vive esta clase obrera! Todas las ciudades, tan próximas la una de la otra, no tienen ningún lazo. París no sabe lo que se hace en provincia, Aviñón ignora lo que se hace en Lyon, y así seguidamente. Verdaderamente es lamentable y todos sienten este aislamiento, gimen por ello, ¡y no hacen nada para salir de él! ¡Ah! Mi Dioses, ¡es para volverse loca! Está realmente por encima de las fuerzas humanas.

Como este país es el hogar del carbonarismo<sup>114</sup>, desde hace 4 ó 5 años ha habido arrestos en masa entre los obreros republicanos. Con esta tontería de sociedad secreta hemos perdido así hombres valientes, los mejores soldados. Acabo de ver a 5 ó 6 de estas víctimas, hombres valientes, pero sin la menor educación. Salen de las prisiones, dañados por las enfermedades, el tedio, la desesperación. Y bien, mi libro los ha reanimado. Comprenden ahora que es necesario conspirar a cielo abierto, gritar a todo lo alto: «¡Soy unionista! Quiero el “derecho al trabajo”, el “derecho a la instrucción”». He visto por la emoción de estos hombres que yo era para ellos ¡una antorcha de

---

<sup>114</sup> Movimiento político italiano del siglo XIX afín a la masonería, nacido con fines revolucionarios. Los carbonarios postulaban los principios de la Revolución Francesa. Su ideología era luchar contra los absolutismos, tanto civil como eclesiástico. El movimiento se extendió fuera de Italia, principalmente a Francia, donde intervino en la sublevación de 1821 y 1822. (N. de la T.)

vida! Les he hecho jurar de no conspirar jamás en secreto. ¡Ah! ¡De todo corazón! Exclamaron, y mantendremos la palabra. Estoy segura. Es el *National* quien los empujó a esta vía. ¡Qué imbécil! ¡Ah!, tendría por hacer un capítulo excelente sobre Aviñón desde el punto de vista de la imbecilidad de los denominados liberales y de su perfidia. Porque se trata de lo uno o lo otro, son ineptos o pérfidos. Creo, más bien, que son pérfidos, han querido servirse del pueblo a fin de llegar. ¡Oh! ¡Bribones! ¡Me gustaría más ver a la rama mayor, a la menor, a la anterior a la menor durante 40 siglos, antes que tenerlos a ustedes! ¡Qué disgusto inspiran esos canallas! Pero veo con alegría que el pueblo comienza a ver claro con relación a ellos. Ya es tiempo. Este capítulo estará lleno de interés.

\*\*\*

### **XIII. MARSELLA (19-28 DE JULIO DE 1844)**

*MARSELLA, ESTE 19 DE JULIO.* Partí de Aviñón muy mal y, sin embargo, pasé la noche bastante bien. Estaban conmigo en el coche un sacerdote, un negociante. Apenas estuvimos en ruta, el negociante, hombre común como todos los provenzales, se puso a contarme su historia. De pequeño vendedor, se volvió rico (treinta mil francos de renta), ha hecho el «bien» (dio dinero) a toda su familia. Pero su gran desesperación es que él sólo tiene un hijo que quiere hacerse sacerdote. Frente a esas palabras, el sacerdote provenzal hizo un signo de la cruz en señal de acción de gracia. Yo no sabía que se procedía así. El relato de ese hombre al principio me dio lástima, luego lo hice conversar y me di cuenta de que había en él un egoísmo de

mercader, es todo lo que se puede decir. «Usted va a jubilarse, le dije, entonces usted se puede hacer nombrar diputado». «¡Yo! ¡Ah! ¡Estaría muy fastidiado! ¡Ocuparme de las cosas de otros! ¡Ah, claro que no! Nunca he trabajado más que para mí y mi familia, y tengo horror de ocuparme de los otros». (Él llama a los asuntos públicos: «los otros», esto les da una idea de su inteligencia). Al escuchar hablar a este hombre, comprendí que su hijo, con tan sólo tener un poco de alma, idebería haber agarrado horror a su padre y a la santa familia! Para huir de la guarida del egoísmo había tomado la decisión de ingresar al seminario. Ese valeroso negociante tiene tanto horror de «los otros», que me decía que su intención era de dejar toda su fortuna a su sobrino, a cargo de que pagara a su hijo una renta vitalicia de treinta mil. ¿Y por qué esquilma usted así a su hijo? ¡Ah!, es que yo lo conozco y si le dejase mi fortuna sería capaz de malgastarla en limosnas, porque es muy caritativo. Qué profundo disgusto me inspiró ese hombre.

La vista de la ciudad de Marsella no me emocionó en absoluto. Esto es un signo negativo. Comencé bastante mal, caí en un hotel detestable («Montmorency») es la última vez que voy a hoteles de segunda categoría. (Decir algo sobre esos pequeños hoteles miserables). Allí una habitación: 1,50 FF, horrible (y en el hotel «Paradis»: 2 FF, bastante bella). Un sastre me indicó una gran habitación equipada donde unos españoles, puedo recibir allí a mis obreros completamente a gusto.

La colerina continúa, lo que no me impide hacer mis asuntos, pero sufro. Hace cinco días que no como. Y, desde hace dos días que estoy aquí, he recorrido por completo a la ciudad.

Sólo por el aspecto de la ciudad y de los obreros que encontré en las calles, juzgué que yo no tendría nada que [hacer]. Todo el mundo aquí es rico. El comercio va muy bien, los negociantes ganan mucho, los obreros ídem, sea con los extranjeros y el puerto. Los cargadores ganan de 30 a 50 FF por día. Todos los recaderos, los mozos de hotel, etc., de 10 a 30 FF por



día. Resulta que los que ganan mucho gastan igual, y el comercio va muy bien. Conociendo a esos hombres como yo los conozco comprendo muy bien que no hay medio de hablar de «unión», de «fraternidad» y de «bondad» a gente que es rica. Esas personas no tienen necesidad de nada más que de beber, comer, fumar y tener mujeres públicas a discreción. Se procuran toda esa felicidad con dinero. Vi ayer muchachos sastres, son menos ricos, ganan cuatro francos por día. Me han parecido poco inteligentes; aquellos sobre los cuales contaba, han partido. Esta clase obrera es completamente nómada. Como todos los desgraciados que viven día a día, tan pronto están en una ciudad como en otra. Alger ahora tiene muchos. Sin embargo, yo tenía allí un hombre inteligente, comunista, Roussel. Estuvo comprometido en negocios en París. Luego Castant ídem, y dos o tres bastante buenos. Tengo a mi disposición la tienda de dos peluqueros donde voy a hacer una propaganda implacable. Encuentro allí zapateros, panaderos, etc. Todos ellos, menos felices. No ganan más que 2,50, 3 FF, entonces quieren unirse. ¡Miserables! Sólo se volverán «hermanos» icuando mueran de hambre! ¡Oh! Ahora tengo la llave del milagro de O'Connell. ¡Ah! ¡Quisiera verlo en Marsella hablando a los cargadores que ganan 50 FF al día! Le garantizo que por más abogado que sea, perdería allí sus bellas frases.

Aquí, como en Aviñón, encuentro los dos partidos republicanos y realistas. Pero la mayoría es felipista<sup>115</sup> o nada. Están bien para ellos, el dinero es su Dioses y ellos tienen dinero y piensan que todo va bien; porque para ellos marselleses, fuera de Marsella no hay nada. Ella, ¡y que el resto perezca! La vista no se extiende más allá de su pequeña cabaña de la «Bastille», siempre y cuando puedan ir allí todos los domingos a beber y comer bien, ¡qué les importa el resto! Los aviñonenses son grandes humanistas comparados con los marselleses. Vean.

---

<sup>115</sup> Se traduce «phelippote» como *felipista*, seguidores de Louis Philippe. (N. de la T.)

Esta gente es pobre, y los segundos ricos. Decididamente el dinero es Satán sobre la tierra; el dinero es egoísmo, vicio, corrupción, podredumbre. Si yo fuera pintora y me pidieran que pintara todos los vicios, pondría inmensas pilas de dinero sobre una tela.

La población aquí es muy bella, más robusta, de rostro incluso más bello que la de Aviñón. Los hombres sobre todo. Las mujeres son muy gruesas, tienen los rasgos muy toscos y la tez muy amarilla. Pero todos, sobre todo las mujeres, son ordinarias, pero ordinarias en el último grado. Luego esa gente del Midi tiene un defecto enorme que he observado en los ingleses, todos se parecen porque no tienen ninguna expresión que les sea propia. Nada más agotador, ni monótono que encontrar por las calles siempre los mismos rostros. Prefiero mil veces la fealdad de los lioneses, al menos sus rostros se nos quedan grabados.

Es singular el efecto que produce en mí una ciudad rica. No me gusta. Y sin embargo sueño con el bienestar, el confort para todos y todas. Sí, pero el confort con la «dignidad de hombre», en primer lugar, y la «igualdad» y la «libertad» y la «fraternidad» y la «inteligencia» y la felicidad que provienen del amor. Y aquí nada de eso. Bellos vestidos, bellas casas, bellos coches, y eso es todo.

Aquí, como en Aviñón, se habla *patois* y, como en Aviñón, resulta que todo el mundo, casi sin ninguna excepción, habla un francés abominable! Confunden los géneros, los tiempos verbales, ¡es horrible de escuchar! Unan a eso un acento tan atroz que las palabras se desnaturalizan a tal punto que muchas no se entienden. Un inglés, un español en París hablan cien veces mejor el francés que un marsellés en Marsella. No hablo de los alemanes, los rusos, los italianos, cuando esa gente llega a Marsella, deben creerse en un país distinto a Francia. ¡Ah!, marselleses, tienen todas las razones para llamar a todo

individuo que no sea del Languedoc un francyon<sup>116</sup>. El español dueño de mi hotel me decía esta mañana que entiende muy bien a los marseleses cuando hablan *patois*, pero cuando hablan francés, no entiende ni una palabra. No obstante, comprende muy bien a los extranjeros que hablan francés. Para hablar el francés de esa manera, verdaderamente sería mejor abstenerse. En la boca de un hombre todavía pasa, porque no se le pide nunca ni gracia, ni amabilidad, ni incluso pureza, pero en la boca de una mujer... ¡produce un efecto repulsivo! ¡Y los niños! ¡Qué grotesco es todo esto!

Ese *patois* y ese francés abominable son cuestiones muy graves. ¿Qué es lo que hace que uno sea extranjero? Nada sino la diferencia de lenguas. Ahora bien, es claro que, si uno establece en la nación francesa muchas lenguas, la unidad francesa se rompe. Romper así la unidad del país es no comprender el pensamiento grande y sublime de la Revolución del 89. ¿Cuál era la divisa de nuestros padres? La República «francesa una e indivisible». Y la Convención, comprendiendo la importancia de realizar este gran pensamiento de la «unidad», quería establecer escuelas por toda Francia a fin de que los niños fuesen educados unitariamente y que todos «hablasen la misma lengua». Y luego de la caída de la gloriosa Revolución ningún gobierno se ha ocupado de realizar este pensamiento de la Convención nacional, el más urgente de todos. (Tengo consideraciones a hacer valer al respecto).

Recibí ayer una carta de Eléonore [*Blanc*] que me causó un malestar horrible. Me prueba que esta desgraciada pequeña no comprende y no ama lo suficiente. Me informó que Jacob se volvió loco como consecuencia de la impresión que le habría causado nuestro banquete del 7 de julio. Parece que se retiró

---

<sup>116</sup> Jules Puech hace una aclaración en sus notas al Manuscrito: «Apenas es necesario subrayar que Marsella no ha estado nunca en Languedoc. Bajo ese vocablo Flora Tristán parece comprender toda la vasta región del Midi, en donde hablan la lengua de *oc* y los dialectos que se le relacionan». (N. del E.)

en un estado de iluminación completa, que permaneció en ese estado de éxtasis durante tres [días] y que entonces la locura se declaró. Si esto se confirma (puede que sea una gran sobre-excitación nerviosa causada por la emoción que experimentó, pero no tener secuela), si, digo yo, esto se confirma, considero que es el acontecimiento más feliz que pueda suceder para la causa. Una idea que tiene el poder de volver «loco» a un hombre por «el amor que hizo nacer en él», ¡es una idea que debe dominar el mundo! Espero esta confirmación con impaciencia. Y esta pequeña me escribe «que es una gran desgracia para la causa y para su familia». Decididamente, ya no puedo contar con nadie. Mi cansancio va a crecer, todas las ciudades que dejo detrás van a caer sobre mi espalda. Pero Dioses va a multiplicar mis fuerzas a medida que agrande mi trabajo. Escribí a Lyon esta mañana una carta de siete páginas. Y cuántas cartas dejo sin poder hacerlas. No puedo.

*20 de julio.* ¡Oh!, ciudad de Lyon recordada por siempre jamás. ¡No encontraré una segunda como ella! Aquí, algunos obreros vienen a verme, toman libros, pero no hay entusiasmo, ni impulso, ni corazón —mucho menos que en Aviñón. Qué dolor para mí ver a Francia en este estado de indiferencia, de frialdad. ¡Oh! Mi Dioses, ¡cuánto sufro por servirte! Aquí todos han muerto [...*ilegible*...] en la bebida, la comida y las mujeres. En cuanto a las mujeres, ¡ni hablar! En un país tan materialista, la mujer bebe, come y va a pasearse. Eso es todo. Pero yo debo redoblar las fuerzas porque parece que voy a ver mucho más.

Acabo de recibir una carta de Audemar que me dice que Tolón es peor, ¡eso promete! Lo que me dice de Poncy no me sorprende, pero me ha dado pena. Él sabe que llego para hablar a los obreros de la ciudad; y en lugar de quedarse para servir a la causa ayudándome a abordar a esos obreros, parte para hacer un viaje de placer. ¡Eso pinta al hombre! Sin duda, Dioses lo habrá querido así para que uno sepa a qué atenerse con los

poetas. Los poetas son ciegos y sordos, nunca ven las cosas más que 200 años después de que todo el mundo las conoce. Entonces, parlotean:

Querida señora, me entero con una viva pena que Usted está en Marsella cansada y enferma, y también muy poco alentada por el espectáculo que tiene bajo sus ojos. Yo lo había previsto y le había manifestado los temores al respecto. Usted debe haber recibido una carta en Lyon en la cual le digo francamente y sin reticencias mi opinión sobre la situación intelectual y moral de los obreros de este país. Lo que le decía no es, desgraciadamente, más que muy verdadero. No dudo en decirle que no hay, sea en Marsella sea en Tolón, un solo obrero dispuesto a escucharle y a sacar provecho de vuestra noble abnegación. En ese aspecto Tolón está incluso por debajo de Marsella. Tan pronto llegue usted aquí no tendrá ninguna duda al respecto.

No había aquí más que Poncy, y para colmo de desgracia usted no lo encontrará. Parte mañana en la mañana en el *Météore* para Argelia y la costa de África. Desde hace tiempo había decidido hacer ese viaje. Fui a verlo hoy, le anuncié su llegada, y le rogué que me indicara algunos obreros capaces de comprender, y dispuestos a darle una buena acogida. No pudo señalarme ni uno. Lamento mucho que se aleje, su palabra habría tenido mucha más autoridad que la mía. En cuanto a mis amigos de *Progrès*, apenas puedo contar en uno o dos. Todos se han dispersado aquí y allá, verdaderamente estoy apenado por eso porque sin duda usted habría estado feliz de encontrarse en un medio de algunos simpatizantes.

Su viaje a Tolón no será, entonces, más que un paseo puro y simple. Es necesario que se resigne.

A la espera, trate de reestablecer lo más pronto posible su querida salud, temo que usted no se preocupe lo suficiente de ella.

Así, entonces, hasta pronto. Le estrecho la mano.

Audemar

El mejor hotel de Tolón, o más bien, el menos malo es el hotel de «La Croix d'Or»<sup>117</sup>.

Esta es una carta valiosa para mí, me confirma lo que había adivinado de Poncy. Sabía que yo estaba en camino para llegar próximamente a Tolón. Van a decirle que llego en algunos días y él cree que sólo él es capaz de servirme en Tolón. Y parte. He allí a los poetas. Gente completamente inútil. En 200 años la misión que hoy cumplo será «el noble tema de los cantos de los poetas», pero cuando la haya cumplido será sin la ayuda de nadie. Esta gente ocupa un lugar, ipero por supuesto no el primero! Entonces, visten magníficamente esas cosas y las presentan al público, que las acepta con entusiasmo porque ya las ha aceptado y debido a eso no está disgustado. En 200 ó 400 años los poetas cantarán: «Flora Tristán, la primera mujer que iba por el mundo llevaba la nueva ley». Este acto de Poncy y la carta son un acontecimiento feliz, me dará la ocasión de pronunciarme sobre los valores de los poetas llamados populares, y de los obreros-poetas. Había adivinado a este joven desde su primera carta. La carta de Audemar es también bastante curiosa. He aquí un burgués de los más avanzados. Y bien, ¿qué haríamos si escucháramos a esta gente? Nada. El pueblo es tonto, ignorante, malo, esto desde luego no es difícil de ver, y los burgueses avanzados lo ven. Pero no hacen nada «para aclarar al pueblo». Entonces permanecerá ignorante, tonto y malo hasta la eternidad. En verdad, es lamentable.

Dicen que pierdo mucho por la ausencia del señor Mery, que es el bibliotecario y se encuentra actualmente en París. Sin duda podría haberme servido, pero trataré de reemplazarlo.

Esta ciudad es muy bella, pero me disgusta, no sé por qué, es un sentimiento. Todo es demasiado material, el puerto es grande, rico, mucho movimiento. Me parece, sin embargo, que Le Havre tiene más. Nada más seco y repugnante que la vista del comercio. ¿Qué representa el comercio hoy a los ojos del

---

<sup>117</sup> La Cruz de oro. (N. de la T.)

observador que sabe ir al fondo de las cosas? Primero: el robo legal, patentado, autorizado, aceptado; segundo: la falta de equilibrio, de armonía, de orden, en una palabra, la anarquía en todo lo que tiene de más espantoso (hacer aquí una crítica sobre el comercio actual y decir lo que debería ser). Cuántos navíos inútiles podríamos suprimir y cuántos hombres emplearíamos más útilmente.

Parece que los *comp[agnons]* de aquí no son mejores que los de las otras ciudades. Hay tan poca unidad en las sociedades que tienen pretensión de tenerla, que las mismas sociedades actúan de una manera diferente de una ciudad a otra según el primer *compagnon*<sup>118</sup> sea bueno o malo! Hasta el presente había encontrado a los miembros de la Unión muy buenos en todas las ciudades, en Aviñón los he encontrado muy malos. Aquí, yo misma he ido, ellos todavía no han venido y, sin embargo, me deben dinero de los pequeños libros de la primera edición. En cuanto a los otros *comp[agnons]* no veo más que a los de Perdiguier que me reciben por su carta, pero los otros a donde yo voy no quieren venir, a pesar de que yo haya ido donde todos. Esto será bueno constatarlo.

Estoy terriblemente enferma. Hace siete días que no como. Ese mistral<sup>119</sup> me mata. En Aviñón sopla fuerte, ¡pero aquí es peor! Es frío, seco, duro, levanta raudales de polvo. Me sentía tan mal que me vi obligada a regresar. El clima de París, por más malo que sea, es incluso más agradable que el de Lyon, Saint-Etienne, Aviñón, Marsella. Es desagradable por las lluvias, los grandes calores, pero no es malsano. Mientras que éstos lo son incluso para la gente del país. Decididamente, hay un buen clima tan sólo en un rincón de este planeta: Lima. Si en esa ciudad hubiera vida intelectual sería un paraíso sobre la

---

<sup>118</sup> Las diferentes sociedades de *compagnons* tenían representantes calificados a cargo del cuidado y la formación de los *compagnons*. El Premier-en-ville y el Second-en-ville eran los oficiales de mayor rango. (N. de la T.)

<sup>119</sup> Se dice del viento que sopla entre poniente y tramontana. (N. de la T.)

tierra<sup>120</sup>. Aquí yo sufro también por golosa. Veo frutas magníficas y no oso comer una sola de ellas, me produce un pequeño dolor cuando pienso en ello. Soy feliz de vivir del espíritu con una salud como la mía, sufriría el martirio si pensara en ello, pero como no tengo tiempo de pensarlo, no me doy cuenta, a menos que el mal se vuelva muy violento. Es admirable.

He aquí a los obreros que comienzan a llegar. Ponen buena voluntad, pero no encuentro una gran inteligencia, sólo uno me ha hecho acordar de Lyon, ese Roussel, es muy bueno. Va a regresar a Clermont, nos hará allá una propaganda sólida. La ciudad es buena. Sólo sería necesario que hubiera 25 hombres de este temple en cada ciudad y todo se haría. ¡Pero será necesario quizá 10 años para formar 25 hombres en cada ciudad!

Creo que he olvidado de anotar en Nîmes, que las escuelas de los *Frères ignorantins*<sup>121</sup> llegaron a expulsar a las escuelas mutuales. El arzobispo me contó eso como si fuera un gran triunfo conquistado por el clero a la filosofía. (Escribir al respecto).

Acabo de recibir la obra del señor Mazel. Es un verdadero «lío», sin orden, sin lógica, sin estilo, sin francés, es repelente. Pero en el fondo hay ahí una idea magnífica: «el pan cotidiano». Es necesario que me apodere de esta idea, que la haga clara para todos, a fin de meterla en todas las cabezas.

Tendrá las consecuencias más felices. En cuanto a él, ese valiente chapucero no ve nada; pienso que habrá robado esta idea a alguien que la habrá emitido en la conversación. Si fuera de él, sabría expresarla. El día que cada uno tenga el pan asegurado gratuita[mente], la emancipación de la inteligencia estará asegurada.

Hace cuatro días que estoy aquí y no he encontrado ningún ser por el cual sienta simpatía, con el cual me encuentre en

---

<sup>120</sup> Ver con más detalle las impresiones de Flora Tristán sobre Lima en su libro citado *Peregrinaciones...*, p. 479 y ss. (N. del E.)

<sup>121</sup> Hermanos de las Escuelas Cristianas. (N. de la T.)



estado de comunicación y de fraternidad. Esto se ve mal, también me aburro aquí. Me encuentro mal, absolutamente como en Saint-Etienne. Es singular, hay ciudades en las que estoy mal, no se puede [*estar*] peor: Mâcon, Saint-Etienne, Marsella. ¿A qué se puede deber esto? Esta gente no es, sin embargo, mala conmigo; al contrario, es educada, benevolente, en una palabra, hacen todo lo que pueden, pero son fríos, indiferentes y faltos de inteligencia. Al menos en Aviñón son apasionados, entusiastas. ¡Y bien! ¡Es mucho!

*21 de julio.* Estoy completamente enferma. Esta vez me encuentro forzada a darme cuenta y a pesar de todo es necesario caminar, recibir individuos y hablar.

Por primera vez, desde que estoy en misión, el trabajo me parece rudo y me pesa. Esta noche no dormí; sufrí, y me sorprendí diciendo: «¡Oh!, ¡qué impaciente estoy porque se acabe!». En Lyon tenía cien veces más trabajo y fatigas, pero al menos veía que muchos comprendían, y este pensamiento me relajaba. Mientras que aquí no comprenden. ¡Este pensamiento me cansa de una manera absurda! ¡Oh! ¡Qué impaciente estoy por llegar a Nîmes, ahí al menos encontraré pasión! ¡Es horrible hablar a hombres que no sienten nada, no comprenden nada! Y en París se jactan siempre de la vivacidad de la gente del Midi. Sí, iella es bonita!

*23 de julio.* Ya llegan los obreros y la cosa comienza a animarse. Esta gente es tan pesada, tan lenta en todo lo que hacen, que haría falta quedarse aquí dos meses si uno quisiera removerlos. La ciudad de Marsella no me parece lo suficientemente importante para este tiempo que podría emplearlo mucho mejor en otro lugar.

El calor aquí me mata. Estoy enferma, no estoy con todo mi ánimo. Resulta que no hago todo lo que haría con frío o con salud. Decididamente tengo un gran poder magnético; cuando

quiero ejercerlo, todo se logra. ¡Ah!, si quisiera hablar a mi nombre tendría una gran autoridad, pero yo nunca lo consentiría. Hablaré en nombre de los «principios» y nada más que de los «principios».

Más veo a esta ciudad de Marsella y más me disgusta. Esta ciudad no es francesa. Hay aquí un enjambre de todas las naciones. Es una especie de Gibraltar, de Barcelona, de Bruselas, de Nueva Orleáns. Los negociantes de esta ciudad tienen, en su mayoría, un origen poco honorable. Son, en general, quebrados de todos los países. Un italiano, un griego, un turco, africano y de todos aquellos de la costa del Levante. Hicieron en sus países malos negocios, o tienen sobre sus cuentas algunos malos relicarios: entonces vienen a Marsella. El clima y el género de comercio que se hace con el Levante los atrae. Esos bárbaros de diferentes países aportan en sus hábitos mercantiles maneras de hacer más o menos judías o árabes. Resulta de eso que el comercio aquí, de hecho, el fraude, los ardides, los engaños, no lo ceden en nada a los más grandes bandidos mercantiles del globo. Añadan a eso que todos esos sectarios de Mahoma, de Moisés, aportan en Marsella sus costumbres depravadas. Aquí la bigamia reina en pleno y públicamente. Todos los negociantes tienen una amante, dos, tres si tienen los medios para mantenerlas. Y la mujer a contrato o alojamiento cuidando a los hijos del «pachá», y todo el mundo encuentra esto bien. Se ha introducido en las costumbres, todos lo hacen. Esta costumbre es ley. Esta ciudad, que denominaré ciudad-ómnibus, se compone en su mayoría entonces del montón de intrigantes y piratas mercantiles de toda la tierra, de chiquillas galantes. A partir de una tal composición una puede hacerse fácilmente una idea de la moralidad, la abnegación, el patriotismo de esa gente. ¡Es para estremecer a un monje español! Si en alguna oportunidad me convirtiera en sirvienta de la nación francesa, no sé qué partido tomaría por esta ciudad de Marsella, pero por supuesto no guardaría a ese montón de quebrados

judíos y árabes, ni a esta masa de mujeres públicas concubinas de esos bárbaros; expulsaría esta corrupción de Francia, así tuviese que perder el comercio de Levante. Ser rico a ese precio cuesta muy caro, más vale ser pobre.

Entre el pueblo uno encuentra esa misma mezcla. Aquí quince o veinte mil genoveses, diez mil griegos, trabajan en el puerto. Esos hombres hacen mucho daño a los obreros del país, porque trabajan a mejor precio. Las mujeres genovesas, sobre todo, cargan fardos enormes sobre la cabeza y por prácticamente nada. Es en esta clase que uno ve la innoble explotación del hombre por el hombre. Los maestros-cargadores, los que tienen dinero, se encargan de los trabajos de un negociante. Acuerdan con él un precio por la carga y la descarga de un navío; luego, una vez pactado el precio, ellos podrán hacerle algunos adelantos<sup>122</sup>, toman hombres y mujeres que hacen trabajar, lo que uno llama «esclavos blancos»; dan a los hombres 4, 5,6 ó 7 FF y hasta 10 por día —según el trabajo—, a las pobres mujeres genovesas 1,50, 2,3 FF, y ellas hacen casi tanto como los hombres. Solamente enganchando a los esclavos el maestro gana 50, 100, 200 FF por día —proporcionalmente a los hombres que explota. Es verdaderamente una indignidad ver a obreros tan duros, tan explotadores como los burgueses con sus hermanos obreros.

Fui testigo ayer de un hecho odioso. Para llevar una maleta gruesa a la diligencia, arreglamos el precio con un cargador: 1,50 FF. Sale y regresa con una genovesa, una mujer grande, muy fuerte, pero encinta, en un estado muy avanzado. Él carga la maleta gruesa sobre las espaldas de esta desdichada que se dobla hacia abajo de tan pesada que era la maleta. Llegado al coche, él saca de su bolsillo 25 centavos y le paga así. Ella reclama diciendo que no era suficiente y le pide 50 centavos, él la trata con toda la brutalidad posible y la empuja rudamente sin

---

<sup>122</sup> La palabra «avances» que figura en francés es dudosa. Ha sido traducida al español como «adelantos». (N. de la T.)

darle ni un medio más. He aquí un hombre que había ganado 1,25 FF sin hacer nada. Y la pobre mujer que se había deslomado, que sudaba a gotas gruesas y que se había arriesgado a abortar, ella que había hecho todo el esfuerzo, ¡obtenía 25 centavos! (Decir al respecto sobre la condición de esas mujeres).

*25 de julio.* Desde que estoy en esta ciudad me siento muy enferma, pero sobre todo desde hace dos días. Ayer permanecí acostada. Es una felicidad que esté tan absorta en mi misión como lo estoy, de otra manera no podría jamás soportar tantas fatigas. Tengo tantas fatigas, penas, molestias, que soy para la gente que me rodea un objeto de compasión. Se preocupan por mí, no conciben cómo puedo soportar todo eso sin caer. Yo misma no me doy cuenta. ¡Oh! Ya no compadezco a los mártires porque tengo ahora la convicción de que ellos no reparan en sus torturas. Una sola idea me atormenta, el imaginar el giro que me produce esta enfermedad. No tengo fuerzas para salir, para hablar, hago que los otros lo hagan, pero todo se hace mal. Para remover todo este mundo frío, egoísta, indiferente, es necesaria la influencia de mi palabra, de mi mirada.

*26 de julio.* ¡Tres días perdidos! Pasados en mi cuarto, en mi cama, sufriendo el martirio. ¡32-34 grados de calor! ¡Estoy matada! Tengo una gastritis, una disentería, un dolor de cabeza que hace temer una fiebre pútrida; dolores en todos los miembros, los ojos hundidos como si estuviera enferma desde hace seis meses. Mañana partiré para Tolón. Si caigo seriamente enferma en esta ciudad, al menos tendré ante mí algunos amigos que me cuidarán. Pero aquí no tengo a nadie, es espantoso pensar en eso.

Los pobres obreros me testimonian una gran devoción. Se ve que están profundamente afectados por mi estado. Me quieren con la pasión y el interés más intenso. Me han informado que decían con desesperación: «¡Ah, mi Dioses! ¡Qué desgracia

para nosotros si esta mujer se fuera a morir!». Desde que supieron que el médico dijo que el aire de Marsella era el causante de mi enfermedad, todos se mostraron presurosos de verme partir. Los más celosos querían verme partir de inmediato. Logré mi objetivo, éste es el amor que quería inspirarles. Hacerme «útil» a fin de que me amen, porque reconocen que puedo «servirles útilmente».

Por lo demás, tengo mucho de qué jactarme. Si durante los primeros días se mostraron fríos, ahora son muy cálidos; muestran celo, devoción, desinterés, corren por mí para vender el libro, para hacerlo comprender, obtener firmas, y todo eso a cualquier hora en el sol idándose una molestia de perros! Ello me da mucho gusto y me consuela de los males. Qué recursos hay en todos estos hombres nuevos.

Es necesario suponer que las fatigas de mi misión son sumamente grandes. Yo no me doy cuenta, porque estos obreros, sometidos a las fatigas más duras, están agotados después de tan sólo tres o cuatro días que corren y hablan. Todos me dicen: «Pero señora, ¿cómo puede usted mantener esa actividad? Qué tarea la de hablar de este modo a hombres que no conocen nada, que no comprenden. ¡Nosotros ya nos caemos, agotados de cansancio!». Por una hora de conversación que Roussel tuvo con los *Dévoirants*<sup>123</sup> estuvo enfermo. El pobre pequeño Milello ha adelgazado, empalidecido; Jean-Jules anda de cabeza. «¡Dioses de Dioses!, exclamaba esta mañana, preferiría hacer seis pares de botas por semana que continuar con el oficio de propagandista, es muy rudo para mí». Y ese Roussel, hombre inteligente, no quiere que se les pague a los propagandistas. Yo quiero que se les pague por un año (ninguno podrá durar más) y que enseguida se les pague cuatro meses de pensión en una buena casa de salud a fin de ponerlos sobre sus

---

<sup>123</sup> Se les llama «*Dévoirants*» o «*Dévorants*» a los carpinteros del Deber miembros de la sociedad de los «*compagnons*» del maestro Saint-Jacques. Se les da también el nombre de Perros. (N. de la T.)

pies de nuevo, y que este año de devoción les asegure derecho de entrada en los Palacios (decir al respecto).

Para colmo de males no tengo un solo instante de reposo; obreros, espías de baja estofa en masa. ¡Son bestias, zoquetes! No entiendo cómo la gente puede servirse de agentes parecidos. Es peor que en Lyon. Es innoble. Uno, dándosela de negociante, vino a ofrecerme apoyo económico diciéndome «que su fortuna lo pondría en condiciones de darme una posición de las más honorables» (textual). Una mujer vino a hacerme proposiciones de un rico negociante griego; como estudio esto es curioso y pinta también las costumbres del país. Probablemente es una manera encubierta de probar si soy susceptible de ser ganada por dinero. (Decir muchas cosas al respecto). Por lo demás, el agente estaba perfectamente bien vestido, con ropa nueva; pensé que él habría dado esta idea a la policía para conseguirse una ropa a la moda. La mujer era una mujer elegante de tipo marsellés. Todo esto tiene su lado cómico.

Hoy hace nueve días que estoy aquí y ya vendí setecientos pequeños libros. Me parece muy bien. El señor Négre, abogado «amigo del pueblo», me ha dado quince francos para la obra. Yo envío a los obreros donde esos aristócratas. Eso les enseñará a encargarse ellos mismos de sus asuntos.

Le Germain, Brunte, Carpentras y otros «caballeros en revolución» no han vuelto. Han comprendido con quién tenían que tratar. ¡Qué tal peste la de esos caballeros! Libraré a los obreros y al país de ellos. ¡Será un buen servicio prestado!

Recibí ayer una carta de Eléonore. Mi querido hermano Jacob que han conducido a Antiquaille<sup>124</sup>, ¡es digno del siglo en el que vivimos! ¡Pobre ángel! Tú serás el segundo mártir de la nueva ley. En 500 años nos saludarán a ti y a mí como las dos primeras víctimas de esta era en la que Dioses me hizo la revelación. La mujer, la familia, los amigos de Jacob son los Judas que venden a sus hermanos. ¡Oh!, cómo voy a golpearlos en mi

---

<sup>124</sup> Manicomio de Lyon. (N. del E.)

libro. ¡Qué miserables! Llevar a este ángel a la prisión de locos porque ha tenido la audacia de querer ser libre.

¡Qué tal acontecimiento el de la locura de Jacob en mi *tour* de Francia!

Recuerdo al instante un movimiento sublime que tuve cuando hablaba con el arzobispo de Lyon: «Usted dice que la limosna no es nada, me dijo, le voy a probar lo contrario; porque si yo quisiera, tan sólo con el apoyo de las limosnas que colecto podría empujar a esta inmensa ciudad a una revolución súbita, sólo suprimiendo por un día las limosnas que se hacen en Lyon y que me ayudan a soportar el mal». Qué fuerza me faltó para no exclamar con exaltación: «¡Oh! ¡Monseñor, suprímalas! Rendirá con eso un servicio que las generaciones le reconocerán mucho». Pero recordé que estaba en presencia de mi peor enemigo y por amor a la causa tuve la fuerza de reprimir este impulso. (Decir algo al respecto).

*28 de julio.* Voy a partir de Marsella para irme a Tolón. ¡Ah!, miserable, me acordaré de ti como el lugar donde sufrí por el calor, la pestilencia, los mosquitos y finalmente la gastritis de la falta de inteligencia también de los obreros. Sin embargo, ponen tanta buena voluntad, solicitud, devoción y afecto conmigo que los quiero mucho. Son personas dulces con las que es fácil vivir. ¡Qué bueno es el pueblo! En todas partes lo hallo muy bueno, con una naturaleza así lo deben esquilar hasta los huesos. Esta gente que tiene la reputación de ser brutal, conmigo es encantadora.

Creí que estaba cansada de mi misión. ¡Oh! No, estoy un poco debilitada porque estoy enferma, físicamente muy enferma, pero cansada de mi misión, no, no! ¡Siento que amo a la humanidad más que nunca! Estoy impaciente de estar en Nîmes a fin de hablar con seres capaces de comprender.

Pasó ayer algo delicioso. Salin, el carpintero, como creía que la policía me estaba persiguiendo, quería vestirme con su ropa

de la guardia nacional y llevarme a la montaña, en donde permanecería escondida. Me hizo reír hasta las lágrimas.

\*\*\*

#### **XIV. TOLÓN (29 DE JULIO-5 DE AGOSTO DE 1844)**

*Tolón, el 30 de julio.* Estoy aquí desde hace dos días, horriblemente enferma y no he podido ver todavía a ni un solo obrero. Por el contrario, he visto burgueses —y de los mejores. Qué sosa que es esta gente; es decir, que ya no puedo más ver a un burgués, me hace el efecto de un nabo hervido por tercera vez. No conocen nada, no saben nada de lo que pasa en su ciudad, son de una idiotez tal que me dejan siempre sorprendida. Ese viejo capitán Corrèze salió de mi casa. Me pareció enormemente asustado de mi misión. Son esos sansimonianos imbéciles que no han comprendido ni un cuarto del pensamiento sansimoniano. Esa gente nula que se sirve a cada rato de la palabra «religión» sin comprender el sentido de lo que dicen. Me dijo que no osaría hacerse mi caballero<sup>125</sup> porque temería comprometerse. «Pero, le dije, usted está bien comprometido con los sansimonianos». «¡Ah!, pero eso era distinto, había ahí una religión». «¿Y usted no ve una religión en nuestra gran Unión universal?». El viejo buen hombre no la veía. Traté de hacérsela ver. Pero este hombre está completamente sordo y ciego. Es

---

<sup>125</sup> Flora Tristán encuentra con frecuencia algunos políticos de café que ella designa con el nombre de «caballeros», como se ve en el capítulo sobre Aviñón. (N. de la T.)



inconcebible cómo el mundo está poblado de nulidades que han logrado no se sabe cómo obtener una reputación cualquiera. Diré una palabra de este buen hombre. Un capitán o comandante del cuerpo de ingenieros. Es necesario que sepa exactamente sus títulos.

Ese Poncy es cada vez más divertido. Quiere partir para hacer un pequeño viaje de placer en las costas de África. Sus efectos personales están a bordo, él también; pero he aquí que se levanta una brisa muy agradable para los marinos y sobre todo para ese tipo de travesía. Mas el pobre Poncy no comparte la dicha que causa esta brisa y se aterra, he aquí una espantosa tempestad, y a pesar de todo lo que puedan decirle para tranquilizarlo, quiere regresar a tierra firme. Casi a pesar de los oficiales se lanza a una chalupa y regresa a tierra. Parece que uno de los oficiales estaba tan furioso contra él que quería arrojarlo al agua. Es un medio marino del que se sirven en los navíos ingleses para curtir a los marineros que tienen miedo. Se los deja allí algunos minutos y un marinero que sabe nadar perfectamente va a ayudar al pobre miedoso.

Parece que Poney, temeroso de que se burlen de él, no ha osado regresar a la ciudad y se ha ido a Draguignan, esperando quizá hacer creer al señor [...ilegible...] que, efectivamente, había partido. Pero, de ninguna manera, la fragata «Méthéore» (creo) regresó hoy. Todo eso dice muy poco a favor de Poney. Qué bien había juzgado yo a ese muchacho. Desde su primera carta. Es menos que nada. Un «formista»<sup>126</sup> y nada más.

Me enteré de que el célebre Eug. Baresté, el *stradamuste*<sup>127</sup> y traductor de Homero, pasó recientemente por esta ciudad dirigiéndose a Argelia para una misión científica (él solo) y este

---

<sup>126</sup> Flora inventa el término «formista» para aludir a que lo único que cuenta en las cartas de Poney es la «forma», pero que ellas carecen de contenido. (N. de la T.)

<sup>127</sup> Alusión a la publicación que sobre Nostradamus hizo Eugébe Baresté (1814-1861). (N. del E.)

individuo causó mucho efecto en Tolón. ¡Uno no es idiota como la gente de provincia!

Estoy aquí hace tres días y ya he visto a muchos obreros, todavía ninguno que me plazca completamente. El hermano de Poney está bien, comprende y busca comprender. El fondo es bueno, pero la forma detestable. Esta gente no vale como los de Marsella. Están bajo el yugo militar. Dicen que en Tolón hay de ocho a nueve mil obreros. De ellos, cinco mil trabajan en el Arsenal. Para mí, entonces, esta ciudad no tiene ninguna importancia. Porque resta tres mil obreros libres, es menos que nada.

Vi ayer esas justas sobre el agua para el pueblo. ¡Incluso sus diversiones son un trabajo rudo! Permanecer allí durante cuatro horas en barcos a pleno sol; luego, los luchadores son encaramados en una gran escalera y de allí se atacan con un largo bastón de cabeza redonda, dándose un golpe enorme en el pecho, al que han cubierto para este efecto de un amplio escudo de corcho. Dependiendo de qué tan fuerte ha sido el golpe uno de los campeones cae de espaldas. Algunas veces ambos. Esa agua es un verdadero charco de barro pestilente, ¡desagradable de ver y de oler! (Es allí donde se tiran los desechos y los excrementos de la ciudad). ¡Y bien! ¡Estos infelices caen dentro, nadan allí y beben esa agua! ¡Qué diversión! Pero vean, es necesario que las diversiones del pueblo sean tan duras como su trabajo, de otra manera se ablandarían y no podrían soportar las penas ¡Qué terribles necesidades!

Desde mi llegada estoy inundada de burgueses, tengo náuseas. Se acabó, luego del *tour* de Francia no podré ver más a ningún burgués. ¡Qué raza impía! ¡Imbécil! Nauseabunda. No saben pensar nada, decir nada, hacer nada, ¡eso es idiota, más que idiota! A ese respecto, la ciudad de Tolón es todavía más idiota que las otras. Todos esos oficiales, esos dobles burgueses, burgueses por el *pain de suc* del padre y la hombrera de la insignia de marinero. Tienen la altivez del cuello alto: es tan

grotesco como para retorcerse de risa en las calles. ¡Oh!, si en nuestros días el pueblo se constituyera y me llamara a conducirlo, ¡con qué gusto me enfrentaría a todos esos arlequines! Verdaderamente, cuando una piensa en todo lo que pasa en el mundo una queda convencida de que la humanidad está tocada de locura. Los que no creen en la acción incesante de Dioses en la humanidad deben ser muy desdichados.

Olvidé describir la visita que me hizo en Marsella el señor Carl del Sémaphore. Vino, una hora antes de mi partida, a ofrecerme sus servicios. Figúrese usted, un hombre vestido absolutamente de negro y blanco, como un médico inglés, un hombre bastante corpulento pero muy pálido, muy frío, hablando muy bajo y muy lentamente, siempre en el mismo tono, sin ninguna expresión, sin hacer ningún gesto, en una palabra, una especie de inglés reforzado; y esto viviendo en el Midi, en Marsella. Esta especie de cadáver comienza a decirme que había tenido miedo de mí, que era por eso que me había recibido fríamente (¡parece que creía que me hablaba cálidamente!), pero que al haber leído mi pequeño libro se había tranquilizado un poco. Recitó, en un tono de letanía, un montón de frases lo más halagadoramente grotescas que yo hubiese escuchado nunca, luego llegó al grano: «Todavía estoy asustado porque veo que usted va a perturbar la armonía de la sociedad. ¿Y cómo? Sin duda, la sociedad está compuesta así: por un lado fluye un bonito riachuelo de agua clara, pura y límpida (esta gente usa siempre tres epítetos sinónimos) que serpentea, riega y fertiliza todo lo que le rodea. Yo denomino a ese pequeño riachuelo la “clase superior”, la burguesía, la que gobierna. Por el otro lado, hay un inmenso charco pantanoso, sucio, pestilente, receptáculo de todos los alcantarillados, inmundicias y basura posible. Yo denomino a este gran charco la “clase inferior”, el pueblo de obreros por el cual usted se apasiona, y que en realidad no es otra cosa por sus vicios, su ignorancia, su brutalidad. ¡Y bien! ¿Qué quiere hacer? ¡Hacer entrar este charco panta-

noso e infecto en el pequeño y bonito riachuelo puro y límpido! Es evidente que una invasión tal de barro va a perturbar hasta el fondo al encantador riachuelo, y todo va a quedar confundido, dañado, arruinado, destruido para siempre jamás. ¡Ve usted, entonces, que hace un gran mal!».

Miraba a este hombre que comparaba a la clase más numerosa y la más útil con un charco de barro. Su fisonomía había permanecido fría, tan nula, tan vacía como antes. Me preguntó con un tono perfectamente cadavérico: «¡Y bien! ¿Qué tiene usted que responder a eso?». «Tengo que responderle, le dije, que suponiendo que aceptara su comparación, quiero decir que el agua límpida de su pequeño riachuelo al estar desprovisto de todo sabor, de toda fuerza, de toda parte nutritiva, necesita absolutamente que el agua del gran charco venga a darle fuerza, sabor y alimento».

No sé lo que me esté reservado escuchar en las otras ciudades, pero esto promete. En mi décima ciudad del *tour* de Francia escucho comparar a la clase obrera con un gran charco de barro.

Esto convertirá al capítulo sobre Marsella en algo aceptablemente curioso. Habrá también en ese capítulo otro hecho curioso, es el «pan cotidiano» del señor Mazel<sup>128</sup>. Encontré allí mi tercer derecho: 1° «derecho al trabajo», que es el derecho a vivir materialmente; 2° «derecho a la instrucción», que es el derecho de vivir intelectualmente; 3° «derecho al pan cotidiano», que es el derecho a la independencia. Sacaré un muy

---

<sup>128</sup> Al respecto, Jules Puech anota en el Manuscrito: «Benjamín Mazel era de Lodève (Hérault) pero fue abogado en Montpellier. Había publicado en Marsella, en 1843, su *Code social*, en el que examina la cuestión frecuentemente estudiada del Pan gratuito. “La urgencia y la posibilidad de efectuar en Francia el servicio público y gratuito del pan diario llevado a domicilio del rico como del pobre, sin distinciones. Cuántos numerarios serían necesarios para efectuar el servicio del pan gratis”. Otras obras de Benjamín Mazel revelan igualmente un espíritu original que recuerda lo que se llamó frecuentemente “la locura de Charles Fourier”».

buen partido de este derecho. En fin, encontré una (tercera cosa) a la doctrina de Fourier impresa en un viejo libro ide hace 300 años! Con los dibujos de la «falange», de las «series», de los «grupos», etc., etc. Todo lo que me sucede en esta ciudad es cada vez más curioso.

Y ese fourierista, el señor Artaut, que cree en la doctrina perdida. Pero eso le da lo mismo<sup>129</sup>, no es más que un retraso de 200 a 300 años. Ninguna ventaja. Si yo no hubiera escuchado todo eso con mis oídos no podría creerlo.

Y los negociantes se asocian 4-6 para tener 4 ó 5 amantes, a cuenta de cuatro. ¡Esto es muy bonito!, pero no es especial en Marsella y las dos proposiciones que he recibido de ser mantenida de una manera honorable, todo eso está muy bien. Olvidé anotar el nombre del susodicho sustentador: «Así, señora, ¿veo que no puedo esperar nada?». «Absolutamente nada, señor». Levantándose con un aire de dignidad: «Puedo darle mi palabra de honor, señora, pero ésta es la primera vez que recibo un rechazo parecido». ¡Todo esto es una buena comedia!

El comisario de policía de Tolón vino cuando escribía esto y por medidas de seguridad me vi obligada a enviar todos mis papeles donde un amigo. Es horrible que los ciudadanos no se encuentren libres ni siquiera en sus domicilios.

En verdad yo les doy mucha guerra.

*1 de agosto.* He aquí el reinicio de la comedia. El Procurador del rey de Tolón, presentándose como salvador de la patria que va a parodiar contra mí las persecuciones del *Parquet* de Lyon. ¡Es verdaderamente demasiado cómico! Una ciudad completamente militar, armada hasta los dientes, provista de soldados, marinos, oficiales, etc., etc. ¡Este magistrado se alarma

---

<sup>129</sup> Flora Tristán escribió «*égard*», que en castellano quiere decir ‘consideración’, ‘estima’, ‘deferencia’ y no ‘*égal*’ que en español significa ‘igual’, ‘mismo’. Sin embargo, el término ‘*égard*’ está presentado en la típica locución «*cela lui est égal*» («le daba lo mismo»), por lo que considero que puede haber sido un error al escribir. (N. de la T.)

enormemente! Lanza gritos de alarma y de terror porque una mujer, armada únicamente de su palabra, viene a predicar «la Unión» a los obreros dentro de sus muros. Si pusiéramos este hecho en el almanaque del señor Bareste y los campesinos de la Bretagne no lo creerían. ¡Pobre Francia!

El señor Procurador del rey me ha hecho decir por un comisario de policía que pase a su *Parquet*. ¡Como si el Procurador del rey tuviera el derecho de molestar a un ciudadano! He respondido estupefacta a su agente. «Diga al Procurador del rey que no tengo por qué ir a su *Parquet*; si él descubre un delito contra mí, lanzará una orden de comparecencia contra mí y entonces yo acudiré. Mientras tanto, espero».

Los Procuradores del rey son impotentes para intimidarme. Pero lo que me hace mal, lo que me desgarrar el corazón, lo que me hace gritar... ¡Pobres obreros, qué daño me hacen!

Una palabra encantadora de Alexandre, el hermano de Poncy. Le pidió su opinión a un cura sobre el señor de Lamennais. «Mientras permaneció siendo un sacerdote, le respondió el cura, tuve la más alta veneración por este hombre, ¡pero ahora le hago el mismo caso que al último de sus peones!». Alexandre, que se inició en la carrera de albañil siendo peón, se vio singularmente impactado por la comparación, y le respondió en consecuencia. Pero, sepa usted señor cura, que yo hago más caso del último de mis peones que de usted y del señor Lamennais que no son útiles para nada. Por esta respuesta Alexandre perdió la protección del cura.

¿Cómo encuentran ustedes la igualdad cristiana del cura de Tolón? ¡Va bien!

*2 de agosto.* Mi visita al Arsenal. No habíamos dado diez pasos en el Arsenal sin que se me presente, a mí, la observadora, un hecho inmenso. Un forzado que estaba barriendo, y descansaba en [...ilegible...] sobre su escoba, al vernos pasar cerca de él nos saludó quitándose su sombrero verde (que quiere

decir condenado de por vida). Los dos señores, Audemar y Margoin, así como yo, le devolvimos el saludo. Entonces vimos a un hombre puesto por la ley fuera de la sociedad y que, sin embargo, se considera siempre como un hombre, ciudadano y padre, dado que saluda a ciudadanos y hermanos, quienes por su lado lo consideran por lo menos un hermano, ya que le devuelven el saludo. ¡Éste es un hecho inmenso!

Fíjense bien que el forzado no se encuentra en la misma posición que el prisionero. Uno sólo va a las prisiones expresamente para ver a los prisioneros. Se los muestra a los visitantes como bestias en su jaula y bajo la vigilancia del guardián que le dice: cada vez que alguien entre en sus jaulas deben levantarse y saludar. Este saludo es, por consiguiente, obligatorio. También he observado que la mayoría lo hace maquinalmente, otros por hipocresía, otros con el malhumor de una obligación que los irrita. Mientras que en los presidios se dispensa al forzado de toda obligación de cortesía; sólo tienen relación con los celadores o guardias de forzados y los militares encargados de la vigilancia. Entre ellos intercambian algunas breves palabras, secas, duras y golpes de cuerda. Eso es todo. El forzado que saluda a un extranjero que pasa en ese vasto Arsenal, prueba evidentemente que en su pensamiento él no se considera excluido de la sociedad. Ese saludo prueba que él tiene en su corazón una necesidad de sociabilidad que lo conduce hacia sus hermanos. ¡Ese saludo es inmenso! Prueba que dicho hombre no está completamente perdido. Que sería posible reinsertar a ese desdichado en la sociedad.

Por lo demás debo decir que, dado el número, muy pocos nos saludaron, y observé que aquellos que nos saludaban estaban aislados (muchos están solos con la cadena en el pie, y levantada hasta su cintura, van y vienen así por todo el Arsenal para dedicarse a sus diversos trabajos). Cuando pasábamos delante de grupos, ellos no nos saludaban, incluso nos miraban con una especie de insolencia burlona. Se encuentran allí 3.700

hombres de toda edad, de toda condición. De este número 510 están en la sala de los «eméritos», es decir, los que han dado pruebas de buena conducta y esperan una conmutación de pena.

La mayoría de estos desdichados tiene un rostro innoble, una expresión odiosa de bestialidad, de idiotismo, de cretinismo; es el mismo tipo que yo había observado en las cárceles de Inglaterra y las casas de locos. De cada 100 hay 90 idiotas, cretinos, locos en distintos grados. Por allí y por allá habíamos encontrado algunos hombres con el rostro de criminal en el que la audacia le disputaba a la maldad, la ferocidad, no he observado más que tres de ellos. Entre los jóvenes —y hay muchos de ellos— observé un tipo completamente particular, lo que llamaré el «tipo zorro»; éstos son de una constitución endeble, no tienen fuerza muscular, pero sí una cierta fuerza nerviosa. A primera vista su rostro parece amable, tienen facciones pequeñísimas bastante regulares, frescura o más bien colores animados, pero si uno los mira más detenidamente, descubre que esas pequeñas facciones no tienen otra expresión más que la de la astucia y los vicios más bajos. Una se percata de que esos jóvenes no tienen juventud, que ya son viejos, gastados, consumidos. Ninguno de esos «zorros» nos saludó. Muchos de una edad entre los 20 y 24 años portaban el sombrero verde —ide por vida! Esos infelices no inspiran ninguna piedad, vemos muy claramente en ellos un enemigo y allí está el instinto de conservación que nos dice: «Qué felicidad para nosotros que este hombre esté encadenado. Si lo arrojáramos a la sociedad podría hacernos mucho daño». Vi allí a muchos árabes, pobres desdichados que están allí en su mayoría por alguna infracción a la disciplina a la cual los fuerzan a plegarse. Éstos me inspiran la más viva compasión. Hablé con un muchacho alto y guapo de 24 años que había golpeado a su oficial. Por ello, diez años de castigo!

En suma, la vida de esos presidiarios no me ha hecho tanto efecto como yo pensaba. No sentí simpatía por ninguno. No vi



en ellos más que pobres cretinos idiotas que una vez más querría ver muertos que en ese estado.

Algunos filántropos de profesión me dijeron: les ha parecido que esos forzados tienen un aspecto innoble porque están quemados por el sol y vestidos muy suciamente. Los marineros están al menos tan quemados por el sol como ellos y no mejor vestidos. Sin embargo, tienen otra fisonomía. (Hay mucho que decir al respecto).

Trabajan casi siempre mezclados con obreros libres. Ciertamente, uno no puede hacer algo mejor para moralizarlos. Porque el ejemplo de sus hermanos libres que trabajan tres veces más que los forzados es para mí una moralización práctica de la mayor importancia. Cuando tres mil quinientos presidiarios vean diariamente trabajar tres veces más fuerte que ellos a cinco mil obreros libres, pienso en verdad que no tendrán el derecho de quejarse. Hay que decir algunas palabras sobre la importancia de establecer un lugar de deportación para los ladrones y prostitutas. Esos presidios arruinan al gobierno. Un obrero libre hace el trabajo de tres forzados, y diez veces mejor, y cuesta menos. El mantenimiento de esos forzados es inmenso, no tanto por sus gastos, sino por los agentes a su cuidado. El mantenimiento de edificios, del hospital, etc., etc. El hombre que ha hecho mal a la sociedad luego ya no debería, al menos más, quedar a cargo de esta misma sociedad. No pienso tampoco que sea bueno mezclar a los obreros libres con los forzados. Conversando con ellos pueden aprender lecciones de vicio, tener pensamientos de odio que no es prudente sembrar entre los obreros que ya tienen bastante con sus propias razones de odio. (Decir algo al respecto).

*6 de agosto.* Ya van tres días que no tengo ni un minuto para escribir. Es horrible. La enfermedad, las carreras, las visitas, los banquetes, todo llega. Y yo voy a partir esta noche. Pasé aquí nueve días felices. Los obreros del Arsenal me llenan el

corazón de alegría. ¡Encontré aquí a tres hombres preciosos! Eso me descansa. Y para mí es magnífico ver a hombres regimentados permanecer tan orgullosos, tan enérgicos, tan independientes! ¡Oh! Qué bien conozco el corazón de mis obreros. En Francia y en España... es imposible reducir a esos dos pueblos a la obediencia pasiva de la disciplina. Estaba segura, pero me ha dado placer verlo. En resumen, ésta es la posición de los obreros en la ciudad. De siete a ocho mil —cinco mil en el Arsenal, mil o mil quinientos en el puerto, el resto en la ciudad. Los del Arsenal ganan de 1,60 FF (los calafates)<sup>130</sup> a 3 FF, carpinteros de obra de 2 a 2,50 FF, en el puerto 3 FF —en la ciudad 2,50 FF— como los víveres están muy caros, con ese salario sólo se puede ser muy desdichado. Las mujeres aquí no hacen nada más que el trabajo doméstico, aparte de algunos pequeños oficios en los que ganan poco. El estado moral de los obreros del Arsenal es bueno —el de la ciudad menos bueno— muy pocos acudieron a mí.

Mi sesión en el campo del doctor Foyet; doscientos hombres corrieron con apresuramiento para oírme. Así, por todas partes se produjo el mismo hecho. Las poblaciones inteligentes como las brutas actúan conmigo de la misma manera. No sólo mi título de mujer no los aleja, como ocurriría si me dirigiera a burgueses, sino los atrae. Lo que prueba que el espíritu de Dioses está siempre en las masas. Me escucharon en un silencio religioso. Cosa extraña, comprendieron la cuestión más álgida del pequeño libro: la constitución de la clase obrera —y no comprendieron el «derecho al trabajo». Esto se explica hasta cierto punto. Al estar ya casi organizados han podido hacerse una idea de la constitución que propongo. Y al no estar expuestos al desempleo han comprendido menos la idea del derecho al trabajo. Pero lo comprenderán más tarde.

---

<sup>130</sup> *Calafates*. Hombres que calafatean las embarcaciones, carpinteros de ribera que trabajan en obras navales. (N. de la T.)

*El 5 de agosto*, Hyères (creen que duermo). Ayer tuvimos un pequeño banquete de despedida, dado aquí como en Lyon referido a «la Idea» de la Unión Obrera. No ocurrió allí la misma escena que en Lyon. No obstante, comuniqué mucho amor a estos hombres y este amor los penetró. Louis Inrey me hizo un discurso (que adjunto aquí) al que respondí con un impulso de amor de lo más magnífico. Este impulso fue comprendido por los obreros notables que encontré aquí. Arr...Ton... y otros dos. Ese obrero Ton... me causó admiración. ¡Esto es lo que yo llamo un fenómeno! Un hombre que no sabe leer, que no ha recibido ningún desarrollo, que no sabe expresarse y que a pesar de todos esos impedimentos itiene una capacidad de comprensión extraordinaria! ¿Y la causa de esta bella inteligencia? Es que dicho hombre tiene corazón, alma y conoce su función: ir hacia sus hermanos. ¡Y tiene amor! He allí el secreto. ¡Comprende todo porque ama!

Tendré que hablar de él. Es hasta el momento lo más curioso que he encontrado como estudio de la clase obrera. En donde él vive, soy la única que ha podido descubrir esta inteligencia bella y maravillosa. Nadie en el Arsenal (aparte de algunos obreros y de sus camaradas también inteligentes) sospecha lo que Ton... es. No sabe expresarse, pero comprende; lo toman por un imbécil. Ayer, al hablar de los poetas, sus palabras fueron deliciosas. Captó de inmediato mi pensamiento y dijo: «¡Vea, usted quiere que aprendamos a leer antes que a escribir!». ¡Qué firmeza y al mismo tiempo qué bondad! Es el sello de una naturaleza grande y bella. ¡Y este Arr...! ¡Qué firmeza! ¡Qué fuego, qué audacia! Estos dos hombres me han [*espacio en blanco*] mucho durante mi estadía en Tolón. Siento una verdadera alegría pensando que existe una naturaleza parecida entre la clase obrera.

En resumen, el banquete estuvo bien.

Charle Poncy no vino. Estoy contenta de que con su ausencia haya llegado al colmo de su conducta. Ahora me ha dado el

derecho de decir todo lo que sea necesario decir sobre el tema. Parece que él y su hermano que se pretenden «republicanos» están contra mí y mi libro. ¿Por qué, entonces, me escribió y me envió un canto? Qué inconsecuencia. Estos poetas no saben siquiera lo que hacen. El chico está perdido, y se ha dejado atrapar por los burgueses. Es necesario estigmatizar a este vate a fin de que en el futuro los poetas proletarios no se dejen atrapar (decir algo al respecto). Más estudio a su hermano Alexandre y más descubro en ese muchacho una originalidad notable. Hay en él una exaltación que frisa la locura, una sensibilidad y una brutalidad que se chocan entre sí de la manera más extraña. Lo repito, en la futura revolución este muchacho debe hacerse notar de una manera notable. Todos los otros aquí presentes eran muy buenos y no tenían la apariencia de obreros regimentados. Si el hermano Enfantin<sup>131</sup> hubiera visto a estos hombres creo que habría renunciado a su proyecto de regimentar a la población para su felicidad. El doctor Taxil no carece [*espacio en blanco*] su lado. Su protesta es abierta, violenta contra el catolicismo en una pequeña ciudad como Tolón. El coraje es muy bueno ¡Porque hace falta! Ese pequeño banquete, completamente simple, sin preparativos, con el afecto más verdadero dejará un buen recuerdo en mi corazón. ¡Hay que decir lo que se puede hacer con el amor! El poder real está allí y nada más que allí. Los huéspedes vienen a molestarte; creían que dormía. Se debe visitar Hyères. Yo no tengo ningu-

---

<sup>131</sup> Prosper Enfantin (1796-1894), ingeniero y economista francés quien luego de revolución de 1830 abandonó su oficio de banquero para promover las doctrinas de Saint-Simon. Él y Saint-Amand Bazard publicaron la Exposición de las ideas de Saint-Simon e hicieron del sansimonismo una verdadera «iglesia». Al romper con Bazard, orientado más a la reforma política que al cambio moral y social, Enfantin se hace llamar el «padre» por los «hermanos» de la comunidad. Fue encarcelado en 1832 por sus ataques contra la propiedad privada y su defensa del amor libre. (N. de la T.)

na gana. Está decidido, no puedo ver nada fuera de mi misión. ¡Qué tirano es el amor!

Acabo de pasar en Tolón diez días muy felices. Encontré allí obreros que me hicieron feliz. Los amé con un afecto dulce y agradable, me apoyaba en ellos. Y ellos, ¡cómo me amaban! Es divino vivir así, ¡en el amor verdadero, puro e inmenso! ¿Qué puede significar, en comparación con un goce parecido, el de los sentidos o de la fortuna? Nada. Y estos hombres incultos, que dada su ignorancia y su vulgaridad, una cree que son incapaces de un goce parecido, sienten, sin embargo, los placeres divinos de una manera muy viva. Ninguno de ellos sueña en amarme por sus sentidos, y no obstante me aman más de lo que nunca hubieran soñado amar. Su mirada anuncia un amor puro, casto, elevado, feliz, tan embriagante que me embriaga a mí misma. Los fascino, y a mi vez estoy fascinada por ellos. Los abrazo con el pensamiento, los acaricio, los colmo de [*papel desgarrado*] los más celestiales e incluso en esos momentos de éxtasis amorosos nunca siento en mí el menor movimiento de los sentidos. Querría poder abrazarlos a todos, así como abracé al pequeño de Nîmes en el banquete del 7 de julio. Querría que todos pudiesen posar sus cabezas sobre mi pecho como lo hizo el pobre Jacob en esa cena memorable. Querría poder estrecharlos a todos contra mi seno mezclando mis lágrimas de amor con las de ellos. ¡Ah! ¡Qué bello, qué bueno es amar así! Pero he aquí, la cubierta nunca es tan fuerte como para poder soportar tantos goces. Oh mi Dioses, no oso soñar en eso, pero me parece sentir a mi pobre [*corazón*] debilitarse y hundirse bajo el peso de este gran amor que lo quema y lo consume. ¡Oh! Percibo que es mucho más difícil soportar el goce que el dolor. Sin embargo, ¡si muriese en este instante sentiría mucha pena! ¡Morir!... ¡cuando una tiene una vida tan bella!

\*\*\*

## XV. NUEVA ESTADÍA EN MARSELLA (6-12 DE AGOSTO DE 1844)

A MI REGRESO DE TOLÓN permanecí siete días en Marsella y no tuve tiempo para escribir ni una página. Debo anotar aquí solamente los hechos.

Durante mi ausencia todos se habían reunido y habían hablado mucho, discutido, propuesto, pero en resumen no habían hecho nada. ¡Los encontré a todos con un entusiasmo extraordinario! Aproveché ello para realizar la idea de Alexandre Poncy. Propuse, entonces, mi círculo de la Unión Obrera. Habíamos decidido una reunión de cien personas. Los albañiles de la logia «*La Parfaite sincerité*»<sup>132</sup> ya nos habían ofrecido su local y lo aceptamos por segunda vez. Todo está listo y convocado, cuando a las 2 vienen a decirme de parte del Venerable que la policía le había dicho que si nos recibía haría cerrar la Logia; ahora bien, entonces no podía recibirnos. Vi de inmediato que se trataba de un pretexto y que la verdadera causa era que los albañiles no querían recibir obreros en su Logia. Es claro, el gobierno los tolera con la condición de que no hablen de política; a fin de permanecer, no se ocupan más de nada y tampoco lo son. (Decir algo sobre esta institución que acabó sus días en 1830). Ese contratiempo nos causó una pena inmensa, fue necesario poner diez hombres de ordenanzas en la puerta de la logia «*La Parfaite sincerité*» para conducirlos de ahí a «*l'Aigle*»<sup>133</sup> gran juego de bolos donde había una sala con capacidad para 400 personas. Todo esto produjo tantas idas y venidas que el público se dio cuenta; así, en lugar de 100 personas tuvimos 600. Llego y encuentro a toda esa gente; vienen a decirme que cuatro policías estaban allí con sus uniformes y

---

<sup>132</sup> La Perfecta Sinceridad. (N. de la T.)

<sup>133</sup> El Águila. (N. de la T.)

que quizá se encontraban en la sala unos 20 disfrazados. Eso me decidió a no adoctrinarlos, porque uno no puede adoctrinar a 600 personas.

Fue esa noche que pude apreciar el espíritu marsellés: qué ruido, qué tumulto, qué exageración en todo. Para recibirme en esa inmensa sala habían colocado un enorme sillón sobre una mesa. Muchos de mis razonables hombres que comprenden lo serio de mi misión habían querido oponerse, pero les habían respondido: «Pero es necesario que todo el mundo pueda ver a la señora Tristán». Yo estaba en el jardín, vinieron a contarme los hechos y yo mandé decirles que bajaran el sillón, que yo esperaba elevar al pueblo del envilecimiento en el que había caído isin tener necesidad de subir al escenario! Entré y, por primera vez, al verme batieron las palmas como si se tratara de una actriz bien amada. No sabría decir qué sensación penosa, dolorosa, me hizo sentir esta demostración. Era para mí la prueba de que toda esta gente no tenía ni «idea» de la misión que yo cumplía. Como yo no sé ocultar nada y no quiero ocultar nada, dejé ver en mi rostro el descontento que esta demostración me causaba. Muchos lo comprendieron y parecían vivamente afectados, pero los que no lo comprendieron parecían heridos. Hablé de nuestro Círculo, y, conociendo a mi mundo y queriendo desembarazarme de los curiosos que llenaban la sala, propuse que se hiciera de inmediato una suscripción para el Círculo. Más de la mitad se levantó y se fue. Así, de todo lo que allí pasó podemos concluir que mientras más ignorante es el pueblo más le gusta el teatro, los aplausos, el ruido, la muchedumbre. Qué diferencia con el religioso silencio que siempre he obtenido en Lyon. En Tolón fue lo mismo, en Aviñón no tanto. Mientras más ignorante es el pueblo más le gustan, también, los discursos. Muchos decían: «¿Pero la señora Tristán no da, entonces, un discurso? ¡Oh!, yo vine porque creí que ella daría un discurso». Y en Lyon decían: «Vengan a escuchar a la señora Tristán. ¡Oh! Ella no procede

como nuestros grandes fabricantes políticos, ella no pierde su tiempo haciendo discursos».

(El lado cómico). Como yo estaba en el jardín, vinieron a decirme que un sargento de la ciudad deseaba hablarme. «Señora, me dijo muy cortésmente, ¿estaba usted autorizada para hacer una reunión tan numerosa?». «No, señor». «Pero, entonces, Señora, no sé si deba tolerarla, porque usted sabe que la ley prohíbe expresamente las reuniones, y aquí hay más de 600 obreros». «Señor, en todas las ciudades por las que paso yo hago este tipo de reuniones y nunca pido autorización. En París, en Lyon, la policía nunca me dijo nada». Entonces, el policía se deshacía en disculpas: «Señora, no soy más que un policía subalterno, usted percibe que mi posición es muy embarazosa, no querría contrariarla, no obstante, si no cumplo con mi deber corro el riesgo de ser castigado...», etc. «Señor, le dije yo con un aire de protección, tranquilícese usted, mañana iré a ver al señor prefecto y arreglaré todo esto con él». «¡Ah!, entonces está muy bien, señora». Quedó encantado y se retiró de nuevo a la cocina con otro policía. Durante ese tiempo mis agentes suscribían, el Círculo se formaba, la Unión Obrera se constituía y todos los obreros allí presentes se reían de la policía. Yo lo pregunto de buena fe: ¿para qué sirve, entonces, la policía?

Esto pasó el viernes y el banquete debía tener lugar el domingo. Toda la gente que había venido tenía la esperanza de que se les autorizara a asistir al banquete. Querían hacer un banquete con mil personas. Fue necesaria toda mi firmeza y el ascendiente que tengo sobre esos hombres para hacerlos renunciar a ese proyecto extravagante. Les hice comprender que ahora no podía tener en mis banquetes más de treinta a cuarenta personas. Porque mi objetivo en esas cenas era el de comunicar mi fe a esos cuarenta hermanos; que en mi segundo *tour* de Francia tendríamos banquetes de diez mil personas. Hubo muchos a los que no pude persuadir y que estuvieron profundamente desdichados.



El sábado tuve que ir a hacer una visita a los señores Taylor, industriales e ingleses. El padre estaba ausente, hablé con los dos hijos. El mayor Philippe, se ha quedado en Marsella; «inglés de Inglaterra» frío, silencioso, hipócrita, diciendo lo que no piensa, porque ante todo debe ser prudente y no disgustar a nadie, sobre todo no a una mujer que habla a favor de los obreros. El más joven (veinticinco años), Robert, quiere darse aires, aunque sea un poco franceses —osa hablar más francamente. Para su gran disgusto me planté en su despacho y les lancé preguntas candentes para empresarios e ingleses. El mayor me daba siempre la razón, el joven osaba hacer una ligera oposición. El joven me decía que era peligroso constituir al pueblo, darle un poder antes de que esté instruido. Le observé que, no obstante, era necesario comenzar por allí dado que no se quería instruirlo. Él pensaba que no había llegado la hora y que era necesario esperar. ¡Conocido! Toda su oposición se hacía sobre este punto. El mayor, creyendo seducirme, me dijo que daba muchas limosnas. Tuve una salida tan violenta contra las limosnas que en esta oportunidad el mismo joven no se atrevió a responder ni una sola palabra. Terminé por pedirles su cooperación moral y material. Prometieron la una y la otra. Veremos si mantendrán su promesa.

Su fábrica es muy grande, fabrican calderas para barcos a vapor. (Decir algo sobre esta fábrica).

Ah, un hecho me hizo mucho daño. Todos los obreros que vi allí, aterrorizados por el temor del patrón que me acompañaba, no se atrevieron a mostrar que me conocían, ninguno me miró, ninguno me saludó. El mismo Clément, el muchacho que yo había distinguido y que me mostraba tanta abnegación, se hizo el que no me veía. Apenas había pasado, todos hacían señas con los ojos al señor Minello para testimoniarle lo encantados que estaban con mi visita! Mas para inspirar un terror tal, ¿qué es, entonces, un industrial, se preguntará uno? ¿Qué es? ¡Ah!, ya no es más el dueño de esclavos que de buen o de mal grado

está obligado a alimentar a los esclavos; un industrial en 1844 es sólo un hombre que tiene entre sus manos la vida de 400 hombres, de 400 familias y que puede, según su parecer, privar a 400 familias del derecho a vivir, despidiendo al obrero de su taller, iquitándole el pan de un día al otro! Ese derecho concedido a un solo hombre, derecho en realidad de vida y de muerte sobre 400, 1.200 familias, es un derecho itan inicuo, tan monstruoso! Que hace nacer en el obrero, que se encuentra a merced del salario, un odio contra el industrial, el propietario de los capitales, como nunca pudo concebir contra su dueño el esclavo más orgulloso, ni el más sensible, ni el más orgulloso. Puedo predecir una cosa, que el día en que la revuelta de los asalariados estalle contra los industriales se comerán venganzas nunca antes vistas. Los patrones serán cocinados vivos y comidos por los obreros. (Marsella es la cuarta ciudad en donde escucho hacer este proyecto).

¡Ah!, ilos desdichados! Sin remordimientos se ceban con la sangre, el sudor, las lágrimas de sus pobres hermanos; y sus iniquidades harán que un día esos mismos hombres se venguen y beban su sangre.

Y los 25 centavos que les hacen dar al médico boticario: 400 obreros hacen 5.200 FF por año, y ellos pretenden que ponen de la suya. (Tengo mucho que decir sobre esta visita).

*El 11 de agosto* tuvimos nuestro banquete. En lugar de los 40 que yo había pedido había 80 ó 100. Éste tuvo su fisonomía particular. Puse allí en práctica la fraternidad, el señor Carpentras fue el primero en dar el ejemplo. Castaud lo había insultado. Yo interrumpí la querella y los dos, hirviendo de cólera, se callaron; luego el señor Carpentras se levantó y dijo: «Señores, les voy a dar la prueba de que soy unionista de hecho, y que no solamente comprendo el gran pensamiento que la señora Flora Tristán nos aporta, sino que, además, me siento capaz de practicarlo. Castaud acaba de insultarme, ¡y bien!, no tengo nada

contra él, voy a estrecharle la mano y a beber con él a su salud. Porque entre hermanos no debe haber querellas». Ese hecho fue muy bien sentido. Lo cubrieron de aplausos y me dio la ocasión de hacerle una bella réplica. En los postres fue mi turno de hacer un gran acto de fraternidad pública. (Referiré esta escena posteriormente, porque aquí no tengo tiempo).

He aquí los nombres: Lelièvre, llamado Normand-Bon Accord; Fougère, llamado Laurier-de-la-victoire<sup>134</sup>; no sé el nombre del *Dévoirant*<sup>135</sup>; societarios Mussotte y Brigodios (el *dévoirant* era zapatero, fue Normandie quien lo llamó. Lo que produjo un efecto imposible de describir cuando el joven *compagnon Gavot* dijo con los ojos empapados en lágrimas: «No sólo estoy listo a fraternizar con los *Gavots*<sup>136</sup> del segundo grado, sino incluso con los *Dévouants*. Si hay aquí presentes que vengan para estrecharles la mano»). Esta fusión de esos cuatro *Devoirs*<sup>137</sup> es un gran hecho para el capítulo de Marsella. Si mis palabras de amor habían sido impotentes para tocar ciertos corazones reticentes, este acto los ganará completamente. Todos vinieron a estrecharme la mano llorando de ternura. ¡Hubo ahí un momento imposible de describir! ¡Oh!, ¡en este mundo todo proviene del amor! Todos se aman como buenos hermanos. (Por hacer..., el tiempo y las fuerzas me faltan).

El esfuerzo que el pobre Roussel se daba para lograr suscribir, el desorden que hacían dos o tres individuos inmorales, la ayuda que uno puede obtener del canto y miles de cosas más de las que me acordaré.

---

<sup>134</sup> Normando-Buen Acuerdo y Laurel de la victoria, respectivamente. (N. de la T.)

<sup>135</sup> *Dévoirants* o *Dévourants*. Ver nota 28. (N. de la T.)

<sup>136</sup> Compañeros de libertad o *gavots*. Ver nota 28. (N. de la T.)

<sup>137</sup> *Deberes*. Para comprender la importancia de este banquete y la confraternidad es importante recordar que en diferentes épocas hubo luchas encarnizadas entre los diferentes *devoirs*. Ver nota 28. (N. de la T.)

Salí de allí animada por la felicidad, no pude dormir en la noche y al día siguiente estaba molida, muerta.

Al día siguiente fui a visitar la fábrica de los señores Henri y Peyrue. Nos recibió el encargado solo y nos hizo visitar los talleres. Diré que allí nos pareció que los obreros estaban más a gusto, varios me saludaron y dos me hablaron. El encargado o capataz parecía encontrar esto muy natural.

Donde ellos, también se retienen 25 centavos para el médico, pero son los obreros mismos quienes gobiernan esta caja de socorro. El dinero está entre sus manos. Dan socorro a los enfermos, mientras que donde los señores Taylor son los empresarios quienes administran la caja y no hay socorro para los enfermos.

Al día siguiente fui donde el señor Peyrue para también pedirle su cooperación moral y material para los obreros. El señor Peyrue, quien goza de una muy buena reputación de probidad e inteligencia en los negocios, era muy rico por su familia, y cuando joven podía llevar la alegre vida de dandi. En lugar de esta vida de ocio, él prefirió la vida mucho más dura, por las preocupaciones que causa, del industrial.

Él me habló con una franqueza muy grande de los obreros y de las dificultades de la fábrica (hay que relatar esta conversación que es muy importante): 1º que la competencia arruina al fabricante; 2º que luego de haber disminuido todo lo que era posible las materias primas, se había visto forzado a recortar el salario, y que para poder continuar debería disminuirlo más; que había diez millones en *La Ciotat*<sup>138</sup> que no rendían más que el uno por ciento y que probablemente se perdería el capital; que los causantes eran los Robert-Macaires que especulaban a más no poder porque su intención era la bancarrota; y, además, debido a los muy elevados salarios de los obreros. Que los obreros por más bien que se los trate son siempre ingratos; que era imposible para un industrial hacerse querer; que eran

---

<sup>138</sup> *La Ciotat*, astillero naval del puerto de Marsella. (N. de la T.)

desafiantes, insolentes, que les gustaba cambiar, y que por un sí o un no ellos se iban de la fábrica. Siempre las mismas quejas. (Tengo reflexiones soberbias para hacer al respecto). Esos señores han prometido su cooperación, veremos si la mantendrán.

La formación del Círculo. Los esfuerzos enormes que han sido necesarios para llegar a suscribir a esos hombres, y a organizarlos, los testimonios de afecto que todos me dieron a mi partida..., en fin, mi «escolta». Es la primera ciudad en la que los obreros me «escoltan»<sup>139</sup>. Todos se dirigieron a Erin, a una legua de Marsella, camino de Aix, y allí me despedí de ellos. La espera de la diligencia fue algo particular y muy emotivo. Cuando estuve en el coche batieron las manos gritando: «¡Adioses! ¡Adioses, nuestra madre! ¡Adioses!».

¡Oh! Como me hubiera gustado estar sola para llorar, qué bienestar hubiera experimentado. Llegué al día siguiente a Nîmes imuriendo de cansancio!

Hay que hablar del gran descubrimiento hecho en Marsella, donde el señor Saget, del misterioso libro en el que Fourier descubrió su doctrina. Lleva por título *Des mondes celestes terrestres et infernaux*. Su divisa: «Todas las pasiones se ayudan mutuamente». Fue impreso en Lyon en 1583. Habla de numerosos otros libros de donde él sacó sus ideas. No pude más que dar un vistazo al libro en el momento de mi partida, pero como todos los que lo han estudiado escrupulosamente, tengo la convicción de que Fourier extrajo de allí todas las ideas emitidas en sus obras, como si fueran el resultado de su

---

<sup>139</sup> Flora Tristán escribe entre comillas «*me font la conduite*», porque alude a la ceremonia de despedida de los *compagnons*. Al finalizar su estancia en una ciudad del *tour* de Francia, el *compagnon* era despedido con un rito específico (*Levage d'Acquit*). Su partida era objeto de una procesión ceremonial (*Conduite*) a cuya cabeza iban el *Compagnon* y el *Rouleur*. El *Rouleur* llevaba la caña y el fardo del *Compagnon* sobre su espalda hasta el punto convenido, donde la comitiva se detenía y procedía a una despedida ritual. Por extensión alude a acompañar a alguien para despedirlo. (N. de la T.)

genio. Lo que llama la atención son los dibujos; así, hay un «falansterio». ¡Pero qué construcción tan maravillosa! ¡Yo estaba deslumbrada! ¡Encantada! El edificio es: 1) un inmenso círculo. Hay cien puertas, cien calles, jardines, y cien filas de casas de dos frentes. Las cien hileras de casas tienen sus jardines que desembocan en un templo; 2) que está sostenido por cien columnas. Encima hay una cúpula; 3) sostenida ídem por cien pequeñas columnas. El exterior del templo era de mármol, el interior decorado con el mayor lujo. (Entraré en más grandes detalles). Fourier a fin de evitar que se supiera de dónde había «robado» su sistema se vio obligado a desnaturalizarlo, lo que hizo valer su falansterio, una pequeña y mezquina bico-ca en comparación con el gran y espléndido falansterio de los mundos celestes. Vi también que es de allí de donde viene la idea de las penitenciarías de Pensilvania. Porque se dice que el rey, colocado en medio del templo, veía al girar sobre su sillón las cien avenidas de su amplio palacio. ¡Qué bello palacio de la Unión Obrera! Sería demasiado bello, para los primeros yo daría los dibujos a fin de que en el futuro se pueda ejecutarlo en toda su extensión. ¡Ese libro es un descubrimiento precioso! Voy a dejar a Victor [*Considerant*] comprometerse todavía un poco, luego le caeré encima con *Mondes celestes, terrestres e infernaux* — impreso en 1853 en la ciudad de Lyon y dado por «nuevo» bajo el título de *Nouveaux mondes* en 1830 en la ciudad de París, en donde el mundo culto y erudito y muy bien pagado por el ministro de Instrucción pública, no sabe nada de los libros preciosos enterrados en las bibliotecas de Francia.

También encontré donde el señor Saget tres tiras de cartón, de su invención, que quieren representar muchas cosas. Era un verdadero embrollo, un caos, me explicó su intención y vi que él no sabía transmitir claramente su idea, que no es otra que la mía. La historia de la humanidad que yo he representado en lo

moral por mi gran dibujo<sup>140</sup> y que él querría representar en lo material. Capté inmediatamente su idea y se la tracé sobre el papel, estuvo encantado. Voy a pasarla en limpio y enviársela. Es muy útil para lanzar en el público. Sentí una gran alegría en construirle su idea. ¡Pero mi felicidad ha sido enorme al encontrar ese bello falansterio! Qué diferencia la mía, que vivo en Dioses, en la humanidad y no en mí, con Fourier que no vivía más que en él. En lugar de robar al autor de *Mondes celestes...*, yo tendría un placer extremo en otorgarle todo el mérito. Yo perfeccionaría su pensamiento, eso sería todo. Esos robos tan sólo prueban un espíritu muy pequeño. Yo había adivinado que Fourier había «robado» su sistema de alguna parte porque el sistema no tenía lógica. Cuando una idea se revela a un individuo, éste la desarrolla con una lógica rigurosa. Leyendo el Evangelio es fácil ver que no es una idea revelada: nada es lógico, tres sí y en la misma página tres no. Qué incoherencia. Es lo mismo en Fourier.

Encontré, entonces, en Marsella tres cosas importantes: 1° el «pan cotidiano»; 2° el gran, magnífico «Palacio de la Unión Obrera»; 3° y seis *compagnons* de Deberes enemigos abrazándose cordialmente a mi llamado. ¡Será, por supuesto un bello capítulo! Los bellos capítulos tendrán, encabezándolos 1, 2 y 3 pequeños triángulos; los malos 1, 2 y 3 pequeñas cruces. ¡Lyon y Marsella tendrán tres triángulos!

\*\*\*

---

<sup>140</sup> No se conoce éste. Jules Puech se pregunta en una anotación al Manuscrito: «¿Se trata aquí de: *El Pasado y el Futuro*, dibujo teogónico con un texto explicativo que fue anunciado como “próximo a aparecer” en el encabezado de la *Union Ouvrière* de Flora Tristan, entre las “obras de la misma autora”?». (N. de la T.)

## XVI. NÎMES (14-16 DE AGOSTO DE 1844)

*NÎMES, ESTE 19 DE AGOSTO.* ¡Cuánto sufro moral y físicamente desde que estoy aquí! Estoy en un hotel horrible (du Gard), sucio, sin timbre, botones innobles como nunca había visto. ¡Qué martirio vivir así en los hoteles! Sufro del estómago, cólicos, diarreas; no puedo comer nada y estoy obligada a correr, hablar, escribir, ¡me caigo de debilidad! Siento un disgusto tal que ya no puedo comer nada en esos sucios hoteles. Nunca me hubiera podido hacer una idea del suplicio de vivir durante cuatro meses en los hoteles del Midi. Daría en estos momentos seis francos por día para tener una alimentación burguesa, una buena sopa en abundancia, huevos frescos, papas y mantequilla fresca... todo preparado limpiamente! En esta maldita ciudad ni un alma caritativa me ha ofrecido una cena. Empujada por el hambre (porque literalmente muero de hambre), rogué al señor Pleindoux que me invitara a cenar. Mi pedido pareció ponerlo en aprietos. Cambió de color, su rostro se descompuso no comprendo por qué, porque era tan simple que, comprendiendo mi situación, y como médico me dijera: «Venga a comer con nosotros un plato de sopa y dos huevos frescos». Balbució unas palabras, pero no me invitó. Gran Dioses, ¿dónde estamos? Si hombres de 71 años (de antiguo abolengo), que se dicen demócratas y filántropos, faltan a las leyes básicas de toda buena sociedad: la hospitalidad y la humanidad. ¡Qué debemos esperar de la nueva generación!

Mi paso por Nîmes dará páginas conmovedoras para los historiadores que escribirán mi vida en 300 años. Ellos dirán: «Y esta mujer apóstol que había sacrificado todo por la humanidad no encontraba entre esta humanidad una sola persona caritativa que quisiera ofrecerle un plato de sopa que ella pudiera comer sin repugnancia!». (Tendré bellas cosas que decir al respecto.) Estoy aquí desde hace seis días enferma como una



infeliz, y sin tener para consolarme ninguna satisfacción moral. A mi llegada encontré tres hermanos de Aviñón, Bernard, Grégoire et Carterin, venidos aquí para verme y protegerme si había necesidad. Eso prueba que me aman, no lo dudo, pero les falta inteligencia, fuerza, no hacen nada y me dejan en la inquietud por Aviñón. Temo que no sean capaces de conducir la propaganda.

Vi al señor Pleindoux del que me habían hablado tanto como del hombre capaz de mover a toda la ciudad. Para mover al pueblo es necesario ser joven y el doctor tiene 71 años; es necesario ser independiente, y el doctor todavía tiene su clientela. En fin, hace falta estar animado de un gran amor y el anciano ya no tiene amor.

*Montpellier, el 20 de agosto.* ¡Tengo que escribir todo lo que he sufrido en los siete días que permanecí en esta horrible, innoble y sucia ciudad de Nîmes!

Denominé a París la ciudad de los impulsos generosos; Lyon, la ciudad de la inteligencia y el trabajo; Marsella, la ciudad del entusiasmo; Nîmes, la ciudad de los sacerdotes. Eso quiere decir: ignorancia, bajeza, hipocresía, egoísmo, fanatismo bárbaro. Eso quiere decir: ¡ciudad maldita por siempre! Ciudad para eliminar del mapa de Francia. Ciudad para destruir.

Durante los siete días que permanecí allí, golpeé todas las puertas, busqué en graneros, en tabernas, si podía encontrar obreros inteligentes. Pregunté a los burgueses, a los sacerdotes, si ellos podrían indicármelos. ¡No encontré uno solo! Un obrero de la seda vino a mí, me pareció inteligente y dedicado a la causa; pero este hombre era, por así decirlo, lionés, porque había pasado 15 años de su vida en Lyon. Todo lo que había visto en Saint-Etienne no hubiera podido darme una idea de esta horrible miseria moral que encontré allí, ¡en la ciudad de los sacerdotes! ¡Estaba aterrada! ¡Estupear! ¡Abatida! Me creí en Irlanda.

Podrá creerse, en una ciudad de cincuenta mil almas, en donde hay de treinta y cinco a cuarenta mil obreros, no pude encontrar un hombre, un ciudadano, un hermano. ¡Ah! ¿Acaso conocen eso en Nîmes? No, no hay en esta ciudad maldita más que católicos y protestantes. ¡Pero ni un solo hombre, ni un solo ciudadano, ni un solo hermano!

Nunca en la vida había experimentado todavía una impresión tan profundamente dolorosa como la que recibí en esta ciudad. Es algo tan indefinible que sólo los que han vivido en Irlanda podrán comprender. Es una cierta atmósfera fría, seca, que te congela de espanto a tus espaldas. Al caminar por las calles una se siente a disgusto. Se experimenta instintivamente un sentimiento de miedo, de terror; una no osa fijar las miradas sobre esos millares de rostros repugnantes, innobles, espantosos!, que caminan a su lado. Una se acuerda, a pesar suyo, todas las atrocidades cometidas por esta población innoble en todas las épocas de la revolución. Y cuando una imagina que bastaría una prédica de sus sacerdotes para que nos insultaran en la calle, para que nos lapidaran, ¡a pedradas y cuchilladas! Nos asfixiamos. Tenemos miedo y queríamos estar lejos de esta ciudad maldita. Una población parecida puede hacer creer en el mal encarnado en el verbo, ¡en el reino del diablo! Viendo a tales seres, una se subleva, se indigna, no quiere ser de la misma raza que ellos. ¡Esos seres harían blasfemar! Una se atreve a preguntar: «¿Son esas criaturas de Dioses?». Los sacerdotes, y yo hablo aquí de los sacerdotes de todas las tiendas, sean católicos, protestantes, judíos mahometanos, etc., no valen unos más que los otros. No obstante, debo decir que los sacerdotes católicos deberían superar a la competencia. Tienen un talento completamente particular para embrutecer al pueblo hasta el idiotismo. Podrían obtener una patente de invención para hacer mendigos. ¡Oh! Por eso, ¡para ellos la manzana! Su mendigo es un tipo aparte. Es una mezcla de degradación, envilecimiento, astucia, perversidad. En fin, es el

mendigo de Gil Blas con la escopeta, el rosario y el odre repleto de buen vino.

En Nîmes, la población es tan fea física como moralmente. El tono general de las fisonomías es sucio, repelente. Son cabezas de idiotas acentuados por una ferocidad salvaje. Los hombres, las mujeres, todos van mal vestidos y tienen un paso torpe y pesado. Los movimientos son bruscos sin ser vivos, su voz aguda, ronca y entrecortada. Todos [*hablan*] en *patois*. Muchos no comprenden incluso el francés. No tienen nada del hombre social; una falta absoluta de benevolencia, de amabilidad, incluso de cortesía. En la calle usted pregunta a un transeúnte una dirección, él pasa sin siquiera responder. Los más honestos le dicen a uno en un tono brusco: «No sé». Eso me hacía recordar a Inglaterra y sus graciosos habitantes. Ese pueblo tiene una adoración por los saltimbanquis. En cada plaza una encuentra saltimbanquis con un numeroso auditorio. Sobre la vitrina de esos teatros ambulantes figura la Pasión de Nuestro-Señor-Jesucristo, todo de tamaño natural y horriblemente pintarrajeado. Esto es para los católicos. Al costado de las escenas de la Biblia para los protestantes, más Napoleón para los napoleónicos (hay muchos en este país), más lejos todavía la infeliz muerte del duque de Orleáns, para el justo medio, la masa de pequeños burgueses. Todos estos cretinos se precipitan en la tienda de esos saltimbanquis, claro que con más alegría y deseos de ver que con la que se precipitan en las tiendas de sus sacerdotes, en la que se divierten menos. No tuve el coraje de entrar en esas tiendas, a pesar de que hubiera sido un lugar de estudio para mí, pero ese pueblo me causaba horror. Y también miedo. ¡Había entre los fluidos que escapaba de esa gente y los míos una antipatía tan violenta!, que no podía siquiera acercarme a ellos. ¡Si hubiera podido fulminarlos con la mirada!, ¡lo hubiera hecho con una satisfacción inaudita! Temía, por consiguiente, que leyese en mis ojos el

sentimiento que me inspiraban y que, a su vez, animados por la venganza y el odio se lanzaran sobre mí para devorarme.

No había nunca antes experimentado una repulsión parecida por ninguna población, ni en Inglaterra, ni en América por los esclavos. Siempre cuando he encontrado una población desdichada, me sentí conmovida por la compasión, mientras que ésta me inspira desprecio, disgusto, cólera. Debo anotar aquí todo lo que siento porque un hecho de cualquier naturaleza que sea tiene su valor ante mis ojos. ¿Por qué la vista, la proximidad de [...*palabra omitida*] ignorante, degradada y mala produce sobre mi ser físico una irritación, un malestar que yo no controlo? No sé, y me limito a constatar el hecho. Ahora que la vista de esa gente no está para turbarme y darme fiebre, resumo y me digo: El pueblo degradado y desdichado merece toda mi compasión, es víctima y no culpable. ¡Pobres nimeses! Sus sacerdotes los han hecho descender sumamente bajo para que cuando uno los vea no pueda incluso interesarse en su miseria. ¡Oh! ¡Sacerdotes miserables! ¡Infames! ¡Qué crimen puede jamás igualar el que ellos cometen contra toda una población de cuarenta mil almas! ¡Asesinar así a todo un pueblo! ¡Matarlo moralmente en nombre del que dio su sangre para salvar al mundo!

¡Y nadie eleva un grito de reprobación contra esos homicidas! Se corta la cabeza de Lacenaire porque asesinó a una vieja mujer y se soporta y paga a sacerdotes cuya función es asesinar cada día y cada hora a la humanidad! No oso pensar en esas infamias. Siento que si pensara sobre eso una hora seguiría perdiendo la cordura.

Esos infelices obreros están en una ignorancia tal que no conocen absolutamente nada, ni de ideas políticas, sociales u otras. No leen nada. Es definitivamente la vida de la bestia bruta. La única vida es el odio que tienen por los católicos y éstos por los protestantes. Es tan estúpido, tan fuera de las costumbres de nuestra época que estoy persuadida de que mu-

chas personas no podrían creerlo. Sin embargo, yo no me desaliento, he querido hablar a todos los que he visto y hacerles comprender lo que era constituir a la clase obrera, el derecho al trabajo, etc. Ni uno pudo comprender tan sólo una de estas cuestiones. Todos me respondían con un aire embrutecido: «Entonces es necesario que existan los ricos para hacer trabajar a los pobres, de otra manera ¿cómo vivirían los pobres?». Es claro, isus sacerdotes han embrutecido a estos desdichados! ¡Qué infamia! Ese crimen de lesa humanidad ¡me exaspera hasta tal punto! que, si yo llegara alguna vez al poder, ¡daría un ejemplo terrible con esos canallas y miserables sacerdotes! Se debería hacerlos devorar en la arena por los mismos hombres que han convertido en bestias feroces. Entregaríamos los sacerdotes católicos a los pueblos protestantes y los sacerdotes protestantes a los pueblos católicos a fin de que esos malvados perezcan por su propia obra.

Al advertir que no se podía esperar nada de los obreros, quise ver a los burgueses. ¡Oh! ¡Es para estremecer! Todos reconocen que el pueblo es ignorante, pero todos dicen que el pueblo de Nîmes, al ser muy malo por naturaleza, si no se lo hubiera dejado en ese estado de embrutecimiento, no se lo podría conducir. Así, cuando yo les reprochaba no haber hecho nada por la instrucción del pueblo, ellos me respondían inocentemente que ¡ellos tendrían mucho cuidado de hacerlo! Su opinión es que se debe dejar al pueblo en ese estado. Así los burgueses que se ceban con el sudor, la sangre, la vida del obrero se entienden a las maravillas con los sacerdotes para reducir al trabajador al estado de bestia de carga. ¡El lenguaje de esos burgueses es de un cinismo que subleva!, ¡ique sorprende! En Saint-Etienne los burgueses actúan de la misma manera hacia la clase obrera, pero al menos ninguno tiene la falta de pudor de decirlo.

También encontré allí burgueses de una idiotez como sólo se puede encontrar en Nîmes. El señor doctor de Castelnau

vino a decirme que él no estaba sorprendido de que el pueblo de Nîmes no preste ninguna atención a las ideas nuevas, porque él, que antes de la Revolución del 89 era mucho más avanzado que los socialistas de hoy, al haber perdido muchas de sus libertades en todas las revoluciones llamadas progresistas, era completamente natural que quisiera volver hacia atrás. Abrí muy grandes mis ojos y le pregunté a ese nîmés lo que habían perdido en la Revolución. «Pero todas nuestras libertades...», y se puso a enumerarme todos los privilegios de los que gozaba la población nimesa bajo el gobierno de Languedoc. Esto parece un cuento, yo misma que lo he escuchado ¡apenas puedo creerlo! ¡Estas son las ideas que los sacerdotes, apoyados por los burgueses, le dan al pueblo de Nîmes!

*Mi visita a Reboul*<sup>141</sup>. Muchos obreros me habían dicho: «No vaya donde este hombre, es un católico profesional, mercader de su religión... no puede más que perjudicarla». He aquí la reputación de la que gozaba en Nîmes. No la tuve en cuenta y fui.

Solamente reconstruyo aquí, como en todas partes, la verdad exacta. ¡Pero en Nîmes la verdad es tal!, ¡que parece una exageración monstruosa!

Entro en la tienda del panadero, lo encuentro pesando harina, le digo que venía de París, que quería hablarle. Quita sus balanzas, se limpia las manos y me hace subir al segundo piso. Entro en una habitación muy correctamente amoblada, decorada con retratos de todos nuestros poetas del día, y forzosamente imágenes de la Virgen y de los Santos. Le dije al señor Reboul quién soy, no parecía conocerme más que de nombre, como autora, entonces saqué de mi bolsillo una carta que un nîmés de París me había dado para él. Tomó mi carta, la leyó,

---

<sup>141</sup> Jean Reboul (1796-1864), poeta, compuso entre otras obras, la elegía *L'Ange et l'Enfant*; asimismo es autor del texto para la canción para voz y piano *Tout n'est qu'images fugitives... (Soupir)* de Richard Wagner. (N. del E.)

luego me dijo (pero desgraciadamente yo no puedo transmitir aquí ni su aire petulante ni el sonido de su voz): «Mi Dioses, Señora, no me acuerdo para nada de la persona que escribió la carta, debo creer que se fue de Nîmes hace mucho tiempo. No importa, Señora, estaré encantado de recibirla» (esta fue su expresión). «Señor Reboul, le dije, en esa carta le hablan de la misión que yo cumplo, me parece que eso debería picar su curiosidad». Aquí el panadero se quedó encantado: «Mi Dioses, Señora, usted comprende, en mi posición cada día recibo masas de cartas (y me mostró su escritorio cubierto de papeles en desorden y cartas abiertas) de todos los lados, ide los más ilustres personajes! De académicos, de Pares de Francia, de poetas extranjeros, recibo tantas que ya no les presto más atención». Luego, adoptando un tono sardónico y mordaz, me dijo: «Me dicen en esta carta que usted hace una gran obra ¡hoy hay tantas grandes obras! Todo el mundo hace grandes obras, de manera que es bastante común».

Yo miraba a ese católico con una de esas miradas que me son propias y del tipo de las que hacen bajar la vista al mismo Satán. Le pregunté, con un tono frío, severo y calmado: «Parece señor Reboul que es sólo en la ciudad de Nîmes que se hacen grandes obras, porque en cuanto a mí, que vivo en París y acabo de visitar todas las grandes ciudades de Francia, no conozco a nadie, excepto yo misma, que haga en estos momentos una gran obra. Tendría mucha curiosidad de conocer las grandes obras que son hechas en Nîmes». Él retomó el mismo tono sardónico: «Al menos todo el mundo tiene la reputación de hacer grandes obras».

«¿Ha leído usted mi pequeño libro de la Unión?». «No, Señora». «¿Se considera usted todavía como perteneciente a la clase obrera?». «Sí, ¡por supuesto!, y me siento honrado de pertenecer a ella!». «¡Cómo! ¿Usted es obrero, y no ha leído un libro que lleva como título *Unión Obrera*?...». «¡Oh! Estoy tan agobiado por todos los grandes personajes que vienen a tomar

todo mi tiempo que no me queda tiempo para leer». «¿Encuentra usted un momento para leer el Evangelio?». «¡Oh! Para eso, sí». «Y bien, hay un Evangelio nuevo para el obrero: es mi pequeño libro que le enseña sus derechos».

Quise comprometer a ese católico en una discusión religiosa a fin de saber a qué atenerme con él. Pero no pudo seguirme porque le falta erudición, conocimiento del pasado y del presente, profundidad en el pensamiento e inteligencia. Se dice católico porque los sacerdotes reinan, pero no cree en ellos. Discute (bastante mal) la divinidad de Cristo, un verdadero creyente cree y no discute sobre tal materia. Al ver que yo lo acosaba de cerca, acabó por volverse muy humilde, se hizo el modesto, me confesó que no podía discutir sobre cuestiones parecidas, que era bastante ignorante y que su espíritu se rehusaba a comprender todas esas grandes cuestiones humanitarias. En fin, me dijo, «yo no soy más que un poeta. Cuando me viene una inspiración sobre no importa qué, canto con felicidad porque eso me divierte, pero no tengo otro objetivo. Creo en Cristo porque encuentro en él muchos temas poéticos. Me burlo de las ideas humanitarias porque no puedo comprenderlas y está en mi carácter burlarme de todo lo que no comprendo. Usted ve, agregó con un aire muy satisfecho, que no soy tan vanidoso como mis enemigos dicen, porque acabo de decirle la verdad sobre mi incapacidad». Lo miré y le dije: «Y porque usted ha visto que yo comprendía perfectamente su incapacidad».

En ese momento su rostro expresó una maldad feroz. Se rió sarcásticamente con altivez, pero vi bien que lo había herido en el corazón. «Ahora, le dije, me queda por decirle el objetivo de mi visita. Venía a preguntarle si quería ayudarme en mi obra, haciéndome conocer algunos obreros inteligentes».

«No, señora, yo no la ayudaré porque encuentro su obra mala. Me acaba de decir que usted no era católica y se honraba de eso. ¡Y bien!, soy católico ¡y me vanaglorio de ello! Todo lo que se hace fuera del catolicismo, según yo, es malo, condena-



ble y, por consiguiente, no solamente no le ayudaré, sino que trabajaré con todo mi poder para impedir que su obra tenga éxito».

A pesar de que el católico me inspirara el más profundo disgusto, en interés de la obra hice todo lo que pude para aclararlo. «Imposible». He aquí la última frase que me dijo: «No comprendo sus ideas sociales y no quiero comprenderlas. Yo quiero vivir de poesía, de arte y eso es todo. Fíjese, yo daría todo el pasado, el presente y el futuro de la humanidad por tres horas de placer por mes, itales como las que [Franz] Liszt me hizo sentir ayer con su música!».

Al pronunciar esta frase, el hombre tenía una expresión de fauno, de un Baco. Sus pronunciados rasgos duros, feroces, se animaron de un goce completamente carnal! Experimenté un sentimiento de repulsión ¡pero tan doloroso!, como quizá jamás había experimentado. Me creí en un antro con algún viejo fauno del paganismo. Tuve miedo. Se dio cuenta de la repulsión que me inspiraba y me dijo: «Eso le asusta, ¿le parece que carezco de amor?».

Me levanté y le dije: «Señor Reboul, usted es un católico de una nueva especie. Católico pagano. ¿La especie es común en Nîmes?». «¡Y bien!, ¡pagano sea! ¡Pero soy el amante apasionado del goce! Sólo veo vida en el goce». «¿Y la mortificación?». «No la admito más que como instrumento de goce».

Salí de donde este hombre espantado, sabía muy bien que todos los católicos viven como paganos, pero al menos tienen el pudor de no decirlo. En Nîmes, al estar su reino asegurado por la ignorancia del pueblo, el vicio levanta la cabeza, se muestra al desnudo en pleno día. ¡Es repugnante! (*sic*)<sup>142</sup>.

Reboul es un hombre de unos 40 a 45 años. Todo en él anuncia una fuerza física muy grande. Su cabeza gruesa, sus rasgos fuertemente acentuados son duros y revelan los apetitos

---

<sup>142</sup> En el texto en francés aparece «*ideux*» en lugar de «*hideux*». (N.de la T.)

carnales más groseros. Su expresión es mala, feroz, incluso sardónica. Si este hombre hubiera sido Papa en los tiempos felices en que los Papas eran reyes, hubiera destacado entre los más grandes malvados de los jefes de la Santa Iglesia. En la próxima revolución, por supuesto que jugará un rol en Nîmes.

*Olvido.* Le envié mi libro con un obrero. Lo rechazó. La víspera de mi partida supe que ya comenzaba a organizar una cábala contra los unionistas. Lo que me consuela es que en Nîmes él perderá su tiempo, porque no hay más que uno.

¿Mi visita al obispo? En Nîmes, como en todas partes, es necesario ir 4, 5 y 6 veces donde «su Alteza» antes de poder encontrarlo. La segunda vez dejé mi libro al portero para que se lo pasara al obispo. La tercera, el portero me dijo que el Monseñor lo había visto y no quería recibirlo. Tomé una tarjeta y escribí debajo que tenía absoluta necesidad de hablar al obispo de Nîmes a propósito de ese libro y que regresaría mañana por cuarta vez. El conserje me pareció con un gran temor de disgustar al Monseñor si guardaba mi libro. Pero me impuse a este hombre y lo guardó.

Llego a las 11. Estaba horriblemente enferma, me caía de debilidad. Tenía los ojos hundidos y la tez lívida; la expresión de mi cara llevaba huellas de un sufrimiento agudo. El palacio del obispo de Nîmes es magnífico como todos los palacios de esos señores: un bello gran patio todo tapizado de viña, un vestíbulo, a la derecha una escalera magnífica que conducía a los apartamentos del segundo piso, luego una antecámara, un comedor, un gran salón; el segundo, un dormitorio y al extremo un despacho-biblioteca, todo dando a un soberbio jardín. Fue en esta pieza que me recibió el Monseñor.

Era la primera vez que encontraba allí a un sacerdote. Reconocí pronto que esa era su función. Servía de «Bertrand» al Monseñor. Parece que en Nîmes la necesidad de un «Ber-

trand» se hace sentir<sup>143</sup>. En todos los otros palacios episcopales he encontrado siempre a los *Robert-M[acaires]* solos. Digamos, en primer lugar, que el obispo, hombre joven todavía, 40 años, no tenía la menor dignidad en la compostura; no sabe llevar la ropa, esa ropa sucia, muy corta, mal hecha, mal puesta. Los [*lisérés*] rojos están ajados, completamente arrugados. El obispo es de talla pequeña, caso extraordinario es bastante flaco. Las facciones son pequeñas, bastante bonitas, pero desprovistas de expresión. Su cabeza, que es bastante pequeña, no anuncia ninguna facultad enérgica. Se ve que es un hombre ligero, de un carácter jovial, fácil e insolente. Es blanco, su tez fresca, rosada, reposado anuncia una salud perfecta, un hombre que vive bien y está contento de vivir.

En cuanto a «Bertrand» es un hombre de otro temple. Éste es de alta estatura, de una fuerza atlética. Puede tener tanto 30 como 40 años, pero es tan fuerte, tan vivaz que será joven hasta los 60 años. Desde un cierto punto de vista se podría decir que tiene una bella cabeza: es una cabeza cuadrada, poderosa para el mal y fuertemente acentuada; una gran frente, sombreada de espesos cabellos negros, de mandíbulas cuadradas y prominentes en los que se dibuja en relieve los apetitos carnales más groseros, un gran mentón tipo zueco que revela iel más soberbio empecinamiento! Una gran nariz muy delgada y muy puntiaguda, una gran boca lasciva, burlona, cáustica y espiritual; grandes ojos negros de miradas oblicuas, zalameras y dulzonas, luego ide miradas penetrantes, duras, malas, feroces! Todas esas grandes facciones angulosas resaltan sobre una piel de un blanco mate amarillo sin la menor coloración. Agreguen a este conjunto dientes blancos de una gran belleza, manos blancas muy cuidadas, un traje negro (sotana), pero nuevo,

---

<sup>143</sup> Jules Puech anota en el Manuscrito: «[Bertrand] Alusión a los dos compadres del *Auberge des Adrets*: Robert Macaire y Bertrand; esos dos héroes del drama de Antier, Santa Amanda y Poliante se volvieron legendarios como modelos de estafadores, de timadores y de aventureros.» (N. del E.)

bien cortado y llevado con soltura, una desenvoltura audaz que era quizá preferible a la elegancia.

¡Ah!, yo debía hacer un contraste singular al lado de esos dos hombres. Yo, según la Santa Iglesia, representando a Satanás. Estaba bella, con esta belleza que dan la fe y el amor; mis facciones enflaquecidas, mi expresión de sufrimiento anuncian las fatigas de mi misión. Pero mi mirada, mi voz y mi compostura firme, tranquila anuncian también la conciencia que yo tenía de mi superioridad sobre estos dos sacerdotes que, según yo, representaban al Anticristo hablando en la Iglesia de Cristo, ¡el Cristo a la mano!, y en nombre de ese mismo Cristo que ellos crucifican de nuevo en mi persona. ¡Oh! Por supuesto, estos dos «Satanes» y yo en presencia formábamos en el despacho del obispo un cuadro digno de un gran maestro.

El obispo estaba sentado sobre un gran sillón exclusivo para él, mas su pose tenía algo de afectado y torpe. El hombre de la sotana sentado sobre una silla en tapicería ubicada al extremo del escritorio y en el refuerzo de la ventana, se balanceaba con las piernas cruzadas y de una manera completamente altiva. Yo estaba a cuatro pasos del obispo sobre un soberbio sillón en damasco. Entré y me bastó lanzar un vistazo sobre esos dos hombres para reconocer de inmediato con quién tenía que vérmelas. Me encontraba en presencia de un obispo, hombre bastante mediocre, y de un jesuita de un temple superior.

Poseo un tacto admirable para adivinar al segundo mismo la gente con la que estoy, y como no me preparo nunca, resulta que tomo al segundo mismo la actitud que conviene según el adversario al que hay que combatir. Tengo la costumbre cuando encuentro insolentes de ser 500 veces más insolente que ellos.

Cuando entré el obispo se levantó, me saludó profundamente y me hizo sentar. El jesuita se había limitado a hacerme, desde su sitio, un saludo frío y altanero. Los dos hombres me habían mirado con avidez. Y capté en su rostro la expresión de una satisfacción plena de insolencia. Por mi lado, yo lancé so-

bre los dos sacerdotes miradas frías, calmadas y llenas de piedad. Estas miradas lograron su objetivo, porque el obispo viendo que yo guardaba silencio me dijo, muy cortésmente, que tenía mil disculpas que darme por el trabajo que me había dado al hacerme regresar tres veces, etc., etc. Yo lo dejé disculparse largamente, luego le respondí: «Monseñor (vi que se sorprendieron de escucharme pronunciar ese título), como su conserje me dijo que a usted se lo encontraba todos los días de las nueve al mediodía, yo tenía, entonces el derecho de quejarme». Se disculpó nuevamente y luego me dijo con un tono bastante irónico (parece que era el tono que habían acordado tomar): «Hemos leído su libro. Señora, y hemos visto con profunda pena que su doctrina no es la nuestra».

Aquí se entabló una larga discusión en la que el jesuita hizo casi todos los gastos. Me hicieron interrogaciones más malvadamente jesuíticas que las que nunca antes había tenido que soportar y su tono, particularmente el del jesuita, fue tan insolente, tan inconveniente y brutal, que era indecente.

Opuse constantemente a su tono una frialdad, una severidad de compostura y un desprecio glacial que terminó por contener al temible jesuita y por intimidar bastante al obispo que no parecía con fuerzas para soportar luchas de este tipo con los socialistas. Había comenzado por responder al obispo que yo no era católica. Me preguntó si al menos era cristiana, en el sentido de creer en la divinidad de Jesucristo. «Creer en la divinidad, no, pero creer en la excelencia de ciertos principios predicados por ese genio superior, sí». Se levantó una discusión brutal en la cual dos hombres querían hacerme confesar que Cristo era un impostor dado que él había dicho que era hijo de Dioses. Les dije que lo excusaba de haberlo dicho así, pero que se había visto forzado por las necesidades de la época. «Entonces, ¿usted disculpa la mentira?». «A veces puede ser útil». Otra discusión aquí en la cual el jesuita trataba a Cristo horriblemente suponiendo que no fuera Dioses. Molesta por el

lenguaje cínico de este hombre en un momento de indignación le dije: «¡Ah! Señor, usted calumnia a Jesucristo su maestro...» [...ilegible]. ¡Mi movimiento fue sublime! El obispo conmovido, se puso de color púrpura y vi que ya no sabía dónde estaba. El jesuita fue vencido. Porque con una mirada llena de elocuencia le había dicho al obispo: «Arroje a este hombre de su casa, es indigno de vivir en la casa de un obispo».

«Monseñor, le dije, dado que usted me niega su cooperación en la obra completamente fraternal que yo hago, se lo pediré como hermano en la humanidad». «Señora, me dijo, fuera del catolicismo no reconozco hermanos a menos que sea para darles una limosna». «¡Oh! Vamos, Monseñor, ¡ésta es la primera vez que escucho una respuesta parecida!». Todos en el clero actúan de acuerdo con sus palabras, pero ninguno se había atrevido a decirlo. En ese punto yo resistía al obispo, firme. Se nota que este hombre está habituado a las luchas religiosas y que dice en pleno pulpito que un protestante no es un hermano. ¡Es espantoso de oír!

El jesuita terminó por preguntarme cuál era la nueva religión que yo traía. «Usted debe haberla visto en mi libro: “Dioses en la humanidad”». Otra discusión. Esos dos hombres tuvieron la audacia de sostenerme que una no podía amar a sus hermanos fuera del catolicismo. Tuvieron la audacia de sostenerme que Jesucristo, hijo de Dioses, era más que Dioses. Y he aquí su prueba: «Antes de la venida de Cristo el hombre había caído. Al no tener Dioses el poder para impedirle que cayera, se vio obligado a enviar a su hijo para salvar, redimir al mundo, la criatura caída de Dioses. Es por Jesucristo y en Jesucristo que somos hermanos, que tenemos amor, de otra manera, nada». «Así, les dije, ¿ustedes no creen que el amor sea una ley de Dioses innata en el hombre, que esta ley del amor sea en su alma lo que es la ley de la alimentación en su carne? ¿Y que en virtud de esta ley él ama y vive en amor de la humanidad?». Y los dos sacerdotes osaron responderme: «No, la ley del amor

no es una ley de Dioses e innata en el hombre, es una ley creada por el espíritu de Cristo y el dogma católico». Frente a estas palabras me levanté, lancé sobre los dos hombres una mirada de piedad despectiva y les dije: «Señores, anotaré esta conversación, es notable. Es la primera vez que en el palacio de un obispo oigo a un sacerdote calumniar a Jesús y veo a un obispo negar el poder de Dioses; sólo en Nîmes puede uno escuchar estas cosas...».

Salí del palacio ofuscada de indignación y de piedad.

Esta es la cuarta vez que me interrumpen en la narración de esta visita. También debe haber quedado frustrada. Es una gran lástima. Pero la reharé.

[Nota encontrada en la *Gazette du Bas Languedoc* en el que estaba inserto el artículo que ella atribuye al «Bertrand» del arzobispo de Nîmes]<sup>144</sup>.

Yo me encontraba allí, yo, la apóstol encarnada de una religión nueva, maltratada por el cansancio como San Pablo estuvo maltratado por la persecución, el cansancio, el hambre cuando compareció delante de los Césares para discutir con ellos, con la diferencia que yo —intrépida, audaz e insolentemente—, acababa de conminar al obispo a que predique la ley nueva y de acusarlo de su ceguera y antirreligiosidad hasta en su propio palacio. Loforcé a recibirme, a pesar de que me planteaba como enemiga, como acusadora y lo intimidé hasta tal punto que se deshacía en disculpas ipor haberme hecho venir tres veces! ¡Diablos! San Pablo por más abogado elocuente que fuera no trataba así a los Césares de su tiempo. Esto no prueba que yo sea más elocuente que San Pablo, sino esto prueba que en mi época los Césares no están tan sólidos sobre sus tronos como lo estaban en los tiempos de San Pablo. Siento que haré este artículo maravillosamente.

Mi réplica sobre los palacios. Sobre la subvención de quinientos mil francos, el clero que cuesta cuarenta y cuatro mi-

---

<sup>144</sup> Ésta es una nota de J. Puech al Manuscrito en francés. (N. del E.)

llones. Al hablar de la religión católica: ella no ha caído, está muerta sobre su sitio.

Sus disculpas en la puerta. «¡Oh! Señor, no he escuchado más que el espíritu de sus palabras y debo decirle que salgo profundamente afligida.» Pero mi réplica fue tan dura, tan terriblemente fría, que el obispo quedó petrificado bajo el umbral de la puerta.

La falta de tiempo me perjudica horriblemente en mi trabajo. ¡Qué hacer! Es necesario soportar todas esas cruces.

Al salir de donde el obispo fui donde el señor Tachard, pastor presidente del Consistorio.

No tengo tiempo ahora de escribir sobre esta visita que fue, sin embargo, bastante curiosa al compararla con la del obispo. ¡El contraste era completo! Lo haré con la cabeza fría. Allí, donde el prelado protestante, encontré tanta simplicidad en el departamento, en el mobiliario, en la ropa como encontré lujo en donde el obispo. Todo era pequeño, estrecho, mezquino, viejo, sucio, incluso pobre.

Encontré en ese prelado protestante lo que una encuentra en todos los protestantes de la tierra: algo frío, profundamente seco, duro, antifraternidad y mortalmente aburrido. El arzobispo me había confesado que los obreros eran bien pobres, pero que se encontraban felices en su miseria porque sus sacerdotes los amaban en proporción a esta misma miseria que Jesús representa... etc. El sacerdote protestante me negaba la miseria de los obreros. Pretendía que ellos vivían felices con el fruto de su trabajo. Me enumeró largamente las limosnas que los protestantes daban a los pobres, la caridad de todo tipo que hacían a los pobres. Tuve que escuchar a este hombre que, durante más de dos horas, me habló de las cuestiones más sobrecogedoras con una flema, una pesadez, una hipocresía más indignante, sí, más indignantes que la insolencia misma de ese miserable jesuita. Escuchando hablar a esos sacerdotes católicos y protes-



tantes iuna se estremece por los desdichados pobres que ellos socorren!

Quise ver si este hombre era de la misma opinión que el obispo sobre el punto importante: la supremacía de Jesucristo sobre el Creador. La misma conversación sobre el tema que la sostenida con el obispo y la misma creencia, de la prueba que Dioses era impotente para impedir al hombre que hiciera el mal, por lo que tuvo que recurrir a su hijo a quien envió para la redención del mundo. Me repitió sobre el tema los mismos argumentos que el obispo y en iguales términos. Así, se ve en el fondo lo esencial: el uno es tan impío como el otro. He aquí dos jefes religiosos que han osado decirme que ellos creían en la impotencia de Dioses sobre la criatura, y la potencia del dogma sobre la criatura. Es fuerte. Sé que es el espíritu de dos dogmas, pero nunca antes ningún sacerdote se había atrevido a confesármelo tan francamente. Esto es lo que derribará, asesinará a Cristo, porque si para creer en Cristo es necesario dejar de creer en Dioses, creo que habrá pocos que permanecerán con el hijo. Esto es lo que significa partir de una base falsa, una arriba a las consecuencias más desastrosas. (Tendré algunas páginas soberbias que hacer sobre estas dos visitas).

Su aire zalamero del final, su sátira con [*toda felicidad*],<sup>145</sup> las injurias más ultrajantes hechas bajo la forma del hombre modesto, del hombre del buen Dioses... de buena fe preferiría los audaces ataques del jesuita.

Llevo de Nîmes un sonido que resonará en mis oídos eternamente de una manera tan desagradable como la de la cuchara de fierro de las fuentes-bombas de agua<sup>146</sup> en la ciudad de Londres.

---

<sup>145</sup> Las distintas opciones de traducción de las palabras en corchetes en la edición francesa serían: «con toda felicidad» (*de tout bonheur*) o bien «con tono bonachón» (*du ton bonhomme*). (N. de la T.)

<sup>146</sup> Se traduce «*fontaine-bornes*» como *fuentes-bombas de agua*. El término usado en francés alude a fuentes de agua pública, caños o bebederos que existen en las calles de Londres cada cierta distancia.

Es el sonido del mazo de las desdichadas lavanderas que lavan en el lavadero de Nîmes.

Si el extranjero quiere tener una justa idea de los sentimientos de humanidad que reinan en Nîmes y lo mismo sobre la inteligencia de aquellos que gobiernan esta ciudad, al llegar que vaya a ver el único lavadero en donde se lava la ropa de cincuenta mil cuerpos, todo mezclado con los tintes de lanas y telas.

La fuente de Nîmes es una bella construcción. Los valientes burgueses de la ciudad que son de una ignorancia en materia de arte (y de muchas otras materias) creen buenamente que esta fuente fue construida por los romanos, y uno oye a electores e incluso elegibles decir muy seriamente: «Vean, mostrándole a una el pequeño estanque rodeado de columnas, he aquí los baños de los emperadores; esos señores entraban por esta pequeña puerta e iban allí a tomar su baño». Yo la primera, y muchos otros extranjeros aparentábamos creer en este origen antiguo, y el valiente burgués, encantado de su erudición reiniciaba su historia de los emperadores en los baños a cada extranjero que llega a Nîmes.

El estilo de esta construcción, así como el de su jardín dice muy visiblemente en qué época fueron contruidos estos baños: fue hacia fines del reinado de Luis XIV. Al hacer esta construcción, el parlamento de Languedoc hubiera querido que Nîmes tuviera su pequeño Versalles. Todo es de bastante mal gusto, sin embargo, para una ciudad de provincia eso es una alameda agradable.

La fuente está alimentada por un manantial natural que sale del peñasco, por lo tanto, casi en todas las estaciones hay agua abundante. Este manantial dirigido hábilmente podría dotar a la ciudad de cientos de fuentes, de amplios lavaderos, cómodos para las lavanderas, para los tintoreros de lana y de tela, en fin,

podría haber [*alli*] para todos los estados que tuvieran necesidad de agua corriente. Sí, pero en la ciudad de los sacerdotes nada es dirigido hábilmente, eso sería un progreso, en consecuencia, una impiedad; hay también un solo lavadero para todas las lavanderas y para todos los tintoreros y demás, ¡y miren qué lavadero!

Imagínese usted un hueco, decorado con el nombre del estanque, cavado en medio de una plaza (no sé el nombre), ese hueco puede tener sesenta pies de ancho sobre cien pies de largo y cuarenta pies de profundidad. Se descende por una escalera de dos tablas, ahí están dos lavaderos que tienen todo el largo, pero que no tienen ni un pie de ancho; ahora ¡adivinen cómo están hechos esos lavaderos! Pues como todos los lavaderos. ¡Ah!, ¡he aquí lo bello! Justamente están hechos precisamente a la inversa de todos los lavaderos. En todos los lavaderos la piedra sobre la cual la lavandera lava está inclinada en el agua a fin de que ella pueda frotar la ropa en el agua. La lavandera está de rodillas o de pie (como en los barcos en París), y lava así la ropa sobre la piedra inclinada. Esto es tan simple que todas las mujeres del campo organizan ellas mismas un lavadero sea al borde del río o de un riachuelo, poniendo ellas mismas una piedra inclinada detrás de la cual se arrodillan. ¡Y bien!, en Nîmes las cosas pasan al revés. No es la ropa la que está en el agua, no, es la mujer que lava la que está con medio cuerpo en el agua y la ropa fuera del agua. La lavandera lava sobre una piedra cuya punta está inclinada fuera del agua. Al menos 300 ó 400 lavanderas están condenadas en Nîmes a pasar su vida con el cuerpo en el agua hasta la cintura, y en un agua que es un veneno porque está cargada de jabón, potasio, sosa cáustica, lejía, grasa..., en fin, de todo tipo de tintes como índigo, garanza, azafrán, etc., etc. He aquí numerosas mujeres condenadas, para ganarse el pan, a enfermedades de matriz, a reumatismos agudos, a embarazos difíciles, a abortos, en fin, ¡a todos los males imaginables! Le pregunto: ¿se ha co-

nocido jamás en el país más bárbaro una atrocidad más sublevante que la que se comete con esas pobres lavanderas de Nîmes! ¡Si se condenara a un forzado a sufrir, tan sólo durante ocho horas el suplicio que esas desdichadas mujeres sufren desde hace 300 años en que ese lavadero se construyó, los filántropos no tendrían suficiente voz para reclamar contra esta atrocidad! ¡La prensa lanzaría un anatema terrible contra el gobierno que ose asesinar hombres así, día a día, hora a hora! Y sin embargo, esos hombres condenados a pudrirse así en el agua serían grandes criminales, que habían dañado a la sociedad y debían por consiguiente reparar ese daño con los servicios prestados. Pero en cuanto a esas miserables lavanderas, ellas, que no han cometido ningún crimen, ellas que trabajan día y noche, ellas que valientemente dejan su salud, su vida por el servicio de la humanidad, ellas que son mujeres, que son madres, ellas que tienen tanto derecho a la solicitud de los corazones generosos... ¡y bien!, ¡ellas no encuentran ni un filántropo, ni un periodista que reclame a su favor!

Pobres hermanas, tengan paciencia. Una mujer ha pasado por Nîmes, la primera cosa que ella ha visto en la ciudad son ustedes. ¡Oh!, ¡ella ha comprendido sus sufrimientos! Ha lanzado una mirada de compasión sobre ustedes, ¡pobres mujeres!, ¡pobres madres! Ella se dice en un simple impulso de amor: «¡Mis hermanas, les juro que las liberaré!».

¡Es necesario que mi artículo sobre el lavadero sea fulminante! ¡Que amotine a la prensa y a todos los corazones generosos contra esta ciudad maldita que se atreve a condenar a valientes trabajadoras a una muerte lenta y terrible!

Yo residía en el hotel du Gard y mi ventana daba sobre ese lavadero. Por lo tanto, podía ver a esas mujeres todos los días. ¡Qué labor, gran Dioses! El cuerpo en el agua cuando hacía sol o viento (ya dije que en Nîmes se tiene las cuatro estaciones cada día, pero casi siempre hace un viento seco, frío, que levanta nubes de polvo). Ellas tenían la cabeza y el resto del

cuerpo quemados por el sol y, además, estaban cegadas por los nubarrones de polvo que vienen a fundirse en el lavadero. Cuando llovía recibían la lluvia (en el pueblo más pequeño, los lavaderos son siempre cubiertos). Estas desdichadas lavanderas ya no parecen criaturas humanas, el hábito de estar en el agua las hace hincharse, las lavanderas de profesión son todas muy gruesas y deformes. Observé que muchas de ellas tenían males en el rostro, en los ojos, en la nariz de botones. ¡Así puede uno deformar a las criaturas de Dioses!

Esas mujeres trabajan con un coraje inaudito. Están día y noche en el lavadero. Escuchaba sus mazos toda la noche. Muchas veces me levanté durante la noche para ver cuántas había allí. Había 15, 20, 30 lavando con un ardor inconcebible. Queriendo saber por qué ese lavado de noche, detuve a dos en la calle que me respondieron cortésmente y me dieron todas las explicaciones que yo deseaba en un francés muy malo: las que lavan la ropa y desean tener para esto el agua menos sucia lavan durante «la noche»: 1° ellas están seguras de no tener los tintes; 2° ellas no se encuentran tampoco con las [*intercambiadoras*] que vienen a lavar todo tipo de ropa muy sucia; 3° ellas pueden escoger los mejores lugares. He aquí las ventajas que disfrutaban las que lavan de noche.

La vieja lavandera que me hablaba se parecía más a una babosa que a una mujer. Parecía tener unos 70 años, pero tenía 51 años. Su hija, 19 años, tenía colores pálidos; parecía tan sufrida, tan débil, tan agobiada que daba piedad. La pobre mujer parecía muy enternecida por la suerte de su hija. «¡Oh! Señora, nuestro estado es muy duro, siempre en el agua; hay muchas mujeres y fuertes que no pueden habituarse». Deploró la debilidad del temperamento de su hija, pero todo se limitó a eso. No soñaba en acusar a aquellos que condenan a su hija a pudrirse así en el cieno. Desgraciadamente, para esa gente embrutecida por la ignorancia, el hábito hace ley. Es claro, ella ha visto a su madre lavar en el cieno, ella misma lava allí desde

hace 30 años, ella piensa que su hija debe lavar allí. ¡Pobre pueblo! Así va de siglo en siglo sufriendo las mismas crueldades, los mismos abusos.

Está por demás decir que no di ropa a lavar en Nîmes: primero, porque no hubiera querido participar en la crueldad ejercida contra las pobres lavanderas; segundo, porque el agua en la que ellas lavan era desagradable. Tengo páginas muy bellas por hacer sobre el lavadero.

No podré callarme sobre este doctor Plaindoux; he aquí un hombre que se dice liberal, humano, ¡que no ha tenido siquiera la idea de reclamar por esas lavanderas! Él mismo me ha dicho que todas esas mujeres tenían enfermedades espantosas... y no podía hacer un informe sobre el tema. Encuentro eso infame, y el doctor de Castelnau —que se declara filántropo, que se declara fourierista, médico de la prisión, creo que del hospicio—, no encuentra una sola palabra que decir sobre ese lavadero. No, nadie lo ha visto. Se quejan solamente de que es sucio. La gente un poco limpia hace lavar en la noche y enjuaga la ropa en su casa, pero por lo demás estoy segura de que soy la única que ha visto a esas mujeres en el agua.

La ciudad de Nîmes tiene la reputación de ser muy notable, muy interesante (poner una nota al respecto) porque tiene el insigne honor de encerrar dos pedazos de construcciones romanas: las Arenas y los restos del templo de Diana. Hay sabios que hacen expresamente el viaje para ver estas dos piezas curiosas. Los restos del Templo no dan una idea sobre él y no significan absolutamente nada. Las Arenas están enteras, salvo la degradación (ver los grabados de estas Arenas).

Muchos de estos mismos sabios gritan contra el vandalismo, al ver que no se hace reparar esas Arenas. Querrían que la ciudad al cuidarlas gastara cuatro o cinco millones para restaurar completamente esos monumentos. Probablemente, enseñada querrían también que hiciéramos venir bestias feroces para combatir contra los hombres. En ese caso sería necesario

hacerlos venir, porque no hay [*luchadores*] en Nîmes. Luego se haría vestir a los católicos de paganos romanos y romanas, y el espectáculo sería completo. El Concejo Municipal en Nîmes tiene la debilidad de dejarse intimidar por esas absurdas griterías, y para apaciguarlas aparenta reparar las mencionadas Arenas. Cada año se coloca una docena de piedras, la punta de una cornisa, un asunto de unos quince o veinte mil francos. Sin duda se trata de una mala broma, pero en fin los veinte mil francos gastados inútilmente. Sería mucho mejor que se empleara ese dinero en construir cada año un buen lavadero en el que la ropa estaría en el agua y las lavadoras con los pies secos y la cabeza protegida del sol y de la lluvia.

Olvido una tercera antigüedad: la Casa Cuadrada. Un pequeño templo griego hecho bajo el modelo de la Bolsa, de la Madeleine u otros templos griegos sito en París, en Londres, en Lyon y en todas las ciudades de Europa.

¡Se debe convenir que el mundo sabio es bien bestia! ¡Quién nos libraré, entonces, de los sabios!

La ciudad por lo demás, aparte de un barrio nuevo, es bastante fea, imás sucia que ninguna del Midi! —no es poco que decir— y completamente malsana.

Las iglesias son desagradables, mal decoradas, mal conservadas, mal mantenidas. ¡Oh! Se ve que la tienda tiene buena fama; porque los tenderos no hacen gastos como en París o en Lyon para atraer la clientela hacia ésta.

Resumen. La clase burguesa protestante es la más rica. Ella se ha apoderado del comercio, de los negocios y de las plazas; es felipista. La clase burguesa católica es noble, propietaria del campo, y vive en general bastante pobremente. El pueblo católico o protestante es igualmente pobre, ignorante, malo, rencoroso, feo en el sentido moral y físico y repugnante desde todos los ángulos. La industria principal es el tejido de chales comunes en seda, en lana, en algodón. Se tejen también telas de seda común, luego se hace pasamanería, colchas, etc. La jornada

varía de 30, 35-40-45, 50 medios. Las mujeres de 12-15-18 medios y todas esas situaciones sujetas a largos períodos de desempleo.

La alimentación es muy cara, los alquileres son un poco más baratos que en Lyon, Marsella, Tolón. Así está el obrero allí: desde el punto de vista moral, ¡muy-muy-muy mal!; ídem desde el punto de vista intelectual; [*en lo*] material, mal.

El señor Schoelcher. Me será absolutamente necesario conocer a este hombre porque hay Robert-Macaires de todo tipo. Tengo dos cartas para producir del señor S... en donde él me dice que cree mi idea buena, pero que hablo en mi prefacio de un hombre que él ama (porque él le editó gratis su obra sobre la esclavitud). No puede propagar mi libro. Estos son los hombres que se presentan como renovadores y que osan confesar que sacrifican una idea grande, buena, humanitaria a la personalidad de un librero editor! Realmente se debe hacer justicia de hombres parecidos.

La dedicación del señor S... a la causa del pueblo de la que habla tan alto se limita a ofrecirme veinte francos por el prospecto del periódico que yo quería lanzar. Desde Lyon le escribí a Nîmes para pedirle una ofrenda para la tercera edición. No me respondió. Cuando llegué a Nîmes le fui a decir que viniera a verme. Vino diez minutos y no lo vi más. Le escribí de nuevo para preguntarle el motivo por el cual él rehusaba cooperar con mi obra. Él no me respondió. He aquí un filántropo que ha ido al África para estudiar la condición de los negros, que ha escrito tres gruesos volúmenes para la liberación de los negros, y que, en su país, no hace nada para la liberación de los blancos. El señor S... es muy rico y sin embargo no tiene cien francos para dar a una causa cuyo objetivo es liberar a la clase más numerosa y la más útil, así sea de raza blanca, roja o negra. El señor S.... es libre, puede disponer de su tiempo. La prueba es que dispone de él haciendo un viaje muy costoso en África para



ver y estudiar a los negros, no obstante, él pasa cada año cuatro o seis meses en Nîmes en donde hay cuarenta y cinco mil salvajes que civilizar y no se le ocurre la idea de sacrificar una hora de su tiempo por semana, algunas centenas de francos para comprar buenos libros que enseñen a los obreros sus derechos, para distribuirlos a aquellos que pudieran comprenderlos. Estos son los filántropos que posan como amigos del pueblo. Es absolutamente necesario descubrir a esta gente.

Pasa todos los días delante del lavadero para ir a pasearse a la fuente. ¡Oh!, ¡no ha visto a las mujeres en el agua! ¿Cómo explicar eso? ¡Un hombre que tiene la facultad de ver en el África el sufrimiento de los negros y que carece de esta facultad para ver en su país el sufrimiento de sus pobres compatriotas y hermanos! Confieso que no comprendo eso en absoluto, yo supe ver en América el sufrimiento de los negros y en Inglaterra el sufrimiento de los blancos, lo que no me impide ver en Francia el sufrimiento de mis compatriotas.

Y este hombre, de naturaleza bella según la señora Sand, he aquí una vez más un individuo singular. Una nulidad completa. La señora Sand llama a eso una bella naturaleza. Diablos, ella no es difícil. Eso se llama profesor Boucairan. Hombre importante, nulo, nulo. No me fue de ningún apoyo, pensaba que los obreros de Nîmes eran ricos. ¡Ah! Cristo tenía mucha razón: hay gente que tiene ojos, pero no ve.

Así, después de haber permanecido siete días en esta ciudad de sacerdotes, padeciendo una crucifixión incesante en mi espíritu y en mi carne, la dejé con el corazón lleno de tristeza. Había venido aquí con la mejor de las intenciones. Nada se ha realizado. 1º Había proyectado hacer una fusión entre los obreros católicos y los protestantes, como lo hice en Aviñón y Marsella. ¡Oh! Incluso el amor de Dioses fracasaría contra la sequedad de esos corazones moldeados por los sacerdotes. Al hablarles sentía que no tenía ninguna acogida entre ellos: me rechazaban como el diablo rechaza el agua bendita. Yo misma

no podía acercarme a ellos, a pesar de todos mis esfuerzos, porque sentía que la muerte estaba en ellos. Ahora bien, la vida no puede aliarse a la muerte. 2° También había proyectado ver a Barbes, hacerle comprender el amor, cosa que él ignora completamente. Esperaba hacer de él un soldado para nuestro gran ejército. No pude verlo y por carta no lo intentaré. 3° En fin, había esperado formar allí un centro de acción, un círculo de la Unión Obrera. Nada. Me fue necesario renunciar a todos esos bellos proyectos formados por el amor más puro. ¡Oh! Mi Dioses, ¡por qué me haces sufrir así! ¡Qué suplicio horrible amar, querer dar la vida a fin de vivir ese amor, y no poder hacerlo! ¡Tres ciudades como Nîmes me asesinarían!

Al dejar la ciudad, la diligencia pasó por la feria en donde todo el pueblo estaba en éxtasis delante de las groseras imágenes desplegadas delante de las puertas de los saltimbanquis. La masa se precipitaba multitudinariamente a esos espectáculos. No sabría describir el terrible efecto que esta vista produjo en mí. Toda esta población sucia, fea, hormigueante, gritona ya no tenía rostro humano. Toda esa gente así, mal vestida, con ropa grotesca y abigarrada me hacía el efecto de serpientes que se movían en desorden sobre una gruesa ruma de polvo. Si hubiera visto ese espectáculo largo tiempo habría caído presa de un ataque de nervios. ¡Esta visión me irritaba al extremo! En fin, ¡me alejé de esta ciudad maldita! En la segunda posta comencé a sentirme mejor. El espasmo de calma. ¿Pero de qué, entonces, está hecha mi carne para que sea así de accesible a la acción moral? Es un misterio que no puedo penetrar.

¡Oh!, ¿ésta puede tener tres cruces?

\*\*\*

## XVII. MONTPELLIER (17-27 DE AGOSTO DE 1844)

*MONTPELLIER, ESTE 21 DE AGOSTO.* Llegué aquí a las 4 de la mañana, ímolida, moribunda! Pero estaba mejor. Encontré en esta ciudad lo que todavía no había encontrado en ninguna parte: El hotel del «Cheval blanc» que no quiere recibir mujeres. El encargado [*dice*] que era la orden y que no me recibiría. Un viajante de comercio allí presente, que iba al «Cheval blanc» me ofreció hacer que me acepten bajo su protección. Yo le respondí secamente que no tenía por costumbre ponerme bajo la protección de nadie. Me pareció muy herido por mi respuesta a pesar de que no me respondió nada, pero oí que le decía a su camarada: «¡Diablos! Parece que esta dama es un personaje. Claro, con su vestimenta más que mezquina, uno no lo creería». Eso me pareció delicioso. Parece que para un viajante de comercio, una persona debe de tener una vestimenta rebuscada, incluso cuando viaja de noche.

He aquí un nuevo hecho para anotar, un hotel que no recibe mujeres.

Olvidé: setenta libros se vendieron entre los *comp[agnons]*, veinte en el campo, veintisiete en Nîmes. Dejé cien en depósito en donde el doctor Pleindoux. Esta es la primera ciudad en la que tengo muchos libros. En todas las otras me faltaron.

Tuve una pequeña alegría. Le había escrito al señor David Millaud de Tarascón, neg[ociante] judío que me han dicho es muy bueno. Me respondió una carta buena, fraternal, me invitó a ir a pasar algunos días a Tarascón, en donde se proponía, él y los patriotas de la ciudad de Beaucaire festejarme y reunir a todos los obreros inteligentes. Yo estaba muy enferma para aceptar la invitación. Entonces, él mismo vino a verme. Encontré a un hombre muy bueno, completamente dedicado a los intereses del pueblo y, sin embargo, es rico y negociante. Es un milagro.

Le hice que se llevara ciento cincuenta y cinco pequeños libros. Veremos lo que hacen en Tarascón. Le escribiré de Toulouse. No obstante, ese mismo hombre emplea a doscientas chicas en la selección del carbón ¡a 75 centavos por día! ¡Con eso come, vístete, alójate y lávate! Pero él mismo deplora este estado de cosas. Si este burgués es un hipócrita, representa muy bien su papel. Pero yo lo pondré a prueba. E incluso podría dar algunas piezas de cinco francos y no ser nada bueno. Esto es así, ya no puedo creer en un solo burgués.

Fui al «Hotel du Midi» y me ubicaron en su nueva casa que está en construcción. Estoy allí completamente sola, no tranquila porque los obreros golpean desde las 5 de la mañana hasta las 7 de la noche, pero tal es la pasión que me domina, que el ruido que hacen los obreros, la obstrucción causada por los fierros, las vigas, las tablas e incluso hasta el yeso, todo eso no me disgusta. Me despiertan a las 5 de la mañana y yo me digo: «Vamos, aquí están mis pobres hermanos que vienen ya a gastar su vida en servicio de la humanidad. Es necesario que siga su ejemplo, que yo me levante también y trabaje por la humanidad». Y me levanto contenta.

Estoy feliz de estar sola, sentía la necesidad. Qué necesidad tiene el hombre de una vida variada. ¡Oh! Qué desdichado es el que nace, vive y muere en la misma situación y posición. Desde esta perspectiva yo soy muy privilegiada. ¡Qué vida fue jamás tan variada como la mía! Además, en estos 40 años, ¡cuántos siglos he vivido!

Le había prometido a mi hija que descansaría aquí ocho días. Los cuatro primeros gocé de ese reposo. Hoy, el quinto día, comienzo a cansarme. Sin embargo, es necesario, porque esta disentería puede terminar por jugarme una mala pasada. Ya van dos meses que me dura. Una persona en su casa, bien cuidada, habría tenido tiempo para morir diez veces; y yo que no he tenido ningún cuidado, vivo.

Fui a ver al doctor español d'Amador, homeópata y profesor de alopatía en la facultad de Montpellier. Me recibió perfectamente y, a pesar de que él niega la superioridad de la mujer, pareció, no obstante que reconocía y aceptaba la mía. Pero como excepción, me repetía cada día. He observado (salvo sus excepciones) que nada era más ignorante que los médicos con respecto a filosofía, religiosidad, socialismo y todas las cuestiones avanzadas. Eso incluye a los que no creen en Dios. Saben todo, pero no comprenden nada. Es claro, al no comprender a Dioses, la causa primera de todas las cosas, no pueden comprender los hechos. El señor d'Amador es un hombre bien educado, muy erudito (lo que significa para mí sin ninguna originalidad, sin pensamiento propio) y en fin lo que es más que la erudición, sin pasión científica. Él cree en el sublime descubrimiento de Hahnemann<sup>147</sup>, pero fríamente, razonablemente, matemáticamente, lo que significa absolutamente nada, porque una fe que no actúa ¿es una fe sincera? ¡Ciertamente no! ¿Y quién hace actuar? La pasión, el amor. ¡Y bien! Al profesor alópata le falta esa divina llama. (Ver la nota hecha sobre el señor d'Amador. Sé lo que deberé decir sobre él).

*Nota sobre el señor d'A.* Al hablar del señor d'Amador no sé en realidad de qué lado hay más vergüenza y escándalo, del profesor que enseña a miles de estudiantes una ciencia en la cual él no cree, más aún una ciencia que él cree mala porque publica que la medicina contraria a la que él enseña es la sola y única buena, o del gobierno que paga a un profesor, del que

---

<sup>147</sup> En 1796 Samuel Hahnemann (1755-1843), médico de Leipzig de poco más de cuarenta años, experimentó en su propia persona los efectos de la quinina, un fármaco conocido ya en el siglo XVII: y con sorpresa se dio cuenta de que, en un individuo sano, la quinina tenía efectos semejantes a los que combatía eficazmente en un enfermo. Nació así lo que el propio Hahnemann definió como «homeopatía», es decir, el tratamiento de las enfermedades mediante el principio de los símiles, mientras que la medicina oficial se clasifica como «alopática», ya que lucha contra la enfermedad, en la mayor parte de los casos, mediante operaciones que se oponen a los síntomas. (N. del E.)

sabe en su alma y conciencia que es un homeópata, para enseñar alopátia. Digámoslo claramente hay vergüenza y escándalo en ambos lados. Si el gobierno y toda su docta facultad creen realmente que la vieja medicina es la mejor, no deben nombrar y pagar para enseñarla en plena escuela a un profesor que públicamente condena la vieja medicina y proclama la nueva como la única buena. Y si el profesor cree sinceramente que la nueva medicina es la única buena, no debe permanecer más tiempo profesando el error, la falsa ciencia. Como yo soy la única que se atreverá a decirlo, lo diré francamente: la posición del señor d'A... no es leal. Es claro para todo el mundo que si él sigue siendo profesor en la escuela de M... no es por amor a la ciencia (dado que él cree mala a esta ciencia) sino únicamente para conservar su paga. ¡Y bien! Oso decirlo, iesto es lamentable!

Sé que el señor d'A... me responderá con esta respuesta banal: «Permanezco como profesor porque al ocupar esta alta posición mi palabra tiene mucha influencia, y así haré más por la homeopatía que lo que podría hacer si no estuviera tan bien ubicado». Si, es lo que San Pablo y los apóstoles decían, cuando quisieron pactar con el poder: «Déjennos establecernos sólidamente en el gobierno de los Césares y verán cómo introducimos allí el cristianismo». Sí, lindamente. El cristianismo se ha vuelto pagano y no queda de la doctrina de Jesús más que el nombre. De la misma manera Michel Chevalier<sup>148</sup> y los otros sansimonianos dijeron que ellos pactaron con el poder, y no queda del sansimonismo más que el nombre. Será lo mismo

---

<sup>148</sup> Michel Chevalier (1806-1879) fue profesor de Economía en el Collège de France, puesto en el que substituyó a J. B. Say. Asimismo, fue seguidor de Saint-Simon y compañero y colaborador de B. P. Enfantin. En 1842 fundó la Société d'Economie Politique y del *Journal des Économistes*. Trabajó para el gobierno francés en la negociación de convenios comerciales internacionales. A pesar de ser libre-cambista, defendió la intervención del Estado en la economía cuando la circunstancia lo requiera. (N. del E.)

con la homeopatía si no llega un verdadero apóstol. ¡Atrás! ¡Pactadores timoratos y de mala fe! Aprendan que, para encarnar la verdad en un mundo malo, no se debe comenzar por ir a encarnarse en el error del mundo antiguo. (Tendré que desarrollar esta idea de una manera grande, enérgica. ¡Quiero que sea aterradora!)

Es un bello hecho para Montpellier. ¡Es necesario que les muestre lo que es el poder del amor! ¡Cuál la fuerza! Lo comparo a la fuerza fulminante de los arcángeles de los que habla la Escritura. ¡Oh!, mi Dioses. ¡Qué grande eres, qué poderoso en tus manifestaciones! Estoy en la más profunda admiración ante la palabra de Dioses que siento actuar en mí. Es fulminante de belleza. ¡Qué feliz estoy de sentir todo esto!

El [*señor d'Amador*] me dio arsénico y azufre. Al cabo de cuatro días ¡estoy sana! ¡Qué admirable descubrimiento! Se trata aquí de la vida de la humanidad y, sin embargo, esta humanidad, bestia por naturaleza, continuará quizá todavía 200 años negando el mencionado descubrimiento. A decir verdad, si se encontraran tan sólo 20 médicos que tuvieran la pasión y el amor, el descubrimiento sería soberano, quizá en 25 años, pero he aquí que Dioses distribuye en muy pequeñas dosis la pasión y el amor en la humanidad.

Tengo disputas terribles con este español homeópata, le digo que hace el justo medio en medicina y que esto es lamentable. Él pretende que se debe hacer lo que se hace. Yo pretendo que se debe hacer a la inversa. Esta mañana me comparaba la homeopatía al segundo piso de una casa que tuviera salón, galería, saloncito, etc., y la alopatía a los pisos inferiores de la casa con cocina, etc. «Prefiero, dice él, los bellos apartamentos, no obstante, pues uno tiene la costumbre de servirse de los inferiores, yo me sirvo de ellos». Esta es la gente timorata. Tienen suficiente capacidad para reconocer el bien, y no suficiente fuerza ni coraje para aplicarlo. Me hará falta golpear fuerte so-

bre este hombre que comete allí una cobardía indigna. Se debe dar una lección a este tipo de cobardes que hacen mucho daño.

Aprovecho estos escasos días de descanso para escribir todo mi [*episodio en*] Nîmes, porque allá sufría tanto que no hubiera podido redactar ni una página. Por lo demás, hubiera escrito mal. Es necesario desconfiar del sufrimiento. Luego me dediqué a mi correspondencia que descuido por falta de tiempo. ¡Cuántas cosas preciosas descuido! Pero el proverbio dice: quien mucho abarca poco aprieta. Los abnegados deberían recibir de tiempo en tiempo una carta para hacerlos entrar en calor, ¡y yo no tengo tiempo! Apenas estoy en una ciudad que las carreras y las visitas por recibir me agobian. Aquí no he visto todavía más que a un obrero carpintero. No me inspira confianza. Un hombre que pretende que hay en Montpellier cuatrocientos obreros capaces de comprender mi libro es ciertamente un charlatán. Me siento todavía tan dolorosamente afectada por mis decepciones de Nîmes que no quiero exponerme a sufrir algunas parecidas aquí. Estoy decidida a sacrificar la ciudad. No iré a ver a ningún obrero a fin de evitarme todo choque. Llegaré bien descansada a Carcassonne, en donde espero encontrar corazón e inteligencia y de allí a Toulouse, con la que cuento mucho.

¡Pero qué largos son cinco días de descanso! Finalmente, no tuve más que tres. Partiré mañana.

Vi aquí fourieristas: son 15 ó 20. Es como en todas partes, no se ocupan de los obreros; en consecuencia, su acción es nula. Vi también a los demócratas del país. Parece que no me aman más que sus hermanos de las otras ciudades. No regresaron a verme. Decididamente todos esos gallardos se burlan del pueblo. ¡Oh!, bribones, cómo voy a hacerlos conocer por lo que valen. El señor Saissac, el abogado, encuentra que yo sobrepaso mis funciones de mujer, que las mujeres no deben mezclarse en política, absolutamente como ese miserable censor. Fui donde el señor Brive, él no vino. Es necesario hacer que el



pueblo, del que ellos quieren servirse, conozca a estos hombres. ¡Qué tarea la mía! Desenmascarar a todos esos Robert.

*Este 25.* Ayer en la mañana fui al correo. Abrí una carta de Jules [*Laure*] que me hace saber que el bribón de mi propietario me había notificado con un ujier para desalojar el 8 de octubre. ¡Eso me golpeó y desde allí volví a caer enferma! Cuando me suceden esas cosas, y eso pasa todos los días, me daría patadas en el vientre. ¡Qué humillación ver que un espíritu como el mío está a merced de la carne! Porque esos golpes espontáneos yo los siento en mi carne, y a pesar de mi voluntad. Cuando los he recibido, se debe hacerlo ya que no depende de mi espíritu el pararlos, mi espíritu hace esfuerzos inauditos para destruirlos o al menos atenuarlos. ¡Y bien! ¡Es necesario un trabajo de varios días y un trabajo enorme para poder lograr calmar esta carne rebelde! ¡Oh! ¡miserable carne! ¡Qué caballo fogoso, indomable! Siento un poder en mi carne, decía San Pablo, ¡que domina mi espíritu! Apenas mis ojos habían leído la palabra «notificación» cuando recibí un golpe eléctrico en el pecho mucho más fuerte que si hubiera recibido un puñetazo. Qué comunión íntima hay entre esta materia que forma el cuerpo y el pensamiento llamado alma. Esto es lo que demuestra que todo es espíritu, es decir de la misma esencia, de la misma fuente.

Y bien, ese hecho de la notificación puede muy bien llevar al colmo todo lo que me sucede y que debe suceder a todos los que se harán apóstoles. Dejo mi casa, mis asuntos, mis intereses, mi persona para ocuparme de los asuntos y de los intereses de la humanidad, y mientras que yo corro por el mundo para llevar la nueva ley, mi propietario, el hombre que hace oficio de alquilar sus piedras ilanza mi cama a la calle! ¡Qué lección! Y cómo este hecho nos explica perfectamente que la primera cosa que los renovadores tienen que hacer es unirse en asamblea (iglesia) a fin de no tener nada de ellos y, sin embargo, estar seguros de que tendrán un lugar donde descansar

su cabeza. Esto nos explica la existencia de conventos, monasterios hospitalarios. Es claro que para ocuparse enteramente de los otros se debe tener al menos pan y la certeza de que uno tiene una cama a su disposición, una celda en un edificio común perteneciente a los soldados de la fe, y donde uno sabe que puede descansar su cuerpo cuando esté muy cansado. Si en lugar de gastar sumas enormes en impresiones y otras vías de propaganda los sansimonianos se hubieran asegurado una jubilación solamente para treinta hermanos, la doctrina estuviese asegurada. La misma falta va a ser cometida por los fourieristas. Vean a los jesuitas, hombres hábiles por excelencia, comenzaron reuniéndose cinco, tomaron una pequeña casa en la calle Saint-Jacques, y una vez seguros de un albergue, de un pedazo de pan en caso de enfermedad, se expandieron por toda la tierra caminando tranquilos a la conquista del mundo.

Ruego a un rico caritativo que me asegure un albergue (dos pequeñas habitaciones en el quinto piso) por el resto de mis días. Eso me daría mucha fuerza, podría incluso ir a predicar por el mundo sin temor de que mi propietario ponga mi cama sobre la bella mitad de la calle.

¡Qué infames bribones son estos propietarios! Sabía que había partido por seis meses, encuentra la posibilidad de alquilar mi alojamiento quizá a diez francos más, me pone en la puerta, sin inquietarse del daño, del mal, de la inquietud que me causa ese procedimiento desleal. Decididamente no hay nada más que una cosa que hacer con esos bribones: quemarlos, desembarazarnos de ellos para siempre. ¡Qué miserables canallas! ¡Venderían a la humanidad entera por cinco francos!

Así mientras que yo moría de hambre en Nîmes sin encontrar ni un alma caritativa que quisiera ofrecerme un plato de sopa y dos huevos frescos, en París, ¡el perro de mi propietario lanzaba mi cama a la calle! ¡Y se habla de las torturas de la vida de los primeros apóstoles! ¡Oh! Señores galileos, ¡ustedes no son más San Juan al lado de Flora Tristán!

Pero mi coraje existe en proporción a todas las miserias.

Ese señor Saissac, que representa aquí al partido democrático y que desde hace cinco días no ha podido presentarme un solo obrero, no los conoce. El señor Brive, que es el más democrata, no ha tenido tiempo de venir a verme. Se acabó, los demócratas son en todas partes iguales: hombres de frases bellas que quieren servirse del pueblo pero que ciertamente no tienen ganas de servirlo! ¡Hay que oírlos hablar de los obreros! ¡Con qué desdén, con qué piedad, con qué seca y fría indiferencia hablan de ellos! ¡Por eso los obreros, que saben a qué atenerse con ellos, los aborrecen!

Y este Hipólito, ¡es curioso cómo habla de los falansterianos! Cuando el pueblo tiene inteligencia, tiene mucha. Juzga muy bien las cosas. Ni un obrero ha venido todavía. Esto pinta la indiferencia de los obreros del Midi. Es necesario que uno vaya a buscarlos, que los arranque a la indolencia, de otra manera no vienen. Todos aquellos que vinieron en Marsella y en Tolón eran extranjeros. El Midi será siempre inferior al Norte. El clima es asesino. El calor que los enerva, el viento que los irrita y los enferma. La muy mala alimentación, muy debilitante, que le quita sus fuerzas. En lo moral los sacerdotes que los atontan, los ricos que los amenazan sin cesar de quitarles su pan. Es claro que en tales condiciones un hombre debe ser necesariamente un bruto. ¡Pobre pueblo! ¿Dioses me dará a mí sola los medios para sacarte de ahí? ¡Oh! ¡Si yo pudiera!, ¡daría mi sangre para salvarte!

*Domingo 25 en la noche.* ¡Mi cuerpo me desespera! Desde ayer en la mañana en que esta carta me anunció que ya no tengo mi pequeño desván, que mis papeles pueden ser arrojados a la calle y perdidos (porque no es mi cama ni mis tres viejas sillas las que me inquietan), desde esta noticia, estoy enferma. En diez años, si vivo, cuando relea estas páginas sonreiré de piedad viendo este tormento del 25 de agosto de 1844. ¡Habré

experimentado tantos otros! Hace diez años en la misma época íestaba sola, perdida en medio del Océano! Enferma, expuesta a cada instante a perecer de una muerte horrible, irritada, inquieta por la presencia de ese maldito loco Antonio, siendo el blanco de esos groseros marinos, en una palabra íen la posición más horrible en la que una criatura mujer pudiera encontrarse!<sup>149</sup> ¡Y bien!, hoy veo esas miserias de hace diez años como nada comparadas a las que soporto. Y esto es verdad. En esa época yo sufría por mí sola mientras que actualmente sufro por todos y para todos. Y quién sabe en diez años ¿dónde estará? Quizá a la cabeza de ese gran pueblo europeo. ¡Oh! Entonces no estaré más atormentada por el temor de no tener más un pequeño desván en donde descansar mi cabeza y mantener los papeles en orden. Pero por un temor de otra forma muy vivo, el de no poder llegar a dar a cada uno, con la suficiente rapidez, un alojamiento adecuado, aireado, sano, a fin de que cada uno se asegure de tener una cama donde descansar su cabeza y una habitación suya en la que pueda guardar en orden y según sus gustos lo que le pertenece, lo que ama. ¡Oh! ¡Si alguna vez estoy a la cabeza de estos asuntos y sé que uno solo de mis hermanos está sin asilo!, ¡qué atroz sería mi sufrimiento! No me atrevo a pensar.

Esta ciudad es la ciudad de los millonarios: se cuenta aquí unos 15 ó 20 millonarios; e independientemente de esto, fortunas de seiscientos o de ochocientos mil francos. Todo está en las manos de una centena de individuos y el resto no tiene nada. Por eso, los ricos son más detestados que en cualquier lugar. Inútil de decir que poseen todos los vicios y particularmente la avaricia, íel más grande vicio social! En todo el Midi es igual. ¡Por eso, en la próxima revolución la carnicería será

---

<sup>149</sup> Flora Tristán se embarca en el puerto del Callao el 15 de julio de 1834 en el navío «William Rusthon» rumbo a Liverpool. Después de las despedidas de sus conocidos en el puerto, ella escribe al final de *Peregrinaciones...* (*op. cit.*, p. 539): «Me quedé sola, completamente sola, entre dos inmensidades: el agua y el cielo». (N. del E.)

terrible! Aquí se les dicen injurias a los que pasan en coches. Me han contado todo tipo de historias sobre el tema, ¡y eso ilustra!

Hoy ya son seis días, no me quedan más que dos jornadas. No descansaré más, ¡sufro demasiado! ¡Prefiero el cansancio más cruel a esta angustia! Qué naturaleza singular, una vez que he comenzado cualquier obra, no puedo detenerme hasta que ella esté terminada.

No podré ver a esta pobre señorita Grouvelle, se ha ido. Mañana iré a visitar la prisión central con la esperanza de ver a Marie Capelle, a pesar de que no pueda contar con ella, porque está ciertamente prohibido. No me obstino en absoluto en verla, pero hubiera deseado vivamente poder hablarle. Esta mujer me disgusta soberanamente. Es romántica, sentimental, lo que para mí quiere decir seca de corazón. La creo culpable de robo, ¡lo que es mucho peor que el asesinato!<sup>150</sup>.

¡Bien! He perdido tres horas en visitar la casa central sin poder ver a Marie Capelle. El director fue encantador, me habría dejado entrar a pesar de las prohibiciones formales del ministerio de dejar ver a Marie Capelle. Pero él teme mucho la cháchara de la mencionada Marie y de su familia Colard que está aquí. Se ve que no le gusta. Por lo demás, nada interesante a su cuenta si no es la pasión de la marquesa Crussier de Grenoble que da cien francos por mes a la prisionera. Marie Capelle tiene una habitación para ella, muebles y está dispensada de trabajar. Todas estas son cosas que no se le concede a ningún otro condenado. Come una alimentación aparte y en su alojamiento, y finalmente no lleva el uniforme. Yo condeno fuertemente todas esas diferencias. Es la última injusticia hacia los otros. Estoy sorprendida de cómo los periódicos liberales no reclaman con violencia todos los días contra semejantes privilegios introducidos ¡hasta en una casa de detención!, en donde al menos los desgraciados que están detenidos allí debieran

---

<sup>150</sup> Ver el episodio del reloj en Agen, capítulo XXI. (N. del E.)

por todo consuelo gozar del primer artículo de la ley: «Todos los franceses son iguales ante la ley». En esta casa de mujeres no debería haber excepción a la regla más que para las detenidas por delitos políticos porque todavía no hay una casa especial para ese tipo de delitos, como sí existe para los hombres. (Tendré que decir al respecto).

Hubiera encontrado a Marie Capelle realmente digna de interés si la hubiera hallado confundida con las otras, ocupada en coser o en tejer. Ella hubiera podido decir a cada visitante: «No soy culpable».

Entonces hubiera sido digna de una gran compasión porque se hubiera visto en ella a una gran víctima. Pero he aquí que esta pobre chica del mundo, cegada por lo novelesco y por la vanidad, pensó que la ropa de prisionera iba a deshonorarla, mientras que por el contrario la habría rehabilitado. Por desgracia, allí donde domina la vanidad, una nunca encuentra inteligencia en la manera de comprender las cosas, ni grandeza en la forma de ejecutarlas, ni coraje en la manera de soportarlas. Estuve muy molesta por no poder conversar con Marie Capelle, porque había proyectado abrirle los ojos a ella misma. Era un servicio que sólo yo podría rendirle. No espero de las pocas líneas que le haré llegar, el efecto que hubiera esperado de mis palabras.

Esta casa está muy bien mantenida desde el punto de vista del orden, del trabajo, de la limpieza. En cuanto a la parte esencial: la mejoría moral, allí es como en todas partes. Las hermanas de limosna les dicen a esas desdichadas mujeres: «Pobres, resignense». ¡Qué monstruosa moral! Decirles a las mujeres que han robado algo de dinero, sobras de la propiedad: «Mujeres, resignense, ilos ricos de este mundo tienen derecho de robar su sudor, su sangre, su vida! Y ustedes, ¡su deber es el de resignarse y sufrir en silencio el asalto cometido contra ustedes!». ¡Oh! ¡Es necesario que la naturaleza humana sea bien buena! ¡Estoy sorprendida de que esas mujeres no se

vuelvan rabiosas! ¡El director y las hermanas aplauden el gran éxito que han obtenido!, ¡un silencio perfecto! Es decir, el embrutecimiento completo del ser. ¡Se debe estar de acuerdo en que vivimos en un siglo particular! En la cárcel<sup>151</sup> ellas están mejor que los obreros libres de Lyon en su gran presidio de trabajos forzados de cuatrocientas veinte camas.

El director se llama Chappuy. Es seco, duro, es un hombre de números y eso es todo.

*Este 25.* Finalmente vi obreros aquí ¡y muy inteligentes! Hipólito había reunido veinte hombres en su taller y allí discutimos y enseñé la Unión a esos Veinte hombres. Cinco eran muy capaces, diez plenos de buena voluntad y capaces de comprender en tres o cuatro sesiones, los otros cinco empantanados con el voto universal. Sin embargo, podremos sacarlos de ahí. Los cinco capaces han sentido la diferencia que hay entre la enseñanza que yo les daba y los discursos de Arago y Cía; y por el esfuerzo que me di los he ganado completamente. Esos hombres son buenos. Me han prometido que se ocuparán de la propaganda. Les he dejado todo lo necesario para marchar. Esperemos.

En resumen. Con respecto a la moral, mal (en general), sin impulso, sin generosidad, sin abnegación; desde el punto de vista intelectual, mal, sin estudios, sin conocimiento de las cosas nuevas, sin inteligencia; desde el punto de vista material, muy mal, gran miseria, pequeñas jornadas de desempleo. Explotados, despojados por los grandes propietarios del país. Los burgueses, muy mal. Los sacerdotes, muy mal; menos, sin embargo, que en Nîmes.

Primero hablar de d'Amador. Después de Marie Capelle. Dos hechos graves para Montpellier.

---

<sup>151</sup> El término «*hôpital*» que se utiliza en el texto, alude a la cárcel. En muchas ciudades de Francia se utiliza la palabra «*hôpital*» para referirse a la prisión. (N. de la T.)

Me olvido. Aquí otro desencanto. Había proyectado ver a los estudiantes de medicina; quería hablarles, ver si no me era posible ganar a uno de esos jóvenes corazones para la humanidad, ¡habían partido! Tenía el mismo proyecto que con los de Toulouse, no los encontraré más. Estaba desolada por eso. Intentaré en París, pero no tengo las mismas oportunidades, ¡son tan lejanos! Mi Dioses, ¡no enviarás entonces a nadie para secundarme! Esta gran tarea la cumpliré yo sola, es muy bella, pero preferiría tener menos honor y hacer más para el servicio de mis hermanos. Si tuviera conmigo a otros tres apóstoles haríamos más.

Dioses, sabiduría que ve en el futuro, yo espero tus grados<sup>152</sup>.

Los fourieristas aquí me mostraron cierta simpatía. Es la primera vez desde Dijon. Decididamente no hay unidad en nada.

En el momento de partir, el grupo fourierista que se compone de veinticinco a treinta miembros, de los cuales el señor Boucher, él solo, tiene ochenta mil francos de renta. Me habían dado veinte francos para la propaganda ¡y ese es el único grupo fourierista que ha dado! ¡He aquí la medida del amor que esa gente tiene por el pueblo! Recibo algo más interesante: ¡la *Gazette du Bas-Languedoc*! ¡Oh Dioses!, en el artículo hecho sobre mí encuentro al gran jesuita del gabinete del obispo; el mismo tono (un poco suavizado), las mismas palabras... ¡perfecto! Eso me ayudará a hacer mi artículo. ¡Ah bribón! Tú conservas la caridad, o sea la limosna, y por qué causa. ¡Porque te hace vivir ricamente! ¡Oh! ¡Cómo lo voy a arreglar! No importa, estoy contenta, veo que estos bribones tienen miedo de mí. Eso me da gusto. Adjunto este periódico aquí (a ver).

¡Y la señora Nevet que me falta de palabra por cuatro francos! He aquí cómo alguien se enriquece, pero yo me he mantenido firme y no he dado los cuatro francos. Voy a barrerte a ti y

---

<sup>152</sup> Así en el original: «*degrés*» (grados). (N. de la T.)



a tu «Hotel del Midi». ¡Un chef que no sabe siquiera hacer un pastel de arroz! Sin mantelería, sucio por todas partes. Pero mucha platería, para deslumbrar. Este apéndice sobre los hoteles de apartamentos sería muy interesante.

Y en el «Cheval Blanc», en el que no se recibe mujeres... vaya que es amable. Y en este «Hotel de Londres» donde uno come bastante bien, ipero no se puede dormir! Es necesario que todo esto sea escrito.

¡El clima de Montpellier es bueno! Bellas noches, bello cielo, ipero qué ciudad y qué gente! Es allí en donde sería necesario poner un poco de armonía entre la belleza del cielo y la fealdad de la tierra.

\*\*\*

## **XVIII. BÉZIERS (29-30 DE AGOSTO DE 1844)**

*BÉZIERS, ESTE 29 DE AGOSTO.* Ayer, para conducirme a la diligencia, no había más que un obrero para acompañarme y algunos burgueses fourieristas. He aquí dos ciudades bien tristes. En este Midi, ino hay amor! Aquí será igual, nada de amor, ien consecuencia nada de abnegación, nada de inteligencia! Este estado de cosas me es muy doloroso, no obstante, lo soporto con coraje. Dioses quizá quiere que yo sufra a fin de poder descansar. Me siento mejor desde que no tengo tantas emociones felices. En Nîmes era demasiado doloroso y yo debía soportarlo, pero en Montpellier y aquí, aguanto esta frial-

dad con calma, siento que descanso. Y sin embargo ¡estoy impaciente por estar en Toulouse!

Ya he visto a varios obreros (llegué esta mañana a las 4, ahora son las 2). Nadie tiene amor. Ellos lo reconocen. Son hombres gastados. Todos están en el movimiento político desde 1820. Sería necesario allí hombres nuevos.

Si una no forma hombres nuevos, de acá a cuatro años no habrá nadie. No daré ni un medio por un hombre gastado. Diré más: más valdría no tener nada. Estos hombres desalientan a los jóvenes. Es una peste. Pretenden que aquí todos estarán dispuestos a levantarse en armas, pero yo no lo creo. Para disparar se necesita abnegación y a todos les falta. He observado que los hombres de amor ¡están dispuestos a dedicar todo su tiempo, su dinero, su honor, su vida! Sé que el día en el que suene la hora de sacrificar mi vida, lo haré con la misma abnegación con la que hoy sacrifico mi tiempo, mi salud, mi reputación, mi dinero, mis gustos y mis afectos. Es el amor el que es el móvil de todo. ¡Y bien!, si un obrero no tiene suficiente amor para sacrificar una hora cada domingo de su tiempo para el bien general y un franco por mes, no me harán creer que tal hombre tendrá el valor para sacrificar su vida. ¡Oh! ¡Este Midi está muy atrasado en todo!

He visto burgueses, aquí como en todas partes los llamados demócratas no quieren sacrificar nada al servicio de la causa popular. Todo eso no es para ellos más que un pretexto de bellas palabras escritas o habladas y un escalón para llegar a algún empleo. Cuando una los ha visto en París, se puede decir que ha visto toda Francia. En París las ofrendas se elevan hasta a veinte francos, en provincia no van más que hasta cinco francos. He aquí la única diferencia.

Qué coraje me hace falta para ver cada día ciudades nuevas y allí hombres nuevos todos de mal en peor. En fin, hoy día espero todavía en Toulouse; si resulto frustrada en esta esperanza, yo llevaré esta misma esperanza a Nantes.

¡Bueno! Había pedido una reunión para esta noche, nadie se atreve a prestar su taller. No hay como Lyon para tener la facilidad de hacer estas reuniones. Sólo preguntaban quién las realizaría. Allí no tienen miedo, y en todas partes, mientras andan diciendo que atemorizan a los gendarmes, tienen miedo de la policía, o más bien de la clientela ¡Oh! ¡Es eso lo que se teme! Quince días, un mes de prisión no los atemoriza, ¡pero perder la clientela!, ¡oh!, ¡esta idea los aterroriza! ¡La clientela, es el pan!, ¡sin pan, no hay vida! Mientras tengan pan, incluso en esta condición humillante, no se podrá esperar nada de ellos. Esperemos. En tres años ya no lo tendrán más en absoluto. ¡La miseria es muy útil!

Ese señor Iscard que se ocupaba del pueblo se ha retirado al campo. Veamos, cuando una lo ve de cerca se debe tener una fe inmensa o sin ella el desaliento nos atrapa. El señor Fabregat, abogado, este hombre me ha parecido igualmente cansado, gastado. En todas partes encuentro lo mismo. Si no tuviera mi gran y sublime fe en Dioses, en la humanidad, ¡estaría aterrorizada de todo lo que veo!

*Este 30 de agosto.* Ayer en la noche vi a los obreros patriotas de Bézier. ¡El número llegaba a ocho! En los ocho, sólo tres me parecieron bien dispuestos y que comprendían, el resto está con el voto universal hasta las orejas. Los Kersausie y Cía han atontado a los infelices de tal manera que no ven más. Tendremos que esforzarnos mucho para hacerlos regresar. Se necesita absolutamente hombres nuevos. Eso es todo, se debe trabajar para hacerlos.

Su posición es aquí la misma que en todas partes en el Midi. Ganan muy poco, pero viven con aún más poco. Los campesinos sobre todo, y aquí hay muchos. Se arrastran todos en un surco de miseria moral, intelectual y material ¡espantosa de ver! En todas esas pequeñas ciudades se debe [esperar] el día

en que las grandes se liberen, entonces las pequeñas también lo harán, a pesar suyo.

La ciudad es horriblemente sucia, mal construida, hace daño verla. Estoy en el «Hotel des Postes» y de los más bellos. Es algo que todavía no había visto de suciedad total: pobreza de ropa blanca, de vajilla, ¡y los mozos!, ¡y el maître! me gustaría mil veces más estar en la choza de un indio. Nadie habla francés. Una puede creerse en un país bárbaro en los confines de América. ¡Pobre Francia! ¡Y el cielo que ilumina a esa gente es magnífico! Poseen una ubicación única para construir allí una ciudad de las más notoriamente bien situadas. En absoluto, permanecen en el hueco infecto que llaman ciudad. Cuando yo sea «sirvienta general» de Europa tendré a mi lado una banda negra cuyo uso será el de ir a arrasar ciertas ciudades como el solo y único medio de hacer salir a los prisioneros, los [*pobres galeotes*] que la habitan para vergüenza de la humanidad. Luego tendré una banda blanca que seguirá siempre a la banda negra, ésta tendrá por función edificar magníficos palacios-ciudades a fin de alojar adecuadamente, limpia y sanamente a los propietarios de las casas arrasadas. He notado que esta ciudad de Bézier tiene una ubicación soberbia para hacer construir un magnífico palacio humanitario que pueda albergar treinta mil cuerpos.

En Montpellier se podría hacer allí una ciudad bárbara, soberbia situación. En Lyon, en la planicie, del otro lado de Bre-taux.

No he tenido tiempo de ver el país desde el punto de vista de esos campesinos —sitios y situaciones—, es un trabajo que se debe hacer. Para eso es necesario primero reunir a mis dos bandas: la negra para destruir, la blanca para construir.

¡Qué vista la de mi gran palacio de cien puertas desarrollándose majestuosamente en esta inmensa planicie de Bré-taux! ¡Y sobre la meseta de Béziers! Daremos los planos de todas estas maravillas y nuestros hijos lo realizarán.

Encantador «Hotel des Postes». Una habitación horrible que da sobre un pequeño patio pestilente, lleno de aves de corral en donde me asfixio. Dos francos. Nunca he visto una tan fea, por un franco, es una explotación.

Quedaron ochenta pequeños libros en Béziers. Ese pequeño número es suficiente para despabilar el país. Son bien fríos. No obstante, en un momento dado podrán ayudar.

Mollet, Cadet y el carpintero vinieron a llevarme al barco. Hasta aquí Saint-Etienne y Nîmes han sido las dos únicas ciudades en las que no he tenido ni un obrero para estrecharme la mano en mi partida.

\*\*\*

## **XIX. CARCASSONNE**

### **(31 DE AGOSTO-7 DE SEPTIEMBRE DE 1844)**

*CARCASSONNE, ESTE 31 DE AGOSTO.* ¡Qué tal viaje hice en el barco-correo! Una noche sobre el puente, a la luz de las estrellas, pero con un frío vivo... ¡y muy vivo! Pasar allí 14 horas con esos burgueses. Son idiotas en todo lo que dicen, en todo lo que hacen, ¡y egoístas! ¡Es desagradable! ¡Qué injustos son tratando a estos pobres obreros como a gente mala, y qué miedo tienen de ellos! ¡Eso me encanta! Era curioso el capitán de canal, contando lo que había dicho el remolcador al recoger las tres pequeñas perdices. «¡Oh! Sé bien que morirán en mis manos porque no he podido criarlos, pero prefiero verlos morir que verlos vivir para ser cebados, asesinados y comidos por esos

bribones de burgueses». Y todos los otros burgueses allí presentes, reclamando contra la atroz maldad de este hombre de pueblo. Escuchaba hablar a esos pequeños cuasiburgueses: estudiantes, empleados, negociantes y otros, durante más de una hora. Nada más idiota, más insípido, más enrevesado que esta conversación. No se trataba más que de comida, juego, y diversión. El egoísmo, el yo desde el punto de vista de la carne, y eso es todo. Reducida a pasar allí una noche sobre el puente, porque no quería ir abajo, ¡en donde una se asfixiaba! Es fastidioso oír la estúpida conversación de esos burgueses. Me levanté y fui al castillo de popa con el pueblo. ¡Oh! Pueblo, la vida está bien en ti, va. ¡Y el futuro te pertenece!

Encontré allí un *sipahi*<sup>153</sup> con ropa bastante correcta, y tan tostado por el sol de África que parecía mucho un verdadero árabe, aunque el soldado fuera nativo de Landernau (Brest). Ese ciudadano de Brest era un hablador intrépido. Debo decir que una botella a su costado ayudaba todavía más a desatar su lengua. Encontré en ese soldado un fanático de su Estado. Lo que me dijo el *sipahi*, su tono, sus expresiones, el calor que ponía al hablar, me prueba que se logra, incluso actualmente, embrutecer a los jóvenes en los cuarteles como se hacía en los tiempos de Napoleón. Se mezcló en nuestra conversación un joven marino de 23 años, chofer a bordo de los trasatlánticos del Estado que hacía las travesías del Levante, y que se había quemado y había quedado herido de muerte. (El pobre muchacho está perdido). Regresaba a su casa en Burdeos luego de haber sido dado de baja definitivamente por enfermedad. Era un muchacho dulce, modesto e indefenso. Me contó sus des-

---

<sup>153</sup> *Spahi* en francés y *Sipahi* o cipayo en castellano. Antiguamente, miembro de una tropa de élite montada incluida dentro de las Seis Divisiones de la Caballería del Imperio Otomano. En el ejército francés, algunas unidades de caballería argelinas, marroquíes y tunecinas fueron también llamadas *sipahi*. Formadas por primera vez alrededor de 1840, rindieron servicio en la conquista de Argelia, la guerra Franco-Prusiana, la ocupación de Marruecos y de Siria. (N. de la T.)

gracias y me ocupé en gran parte de él. El *sipahi*, herido porque yo no me ocupaba lo suficiente de él, y celoso del interés que le daba al otro, se puso a decir que él, un *sipahi*, el cuerpo más expuesto, tenía muchas más dificultades que el otro. No dejé de aprovechar la ocasión para hacer sentir al espadachín que era necesario mucho más valor para ser obrero y chofer a bordo de un navío, de una máquina a vapor, etc., etc., que para ser soldado. Eso lo exasperó. Era necesario que fuera yo, mu-  
jer, y con mi aplomo, para poder sostener esta acalorada discusión con él. Estaba púrpura, las fosas nasales se le habían hin-  
chado, los ojos se le salían de la cabeza, en una palabra ¡estaba en un estado de rabia espantosa! Esta escena estaba llena de vida. Otro obrero había venido a unirse a nosotros, y encanta-  
do de ver que yo tomaba la defensa de los obreros y de su valor, me apoyaba de todo corazón. El marinerito triunfaba y el infeliz *sipahi* se exasperaba más y más. En fin, no pudiendo contenerse más, le buscó querella al marinerito y lo insultó groseramente, diciéndole que todos los marinos eran ladrones. El otro le respondió y él le dijo que se callara, que de lo contrario, si no estaba satisfecho, él lo satisfaría de otra manera ofreciéndole descender a tierra para batirse. Como todo esto era para mí un tema de estudio, dejé ir las cosas, y cuando vi que era necesario intervenir, lo hice: «*Sipahi*, le dije con un tono irónico, me parece que en este momento no hace gala de esa gran valentía que, según usted, distingue al cuerpo al que pertenece, porque usted insulta groseramente y sin motivo, a un chiquillo que, en el estado de enfermedad en el que se encuentra, es incapaz de batirse. Ahora bien, como no puedo suponer que es usted un asesino, lo que usted hace es una bravata indigna de un valiente quien sólo debe atacar a un adversario en capacidad de responderle». Estoy muy segura de que el infeliz *sipahi* no recibió jamás de los soldados de Abd-el-Kader un asalto tan terrible como el que le produjeron mis palabras. ¡Fue derribado por ellas! ¡Aterrorizado! Mudo, llevó la mano al

gaznate<sup>154</sup>, como un hombre que estrangula. Se quedó algunos instantes sin poder responderme. Finalmente, balbuceó algunas palabras con voz emocionada, turbada, pero repentinamente la escena se agrandó porque el obrero que había permanecido silencioso mientras yo hablaba, quedó tan fuertemente conmovido por mis palabras que se aproximó audazmente muy cerca del *sipahi* y le dijo: «Fíjese entonces, camarada, si usted lamenta que el joven marinero esté herido, yo no lo estoy, y heme aquí para reemplazarlo; esta dama tiene razón al hacerlos ruborizarse a usted y a todos los *sipahis* de Argelia, es necesario que usted sea un famoso Jean f<sup>155</sup> para ir a insultar a un pobre muchacho que no puede mantenerse en pie! Peste, ¡para batirse con enfermos no hace falta ser un *sipahi*!», y el obrero le dio una andanada ¡y en tales términos!, que quedamos todos muy sorprendidos. Pero nuestra sorpresa se redobló viendo la dulzura y la paciencia con las cuales el *sipahi* recibió la lección. Parecía muy intimidado, no respondió casi nada, diciendo solamente: «Está bien, mi valiente, dado que usted toma de tal modo la defensa de este muchacho, al llegar a Toulouse estaré a sus órdenes». «Inmediatamente, si usted quiere, le replicó.» «Descendamos en Carcassonne y allí con las armas que tengo del padre Adán, mis dos puños, mis dos pies y mi cabeza, yo le reventaré exactamente el estómago». Todo eso, se los aseguro, fue verdaderamente bello. Hubo, en todo lo que pasó allí, dramatismo, emociones verdaderas, mucho coraje y dignidad. Nadie habló más, no había nada que decir y el silencio mismo tenía algo de dramático y solemne que estaba impregnado de una poesía sombría. Nos quedamos todos en nuestros sitios sin movernos, cada uno estaba absor-

---

<sup>154</sup> En el original en francés hay un error ortográfico: está escrito «gossier» y debe decir «dossier» (gaznate). (N. de la T.)

<sup>155</sup> Se conserva la expresión original «un famoso Jean f» por razones de estilo. El texto podría ser traducido «es necesario que usted sea un patán para ir a insultar a un pobre muchacho que no puede mantenerse en pie». (N. de la T.)



bido en sus propias emociones. El *sipahi* fue el primero en romper el silencio. Hizo un monólogo muy elocuente en palabras de una vehemencia que revelaba el furor que bullía en su seno. Dijo que de ahora en adelante se debería poner en su lugar a todos los inoportunos que venían a acosarlo con preguntas, que si los periodistas, los escritores querían tener información sobre Argelia, no tenían más que ir ellos mismos a quemar algunos cartuchos con los árabes para aprender lo que valen. Esto estuvo dicho con mucho espíritu, audacia y elegancia, luego el *sipahi* hizo amenazas. Dijo que eso no duraría siempre así, que vendría una época en la que el soldado sería respetado como debía serlo, que si eso debía durar de ese modo, dar su vida y luego todavía ¡por 25 centavos al día ser objeto de mofa por los pekineses!, ¡peste!, ¡es para meter allí el oficio, el honor y todo lo demás! Ese desdichado *sipahi* pronunció estas últimas frases con tanta energía y al mismo tiempo comicidad que, muy a pesar mío, casi estallo en carcajadas, lo que lo habría exasperado más aún. Felizmente me tapé la cara con el chal que me cubría la cabeza y no me vio.

Como me estaba permitido pensar que ese monólogo había sido pronunciado expresamente para mí y no estaba de humor como para dejar creer que un soldado me atemorizaba, adopté mi tono insolente y muy superior y le dije: «Diga entonces, *sipahi*, ¿es acaso por mí que usted acaba de despachar esta larga retahíla de ataque y de injurias contra la gente del mundo que los fastidia en los barcos, en los coches y en los caminos con preguntas? En verdad, yo le he planteado preguntas, pero era en el interés general y no por una curiosidad vana».

¡Oh! ¡Entonces nuestro *sipahi* estuvo realmente admirable! Si me hubiera atrevido lo hubiera abrazado. Este hombre grosero, habituado a vivir con soldados y mujeres públicas, este hombre que desde hacía más de una hora estaba irritado y por mí (porque confieso que yo era la causante de todo lo que acababa de pasar), que hervía de cólera, de exasperación, este

hombre que acababa de vomitar un torrente de injurias, evidentemente por mí; ¡y bien! cuando este hombre vio por mi pregunta que me había ofendido realmente, se acordó inmediatamente que yo era una dama, que me debía todo su respeto y, en el mismo instante, cambiando de voz, de tono, de mirada, de expresión, me respondió con una cortesía, idigna de un valiente caballero!: «¡Oh! Señora, ¡cómo puede sospechar usted que yo haya querido atacarla! ¡Oh! Señora se lo ruego. ¡No tenga esta idea! ¡Me causaría una enorme pena! ¡No, no! Me siento honrado cuando una dama como usted quiere dirigirme la palabra, he dicho algunas palabras un poco fuertes, pero es contra los paseantes que viajan sin destino y me fastidian con sus preguntas indiscretas».

El *sipahi* había sido tan encantador conmigo en esta última ocasión que no quise dejarlo decir ni una palabra más. Me levanté, lo saludé muy graciosamente y regresé a la parte delantera.

Tuve una pequeña felicidad al llegar a Carcassonne. Encontré en el correo una carta de Marsella remitida por: «Primer Círculo de la Unión Obrera». Al fin algo constituido, mas temo que su ardor se enfríe.

Me sucedió aquí el primer inconveniente que tuve que sufrir después de mi partida de París. Ayer regresé a medianoche, me acosté y a las dos una persona que golpeaba mi puerta me despertó diciéndome: «Señora Flora Tristán, hay allí unos hombres que piden hablarle». Yo digo que estoy acostada, que vengán al día siguiente. Insisten, pretenden que tienen algo importante que decirme. Les digo que suban para que yo sepa lo que es. Me levanto, me pongo un chal encima, entreabro mi puerta y pregunto qué es lo quieren de mí. Percibo una gran figura pálida, sombría, de cabellos largos al estilo romántico que caen en desorden sobre sus hombros. Esta misma figura me responde: «Señora, somos del grupo de fourieristas de la ciudad de Carcassonne, nos hemos enterado de su llegada esta

noche y venimos para tener el honor de conversar con usted respecto de muchos puntos de la doctrina sobre los cuales usted no está de acuerdo con nosotros». «Señores, les dije, muy secamente, la hora ha sido mal elegida. Si ustedes quieren venir mañana al mediodía estaré a su disposición para discutir con ustedes». Replicó: «Mi Dioses, Señora, tan sólo diez minutos de entrevista nos serán suficientes». Eso me hizo comprender que los mencionados fourieristas estaban borrachos. Les dije, entonces, con todavía mayor sequedad: «Señores, no puedo recibirlos. Hasta mañana, si eso les conviene».

Supé hoy que efectivamente estaban borrachos. El señor Escudier mismo me lo dijo y me confesó que, a pesar suyo, estaba con ellos.

¡Qué suplicio para mí estar obligada a frecuentar personas que me son antipáticas por su espíritu, sus maneras y sobre todo sus costumbres! Y en todas partes estoy obligada. ¡Oh!, ¡será uno de los suplicios a hacer valer! ¡El fourierismo está bien representado aquí por individuos que pasan su vida en orgías! ¡Qué lástima todo esto!

La noche estuvo muy tempestuosa luego de esta visita a las dos de la mañana. Me volví a dormir no sin mucha dificultad, pero he aquí que a las cuatro me despertaron de nuevo. Esta vez era por una música espantosamente ruidosa: clarinetes, trompetas, etc., y esto debajo de mi ventana. En el primer momento creí que era una serenata que los individuos de la noche querían darme. Me levanto, despuntaba el día, entreabro el postigo de mi ventana y la primera figura que percibo es otra vez iesa cara pálida de largos cabellos sucios de la noche! ¡Oh! De inmediato me sentí perseguida por un fantasma. Sin embargo, como la música continuaba, miré de nuevo y reconocí a músicos del regimiento. Entonces ya no comprendía nada. Me volví a acostar profiriendo maldiciones al «Hotel Bonnet». Esa mañana tuve la explicación. En el hotel se aloja el general, y cada domingo vienen a despertarlo con esta diana.

Comprendan que sesenta o cien viajeros deben ser despertados todos los domingos a las 4 de la mañana ¡porque a un general le place alojarse en un hotel de apartamentos! Realmente es intolerable. Y una no comprende cómo la policía, que debe velar por la tranquilidad de todos los ciudadanos, aguanta una infracción parecida a los derechos de las personas.

¡Oh! ¡El «Hotel Bonnet» recibirá su merecida crítica!

No obstante, encontré en este hotel una sirvienta (alemana). Desde Chalán no había encontrado ni una. Se ve que una regresa a Francia.

*Lunes.* ¡Ah! Esto no marcha, ya van tres días que estoy aquí y no he visto todavía ni un solo obrero. Y aquí no hay *comp[agnons]*, nada que ver más que los obreros de la ciudad y no sé dónde pescarlos<sup>156</sup>.

*Este 4 de septiembre.* Finalmente vi ayer a una treintena de obreros reunidos. No puedo juzgar mucho sobre el grado de inteligencia de esos hombres porque no logré hacerlos hablar ya que estaban intimidados por la presencia de diez caballeros burgueses que habían venido expresamente para impedirles parlamentar y para intimidarlos. Estoy muy descontenta con este Hugues Bernard. He aquí un hombre que tiene a los obreros de la ciudad en la mano y que no quiere iluminarlos. En lugar de ponerse a mi disposición, de ayudarme, actúa en el sentido contrario porque ve bien que voy a aportar una gran idea que amenaza derribarlo a él, el conductor en jefe de la ciudad y del departamento. ¡Oh! ¡Cómo te zurraré, Hugues! Es este hombre y sus semejantes quienes concibieron para el Midi un plan de revuelta desastrosa para Francia. Estos hombres

---

<sup>156</sup> Jules Puech anota en el Manuscrito: «Hay que señalar la diferencia entre los “*Compagnons*” y los obreros de la ciudad: estos últimos, en efecto, no frecuentan a la “Madre”, en donde es fácil encontrar, por el contrario, a los “*Compagnons*” ajenos a la ciudad y que se reúnen donde ella». (N. del E.)

quieren sublevar todo el Midi desde T... hasta Aviñón. Pueden hacerlo porque hay poca tropa. Le dicen al pueblo que será con el objetivo de liberar París y Lyon y cambiar el gobierno para poner uno en provecho del pueblo, además de todo tipo de bellas bromas que el desdichado pueblo del Midi, ignorante, cree sin poder examinar. Pero yo veo bien lo que estos caballeros desean: sublevar al Midi, poblaciones ignorantes, malas y feroces. Es simplemente establecer la guerra civil. Sería romper la unidad de Francia. Sería hacer un lío espantoso. En esa confusión ellos encontrarían qué pescar. Esos bravos caballeros (son buenos sableadores) jugarían al conde de Provence: el uno se haría jefe militar en la provincia de Aviñón, el otro de la ciudad de Nîmes, éste se encontraría en Toulouse, el otro en Montpellier. ¡Oh! Los valientes se ubicarían bien. Tendrán buen cobijo, buena mesa en todas partes.

Bellos uniformes engalonados, bellos caballos y todo ese tren de vida a expensas de este buen pueblo, que en esta oportunidad sería engañado completamente por esos caballeros bufones! Esta idea reina en todas las cabezas desde Aviñón hasta Toulouse, incluso en Marsella, incluso en Tolón. Cuando imagino con qué facilidad podrían sublevar a todas esas poblaciones del Midi estoy aterrorizada del daño que corre nuestra infeliz Francia. En fin, Dioses está allí y, además, Flora Tristán está allí. ¡Yo voy a combatir a esos intrigantes a ultranza! En Marsella, Tolón, Aviñón ya tuve éxito. En Toulouse, voy a emplear todos mis recursos para destruir su proyecto criminal. Aquí ya me apoderé del espíritu de los obreros más inteligentes y les voy a propinar un golpe terrible. Este Hughes lo percibe bien. Será absolutamente indispensable hablar de esto en mi libro. El hermano de Hughes, Lucien Bernard, que redacta ahora un periódico protestante en Castres, es peor incluso que su hermano. ¡Es un miserable que vendería la patria por una cena!, sin fe, sin honor, completamente dado a los apetitos carnales. Por todas partes en el Midi es lo mismo. Es desagra-

dable verlo de cerca. Hombres que se conocen, se desprecian, se calumnian horriblemente ¡y van muy alegremente juntos! ¡En el Norte no hay ejemplo de una prostitución parecida! Aquí creo estar en el Perú. Es absolutamente el mismo tipo de intrigas políticas que en España. Será necesario golpear fuerte sobre estos hombres.

Este Hughes ha hecho perder la cabeza a ese pobre Laffitte que era un obrero valiente, enérgico, que habría podido servir a la causa noblemente. Ha perdido a este joven hombre, y ahora Laffitte, con sus ideas exaltadas, desordenadas, y también sus ideas de lucro, que él ha sacado frecuentando a los otros, es un muchacho que ya no puede servir. Cuando estos miserables caballeros reconocen en un obrero una naturaleza bella y grande, se apuran a corromper a este obrero a fin de hacer de él un instrumento y evitar que se convierta en un obstáculo para ellos. ¡Qué tales víboras son estos hombres! ¡Oh! Obreros, ¡valdría más mantener a Louis-Philippe y el señor Guizot durante 300 años que caer en las garras de estos miserables cuasi-burgueses!

Me da lástima Laffitte, era un buen soldado. Al escuchar hablar a este muchacho que es franco, inocente y de buena fe, ¡una se da cuenta hasta qué punto ha llegado la corrupción de los otros! ¡Qué tiranía! ¡Harían marchar al pueblo a la revuelta a escopetazos! Felizmente que entre ellos la idiotez se disputa con la atrocidad. ¡Hagan entonces rebelarse a un pueblo a escopetazos! ¡La idea es nueva! Laffitte es adorable cuando expone esta sabia política del Midi ¡concebida por las cabezas más fuertes! Es necesario haber visto a este muchacho, haber sido golpeados por todo lo que hay de bueno en su rostro fuertemente acentuado, en donde la energía, la exaltación más violenta se dibuja en trazos de hierro, haber sido sorprendidos por la fuerza gigantesca que hay en ese pequeño cuerpo, en el pecho de bronce, en los músculos de acero; es necesario haber visto a Laffitte marchar, comportarse, hablar, ¡para tener una

idea justa de la naturaleza poderosa que Dioses ha puesto en este ser! ¡Y bien!, este ser tan bello al salir de las manos de Dioses se ha desviado de su camino por contagio con seres inferiores. ¡Qué lástima que este muchacho se haya estropeado! Si hubieran desarrollado sus facultades afectivas en lugar de desarrollar desmesura en él y no hubieran transformado sus energías y exaltación salvaje naturales en un mal sentido; si con esta energía Laffitte hubiera tenido amor, fe... ¡oh!, ¡entonces habría sido un ser completo y magnífico! Pero los caballeros no quieren que sus soldados tengan amor, porque saben muy bien que el amor ilumina, vuelve inteligente, ¡y que entonces los soldados podrían juzgar las acciones de los jefes y condenarlos según sus crímenes!

Laffitte está perdido. No me propondré salvarlo. Sería un trabajo muy grande y sin posibilidades de tener éxito. Me da lástima esta alma, es una naturaleza bella la que perdemos.

Este Hughes es tanto más peligroso porque su rostro enmascara perfectamente lo que reside en su espíritu. Lo que se llama un bello hombre de cuerpo, que tiene una cara dulce, agradable, buena e incluso gentil; ojos azules como el cielo, dulces, tiernos, una bonita boca sonriente, fresca que deja ver dientes blancos, pequeños y bonitos como los de un niño; una voz dulce, una palabra fácil, maneras de un niño bueno... ¡he aquí muchas cosas para seducir! ¡Cómo el pobre obrero puede desembarazarse de él una vez que está enlazado en los mil anillos de esta serpiente seductora!

Es necesario creer que Dioses ha puesto en mí una potencia magnética muy fuerte, porque apenas todos esos grandes y terribles seductores aparecen delante de mí, ¡son derribados y huyen para esconderse en su vergüenza!

Hughes vino a verme la noche de mi llegada. En el instante mismo descubrí bajo esta cubierta magnífica el espíritu satánico que se escondía detrás de ella. ¡Hughes no volvió a aparecer! Lo vi un instante en la sesión de ayer, ¡parecía fulminado! No-

sotros lo invitamos a cenar en la noche, no vino. No lo he vuelto a ver. Siento que no quiere exponerse de nuevo a ser reconocido, pero yo tengo una mirada de esfinge<sup>157</sup> y el primer vistazo me basta para adivinar a un hombre.

Ayer obtuve bastante silencio, es la primera vez que eso me ocurre en el Midi. Este Hughes decía estupideces respecto de los derechos políticos. Un obrero le respondió de una manera como para matarlo: «Pero, le dijo, cuando estemos constituidos seremos la forma misma; ahora bien, al ser la forma seremos el gobierno, por consiguiente, no tendremos necesidad de inquietarnos por nombrar un gobierno». Yo aplaudí la réplica de este hombre y Hughes quedó confundido. Lo que distingue a esos caballeros es su torpeza, íson de una torpeza inaudita! Se los podría tomar por policías. Los obreros por el contrario tienen una tendencia a la habilidad.

¡Desde que salí de Marsella experimento un suplicio horrible! He aquí cuatro ciudades que no comprenden lo que quiere decir la palabra «amor». Sólo eso da una idea del Midi. Veo que cuando pronuncio la palabra «amor», todos esos hombres se miran y no comprenden, no más los obreros que los burgueses. En Nîmes encuentro un solo lionés, y la primera palabra que me dice es: «Aquí no saben lo que es el amor». Usted siente que uno no puede hablar a esa gente. En Montpellier encuentro un casi parisino (se había quedado diez años en París y había regresado a su ciudad). La primera palabra que me dijo con una tristeza indecible: «Desgraciadamente, señora, he hecho todo lo que he podido en este país para hacerles comprender las ideas que agitan el Norte, pero estos hombres no tienen amor, ino se puede nada en donde no hay amor!». Esta palabra me produjo tal impresión que fue la causa de que no busque mover a la ciudad. Me dije: «Es cierto, no se puede nada allí donde no hay amor».

---

<sup>157</sup> El manuscrito en francés dice «*œil de sphinx*» (ojo de esfinge); posiblemente Flora quiso decir «*œil de Lynx*» (Ojo de lince). (N. de la T.)



En Béziers, les dije: «Ustedes no pueden nada porque no tienen amor y un pueblo al que le falta amor le falta todo». Vi la fisonomía de esos hombres que no comprendían lo que esa palabra quería decir. La palabra «amor», tengo razones para creerlo, no tiene otra significación para ellos que las relaciones de hombre y mujer. En verdad creo que nadie le atribuye otro sentido. ¡Y allí reinan los sacerdotes! ¡Delicioso!

Ese Bernard es torpe. Ni siquiera vino a verme. ¡Es estúpido dejar ver así su rabia! Hay que hablar de este abogado Marcou, hombre honesto ¡aunque dudoso de todo! Su respeto por el pueblo illevado hasta el punto de no poder servirlo! Su exaltación en el amor. Su debilidad al reprocharse inocentemente de haber hecho dos anuarios del Departamento pagados en quinientos francos cada uno. Una ingenuidad muy grande.

Ese Fages y el trapense<sup>158</sup> Barbieux, ¡hombre estropeado, perdido, desagradable!

Ese Escudier es un hombre único en su género. Unas palabras dichas por él lo pintan de cuerpo entero: «Qué quiere usted señora, las tentaciones me arrastran». Este hombre tiene todos los vicios de la podrida civilización: goloso, libertino, derrochador, perezoso y no obstante su corazón no está viciado; él ve sus vicios, conviene en ellos, los condena y los sufre, y lanza a cada instante un anatema verdadero, sincero y terrible sobre los civilizados. Tiene todas las maneras, todas las cortesías de los aristócratas y en el fondo es realmente un demócrata. Este hombre se parece mucho a Régent (no confundir con el duque de Nemours) tal como el duque de Saint-Simon nos lo describe: habiendo nacido bueno, bello y capaz de actos nobles, al dejarse arrastrar por los vicios de todo tipo, se convirtió en el hombre más vicioso, más incapaz del reino. Escudier tiene el deseo sincero de servir a la clase más numerosa y com-

---

<sup>158</sup> Se dice del monje de la Trapa, instituto religioso perteneciente a la orden del Cister, reformado en el siglo XVII por el abad Raneé. Perteneciente o relativo a esta orden religiosa. (N. de la T.)

prende con mucha inteligencia que allí está la vida y el futuro de la humanidad. Su alma es arrastrada hacia los nobles pensamientos, las grandes acciones, pero su carne, que está siempre allí, como enemiga formidable de su alma, precipita a ésta en los abismos —con frecuencia en los desagües. Una vez yo le dije: «Pero por qué se deja usted domar así por su carne, dómela». Él me miró con una expresión de temor que no olvidaré jamás: «¡Dómela! ¡Diablos! Usted habla muy fácilmente». Y eso quería decir: «Pero señora, usted no sabe que mi carne miserable es un compuesto de legiones infernales, ¡y que disponen de una fuerza tan formidable que Dioses mismo no podría domarlas!». Yo dedicaré seis líneas a este hombre que sale de lo ordinario. Un individuo mancillado por todos los vicios de la civilización y que protesta enérgicamente contra esta civilización —esto bien tiene su lado original. Hace falta oírlo hablar de los Rolland (los Rolland son la gente más rica de la ciudad y, por consiguiente, los más idiotas, los más embrutecidos, los más conservadores y los más ridículos de todos los tenderos de Carcassonne). En suma, ese señor Escudier hace mucho bien, perturba la digestión de esos bribones de los ricos diciéndoles y probándoles en pleno café que no son más que ladrones cebándose a expensas del sudor, la sangre y la vida de sus hermanos.

Marcou, Barbier, Fages y toda esa banda de pillos cumplen la misma misión, y ésta es una de ellas: corren de café en café para despotricar contra los ricos, los señalan con el dedo, los estigmatizan y los Rolland con todo su oro son impotentes ante el juicio de esos golfos, tiemblan ante ellos, no se atreven a entablar una discusión, los saludan cuando pasan, en una palabra, tienen miedo de ellos. Y tienen razón, porque las peroratas, las burlas, los juegos de palabras de los pillos contra los ricos acumulan sobre sus cabezas odios implacables. Y llegado el día, los Rolland llevarán su cabeza frente a los golfos, quienes, a su turno inexorable, no les tendrán piedad.

Y el Laffitte, he aquí otro que tiene su sello muy propio. No sé si ese muchacho es un ángel o un demonio. Creo que en su caso hay tanto de lo uno como de lo otro. Todos sus instintos son democráticos, nobles, generosos. Es el hijo del pueblo con su grandeza. Pero su educación lo ha viciado. Hijo de un ropavejero, vendió él mismo durante su infancia ropa vieja que hacía pasar por nueva. Ha adquirido costumbres mercantilistas tan sucias en nuestra época. Sin quererlo, sin darse cuenta, él es un timador, un bromista, un Robert Macaire; él da la nota en política, en arte, en sentimiento. Habitado a timar, le gusta timar, le divierte; se burla sin piedad de los imbéciles que se dejan timar, ríe hasta las lágrimas y nos hace reír igual. Cuenta sus proezas con ingenuidad. Ese muchacho es extremadamente original y me divierte enormemente. Ayer se quedó dos horas bromeando con nosotros (uno de sus amigos) y yo no habría cambiado esta reunión por la más bella noche de Frédéric. Tiene una idea fija, la de timar a los burgueses, de sacarles su dinero burlándose de ellos y luego hacer propaganda de las ideas sociales entre el pueblo con el dinero de los burgueses. Todo eso es bueno, y proviene como se ve de buenos instintos. Mas no sé si tendrá éxito porque es muy ingenuo, se venderá a sí mismo. Nos dijo unas palabras encantadoras que matan, pero matan completamente a los fourieristas.

«Pero, querido señor, usted abusa», le dije. «Usted no podrá llevar jamás esta vida; para agradar a los burgueses le hará falta convertirse en tan idiota como ellos, tan canalla como ellos. Hablar mal del pueblo le prohíbe toda conversación socialista, ¡y será una vida atroz!» Me miró frunciendo las cejas, mordiéndose los labios, cruzando sus brazos como un hombre desesperado y que no obstante busca un medio para salir del avispero en el que ha caído. ¡Estaba como para pintarlo! El otro dijo: «¡Ah!, te atraparon». Camina a grandes pasos en el cuarto sin responder, luego repentinamente se golpea la frente y exclama: «¡Encontré la solución! Me hago fourierista al llegar a

Toulouse. El fourierismo está permitido, los burgueses lo aceptan porque no tienen temor de él. ¡Eso es! Y puedo hablar. Los tomo por su lado sensible. Les digo: Señores, ¡los que tienen cien mil francos tendrán trescientos mil! Conservan su mujer ¡y pueden tener tantas amantes como quieran! Conservan sus maridos y pueden tener amantes. Y bromeo así con toda libertad porque muestro a esos bribones de burgueses que tendrán mil por ciento a ganar en las revoluciones fourieristas. Entonces, ¡todos estarán a favor mío!». Luego, al retirarse con mucha sangre fría: «Señora Tristán, está convenido: en Toulouse soy fourierista, le ruego entonces que no me hable como a un socialista porque me haría fallar todos mis tratos. Pero esté tranquila, ¡en la noche iré a su casa y haremos socialismo!». Luego, animándose gradualmente, exclamó: «¡Ah!, ¡los bribones! ¡Me las pagarán caro! Una vez que tenga su dinero en mi bolsillo les diré: —Miserables burgueses, ustedes me han obligado a ser fourierista durante dos años, ¡yo he consentido a serlo para no atemorizarlos!, ¡bribones! Pero ahora cambiemos de tono, mis valientes, ¡yo quiero la felicidad del pueblo! Soy socialista, franco comunista. Quiero la igualdad, la fraternidad y la libertad para todos y todas y no sus tres mesas. ¡Facinerosos fourieristas!».

Todo lo que acabo de escribir fue dicho en menos de un minuto, y con una franqueza tal, una ingenuidad tal, una energía tal, ¡que Cazelle y yo quedamos fascinados, mudos de admiración y de placer!, ante la magnífica expresión que tuvo este muchacho con esa salida.

Espero que después de ello toda la escuela politécnica se levante en masa para probar por x y por [...ilegible...] que el fourierismo es una ciencia, ¡y que no se haga constar menos que Laffitte lo mató y lo enterró para siempre! Tengo cosas bellas que decir sobre ese muchacho.

Nuestra segunda sesión: cien obreros puros, ninguna inteligencia; tan sólo supe hacerles una arenga revolucionaria. Laf-

fitte habló. Es bueno para sublevar a los hombres, eso es todo. Pero sería muy bueno en la plaza pública en un momento de revolución. Cazelle no sabe hablar todavía, no comprende bien la Idea. Por lo demás, ningún hombre habla a los obreros el mismo lenguaje que yo. Yo los elevo a sus propios ojos, los animo. Ellos los halagan, los tratan bien. Yo les hablo duramente, severamente, los hago ruborizarse por su inercia. Sienten que hay en mí un vigor terrible y hacen esfuerzos inauditos para tratar de ser tan vigorosos como yo. ¡Oh! ¡Si hubiera en Francia solamente dos hombres tan vigorosos como yo!, ¡cómo marcharía esto!

En resumen, con respecto a la moral, regular; [*en lo*] intelectual, malo; [*en el*] orden político y, por consiguiente, hoy en día muy atrasado material, malo. Jornadas de 1,50 a 2 FF; las mujeres 60 a 80 centavos.

Unas líneas sobre los accionistas de la manufactura (real, hilado de lana): «La señora Tristán ha venido donde nosotros para reclutar a los obreros, pero nuestros obreros son demasiado esclarecidos para dejarse seducir por las promesas de charlatanes políticos; se han burlado de ella y la han tomado por una bruja». ¡Ésta es la forma como los patrones hacen hablar a los obreros! Hay que decir dos líneas de esta manufactura isucia, desagradable! Cuatro pulgadas de grasa en el piso «Para conservar los ladrillos», dijo el capataz. Este hombre gana 50 FF al mes. Entró allí a los siete años, su hija de siete años ya trabaja allí. Los niños pequeños ganan ocho medios, las chicas 12-15-18-20 medios; los hombres 25-30 medios; 2, 2,50 FF a lo más. Largos períodos de desempleo..., todo tiene un aspecto desagradable, y ciertamente los pobres obreros no tienen una apariencia muy esclarecida.

Esta manufactura es la antigua manufactura real.

Debo anotar las injurias y calumnias soltadas a los obreros contra mí por los burgueses —horrores sobre mí. Por lo demás, lo que se ha dicho en todas partes: «Abandonó a su marido».

«Fue asesinada», «ha tenido amantes», «es sansimoniana enviada [*tres palabras ilegibles*]», etc., etc.

Por lo demás, todo esto denota la corrupción de los habitantes, porque para decir y creer calumnias parecidas es necesario ser uno mismo bastante corrompido. Dicen que el señor Escudier se quedó conmigo hasta las 2 de la mañana y que debía ser mi amante. Tal parece que las personas de este país no pueden creer que un hombre se quede donde una mujer sin ser su amante. Es extraña esta corrupción que me asombra siempre, aunque sea testigo de ella. Y como él nunca se quedó solo, piensan sin lugar a duda que dos o tres eran de la partida. Hay que anotar el robo del hotel, 50 centavos. Un franco la horchata.

¡Hay aquí un llamado Dubois que pretende haber sido mi amante! De dos cosas, la una, si hubiera sido verdad que lo había sido, hace falta que sea muy canalla para decirlo. Si no lo ha sido, es necesario que sea muy miserable. Vinieron a denunciarme eso y yo dije: «¿Por qué no viene, entonces, a verme?». Es lo que le dijeron. Él respondió que no se atrevía a presentarse porque no tenía ropa. La respuesta me pareció tan encantadora que no puedo rehusarme a señalarla. Por lo demás, que ese Dubois sea un granuja, un bromista, un miserable canalla, y su conducta prueba que es todo esto, no tiene nada de sorprendente. Desgraciadamente, en el Midi y en el Norte hay millares como él. No llamaré la atención, entonces, sobre un bicho de esta especie, sino sobre la ciudad de Carcassonne que tiene la falta de pudor, la indecencia, la bajeza de escuchar las sucias calumnias de un mal granuja, de darle crédito y repetir las. Yo les pregunto: ¿qué pensar de una población burguesa llamada honorable, cuando uno la ve actuar de tal manera? Me limito a señalar el hecho, que cada uno juzgue según su conciencia a los honorables burgueses.

En definitiva, esta ciudad de Carcassonne se reveló lamentable. Los burgueses demasiado ricos para tener miedo de mí y calumniarme. Los obreros demasiado cobardes por tener te-

mor de los contratos<sup>159</sup>. Sólo una persona se reveló bastante buena. Y quién, gran Dioses, un policía subalterno. Este hombre, a quien no puedo nombrar, vino a avisarme una mañana que estaban haciendo un informe sobre mí y que lo iban a enviar a Toulouse para que la policía tuviera puesta la mirada en mis actividades tan pronto llegara, luego agregó: «Yo he leído su libro, toda esta noche la empleé en su lectura y estoy maravillado. ¡Ah! Yo la conozco, veo que usted es una santa, una liberadora del género humano. Y yo, policía, a quien se desprecia, yo que sirvo a la gente para comer, aun a riesgo de perder el pedazo de pan que me dan, vengo a decirle: Ángel, tenga cuidado porque los vampiros, los demonios te persiguen».

Si alguna vez me convierto en alguien, espero que sea en este hombre. Ser policía y conducirse de tal manera, eso muestra un alma en regla. Doy mi palabra, es como para ya no comprender nada. Qué misterio es la humanidad.

Esta ciudad me ha dejado tristes recuerdos. No obstante, la fisonomía de los obreros es buena. ¡Oh! Los haré librarse del error en el que los caballeros los han puesto.

No quedaron en esta ciudad más que cuatrocientos pequeños libros. A partir de lo que me habían dicho, pensaba que serían necesarios al menos unos dos mil. Pero no, no leen. Los caballeros se cuidarán muy bien de decirles: «Instrúyanse». Lo primero que nos dijo Hughes Bernard fue: «Aquí no tienen costumbre de leer como en Lyon. Si uno les habla de leer un libro, se acabó, le dan la espalda». Miserables caballeros, son ustedes los que les han dicho que no lean (deberían oír hablar a Laffitte al respecto) porque ustedes saben muy bien que tan pronto ellos sepan comprender los rechazarán con desprecio y

---

<sup>159</sup> El término «*pratique*» en francés alude a las personas que compran habitualmente a un comerciante o a las que emplean habitualmente a un artesano. Como no existe un solo término para ambos conceptos en castellano, se ha traducido clientela cuando se refiere a los clientes de los talleres y contratos cuando alude a la relación entre los obreros y quienes los contratan. (N. de la T.)

con cólera. Eso me hace recordar lo que me decía Millet al hablar de Hughes Bernard: «¿Cuál es su posición? ¡Su posición!... deambula, bromea en los cafés. ¡Diablos! ¡Pero es una triste recomendación! Y sin embargo, está muy de moda en Carcassonne. No tengo una buena opinión de esto». «Y yo tampoco. Son todos iguales». «Mire, señora Tristán, lo que nos disgusta a nosotros los obreros es ver que todos aquellos que se las dan de nuestros defensores nos explotan, se burlan y viven a nuestras expensas y empeoran nuestra posición por el mal que nos hacen. Nosotros los obreros tenemos suficiente inteligencia para darnos cuenta del juego innoble de todos esos farsantes, pero no tenemos ni suficiente inteligencia, ni suficiente fuerza para impedirselo, y es este pensamiento el que nos introduce la muerte en el alma y nos enfría». Mollet dijo esto con la expresión de un hombre que está penetrado y que sufre. Tiene razón, es lo que los enfría que les introduce la muerte en el alma. ¡Oh! Bribones de caballeros, los destruiré.

El pueblo, entonces, tiene hoy tres formidables enemigos: 1º los sacerdotes; 2º los burgueses; 3º los caballeros; y el pobre pueblo es tan ignorante, tan ciego, tan estúpido que sólo ve enemigos en el gobierno, es decir, Louis-Philippe, el prefecto de su ciudad y la policía. ¡Es para romperse la cabeza contra la pared!

No, ni Jesús, ni los apóstoles, ni los mártires cristianos experimentaron jamás la centésima parte del suplicio que yo soporto. Porque ellos no amaban a sus hermanos en la humanidad, ellos los amaban en Dioses, no tenían corazón, entonces, para hacer comprender a sus hermanos la verdad. Además, su gran tarea era pensar en ellos mismos, lograr su salvación. Ignoraron, entonces, ese horrible suplicio que yo padezco, ese suplicio espantoso de hablar a los sordos. ¡Oh! Mi Dioses, mi Dioses, ¡por qué me infliges un suplicio tan grande! ¡Haberme dotado de tanta inteligencia para ver tan sólo la falta de inteligencia de mis hermanos! ¡Qué pensamiento atroz! A veces, cuando hablo a esos hombres me detengo en seco. Por un po-



der de segunda vista leo en sus cerebros, ¡no pueden comprender! Frente a esta visión, ¡me detengo aterrorizada, helada. ¡Tengo frío!, ¡tengo miedo!, me creo la única en mi especie en medio de una especie salvaje y completamente animal, poseyendo tan sólo el cuerpo y no el alma. ¡Oh! ¡Quién sabrá jamás lo que sufro en esos terribles instantes! Sólo Dioses. Porque yo misma no oso medir la profundidad. En esos momentos de angustia siento que todas las relaciones entre mis hermanos y yo se han roto. ¡Oh! Hace falta haber sentido eso una misma para hacerse una justa idea de todo lo que hay de horrible y espantoso en ese estado!

Cómo podré describir ese terrible momento en el que Dioses actúan en mí y por mí por su criatura, ¡no podré jamás! Porque jadeando y sometién dome a la acción de Dioses en mí, ¡no me queda fuerza más que para sentir y vivir!, pero no para recordar.

No terminaré con esta Carcassonne. El señor Trinchant, abogado eminentemente patriota, revolucionario, etc., que según Saissac tiene a la ciudad de Carcassonne en sus manos, no quiso recibirme e hizo decir que estaba en el campo. «Qué quieren que le diga a esta mujer que es comunista. Yo desapruébo sus ideas. Además, ya no me meto más en nada» (decir algo al respecto).

Sobre ese pobre Marcou, que tiene tanto respeto por el pueblo que no se atreve a hablar a un obrero... Hay una naturaleza bella en ese muchacho.

No pude ver al arzobispo. El de Marsella viajaba por su salud. El de Montpellier para ver sus tierras. El de Carcassonne a los baños. ¡Pobres humildes! ¡Qué desgraciados son!

Hay que hablar del guerrero Desprès. Su respuesta: «¡Mi deber me manda hasta el punto de que tiraré sobre mi padre!». Eso coincide con lo dicho por el *sipahi*: «¡No conozco más que mi oficio!».

Me acordaré del resto. Ninguna carta de Barbès. La mía requería al menos una respuesta. Ninguna carta de Paya. Cómo vamos...

\*\*\*

## XX. TOULOUSE (8-19 DE SEPTIEMBRE DE 1844)

*TOULOUSE, EL 10 DE SEPTIEMBRE.* Estoy aquí desde hace dos días y no he tenido tiempo de escribir siquiera dos palabras. ¡Cuántos acontecimientos! ¡Esto se prepara bien! La noche misma de mi arr... [*en blanco*]

*Este 16.* Desde hace seis días no puedo encontrar ni un minuto [*libre*]. ¡Qué acontecimiento este encuentro de Alby! Decididamente sólo a mí me suceden cosas de este tipo. En una novela esto parecería muy novelesco. ¡Qué misterio terrible o feliz escondido en este encuentro! Este hecho es demasiado extraordinario para que no se ligue a algo importante en mi vida. Esperemos. Esto me tomó tres días, es mucho.

Al día siguiente de mi llegada, recibí la visita del comisario central a las 9 de la mañana. Ya había 18 ó 20 obreros en mi domicilio. Actuó con modales. Pidió verme en particular. Yo descendí.

Este hombre se llama Boissenau, es de Burdeos. Es el rostro de comisario más feo, más malo que haya visto hasta ahora. Qué pobre pequeña figura, completamente larguirucho, flaco, pálido, raquítico, débil y enfermizo. Un tipo innoble.

Es el funcionario imbuido de la importancia de sus funciones. Es un fanático de su estado, de su oficio, de su maestro L.

Ph... Es verdaderamente curioso. Estaba [...ilegible...] hablando con pasión, cólera. Me pareció bastante ridículo y provocó en mí un movimiento de hilaridad que me hizo sentirme muy a disgusto. Me dijo que el señor prefecto había sido avisado de mi llegada por las autoridades de Carcassonne y que el prefecto y él, el comisario central, estaban decididos a impedirme todo tipo de reuniones; que estaban sumamente sorprendidos que yo viniera a Toulouse, ciudad muy apacible, para traer el desorden a ella. Lo dejé continuar durante diez minutos con ese tono pedante y soltó estupideces que no me atrevería a repetir, ¡eran tan idiotas! Cuando me posicioné bien del hombre le dije en un tono un poco irónico, confieso: «Señor comisario, cálmese usted y calme al señor prefecto. Yo no vengo aquí para revolucionar a la ciudad. Vengo, al contrario, para atrasar la Revolución». La palabra «calmar» lo había afectado mucho. «Señora, el señor prefecto y yo no tenemos miedo de una mujer». «No obstante, usted estará de acuerdo en que su conducta lo prueba». Me reprocho de no haber seducido a este hombre con bellas palabras muy dulces, pero era tan ridículo que me provocaba unas ganas de reír que no podía controlar.

En la noche tuve una reunión con los *comp[agnons]*. Intentó entrar, pero como la reunión de los *comp[agnons]* en la casa de la Madre es cosa sagrada, no osó infringir la prohibición.

Me dijo que escribiera al prefecto para pedirle la autorización y que, en el caso de que la obtuviera me dejaría hacerla. Escribí al dejarlo una carta muy educada solicitando una audiencia a fin de poder explicar yo misma al prefecto el objetivo completamente pacífico de mi prédica. Al día siguiente, en la mañana, el comisario central regresó a decirme con un aire incluso más importante, que el señor prefecto «no tenía tiempo para dar fuera de sus numerosas ocupaciones a las personas que sólo se ocupaban de llenar la cabeza a los obreros con ideas más o menos extravagantes», esta fue su respuesta textual; además, me trajo el libro de *La Unión Obrera* que yo le

había dado, diciéndome: «El señor prefecto me ha encargado devolverle su libro sin tener que enterarse de lo que dice, porque como funcionario público no puede “comprometerse”, (esa fue su expresión) con todos los escritos revolucionarios que se lanzan al público».

Me gusta creer que el señor prefecto Duchâtel, hermano del ministro<sup>160</sup>, es un hombre bastante bien educado para no servirse de tales formas ni expresiones parecidas, pero hay aquí un hecho, más bien dos. El primero, ¿cómo sucede que un prefecto que se respeta y tiende a pasar por un hombre bien educado se sirve como enviado de un agente tan mal educado? Enseguida el hecho material. El señor prefecto no respondió a mi carta y me regresó mi libro sin haber abierto la banda.

¡Qué cosa! Qué diría pues de este hecho nuestro crédulo e ingenuo amigo Considérant quien me aconsejaba antes de mi partida pedir autorización al prefecto para hablar a los obreros, en todas las ciudades a las que llegara. Aquí empleo la forma más educada y he aquí un prefecto que no quiere ni concederme una audiencia, ni siquiera leer el libro que él consideraba como revolucionario. Qué pensar del sentimiento de justicia, de orden, de humanidad que debe animar a un funcionario público que tiene la falta de pudor de condenar a una persona sin ni siquiera querer oírlo. Yo le pregunto: ¿Qué respeto, qué confianza puede inspirar tal funcionario? ¿No es trabajar a sabiendas y malévolamente para desacreditar el poder en el espíritu público? Todo el mundo comprenderá que una conducta parecida es de naturaleza tal que inspirará en el pueblo el más profundo desprecio por la autoridad.

¡Pobre ciudad de Toulouse! ¡Cómo es administrada!, desde este asunto del señor [*un nombre propio ilegible*] hay entre las

---

<sup>160</sup> Se refiere al conde Charles-Marie Tanneguy Duchâtel (1803-1867), economista y liberal, que ocupó altos cargos como funcionario del Estado francés. Asimismo, desde 1848 en que emigra a Londres, se dedicó a la literatura y a la pintura. (N. del E.)

autoridades y los obreros un odio implacable, ¡un desafío lanzado! En 1840 los obreros vencieron, forzaron al Procurador general, a huir como un ladrón, [*también*] al prefecto y a los otros. Y desde entonces el amor propio de la camarilla de la prefectura ha quedado profundamente herido, quieren vengarse. ¡Pero dónde estamos, gran Dioses! ¿Cómo la autoridad que debería representar la justicia, es decir la calma, la razón, el orden, la autoridad, osa hacer alarde públicamente de su odio, su cólera, su deseo de venganza? ¡Pero es monstruoso! Eso resalta una debilidad, una maldad y una falta de dignidad que no se ha visto nunca todavía en ningún siglo, en ningún país. (Indico esto aquí solamente, ¡pero tengo magníficas páginas por hacer al respecto!).

El comisario central se irritó conmigo. Otra medida: puso de pie a toda la policía de la ciudad y aparte de tres reuniones en casa de las Madres, ninguna pudo tener lugar.

Ahora, yo debo decir que —según mi opinión— la torpeza, el temor de los obreros es la causa principal de la falta de reuniones.

¡Pobres obreros de Toulouse! Figúrense ustedes la ignorancia más profunda, sin leer ni conocer a nadie, temiendo a un sargento de ciudad, en fin, ¡sentimos aquí a los gascones en su tipo innoble! ¡Oyéndolos ellos matan a cualquiera! Pero divisan a un mercader [?]<sup>161</sup> y se escapan. Una jactancia ridícula. No había encontrado nada tan tonto tan [...*ilegible*...] tan fanfarrón, nada más doloroso de estudiar. La decepción es completa y yo he sufrido desde hace diez días que estoy aquí todo lo que una puede sufrir de más duro.

No obstante, percibo que he emocionado profundamente a los más inteligentes. Tienen buena voluntad. Pero no tienen instrucción, gusto por la lectura, por el estudio. Perezosos, temerosos, faltos de actividad, de consecuencia, de constancia, de prudencia. Puede ser que con ayuda encontremos algunos.

---

<sup>161</sup> Signo de interrogación en el original. (N. de laT.)

Lo dudo. ¡Oh! Tendría mucha más confianza en los lioneses que no hablan jamás de partir nada de un tajo, pero que llegado el momento parten de un tajo sin rechistar.

Dejo quinientos pequeños [*folletos*] que se venderán con mucha dificultad. Formé un círculo del que no espero nada bueno. En fin, hace falta esperar.

Resumen: En lo moral, malo, sin amor; la palabra misma no es comprendida. [*En lo*] Intelectual, malo, sin lectura, sin estudio; sin embargo, todos son revolucionarios comunistas. Es algo.

Lo material, tan miserable como Lyon. Jornales de 1, 1,25, 1,50 FF; los *comp[agnons]* 2 FF. Todos en la última de las miserias. ¡Y bien! Esta miseria los embrutece y eso es todo.

Ese R... es bueno, sin capacidades. No encontré aquí ningún hombre de capacidad. La primera ciudad en la que eso me ocurre. Incluso en Saint-Etienne encontré tres o cuatro.

Juzguen pues según la reputación, en todo es lo mismo. Sé que las reputaciones de las ciudades son tan falsas como las reputaciones de las personas. Es lamentable ver con qué facilidad se establecen las mentiras, ¡y la verdad nunca!

Hablemos ahora de los periodistas, de *L'Emancipation*, el subnacional de Toulouse y de los caballeros.

Los periódicos del gobierno han dicho mentiras como en todas partes, primero calumnias acerca de mí, luego sobre mi libro.

No los citaré porque es tan estúpido, tonto, aburrido que al final esas banalidades cansan. Pero he aquí el pequeño ataque muy solapado, muy malo, muy odioso del regional de Toulouse. Hay que colocar aquí el artículo de Marcou y las reflexiones de *L'Emancipation*. Vemos que esto continúa perfectamente los miserables ataques de *Le Censeur* de Lyon.

Aquí como en Lyon los obreros saben muy bien a qué atenerse sobre el liberalismo y los sentimientos democráticos de *L'Emancipation*, de su propietario y de los redactores que ocu-

pa en su negocio. Esas pocas líneas inspiran el desprecio o solamente el desdén. Varios, sin embargo, creen un poco todavía en el señor Ribérol, redactor en jefe y en Rollet, gerente. Estos señores dejaron el periódico allá sin ceremonia y se fueron a pasear hasta Cette. Finalmente regresaron. ¡Por supuesto, no vinieron a verme! ¡Hicieron poco caso! Su dignidad se encontraría comprometida. Fui en la noche al café Belanger con Rolland y Jacob para preguntar a esos señores, porque ustedes saben que los periodistas de provincia son pilares de los cafés. No salen de ellos, los llaman la «plaza pública». El señor Champvans me dijo un día: «Lo que nos hace superiores a ustedes las mujeres, es que nosotros los hombres vivimos continuamente en la plaza pública». Según esto habría que concluir que el destino de la raza superior es sobre esta tierra ¡pasar diez horas jugando cartas, al dominó o en el billar! Hicimos llamar entonces a esos señores que estaban profundamente absortos en una de sus cuatro funciones útiles. El señor Ribérol me abordó con un tono bien seco, muy impertinente. Lástima que no pueda transmitir aquí el sonido de la voz y del aire: «Señora, yo la conozco, he leído sus trabajos que no dejan de tener su mérito; en cuanto a su misión, acabo de pasar cinco días en Carcassonne, usted presente que he oído hablar de usted. He hablado también con mis amigos Trinchant (el que no quiso recibirme) y con Hughes Bernard que es mi amigo íntimo». Juzgué por este inicio que el ilustre redactor de *L'Emancipation* podría ofrecerme una segunda comedia muy divertida y me tomé la libertad de aprovechar esta distracción inconveniente. Adiviné a la primera que el señor Ribérol estaba dotado de una de las más bellas naturalezas de hombre que no resisten jamás al poder de una mirada dulce de mujer, y en el que la aspereza masculina desaparece completamente bajo la influencia mágica de un sonido de voz y de una sonrisa acariciadora. Este descubrimiento, debo decirlo, había ya absuelto a mis ojos al periodista. Lo consideraré con una compasión afec-

tuosa, imaginando que él era víctima de otro ambiente malo en el que las naturalezas más bellas son más o menos manchadas por la podredumbre general.

Ataqué entonces al periodista con mis armas terribles, y debo decir en honor del señor Ribérol que fue vencido de inmediato. Luego de intercambiar algunas frases cambió de tono de una manera encantadora como un hombre que cede y se rinde con gracia. «Por lo demás, dijo él suspirando, usted tiene una ventaja enorme, su título de mujer. Su libro está bien, su misión es bella, pero, en fin, se debe decir que su título de mujer impide que uno discuta sus opiniones con toda libertad». «Espero, señor, que usted no se ponga galante conmigo en una circunstancia tan grave». «¡Eh! Señora, sin duda no debería ponerme galante, debería tratarla con toda la rudeza que uno trae consigo en materia política. Pero he aquí, usted es una dama y vea usted, por más que los hombres desprecien a la mujer, se burlen de ella a sus espaldas, apenas tienen delante una mujer que quiere dejar que le hablen con educación, los más feroces se vuelven niñitos». Segura del éxito no pude resistir el placer de lanzar sobre el señor R... una mirada insolentemente triunfante, acompañada de una sonrisa sardónica y malévola que llevaba mi audacia al colmo. En lugar de molestarse, me respondió él también con una mirada y una sonrisa que decían claramente: «Qué quiere usted, es así, triunfe, yo me confieso vencido. No me arrepiento de ello».

Mantuve a mi hombre y lo hice hablar durante más de dos horas. Es mejor que los otros. No obstante, tienen en la cabeza las ideas del Midi. En breve, es un periodista y un caballero capaz de causar mucho daño. Porque no carece de una cierta inteligencia y de un cierto talento que no he encontrado en los otros. Se ve también que todavía tiene un cierto tictac en el fondo del corazón. Hará daño, pero por un instante sentirá remordimientos. En una palabra, es una naturaleza bella viciada por la sociedad. Ningún plan político. Todo en él, como en to-



das las cabezas del Midi, está en estado de caos. No quiere que uno se prepare porque al no tener confianza en él no tiene confianza en nadie, ¡una vanidad suntuosa! (Midi). Cuenta sobre un acontecimiento imprevisto, el azar. A esa palabra «azar» su amigo Rollet, el más *fier-à-bras*<sup>162</sup> de todos los caballeros, un hombre que sólo conoce el fusil, exclamó como iluminado: «¡Sí! ¡Sí, señora, he aquí sobre los que nosotros contamos, nosotros los valientes del Midi, el azar!».

Así, con esa palabra, el «azar», se resume la política de estos dos políticos de Toulouse. Ellos esperan un acontecimiento, muerte del rey u otro, y cuentan con el azar.

¡Oh! ¡Podré decir que he visto gente singular en el Midi!

Mi visita a M.J.B. Paya. El director propietario etc., etc., miembro del concejo municipal, etc., etc., en fin, el hombre importante de la ciudad ¡y el más grande caballero político e industrial del departamento de la Garonne!

El local del susodicho periódico es simétrico al arzobispado. Al fondo del patio, se entra en la planta baja y al frente hay un escritorio, caja enrejada y cerrada por cortinas. Preguntamos si el señor Paya se encuentra, y detrás de esa cortina una voz responde: «Joseph, ábrame», y el susodicho Joseph abrió una pequeña puerta en esta caja-jaula. Esta manera de hacerse encerrar me pareció completamente original. ¿Acaso el señor P... se cree un personaje tan importante que tiene que meterse bajo llave temiendo los ataques que podrían intentarse contra su persona? Hoy, el susodicho Paya es conocido. Se sabe que es un Robert Macaire de primer orden. Hasta Béziers pude estar todavía bajo el encanto de la ilusión que este hombre me pro-

---

<sup>162</sup> *Fier-à-bras*, ése es el nombre de un gigante sarraceno en las canciones de gesta, el cual fue vencido por Olivier, par de Francia y compañero de Roland, como lo recuerda Rabelais en su genealogía de Pantagruel. Un *fier-à-bras* es alguien que amenaza a todo el mundo, un matamoros. El diccionario Petit Robert confirma este origen. (N. de la T.)

dujo en París. Pero ahí ya oí despotricar contra él. En Carcassonne, conocido. En Toulouse, más que conocido. Juzguen.

Este hombre es de un tipo vulgar. Vanidad, mediocridad... he aquí al hombre. Su ridícula vestimenta armoniza con su figura plana: babuchas, una bata india bordeada con un ribete rojo, puños, gorro de terciopelo bordado, lentes, todo es pretencioso, ridículo.

Me hizo el honor de recibirme muy bien. Fue encantador. Esos señores R... y B... no lo habían visto nunca tan amable. Yo lo encontré más bien hablador, pesado. No obstante, es un tipo único en su género, pequeño Girardin de provincia. Haré, quizá, su retrato. A decir. Hace de *L'Emancipation* un juego de bolsa, la vende, la hace comprar, etc., etc. ¡Qué desagradables son todos esos bribones al verlos de cerca!

El espantoso latido del corazón que me agarró cuando me vi en la desembocadura del canal con R... y B... y todo lo que resultó. Esta jornada me pareció magnífica y no obstante me pareció larga. Al día siguiente, cenar con obreros que no han soñado siquiera en brindar por la Unión ni por mí, por nada. ¡Nos habíamos reunido allí para comer y beber, eso era todo! ¡La pena que sentí está más allá de las palabras ¡Qué decepción esta ciudad, gran Dioses! Yo, que esperaba tanto de esa gente que creía... [*palabra omitida*] como no habían querido hacer manifestaciones por la muerte de Laffitte. No hay nada que decir, no sienten el amor. Yo había aceptado esa cena con la esperanza de que se manifestarían un poco. ¡Nada! Parto de esta ciudad con el corazón roto de dolor, pero no de la misma manera que en Nîmes. Allá son ignorantes, fanáticos, malos, no quieren comprender. Mientras que aquí son buenos, tienen el deseo, pero no sienten. No obstante, tengo esperanza porque tienen buena voluntad.

El señor Martin, sastre en Carcassonne, que no se atrevió a venir a verme por temor a la clientela, aquí viene. De igual manera actúan los de aquí, no se atreven por temor a la clientela.

Si encuentro uno en Burdeos, vendrá. Decididamente en todas estas ciudades de provincia están paralizados por la clientela. Infelices, sólo el derecho al trabajo puede librarlos de los clientes. Y el tonto de Eugène Sue que dice: «Los obreros no demandan más que este derecho, se contentan con eso». Lo que era muy bello (decir aquí mi opinión sobre Laffitte y su entierro). No debía haber detrás de su coche fúnebre más que el carruaje de su mujer y el del rey<sup>163</sup>. ¡Y bien! En absoluto. Nada respondió a nuestras esperanzas, porque no leen, no se instruyen. Un pueblo tan ignorante es incapaz de nada.

Laffitte en Toulouse. Es él mismo quien lo dice. Laffitte de Carcassonne es proletario, demócrata, revolucionario porque él está seguro de encontrar una cena en su casa, pero Laffitte en Toulouse es burgués fourierista, guante amarillo porque es necesario que encuentre cada día 3 FF para comer. Así, uno encuentra la misma necesidad en todos los individuos: comer. Den a todos y a todas el derecho al trabajo (posibilidad de comer), el derecho a la instrucción (posibilidad de vivir por el espíritu), el derecho al pan (posibilidad de vivir completamente independiente) y la humanidad hoy tan vil, tan repulsiva, tan hipócritamente viciosa, se transformará de inmediato y se volverá noble, orgullosa, independiente, libre!, y bella!, y feliz.

Esos tres derechos corresponden evidentemente a las tres palabras pronunciadas para hacer la revolución del 89: 1º igualdad, primer derecho al trabajo; 2º libertad, segundo derecho al pan; 3º fraternidad, tercer derecho a la instrucción. Porque para ser iguales es necesario que todos trabajen, para ser libres

---

<sup>163</sup> Jules Puech anota sobre este personaje: «El célebre financista Jacques Laffitte (1767-1844) murió el 26 de mayo y sus exequias constituyeron la ocasión para una manifestación imponente. Dos años antes, este antiguo ministro de Louis Philippe, quien le debía el trono, había pedido públicamente perdón a Dios del papel que jugó en 1830. Durante su paso por el poder, debió luchar contra los legitimistas y contra los republicanos, y Louis-Philippe, lejos de apoyarlo se opuso a su acción». (N. del E.)

es necesario que todos puedan vivir, para ser hermanos es necesario que todos hayan recibido la misma instrucción a fin de poder simpatizar entre ellos.

Nuestros padres marcharon en nombre de esas tres vagas palabras de las que ellos mismos no tenían la clave. Así se producen las ideas, primero en estado de instinto, luego en el estado de sentimiento, después en el estado de comprensión. Hoy uno siente que hacen falta derechos, pero un número todavía muy pequeño comprende su importancia. Para eso hace falta todavía diez años, aunque mi *Tour de Francia* será un catecismo que avanzará la marcha de las ideas.

Estoy escribiendo y estoy obligada a partir. ¡Qué suplicio!

\*\*\*

## **XXI. AGEN (20-25 DE SEPTIEMBRE DE 1844)**

IMPOSIBLE DE REANUDAR, y heme aquí en Agen. Finalmente terminaré aquí.

Reanudo Laffitte. La primera educación es todo, y decide el futuro de un individuo. El pobre muchacho comenzó como vendedor ambulante en las ferias, pueblos, etc., etc. Comenzó luego a jactarse, a engañar, a robar legalmente (los vendedores ambulantes tienen la patente). Laffitte no será nunca, por lo tanto, un artista, un defensor del pueblo. No, antes que nada, y después de todo, buscará hacerse una posición.

Laffitte representa esa parte de la clase obrera que en nuestros días es realmente odiosa: jóvenes bastante inteligentes

que podrían si quisieran hacer una propaganda infernal, y de una manera terrible, ¡y bien!, emplean su juventud, su fuerza, su actividad en hacerse una miserable posición. He ahí Laffitte. Del pueblo, y trabajando por el pueblo, ¡sería magnífico! Mientras que, trabajando para él mismo, es innoble.

Lo he visto con toda su fealdad. Nosotros le hicimos algunas observaciones sobre su estatuilla de Henri V. Se encolerizó terriblemente, nos dijo las palabras más groseras, fue la primera vez que vi un obrero en ese estado de vulgaridad y de brutalidad. Sentí un disgusto inaudito. Vi con placer que eso producía el mismo efecto sobre tres obreros que estaban allí con nosotros. Los obreros ordinariamente no se dejan llevar por su grosería delante de todo el mundo. ¡Oh! Me hubiera gustado ver allí a la señora Sand, ella habría visto si una mujer elegante y bien educada puede enamorarse de un obrero grosero<sup>164</sup>.

Estoy en el segundo piso. A cada momento me interrumpen los «¡bravo...!», los aplausos, los gritos de felicidad que dejan oír los ruidosos comensales que dan un banquete al señor Liszt. Es Jasmin quien hace los honores de la fiesta. La multitud de curiosos de Agen está abajo, en las ventanas, burlándose de Jasmin, lo que le hace decir a éste que sus compatriotas son unos ingratos, que en París, en Toulouse, en Burdeos, en fin, en todas partes donde hay verdaderos conocedores, es él, Jasmin, quien es muy apreciado. No sé de qué manera habrá sido festejado el señor Liszt en las otras ciudades, pero ciertamente no ha habido comensales más escogidos que aquí. No envidia su suerte. Dioses, qué infeliz sería si tuviera que relacionarme con todos esos burgueses vulgares, idiotas, que desa-

---

<sup>164</sup> Jules Puech juzgó necesario aquí anotar el Manuscrito. Dice: «Alusión a la novela de Georges Sand: *Le Compagnon du Tour de France*, aparecida en 1840, y al amor de la noble Yseult de Villepreux por el obrero Pierre Huguenin». (N. del E.)

finan, gritan fuerte, hablan mal... qué diferencia con mis obreros (escribo esto en Agen).

Mi visita al comisario central Boisseneau (en Toulouse), ¡una hora de buena comedia!, ¡impagable! ¡El hombre que salva a la patria! Le dije verdades fulminantes, hervía de cólera, pero por debajo ¡qué ventajas tiene una mujer! Cuando le dije que los obreros lo detestaban y que podría pasar cualquier día un mal momento, se puso pálido como un muerto. Ese ser vil, bajo, malo y cobarde ¡estaba espantado de mi lenguaje! Repetí a cada instante: «¿Pero pienso, señora, que usted no les habla así?». «¡Pero sí, y mucho más fuerte!». Escribiré quizá esta conversación, sería deliciosa, mas no sé si me atreveré porque no quiero cargar con este miserable policía a mis espaldas.

Y los empleados de Boisseneau escuchaban en la habitación contigua. Cuando partí se reían como locos. Todos me miraron con una expresión de sentimiento de admiración que sólo me puedo explicar por el desprecio que tienen por su estúpido patrón. Me volví hacia ellos y les dije, con un aire magnífico y sardónico: «Señores, lamento vivamente no ser rica, hubiera sido muy agradable dejarles generosamente para beber un excelente vino blanco a mi salud. ¡Ustedes se han esforzado tanto conmigo! La lluvia, el lodo. El señor Boisseneau no les ha protegido... En fin, señores, quizá más tarde esté en condiciones de reconocer sus servicios». Todos estallaron en una gran carcajada. Boisseneau mismo perdió su seriedad oficial y me dijo riendo, a pesar suyo: «Se debe reconocer, señora Tristán, que usted es una mujer bastante sorprendente. Si cualquiera otra que no sea usted se permitiera tan sólo un cuarto de lo que usted hace, y apretó los labios de una manera que quería decir “¡Oh, no aguantaría!...”». Lo saludé graciosamente diciéndole: «¡Oh! He visto señor Boisseneau que es usted un señor de tacto, y usted ha comprendido muy bien con quién tiene que vérselas...». Boisseneau se quedó en el descanso de la escalera, mirándome bajar, parecía petrificado.

Se podría hacer al respecto una comedia deliciosa.

Hotel Cassette. El señor Victorien Cassette es el dueño. Antiguo cocinero en el Café inglés y republicano rabioso. Me reveló cosas muy buenas de saber. En París todos los cocineros son republicanos. El Café de Foy, en la esquina de la calle de la Chaussée-d'Antin, todos. Es necesario que irrumpa en los antrós culinarios para el pequeño libro. Esos hombres deben ser muy buenos para la acción, porque todos están chiñados.

También me dijo cosas muy curiosas relativas a la cocina de los restaurantes. Todos los cocineros tienen orden de envenenar los platos con pimienta, guindilla<sup>165</sup> y otros venenos, con el objetivo de empujar al consumo de vinos (con los cuales ellos ganan más). Así, he aquí restaurantes que envenenan al público para vender sus vinos. ¡Qué orden social! ¿Quiere usted vender sus vinos? ¡Envenene a sus hermanos! Y el pez gordo académico, mientras sufre de gastritis y de inflamación de las entrañas, grita: «*Laissezfaire! Laissez-passer!*»<sup>166</sup>. Frente a tales hechos una llega siempre a concluir que la pobre humanidad está loca. No obstante, Dioses soporta esto. ¡Ah!, ¡si no creyese en Dioses!...

*Agen, el 20 de septiembre.* Es la una. Llegué esta mañana a las 7 [7 ó 3, *ilegible*] Ya recorrí la ciudad, vi a los *compagnons* y a los obreros con los cuales cuento. No puedo esperar nada porque apenas he podido hablarles... Luego, ¡finalmente fui donde el famoso Jasmin! ¡Oh! Ahora sí que una puede decir ¡Dios de dioses! Poncy es un ángel, Reboul un hombre comparándolo a este pobre Jasmin. Me habían prevenido, no importa, quedé pasmada, yo que no me asombro fácilmente. Todo lo

---

<sup>165</sup> Guindilla, pimienta pequeño que pica mucho. (N. de la T.)

<sup>166</sup> *Laissez faire, laissez passer* es una expresión francesa que quiere decir «dejen hacer, dejen pasar». Fue usada por primera vez por los fisiócratas en el siglo XVII, abogando por una economía de libre mercado contra la interferencia del gobierno en el comercio. (N. del E.)

que puedo decir sobre este hombre, su conversación, no podrá aproximarse ni por una milésima parte a la verdad!

Entro en la pequeña tienda de Jasmin, que es una tienda por la etiqueta porque no afeita a sus obreros, no peina a las damas; no, el peine y las pomadas están en estado de adorno, el verdadero oficio de él, un peluquero, es el de componer versos. ¡Oh! ¡Qué innoble oficio! Encuentro a Jasmin con su esposa. Aquí su mujer juega un papel. El señor Jasmin está ocupado con tres o cuatro personas que le hablan a la vez. Parece en un estado de exaltación, de locura, de dicha. Me entero finalmente de la causa: Liszt está aquí, ha venido expresamente por él, y es él, Jasmin, quien hace el concierto. Le dije mi nombre, al igual que Reboul no me conoce. «Eso me prueba, señor, que usted no se ocupa de cuestiones sociales». «Es tan cierto, señora, me ocupé mucho de ello, fui yo quien en la época movió a todo el país, pero le hablo de 1830. Hoy no me ocupo de eso en absoluto». Le dije el objetivo de mi visita, lo que venía a pedirle y lo que yo hacía. No comprendió bien, no obstante, entrevió que era bello. Pero inmediatamente, ensuciando mi misión, que él no podía sentir ni comprender, me dijo: «Señora, debo decirle que no creo en el desinterés de los apóstoles, no más en el de los antiguos que de los modernos, en ellos hay una inmensa ambición!». Y al respecto lanzó una larga perorata que me pintó de verdad la suciedad de esta alma enclenque, para quien todo es vanidad, y por consiguiente, no puede soportar en los otros lo que él mismo no siente. Se irritó, gritó con grosería, con ese espantoso acento del Midi, hizo gestos como para romper los escaparates de las dos tiendas, las pomadas de un lado y la de los vidrios del otro. Olvidó a la esposa. Interrumpía, quería imponer su opinión sobre los socialistas e incluso sobre mi obra, que ella sabía sin conocerla (ella me apareció de corazón como una mujer fría y mucho peor que él). Él, no obstante, tenía un poco de pudor y le imponía silencio con palabras que probaban que se encontraba humillado de que su



mujer tuviera delante de mí tal lenguaje. Pero cómo relatar todas las palabras curiosas y odiosas que ese monstruo de vanidad me dijo. He aquí algunas: «Señora, yo le haré conocer algunos obreros jefes, porque yo no conozco obreros propiamente dichos, aunque no los desprecio, dado que yo mismo salgo de la clase obrera». (Y la mujer reanudando): «Señora, nosotros vemos a la mejor sociedad de Francia. Oiga usted bien, de Francia. Cuando fuimos a París cenamos en casa de los pares de Francia, de académicos, de hombres y mujeres de letras que ya no sabíamos a quién oír. Aquí es igual, no pasa ningún gran personaje por Burdeos, Toulouse, que no venga expresamente para ver a mi marido» (y pienso que después de mi *Tour* de Francia se desviarán todavía desde más lejos para ver una bestia tan curiosa). «Además (continuó Jasmin), en cuanto a ocuparme de su obra como para dar a conocer su libro, propagar sus ideas, no puedo hacerlo por la buena razón de que no las comprendo. Considerant, mi amigo íntimo, así como todos los señores de la democracia, me han llamado de París, querían hacer de mí su poeta, ¡y bien! yo no comprendí nada de la ciencia social. Todo eso es muy frío para el poeta. A él, el hijo de Dios (parece que Jasmin quiere competir con Jesús), ¡le hace falta regiones más elevadas!» Es necesario ver el gesto elevado que acompañaba esas palabras, había por lo menos trescientos puntos de exclamación. «Después, señora, debo hablarle francamente, al presente yo soy como todas las personas honestas, quiero conservar lo que tenemos, ¡y bien! encuentro que las doctrinas de ustedes los socialistas, aunque las disimulen con palabras pacíficas, son muy revolucionarias. ¡Ustedes reclaman un lugar al sol para todos! ¡Ellos no lo tienen! ¡El sol no alumbra y no calienta para todos!». Aquí otra gran perorata pensando que el pueblo era muy feliz y no deseaba nada mejor a lo que ya poseía. Que el derecho al trabajo era inútil porque había trabajo para todos, trabajo muy bien pagado: 1,50, 2 y 2,50 FF por día, lo que era un magnífico

salario para un obrero habituado a vivir con poco. Que aquellos que no trabajaban eran perezosos, borrachos y, finalmente, esta salida sobre la felicidad de los obreros, ¡la más violenta, la más indecente que yo hasta ahora haya oído hacer, incluso por uno de los burgueses más inhumanos de la ciudad de Lyon!, lo que no es poco decir. Fue coronada por las palabras del sacerdote. Por cierto, el señor de todos nosotros lo dijo: «Siempre ha habido pobres entre ustedes». Ahora bien, nuestro deber es someternos a la ley; a los pobres, sufrir la miseria, y a los ricos, dar limosna.

La mujer reanudó y en su turno lanzó un rollo completamente cristiano. Era para decirme que su marido empleaba su buen talento para el alivio de los pobres, que él daba veladas literarias y poéticas de las que él no obtenía ningún beneficio. Ambos insistían con tanta afectación sobre esa palabra que, lo confieso, no les creí nada.

Esas dos criaturas me espantaron. ¡Oh!, ¡él dijo aun una multitud de cosas bonitas! Como por ejemplo que no se volvería socialista jamás porque estaba convencido de que no se podría nunca hacer nada bueno en poesía con las ideas sociales. Después, porque sería poner a toda la clase alta en su contra, el medio de perder en seis meses toda la gloria que [*había*] adquirido ¡en diez años de trabajo! Y me confesó ahí que él apreciaba su gloria, que él haría todo para conservarla y que era por eso que no quería ser socialista, porque ellos no eran amados. Que él, poeta, quería ser amado, que se cuidaría mucho de decirle a las damas: «Quítese el abanico para discutir los derechos de la mujer». Él sabía que ese lenguaje le haría perder sus favores. En fin, este hombre me habló como hasta ahora nunca me habían hablado los burgueses más innobles y los más egoístas.

El fin de su discurso fue encantador: «Sin embargo, señora, admiro a las personas que, como usted, se dedican a la humanidad y a ese título voy a tomar su nombre (textual) y quizá, si

la ocasión se presenta, hablaré de usted en mis versos (textual)». Ya había visto bastante en este *tour* de Francia, pero nunca el ridículo, la vanidad, lo grotesco habían alcanzado hasta allí. No pude evitar sonreírme y decir: «Le agradezco mucho, señor Jasmin, por ese honor, pero los verdaderos apóstoles no ambicionan el honor de ser cantados por los poetas de su época, esta gloria es reservada a los poetas que vienen 400 ó 500 años después de ellos».

La señora Jasmin comprendió perfectamente y su cólera contra los socialistas redobló de tal manera que creí por un instante que me iba a decir injurias. Jasmin no comprendió y estaba furioso contra su mujer. Todo esto es bastante cómico, pero muy sucio, muy innoble y, en consecuencia, penoso. Me dijo que había hecho una revolución en el arte poética, que él hablaba al corazón (con tales sentimientos!, que él creaba una lengua nueva, y todas las cosas monstruosas de vanidad!... que él quería un cambio en la poesía, lo que era mucho más importante que hacerlo en el orden social. Finalmente me habló de Liszt, su amigo; lo puso muy por encima de los apóstoles pasados, presentes y futuros (textual). Y la misma cantaleta sobre las ventajas de la poesía.

Un obrero acaba de darme la última noticia sobre Jasmin, ha ido a París a presentar sus poesías al rey. El rey lo ha invitado a cenar y le ha dado una pensión de mil francos. ¡Esta es la clave! ¡Oh! Comprendo ahora por qué el antiguo peluquero halla que los obreros son muy felices y que tienen un lugar bajo el sol. Yo había adivinado en el lenguaje de este antiguo obrero que había en su vida algunos hechos innobles. ¿Es posible que uno se degrade a ese punto por mil francos? (!) —Hablar sobre la decisión que habrá que tomar sobre los obreros que se venden.

La visita a este hombre me enfermó. Siento un espasmo terrible. Olvido su retrato: tipo innoble, rasgos vulgares, bajos y en absoluto poéticos; rostro de saltimbanqui, pequeños ojos redondos, enormes cejas negras, una nariz chata que tiene co-

mo adorno una gruesa verruga violeta; una boca grande a los apetitos vulgares; cabellos teñidos, patillas gruesas teñidas de negro. En cuanto a la expresión, la de saltimbanqui feliz de vender sus torpezas al buen público. ¡Me represento a este poeta cenando en las Tullerías! Al frente, ¡el rey de los franceses! ¡Pobres franceses! ¡Pobre Palacio, quién te hubiera dicho, en los buenos días de Luis el Magnífico, que tendrías que recibir huéspedes semejantes! Es para hacerles reír incluso en un día de lluvia del mes de noviembre. En fin, es para ver, y estoy muy contenta de haber visto.

He aquí que esto se reinicia. Los obreros vienen y yo aprendo beldades sobre el salario: 1, 1,25, 1,50 FF, ¡duras jornadas! Y el miserable Jasmin que viene a decirme que no encontraré a ningún descontento. Es hablándole así al rey de los burgueses que habrá obtenido sus mil francos de pensión. Sí, mi muchacho, ¡pero la señora Tristán no es el rey de los burgueses! La miseria aquí, como en todas partes, ¡ha llegado al colmo! El descontento absolutamente igual, como en Toulouse. Mañana debo verlos reunidos en la noche.

*21 de septiembre.* Toda la ciudad no habla más que de Liszt. Esta gente de provincia se da aires de músico y no lo es en absoluto. Pero es un género. Tengo una desgracia, ese Liszt me persigue desde Aviñón. Siempre está en las ciudades al mismo tiempo que yo. Por lo demás, los obreros incluso no saben sobre su paso. Y con relación a nuestras clientelas respectivas, ciertamente no nos hacemos competencia. Sí, esos miserables burgueses por tener una sensación de placer no escatiman nada. Todos vienen de los alrededores. Gastos de viaje, de hotel, de vestimenta, nada les cuesta para ellos. Es la misma historia que Rachel. Que Fanny Esler<sup>167</sup>. Si un cantante, una comedian-

---

<sup>167</sup> Probablemente alude a Elisa Rachel Fénix, conocida actriz trágica y a Fanny Ester, bailarina de ballet del período romántico. (N. de la T.)

te, una bailarina les divierte, están siempre listos a dar su plata. Qué raza de ociosos. Qué impudor.

El Jasmin cenó ayer con su amigo Liszt, un artista distinguido que recibe los honores de la ciudad de Agen por Jasmin, el saltimbanqui más bufón, más ridículo que una pueda hallar. Eso me da una muy mala idea de Liszt.

He contado las palabras de Jasmin a los obreros. ¡Están furiosos contra él! Uno hablaba de darle un tortazo. Lo que tendría que hacer sería forzar a Jasmin a poner en su insignia «pensionista del rey de los burgueses». Hemos llegado a una época en la que uno debe conocer a la gente por lo que es.

Me acaba de suceder en este hotel algo muy curioso («Hotel de France») y que debo señalar dado que esto entra en el estudio del corazón humano. Si quieres conocer a los otros, comienza por estudiarte a ti misma.

Llego a la habitación dieciséis a las 2 de la mañana. Me acuesto, me levanto a las 7, me lavo, me peino, me visto y salgo; al regresar a la 1 y tomar el estuche para lápices, percibo, colgando de la esquina de la chimenea, debajo del cesto de mimbre que yo había enganchado, un pequeño reloj de oro. Lo tomo, lo miro con la más perfecta indiferencia, luego, de repente me digo: «Claro, he aquí una buena ocasión para comer un cuasirrobo». Es necesario para ver, por experiencia, el efecto o la sensación que esta acción, monstruosa desde el punto de vista social, debe producir sobre una naturaleza como la mía, y debo confesar que al tomar ese partido yo estaba persuadida de que iba a sostener esta acción con mi fuerza y firmeza habituales. ¡Oh! (ífenómeno de los más grandes!), me engañaba a mí misma.

Apenas metí el pequeño reloj en mi baúl (valía quizá 40 FF) cuando súbitamente se apoderó de mí, físicamente, ¡un tormento inaudito! Un peso horrible me oprimía, la fiebre encendió mi sangre; un temor, un pánico, un miedo se apoderó de mi espíritu. A tal punto que quedé iaturdida, estupefacta, espan-

tada! Un movimiento que no puedo explicar me empujaba hacia el baúl para retirar el reloj, me parecía que ese pequeño reloj en el baúl era un proyectil que me iba a matar. Hacía esfuerzos inauditos para calmarme físicamente. Imposible. Quería razonar mis sentimientos, preguntarme el porqué de todo eso, analizar mis sensaciones. Imposible, mi cabeza se batía en el campo.

Estaba en un estado de locura sufriendo de más, física y moralmente, sin poder comprender perfectamente la causa de esta terrible agitación. Renuncié al proyecto que tuve de cometer el robo (tengan en cuenta de que no pude mantener ese proyecto más de una hora. Si hubiera querido obstinarme en luchar contra esta agitación, habría sido capaz de caer gravemente enferma). Entonces, modifiqué; al ver que no podía ejecutar ese robo, quise tomar una decisión sobre mí misma, la de permanecer 24 horas bajo la presunción del robo, aunque ya hubiera renunciado a cometerlo. ¡Y bien! Esta decisión no aportó casi ninguna mejoría a mi estado. Un temor de una naturaleza totalmente nueva para mí y del que jamás había tenido siquiera idea se apoderó de mi espíritu. ¡Pero con una violencia de la que ningún término puede dar medida! ¡Ah!, mi Dioses, ¡qué sufrimiento! Si oía caminar en el corredor, mi corazón latía, mi vista se nublaba, creía que me iba a sentir mal. Si alguien tocaba a mi puerta el sudor me corría por la frente. ¡Era atroz! No podía quedarme en el lugar, salía, entraba de nuevo. Vinieron obreros esa noche. No sabía lo que decía. Partieron. Quise razonar. Imposible. Tomé el pequeño reloj que era, en realidad, bastante bonito. Completamente pequeño. ¡Me causaba horror! Me parecía horrible. Era realmente un sufrimiento que alcanzaba la locura. Claro, dejé la fuerza<sup>168</sup> de lado, el instinto de conservación me dice que no

---

<sup>168</sup> En la edición francesa se anota que la palabra «fuerza» está mal formada en el Manuscrito; se podría leer también «forma» o «farsa». (N. del E.)

podría pasar la noche con este reloj, eran las 9 y yo había tomado esa decisión a las 2. No pude aguantar más de seis horas. Llamé y dije a un camarero: «Esta mañana, encontré un reloj en esta habitación, si vienen a reclamarlo abajo, diga que quiero devolverlo a su verdadero propietario».

¡Qué fenómeno! Tan pronto se pronunciaron esas palabras, me sentí aliviada, como una persona desvanecida a la cual se quita el corsé que la sofoca. Respiré libremente, ilo que no había podido hacer desde hacía siete horas!

Pasé toda la noche buscando la explicación del fenómeno extraordinario que este pensamiento del robo, hecho en frío y como prueba de mi fuerza, produjo en mi estado moral y físico. ¡Y bien!, es solamente ahora (son las 6 de la tarde) que comienzo a tener conciencia de ello.

¿A qué se debe que yo, dotada de una fuerza de voluntad que quizá no haya tenido ejemplo en la humanidad; que yo, que ataco franca, intrépida y terriblemente la sociedad de los burgueses, porque estos burgueses son propietarios del suelo, de los capitales y de la vida de sus hermanos; a qué se debe que yo, que he jurado destruir todas las propiedades, y eso despojando y matando a los propietarios si no hubiera otro medio de acabar con ellos; a qué se debe que yo no haya podido apropiarme de este pequeño reloj de un valor de cuarenta francos? ¡Y bien!, voy a decírselo. Es que yo ataco la propiedad porque la propiedad es el robo<sup>169</sup>. Y yo, llena de amor y de probidad, impulso el amor de la justicia hasta el donquijotismo. Mi naturaleza me lleva a atacar a los ladrones, a combatirlos a ultranza, a muerte; pero mi naturaleza me impide robar, incluso a los ladrones, porque la acción de robar es baja, vil y degradante.

---

<sup>169</sup> Jules Puech anota en el Manuscrito: «La célebre formula de Proudhon “la propiedad es el robo” es de 1840; es la única alusión de Flora Tristán a ese filósofo anarquista, al menos, a su obra: *¿Qué es la Propiedad? O investigaciones sobre el principio de los derechos y del gobierno*». (N. del E.)

Estoy contenta con lo que me acaba de suceder. Bendigo el hallazgo de ese reloj y las siete horas de torturas atroces que me ocasionó. Esas torturas me prueban que no está en mi organización física el poder faltar jamás a la justicia. Respetar el orden establecido mientras trabajo para demolerlo, esto es lo que yo llamo justicia.

Ah, gracias mi Dioses por haberme dado el pensamiento para hacer esta prueba sobre mí misma. ¡Cuántas reflexiones profundas me ha hecho hacer!

Comprendo ahora que una no sabe repetir demasiado que la propiedad es el robo. Es necesario repetir esta gran verdad en todos los tonos, en todos los lugares, y que toda propiedad es robo: propiedad del suelo, del capital, de las mujeres, de los hombres, de los niños, de las familias, de las ideas, en una palabra, toda propiedad. ¡Se debe lanzar sobre la propiedad un anatema terrible! Es necesario que antes de diez años la mayor de las injurias sea ésta: «Tú eres un propietario». Es necesario que la divisa de la primera revolución sea: «No más propiedades de ninguna especie, y respeto al orden porque el orden es la vida, sin orden no hay vida posible».

Luego comprendí, al tener en mi baúl ese pequeño reloj que no era mío, que los propietarios que tienen el sudor, la sangre, la vida de sus hermanos y que tienen una propiedad distinta a la de un reloj de cuarenta francos, que los propietarios que gozan en paz de esta propiedad robada a todos, ison unos grandes miserables!, que no han sentido jamás en el fondo de su conciencia ningún sentimiento de justicia. ¡Ah!, durante las siete horas de torturas esos propietarios se me aparecieron como hombres de piedra, de barro, de sangre [*fría*], y comprendí con horror, el odio, la cólera que el pueblo tiene hacia ellos. Luego, busqué comprender la vida de los ladrones de profesión. Confieso que hay allí un misterio impenetrable. ¡Qué oficio! Pero yo preferiría ser marinero, mujer pública, galeote, mendigo [*que quedar*] iaprisionada el resto de mis



días en una celda sin aire! Robar, así, en frío, isin otro objetivo que el de alimentarse! Es evidente que hay algo en esas naturalezas que no están en la mía. He aquí por qué no comprendo eso en absoluto. Ciertamente, si esa gente sufre tanto como yo sufrí durante siete horas, es probable que al día siguiente no tendrían ganas de reiniciar. Será necesario que trate de poner la mano encima de algún ladrón de profesión, es un misterio que querría mucho penetrar.

Ahora tiemblo soñando en la audacia de mi naturaleza, esta pasión desmesurada que hay en mí de conocer todo. Cedo a ella con la ceguera de la pasión; así, al ceder a ese deseo de hacer esta prueba sobre mí podía comprometerme de una manera horrible, yo, en mi posición. ¡Verme acusada del robo de un reloj! Ahora que el paroxismo de la pasión pasó, ¡me estremezo! Si hubieran venido a reclamar el reloj y que por desgracia yo hubiera querido empujar hasta el límite la prueba, mi boca habría dicho no, pero mi fisonomía habría dicho sí. Así me hubieran prometido un millón para que sostenga ese interrogatorio con calma y firmeza, no hubiera podido. Tanta fuerza tengo para sostener todo lo que es grande, bueno, noble; tanta debilidad tengo para sostener todo lo que es bajo, vil. Acabo de tener una prueba más con este paseo a L... Era de otro orden y no era vil en absoluto, pero a mis ojos, contravieniendo un poco mi fuerza habitual. ¡Y bien!, casi me desvanezco, yo que nunca me he desmayado. Vamos, vamos, no se debe luchar contra su naturaleza. Soy una gigantea para todo lo que es noble, grande, generoso, y creo que no sería más que una pigmea para todo lo que es bajo, vil, una no debe querer hacerse la presidiaria y mujer pública, cuando no se siente en capacidad de hacerlo. Cada uno en su rol. Es Dioses quien los distribuye. Creo que es bueno que unos ataquen a los propietarios por su robo vil. Es también un tipo de prostitución, pero lo confieso, esta pobre y mezquina prostitución no me va. Lo que

prueba que los primeros en un orden son con frecuencia los últimos en otro orden.

La patrona del hotel vino esta mañana a reclamarme el reloj, diciendo que un campesino se lo había pedido. Le dije que se lo devolvería al campesino. Se molestó y se puso muy roja, lo que me dio una muy mala opinión de su probidad. En fin, tres horas después le entregué el reloj a un campesino que dijo venía de parte del señor Lafont. Si alguna vez llego a derrocar la propiedad, le escribiré a este señor Lafont para pedirle ese pequeño reloj, estará furioso de verme llevar ese pequeño reloj ique me enseñó tanto en siete horas! Y estará allí como marca de mi respeto al mal orden existente.

Ahora ¿qué decir del robo patentado que comete cada día el dueño del «Hotel de France» en Agen así como todos los hoteleros de Francia?

Le dije ayer que no podía cenar el menú del hotel porque no quiero gastar tres francos para comer platos que me caen mal y que no me gusta comer con todo el mundo. Me respondió que él no podía servirme a la carta, ilo que no era su costumbre!, que yo podía comer mucho (acababa de decirle que no podía) o sólo dos costillas, serían tres francos. Así esté enferma o esté sobria. Así me contente con un plato de sopa, dos costillas y agua (es mi cena 25 días de treinta), no importa, usted debe pagar tres francos. Evidentemente, allí hay un robo manifiesto de dos tercios. Sí, pero como la ley lo autoriza, como él paga impuestos y patentes, su robo es legal. Él llama a eso su propiedad, su derecho. Y no teman nada. El bravo y honesto hotelero es bastante calmado. Su conciencia no está agitada en absoluto. No obstante, puede robar cada día cuatro veces, 6 FF, 10 FF, el valor del reloj del señor Lafont. Sí, todos están de acuerdo, pero agregan: «Tiene el derecho de hacerlo». En verdad, ante un derecho semejante, me digo, sobre todo ahora: Claro, es bastante dichoso que se encuentre organizaciones que tengan la fuerza de robar relojes, porque de otra manera no

sabemos adónde nos conduciría el derecho de propiedad. Lo que son las cosas de este mundo. Mi asunto con el reloj acaba de cambiar mi opinión sobre los forzados de Tolón. Esos señores me habían interesado mediocrementemente. Los encontraba idiotas, vulgares, criaturas miserables. Desde esas siete horas del reloj cambié de opinión sobre ellos. Comienzo a comprender por qué los bandidos inspiran un cierto entusiasmo. ¡Diablos! Pero es que es cierto. Hay algo en esas naturalezas. Yo, que ciertamente no soy manca<sup>170</sup> en cualquier hecho de fuerza, reconozco actualmente que no podría hacer lo que ellos hacen. Esta idea me persigue como un remordimiento. Yo que me creía capaz de todo cuando lo quisiera. Caí en cuenta de que no.

Hablar aquí de la diferencia de facultades, de la diferencia de valor. Así, a mí, a quien me faltó valor para quedarme con el reloj del que me hubiera podido apropiarse perfectamente sin peligro, ¡hago actos de un coraje tal que espantarían al forzado más audaz! Verdaderamente la naturaleza humana es un misterio: más uno mira al fondo, menos ve allí. Este suceso me dio un deseo adicional, como si ya no tuviera demasiados. Heme aquí ahora atormentada con la idea de hallar un ladrón de profesión, me gustaría vincularme a él, entrar en su interior a fin de comprender lo que le puede dar el valor de cometer un acto que yo no pude hacer. Pero ¿cómo vincularme con un ladrón sin exponerme a grandes peligros? En fin, voy a espiar la ocasión (*sic*).

¡Es singular! Desde hace veinticuatro horas siento, a mi pesar, una consideración, una suerte de admiración que no me explico..., por los ladrones de profesión (porque a los ladrones patentados los desprecio profundamente). ¡Es fastidioso! Todos esos pensamientos de análisis secundarios me asaltan y me distraen de mis grandes ideas.

Me digo, por qué trabajas tanto para nada, criatura, es darme demasiado trabajo. En fin, él lo quiere, yo debo soportarlo.

---

<sup>170</sup> Palabra dudosa. (N. de la T.)

*11 de la noche.* Vengo de mi reunión; encontré allí quince hombres, de los cuales sólo uno pertenecía a la clase... de los caballeros. Está decidido, parece que hallaré en todas partes un buen charlatán, tonto de capirote. Ningún sentido común, ninguna lógica, frases sentimentales, ¡el honor!, ¡la gloria! Es un antiguo sansimoniano. Me da la apariencia de menos que nada. No hizo ninguna reflexión que tuviera sentido común. Nada comprendido, y malo a su manera (*sic*). Me di el placer de llevarlo un poco rudamente, por eso se calló. Esos obreros eran faltos de inteligencia. Solamente tres comprendieron. Uno de ellos dijo, sin embargo, una cosa muy buena: «Renuncié a los medios políticos porque vi que eso ya no daba más. El medio político mueve, pero no hará más caminar». ¡Es magnífico! Sí, es la palabra. Mueve algunos espíritus, pero es impotente para hacerlos caminar. El carpintero al pronunciar [*eso*] mató a la política. Explicué el porqué de ese hecho y vi que todos estaban muy impresionados. Y ese hecho prueba una gran sensatez entre el pueblo: «Por qué quiere usted que un obrero actúe en nombre del voto universal de los derechos políticos». Él se dice, después de todo: «Que, ¿me corresponderá a mí de eso?». «Nada, yo estaré todavía tímido». ¡Ah! no vale la pena comprometerme o agitarme. Y no camina. Mientras que con el derecho al trabajo y el derecho a la instrucción siente que le retornará algo a él y a los suyos, entonces, camina. «Lo que me ha llevado a las ideas socialistas —agregó el carpintero— es el hambre». Ese hombre me agradó mucho. Un joven impresor está bien. Comprende la palabra «amor». Es el primero después de Marsella. Sentí una muy feliz emoción cuando vi que comprendía la palabra «amor». Es necesario que nos amemos los unos a los otros, dijo, probármolo por nuestra dedicación recíproca. Vamos, me doy cuenta de que regresamos a Francia.

Me acompañó y le hablé de ese caballero, ellos lo conocen y lo desprecian. ¡Y bien!, a pesar suyo, se meten siempre con ellos. Creo que todos esos caballeros de allí están pagados por la policía. ¡Oh! Bribones, yo los describiré de una forma tan negra, que no les será permitido entrar en una reunión de obreros. Ese obrero me dijo con dolor: «¡Ah! Señora, los obreros tienen una gran necesidad de estudiar y de comprender su libro, no tienen amor, ide tal manera que no tienen la menor inteligencia!». Dioses icómo amé a ese muchacho cuando me dijo eso! Si me hubiera atrevido lo habría abrazado. Pero ¿poseía él mismo suficiente amor para comprender esta demostración? Lo dudo. Eso me hace bien. Desde el 14 de agosto no había escuchado ni una palabra de amor. ¡Qué largo es! ¡Treinta y siete días!... ¿Voy a encontrarlo en Burdeos?

¡Qué buena noticia! ¡Una diputación de obreros de Tolón en Marsella! Estoy impaciente por tener los detalles. Es mi culpa, era necesario emplear mejor el dinero e ir a Fréjus o a otras pequeñas ciudades del departamento.

Medianoche. No puedo dormir porque el señor Liszt tiene una gran velada en su alojamiento. La sociedad hace un jaleo tal que la gente se aglomera abajo sin saber lo que es. Esto da una idea del buen tono de la susodicha sociedad. Parece que Jasmin ha escandalizado a todo el mundo. Se ha puesto siempre delante de su amigo Liszt. Así, en el teatro, dijo en *patois*: «Me dan las coronas y yo te las doy». Pero los pobladores de Agen comienzan a percatarse de que su poeta es pasablemente ridículo.

Regreso a mis hombres de esa noche. Todos esos infelices estaban en el orden político (Kersansie). Uno me hizo una reflexión a propósito de él. El caballero quería saber exactamente cuál sería la forma de gobierno que yo adoptaría si llegaba a tener éxito, y nos hizo una larga perorata al respecto, de una

idiotéz que no había escuchado nunca todavía. Uno de los obreros, tan idiota como el caballero, me dijo entonces: «Señora, es indispensable que usted me diga qué gobierno quiere usted, porque si quiero hacer propaganda entre los campesinos, porque yo vivo en el campo, y bien, ellos me dirán, pero antes de firmar yo quiero saber qué gobierno tendremos». No pude evitar estallar en una gran carcajada. Veán ustedes, el campesino que quiere saber cuál será la forma de gobierno. Verdaderamente esos políticos serían grandes culpables si no fueran grandes estúpidos por haber puesto a los obreros en una vía semejante.

Finalmente tengo lo que deseaba desde hace largo tiempo. El aparato de la policía y de la fuerza pública. ¡Treinta hombres para disolver una de nuestras reuniones! Procedamos con orden. El comisario Segon vino esa mañana a mi alojamiento a decirme que había recibido órdenes y que estaba muy decidido a impedir todas las reuniones que yo pudiera tener con los obreros. Ese Segon es el antiguo comisario del barrio, quien en Toulouse durante el alistamiento dirigió el fuego contra el pueblo. Fue perseguido por el pueblo que quería matarlo. Partió de la ciudad y le dieron esta plaza en Agen. Es una insolencia de la autoridad porque un comisario que ha dirigido el fuego contra el pueblo no debería ser empleado jamás. Éste es un tipo completamente distinto a Boisseneau. Grande, seboso, enorme, de cara roja. Anuncia esta brutalidad feroz del hombre de cólera. Se hace el importante, pero no tanto como Boisseneau; es completamente grosero, sin la menor cortesía. Lo recibí con un aire que decía: «Lo que haces y dices prueba que eres un imbécil». Tan sólo conversé cinco minutos con él. Es tan común que no se presta ni siquiera a la risa. Imposible representar con él una pieza de comedia. Oh Boisseneau, mi amigo, ¡usted tenía clase!

La única cosa que encuentro bastante agradable en su visita es que me enseña que yo me daba mucho trabajo para reunir a

todos los obreros. Eran las once. No estaba siquiera peinada. No había visto a nadie. «Yo», «¡Oh!, si no es usted, son los que usted hace actuar». Comprendí que los amigos se movían y eso me tranquilizó, porque estaba inquieta de no ver aparecer nada.

Una hora después, Champagne [...*cuatro palabras ilegibles...*] llega y me dice: «Todo marcha bien». Desde ayer hemos visto a todas las sociedades. Los zapateros *devoirant*<sup>171</sup> vienen, los Bienhechores no, en casa de los «*Gavots*», los tallistas de piedra que son de ochenta a cien, los «*Gavots*» llamados «Lobos» de Agricol (padre Salomón) tienen un muy buen local cerca del puente y quieren prestárnoslo. Como la hora que habían elegido no me convenía, rogué a Champagne que regresara para tomar la hora de las 7 de la noche. Me cuidé bien de decirle que el comisario había venido a prevenirme que impediría la reunión, por temor a asustarlo.

Salgo para ir al correo en donde encuentro cartas de todos mis amores y me voy a caminar al borde del río en donde me paseo deliciosamente durante dos horas, leyendo mis cartas, gozando con calma y beatitud de mi amor.

Regreso, y apenas había comenzado a escribir cuando Champagne entra con el aspecto un poco estupefacto: «¡Ah!, señora, mala noticia. ¿Y cómo? ¿Usted no sabe nada?». «Absolutamente». «Pero toda la ciudad está conmocionada con respecto a usted, no se habla más que de usted y de la reunión de esta noche». «¿Y bien?». «Y bien, la policía está lista. El comisario mismo ha ido a hablar al presidente de los “*Gavots*”, y los “Lobos”, intimidados por todo lo que han oído de la policía rehúsan prestar su sala y no quieren verla por temor a comprometerse.» «¿Les ha dicho usted que tengo una carta de re-

---

<sup>171</sup> El término «*devoirant*» alude a los carpinteros, cerrajeros y herreros llamados «*compagnons del deber*», «*devoirants*» (por contracción «*dévorants*») o perros. Eran hijos del maese Jacques (ver nota 28). (N. de la T.)

comendación de Perdiguier?». «Sí, ¡pero no importa! No se atreven».

Quería ver si los de la Unión se atreverían: «Entonces, Champagne, nos reuniremos donde ustedes. En cuanto a mí, yo acepto». Y él respondió sin dudar: «Pero yo no soy el dueño. Los otros quizá no se atreverán. Porque es necesario que sepa que la policía ha venido también donde nosotros. Un agente ha llevado un pequeño libro y ha interrogado a la Madre para saber si teníamos reunión esta noche. Acabo de enterarme de esto hace un momento». «Champagne regrese a su casa, vea si esos señores quieren todavía recibirme, si los zapateros y los Bienhechores lo quieren también, si todo el mundo está de acuerdo, venga a recogerme a las siete y media».

Luego llega Bouquet consternado. «¡Los burgueses dicen horrores de usted! El miserable Jasmin la pone en ridículo, su apostolado y sus ideas humanitarias. En fin, toda la ciudad está contra usted». Ese pobre Bouquet no es fuerte. Se deja desconcertar muy fácilmente. Finalmente llega Durand. Pensaba que yo ya estaba rodeado de esbirros y venía para ofrecerme su ayuda. Me contó que en todos los cafés sólo se hablaba de mí, que iba a hundir a Liszt, pero que todos los burgueses decían horrores de mí. Una avalancha de calumnias, la repetición absoluta de Carcassonne. ¡Oh! Burgueses bribones, ustedes me hacen muchas maldades, pero yo se las regreso bien. Dieron las siete y Champagne no aparecía. Envío a Durand para saber si esos señores querían recibirme. Regresó de inmediato para decirme que me esperaban. Parto en un aguacero, los pies mojados, porque no tengo zapatos fuertes. No importa, cuando los deberes de mi misión me llaman, no siento ni la lluvia, ni el calor, ni el frío.

Encuentro la sala de la Madre de los asociados de la Unión de la calle du Temple, llena de gente, alrededor de sesenta. Todos muy deseosos de oírme.



Felicito a esos señores por el coraje que muestran en estas circunstancias, por desafiar las amenazas de la policía cuando se trata de instruirlos sobre sus derechos. Qué fuerza tiene una para hablar a los hombres, cuando ellos mismos dan la cara. Delante de mí, que desafío a la policía, nadie osa retroceder (aparte de los «Lobos» que van a recibir su merecida crítica).

Me pongo a explicarles, de acuerdo con el alcance de las inteligencias allí presentes. Me escuchan con un silencio religioso, pero observo que al menor movimiento una sorda inquietud los agita. Al menor ruido, los ojos se dirigen hacia la puerta y veo algunos rostros empalidecer. Los tranquilizo con algunas palabras firmes y a pesar del temor que trabajaba a muchos de esos hombres, todos mostraron mucho autocontrol. Hablaba hacía más o menos una media hora, ya había explicado las cuestiones principales, cuando oímos en la calle como un vozerón, marcha de soldados, etc. El padre subió a decirnos: «El comisario está abajo». «Buen autocontrol, les digo yo, y ninguna resistencia». ¡Golpe de efecto! El comisario gordo entra revestido con su bufanda tricolor, un gran bastón en la mano. Se expresó así (extendiendo los brazos adelante y su bastón al extremo): «En nombre del rey (no agregé y de la ley), les ordeno disolver en este mismo momento esta asamblea». Todos los obreros se pararon, y tengo el dolor de decirlo, partieron demasiado precipitadamente. Evidentemente, el miedo les hacía correr. Varios asociados se levantaron y salieron también. «Pero quédense, porque ustedes están en su casa». Cinco o seis que tenían mucho miedo de mí y del comisario se volvieron a sentar y se autocontrolaron bien.

El comisario estaba burlado, no hubo resistencia, habían obedecido su orden precipitadamente. Olvido decir que este hombre es incapaz de cumplir el puesto que ocupa. Debía atenerse a la fórmula «En nombre del rey les ordeno disolver esta asamblea». Eso es todo. Pero como este individuo es incapaz de ser un magistrado, y no sabe más que ser un hombre grose-

ro, brutal, agregó, con una voz despectiva de cólera, sirviéndose del bastón con un gesto ultrajante: «¡Vamos, salgan!». Sólo por ese gesto, ese comisario debía ser destituido. ¿Qué hacer? No hay manera de encolerizarse. A mí no me había dirigido la palabra, yo no lo había perdido de vista ni un instante (la bestia era muy curiosa para estudiar) y no me había siquiera mirado, a pesar de que estaba frente a mí, a tres pasos, una mesita me separaba de él.

Detrás de mí estaba Durand, sentado sobre la cama y su paquete de libros sobre la mesa. Los diez asociados permanecían a mi izquierda. El silencio reinaba. El comisario gordo giraba sobre sí mismo en medio de la pieza (porque no había espacio para caminar) como una gruesa fragata holandesa revolotea alrededor del ancla en un mar agitado. Cuatro y cinco sargentos de la ciudad están detrás de él, con el aspecto muy confuso, sin comprender mucho lo que hacían allí. El silencio prolongado se volvía fatigante y casi ridículo. Le dije algunas palabras en voz baja a Durand, pero eso no bastaba. Se me ocurrió una idea: «Champagne, le dije, con el mismo tono de voz que hubiera tenido en un salón, hágame el favor de bajar y pedir a la Madre un vaso de agua azucarada». Había olvidado la cuchara, le rogaba sonriendo que volviera a bajar. ¡El hombre gordo estaba púrpura, violeta! Virando completamente me dirigió, al fin, la palabra indirectamente: «Los tallistas de piedra al no querer recibirla, señora, dieron muestra de mucha sensatez». Era una manera de entrar en conversación. Yo no respondí nada. Entonces, rabiando de cólera, se lanzó sobre Durand, pero de una manera tan brutal que no podría llegar a reflejar en una descripción escrita, ni su mirada, ni su gesto, ni su furor. «¡Estoy muy sorprendido de encontrarlo aquí, señor Durand! Usted sabe perfectamente que no es su lugar. ¡Que si la señora lo conociera!». Aquí, lo confieso, comprendí que la posición era crítica. Yo sabía que Durand había cenado con el patrón en la víspera, que el señor [*espacio en blanco*], el de-

mócrata, había traído el vino de Sauternes y que había bebido más de la cuenta. Me di cuenta de que su lengua estaba un poco espesa y temía las consecuencias de ese estado. Durand se levantó, se puso pálido de cólera y le dijo: «¿Por qué, pues, no es mi lugar?». Entonces ese comisario magistrado lo insultó con tonterías como no he visto jamás a marineros insultarse: «¡Usted es un miserable canalla!, si se supiera lo que usted es, lo despedirían. Sí, yo haré que la señora, y todos, lo conozcan por lo que usted es. Usted vive al amparo de una sirvienta de mala casa». Durand, exasperado, respondió: «¡Usted miente! Si usted entra en mi vida privada, yo voy a entrar en la suya». «¡No hable más! Cállese, exclamó el elefante gordo con furor, o lo voy a hacer arrestar». Tomé el brazo de Durand, lo forcé a sentarse y a callarse. Y lo magneticé tanto que se calló como petrificado. El comisario sentía, quizá, que había ido demasiado lejos, se fue de la sala con sus ayudantes y nosotros nos quedamos solos. ¡Qué escena! ¡Oh!, ino se borrará jamás de mi memoria! ¡Y se llama a eso un magistrado!

No sé lo que es Durand, pero se necesitaba ser el más grande miserable para venir a atacarlo en su vida privada, era innoble.

Pero mientras todo esto pasaba arriba, ¿qué pasaba abajo? El bravo comisario había hecho venir, para apoyarlo en su noble expedición, veinte sargentos de la ciudad y un piquete de treinta hombres del cuartel. Ahora bien, caía un aguacero. Los agentes por temor a mojarse querían entrar todos donde la Madre. Los soldados, por temor a mojar sus fusiles, querían todos entrar también. Resultó de todo esto un apiñamiento, un ruido, un tumulto espantoso. La Madre, joven mujer próxima a dar a luz, al ver tantos soldados tuvo un miedo horrible y se había casi desmayado. La sirvienta..., las vecinas se habían hecho cargo de ella. Olvido, y los vecinos, las vecinas un domingo en la noche a las 8. Toda la calle du Temple en revolución. Yo, jugando siempre el rol de la princesa, permanecía

muy tranquila en la ventana de atrás con el contraviento entreabierto, mirando y escuchando todo. ¡Los soldados estaban furiosos! Los oía maldecir contra la policía. Un bajito, que se hacía el bromista y reconoció por su acento parisino, decía las cosas más cómicas sobre la manía que tienen todos los comisarios de ver siempre imotines en todas partes! «¡Sí! Tiene ojo el comisario». «Sí, he aquí una posición famosa la de la calle du Temple en Agen ¡para hacer la revolución! ¡Y sobre todo el tiempo está muy bien escogido!» «Pero hace falta estar loco para creer que aquí hay una revolución, entonces, ¿dónde diablos está ella? Deberían al menos mostrárnosla. ¡Bah!, retomaba otro, pero no hay aquí ni dama ni revolución. Apuesto que es un obrero bromista el que habrá querido divertirse a costa del comisario». «Pero es idiota molestar a las tropas para nada».

No puedo decir cómo me divertí al oír hablar a ese soldado parisino bromista. Era completamente cómico.

Finalmente, el padre rogó al comisario que hiciera salir a todo el mundo de su sala porque su mujer se iba a ahogar. Soldados y agentes fueron obligados a enfrentar la lluvia, se retiraron maldiciendo contra el comisario, repitiendo que no había dama y que era un cuento.

Aquí puedo juzgar la valentía de los hombres. Los obreros extranjeros habían salido, pero habían acechado a la puerta y cuando estuvieron seguros de que toda la banda había partido, los zapateros, particularmente, me preguntaron si quería que volviesen a subir para continuar la sesión. Yo estaba de acuerdo, pero el padre asustado a causa del estado avanzado de su mujer parecía temer, y yo debí ceder ante un reclamo tan justo. Observé que los zapateros, en general, son muy valientes. Es una justicia que me place reconocerles.

En estas circunstancias los asociados se condujeron perfectamente, ningún temor, ninguna duda, ninguna bravata. Estuvieron bien, muy bien, desde todos los puntos de vista.

Pero qué decir de los «Lobos», de esos terribles tallistas de piedras, los «Lobos», ¡el terror del *tour* de Francia! ¡Y bien!, esos feroces, esos temibles «Lobos» ¡no osaron recibir, no osaron venir a oír a la señora Flora Tristán! Esos terribles se dejaron intimidar por un policía. Cuando me informaron su negativa, encontré la palabra: «Vamos, le dije a Champagne, he aquí a los “Lobos” que se dejan comer por los perros». Esa palabra me vino a los labios cuando Segon me dijo que los tallistas de piedra habían dado pruebas de sensatez al no querer recibirme. Abrí la boca para contestarle: «Eso prueba, señor comisario, que la sociedad está de cabeza dado que los “Lobos” se dejan comer por los perros». Felizmente, me contuve. El espíritu de oportunidad que poseo en alto grado me es perjudicial con frecuencia. Lo combato tanto como puedo.

Esta cobardía de los «Lobos» los pierde para siempre en el *tour* de Francia. ¡Qué cobardía! Qué ausencia de fraternidad en estas circunstancias no debían todos desafiar para hacer honor a la recomendación de sus países. Agricol P[erdiguier]. Esta frase de su carta debía volverlos inquebrantables, si hubiera sabido. El presidente de los «Lobos», actualmente en Agen, estaba en Lyon durante su paso y estuvo presente en la gran asamblea de los *Gavots* cuando leí a todos los señores reunidos la carta de Perdiguier. ¡Y bien!... Aviónés, si ibas a hacer el *tour* de Francia para llevar a todos y todas un gran pensamiento regenerador y, por consiguiente, revolucionario a los ojos de los innobles burgueses. Los «Lobos», tu grupo, tus hermanos, te negarían, te rechazarían. Ustedes lo ven. Allí donde hay ignorancia, estén seguros de que encontrarán falta de corazón, de dignidad e incluso cobardía.

No hay coches en Agen. Tuve que regresar en la lluvia, el barro. Finalmente, ya estoy en mi alojamiento. Son las 10. Ya son tres horas que dura esta gran e interesante comedia. Es suficiente.

Durand está en un estado de furor imposible de describir. Tiene razón.

*23 de septiembre.* Esta mañana la gente del hotel me parece iaterrorizada! Las domésticas me miran con un aire completamente singular. El comisario me acaba de devolver mi pasaporte y me pregunta si parto el día de hoy. Yo asumo mi aspecto muy seco, muy frío y respondo: «Dígale al comisario que no tengo cuentas que rendirle y que partiré cuando me plazca». Parece que en Agen no comprenden que una ose hablarle de esa manera a un comisario. Aquí todavía se tiene el terror de la bufanda. En resumen, estoy muy satisfecha, en primer lugar, de mí, porque estudié todo eso con una sangre fría admirable. También estoy satisfecha de los obreros. Veo que dos o tres alertas de este tipo y serán fervientes. Luego, finalmente, vi llamar a la fuerza gubernamental. ¡Oh! Operan en nombre del rey, es completamente como en el 88. Claro, no valió la pena guillotinar a dos o tres, expulsar a 4 ó 5 de ellos. Para regresar después de 56 años a la vieja fórmula: «En nombre del rey», ¿y qué cosa más dicen en Rusia? Se debe estar de acuerdo en que las revoluciones políticas son ¡unas famosas farsas! Pelearse, dejarse matar durante 56 años para, en definitiva, aprobar absolutamente que el teniente de policía opere a su buen placer. Pero es más que una farsa. ¡Es idiota, es atroz! Peleen ustedes, obreros, mátense para cambiar gobiernos. Sí, ¡les devuelve algo peor! ¡Ah, los gobiernos deben reírse de los obreros!

Las calumnias marchan a su paso como en Carcassonne. Se supone que todo esto será comentado en el salón del señor Liszt. Me rehúso a creer que Liszt haya soportado que se soltaran basuras semejantes delante de él. Quizá los burgueses y el célebre pensionista del rey, Jasmin, lo hayan dicho, pero en una esquina. Mas veamos hasta dónde va la negrura, la maldad de esos burgueses, para dar mayor fuerza a sus sucias calumnias se las prestan a Liszt. Esos burgueses de provincia, sobre

todo, son los más villanos, los más innobles canallas que una haya podido imaginar. La realidad sobrepasa todo lo que una puede decir. ¡Qué miserables! Se debe estar de acuerdo, también, en que mi audacia de escupirles a la cara los exaspera. ¡Ah!, es un duelo a muerte entre nosotros, ¡ibribones!, y veremos quién de los dos quedará muerto o herido.

¡Bravo!, verídicos agenienses. Champagne y los otros salen de aquí. Acaban de decirme todo lo que se comenta esta mañana en la ciudad respecto de lo que pasó ayer en la noche. Se dice que la señora Flora Tristán, habiendo querido reunir a todas las sociedades en una sola, los había reunido en la casa de la Madre de los Asociados, que allí una discusión comenzó, que se llegó a la disputa, a los golpes y que finalmente un hombre había sido asesinado. ¡Perfecto! Que esta batalla de *compagnons*, habiendo producido un estruendo tal en el barrio, había hecho que se corriera a buscar a la policía, a la guardia, para llevarse a los culpables. En cuanto a mí, me hicieron pasar por una «ventana»; los asociados me hicieron pasar por esta ventana y, de esta manera completamente milagrosa, pude escaparme. ¡Y bien!, después de esto, qué vamos a creer entonces lo que nos cuentan, no ya de los tiempos del César sino de los tiempos de Henri IV, de los tiempos de la Convención, incluso solamente de los tiempos de ayer. Esta mañana a las 6 toda la ciudad de Agen estaba persuadida de que en la noche había habido una batalla terrible entre *compagnons* en la calle du Temple.

Por supuesto, esta bella historia ha sido fabricada en la noche en las oficinas del célebre Segon. ¡Qué obra maestra! Al regresar a su casa él habrá pensado que la cosa tal como había sucedido no tenía un buen color para él. Entonces se puso a fabricar un gran acontecimiento. Y como el gobierno le da hombres que nosotros pagamos bastante caro, los habrá empleado ayer en la noche y hoy para difundir la noticia. ¡Y cosa inaudita!, cosa dolorosa, esta noticia absurda encontró creyen-

tes, porque esta mañana, a las 6, Champagne fue despertado por dos jóvenes aspirantes a «Lobos» que venían muy asustados a saber a qué «Deber» pertenecían los heridos y el que había sido asesinado.

Juzguen la sorpresa de los asociados profundamente adormecidos por la aparición de esta horrible versión que corría ya por toda la ciudad. Ahora es necesario que pongamos a nuestros hombres en campaña para desmentir la noticia, pero Dioses sabe si lo lograremos.

Dije ayer treinta soldados [...*palabras cortas ilegibles*...] había un piquete de cincuenta hombres venidos del cuartel a paso de lobo. Gran gira, misterio, la bayoneta en la punta del fusil, las armas cargadas. Luego les hicieron emboscar en las callejuelas y de repente lanzarse sobre la casa donde yo estaba, yo, la madre de mis hijos, hablándoles con calma y amor de la Unión.

Supimos todo esto por un *pioupiou*<sup>172</sup> primo de uno de los zapateros presentes que vino esta mañana a informarse de lo que había pasado, porque el piquete de cincuenta hombres lo ignora completamente. Todos creen que es un mal cargo que les han querido hacer para herirlos a su arribo (hace sólo algunos días que están aquí).

Y he aquí un capítulo un poco curioso.

Le pregunté a Champagne el efecto producido. Muchos tuvieron temor y no se atreven a firmar. Esto es grave. Hombres que se dejan intimidar por la policía hasta el punto de renunciar a sus derechos de ciudadanos. Hay que anotar mi conversación con Champagne. Todos los obreros *compagnons* piensan así. No entrevén una mejoría para ellos. Lo que él me contaba al respecto tocándose el sombrero. Todo esto prueba que yo comienzo una gran tarea que se debe continuar: la educación política del pueblo.

---

<sup>172</sup> Término en jerga familiar que quiere decir: «joven soldado»; «soldado de infantería». (N. de la T.)



Si una la abandonara, si una se dejara intimidar estaríamos perdidos, caeríamos más bajo que Inglaterra que tiene recursos exteriores, más bajo que España, que Italia, que tienen recursos del suelo, más bajo que no importa qué pueblo porque la nación francesa sólo se puede mantener grande, rica, bella, imponente, por el pueblo, si el pueblo se envileciera y cayera la naturaleza desaparecería. (Este pensamiento es el fondo de mi prefacio).

No he encontrado aquí más que un hombre que me inspire un poco de confianza, es el joven impresor Davezac. Durand tiene algunos remordimientos de conciencia, se ve que su vida está manchada. No está a gusto, es una lástima porque es inteligente, tiene valor, comprende muy bien, tiene palabras perfectas.

Ayer, al pasar frente al Café de París, me dije: He aquí el café de los Demócratas... Los caballeros. Él captó de inmediato la palabra. Hablando de O'Connell, él quiere hacer en Irlanda una revolución aristocrática, absolutamente como los polacos querían hacerla en 1830. Son aristócratas hablando en nombre del pueblo.

Esta comparación es muy justa. Es siempre sorprendente para mí encontrar en esas inteligencias en bruto, destellos de luz que no encuentro en otros medios cultos.

Ningún hombre en una ciudad de veinte mil almas. ¡Es espantoso! Qué felicidad de que yo pase por allí.

Ese miserable Jasmin no vino a verme. Quizá le habrían quitado su pensión. ¡Qué canalla!

Acabo de ver una escena de civilizados a la puerta del hotel que me hizo daño, y me da la peor impresión de los dueños de hotel. Voy a la ventana y veo abajo, en la puerta principal, sobre la plaza por la que todo el mundo pasa (y por atrás hay una gran puerta para los coches y un gran patio), una treintena de pobres mendigos alineados ahí como soldados, en dos filas, esperando su ración. Los dejaron allí más de diez minutos y, finalmente, el dueño vino a darle un ochavo a cada uno. Al

recibir ese ochavo las mujeres le hacían reverencias, los hombres se quitaban sus gorros.

¡Oh! ¡Frase impía del cristianismo que consagró la limosna! ¡Qué blasfemia! ¡Qué ultraje hecho a Dioses en su criatura! ¡Y qué! Porque el dueño de la casa, que no tiene otro mérito que el de tener capitales y el de ser, por consiguiente, un ladrón patentado, este hombre se irroga el derecho de humillar a su hermano, haciéndolo que haga la reverencia delante de él. ¡Porque él puede darle un ochavo! ¡Oh! ¡Anatema sobre la limosna! ¡Oh! ¡Anatema sobre el principio que la alimenta, la propiedad! Que perezca, más bien, la humanidad, en lugar de vivir así en el robo y la humillación. Decididamente, hay que destruir el Evangelio, porque el Evangelio dice: «Den limosna». Desde luego, una ley que dice: «Habrá siempre pobres entre ustedes», debería decir a los ricos «Den limosna». Pero yo digo que una ley semejante es antisocial, antirreligiosa, antihumana. Es necesario que desaparezca. Se debe atacar resueltamente a las malas leyes, y yo lo haré, respecto del Evangelio. Una de las dos cosas. Es necesario que tomemos todo lo que hay de bueno, de igualitario, de religioso en el Evangelio, rechazando el resto, o que uno lo queme en la plaza pública con toda la solemnidad de un acto semejante.

Qué buen día pasé ayer con las cartas que encontré en el correo. Quiero y admiro a mi pobre hija. Hay mucho de bueno en ella. ¿Llegará ella alguna vez a un punto tal como ella lo desea? El sufrimiento le ha hecho mucho bien. ¡Oh! ¡Es magnífico el sufrimiento!

Pero quiero más a mi hija en el espíritu. Es otro amor. Así yo haré por Aline sacrificios que no haría por St. Jean (así llamaré de ahora en adelante a Eléonore), pero quiero más a St. Jean. Vivo más en ella, ella vive más en mí. Me daría una pena mayor perder a St. Jean que a Aline. Evidentemente, eso prueba que yo vivo más por el espíritu y en el espíritu que por la carne y en la carne. Luego esta carta. Ella me produjo también

un gran placer. Sí, lo siento, para que la vida sea verdaderamente bella hace falta que sea completa. Vivir por el alma, por el espíritu, por el corazón, por los sentidos. Esta es la vida completa. Tengo horas inefables.

A anotar, el «Hotel de France» en Agen. Nunca he estado tan mal. Imposible tener dos costillas (no como nada más) en mi habitación. Y esta habitación horrorosamente estrecha en el segundo piso, cuando la casa está vacía. Parece que esos bribones se vengan de mí por mis opiniones. Ese cocinero debería ser nombrado diputado. ¡Qué conservador tan bueno! No había encontrado todavía ninguno tan notable. Yo lo trato con el más grande desprecio. Y las dos grandes babosas de mujeres me saludan afectada y forzosamente. Yo ni siquiera se los devuelvo.

Qué canallas esos dueños de albergues. [*Ilegible...*] meloso<sup>173</sup> con los ricos e insolente con la gente modesta en su postura y gastos. Es necesario que los maltrate.

Los «*Dévoirants*» carpinteros y cerrajeros también recibieron esta mañana la visita de la policía. Se dejaron intimidar, la Madre, sobre todo, que tiene temor de que le hagan cerrar su bar. Yo no puedo verlos. Me han dado muchas excusas, han comprado muchos libros y me han mandado decir que iban a estudiar mucho. Todo esto es grave. Decididamente, esta gente se deja asustar. Temo que esto continúe en Burdeos. ¿Y Nantes? En fin, se debe constatar lo que es. Ése es el lado útil, religioso del movimiento que yo hago.

[*Aquí se detiene el Diario de Flora Tristán*]<sup>174</sup>.

---

<sup>173</sup> Parece haber un error de digitación en el original. Aparece la palabra «*mieilleux*» que no existe en francés. Por el sentido parece ser *mielleux*, que quiere decir «meloso». (N. de la T.)

<sup>174</sup> Mario Vargas Llosa relata que cuando Flora Tristán «[...] el nefasto 24 de septiembre de 1844, recién llegada a Burdeos, [...] aceptó aquella invitación para asistir desde un palco del Grand Théâtre, al concierto del pianista Franz Liszt, no sospechaba que aquel mundano

---

acontecimiento, donde las damas borlesas iban a lucir sus joyas y elegancias, sería su última actividad pública. Las semanas que le quedaban la pasaría en una cama, nada menos que en casa de dos sansimonianos, los esposos Elisa y Charles Lemonnier, a quienes un año antes había rehusado ser presentada por considerarlos demasiado burgueses. Paradojas Florita, paradojas hasta el último día de tu vida» (Vargas Llosa, Mario. *El paraíso en la otra esquina*. Lima: Alfaguara, 2003, p. 441). Flora Tristán sufre en dicho concierto un desmayo, del cual no se logra recuperar. Es visitada en casa de los Lemonnier por Eléonore Blanc, quien cuidó de ella alrededor de dos semanas. Vargas Llosa recrea los momentos finales: «En vista de que los dolores, pese al opio, la tenían rugiendo y retorciéndose, el 12 de noviembre de 1844 los médicos le hicieron poner cataplasmas en el vientre y ventosas en la espalda. [...] El día 14 anunciaron que estaba agonizando. [...] A las diez de la noche era cadáver. [...] Los esposos Lemonnier cortaron dos mechass de sus cabellos, una para Eléonore Blanc y otra para Aliñe» (Vargas Llosa, Mario. *El paraíso... op. cit.*, p. 460). «Los Lemonnier encargaron a un artista bordelés una mascarilla mortuoria de la difunta y compraron, para recibir sus restos, una tumba en el antiguo cementerio de La Cartuja. Fue velada durante dos días, pero no hubo ninguna ceremonia religiosa ni se permitió el ingreso de sacerdote alguno al velatorio. El entierro tuvo lugar el 16 de noviembre, poco antes del mediodía. El cortejo salió de la rue Saint-Pierre, de casa de los Lemonnier, y, a pie, bajo un cielo gris y lluvioso, recorrió a paso lento las calles del centro de Burdeos hasta La Cartuja. Lo formaban algunos escritores, periodistas, abogados, un buen número de mujeres de pueblo y cerca de un centenar de obreros. [...] Llevaban los cordones del féretro un carpintero, un tallador de piedras, un herrero y un cerrajero. (Vargas Llosa, Mario. *El paraíso... op. cit.*, pp. 460-461). (N. del E.)

## NOTAS DE FLORA TRISTÁN A *EL TOUR DE FRANCIA*<sup>175</sup>

1. Distribución del libro
2. I. —Prefacio
3. II. —En la ciudad de París
4. III. —En la ciudad de Chalon
5. IV. —En la ciudad de Mâcon
6. V. —En la ciudad de Lyon
7. ... y del mismo modo un capítulo para cada ciudad por la que pase.
8. Para el *tour* de Francia: Hacer un pasaje muy bello sobre los sufrimientos de los obreros inteligentes.
9. ¡Qué cosa son las torturas de los mártires cristianos comparadas a las torturas que soportan día a día, hora a hora, momento a momento, los infelices obreros! Los mártires cristianos eran crucificados, quemados vivos, despedazados por colmillos, y su suplicio duraba tres, cinco, ocho y diez horas. Durante esas largas horas de agonía sus sufrimientos eran terribles, ¡pero para ayudar a soportarlos tenían el entusiasmo que produce el martirio en la plaza pública! Ellos sabían que entre la muchedumbre reunida alrededor de sus hogueras sus hermanos en comunión sentían sus angustias y admiraban su coraje. ¡Ellos sabían que ese mismo coraje exasperaba la vergüenza de sus enemigos! Y, además,

---

<sup>175</sup> Estos apuntes y el esbozo de un índice fueron encontrados entre los papeles que Flora Tristán había dado a guardar a Eléonore Blanc durante su enfermedad. (N. del E.)

en fin, ellos tenían para sostenerlos la conciencia de su fe, esa fe que les decía: «Alégrate de sufrir, porque mientras más sufras en la tierra a manos de tus enemigos, más te recompensará Dioses en el cielo». ¡Oh! ¡Me atrevo a afirmarlo! Yo que me siento del temple de los mártires, un alma fuerte, podría entonces arder durante ocho horas a fuego lento como St. Laurent, ¡sin siquiera sentir la quemadura!

10. Pero ¿cuál es el martirio al que un obrero inteligente está condenado actualmente? No es la carne lo que se quema, se atormenta, ¡ese suplicio sería muy suave! ¡Se lo ataca en lo que la criatura humana tiene de más sensible, de más vibrante, de más vital! Se lo quema y se lo atormenta en los sentimientos de su corazón, en las inspiraciones de su alma, en los impulsos de su genio, en sus facultades intelectuales. No es más la muerte de la carne lo que le hace falta al verdugo, no, es la muerte del espíritu. Se quiere, ¡oh crueldad inaudita!, se quiere reducir al obrero, al gran mártir de los tiempos modernos, a no tener por cuerpo más que un cadáver privado de espíritu. El ideal que los economistas sueñan es un obrero máquina, un bruto, que trabaje sin comprender, exista sin sentir, procrea sin amor.
11. ¿Por quién es crucificado el obrero inteligente? Por sus hermanos de miseria, por sus compañeros de taller, por los patrones que se enriquecen con su sudor; en su familia, por su madre, por su mujer, por su hija. Sus compañeros se burlan de él, lo insultan, lo denuncian, lo persiguen como si fuera un ser peligroso. El patrón lo hiere en su libertad y dignidad de hombre y lo despiade; su madre, su mujer, su hija, lo agobian con reproches indignos, lo señalan como ¡un loco, un mal sujeto, un amotinado, un revolucionario, un malo! Y si el infeliz, así calumniado, perseguido y denunciado por los

suyos es arrestado como perturbador, condenado y hecho prisionero como un criminal, ninguna mano amiga viene a estrechar la suya, no encuentra en ninguna parte una mirada de simpatía, ¡ni siquiera de compasión! Todos repiten: «No tiene nada que no merezca, es un loco lleno de orgullo, un ambicioso, un bribón que hablaba de su amor por el pueblo, simplemente para llegar a colocarse él. ¡Qué canalla! Y qué felicidad que nos hayamos librado de él».

12. Y después de haber luchado veinte años de su vida contra la ignorancia, la bajeza y la maldad de los suyos, si en un momento de desesperación el obrero inteligente es involucrado en uno de esos complots de encargo termina su vida miserable en prisión o en el cadalso. Yo pregunto, ¿hay en todo el martirologio cristiano, un mártir que ose poner en paralelo sus sufrimientos con los que soporta el obrero inteligente de nuestra época?
13. Es a esos obreros de allí... (fui interrumpida, retomaré). Hay un bello discurso que hacer a esos obreros.
14. Se me han ocurrido también cosas bellas que decir a los directores de fábrica que se atreven a prohibir a sus obreros que se ocupen de política, los despiden si se enteran de que leen un periódico —como si la ley no debiera castigar un atentado semejante a la dignidad, a la libertad del hombre! ¿No es eso acaso la esclavitud pura? No solamente un patrón exige del obrero el sacrificio de su tiempo, de su juventud, de su salud, ¡sino incluso de su pensamiento!, ¡de sus opiniones!, de sus simpatías y no [existe] ninguna ley para reprimir y castigar una explotación tan odiosa. Es a mí que Dioses reserva el honor de censurar a tales patronos —y lo haré.
15. Al hablar de lo que sufro en el fondo del corazón, al estudiar la posición deplorable de esos infelices, podría afirmar la sangre fría y la calma que muestro: podrían

aplicarme justamente lo contrario de esta terrible figura: «Bajo un guantelete de terciopelo, no había más que una mano de acero»; y en mi caso: «Bajo un guantelete de acero, no había más que una mano de terciopelo». Comparaciones muy justas. Yo comparo al pueblo con una máquina de vapor. La máquina de vapor contiene por ella misma la fuerza. Pero si no hay un mecánico hábil para conducirla, no se moverá. El pueblo se parece a una máquina de vapor detenida en una estación. Su fuerza monstruosa está ahí sin movimiento, inerte. El mecánico la dirige a su voluntad, la mantiene en reposo, la hace ir a derecha e izquierda, atrás, adelante; ella le obedece. Luego, finalmente, la lanza; ella parte como una flecha, franquea todos los obstáculos, y arrastra todo detrás de ella. Pero si el mecánico la abandona a sí misma un segundo, de inmediato ella se desvía de su ruta, y como un borracho o un insensato, es incapaz de conducirse. Entonces, esta magnífica e imponente fuerza se transforma inmediatamente en un monstruo repugnante, loco, que corre de aquí para allá, revolviendo, destruyendo todo a su paso, iestropeándose pronto él mismo en el abismo y el caos que creó! He aquí la imagen del pueblo, al menos como yo la veo. El pueblo es la fuerza, la potencia, el derecho. Pero para que la fuerza sea fuerte, es necesario que sea guiada por la inteligencia. (Hay que desarrollar esta idea).

16. Cuando enseñe que se debe abandonar a los hombres, por la ley podré citar al respecto lo que decía Maquiavelo: «En un país en el que los hombres han reinado uno puede deshacerse de ellos, pero allí donde sólo la ley ha reinado, es imposible; es necesario destruir al país, porque la ley es como la grama, es una cosa indestructible». (Será necesario que relea a ese gran hombre en el momento en el que comience a hacer mi libro).



17. Hay que considerar también en *Cinq-Mars*, novela de A. Vigny, quien comete la tontería de decir que el apoyo natural de un rey es su nobleza; el apoyo natural, el único que él tiene, es su pueblo. El rey depende y vive del país. Ahora bien, él debe apoyarse sobre los intereses y la fortuna del país, que es el pueblo. Esto prueba cuán estúpidos son los defensores de realaleza, todos han cometido la misma falta.
18. Hay que hablar del libro del señor Dupin, del de los *compagnons* carpinteros de obra, del *compagnon* del *tour* de Francia y de todos aquellos que han tratado la cuestión de los obreros. Encontrar qué mal le hacen al pueblo los halagos.
19. Sí, yo ataco a la propiedad —decía—, pero no la ataco en nombre de la fuerza bruta, en nombre del egoísmo y de la codicia como lo hicieron en el 89. Ataco la propiedad tal cual está constituida actualmente, en virtud del propio principio de propiedad. Es para conservarla que la ataco. Ataco a la propiedad en nombre del más santo de los derechos, ¡el del trabajo! ¡Eh! Quién es entonces, aquel entre los propietarios de tierras, de capitales, de casa, [*que*] osaría defender lo que él llama su propiedad, contra los derechos sagrados que todo ser aporta al nacer, el «derecho de vivir trabajando». En 1789 se atacó a la propiedad de los sacerdotes y nobles en nombre de la fuerza, y los propietarios, en medio de la injusticia de sus enemigos, rechazaron la fuerza con la fuerza —y triunfaron. En efecto, qué importaba a los intereses reales del país que la propiedad estuviera entre las manos de duques, marqueses, barones, obispos, canónigos o en las de banqueros, tenderos u otros traficantes. Se trataba de hacerla cambiar de manos, es decir, atacar a los propietarios y no al principio de propiedad, lo que es muy diferente. El derecho al trabajo

ataca a la propiedad; es la única manera de atacarla legal y justamente. Porque ¡qué hay de más legal y justo que el trabajo! Por el derecho al trabajo el Estado se vuelve propietario del Estado, no es eso constituir la propiedad de manera de protegerla para siempre de todo ataque. (Hay que desarrollar esta idea).

20. Hay que golpear contra todos esos imbéciles que piden la organización del trabajo. Como si uno pudiera organizar una cosa antes de tenerla. Es tomar el efecto por la causa. Se debe proceder siempre en nombre de un principio, porque del principio fluye la ley y de la ley las consecuencias. La obligación para un país de hacer vivir al país, éste es el principio. La ley es el derecho al trabajo. La consecuencia es la organización del trabajo. Lo mismo sucede en el ejército, en la administración de gobierno: el principio es la defensa del país. La ley es el impuesto de sangre extraído a los machos de 21 a 27 años, y el impuesto de presupuesto de guerra a fin de obtener el ejército. La consecuencia es la organización del ejército. Hacer ver la ineptitud de todos esos periodistas y políticos que no comprenden ni una palabra de asuntos que pretenden tratar. ¡Qué lástima!
21. Habrá cosas muy bellas a decir al respecto.
22. El epígrafe de mi libro será:
23. Dedicatoria.
24. «Si es útil decir la verdad a los reyes, con mayor razón aún es útil decírsela al pueblo».
25. Éste es el plan de mi libro:
26. Título: *El Tour de Francia*
27. Dedicatoria:
28. «Dedico este libro a todos aquellos que sean capaces de apreciar la utilidad y la gran importancia que se debe atribuir de ahora en adelante a hacer conocer, en aras

- del interés general, la verdad exacta sobre los hombres y sobre las cosas».
29. «Sólo ellos están aptos para juzgar el alcance de mi obra, y sólo ellos estarán aptos para continuarla».
  30. «Para ellos, entonces, mi pensamiento y mis trabajos».
  31. *Flora Tristán*
  32. (Para *El Tour de Francia*). Dedicatoria
  33. ¡A la clase obrera!
  34. «En los tiempos en que el rey de Francia era la nación, se encontró de siglo en siglo algunos hombres lo suficientemente valientes, lo suficientemente penetrados de sus deberes de ciudadanos, para osar decir, arriesgando su vida, la verdad ¡al Rey!
  35. Hoy, que la clase obrera, la que produce, es en realidad la nación, creo cumplir un deber y rendirle al país un servicio eminente osando decir, a riesgo de todo lo que eso me pueda costar, ¡la verdad a la clase obrera!
  36. Dedico mi libro a ese gran y valiente pueblo de trabajadores para el cual lo he hecho. Les ofrezco aquí dos años de trabajos apostólicos (en acción) y quince años de meditación sobre sus derechos, sus deberes y sus verdaderos intereses».
  37. *Flora Tristán*
  38. (Esta es la idea)
  39. Enseguida un prefacio en el que resumiré lo que he hecho desde hace dos años y diré la verdad sobre todo y sobre todos, hablando de los periodistas, de su ineptitud, de su mala fe, las cartas, las pruebas de apoyo, etc., etc. Será el fragmento importante del libro (trabajo en él).
  40. Enseguida el libro. Cada ciudad será un capítulo. Luego, una alocución a los obreros, a los vanidosos y a los inteligentes. Después, un llamado a los jóvenes burgueses. La idea del periódico. Trazo allí la marcha que con-

viene seguir. Allí será puesto el plan. Indicaré la manera de propagar, de profesar las ideas de la Unión Obrera. Al final daré mi definición de las tres naturalezas. De esta manera el libro quedará muy completo.

41. Título de los capítulos
42. A) Prefacio.
43. B) Dedicatoria.
44. I. París la ciudad de los impulsos generosos.
45. De esta ciudad, la metrópolis del mundo, partirá el rayo que debe derribar a la vieja sociedad.
46. II. Auxerre. La ciudad de los burgueses videntes.
47. Del alto de ese peñasco se elevarán voces potentes para condenar a la burguesía.
48. III. Avallon. Ciudad nula.
49. IV. Dijon. La ciudad de los burgueses simpáticos.
50. V. Lyon. La ciudad de los obreros inteligentes.
51. Del seno de esta gran miseria isurgirá la organización verdadera, equitativa, fraternal del mundo regenerado!
52. VI. Saint-Etienne, la ciudad de los opresores.
53. De la opresión nacerá la revuelta.
54. VII. Roanne. Ciudad nula.
55. VIII. Aviñón. La ciudad de los caballeros.
56. A pesar de todo lo malo que son, rendirán grandes servicios.
57. IX. Marsella. La ciudad del entusiasmo.
58. El pueblo en su cólera ¡pasará por esta ciudad como el rayo! ¡Y los ejemplos de esta justicia terrible! ¡aterrorizarán al mundo durante siglos!
59. X. Tolón. La ciudad de la energía.
60. Esta plaza de guerra, sus fuertes, sus cañones, sus soldados, todo eso será reducido por un puñado de obreros.
61. XI. Nîmes. La ciudad de los sacerdotes.

62. Allí, en nombre de Aquél que murió en la cruz por la unión universal, católicos y protestantes se devorarán entre ellos como bestias feroces!
63. XII. Montpellier. La ciudad de los millonarios.
64. ¡Su Dioses es el dinero! ¡Allí la ciencia es un comercio! Allí el egoísmo reina en todo su horror.
65. XIII. Béziers. Ciudad nula.
66. XIV. Carcassonne. La ciudad pura y peligrosamente revolucionaria.
67. Allí el valor, desprovisto de la inteligencia.
68. XV. Carcassonne. La ciudad pura y estúpidamente revolucionaria.
69. Allí los hombres pelean con valor pero sin inteligencia.
70. XVI. Toulouse...

*[El manuscrito se detiene aquí].*



## |Anarquismos|

### Proyecto de difusión Anarquista

### Digitalización de libros



<https://www.facebook.com/MemoriaAnarquista>  
<https://www.facebook.com/groups/Anarquismos>  
<https://www.facebook.com/AnarquismosNaturaleza>  
<https://www.facebook.com/groups/anarquismosynaturaleza>  
<https://www.facebook.com/MemesAnarquista>  
<https://www.facebook.com/groups/anarquismoenpdfmemes>  
<https://www.facebook.com/CinetecaDocumentalesAnarquistas>  
<https://www.facebook.com/groups/CinetecaDocumentalesAnarquistas>



<https://www.instagram.com/anarquismos14>



@Anarquismos14



Anarquismos | Difundiendo las IdeAs